MARGA BAS

La hïja del khan



Rocaeditorial

MARGA BAS

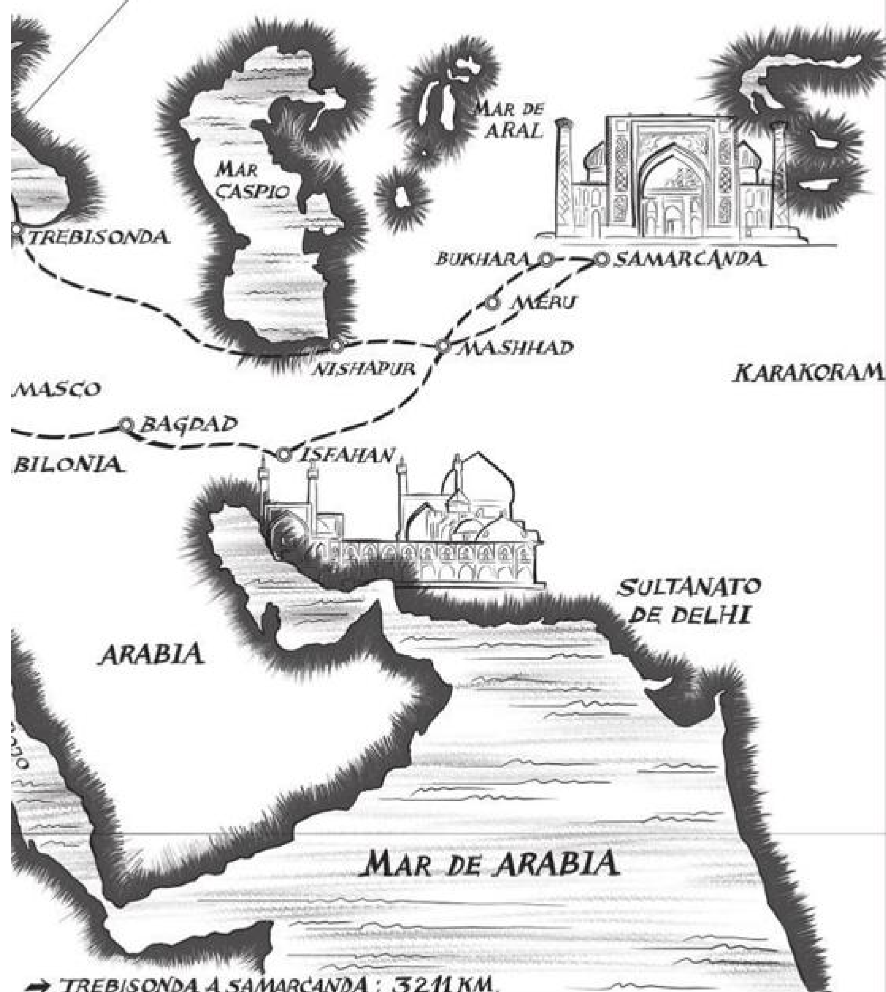
LA HIJA DEL KHAN

Rocaeditorial

A mi hermana Clara, lectora incansable y una de las mujeres más valientes que he conocido.

Allí donde estés, que los libros te acompañen


MAGUNCIA
SACRO IMPERIO GERMANICO
KAFFA
GENOVA
FLORENCIA
MAR NEGRO
CONSTANTINOPLA
TREB
BURSA
DAMASC
MAR MEDITERRANEO
BABILO
MAR ROJO
N
W
E
S
BURSA A SAMARCANDA : 5481 KM.



MAR CASPIO
MAR DE ARAL
TREBISONDA
BUKHARA
SAMARCANDA
MERU
MASHHAD
NISHAPUR
KARAKORAM
MASCO
BAGDAD
BILONIA
ISFAHAN
SULTANATO DE DELHI
ARABIA
MAR DE ARABIA
TREBISONDA A SAMARCANDA : 3211 KM.

He tenido el atrevimiento de rescatar de la historia a varios personajes y, aun ubicándolos con algunas licencias en su época real y en el contexto adecuado, esta no pretende ser una novela histórica, pues lo que en ella se relata es únicamente fruto de mi imaginación.

La magia de la escritura consiste en que, mientras fluyen las palabras entre las páginas de un libro, la historia que ahí se detalla, por hipotética o inverosímil que pueda parecer, pasa a ser real a medida que nos acompaña.

Primera parte

1

Aigie sintió que volvía el dolor y respiró hondo para soportarlo.

Curvó la espalda ante la contracción. Su piel ámbar, empapada ahora en sudor por el esfuerzo, contrastaba con las sábanas sobre las que yacía. Volvió la pausa. En la penumbra de la alcoba buscó con la mirada a Yunna. Ella se la devolvió imprimiendo en sus ojos negros toda la fuerza que necesitaba. Su silueta menuda, en la que destacaba una larga trenza oscura, permanecía semioculta detrás de una mujer de aspecto severo e imponente figura que se dirigió a Aigie con tono imperativo.

—¡Empuje con fuerza!

Aigie pensó en replicarle cuando de nuevo llegó el dolor, esta vez más intenso y prolongado. Un grito agudo le salió de la garganta acompañado de unas palabras, incomprensibles para la comadrona, que arrancaron una sonrisa a Yunna.

—¡Otra vez, ya asoma la cabeza! —ordenó la matrona, inclinándose sobre ella a la par que hacía un gesto en forma de cruz, casi imperceptible, sobre los labios.

Reunió las escasas fuerzas que le quedaban e hizo lo que le decía. De pronto sintió una liberación y, segundos después, un potente llanto rasgó el silencio que había inundado la estancia.

—Es un varón. Sano y fuerte —anunció la mujer con cierta altivez.

Tras cortar el cordón y limpiarlo con un paño húmedo, lo colocó junto a su madre en el jergón. Aigie lo contempló admirada y algo se removió en su interior, un sentimiento nuevo, maravilloso y aterrador al mismo tiempo. Un deseo de proteger a esa criatura de cualquier mal que estuviera por llegar y la certeza de la imposibilidad de llevar a cabo semejante propósito. Durante nueve meses habían sido uno, compartiendo deseos, alegrías y tristezas; a partir de ahora ya serían dos, cada uno con su propio camino por recorrer. Acarició la manita con el índice y el niño respondió aferrando el dedo entre los suyos. Sintió el corazón lleno de alegría. Era su hijo. Sangre de su sangre. Y la invadió una sensación de paz inmensa.

Pero la felicidad del momento se nubló al recordar lo que les deparaba el futuro.

—Descanse, señora. Ha sido un día muy largo. Mañana pasaré a ver cómo se encuentran usted y el bebé. Comunicaré al señor la buena

nueva —le dijo la comadrona.

Aigie asintió. Estaba agotada por el esfuerzo.

Yunna acompañó a la mujer hasta la puerta e intercambiaron algunas palabras. Luego se volvió hacia Aigie para felicitarla y contemplar al recién nacido. Era perfecto. Al comprobar que su amiga tenía los ojos cerrados y respiraba profundamente, lo tomó en sus brazos para depositarlo en la cuna con suavidad. Acto seguido, regresó junto a Aigie y la observó con una mezcla de emoción y tristeza. Le apartó el pelo húmedo del rostro, la besó con dulzura en la frente, arregló las sábanas de la cama, apagó la lámpara y se retiró a su cuarto, dejando la puerta entreabierta para oír el llanto del bebé o las peticiones de la madre en caso de que la necesitara.

A medianoche, Aigie despertó sobresaltada. Por un instante creyó estar muy lejos de allí y la invadió de nuevo la pena y el sufrimiento. Después recordó el cuerpecillo de su hijo durmiendo junto a ella y no percibió su calor. No estaba. Se incorporó de inmediato y se calmó al instante al ver que descansaba plácidamente en la cuna, junto a su cama. Con un esfuerzo que le arrancó un quejido, estiró el cuerpo y alzó al bebé para colocarlo sobre su pecho. Entonces, admirándolo con inmenso orgullo, comenzó a susurrarle unas palabras:

—Querido hijo mío, voy a contarte una historia. Sé que ahora no puedes entenderme, pero también sé que en algún rincón de tu mente la guardarás hasta que llegue el momento de volver a escucharla y entonces la comprenderás. No te preocupes, te la repetiré cuantas veces haga falta. Es la historia de una joven que partió de Oriente siendo princesa y se convirtió en esclava. Que sufrió traiciones y pérdidas irreparables. Que cruzó medio mundo en condiciones extremas hasta llegar aquí. Y que también conoció el amor para perderlo después.

»Ellos te pondrán un nombre por el que te conocerán, igual que lo harán conmigo cuando me bauticen, aunque tú y yo sabemos que una mente no puede apresarse en nombres ni religiones impuestas. Tu verdadero nombre es Qasim Ulugh, en honor a tu abuelo, el gran Ulugh Beg Tīmūr, célebre astrónomo y matemático y khan de Samarcanda, de la dinastía de los timúridas, la misma que la de Tamerlán el Grande y que la del temible Gengis Khan, y a la cual ahora perteneces por derecho y nacimiento.

»La última vez que vi a mi padre fue hace cuatro años, a mis dieciséis. ¡Cuántas cosas han sucedido desde entonces! Aún tengo grabada su imagen, henchida de orgullo, mientras intentaba evitar que notase el inmenso dolor que le producía mi marcha. Cuánto he sentido no haber tenido ocasión de explicarle la verdad. Murió sin saberla. —

Acarició a su hijo que, con los ojos abiertos, la miraba como si la comprendiera—. Ay, mi pequeño Ulugh, cómo añoro mi ciudad, oasis mágico de cúpulas azules. Daría lo que fuera por oler de nuevo la fragancia de aquellos maravillosos jardines de Samarcanda repletos de jazmines y violetas. Por volver a contemplar sus plazas, palacios y madrasas, entrar de nuevo en la universidad, subir al observatorio, estudiar las estrellas y dejarme envolver por el firmamento.

»Hijo mío, no dudes nunca que te he querido desde el mismo momento en que supe que crecías dentro de mí, formándote para llegar a este mundo imperfecto pero lleno de belleza. Ellos han decidido que has de ser educado a su manera, bajo la tutela de tu abuelo paterno. Pero no sufras: no me alejaré de ti. Estaré a tu lado para transmitirte toda la sabiduría que albergo en mí, igual que mi padre hizo conmigo. Este será mi legado.

»Mi pequeño Ulugh, sé que serás alguien muy especial. Lo he visto en las estrellas, y ellas nunca mienten. Cuidarán de ti, me lo han prometido. Es una familia importante, y nada te faltará. Te darán la vida que conmigo no tendrás.

»¡Si pudieras entender algún día el esfuerzo que supone esta renuncia, el profundo dolor que me causa…! Ten la certeza de que, aunque no puedas verme, siempre estaré cerca, protegiéndote.

»Me da igual con qué nombre te bauticen, para mí siempre serás Qasim Ulugh, príncipe de Samarcanda, un timúrida. Haz honor a tu sangre.

Dicho esto, se acurrucó junto a él apoyando una mano sobre su cuerpecito para sentir su presencia. Cerró los ojos de nuevo y, al hacerlo, volvió a alzarse ante las siluetas recortadas de las cúpulas azules de su amada ciudad.

2

—Hoy voy a explicarte de dónde procedes, hijo mío. Deseo que conozcas a las generaciones de timúridas que hicieron grande y poderosa nuestra tierra, unos con más acierto que otros. Para ello, me remontaré hasta el abuelo de tu abuelo. Su nombre era Tamerlán. Sé que pensarás que nada de lo ocurrido hace tantos años puede afectar a nuestras vidas, pero te equivocas. Escucha y entenderás que cualquier acción, aunque haya transcurrido mucho tiempo, puede traer consecuencias en el futuro. No te preocupes, no te aburriré relatando todas sus conquistas y las atrocidades que cometió. Me centraré solo en lo que, de un modo u otro, cambió nuestro rumbo.

»Tamerlán tenía un sueño: convertir Samarcanda en una nueva Babilonia, como hizo Nabucodonosor dos mil años antes. Para alcanzar tal propósito, cuando conquistaba algún territorio, robaba todos sus tesoros y escogía entre los vencidos a los hombres más capaces para que contribuyeran a aumentar su esplendor. Poetas y filósofos, médicos y arquitectos eran arrastrados por desiertos, estepas y montañas. Muchos de ellos no superaban el duro viaje, pero a los que conseguían atravesar las puertas de Samarcanda se les otorgaban facilidades para vivir y trabajar, incluso para estudiar y prosperar en su oficio.

»Tamerlán no fue el único que deseó conquistar más y más territorios. El sultán otomano Bayezid, embriagado por sus victorias, cometió el gran error de provocarle. En un exceso de arrogancia, invadió parte de sus tierras sin prever las consecuencias de ese hecho. Según la leyenda, un millón de hombres llegaron a tomar parte por ambos bandos. Bayezid cayó en la trampa urdida por Tamerlán y fue derrotado, pero consiguió huir con algunos hombres, entre ellos su hijo Solimán. En la persecución, su caballo cayó muerto y él fue apresado. Su cautiverio duró pocas semanas; se suicidó. Su hijo consiguió escapar, huyó al exilio y desde allí prometió extender la venganza contra los timúridas entre sus hijos y los hijos de sus hijos.

»Tamerlán no tenía la visión de su admirado Gengis Khan, de quien se proclamó descendiente, y no supo reorganizar el fruto de sus conquistas. A su muerte, estalló una lucha feroz entre sus descendientes para repartirse sus vastos dominios, lo cual contribuyó a la decadencia del imperio.

»Su cuarto hijo, Shahruj, fue proclamado khan. Era un buen comandante y también un gran mecenas. Ordenó a su hijo Ulugh, mi padre, que trasladase la capital de Herāt a Samarcanda, que por aquel entonces era un cementerio. A tu abuelo no le gustó aquella decisión, pero poco a poco fue transformando la ciudad hasta conseguir que brillara de nuevo y fuera reconocida como una de las más bellas, donde reunió la mayor sabiduría del mundo.

»Ahora te hablaré de mi padre. Ojalá hubiera podido conocerte, mi pequeño —susurró con un nudo en la garganta—. Su nombre era Ulugh Beg Tīmūr, reconocido por crear el más completo catálogo de estrellas, por su amor y respeto a la naturaleza y por su incansable lucha por obtener más conocimientos sobre el universo. Nunca me lo confesó, pero sé que su padre le hizo flaco favor nombrándole sucesor. Hubiera sido más feliz dedicando todo su tiempo a esas pasiones en lugar de intentar gobernar un imperio.

»En mi país es costumbre que el khan posea varias mujeres y engendre muchos hijos. Existen los harenes, donde conviven todas ellas. Aquí, en Occidente, no verás nada parecido —afirmó con media sonrisa—. Mi padre tenía ya doce mujeres cuando se casó con Qara, mi madre. Se enamoró perdidamente de ella nada más verla. Más tarde, fruto de ese amor, tuvieron una niña, yo. Fueron felices unos años, hasta que volvió a quedarse embarazada. Ulugh no cabía en sí de gozo, pues tras consultar los astros, aseguró que esa vez iba a ser un varón y que destacaría por su bravura y erudición. Pero la dicha duró poco. Cuanto más avanzaba el embarazo, más empeoraba la salud de Qara. El parto fue prematuro a causa de los terribles dolores que sufría. El niño nació muerto y, pocas horas después, mi madre se reunió con él; Ulugh se quedó destrozado.

»Por entonces yo tenía cuatro años. Siempre fui una niña risueña y un tanto rebelde. Tenía por costumbre esconderme en cualquier rincón, para el desespero de las criadas, que no podían conmigo. La tarde en que ocurrió la tragedia me encontraba en la misma habitación, escondida detrás de las cortinas, pues deseaba estar cerca de mi madre a pesar de que me lo hubieran prohibido. Desde allí viví el horror de ver el cuerpecito de mi hermano sin vida y cómo mi madre se iba apagando tras horas de tremendo sufrimiento. Permanecí agazapada hasta la noche, sin atreverme a salir de mi escondite.

»Cuando por fin lo hice, me acerqué sigilosamente hasta el lecho donde descansaba el cuerpo de mi madre y me alcé de puntillas para contemplar su hermoso rostro cubierto por un fino velo. Entonces, sin pensarlo, trepé con dificultad hasta tumbarme junto a ella. Al arrimar mi pequeño cuerpo al suyo, noté la frialdad que emanaba y me aparté

un poco. Entendí que mi madre, tal y como la conocía, ya no estaba allí. Pero ¿adónde había ido? ¿Volvería? Tal vez se había marchado con mi hermano. “Es demasiado pequeño para quedarse solo”, me dije. Yo era la mayor, así que a partir de ese momento tendría que apañármelas sola, al menos hasta que ella regresase. “Mami, no te preocupes por mí —le susurré al oído—. Seré fuerte, te esperaré”, añadí depositando un beso en su mejilla. Después me acurruqué junto a ella hasta caer rendida.

»Nadie me buscó, nadie se acordó de mí.

»La primera dama se hizo cargo de mi educación, o lo intentó. Mi rebeldía crecía conforme pasaban los años: no asistía a clase, no cumplía con mis obligaciones y me escapaba a menudo de palacio para perderme por los jardines o incluso más allá. Al final me volví invisible para ella, para todos.

Un trueno retumbó sobre sus cabezas. Aigie se estremeció. Poco después, una luz cegadora inundó la estancia durante unos segundos. Se levantó con dificultad y se dirigió a la ventana para asegurar los postigos. Acto seguido volvió a la cama, se abrazó a su bebé y cubrió sus cuerpos con la manta.

—No tengas miedo, hijo mío, nada va a ocurrirte mientras estés conmigo —le susurró al oído al tiempo que retumbaba otro trueno y la sobresaltaba.

Notó cómo su cuerpo temblaba sin control. Entonces las imágenes volvieron a ella, nítidas, como cada vez que eso ocurría. Cerró los ojos con fuerza, intentando alejar la ansiedad que le provocaban.

Aigie volvió al presente al oír el llanto de su hijo reclamando su pecho. Poco a poco, la tormenta fue remitiendo. Contempló al bebé mientras succionaba con ahínco, apoyando las diminutas manos sobre su seno como si temiese que fueran a arrebatárselo. Volvió a sentir esa comunión con él y cómo eso le daba las fuerzas necesarias para proseguir su relato.

—Mi pequeño Qasim, debo continuar la historia de esa niña que creció, rodeada de gente pero en la más absoluta soledad, hasta bien entrados los siete años, cuando una noche lo cambió todo.

3

Las luces nocturnas hacían brillar las cúpulas que dominaban Samarcanda y las fachadas revestidas de azulejos de la madrasa, el colegio sufí y el palacio. Entre ellas destacaba Bibi Chanum; su interior podía compararse con la bóveda celeste. Fuera, cuatro minaretes alzaban sus torres desafiantes al cielo desde las esquinas que unían la pared exterior, cincelada con hermosas caligrafías y motivos ornamentales. En el centro se extendía la gran explanada del Reguistán.

Myrah contemplaba embelesada la ciudad desde el terrado, al que una vez más había subido al anochecer, aprovechando el silencio que envolvía el palacio cuando todos descansaban ya en sus aposentos. Tras una última mirada más allá del muro por donde se asomaba de puntillas, se desplazó hasta el centro del lugar y allí, como si se tratase de un ritual, desenrolló una alfombrilla para estirarse sobre ella y así poder contemplar los astros a placer para plasmarlos con detalle en el pergamino. La Vía Láctea en su plenitud cubría con un manto de estrellas el firmamento. La noche era tan clara y luminosa que le pareció que alargando la mano podría alcanzar alguna de ellas.

—¡Myrah! ¿Qué estás haciendo aquí sola tan tarde?

Myrah, sobresaltada, se giró. ¿Quién la había descubierto? Miró hacia el rincón de donde provenía aquella voz grave y distinguió una sombra que se acercaba a ella. Su primera sensación fue de miedo, que se transformó en alivio al reconocer a su padre, aunque volvió a asustarse al ver el semblante serio que la observaba con reprobación. Desde que tenía memoria, era la primera vez que su padre se dirigía a ella. Lo miró atentamente, con una mezcla de curiosidad y temor.

—Quería ver las estrellas de cerca, señor. Desde la ventana de mi habitación casi no se ven… —respondió en un susurro mientras bajaba la cabeza.

—Este es un buen mirador, y diría que no es la primera vez que lo utilizas, ¿me equivoco? —quiso saber con voz queda y mirada penetrante.

—Hum… no, me escapo siempre que puedo —contestó frunciendo los labios y meneando la cabeza al mismo tiempo.

—Ahora dime, hija, ¿qué es lo que ves? —preguntó abarcando con el brazo el cielo que los cubría.

Myrah dudó unos segundos antes de responder. Nunca antes había compartido con nadie sus pensamientos, pues le daba apuro que se rieran de ella. Al final se decidió y levantó la mirada hacia él.

—Veo las estrellas muy lejos e intento entender por qué no caen. He hecho la prueba y, si cojo un puñado de tierra y lo tiro hacia arriba, cae hasta el último grano. Entonces ¿quién ha lanzado las estrellas y cómo ha conseguido que se queden en el cielo y no caigan? —lo interrogó casi sin respirar.

Su padre la observó largamente. Luego tomó sus dibujos y los estudió con detalle, disimulando su asombro. Él era Ulugh Beg, khan y gobernador del Imperio timúrida. Había vuelto a convertir Samarcanda en la capital de Transoxiana, la había resucitado y le había devuelto su antiguo prestigio tras la muerte de su padre. Poseía trece esposas y multitud de hijos, muchos de ellos varones. Tenía un consejo de sabios que lo ayudaban en su ardua tarea de reinar y daba clases en la universidad sobre las ciencias del universo. Allí era reconocido por su sabiduría, pero nadie le había planteado jamás semejante pregunta. Un brillo le encendió la mirada, pues se reconoció a él mismo en Myrah. Desde que tenía memoria, su gran pasión había sido tratar de entender los misterios de la naturaleza y leerlos a través de las estrellas. Un amago de sonrisa se dibujó en su rostro. «Tal vez sea un castigo por algún error cometido que, entre todos mis hijos, sea con la pequeña Myrah con la única con la que voy a poder compartir los conocimientos que tanto tiempo y esfuerzo me ha llevado obtener», se dijo.

—¿Cuántos años tienes, hija? —preguntó mientras le tendía la mano para que se incorporara.

—Siete. Pero antes de la próxima luna llena cumpliré los ocho —respondió orgullosa.

—Por lo que acabas de decir, deduzco que te atraen los misterios del universo, pero no tienes nociones sobre ellos.

—No, padre, ninguna —respondió con pesar—, y, cada vez que pregunto algo a quien lleva mi instrucción, me contesta: «No son temas que deban interesar a una niña, pues no te servirán de nada en la vida» —añadió imitando la voz de su tutora con tono burlón—. Pero cuando subo aquí y veo las estrellas me hago muchas preguntas: ¿se pueden contar o no tienen fin? ¿Son como nuestro sol y tienen alrededor otros planetas parecidos a este? Y si así es, ¿habrá en ellos personas como nosotros o criaturas extrañas?

Ulugh enarcó las cejas de forma casi imperceptible y permaneció en silencio, como si debatiera con sus propios pensamientos. Myrah observó con cierta preocupación el ceño fruncido sobre la prominente

nariz de su padre, más ancha en la parte inferior, y la mirada de sus ojos rasgados que parecía traspasarla sin verla. Tan concentrada estaba estudiándolo que se sobresaltó al oír su voz.

—Bien, Myrah, hablaré con tu madre y con tus tutores. A partir de mañana habrá algunos cambios en tu educación. Creo que será lo más adecuado para dar respuestas a todas tus preguntas. También deberemos hallar a algún maestro en arte, ya que te has propuesto dibujar el firmamento —añadió esbozando una sonrisa—. Ahora vuelve a tu cuarto antes de que alguien se percate de tu ausencia —le ordenó apoyando suavemente la palma de la mano en el cabello de la niña.

—Señor, mi madre murió hace años, no sé cómo podrá hablar con ella —respondió bajando los ojos hasta encontrar sus pies y deseando que se prolongara un poco más el contacto que la inundaba con un calor envolvente.

—Lo sé, pequeña. —Asintió mientras evocaba su imagen y se percataba por primera vez de que su hija poseía la misma belleza de aquella princesa persa que lo embrujó desde el mismo instante que posó sus ojos sobre ella. Los primeros años, tras la muerte repentina de su querida esposa, a la que se sentía profundamente unido, había renunciado a ver crecer a su hija, ya que le dolía cualquier cosa que le recordase su pérdida. Pero desde que descubrió a la niña subiendo al terrado e intuyó el porqué, había empezado a observarla, y estaba gratamente sorprendido con sus habilidades e inquietudes. Aquella noche, al escuchar sus preguntas, había confirmado sus sospechas. Myrah era muy especial. Poseía una mente brillante—. Yo la tenía en gran estima y también sufrí con su pérdida, créeme. Perder a una madre es difícil de entender para una niña de tan solo cuatro años. Pero has tenido la suerte de contar con mis otras esposas para ayudarte, ¿no? Mi primera esposa es a quien me refería. Ella coordina la educación de todas mis hijas —añadió.

Myrah asintió desviando la mirada hacia el suelo para que su padre no viera el dolor que seguía sintiendo cuando alguien mencionaba a su madre y las lágrimas que le empañaban los ojos. Se encaminó hacia la escalera por la que había subido. Antes de bajar, volvió la cabeza hacia la figura que permanecía inmóvil en el centro de la terraza, con la mirada perdida en el firmamento. Sintió orgullo ante su porte. En ese momento fue consciente de que el gran sabio Ulugh Beg, del que se decía que había sido escogido por Alá como hijo del cielo para descifrar su escritura y el lenguaje del cosmos, era su padre.

Tendida ya en la cama, Myrah no podía conciliar el sueño ante el júbilo que sentía por las últimas palabras de su padre. ¿Un cambio en su educación? ¿Quería eso decir que dejaría de perder el tiempo con las estúpidas enseñanzas que hasta ahora le habían impuesto y podría dedicarse a estudiar lo que de verdad le interesaba?

Desde la muerte de su madre no había tenido ningún trato con su padre, lo que había sufrido como un doble abandono. Rukaiya, la primera esposa de Ulugh, en quien había delegado su educación, no le había dedicado una sola caricia ni una palabra de consuelo ante la pérdida. Parecía eternamente enfadada, y Myrah no entendía el motivo. Tampoco comprendía qué era lo que había cambiado de pronto para que su padre se acercara a ella, o si tan solo iba a ser algo pasajero, pero aun así, la llenaba de alegría y esperanza. ¿La ayudaría a encontrar respuestas a todas las preguntas que se amontonaban en su cabeza? Por otra parte, le preocupaba que la decisión dependiera de Rukaiya. Siempre había intuido que no le tenía gran simpatía, como tampoco se la había dispensado a su madre, de la que, muy a su pesar, apenas recordaba su rostro. «Se me hará la noche muy larga esperando a que despunte la primera luz del alba», pensó mientras se le cerraban los ojos rendidos al cansancio del día.

4

Myrah, atraída por las voces, se acercó hasta la puerta de donde provenía la discusión entre su padre y Rukaiya, la primera en rango, ya que era la madre del primogénito, sucesor del actual khan cuando llegase el momento. Entre todos sus hermanos y hermanas, Abdal era para ella el más distante. Su carácter irascible y la manera de tratar al resto la inquietaban, y aunque tan solo le sacaba cinco años, siempre lo había visto más como un adulto que como un niño. No solo no participaba en los juegos con los demás, sino que los miraba con desprecio, como si esas chiquilladas fueran una pérdida de tiempo. Así que Myrah intentaba pasar desapercibida para él, pues había sido testigo de alguna respuesta violenta contra varios de sus hermanos. Las palabras de Rukaiya resonaban más allá de la estancia.

—Estás cometiendo un gran error. No es más que una niña que necesita disciplina. Sus educadores siempre se quejan de ella: va ensimismada, no presta atención a su entorno y se escapa a menudo. Más de una vez la han encontrado vagando por los campos, lejos de palacio.

—No presta atención porque no le interesa. Pienso que tiene una inteligencia fuera de lo común; solo hay que enseñarle lo que la apasiona, y creo saber qué es.

—¿Qué sabrás tú de lo que le interesa? Apenas has tenido contacto con ella desde que… —Se interrumpió al ver la mirada furibunda de su esposo y siguió quejándose, pero cambió de tema—: ¡Tú y tus estúpidas enseñanzas! Todo el tiempo que dedicas a mirar las estrellas se lo restas a conquistar nuevos territorios y a gobernar como lo hizo tu abuelo, el gran Tamerlán.

—Cuidado, querida. Te recuerdo que soy tu esposo y el hombre más poderoso de Transoxiana. Respecto a Tamerlán, guardo su memoria como merece —replicó.

De hecho, él mismo había trasladado su mausoleo, desmontándolo piedra a piedra, para reconstruirlo en una colina artificial al sudoeste, dominando la necrópolis. Su anterior ubicación era la misma plaza del Reguistán y, al estar orientado hacia La Meca, rompía la armonía del conjunto y ocultaba las hermosas fachadas del palacio, la madrasa y el colegio sufí.

—Pero si Tamerlán, además de arrasar ciudades y poblaciones,

hubiese conquistado a sus habitantes en lugar de exterminarlos, nuestro imperio se habría multiplicado por diez —añadió con determinación.

—Tanto estudio debilita a los hombres. Abdal será un gran rey —afirmó con seguridad al recordar la predicción de la carta astral el día de su nacimiento, donde su ascendente era la cabeza del dragón, signo del poder absoluto—. A su edad ya es el más hábil en el campo de batalla, y con tan solo trece años lo temen todos los que lo rodean.

—¿Y tú crees que eso le servirá para ganarse el respeto y la adhesión de los habitantes del reino? —preguntó con cierta tristeza.

—No es respeto lo que debe conseguir de ellos, sino temor —sentenció con la mirada altiva.

—No voy a discutir contigo, Rukaiya —respondió con voz cansada—. Haz con tu hijo lo que creas conveniente y deja que eduque a la mía como estime oportuno. Pero te lo advierto: no toleraré que te inmiscuyas —sentenció.

En ese momento, Ulugh decidió tutelar la educación de Myrah. «Así, cuando esté preparada, ocupará una de las plazas de la universidad, donde imparten las clases de ciencias para los cien alumnos más destacados», se prometió sin mencionarlo.

—Si es tu deseo, así se hará, mi señor. Pero tus otros hijos se sentirán menospreciados, como los demás estudiantes, si una mujer accede a esa educación; ya sabes que al consejo no le gustan demasiado los cambios —respondió, conteniendo la ira mientras dirigía sus pasos hacia la salida.

Myrah se apresuró a alejarse de la puerta y se ocultó tras uno de los dos grandes jarrones chinos que custodiaban el acceso a la sala contigua para no ser descubierta. El corazón le latía con tanta fuerza que temía que fuera a delatarla. Oyó cómo se cerraba el portón y los pasos se alejaban por el largo pasillo. Suspiró aliviada. Su instinto le advirtió que, a partir de ese momento, nada bueno podría esperar de Rukaiya. Tras unos segundos de silencio absoluto, sacó la cabeza para cerciorarse de que nadie la veía y, sigilosamente, desapareció en dirección contraria al eco de los pasos que aún resonaban en el aire.

Rukaiya se dirigió a sus aposentos intentando dominar la rabia que sentía. ¿Era posible que, desde el más allá, Qara se estuviera burlando de ella? Recordó el día que conoció a la madre de Myrah. Había llegado desde el reino de Persia como presente para Ulugh Beg, enviada por su primo —que era quien ostentaba el poder allí— para ser desposada. Al principio no prestó atención al hecho de que llegara

una nueva. Ulugh poseía muchas otras mujeres, pero ninguna estaba a su altura en belleza y carácter. No le costó doblegarlas a todas. Ninguna decía o hacía nada que antes no le hubiera consultado a ella. Ulugh había ordenado organizar una fiesta de bienvenida para su nueva esposa y los embajadores que la acompañaban. La gran sala del palacio lucía un aspecto imponente para agasajar a los invitados. Las paredes, tapizadas con paños de seda azul y carmesí trenzados con hilos dorados, y los suelos, cubiertos con alfombras bellamente trabajadas, dejaban constancia de la suntuosidad del lugar. Ella, como primera esposa, ocupaba el puesto de honor, el primero por debajo del rey en altura. En planos inferiores estaban las demás esposas y varios de sus hijos. Se había esmerado para destacar de nuevo entre todas vistiendo sus mejores ropajes y llevando un espectacular tocado con piedras preciosas incrustadas. Miró a su alrededor satisfecha y, cuando acompañaron a la nueva esposa hasta las grandes puertas de acceso, se quedó helada. Detrás de dos hombres que la protegían, apareció la mujer más bella que había visto jamás; su tez, del color de la miel dorada, hacía resaltar el verde intenso de sus ojos. Unos labios sensuales dibujaban una sombra de sonrisa que parecía esconder el más preciado secreto. Su largo cabello, hermosamente trenzado, enmarcaba unas facciones casi perfectas. Una luz especial parecía emanar de la figura que avanzaba con una elegancia innata. Se acercó hasta la distancia permitida y, una vez frente al rey, bajó la mirada tres veces en señal de respeto. Rukaiya observó la reacción de su marido; se mostraba deslumbrado por aquella visión.

La ceremonia se celebró pocas semanas después con grandes fiestas decretadas por el rey. Para disgusto de la primera esposa, resultó que tras ese precioso rostro también había una gran inteligencia. Seguro que embrujó a Ulugh, haciéndolo caer en sus redes. Nunca antes lo había visto comportarse así con ninguna de sus mujeres, ni siquiera con ella, que era la preferida hasta entonces. Pero la dicha no duró demasiado. Qara murió al dar a luz prematuramente a su segundo hijo, que nació sin vida. Pocos días después, una de las sirvientas de la difunta, encargada de servirle y permanecer junto a ella por las noches, apareció muerta con una daga clavada en el vientre. Se dijo que había decidido quitarse la vida para servirla en el más allá.

Ulugh quedó sumido en una profunda tristeza y llevó luto por su esposa durante bastante tiempo; se convirtió en una sombra de sí mismo. De hecho, una parte de él quedó enterrada con Qara.

Rukaiya convenció a Ulugh para que la dejara hacerse cargo de la pequeña, y él aceptó, pues el parecido con su madre era tan asombroso que le dolía solo verla. Pero Myrah no se lo puso fácil. La

terrible escena de la que había sido testigo la había marcado. La niña, antes alegre, se volvió retraída, y únicamente era feliz cuando estaba sola y podía dar rienda suelta a su imaginación. Se escabullía cada vez que podía, y no hablaba apenas con nadie, ni siquiera con sus hermanos y hermanas, que la tenían por una niña muy diferente a ellos. Rukaiya casi acabó olvidándose de su existencia hasta que Ulugh se encaprichó de ella.

Seguro que Qara debía estar riéndose allá donde estuviera. Algo tendría que hacer al respecto. Nadie se burlaba de ella, y menos los muertos.

5

Rukaiya no se equivocaba cuando pronosticó cómo reaccionaría la corte ante ese nuevo enfoque en la educación de Myrah. El primero en protestar airadamente fue el profesor que se asignó a la niña para que comenzara a instruirla en las asignaturas de matemáticas y física: el gran sabio Qadi-Zadeh, antiguo maestro del propio Ulugh, quien se reconoció incapaz de llevar a cabo dicha tarea debido a su avanzada edad.

—Señor, entiendo lo que me decís y no dudo de su inteligencia, es hija vuestra. Pero va contra las normas que se han guardado hasta ahora. Os pondrán problemas. Ningún maestro se sentirá orgulloso de tal tarea, sino más bien menospreciado.

—Ya buscaré la forma de convencerlos. Si consigo que comiencen, estoy seguro de que les demostrará lo equivocados que estaban.

—Bien. Si estáis decidido a seguir adelante, os propondré un nombre. No es joven, pero sí muy sabio. No le gusta perder el tiempo. Con nadie. Ha rechazado por su mediocridad a hijos de hombres poderosos. Si siente que de vuestra hija no obtendrá resultados, no le temblará la voz al decíroslo.

—Me parece justo.

—Me pondré en contacto con él. En cuanto llegue a Samarcanda, os lo haré saber.

Semanas después, Ulugh recibió una carta de Qadi-Zadeh. El maestro asignado estaba en la ciudad y solicitaba una cita con él. Ulugh accedió a recibirlo esa misma tarde.

—Señor, con todo mi respeto, no sé cuál es la finalidad de este experimento, si me permitís la expresión. ¿Qué esperáis que pueda aprender de estas ciencias una niña de tan solo ocho años? No creo que pueda ayudarla ni siquiera a entender los principios básicos que rigen dichas materias —argumentó. Y, con la mayor delicadeza posible, añadió—: Me temo que será una pérdida de tiempo. Además, tendré que restarlo a las enseñanzas que imparto a otros alumnos más cualificados.

—Por el respeto que tengo a su profesión, le ruego que, antes de juzgarla, le dé una oportunidad. Ella es muy especial —respondió con

su tono más convincente.

—Sus deseos son órdenes para mí. Si así lo dispone, comenzaré mañana mismo y veremos adónde nos lleva, pero, si no hay resultados…

—Tres meses. Si en ese plazo no está satisfecho con su progreso, lo liberaré de su obligación y tendrá mi gratitud acompañada de una suma de dinero tan elevada como su benevolencia al darle una oportunidad —concluyó Ulugh.

Myrah estaba impaciente. El día anterior había hablado con su padre sobre su educación y los planes que tenía reservados para ella. Había sentido una tremenda responsabilidad al escucharlos. ¿Y si fracasaba? Seguro que lo decepcionaría. ¿Volvería entonces a distanciarse de ella? Era su primer día de clase, y notó un pequeño malestar en la boca del estómago. Se detuvo unos segundos para tomar aire y prosiguió su camino hacia la salita que le habían asignado para sus estudios. Cuando llegó, el profesor ya estaba allí, de pie, esperando con las manos enlazadas a la espalda. Era un hombre enjuto, de larga barba y ojos pequeños. A primera vista, ya intuyó el ánimo con que iba a emprender su tarea. Su expresión no dejaba lugar a dudas. Estaba claro que su padre había ejercido su poder para que estuviera allí.

—Buenos días, niña. La primera lección es la puntualidad. El tiempo es demasiado precioso como para perderlo esperando a nadie —dijo poniendo énfasis en la última palabra.

—Buenos días, maestro Koubai —respondió con una leve inclinación de cabeza—. Me llamo Myrah y ya tengo ocho años —repuso irguiéndose para ganar altura—. Mi padre me explicó el otro día que mandará construir un observatorio y también un instrumento para calcular la duración del año id… éleo. ¡Tengo que aprender mucho y rápido para ayudarlo! Le prometo que estudiaré las horas que haga falta y me esforzaré en los trabajos que me ponga —respondió con vehemencia sin apartar la mirada de los ojos desconcertados que la observaban.

Tenía que dejar claro desde el primer momento que el hecho de estar allí no era un capricho de su padre, sino su deseo de saber. Además, consciente de las dificultades que le esperaban, debía demostrar que no se iba a dejar amedrentar fácilmente.

Su padre, mientras esperaban la llegada del maestro, la había instruido en los principios de las asignaturas que tendría que ampliar con el profesor, ya que él no disponía de tiempo, pues la universidad

había recibido nuevos alumnos llegados desde otros países debido a la fama de sus enseñanzas. Lo cierto es que no había hallado dificultad alguna en todo lo aprendido hasta ese momento. Y su curiosidad y ganas de seguir estudiando crecían a cada paso que daba. Era como si, con cada sorbo de agua, en lugar de saciarse, tuviera más y más sed.

—Se pronuncia «sidéreo», año sidéreo. Vamos a empezar con cálculo —dijo el maestro sin levantar los ojos del libro.

Durante los siguientes meses, todas las mañanas, Myrah recibía clases del maestro Koubai en materias relacionadas con las ciencias y hacía progresos a pasos agigantados. También se inició, por consejo de su padre, en el aprendizaje de otros idiomas —aparte del tártaro y el farsi, que ya dominaba— como el chino y el latín, imprescindibles para leer textos y aprender sobre sus culturas. Más adelante incluyó el italiano, pues le interesaron ciertos libros de viajes escritos en esa lengua. Para ello, Ulugh hizo llamar a los mejores profesores nativos. Compaginaba esos estudios con los de dibujo, que para ella no solo no representaban más esfuerzo, sino que le servían como evasión a la exigencia autoimpuesta de los otros. Al anochecer, después de cenar, cuando los demás se retiraban a dormir y el tiempo lo permitía, su padre y ella cogieron la costumbre de subir a la terraza, aquella en la que se habían reencontrado, para contemplar y estudiar las estrellas. Ulugh llevaba muchos años dedicado a su estudio y su sabiduría al respecto era amplia, pues había aprendido de los mejores. Le gustaba explicarle a Myrah sus reflexiones durante el tiempo que pasaban allí juntos charlando. Nadie más lo miraba con aquella ansia por absorber cada palabra que salía de sus labios.

—Padre, ¿por qué no podemos ver las estrellas durante el día? ¿Es que se apagan cuando sale el sol? —preguntó con curiosidad.

—No, hija, solo quedan empalidecidas por la brillante luz del sol. Del mismo modo, al anochecer, el astro rey no brilla ni puede regalarnos el color azul del cielo diurno.

—¡Quiero que el tiempo pase más rápido para ser mayor! Entonces sabré tanto como tú sobre el sol y las estrellas. Nadie sabe más que tú, padre —dijo mirándole con devoción.

—Ya pasa demasiado aprisa, no quieras acelerarlo —exclamó negando con la cabeza—. Y en cuanto a mis conocimientos, grandes sabios han estudiado los astros antes de que yo naciera. Hace muchos, muchos años. Ya tendrás tiempo de estudiarlos y leerlos: el gran Ptolomeo de Alejandría, que creó el catálogo estelar más completo de la Antigüedad; también lo hizo Aristóteles; y no nos olvidemos del

magnífico Omar Jayam, hijo de esta tierra.

—Y el gran Ulugh Beg, señor de Samarcanda —lo interrumpió Myrah sonriendo abiertamente.

—Yo solo intento entender los misterios del universo a través de las estrellas —respondió con una modesta sonrisa—, pero si consigo fabricar lo que tengo en mente, daré un gran paso: el observatorio más grande que haya existido hasta ahora.

—Hum… me lo explicaste el otro día. Pero no sé lo que es un año idel… sidéreo. Se llama así, ¿verdad? El primer día de clase se lo dije mal al profesor —confesó un poco avergonzada.

—Myrah, no tienes que impresionarlos por lo que sabes, sino por lo que estás dispuesta a aprender —puntualizó—. Ya lo entenderás, pequeña. Cuando tengamos el observatorio acabado, lo dotaré de los instrumentos más modernos para posibilitar los cálculos. Hasta ahora hemos utilizado el astrolabio para determinar la posición de las estrellas y la esfera armilar para la de los cuerpos celestes. Yo haré fabricar un sextante —afirmó con un brillo especial en los ojos.

—¿Un sextante?

—Sirve para medir la posición de las estrellas con mayor exactitud.

—¡Será como hacer un mapa del cielo! —exclamó emocionada.

—¡Ojalá algunos alumnos de la escuela mostrasen tu entusiasmo, hija! —respondió acariciándole la mano—. Tienes que aprender rápido para ayudarme a llevar a cabo este proyecto —añadió guiñándole el ojo.

—Eso mismo le dije al maestro —convino riendo—. ¡Tenemos que pensar en ponerle un nombre!

—¿Un nombre? ¿A quién?

—Al sextante. Cuando le ponemos nombre a algo, le cogemos más cariño. Siempre he puesto nombre a las cosas que quiero. De pequeña, a todas mis muñecas: Küchu, Halun, Shirag…, y a mi caballo, Fakhri —añadió con un deje de tristeza—, murió la pasada primavera… Era un buen amigo.

—Buena observación, Myrah —respondió Ulugh reprimiendo la sonrisa al escuchar a su hija hablar en pasado de su niñez. Pero al notar el cambio de tono en su voz y ver su mirada húmeda añadió enseguida—: ¿Qué te parece si lo llamamos Fakhri?

—¡Fakhri, me encanta! —exclamó, dando unas palmadas de entusiasmo con toda la intensidad puesta en sus ojos.

—Me parece un buen nombre. Fakhri. Decidido. Creo que ya es hora de irse a la cama, mañana tenemos que cumplir con nuestras obligaciones —dijo levantándose, al tiempo que ayudaba a Myrah a hacerlo.

—Me gustaría dormir aquí, bajo las estrellas. ¡No me canso nunca de admirarlas! —respondió mientras se dirigían hacia las escaleras—. Cuando acabemos el observatorio, ¿podré hacerlo allí algún día? —preguntó esperanzada.

—Te prometo que ambos lo haremos —respondió Ulugh con determinación observando con gran orgullo a su pequeña, que cada día que compartían no dejaba de asombrarlo por su vivacidad de espíritu.

6

Yunna observó el ceño fruncido y los ojos de Myrah mientras intentaba peinarle la larga melena. En las pocas semanas que llevaba a su servicio, se había dado cuenta de que, cuando eso ocurría, algo no iba bien, y la chiquilla se volvía más irascible. La primera vez que vio a su dueña, una niña casi de su misma edad, pensó entusiasmada que al fin la fortuna le sonreía. Pero pronto se dio cuenta de su error. Una era una princesa; la otra, una esclava. Todos sus recuerdos estaban impregnados de miedo y dolor. Desde pequeña, Yunna había sido testigo de las continuas palizas que su padre propinaba a su madre con cualquier excusa. Ella había intentado mantenerla fuera del alcance de su progenitor, y de hecho lo consiguió mientras fue una niña. Pero cuando cumplió los diez se convirtió en la diana de su ira. Entonces, su madre movió cielo y tierra para alejarla del hogar. Gracias a una criada que trabajaba en palacio y con la que mantenía cierta amistad, se enteró de que la primera dama buscaba una chiquilla de edad parecida a una de las princesas para que la sirviera. Cuando su madre se lo comentó, Yunna se negó en rotundo a abandonarla allí, a merced de su padre. No hubo más discusión. La criada del palacio fue a recogerla una tarde que estaban madre e hija solas. Con inmenso pesar, Yunna envolvió sus cuatro pertenencias en una tela y las apresó contra su pecho como si con ellas se llevara también parte de su infancia. Su madre la despidió con una mirada que reflejaba tanta tristeza como alivio. Yunna no pudo reprimirse y se aferró con fuerza a la falda de su madre hasta que la criada tiró de ella, apremiándola. Pocos días después, esa misma mujer le anunciaba la muerte de su madre. La última paliza, con motivo de su desaparición y la negativa de su progenitora a revelar su paradero, le costó la vida. Habían transcurrido pocas semanas desde aquel terrible día. Pasó en soledad la pena de perder a su madre y la culpa que sentía por haberla abandonado. No recibió ni una sola palabra de consuelo. Ningún abrazo. Solo lágrimas secas que la inundaban por dentro como ríos desbordados.

Volvió de golpe al presente al oír un quejido.

—¡Ay! ¡Cuidado! ¡Me haces daño, inútil! Tienes que peinarme, no tirarme del pelo hasta arrancármelo —le recriminó Myrah.

—Lo siento, princesa. Iré con más cuidado —se disculpó Yunna

avergonzada bajando la cabeza.

Ulugh tosió para dar a conocer su presencia. Se había ausentado de Samarcanda varias semanas durante las cuales había recorrido el reino, visitado ciudades importantes, como Buj o Bujará y disfrutado de la belleza de los fértiles valles del Sugh y de la Sogdiana. Lo venía haciendo cada año, desde que ascendió al trono, con el propósito de reunirse con los mandatarios de cada región y transmitirles así su respeto y cooperación para la prosperidad del reino. Con más ganas de ver a su hija que a ninguna otra persona en la ciudad, se había acercado a sus dependencias para comunicarle su regreso y comprobar de primera mano cómo avanzaban sus estudios. Al asomarse a la estancia, escuchó a Myrah regañando a la esclava.

Myrah se volvió, y la expresión de su rostro cambió radicalmente al comprobar que era su padre. Apartó a Yunna y salió disparada hacia sus brazos.

—¡Padre, qué ganas tenía de verte! ¡Te he echado tanto de menos! —exclamó mirándolo con alegría—. No te puedes ni imaginar lo aburrido que es este palacio cuando no estás.

—Yo también te he echado en falta, hija. Pero no creo que hayas tenido mucho tiempo para el ocio estas últimas semanas.

—El maestro Koubai me hace trabajar mucho, y el mandarín me está costando más que los otros idiomas. ¡Los ideogramas que intenta enseñarme Laoshi son un tostón! —protestó con un mohín.

—Tienes mucho tiempo para aprender, tan solo eres una niña.

—¡No lo soy! ¡Ya he cumplido los ocho! —aseguró dando un puntapié contra el suelo.

En ese momento, el ruido de un objeto estrellándose contra el piso los sobresaltó. Ambos se volvieron en dirección al estruendo y vieron a la joven esclava que los miraba aterrorizada desde el suelo, donde, agachada, pretendía recoger las piezas de un jarrón hecho añicos. Las mejillas encendidas y los ojos llorosos corroboraban su temor.

Myrah dio un paso hacia ella con el rostro crispado.

—¿Cómo puedes ser tan torpe? ¡No sirves para nada! ¡No quiero que sigas a mi servicio! —amenazó con desdén.

En ese momento sintió una fuerza en el brazo que le impedía seguir avanzando. Se volvió y sus ojos encendidos se toparon con los de su padre. Nunca antes había visto esa mirada dirigida a ella.

Ulugh se acercó a la chiquilla, que temblaba encogida esperando el castigo, y le hizo un gesto para que se levantara.

—¿Cuál es tu nombre? —preguntó con voz calmada.

—Me llaman Yunna, mi señor —respondió desviando la mirada, temerosa.

—Debes ser nueva en palacio, no recuerdo haberte visto antes. ¿De dónde eres?

—Mi madre era originaria del khanato de Delhi. Pero yo nací en esta ciudad —aclaró con cierto orgullo.

Ulugh asintió. Dado el color azabache de su cabello, sus ojos oscuros y almendrados y su piel olivácea, ya lo había supuesto. Aunque no le había agradado la actitud de su hija, no podía reprobárselo en presencia de una esclava, así que añadió:

—Bien, Yunna, recoge todo esto. Luego puedes retirarte. Vamos a olvidar lo que ha pasado en esta habitación. Estoy convencido de que en adelante irás con más cuidado.

—Oh, gran khan, le aseguro que así será —prometió con determinación, mientras acababa de limpiar el estropicio. Luego, haciendo una breve reverencia, salió de la estancia sin darles la espalda en ningún momento.

Una vez fuera, se apoyó contra la pared. El corazón le latía con fuerza y las manos aún le temblaban al recordar la cara de Myrah. Sin poder evitarlo, las lágrimas comenzaron a rodarle por las mejillas. No podía volver a cometer un error. Si la echaban de palacio, no tendría otra oportunidad. «Ahora ya no tengo adónde ir», se lamentó con un suspiro. Se limpió la cara con decisión y, erguida, se dirigió a la lavandería para recoger la ropa de su ama. «No cometeré más fallos», se repitió.

Myrah observó la escena a cierta distancia con sentimientos encontrados. Por una parte, contrariada al ver que su padre estaba en desacuerdo con ella, y, por otra, inquieta al recordar la expresión de sus ojos. Lo observó con curiosidad. Él le devolvió la mirada y la condujo hasta una banqueta repleta de cojines de seda que había junto a la ventana.

—Escucha, hija, en el transcurso de la vida no solo debemos llenar la mente con conocimiento, por importante que eso sea. Hay algo que está por encima de cualquier materia, si queremos conseguir el equilibrio con nosotros mismos.

—No entiendo lo que quieres decirme, padre.

—No te sientas superior por lo que poseas, Myrah. Ni tu belleza ni tu inteligencia ni tu rango son mérito tuyo. El orgullo ha de venir por cómo emplees cada uno de esos dones. La belleza, sin soberbia; la inteligencia, sin prepotencia, y el rango, tu posición en la sociedad, por el trato que dispenses a los que estén por debajo de ti.

Myrah trató de asimilar las palabras de su padre y, tras un largo silencio, se decidió a plantear sus dudas:

—¿Quieres que crea que soy fea aunque el espejo me diga lo

contrario, o tonta aunque entienda rápido lo que veo o escucho? ¡Siempre me repites que hay que decir la verdad! Muchas veces he visto cómo se castiga a los esclavos. Me acuerdo de una vez que le cortaron la mano a uno y salió muchísima sangre —detalló con una mueca de repugnancia.

—No hay que fingir nada —respondió esbozando una sonrisa—. Basta con no alardear de ello. Si tú ya lo sabes, ¿qué más necesitas? Es cierto que en ocasiones se castiga a los esclavos. Todo es un tema de proporción. Saber en cada momento qué es lo más adecuado y cuál es el propósito al hacerlo. No es lo mismo un castigo por cometer robo o asesinato que el infligido por alguna falta leve, sobre todo si la comete una niña poco mayor que tú.

—Hum… Creo que lo entiendo, padre —dijo frunciendo los labios —. ¿Cómo sabré qué debo hacer en cada momento?

—Lo aprenderás con el tiempo. Y, si tienes dudas, intenta por un momento ponerte en la piel del otro. Por ejemplo, de Yunna. ¿Qué sabes de ella?

—Nada, padre. Hace pocos días que está a mi servicio —respondió cabizbaja.

—Pues harías bien en conocerla. Es bueno saber quién tienes a tu alrededor. Puede que algún día necesites una aliada, una confidente. Además, me ha parecido ver en su mirada agudeza y buena predisposición.

—Lo haré, padre. Creo que es una buena idea —concluyó pensativa mientras Ulugh asentía complacido.

Y llegó el día en que Myrah comprendió las palabras de su padre. Como tantas otras veces, se había escabullido de las obligaciones que le imponía Rukaiya para ir al encuentro de su amigo Tariq, un niño que pertenecía a un mundo muy alejado del suyo, pero que era la única persona con la que podía ser ella misma, pues incluso con Ulugh se imponía disciplina y concentración absoluta por temor a defraudarle. Se habían conocido un par de años atrás, y desde aquel día él se había autonombrado su protector. Y era cierto: cuando estaba con él, Myrah sentía que nada malo podía ocurrirle.

Salir de palacio sin ser vista no era tarea fácil. Tanto en la entrada principal como en el resto de los accesos había guardias a todas horas. Tras un minucioso estudio, una tarde Myrah se dio cuenta de que así como los alimentos entraban por la puerta principal y eran inspeccionados por la guardia, los desechos se retiraban de las cocinas por una pequeña puerta que no vigilaba nadie. A partir de ahí, fue

memorizando los horarios en que había movimiento en esa zona para descartarlos. La primera vez que se escapó, la tensión por si la descubrían la hizo temblar mientras avanzaba por el pasadizo que llevaba más allá de los muros de palacio. Luego, a base de repetirlo, le había ido perdiendo el miedo a la situación hasta casi normalizarla. A pesar de ello, era consciente de que si Rukaiya o alguno de sus tutores se enteraba de que andaba sola, sin protección, por las calles de la ciudad, incluso más allá de las murallas, se iba a meter en problemas.

Aquella tarde estaba nerviosa mientras dirigía sus pasos hacia el lugar donde debía encontrarse con Tariq. Un cosquilleo le recorría el cuerpo; él le había anunciado que tenía un regalo para ella. Aún faltaban dos días para su décimo cumpleaños, pero el muchacho había insistido en que debía dárselo en ese momento. No se imaginaba qué podía ser. Sabía que Tariq no disponía de medios para comprarle nada de valor. Tal vez, como trabajaba con su padre en el barrio de los alfareros, le había hecho alguna vasija especial. Le encantaba la sensación que le provocaba abrir un regalo, el momento de intentar adivinar qué había oculto bajo el envoltorio. Por fin oyó el silbido que le indicaba su posición y apresuró el paso. Vio cómo se movían las hojas de un arbusto antes de que la cabeza de Tariq apareciera entre ellas. El pelo castaño le caía rebelde hasta los hombros. Sus ojos oscuros brillaban de emoción. Le hizo un gesto apremiante con la mano para que se acercara.

—Eres una tardona —se quejó—, llevó mucho rato esperándote.

—Y tú un quejica, siempre estás igual. No es fácil escabullirse de palacio. Rukaiya no me deja en paz —le informó suspirando.

Tariq repasó la ropa de Myrah y negó con la cabeza.

—Así no puedes ir. Se ve a la legua quién eres. No podemos llamar la atención. Menos mal que ya contaba con ello y he traído una túnica que puede servirte. Toma —le ofreció estirando el brazo—, póntela.

Myrah observó la prenda arrugando la nariz.

—Apesta. No voy a ponerme esto —dijo rechazándola.

—Pues entonces te quedarás sin regalo de cumpleaños —respondió cruzándose de brazos.

Ella volvió a mirar la prenda y extendió el brazo para cogerla. Con cara de fastidio y una mueca de asco, se la pasó por la cabeza y la estiró hasta cubrirse por completo.

—No entiendo por qué tengo que disfrazarme de mendigo para que me des mi regalo —repuso irritada.

—Ya lo verás. Venga, andando, no tenemos mucho tiempo —la apremió, y comenzó a caminar sin esperar respuesta.

Pocos minutos después llegaban a la plaza del Reguistán. Tariq

hizo un gesto a Myrah, que llevaba la cabeza cubierta con la capucha de la túnica, para que se pegara a él mientras se acercaban a uno de los minaretes. La plaza estaba custodiada por unos centinelas que protegían los lugares cerrados al pueblo, y cada hora la recorrían de una punta a otra. Tariq llevaba días estudiando los cambios de turno y los tiempos. Miró a un lado y a otro, y, decidido, tiró de la manga de Myrah.

—¡Vamos!

Accedieron al minarete y comenzaron a subir con sigilo. Tariq iba delante urgiendo a Myrah.

—Venga, no te pares.

—No puedo más, debemos llevar cien escalones al menos…

—¿Quién es ahora la quejica? —preguntó retándola.

Myrah frunció los labios con rabia y aceleró el paso. Por fin Tariq se detuvo en el último escalón y se volvió triunfante hacia ella.

—Ahora quiero que cierres los ojos, sin trampas.

—¿Por qué? —quiso saber intrigada, resoplando por el esfuerzo.

—Hazlo. Confía en mí.

Myrah cerró los ojos y sintió que Tariq la cogía de la mano para conducirla. Después se situó tras ella y le despegó los brazos del cuerpo, elevándolos ligeramente.

—Ábrelos ahora —le susurró al oído.

Myrah se quedó sin palabras. Ante ella se exhibía la belleza de la plaza en su conjunto, que la impresionó por su grandiosidad, imposible de apreciar desde abajo. Distinguió los motivos estrellados en azul y gris perla que destacaban sobre el pavimento de mármol rosado. Contempló el gran estanque de agua viva y la fantástica cascada escalonada donde finalizaba. Los ojos se le humedecieron. No había visto algo tan hermoso en su vida.

—Siempre dices que desearías poder volar como los pájaros para ver qué sienten. Esto es lo más parecido a volar. Así es como ellos deben ver la plaza —musitó Tariq.

Myrah se volvió hacia él, sus labios dibujaron una sonrisa y, sin pensárselo, se alzó de puntillas y le depositó un beso en la mejilla.

—Es el mejor regalo que he recibido nunca. Gracias.

La bajada fue mucho más fácil y, con el entusiasmo de lo vivido, en un momento alcanzaron la puerta de acceso. Tariq asomó la cabeza para asegurarse de que no hubiera ningún centinela cerca. Distinguió uno a unos treinta metros, caminando de espaldas a él. Hizo un gesto a Myrah con la mano y salieron al exterior. Solo habían dado unos pasos cuando oyeron un silbido y, al volverse, vieron cómo el guardia iba hacia ellos con cara de pocos amigos.

—¡Corre, Myrah! —gritó echando a correr él también.

Se dirigieron a la plaza para mezclarse entre la multitud que paseaba o descansaba en los bancos, a la sombra de los árboles exóticos que la rodeaban. Sin dejar de correr, la atravesaron y se perdieron por las callejuelas hasta que Tariq comprobó que nadie los seguía. Entonces se recostó contra la pared para tomar aire.

—¡Buf, ha faltado poco! —exclamó resoplando.

Myrah se apoyó junto a él jadeando y ladeó la cabeza para encontrar su mirada. Una incipiente sonrisa comenzó a dibujarse en su rostro hasta acabar en una carcajada que fue coreada por él. Se retiró la capucha y se dispuso a desprenderse de la túnica.

—Tenías razón, menos mal que iba tapada con esto —dijo, tendiéndosela—, aunque a esa distancia dudo que me hubieran reconocido.

—Aun a esa distancia, como dices, tus ojos destacan sobre los de los demás. Yo los habría reconocido seguro —afirmó, sintiendo de pronto cómo le subía la sangre a las mejillas.

Myrah, algo azorada, no supo qué responder. Se pusieron de nuevo en marcha, en esa ocasión a paso ligero, pero sin correr. Ya llevaba demasiado tiempo fuera, y seguro que Rukaiya debía estar removiendo cielo y tierra para encontrarla.

Al entrar en palacio, esquivó al personal y se dirigió a sus dependencias; llevaba impregnado en su ropa el olor de la túnica. Una vez allí comenzó a desnudarse. En eso estaba cuando entró Yunna de repente y cerró la puerta tras ella, haciéndole una señal. Segundos después oyeron unos golpes y vieron que se abría de nuevo. Allí estaba Rukaiya, con el rostro contraído por la ira.

—¿Dónde está la princesa Myrah? —preguntó en tono altivo, dirigiéndose a Yunna con brusquedad.

—Señora, mi ama no se encuentra bien. Ha sufrido un mareo y ha tenido que recostarse de nuevo. Le he frotado el cuerpo con agua templada para bajarle la fiebre —respondió con una inclinación, evitando sus ojos.

Rukaiya paseó la mirada por la estancia y apartó a la muchacha. Al llegar al lecho, vio a Myrah con los ojos entornados y un paño doblado sobre la frente. Se inclinó hacia ella y la estudió unos segundos. Después volvió a centrarse en Yunna.

—Haz lo que puedas hoy para que mejore. Mañana la espero donde ella sabe, sin más excusas. Y prepárale un baño. Apesta.

Diciendo esto, atravesó la estancia con ímpetu y la abandonó dando un portazo.

Yunna respiró aliviada. La primera dama la aterrorizaba, pues ya le

habían explicado qué castigos infligía por las mayores nimiedades.

Myrah dio un brinco para salir de la cama y se acercó a Yunna con una amplia sonrisa.

—Gracias, te debo una.

Yunna levantó la cabeza y, con timidez, le devolvió la sonrisa.

Durante los siguientes dos años, Myrah recibió clases de los principales maestros de la ciudad y de los que venían ocasionalmente de otros países para intercambiar ideas y enriquecerse con otras culturas. Aprendía a una velocidad inusitada todas las materias que le enseñaban: matemáticas, trigonometría, astronomía, filosofía y lenguas, que practicaba con soltura con cuantos extranjeros visitaban la ciudad y la escuela. Poseía una memoria prodigiosa, y sus idas y venidas a la biblioteca eran constantes. En cuanto a sus dotes para el dibujo, crecieron hasta el punto de dejar atrás a su maestro. Los profesores se asombraban con ella, pero seguían sin ver con buenos ojos que una mujer adquiriese tanto conocimiento. ¿De qué iba a servirle cuando se desposara y tuviera hijos?

Y llegó el momento que todos temían: Ulugh Beg solicitó que asistiera a la universidad para que compartiera sus enseñanzas con los otros alumnos y aprendiera también de ellos. Estaba preparada.

7

Desde que tenía memoria, su madre siempre le había explicado que algún día él reinaría en Transoxiana, pues era el primogénito del actual khan, Ulugh Beg. Le había prometido que, llegado el momento, ella lo ayudaría a alcanzar tal propósito. Él, a cambio, debía estar dispuesto a hacer lo que ella le mandara sin cuestionárselo. A pesar de ser su madre, desde niño sentía cierto temor cuando veía esa determinación en su mirada. No tenía ni un solo recuerdo feliz de su infancia. De hecho, se la había robado, reconoció con cierta amargura. Ella decidió que no tuviera trato con otros niños. Jugar lo consideraba una pérdida de tiempo y, además, no le convenía trabar amistad con ninguno de ellos. «Estás por encima de todos, pues algún día serás su rey. Estos niños se convertirán en adultos y deberán temerte», le repetía cuando en alguna ocasión él insistía. Tampoco puso gran empeño en cultivar su educación, a excepción de la militar. Recordó aquella tarde en que lo sorprendió en la biblioteca ojeando un libro. Se lo arrancó de las manos, como si fuera a quemarle. Aquella mirada encendida, los azotes en los dedos con un pequeño látigo y la voz amenazante consiguieron que no volviera a acercarse por allí. Tampoco lo consideró una gran pérdida. En realidad, cuando en alguna ocasión, a insistencia de su padre, acudía a una de sus clases, se moría de aburrimiento. Nada de lo que se explicaba allí captaba su interés. ¿Qué le importaba lo que hubiera más allá de lo que veía al levantar los ojos al cielo?

Volviendo a su madre, como ya se consideraba un hombre, a pesar de quererla, la tenía por una mujer temible y rencorosa. Si alguien le llevaba la contraria, lo acababa pagando de un modo u otro. Lo había comprobado en infinidad de ocasiones a lo largo de su niñez. Hasta los embajadores la temían.

Así era Rukaiya Sultan Agha, una dama que había llegado de Arlat para desposarse con el gobernador y futuro rey del Imperio timúrida. Cuando mencionaba a Ulugh, no era para halagarlo. Le había explicado en una ocasión que su padre no había cumplido las expectativas que ella se había forjado cuando su familia le comunicó el acuerdo nupcial. Lo cierto era que la leyenda de su linaje le precedía. La fama de sus antepasados —grandes guerreros nómadas, conquistadores con una ambición ilimitada— le había hecho soñar con

que Ulugh Beg seguiría sus pasos. Pero para su decepción, al llegar a Samarcanda, en vez de encontrarse a un gran guerrero, vio a un hombre cuyas únicas ansias eran las de enseñar y aprender más y más sobre temas tan intrascendentes para ella como la naturaleza, los números, la filosofía y otras ciencias que no iban a servirle para mantener el poder. Desde ese momento, decidió que su objetivo sería darle un hijo varón y velar por que este fuera el rey que se merecía el imperio. Otro gran conquistador. Ella lo forjaría desde niño con ese único propósito. Y no había cejado en su empeño.

Llegó frente a sus aposentos y suspiró. Empezaba a estar cansado de tener que acudir sin demora a cada una de las llamadas de su madre.

—Abdal, tengo que hablar contigo —le dijo alterada al verlo entrar.

—No tengo mucho tiempo. Mañana salimos para una expedición a los valles del este —contestó impaciente.

Aunque fuese su madre, era una mujer, y como futuro rey no debía estar pendiente de sus órdenes. En algún momento iba a tener que dejárselo claro.

—Es importante. He estado hablando con tu padre de una de tus hermanas, la pequeña Myrah… No sé si la recuerdas.

—Vagamente, no pierdo el tiempo con críos. ¿Qué ocurre con ella que pueda ser tan importante?

—Ulugh le dedica mucho tiempo. Se pasan horas hablando, dando largos paseos durante el día o estudiando las estrellas al anochecer desde las terrazas.

—Madre, creo que esta vez te estas superando con tus temores. ¡Por Alá, es solo una niña! ¿Qué peligro quieres que suponga para mi sucesión? ¡Si no debe de ser capaz ni de mantener la espada en alto! —exclamó con tono burlón.

—Ayer estuve con él… ¡Si hubieses visto su expresión cuando la menciona! Nunca antes lo había oído hablar así de nadie. Desde luego no de ti, hijo mío, ni de ninguno de tus hermanos. Me empezó a explicar cuán inteligente es, que tiene una gran capacidad para aprender y me habló de sus habilidades en todas y cada una de las materias. Me confesó que le recordaba a él a su edad, que era su extensión en esta vida. Que le había renovado las ganas de enseñar y…

—Creo que estás exagerando… Solo se ha encaprichado por una de sus hijas. Si ha encontrado a alguien que le aguante sus aburridas e interminables charlas sobre el universo, por mí perfecto. Así no tendré que escucharlas más; son insufribles.

—Me comunicó que a partir de ahora él velará por su educación. Le ha puesto maestros para que la instruyan, ¡como si fuera un varón! Y pretende introducirla en la universidad, aunque dudo que llegue nunca ese momento. No se lo permitirán, pues supondría un precedente peligroso y un cambio en las costumbres de nuestro país. Me confesó que veía en ella a su gran sucesora, ya que ambos compartían los mismos sueños. ¿Comprendes ahora mi temor?

—Sigo pensando que es un capricho pasajero; se cansará de esa niña. Se referiría a su sucesora en la escuela, no en el trono. De todas formas, para tu tranquilidad, haré que la vigilen de cerca y, si en algún momento se convierte en un obstáculo, tomaremos las medidas necesarias —concluyó dando por zanjado el tema.

Desde ese día, aun sin proponérselo, Abdal empezó a fijarse en Myrah. Su madre había conseguido, una vez más, envenenar su mente: donde antes solo veía a una niña, ahora veía una futura rival. Con la intención de imponerse para doblegarla en su momento, no dejaba pasar la ocasión de meterse con ella con el pretexto que fuera, y lo hacía en público, para humillarla ante los demás. También vigiló de cerca sus actividades en la universidad, ya que contaba con un guardián a su servicio que lo mantenía al corriente de cuanto pasaba entre esas cuatro paredes.

Y de ese modo transcurrieron varios años durante los cuales Abdal afianzó su liderazgo en el ejército, obsesionado con la idea de emular algún día a Gengis Khan, y se alejó cada vez más de su padre y de la capital, pues odiaba en lo que se estaban convirtiendo. Tenía el convencimiento de que sus victorias sobre los rebeldes eran menos celebradas que la llegada de nuevos alumnos dispuestos a recorrer grandes distancias para tener el privilegio de estudiar allí. Y estaba seguro de que eso iba a provocar el declive del imperio, si él no lo impedía.

Una mañana, uno de sus confidentes le contó que, cumpliendo sus órdenes, había seguido a Myrah, y que esta se había encontrado con un chico clandestinamente. Habían ido al barrio de comerciantes y luego el muchacho la había acompañado de vuelta hasta las cercanías del palacio.

—¿Un chico? ¿Quién es? —preguntó con curiosidad.

—Creo, mi señor, que es de origen humilde, por las ropas que viste.

—Lo que tú creas me es indiferente —sentenció con rudeza, clavando su fría mirada en él—. Exijo certezas. Averigua quién es, dónde vive, a qué familia pertenece. ¿Lo has entendido?

—Sí, señor, así lo haré —respondió atemorizado, y se retiró.

Abdal, al quedarse solo, sonrió satisfecho. Por fin iba a tener un arma contra ella que la desprestigiara ante su padre. A pesar de que no compartía los temores de su madre respecto a la sucesión del trono, era cierto que la muchacha tenía una gran influencia sobre Ulugh, y que esta crecía cada día más. Se estaba convirtiendo en una joven de una belleza extraordinaria y, a pesar de los años que llevaba instigándola, no solo no había conseguido doblegarla, sino más bien todo lo contrario: le plantaba cara con una determinación que lo desconcertaba. Pero ya contaba con algo que podía romper esa coraza. Si eran ciertos sus encuentros furtivos con un joven de clase inferior, la tenía en sus manos. Si su padre se enteraba, debería tomar medidas, aunque le pesara. Una princesa timúrida debía comportarse como tal. De momento no pensaba decirle nada a su madre; prefería guardarse esa baza para cuando a él le interesase. No había prisa.

8

Ulugh Beg cruzó, como cada mañana a la misma hora, la plaza del Reguistán. En el centro, había hecho depositar el Corán de Osmán, califa omeya al que admiraba profundamente. En aquella explanada convergían las principales calles de la ciudad, y de cada esquina fluía siempre agua fresca de sus fuentes. Caminaba de la mano de su hija Myrah y dirigía sus pasos con decisión hacia la universidad que llevaba su propio nombre. Sentía orgullo al recordar a los sabios y astrónomos que por ella habían pasado. Al llegar a la entrada, se detuvo y señaló una inscripción grabada sobre la puerta.

—¿Sabes leerme lo que está aquí inscrito? —preguntó inclinando la cabeza hacia ella.

—¡Por supuesto que sé! —respondió ofendida ante la duda—: «La búsqueda de la ciencia es el deber de todo musulmán, hombre o mujer» —declamó poniendo énfasis en la última palabra.

—Bien, hija. Cada día que vengas, levanta la cabeza y lee estas palabras antes de traspasar el umbral. Y recuerda siempre lo que voy a decirte: el verdadero poder está en el conocimiento y en la ciencia. El país que aglutine más conocimiento científico será el que guíe a los demás. Antes o después, los imperios nacen, crecen y se extinguen; hay grandes ejemplos en la historia. Pero el trabajo de los estudiosos y los científicos permanece eternamente.

—Así lo haré, padre —asintió muy seria.

Estaba impaciente y algo impresionada por entrar por primera vez en la universidad de Ulugh Beg. Era un gran honor y un privilegio que una niña de tan solo once años fuera a compartir las enseñanzas de los grandes maestros. Por nada del mundo quería decepcionar a su padre, y por ese motivo estaba dispuesta a esforzarse más que cualquier otro alumno.

—Vamos, no debemos hacernos esperar —convino Ulugh, soltando la mano de su hija tras un breve apretón.

Como solía ocurrirle al entrar, le emocionó la capacidad que tenía ese lugar de transportarle a otro infinito, más allá del presente. La energía que le transmitían esas paredes repletas de azul y oro le daba fuerzas para seguir adelante en su lucha por el conocimiento absoluto del universo. Se dirigió a la sala donde sus alumnos, algunos llegados desde tierras lejanas por la Ruta de la Seda, esperaban ansiosos sus

lecciones de filosofía, teología, astronomía o matemáticas, pues su fama como sabio había traspasado las fronteras del reino.

Samarcanda, gracias a él, se estaba convirtiendo en el mayor centro de conocimiento de toda Asia a través de su gran biblioteca, el colegio sufí y la universidad, que habían llenado la urbe de juventud y alegría. También por la belleza de sus palacios y madrasas, y por sus campos irrigados por una inteligente y bien cuidada red de canales que aseguraba la fertilidad de sus tierras. Ulugh se sentía orgulloso de todo lo que habían conseguido hasta entonces. Pero era el momento de ir más allá. Tenía un objetivo. Se había propuesto construir el observatorio astronómico más grande que existiera. Para ello, ya había localizado el lugar adecuado. Se lo había expuesto a su maestro, Qadi-Zadeh, que había respondido con gran entusiasmo a la idea. Aquella misma tarde tenía prevista una reunión con la comunidad de científicos para explicarles el proyecto a través de una maqueta que había mandado construir.

—Buenos días a todos —saludó centrándose ya en la materia con la que iba a comenzar la clase—. Hoy nos acompaña por primera vez una nueva alumna. Su nombre es Myrah —la presentó mientras le indicaba dónde sentarse y observaba en la mirada de los presentes desconcierto, rechazo o indiferencia—. Estoy convencido de que ni su edad ni su condición os impedirán juzgarla por su sabiduría.

Myrah recorrió con los ojos a sus compañeros de aula. Avanzó con paso decidido imponiéndose no bajar la cabeza hasta tomar asiento y se dispuso a atender a lo que el maestro, su padre, iba a enseñarles ese día.

Ulugh Beg, seguido por la comitiva de científicos que encabezaba su amigo Alí, ascendía por el cerro donde pensaba ubicar el observatorio, hasta que vio una marca en el terreno. Ahí se detuvo y, con cierta ceremonia, anunció:

—Este es el lugar exacto. Aquí comenzaremos a cavar la trinchera.

—¿Esa es la línea del meridiano? —preguntó una voz débil desde el fondo.

Ulugh se volvió al reconocer la voz de su hija. Tenía que haber adivinado que no iba a quedarse en la ciudad aguardando mientras daban el primer paso en la construcción del sueño que habían compartido esos últimos años.

—Myrah, acércate para ser testigo de este momento —dijo mientras cogía la pala que le alcanzaba el jefe de la cuadrilla que realizaría la obra; a continuación la hundió con todas sus fuerzas en el

terreno para indicar el punto donde debían iniciarse las labores. El trabajo iba a ser arduo, pues la zanja debía ser de dos metros de ancho a lo largo de la línea del meridiano, y en ella colocarían el arco del sextante Fakhri, que según los cálculos tendría que alcanzar más de cuarenta metros de radio.

Myrah contempló a su padre henchida de orgullo. Realmente iban a construirlo, y sería algo digno de venir a ver desde cualquier rincón del mundo. No pudo reprimir la pregunta:

—Señor, ¿cuándo cree que estará terminado el observatorio para empezar a trabajar en él?

—Si todo va según lo previsto, podríamos inaugurarlo para tu decimoquinto cumpleaños.

—¡Pero aún faltan cuatro años para eso! —protestó decepcionada.

—He dicho «si todo sale bien»; si no, tal vez para tus dieciocho —concluyó guiñándole un ojo.

Ulugh se dirigió a los científicos, que aplaudían su primera palada, agradeciéndoles el tiempo y el interés que habían dedicado al proyecto y animándolos a seguir en ello hasta verlo acabado. Luego fueron descendiendo para regresar al centro de la ciudad.

El inicio de las obras, en las que participaban centenares de trabajadores, comenzó de inmediato y sin tregua, y continuó a buen ritmo durante el siguiente año, sin grandes problemas a los que hacer frente, excepto el desvío del curso del río Zeravshán para alejarlo de la construcción. Se crearon fuentes y jardines, y se acondicionaron sus riberas, que se convirtieron en el lugar de paseo favorito para los habitantes de la ciudad. Del mismo modo, y para evitar disturbios, se construyeron nuevos molinos y fábricas en un meandro del río, a una media hora andando desde la urbe, para que se continuaran produciendo telas, cueros y papel. Esto acabó beneficiando a todos, ya que en Samarcanda se respiraba un aire más puro y a la vez se habían librado de los malos olores que producían.

Era 6 de abril, decimosegundo aniversario de Myrah, y como cada semana desde hacía un año, Ulugh y su hija se disponían a revisar la marcha de las obras del observatorio. Subían la cuesta charlando sobre los temas que les apasionaban: la inmensidad del universo, las constelaciones y cómo el hombre podía llegar a obtener el máximo conocimiento. La chica observaba un ave que remontaba el vuelo y se dejaba llevar por las corrientes de aire, como si planeara sobre sus

cabezas.

—Padre, he pensado que, si nosotros pudiésemos planear como hacen las aves, llegaríamos a alcanzar las cimas de las montañas más altas, sobrevolar los ríos, ver los extensos campos y recorrer largas distancias más rápido que en carro o a caballo. ¿No crees que sería algo maravilloso? —preguntó con los ojos chispeantes y una sonrisa en el rostro.

—Sin duda, pero si hubiera sido deseo de Alá que pudiéramos volar, nos habría dotado de alas, como hizo con las aves.

—¡Tampoco nos dio escamas, como a los peces, y bien que surcamos los mares! —respondió con rapidez.

—Tal vez algún día alguien construya una barca que pueda navegar por el aire —comentó esbozando una sonrisa mientras la miraba lleno de orgullo.

—Hum… Pensaré en ello —concluyó, concentrándose de nuevo en el vuelo del pájaro.

—Tengo algo especial para ti.

—¿Un regalo? —preguntó dando palmitas como siempre que se entusiasmaba por algo, y añadió como reproche socarrón—: ¿Y lo has guardado todo el día?

—No me has dado tregua hasta ahora —contestó burlón—. Lo cierto es que he esperado a dártelo porque deseaba hacerlo en este lugar.

—¿Qué es, padre? —quiso saber, impaciente, al sujetar el paquete que Ulugh le tendía perfectamente envuelto con una seda de color azul celeste, atado con unos hilos dorados, mientras comenzaba a abrirlo con celeridad.

—Dímelo tú. ¿Qué es? —la interrogó enarcando las cejas.

Myrah acabó de desenvolver el obsequio y lo cogió con gran delicadeza mientras lo estudiaba y le daba varias vueltas. Levantó la tapa que cubría una de sus caras y vio una pieza central que reconoció al instante.

—¡Es una brújula! —gritó emocionada, mirándola con atención.

—Exacto. Es un colgante que posee una doble función. En una cara está grabado el sello real de los timúridas, para que lo luzcas con orgullo y todos vean a qué estirpe perteneces. En la otra, hay escondida una brújula. Quiero que la lleves siempre contigo. Ella te indicará el norte y nunca te sentirás perdida.

—¡Qué maravilla! —exclamó admirando aquel laborioso trabajo de orfebrería—. Gracias, padre, así lo haré, lo llevaré siempre conmigo. Y también te aseguro que nunca me perderé. Recuerda que sé leer las estrellas y ellas me guiarán siempre de vuelta a mi hogar.

Myrah abrazó a su padre y Ulugh la estrechó con fuerza contra el pecho. Nunca pensó que llegaría a experimentar eso por alguno de sus hijos, pero Myrah era especial. Con ella se sentía vivo y con deseos de emprender nuevos retos a diario, y le asustó pensar que algún día eso pudiera cambiar.

9

Tariq esperaba con impaciencia a Myrah, oculto entre la arboleda formada por cipreses recortados con formas de animales que rodeaba el jardín. Las piernas se le empezaban a dormir debido a la posición que había adoptado. «Tendría que haberla esperado en otro lugar, más apartado y con menos riesgo de ser descubierto —se dijo molesto—. No sé cómo lo hace, pero siempre se sale con la suya». Cuando discutían, que era a menudo, no sabía por qué ni cómo, siempre acababa ganando ella. Tal vez había llegado el momento de demostrarle que no estaba a su disposición. A punto de dar media vuelta, la vio salir de la biblioteca con varios libros en los brazos. Caminaba a paso lento, con la mirada perdida. Silbó imitando el canto del pájaro para llamar su atención. Myrah se volvió hacia allí dibujando una amplia sonrisa y empezó a caminar hacia él.

—¡Me has esperado! —musitó alegre, agachándose para encontrar su mirada después de comprobar que nadie los observaba.

—Siempre haces lo mismo, nunca sales a la hora que hemos quedado —repuso enojado.

—¡Es todo tan emocionante que pierdo la noción del tiempo! ¿Sabías que la luna…?

—No, otra vez no. No voy a aguantar otro rollo de los tuyos. Si quieres hacer algo emocionante, se me ha ocurrido una idea mejor —la interrumpió semiincorporado para avanzar hacia la salida del jardín seguido por Myrah.

—¿Te pasa algo? Estás muy serio.

Tariq negó con la cabeza, esquivando su mirada inquisitiva.

—¿Algo emocionante para hacer aquí, en la ciudad? —preguntó un tanto incrédula—. ¿No pretenderás subir de nuevo al minarete del Reguistán? La última vez estuvieron a punto de descubrirnos.

—Pero valió la pena, ¿verdad?

—Fue fantástico —reconoció, recordando cómo le había impresionado la visión de la plaza desde allí arriba—, pero no volveremos a hacerlo.

—No era lo que tenía pensado. Mi idea es otra. ¿Has estado alguna vez en el mausoleo de Tamerlán el Grande?

—¿Eso es lo emocionante? —preguntó frunciendo la nariz—. Cuando paso por allí no me emociona en absoluto, más bien me

entran escalofríos.

—Mi idea no es pasar por allí, sino colarnos dentro para ver la tumba y acercarnos a su sarcófago —respondió en un susurro acompañado con gestos.

—¿Estás loco? ¡Está prohibido entrar! Solo pueden hacerlo algunos hombres nobles o miembros de la realeza. Ni siquiera yo he entrado con mi familia.

—Ahí tienes la parte emocionante —corroboró guiñando un ojo.

—Esto no es una aventura como las otras. Es algo más serio, ya no somos unos críos.

—Eres una cobarde —soltó mientras se detenía, antes de volverse para comprobar que no los veía nadie—, tú no arriesgas nada. ¿Qué le harán a una princesa? En cambio, yo soy nieto de un esclavo arrastrado desde Isfahán por tu querido bisabuelo. ¡El gran conquistador Tamerlán!

—Nada de lo que hizo me enorgullece, créeme.

—Tengo que confesarte algo —dijo cambiando el tono de voz—. Mi padre está muy enfermo. Anoche, cuando me senté junto a su cama, comenzó a hablarme de mi abuelo y de todo lo que este le había explicado antes de morir. De su vida en el país donde nació, en una respetada familia, y de cómo lo forzaron a venir a Samarcanda. También me explicó cómo había sido su vida aquí y que uno de sus hermanos corrió la misma suerte que él, aunque su final fue más trágico.

—Siento mucho que tu padre esté enfermo —dijo Myrah, cogiéndolo de la mano durante unos segundos—. Nunca habías mencionado al hermano de tu abuelo, no tenía ni idea de que también hubiese trabajado aquí.

—Yo tampoco lo supe hasta ayer. Obligaron a mi abuelo a grabar en el sarcófago de Tamerlán la escena del castigo a su propio hermano. Y además, se le prohibió volver a mencionar su nombre, igual que al resto de su familia. Todos cayeron en desgracia —añadió con tristeza—. Ya ves, el terror que sembraba el Cojo se ha mantenido durante generaciones.

Un largo silencio se impuso entre ellos. Myrah intentaba digerir la información que acababa de recibir. Había oído y leído historias sobre Tamerlán tanto o más crueles que esa, pero era la primera que afectaba directamente a alguien que ella apreciase, y eso lo cambiaba todo. Mientras, Tariq, con lágrimas de rabia contenida en los ojos, se volvió para que ella no se percatara. Era casi un hombre, pronto cumpliría los diecisiete años, así que no podía llorar delante de una chica, menos aún delante de Myrah. Era una de las pocas personas a

las que no quería decepcionar.

Recordó la primera vez que la vio. Apenas tendría ocho años, pero andaba erguida y con una confianza en sí misma poco habitual a esa edad. Entonces, observó asombrado cómo se encaraba con su hermano mayor, Abdal, al que nadie osaba enfrentarse. La escena hubiese parecido graciosa, por la diferencia de tamaño entre ellos, si la discusión no hubiera ido creciendo hasta acabar con un empujón violento que la hizo caer al suelo. Las risotadas de él y sus acólitos la hirieron más que el propio golpe, a juzgar por la rabia que desprendían sus ojos verdes, que destacaban por su tamaño en un rostro contraído por la impotencia. Tariq estaba observando el episodio desde detrás del puesto que su padre tenía en la plaza, ya que era día de mercado, hasta que sus miradas se cruzaron. Entonces, sin pensárselo, fue hacia ella y le tendió la mano para ayudarla. Ella la ignoró y se levantó con presteza, sacudiéndose la falda.

—No necesito ayuda —sentenció con mirada altiva.

—Ahora entiendo por qué has recibido un empujón. Si no fueses una niña, tendría ganas de darte otro. Muchos aires, normal en personas de tu clase.

—¿De mi clase? ¡No tienes ni idea de quién soy! Nadie te ha pedido ayuda y estoy acostumbrada a valerme por mí misma.

—¿Pretendes darme pena? —dijo señalando su atuendo—. Aléjate del centro de la ciudad y mira cómo viven las familias en las afueras —concluyó con intención de marcharse.

—¡Espera! —exclamó sujetándole el brazo—. Perdona, estoy siempre a la defensiva. Me llamo Myrah, ¿y tú?

—Tariq —respondió estrechando la mano que ella le brindaba y sonriendo al ver que ella también lo hacía—, y a tu edad no deberías andar sola por las calles. Bueno, Myrah, encantado de conocerte, pero hazme caso y… otro consejo: yo que tú no me enfrentaría a Abdal.

—Lo conozco bien, es mi hermano —confesó con una mueca de fastidio—. Hum, me he escabullido de mi acompañante. No soporto que me vigilen a todas horas y que me digan lo que debo hacer.

—Vaya, vaya, toda una rebelde… A partir de hoy seré tu guardaespaldas cuando decidas despistarlos. Vamos a formar un buen equipo.

Y así fue. Cada vez eran más frecuentes sus encuentros para alejarse de la ciudad con cualquier excusa, aunque, con el paso de los años, ella cada vez estaba más sumida en sus estudios y tenía menos tiempo para aventuras. Sus recuerdos volvieron dos años atrás, a la tarde en que fue a su encuentro para enseñarle lo que su padre le había regalado por su decimosegundo cumpleaños.

—¡Mira, Tariq! ¿Has visto algo más bonito? —dijo llevándose la mano al cuello para mostrárselo—. En esta cara lleva grabado el sello timúrida, pero lo interesante está en el reverso.

Tariq lo tomó entre los dedos, admirando la calidad del grabado en oro, y le dio la vuelta. Entonces Myrah presionó un punto y la tapa se abrió.

—¡Menuda sorpresa! ¿Para qué sirve esta aguja que lleva dentro?

—Marca el norte. Es muy útil si viajas.

—¿El norte? ¿Y para qué quieres ir allí? —preguntó enarcando las cejas.

—¡No, hombre, la aguja marca el norte! De ese modo sabes que su opuesto es el sur y entonces puedes situar el este y el oeste. ¿Entiendes? —le explicó Myrah riendo.

—Bueno, mis posibilidades de viajar a donde sea son nulas —repuso algo molesto, cruzándose de brazos.

Myrah lo observó divertida y, guardando de nuevo el colgante bajo la ropa, sentenció entornando los ojos:

—Pues estoy segura de que en el futuro vas a viajar muy muy lejos.

Tariq volvió al presente al notar las manos de Myrah buscando las suyas. Levantó el rostro y se encontró con sus ojos.

—Cuenta conmigo. Entraremos en la tumba y buscaremos el grabado que hizo tu abuelo. Es lo mínimo que puedo hacer para restaurar su memoria.

—No sé si debo permitírtelo. El castigo será tremendo si nos descubren.

—No lo harán. Esperaremos a que anochezca y averiguaremos cómo entrar —concluyó resolutiva.

—Lo tengo todo estudiado. Te espero donde siempre en cuanto anochezca. Myrah, si no apareces o cambias de opinión, no me enfadaré —susurró un tanto preocupado clavando sus ojos pardos, casi negros, en los de ella.

—Allí estaré.

Se separaron al acercarse al palacio. Quedaron en encontrarse cuando apagaran todas las luces y se oyeran los tres toques de queda.

Myrah daba vueltas en la cama, inquieta. No confiaba en el éxito de su hazaña, como había pretendido aparentar ante Tariq. No quería ni pensar en las consecuencias que podría tener para ella que su padre se enterara de aquella incursión. Sin contar con el efecto que tendría el hecho de que la pillaran en plena noche con un chico de origen humilde. Su padre se había enfrentado a la familia, al consejo y a los

estudiantes para apoyarla en su educación y en sus estudios. Llevaba ya tres años en la universidad y, pese a todos los impedimentos que le ponían por ser mujer, sus conocimientos estaban a la altura de los alumnos más destacados, algo que desesperaba a muchos y que a su padre lo henchía de orgullo. Pero por otro lado no podía fallar a su amigo Tariq. Sin su apoyo, entre la envidia de sus compañeros y los celos de otras mujeres —sin olvidar las constantes pullas de su hermano Abdal—, esos últimos años hubieran sido un infierno. Era, aparte de su padre, el único que la entendía y la aceptaba. Además, la historia que le había explicado la había conmovido. ¡Cuánta crueldad fue capaz de repartir su antepasado! Se avergonzaba de ello, y por eso se sentía obligada a ayudarle.

Por fin la oscuridad cayó sobre Samarcanda. Se recogió la melena bajo un pañuelo anudado y se asomó a la ventana para comprobar que las calles estaban desiertas antes de descender por las ramas del árbol que había utilizado tantas veces a modo de escalera. Para tal propósito, en un hueco de la pared guardaba ocultos un pantalón y una camisa que había tomado prestados de uno de sus hermanos. Al poner los pies en el suelo, sacó de debajo de la ropa una capa oscura con capucha que la cubría por completo. El corazón le latía con fuerza; su instinto la advertía del peligro.

Al cruzar la calle vio una sombra que le hacía señas. Se dirigió hacia allí sin pensarlo.

—Creí que te habías arrepentido —musitó Tariq.

—Nunca falto a mi palabra.

—Pues vamos, sígueme, he encontrado el modo de entrar por la parte de atrás —añadió haciendo un gesto para que lo siguiera.

Continuaron caminando con sigilo hacia el sudoeste de la ciudad, arrimándose a las paredes de las casas y rodeando la plaza de Reguistán para no ser vistos por la guardia. Tras ascender por la pequeña colina convertida en necrópolis, al fin llegaron al mausoleo de Gur-e Amir y se detuvieron apoyados contra el muro que lo rodeaba. Después de saltarlo y ayudar a Myrah a hacer lo mismo, Tariq se dirigió hacia una de las ventanas y la señaló. A continuación se aproximó a unas plantas cercanas, rebuscó entre ellas y rescató una cuerda gruesa anudada. La enrolló en amplios círculos, se la pasó por la cabeza y volvió junto a Myrah.

—¿Con esto pretendes trepar hasta la ventana? ¿Cómo vas a amarrarla arriba, has aprendido a volar? —preguntó Myrah, observando escéptica la cuerda.

—Muy graciosa. Esto lo dejo para ti, yo soy más de tener los pies en la tierra —respondió con sorna—. He estado entrenando en un

lugar parecido de las afueras.

Acto seguido, lanzó la cuerda con un tope atado al extremo, esperando que quedara atrapado entre los barrotes, para subir primero, abrir la reja y ayudarla desde arriba.

—Estás loco. Lo sabes, ¿no? —sentenció mientras veía caer la cuerda de nuevo.

—No te he prometido conseguirlo a la primera… —protestó, volviendo al ataque.

Al quinto intento, y ante la mirada impaciente de Myrah, se coló por el hueco de la ventana. Tariq tiró suavemente de la cuerda hasta que comprobó que se había atrancado entre los barrotes. Se volvió triunfante hacia Myrah.

—¿Qué te había dicho? Ahora espera aquí a que suba y te haga la señal. Si oyes algo, avísame, ya sabes cómo.

—Los pájaros no cantan de noche.

—Esperemos que, si se da el caso, quien lo oiga no lo sepa.

Tariq empezó a trepar por la cuerda, ayudándose de los nudos para impulsarse hacia arriba. Myrah lo contemplaba con cierta admiración. Ella era hábil escalando los árboles, pero lo de la cuerda no lo había probado nunca y no le parecía tan fácil. Por fin lo vio alcanzar la reja, que abrió introduciendo la mano por el hueco para acceder al pasador. Ya desde el otro lado, sentado en el alféizar, le hizo señas para que siguiera sus pasos. Se acercó decidida y, sin permitirse más dudas, comenzó el ascenso. Las palmas de las manos le quemaban con el roce de la áspera cuerda, pero, antes de darse cuenta, vio la mano de Tariq extendida buscando la suya. Lo había conseguido.

—¡Bien! Ahora lo mismo en sentido inverso —dijo, y acto seguido lanzó la cuerda hacia el interior del mausoleo y comenzó a bajar por ella.

Una vez en el suelo, apremió a Myrah para que descendiera. Se quedaron unos segundos en silencio, contemplando el espacio que los rodeaba. A pesar de la oscuridad de la noche, la luz de la luna, casi llena, invadía lo suficiente la estancia para que les sobrecogiera lo que tenían delante. Todas las paredes estaban trabajadas desde el techo hasta el suelo. En la parte superior, una malla imitaba un panal de abejas. Una cenefa sobresaliente la separaba de la parte inferior, cubierta de mármol. En el centro, como si emergiera del mismo infierno, la tumba de Tamerlán, de una piedra verde oscura, destacaba sobre las otras dos, que pertenecían a sus hijos, Shahruj y Miran Shah. Myrah se acercó a Tariq; el lugar le provocaba escalofríos.

—Vamos —susurró, tirando de ella en dirección al sarcófago.

Una vez allí, se agacharon hasta tener las inscripciones a la altura

de los ojos. Tariq sacó una velita de la mochila que llevaba a la espalda y la prendió, acercándola hasta casi rozar la piedra.

—Myrah, léelo tú —le pidió bromeando, ya que él era incapaz de hacerlo todavía, a pesar de las lecciones recibidas por ella.

—De acuerdo —dijo colocando un dedo en la inscripción para ir siguiéndola a medida que la descifraba—: «Cuando resucite de entre los muertos, el mundo temblará, y quien perturbe mi tumba despertará a un invasor más temible que yo».

Myrah notó que un escalofrío le recorría la espalda y volvió la cabeza hasta encontrar los ojos de Tariq. Parecía una premonición por lo que estaban haciendo allí.

—No te asustes. Que yo sepa, nadie ha vuelto aún del más allá… No tuvo bastante con aterrorizar a la gente en vida, así que decidió intentarlo también muerto —añadió con un bufido—. Pasemos al otro lado, a ver si está lo que buscamos.

Rodearon el monumento con gran sigilo hasta encontrar la siguiente inscripción.

—¿Qué pone? —preguntó Tariq impaciente sin dejar de mirar atrás, como si sintiera el aliento de alguien en el cogote.

—Nada que te interese, creo. Menciona que es descendiente directo de Gengis Khan. También habla de su madre, Alankova. Explica que lo concibió de un rayo.

—¡Ahora entiendo muchas cosas! —interrumpió con sorna.

—¿De verdad tienes ganas de bromear en esta situación? —quiso saber mientras seguía avanzando en cuclillas hasta la siguiente pared.

De pronto se detuvo y señaló un bajorrelieve. Tariq acercó la vela. La escena que buscaban se desplegó ante sus ojos. Acarició la piedra con la misma suavidad que si estuviera grabada en seda. Miró con detenimiento las figuras. El hombre al que ahorcaban, el que lo ejecutaba y las gentes que observaban alrededor. Se le hizo un nudo en la garganta.

—Tu abuelo era un artista —susurró Myrah al ver la tensa expresión de Tariq—. Ahora debemos irnos, no tentemos más a la suerte.

—Antes debo acabar lo que he venido a hacer —dijo con el semblante serio mientras sacaba un pequeño mazo de la mochila—. No voy a permitir que esa imagen siga decorando su sarcófago.

—¡Detente! —ordenó Myrah—. No puedo dejar que lo hagas.

—¿Y qué vas a hacer para impedírmelo? —respondió Tariq.

—Harás ruido y nos descubrirán. Y creo que te equivocas. Es un honor para tu familia que guarden aquí este trabajo. Dentro de muchos años, cuando ninguno de nosotros viva, el sello de tu estirpe

permanecerá.

Tariq apartó los ojos del grabado y se encontró con la mirada encendida de su amiga. Su mano, crispada sobre la empuñadura del mazo, tembló ligeramente.

—No es un honor decorar la tumba de un tirano —aseguró dando un paso decidido.

Al notar un agarrón que le impedía avanzar, se volvió para enfrentarse a ella. Myrah le acercó el rostro hasta dejar apenas un palmo entre los dos y posó las manos en sus hombros.

—Hazlo por mí, pues.

El olor del cabello de la chica mezclado con el perfume que llevaba invadieron los sentidos de Tariq, y el tacto de sus palmas lo dejó sin palabras. La miró de nuevo, perdiéndose en esos inmensos ojos que brillaban húmedos, y asintió. Guardó el mazo y se incorporó con el rostro aún crispado.

—Vamos, hora de irse.

Se dirigieron a la ventana donde habían dejado la cuerda. Tariq inició el ascenso. Cuando ya había cubierto un tercio del trecho, oyó voces al otro lado. Rápidamente, se volvió hacia Myrah poniéndose el índice sobre los labios. Le pareció que eran dos hombres conversando animadamente. «Quizá sea un cambio de turno», se dijo para calmarse. No se atrevió a mover un músculo. Cualquier ruido del roce de la cuerda o del tope que la sujetaba a los barrotes los delataría. Rezó para que no se les ocurriera mirar hacia la ventana. Las gotas de sudor le caían por la frente, y las manos, también empapadas, comenzaban a temblar por el esfuerzo que tenía que hacer para no resbalar. Myrah no podía apartar los ojos de él. Se sentía impotente y paralizada por el pánico. Pasados unos minutos que les parecieron siglos, el silencio se impuso de nuevo. Entonces, con el máximo sigilo, fue descendiendo hasta volver a poner los pies en el suelo. Myrah lo observó aterrorizada, mientras Tariq le ponía una mano en el hombro para tranquilizarla.

—Esperaremos un poco más para asegurarnos de que no haya nadie al otro lado —musitó.

Se sentaron muy juntos y enlazaron las manos casi de forma inconsciente, apoyando la espalda contra la pared de mármol.

—¿Y si no podemos salir en toda la noche? Cuando vean que no estoy en mis habitaciones por la mañana… —susurró Myrah con preocupación, imaginándose la escena.

—Lo haremos. No podemos esperar a que amanezca, eso sí que lo complicaría todo. Voy a volver a intentarlo. Cuando llegue a la ventana, me asomaré con cuidado para asegurarme de que no hay

guardia a la vista. Entonces te haré la señal para que asciendas. ¿De acuerdo? —preguntó, mirándola a los ojos.

—Tengo miedo, no sé si podré hacerlo —siseó con la cabeza baja.

Tariq dirigió la palma a su mentón y la obligó a levantarlo para que se enfrentase a sus ojos de nuevo. Sus labios trémulos lo distrajeron unos segundos.

—Lo conseguiremos, confía en mí.

Myrah asintió. El roce de su mano y la seguridad que emanaba de él le devolvieron la calma que necesitaba.

Tariq comenzó a ascender y, al alcanzar el alféizar, sacó parte de la cabeza al exterior. Al poco se volvió e hizo un ademán para que ella lo siguiera.

Esa vez se había protegido las manos con un pañuelo para que ninguna herida pudiese delatarla. Después, tras otear de nuevo alrededor, Tariq inició el descenso por el lado contrario y, al llegar al suelo, le hizo la seña para que lo siguiera. Una vez allí, suspiraron aliviados. Avanzaron agachados hasta salvar la distancia que los separaba del muro y, tras saltarlo, empezaron a andar en silencio hacia la otra punta de la ciudad. Al pasar cerca de un pozo, Tariq lanzó en él la cuerda. En cuanto llegaron junto al árbol que caía casi sobre la ventana de Myrah, después de asegurarse de que no había guardias a la vista, se detuvieron.

—¡Buf! ¡Por los pelos! Gracias por acompañarme. Solo no lo hubiera logrado —confesó mirándola de un modo especial que creó por unos instantes una situación extraña y nueva entre ellos.

—Estoy segura de que, de alguna forma, has honrado la memoria de tu familia. Nos hemos librado de milagro. Si llegas a golpear la piedra con el mazo, nos habrían atrapado —sentenció.

—También te doy gracias por impedírmelo.

—No tienes que darme las gracias —respondió suavizando el tono —. Tú me has ayudado en muchas ocasiones. Recuerdo aquella vez que pretendía entrar en los aposentos de Rukaiya para destrozarle su vestido nuevo. ¡Estaba furiosa!

Recordó cómo habían discutido cuando Rukaiya se burló de ella porque quería ser astrónoma. Le dijo cosas horribles. Tariq la convenció de que era una chiquillada que solo serviría para enemistarse más con la primera esposa, e insistió en que lo que debía hacer era demostrarle con hechos lo equivocada que estaba.

—¡Cómo te enfadaste conmigo cuando decidí llamarte Aigieruc! —puntualizó él, sonriendo al evocar la escena.

—Sí —confirmó entre risas.

Al no entender la broma, Tariq le había explicado la leyenda para

que se calmara:

«Aigieruc, hija de Kaidú, sobrino de Gengis Khan, decidió casarla, pero ella se negó porque quería ser guerrera. Así que acordó con él que solo lo haría con quien la ganase en combate. La noticia corrió por todo el imperio, pero ningún hombre lo consiguió nunca. Eres como ella, fuerte y decidida; no permitas que nadie te haga dudar de ello. —Y añadió, bromeando al notar que su tono era demasiado vehemente—: ¡Y menos Rukaiya!».

—A veces las personas que parecemos más fuertes somos las más débiles. Me da miedo la oscuridad y me aterran las tormentas cuando desatan truenos y rayos. Esta noche me costaba hasta respirar de lo asustada que estaba. Me he imaginado las cosas más horribles —confesó estremeciéndose.

Tariq la calló poniéndole el índice sobre los labios y negó con la cabeza.

—Todos tenemos miedo a algo. Esta noche yo también lo he pasado, créeme. Pero aún te recuerdo de niña, delante de tu hermano, que te sacaba una cabeza, con gesto desafiante. Eso es ser fuerte.

Sus miradas se cruzaron y, sin apenas darse cuenta, como si una fuerza externa los atrajese, sus labios se fueron acercando hasta unirse en un prolongado beso. Myrah sintió que su boca respondía, deseando que ese momento no acabase. Tariq la atrajo más hacia él hasta que las curvas de su cuerpo quedaron unidas al suyo. Después, separó su boca unos milímetros.

—Myrah… —Pronunció cada letra con suavidad, casi como una oración, mientras le acariciaba el rostro mirándola con intensidad. Ella abrió los ojos para enfrentarlos a los de él.

—Debes irte ya, es peligroso —dijo separando el cuerpo hasta quedar unidos solo por las manos—. Buenas noches, Tariq, hasta mañana…

La muchacha estaba confusa por lo que había sentido ante esa mirada y por el sabor de la boca de él sobre la suya. Parecía querer decirle tantas cosas… Un cosquilleo le recorrió el cuerpo.

—Buenas noches, princesa, que descanses. Hasta mañana —se despidió con una sonrisa cómplice.

Myrah comenzó a trepar por el árbol. Cuando estaba a medio camino, notó que algo le impedía avanzar. Se volvió nerviosa, soltando una exclamación al comprobar que parte de la capa, que con la agitación había olvidado quitarse, se había enganchado en una rama. Comenzó a tirar de ella hasta que oyó cómo se rasgaba. Siguió el ascenso y alcanzó la ventana que le permitió colarse en su cuarto. Al instante oyó gritos fuera y se asomó. Con pavor, vio que un par de

guardias apresaban a Tariq mientras él se resistía, y que uno de ellos le propinaba un golpe en la cabeza que lo dejaba inconsciente. Como si fuera una autómata, se deshizo de la ropa que llevaba y la ocultó bajo el almadraque. Se puso la camisa de dormir y se tumbó en la cama, temblando de miedo. No podía hacer más que quedarse allí quieta. Cabía la posibilidad de que el jefe de la guardia diera la orden de revisar las habitaciones para comprobar que todo estuviera en regla. Si eso ocurría, debían encontrarla durmiendo. De lo contrario, podrían atar cabos, y eso sería terrible para los dos.

10

Estuvo despierta largo rato, con todos los sentidos en alerta por si le llegaba cualquier ruido. Pasado un tiempo, por fin se atrevió a asomarse de nuevo por la ventana y vio que todo estaba en calma. ¿Qué habrían hecho con Tariq? Volvió a la cama diciéndose que nada podía averiguar hasta que amaneciera, por muy larga que fuera a hacérsele la noche. Sus pensamientos volvían una y otra vez a lo que había ocurrido entre ellos. Durante todos los años que llevaban quedando a hurtadillas, jamás había pensado en él de esa forma. ¿Cuándo había cambiado ese sentimiento? ¿Por qué deseaba volver a verlo más que nada en el mundo? Y ahora que había sido apresado, ¿cuándo podría hacerlo de nuevo?

Un rayo de sol insolente la despertó, devolviéndola a la realidad. Se incorporó de inmediato, asustada. En ese instante, Yunna apareció tras la cortina; había aguardado en silencio hasta asegurarse de que su ama estuviera despierta.

—Buenos días, princesa. ¡No sabéis el jaleo que hay en palacio esta mañana!

—¿Jaleo? —repitió Myrah, aparentando sorpresa—. ¿Ha ocurrido algo?

—Esta madrugada han sorprendido a un ladrón husmeando por los alrededores de la casa. Iba armado con un mazo y algo más, no sé. Suerte que los guardias oyeron un ruido y lo descubrieron.

—¿Un ladrón? ¿Había robado algo?

—No, no le dio tiempo. Pero he oído que uno de los guardias le ha explicado a vuestro padre que, tras pasar la noche en el calabozo, ha confesado su intención de hacerlo.

—¿Tienes idea de dónde está ahora? ¿Todavía lo tienen preso allí? —preguntó como si no le importara demasiado la respuesta.

—No sé más, mi señora. No he podido seguir escuchando. ¡Pobre chico, tan joven! No creo que vayan a ser muy magnánimos con él —suspiró, negando con la cabeza.

Myrah siguió con su aseo como si aquella conversación no le hubiese afectado. Pero su estómago no sabía fingir y las náuseas la estaban matando.

—¿Sabes si mi padre está en palacio o ya ha salido hacia la madrasa?

—Cuando me dirigía hacia aquí aún estaba. Vuestro hermano, el príncipe Abdal, le esperaba para reunirse con él —añadió mientras cepillaba con energía la larga melena en la que destacaban reflejos rojizos como marcados a pinceladas.

—Gracias, Yunna, puedes retirarte, ya acabo yo.

Myrah se quedó pensativa contemplando su imagen en el espejo. Tenía que actuar de inmediato, antes de que fuera tarde para Tariq, pero sin descubrir la verdad ni delatar su relación con él. Les perjudicaría más que la situación actual.

Tenía claro que se había autoinculpado del intento de robo para protegerla. Pero no podía olvidar su rango ni tampoco de dónde provenía. Por ese motivo, desde que se conocieron en la plaza del mercado tras su enésima pelea con Abdal, siempre se habían encontrado de manera furtiva, de noche o en lugares apartados de miradas ajenas. Debía hacer algo, no podía quedarse allí mientras él… «Tariq», susurró notando que su cuerpo se estremecía asustado por la situación.

¿Cómo iba a ayudarlo? «Lo primero —se dijo— es averiguar dónde lo tienen preso. Lo segundo, intentar llegar hasta él». Apartó el temor y, con resolución, se dirigió al encuentro de su padre. Con un poco de suerte, tal vez habría acabado su reunión con Abdal. Cuando descendía por las escaleras, vio que este abandonaba la sala principal. Al oír sus pasos, se volvió hacia ella. Una sonrisa retorcida se dibujó en su rostro; hubiera resultado hermoso si no hubiera estado marcado siempre por ese rictus. Su hermano le aguantó la mirada unos segundos y continuó su marcha hacia el exterior. A Myrah se le heló la sangre. Nada bueno podía indicar esa actitud. Estaba acostumbrada desde niña a ser el blanco preferido de Abdal, sin saber qué había hecho para merecer tal trato. Pero esa sonrisa de triunfo y esa mirada… ¿Habría conseguido que Tariq la delatara?

—Buenos días, padre —dijo la muchacha acercándose a él y depositándole un beso en la mejilla.

—Myrah, eres tú —contestó como si volviera de muy lejos. La miró con afecto, lo que la llevó a la inmediata conclusión de que nada sabía de su aventura nocturna. Suspiró con alivio.

—Yunna me ha explicado lo que ha ocurrido esta noche.

—Sí, ya ves que no estamos a salvo ni en palacio. Cualquier ladronzuelo puede llegar hasta la misma puerta. Por fortuna, mi guardia lo sorprendió antes de que pudiera entrar.

—¿Y qué le pasará? Si no ha llegado a cometer el delito, tal vez no deba recibir un gran castigo, ¿no, padre?

—Como gobernador, mi deber es velar por la seguridad de mi

gente, más aún si es de mi propia familia. No puedo mostrarme débil. Sintiéndolo mucho, voy a tener que decretar su pena —respondió apesadumbrado.

—Pero tengo entendido que es solo un muchacho… Tiene toda la vida por delante, puede cambiar y ser un buen ciudadano si se le da una oportunidad —insistió con mirada suplicante.

—Ay, hija mía, no todo es tan sencillo. Somos prisioneros de nuestras propias leyes.

—¿Y la pena cuál es, padre? —preguntó con un hilo de voz.

—Será ahorcado, como todos los ladrones. No podemos hacer una excepción.

Myrah se quedó paralizada. La historia se repetía. Para vengar un ahorcamiento, Tariq pagaría con la misma pena. Despacio, se separó de su padre, luchando por retener las lágrimas que deseaba derramar. Se volvió para no delatarse y avanzó hasta la salida, pero antes de cruzar la puerta, le planteó a su padre una última pregunta:

—¿Cuándo será?

—Permanecerá tres días en el calabozo, como es costumbre. Luego se le trasladará para la ejecución. No pienses más en ello —añadió con suavidad—, no son temas que deban preocuparte ahora. Se hace tarde, ya habrán comenzado las clases. Adelántate, iré en unos minutos.

—Sí, padre —contestó Myrah cabizbaja.

Caminaba de manera inconsciente por la calle, dándole vueltas a una posible salida de aquella situación. No podía quedarse de brazos cruzados. Tres días. Tenía tres días para liberar a Tariq. No quería ni imaginar que pudiera morir. Se estremeció al pensarlo.

Estaba claro que ella sola, una chica de catorce años, no iba a poder hacerlo. ¿Con quién podía contar para ayudarla? Tenía que trazar un plan. En cuanto saliera de clase, se pondría a pensar en ello. No podía perder más tiempo.

Horas más tarde, ya en sus aposentos, se concentró en un plan que se le había ocurrido durante la clase de física. Cogió las tablillas y comenzó a trazar líneas en ellas. Tenía la idea en la cabeza, solo necesitaba plasmarla para fabricarla después. Repitió la operación varias veces hasta que al final se dio por satisfecha. Entonces cogió una hoja y, cuidadosamente, reprodujo el diseño con la pluma. Luego lo espolvoreó con arena para fijar la tinta. Podía funcionar. ¡Tenía que funcionar! La enrolló con cuidado y la guardó en un doble forro de su

vestido. Solo tenía que llegar al lugar donde pudieran ayudarla. Salió de palacio acompañada de Yunna, como solía hacer cuando iba a la biblioteca o al mercado de especias. Le había dicho a la criada que ese día irían al barrio de los artesanos, ya que quería encargar un regalo sorpresa para su padre. Dirigieron sus pasos hacia allí y buscó la herrería. En una ocasión había acudido allí con Tariq. El herrero era un viejo amigo de su padre, también descendiente de inmigrantes que llevaron a trabajar en la ciudad. Tendría que confiar en él; era su única esperanza.

—Buenas tardes —saludó entrando en el local al ver al propietario de espaldas a ella.

—Muy buenas sean para vos, señorita. ¿En qué puedo ayudaros?

—No sé si me recuerdas —dijo al tiempo que retiraba la capucha que le cubría la cabeza—, estuve una vez aquí con Tariq, el hijo del alfarero.

El hombre la estudió con detenimiento y luego miró tras ella. Para asegurarse de que iba sola, se acercó a la puerta y sacó la cabeza, oteando en ambas direcciones con atención. Se fijó en Yunna, que bajó tímidamente la mirada al sentirse observada.

—Os recuerdo —afirmó volviendo a entrar—. Y también recuerdo que advertí a Tariq respecto a lo de entablar amistad con una chica como vos. ¡Pobre diablo! Menos mal que su padre no se enterará. Si se hubiera limitado a hacer su trabajo y a tratar con su gente, hoy sería un hombre libre.

Myrah se acercó dolida y, mirándole de frente, dijo decidida:

—Quiero ayudarle a escapar. Y para eso necesito tu colaboración.

—¿Estáis loca, chiquilla? ¿Escapar del calabozo? ¡No lo ha conseguido nadie, que yo sepa! Yo apreciaba mucho a su padre, pero no me voy a jugar el pellejo por él. Tengo familia.

—No vas a arriesgar nada. Solo necesito que me fabriques esto —expuso mientras desenrollaba lo que acababa de sacar del forro interior de su ropa.

Durante unos segundos, el hombre observó con atención la hoja que le tendía.

—¿Qué es esto? No he visto nada parecido en mi vida.

—No lo has visto porque no existe aún. Vienen detalladas las medidas que preciso. ¿Tienes alguna duda de cómo realizarlo?

El hombre miró el dibujo con detenimiento y luego clavó los ojos en Myrah, estudiándola. Al final suspiró.

—Quizá no sea tan ingenioso como vos, pero he trabajado el hierro toda mi vida. Entiendo un dibujo en cuanto lo veo. Intentaré hacerlo.

—Tenemos un pequeño problema. No nos queda mucho tiempo. Lo

necesito para mañana. Pasaré a recogerlo al caer la tarde.

—Creo que ese va a ser el menor de vuestros problemas. Me pondré ahora mismo; trabajaré toda la noche, si es necesario.

—No sé cómo podré pagarte el favor —contestó Myrah con ojos llorosos.

—Me sentiré más que pagado si logramos que esto funcione y consiguís vuestro propósito.

Myrah se dirigió a la salida. Antes de poner un pie en la calle, el herrero la detuvo.

—No volváis aquí a recogerlo. Estáis corriendo demasiados riesgos. Hay ojos por todas partes, vigilando. Mañana a mediodía lo llevaré al mercado oculto en el carro.

—Hasta mañana, pues. —Myrah lo observó con tal expresión que no hicieron falta más palabras.

11

Myrah seguía con los ojos clavados en su tablilla. La voz del profesor de aritmética le llegaba lejana. Los números le bailaban en la cabeza mientras su mente volaba fuera de aquel lugar. ¿Funcionaría? ¿Llegaría a tiempo?

—¿Señorita Myrah?

Se había pasado la noche anterior barajando opciones para hacer llegar el artilugio a Tariq. Al fin había dado con una, pero…

—¿Tiene la respuesta?

La muchacha notó de pronto todas las miradas de sus compañeros sobre ella y por el rabillo del ojo vio al profesor acercándose al lugar que ocupaba en el aula.

—¿Y bien? —inquirió alzando las cejas, a la espera de sus palabras.

Sintió que la sangre se le agolpaba en las mejillas y unas palabras balbuceantes surgían de sus labios casi sin darse cuenta:

—Creo que… no lo sé.

—Si no le interesan mis clases, es libre de marcharse —anunció con voz dura.

—¡Me interesan muchísimo! Lo siento, no volverá a ocurrir —respondió con firmeza.

A partir de ese momento, y bajo la atenta mirada del maestro, se concentró en la tarea tanto como pudo hasta que por fin acabó la última clase y salió de allí precipitadamente. Yunna estaba fuera, de pie, esperándola.

Con la primera luz del alba, Myrah había cogido papel y pluma para comenzar a dibujar las instrucciones precisas. Recogía todos los pasos que Tariq debía dar para que su invento funcionase; y, si lo lograba, la manera de desmontarlo y llevárselo de allí. No podían dejar ningún rastro que implicase al herrero y, en consecuencia, a ella. Había acordado con Yunna que, al finalizar las clases, iría a recogerla para acercarse al mercado semanal de artesanos, con la consigna de que llevara una cesta para las compras que pensaba hacer. Se acercó a la joven sonriendo y emprendieron el camino hacia la plaza del Reguistán.

Era sábado. La vida fluía entre los tenderetes que habían montado en la gran plaza para la ocasión, en los que la gente se amontonaba para observar los productos y estudiarlos antes de decidirse. En los

puestos podía encontrarse desde carne adobada o asada hasta cebada, frutas variadas y pan. También había una zona de artesanos donde exponían las más ricas sedas, zapatos, cueros y todo tipo de utensilios para el hogar. Myrah observó a su alrededor hasta que lo localizó. Había montado un puesto donde exponía una serie de herramientas y otros objetos. Se acercó a él haciéndole un gesto a Yunna para que le pasara la cesta y la esperara allí.

—Buenas tardes —saludó, haciéndose un hueco en primera línea, y preguntó—: ¿Has podido acabar el encargo que te hice la semana pasada?

—No me creeréis si os digo que lo acabé anoche a última hora. Se me han acumulado varios pedidos y no doy abasto. Lo tengo aquí detrás. Si lo deseáis, podéis echar un vistazo para comprobar si el trabajo que he realizado es de vuestro agrado.

Myrah accedió a la parte trasera del mostrador y se agachó para estudiar las piezas. Miró con satisfacción al herrero, que no le quitaba ojo de encima. Cogió todas las partes y las colocó en el fondo del cesto, cubriéndolas con la tela que las envolvía. Se irguió y se dirigió al hombre que esperaba su aprobación.

—Hum…, creo que servirá. Has hecho un excelente trabajo —concluyó, poniéndole unas monedas de plata en la mano—. Lo tendré en cuenta para futuros encargos.

Cerrando el puño el herrero le susurró unas palabras al oído. Disimulando el esfuerzo por el peso del cesto, Myrah emprendió la marcha hacia donde la esperaba Yunna con impaciencia.

—Empezaba a preocuparme, habéis tardado mucho —se quejó la criada inquieta.

—¡Qué exagerada eres! Solo admiraba su trabajo… Es un gran artesano, y ya sabes que me gusta estar al tanto de las novedades. Anda, ayúdame a escoger una capa, y luego pasaremos por el puesto de la fruta. ¿Sabes? Se me ha ocurrido una idea… —dijo haciendo una pausa—. Desde que me explicaste ayer lo del muchacho que apresaron cerca de casa, no me lo quito de la cabeza. He pensado en acercarme adonde está, a ver si me dejan darle algo de fruta, ya que será su última noche. Mi padre me dijo que mañana lo ejecutarán.

—¡Oh, princesa, qué gran corazón tenéis! —exclamó emocionada—. Aunque me temo que una señora como usted no debería andar por un lugar como ese. Quizá sería más apropiado que yo hiciera la entrega en vuestro nombre. ¿No deberíamos pedir permiso antes de ir a los calabozos?

—No hace falta que se entere nadie —musitó acercándose a Yunna—. Aun así, estoy segura de que mi padre aprobaría mi conducta. Un

poco de humanidad con un condenado no merece ser reprendida. Además, lo mejor es pasar desapercibidas; no quiero que sepan quién soy. Será mejor presentarnos como dos humildes parientes del chico.

Después de rechazar el gesto de Yunna para llevarle el cesto con la excusa de que le hacía ilusión cargarlo por una vez, siguieron paseando por el mercado hasta que tuvieron todo lo que habían ido a buscar. Con la cesta llena hasta arriba de diversas frutas, se dirigieron al lugar donde se hallaba el preso, a las afueras de la ciudad, a la espera de su ejecución. Antes de acercarse, las muchachas se cubrieron con unas capas sencillas que habían adquirido en el mercado. Yunna seguía reticente a llevar a cabo semejante acción sin el debido permiso del khan, pero era difícil, si no imposible, disuadir a su ama cuando se proponía algo. Custodiando la puerta, había dos guardias. Myrah se acercó con resolución, seguida por Yunna. Le había insistido en que la dejara hablar y que asintiera a cuanto dijese.

—Buenas tardes, señores. Somos hermanas del preso que será ejecutado mañana. Apelamos a su buen corazón para que nos dejen despedirnos de él, rezar para salvar su alma y entregarle estas frutas, para que su último alimento no sea tan miserable como su vida. Fue el último deseo de nuestro padre, que murió de pena al enterarse de lo que había hecho —expuso sin dar la oportunidad de hablar a los soldados, que las observaban con curiosidad al principio y con pena al final.

Se miraron entre ellos y hablaron quedamente para que no pudiesen oírlos.

—De acuerdo. Pero solo entrará una. La otra se quedará conmigo como garantía de que no haréis ninguna tontería. No queremos problemas con nuestros superiores.

—Insisto en que no es buena idea dejar pasar a nadie —añadió el segundo hombre, mirando a su compañero con rencor al comprobar que era el asignado para entrar en aquel pestilente lugar, tras una breve apuesta.

—Mil gracias, señor, no sé cómo expresarle lo que significa para nosotras —respondió Myrah rauda, sin dar tiempo a que se lo repensara.

Siguió al soldado hasta el interior sin perder de vista su espalda, evitando así contemplar los cuerpos de donde provenían los lamentos que le llegaban. Se detuvieron frente una celda alejada, situada al fondo de aquel lúgubre lugar.

Yunna, contra su voluntad, se quedó esperando junto a la entrada. Había perdido de vista a su ama y eso, junto con las miradas que sentía sobre su cuerpo y que provenían del hombre que estaba a su

lado, le producía una tremenda inquietud. Comenzó a rezar en silencio para que pudieran alejarse de allí lo antes posible.

—Se lo advierto, si no quiere vomitar, aguante la respiración. Espero que no se desmaye —dijo con una mueca burlona mientras le señalaba la celda.

Myrah tardó unos segundos en acostumbrar la vista a la oscuridad que invadía el lugar. Al principio le pareció que la celda estaba vacía. Después, una figura encogida fue dibujándose al fondo.

—¡Eh, tú, ladrón, es tu día de suerte! Tienes visita. Tus hermanas han venido a despedirse —gritó golpeando los barrotes con una porra.

El bulto comenzó a moverse. Poco a poco se enderezó, y, con pasos muy lentos, se acercó al guardia, que iba acompañado por una mujer. Tariq sabía que no era su hermana por el simple hecho de que no tenía ninguna. Al acercarse más, una luz fue penetrando en su mente, y tuvo que contener la exclamación que a punto estuvo de soltar.

—¡Ay, hermano! ¿Cómo has podido darnos este disgusto? La familia caerá en desgracia por tu culpa. He venido a rezar contigo y a traerte estas frutas como último alimento en esta vida —exclamó mientras le guiñaba el ojo a espaldas del guardia y comenzaba a introducir la cesta por la trampilla que este había levantado.

—¡Alto, un momento! —gritó el soldado señalando la cesta.

Myrah palideció. El corazón comenzó a latirle con fuerza al ver cómo el hombre alargaba la mano hacia su contenido. Hubiera querido decir algo ingenioso para evitar lo que estaba a punto de ocurrir, pero se había quedado muda.

—Demasiada fruta para este desgraciado. Aún le va a sentar mal… Y no queremos que enferme, ¿verdad? Ja, ja —exclamó riéndose de su propia broma—. Deja que te eche una mano.

Myrah, incrédula, tomó un melocotón y se lo ofreció con una sonrisa, a la vez que empujaba la cesta hasta el interior, buscando el roce de la mano de Tariq.

—Espero de corazón que te arrepientas de tus pecados antes de abandonar este mundo para que puedas ir con Alá en paz. Si lo haces, serás recompensado, pues más allá encontrarás la salvación —añadió con un principio de enigmática sonrisa.

—Se acabó el tiempo, mujer. No sé cómo puede aguantar este hedor —dijo el guardia tirando de ella.

—No vivo en un palacio, señor. Para llegar a nuestro barrio hay calles que no huelen a flores precisamente. Que Alá se apiade de su alma —concluyó, dirigiendo la mirada hacia Tariq por última vez.

Yunna respiró aliviada cuando volvió a ver a Myrah. Se despidieron de los guardias, agradeciendo una vez más la amabilidad

que habían mostrado. Tal como la princesa había pensado, el hecho de que Yunna creyera que habían ido allí como acto de buena fe había contribuido a que resultara más sincero el engaño.

La aparente tranquilidad de Myrah se vino abajo al cruzar la primera calle y verse lejos del lugar. Su cuerpo convulsionó hasta expulsar todo lo que retenía en el estómago. Exhausta, se apoyó contra la pared, mientras Yunna, preocupada, intentaba limpiarle la cara con un pañuelo.

—Gracias. Ya estoy bien.

—Habéis sido muy valiente, señora, y un poco inconsciente, si me permitís decíroslo —la reprobó al recomponer su capa.

—Lo mejor que podemos hacer es olvidarnos de esto. Será un secreto entre las dos. Prométeme que no se lo contarás nunca a nadie —dijo mirándola a los ojos, sintiéndose un poco culpable al leer en ellos temor y angustia.

—Prometido, por la cuenta que me trae. Si se enteran de que os he acompañado, me azotarán hasta que caiga muerta —contestó asustada.

—De acuerdo, pues. Volvamos a casa. Se está haciendo tarde y se preguntarán dónde nos hemos metido. Si lo hacen, esta tarde solo hemos estado paseando por el mercado.

Al acercarse al centro, se quitaron las capas, las doblaron y las guardaron en la bolsa de cuero que llevaba Yunna cruzada sobre el pecho. Habían acordado que esta se desharía de ellas para mayor seguridad. En silencio, siguieron andando con paso rápido hasta llegar a su destino. Myrah se dirigió entonces a sus aposentos, apretando ligeramente el brazo de Yunna al separarse, mientras le enviaba una mirada de complicidad.

Una vez allí, se quitó la ropa y se frotó con esmero todo el cuerpo con jabón, intentando eliminar el olor que creía que se le había impregnado en cada poro de la piel. Después volvió a vestirse, se perfumó y se tumbó agotada sobre la cama. Tenía que tranquilizarse antes de bajar a cenar.

Rogó para que Tariq hubiese entendido el mensaje.



Contemplé a mi hijo mientras cerraba los ojos al son de mis palabras, así que susurré estas últimas con melancolía:

—Ese fue el último día que vi a Tariq. No supe qué fue de él, ni si seguía con vida. Y en ese caso, si me recordaría. Aunque parecía haber pasado una eternidad desde entonces, apenas siete años me separaban

de Samarcanda.

12

Tariq cogió una pieza de fruta y la devoró en pocos segundos. Estaba hambriento. Rebuscó hasta alcanzar un melocotón que vio al fondo y, al hacerlo, notó algo frío y duro al tacto. Instintivamente, agarró la cesta, se desplazó al fondo de la celda y se acercó todo lo que pudo al ventanuco para que la poca luz del día que quedaba lo ayudase a distinguir lo que acababa de descubrir. Primero, como precaución, miró en todas direcciones para asegurarse de que nadie lo observaba. Los guardias ya se habían retirado y las celdas ocupadas quedaban lejos. Estaba solo. Entonces desplazó la tela y descubrió sorprendido un papel enrollado y unas piezas de hierro. Extendió la hoja. Era la letra de Myrah, acompañada de unos dibujos. Los estudió con atención y después, con cierta incredulidad, comenzó a ensamblar cada parte siguiendo las instrucciones que le detallaba paso a paso. No era demasiado complicado. Al final de la hoja halló otras directrices; esas por si conseguía escapar. Cogió el papel y se lo guardó en el pantalón con el propósito de destruirlo en cuanto pudiera. No debía implicar a Myrah si fracasaba.

Asió el mecanismo y se situó delante del ventanuco que había en un saliente de la pared. Apoyó la base del artilugio sobre uno de los barrotes, a media altura, y otra parte en el contiguo, y comenzó a dar vueltas al perno ayudado por una manivela. Ante su asombro, los barrotes poco a poco se fueron separando, como si una fuerza misteriosa tirara de ellos por cada extremo. Animado por el resultado, siguió girando la manivela con más ahínco hasta que comprobó que el espacio abierto era suficiente para que su cuerpo pasase entre ellos. Dándose impulso desde el suelo, alcanzó la repisa con las manos; primero pasó la cabeza, para ir deslizándose con cuidado hasta liberar los pies. Con premura, comenzó a girar el perno en sentido contrario hasta soltar los topes y liberar el mecanismo. Lo cogió y saltó al otro lado. Se mantuvo agazapado unos segundos por si el ruido de la caída había llamado la atención. Después, echó a andar hacia el norte. Con unas ramas fue borrando las huellas que iba dejando en el camino, tal como ponía en las indicaciones.

A medida que se alejaba, sus pasos se aceleraron hasta acabar a la carrera cuando llegó a las afueras de la ciudad. Un gran muro de varios palmos de ancho la cercaba. Buscó el punto indicado en el

plano. Una voz a su espalda lo dejó helado:

—¡Alto! ¿Quién anda ahí?

Tariq se volvió para enfrentarse a uno de los vigías que controlaban las murallas. No tenía nada que responder, su aspecto lo delataba. Al ver que se aproximaba con aire amenazante, instintivamente cogió una de las piezas de hierro.

—¡No des un paso más! ¿Adónde te crees que vas? Te has saltado el toque de queda. ¡Estás arrestado! —ordenó con voz bronca, tomando el silbato para llevárselo a los labios a la vez que buscaba la espada.

Tariq supo que debía actuar de inmediato, antes de que diera la alarma, así que lanzó el brazo con todas sus fuerzas hacia el hombre y lo golpeó en la cabeza, cogiéndolo desprevenido.

Miró asustado a su alrededor para asegurarse de que nadie hubiera presenciado la escena antes de agacharse junto a él. Le vio una gran brecha de la que manaba sangre a borbotones y, horrorizado, se percató de que el hombre ya no respiraba. Sus ojos, inmóviles, seguían clavados en él. Permaneció unos instantes sin reaccionar. Después, apesadumbrado, arrastró su cuerpo y lo escondió. Siguiendo las indicaciones de Myrah, volvió al pie del muro, donde oculto bajo unas ramas encontró un tronco sorprendentemente ligero. Gracias a su altura y grosor, le permitiría subir a lo alto de la muralla. Utilizó esas mismas ramas para ocultar mejor el cuerpo del centinela. Una vez a horcajadas en lo alto del muro, lanzó el tronco hacia un lado. Después se dejó caer al suelo, donde rodó algunos metros, rezando para no golpearse con ninguna piedra.

Se incorporó y echó a correr hasta que un relincho le facilitó la tarea de encontrar la siguiente pista. Un caballo, sujeto por la brida a unas ramas, le estaba aguardando. En las alforjas que pendían a ambos lados de la silla, halló ropa, comida y un odre con agua fresca. Se deshizo de los jirones que llevaba y los ocultó. Las piezas y el papel los lanzaría al primer río profundo que cruzase para que, con el peso, se mantuviesen hundidos. Subió de un salto al caballo, contempló unos instantes el valle del Zarafshan y se perdió en la noche a galope tendido. Quedaban pocas horas para que amaneciera y descubrieran su huida o hallaran el cuerpo del vigía. Desechó la imagen del rostro sin vida que volvía una y otra vez a su mente. Debía estar lo más lejos posible para cuando comenzara la búsqueda. Fuera del reino, a ser posible. Pensó en todo lo que dejaba atrás: la ciudad a la que nunca podría volver y Myrah. Sus vidas se separaban para siempre. No volvería a oír su risa, ni a admirar sus dibujos, ni a compartir aventuras ni a escuchar sus largas disertaciones sobre las estrellas

cuando, al anochecer, se tumbaban a contemplarlas. No volvería a ver sus rasgos perfectos, sus inmensos ojos verdes ni su andar decidido, como si el mundo estuviera a sus pies. No volvería a besar sus labios, ni a verlos formando esa media sonrisa que la caracterizaba. Myrah…

13

No volví a verlo, pero sí puedo decirte que Tariq encontró el artilugio, siguió las instrucciones y logró huir de la ciudad. Supongo que también recibió el regalo que le hice fabricar para su dieciocho cumpleaños y que, debido a las circunstancias, tuve que darle antes de tiempo. Se me ocurrió el día que le mostré mi colgante con la brújula. No fue fácil hallar al orfebre capaz de fabricarlo y de guardar el secreto, pero lo logré gracias a la ayuda involuntaria de mi padre, al que poco a poco le fui sacando la información necesaria.

No supe qué camino tomó Tariq, ni si logró sobrevivir con los escasos víveres de las alforjas y, de hacerlo, hacia dónde fue. Era improbable que nuestros caminos se volvieran a cruzar.



El ajetreo de la calle y del interior de la casa despertó a Myrah del sueño ligero en que se había sumido muy a su pesar, debido al cansancio y a la tensión acumulada de los últimos días. Se asomó por la ventana para ver qué ocurría. En ese momento entró Yunna, pálida como si hubiese visto un fantasma.

—¿Qué te pasa? ¿Te encuentras bien?

—Mi señora, ha ocurrido algo asombroso. No se lo va a creer —dijo en voz baja.

—Me estás poniendo nerviosa con tanto aspaviento.

—El chico, el prisionero que ayer…, ya sabe.

—Sí, Yunna, ¿qué pasa con el chico? —preguntó con el corazón en un puño.

—¡Ha desaparecido! ¡Se ha escapado! He oído lo que se dice en la calle, ¡y es increíble!

—¿Qué se dice? —quiso saber, impaciente, conteniendo su alegría.

—La gente cree que tiene poderes sobrenaturales. Por lo visto, fue capaz de doblar los barrotes de hierro de la ventana como si fueran de mantequilla. No ha dejado rastro de su huida… Algunos comentan que tal vez pueda volar, no hay otra explicación.

Myrah sonrió para sus adentros pensando en lo que se hubiera reído Tariq al oírlo. Había resultado. Su invento había funcionado.

Tariq había comprendido y seguido las indicaciones hasta el final. También el plano que le incluyó con la ubicación y los medios para huir de la ciudad, en caso de conseguirlo. Una sensación de triunfo y gratitud la inundó. Pero debía rezar para que la búsqueda del huido fuese en vano. Tariq tenía que alcanzar la frontera antes de que pudieran darle caza. Estaba segura de que lo conseguiría.

—Hay un detalle curioso en lo que he escuchado —musitó Yunna como si hubiera alguien más en la habitación que pudiera oírlas.

—¿Qué detalle?

—Los carceleros han jurado y perjurado que ayer nadie se acercó a la prisión —concluyó mirando con complicidad a su ama.

—Hum…, es verdad. Nadie se acercó por allí ayer —sentenció con firmeza, pensando que era lógico que los guardias dieran esa versión.

De confesar que habían dejado entrar a dos mujeres y pasar una cesta al reo sin comprobarla a fondo, lo menos que les podría suceder sería que los expulsaran del ejército con deshonra, un detalle que ella ya había previsto en caso del éxito de la misión. Todo había salido según lo planeado. «¡Tariq lo ha conseguido!», se dijo exultante.

Kaidú, el herrero, estaba amartillando los ejes de una rueda cuando vio acercarse a Myrah con su sirvienta. En la trastienda, sus hijos pequeños jugaban alegremente bajo la supervisión de su madre. En cuanto Myrah entró, uno de los dos, que huía de su hermano, chocó con ella, soltando una pequeña exclamación por la sorpresa.

—¡Goran, te he dicho mil veces que no entres en el taller de esa manera! Cualquier día te lastimarás con una herramienta o te quemarás con la forja —lo regañó, atrapándolo por un brazo.

—Es que Altan me está persiguiendo —respondió con voz queda, observando a Myrah de soslayo.

En ese instante hizo su aparición el hermano, seguido por su madre. Hubo unos segundos de desconcierto, pues todos se encontraban en el mismo espacio.

—Discúlpate ante la señora ahora mismo —ordenó su madre sin mirar de frente a la mujer.

—Siento haber chocado con usted, señora —susurró con los ojos clavados en el suelo.

—Ambos hemos chocado, Goran, yo tampoco te he visto venir. Acepto tus disculpas —añadió con formalidad mientras se le escapaba una sonrisa.

—Vamos, niños, dejad trabajar a vuestro padre —los apremió la mujer cogiendo a cada uno por una mano y desapareciendo tras la

tupida cortina, después de inclinar la cabeza a modo de saludo hacia Myrah.

—No deberíais estar aquí, señora. Presiento que hay ojos vigilando por todas partes —dijo Kaidú.

—Solo quería venir para agradecerte en persona lo que has hecho por Tariq. Sin tu ayuda, no lo hubiese conseguido. ¿Qué puedo hacer para compensártelo? —preguntó la princesa con mirada sincera.

—Conozco a Tariq desde que era un mocoso y a su padre desde mucho antes. Me unía gran amistad con él. Falleció el mismo día que atraparon a su hijo, así que no llegó a enterarse, gracias a Alá. Saber que lo ha conseguido es suficiente recompensa para mí.

—No era mi intención ofenderte. Siento si mis palabras lo han hecho. No volveré a molestarte —dijo mientras se volvía en dirección a la salida, donde Yunna la esperaba impaciente.

—¡Aguardad! —exclamó con voz queda antes de que alcanzara la calle—. Soy yo quien os debe una disculpa. Habéis arriesgado más que yo por él, y aún no os lo he agradecido. Pero os ruego, por el bien de los dos, que no volváis por aquí. Tengo una familia que proteger.

—Estamos en paz, pues.

14

Tariq siguió al galope hasta que la luz del día fue menguando e hizo imposible continuar la marcha. Entonces se detuvo y bajó del caballo. Hasta ese instante no se había percatado del portentoso ejemplar que lo había llevado a lomos sin descanso durante tantas horas. Le acarició el cuello, susurrándole al oído palabras de agradecimiento por su resistencia. El animal movió su gran cabeza agitando la larga y espesa crin, como si con ello confirmara la apreciación de Tariq. Este lo liberó de la carga y compartió algo de agua con él. Después lo dejó libre. Sabía que encontraría su propia comida, como solían hacer todos los de su raza, pero que no se alejaría mucho. Después comió algo del pan que encontró en las alforjas y se dispuso a descansar. A pesar de estar bien entrado el mes de julio, era consciente de que durante la noche las temperaturas bajaban considerablemente, así que desplegó la manta que le habían proporcionado junto con otros enseres. Al hacerlo, algo cayó al suelo y se agachó a recogerlo. Extrañado, se incorporó para averiguar qué podía ser. Estaba envuelto en una tela de seda que le recordó a la fragancia que Myrah desprendía. Comenzó a abrir el paquete con manos trémulas por la emoción; al ver lo que era, se le nubló la vista. Era una brújula, una réplica de la que Myrah lucía siempre en el cuello, excepto porque no llevaba piedras preciosas incrustadas ni el sello timúrida grabado en oro en el reverso. En su lugar, había unas palabras escritas: «Para que encuentres tu norte». Recordó entonces la paciencia de Myrah mientras le enseñaba a leer y se preguntó cómo había conseguido fabricar algo semejante sin levantar sospechas. Era un misterio, como casi todo lo que la rodeaba. Se tumbó en el suelo y, agarrado al amuleto, se dispuso a dormir. Fue consciente en ese momento de cómo le dolía cada parte de su cuerpo. Cerró los ojos mientras evocaba una vez más la imagen de Myrah antes de verla desaparecer por la puerta de la celda. No le dio tiempo a más porque cayó en un sueño profundo.

La luz incipiente de la mañana lo despertó desorientado, sin saber dónde se encontraba. Por un instante temió que todo hubiera sido un sueño y que siguiera encarcelado, pero la visión de un águila real sobrevolándolo lo tranquilizó de inmediato. Se incorporó con dificultad y echó un vistazo a su alrededor en busca del caballo. Lo vio

a lo lejos y, recogiendo la manta, se echó al hombro la carga y se dirigió hacia él. Al acercarse, tuvo la grata sorpresa de ver que bebía de un pequeño arroyo. Sin pensárselo dos veces, se desprendió de sus ropas polvorientas y se metió en él. El agua estaba congelada, nada extraño teniendo en cuenta que las nieves aún cubrían las cimas de las montañas.

—¡Buen muchacho! Creo que vamos a formar un gran equipo. Tengo que buscarte un nombre —dijo mientras le volvía a colocar la manta y las alforjas sobre el lomo. Alzó la mirada curiosa al comprobar que el águila seguía volando en círculos sobre ellos. Sonrió y añadió—: ¡Lo tengo! Es un presagio. Te llamaré Khumo. ¿Te gusta? Debería, pues es un honor. Es el nombre de un pájaro con gran poder. Bien, Khumo, según nuestro mapa y sus instrucciones, tenemos que seguir este arroyo hasta encontrar el río Sayhoun y después subiremos por su cauce hasta hallar el mar de Aral. Allí ya estaremos a salvo. Al ritmo que vamos, llegaremos en unos días.

Dos jornadas después alcanzaron el río. Sus aguas bajaban bravas debido al deshielo. Tariq sacó de la bolsa las piezas de hierro que había llevado con él desde que huyó de la prisión. Ató a ellas la hoja con las instrucciones de Myrah y el mapa que lo había llevado hasta allí y, con un gran impulso, las lanzó con todas sus fuerzas. Tras comprobar que se hundían de inmediato, se sentó junto a la orilla y se dispuso a darse un baño. Sintió el agua helada como si fueran agujas clavándosele en las piernas, pero sabía que eso era bueno para seguir cabalgando. Una vez fuera, se tumbó en la hierba que cubría los límites del río para secarse al sol.

De pronto notó un pinchazo en el pie y, al sentarse, descubrió una enorme serpiente junto a su cuerpo. Se incorporó de un salto y buscó con la mirada algo que pudiera servirle como arma. Aliviado, vio que se alejaba reptando en dirección contraria. Comenzó a vestirse deseando dejar aquel lugar, pero, al apoyar el pie, un dolor agudo casi le hizo caer de rodillas. Silbó para llamar a su caballo y, trabajosamente, subió a la grupa.

El dolor cada vez era más intenso; el sudor le empapaba el cuerpo y le nublaba la vista. Llevaba mucho rato avanzando sin rumbo, así que al final se dejó caer rendido, perdiendo la consciencia antes de tocar el suelo.

Sintió el calor del sol sobre el rostro. De pronto, notó que este se oscurecía y abrió los ojos sorprendido. De nuevo la misma águila —que con sus alas extendidas calculó que mediría más de un metro— seguía observándolo como venía haciendo los últimos días. Se miró el pie y comprobó asombrado que lo cubría una venda. No sintió dolor al

moverse, así que se levantó. Oyó un ruido, miró al cielo y se quedó perplejo al ver que el águila descendía en círculos hasta posarse en el brazo extendido de un hombre que se encontraba a poca distancia de él, a lomos de una yegua de gran estampa. Durante la infancia había oído relatos sobre los nómadas de las estepas que adiestraban a esas rapaces, capturándolas cuando apenas tenían unas semanas para cazar liebres, marmotas e incluso zorros del desierto. Pero nunca pensó que fuera cierto. No había visto nada igual en su vida. Un hombre que dominara un águila real debía poseer una gran sabiduría. Se asustó al ver que se le acercaba despacio, sin apartar los ojos de él. Su indumentaria era de lo más llamativa. La cabeza, de cuyos extremos caían largas trenzas, la llevaba protegida por un sombrero bermellón de forma cónica, con pieles colgando a los lados. El cuerpo lo cubría un abrigo fino. Protegiendo el brazo de las garras del ave, vio que tenía una funda de piel que acababa en un guante. En él distinguió unas anillas de cobre cosidas de las que caían unas correas con las que había sujetado al águila. El animal, de cerca, era de un tamaño considerable. Tenía la cabeza cubierta con una especie de caperuza de cuero que le impedía ver lo que ocurría a su alrededor. Cuando ya se encontraba a pocos pasos, el hombre le hizo una seña a modo de saludo. Tariq le correspondió de la misma manera.

—Buenos días —dijo Tariq con voz pausada, al no saber si el individuo que lo seguía observando entendía su idioma.

—Estás mejor —afirmó con un acento peculiar.

—¿Tú me encontraste? Lo último que recuerdo es que un águila me sobrevolaba.

El hombre asintió.

—Gracias, creo que te debo la vida.

—Tú suerte, yo cerca. Días delirando —detalló mientras alzaba tres dedos—. Yo Soldán, de un pueblo lejos, más allá del mar de Aral.

—Soldán —repitió Tariq, asintiendo con la cabeza como signo de respeto—. Yo Tariq. Es la primera vez que veo que un águila real obedece a un hombre. Me ha impresionado. Llevaba varios días observando cómo nos sobrevolaba, pero nunca pensé que alguien la dirigiera. ¿Por qué me sigues?

—Vengo a buscarte —contestó, dejando perplejo a Tariq.

—¿A mí? Debe de haber un error. Nunca he estado tan al norte y no conozco a nadie por estas tierras.

—Sígueme, yo explico por camino —ordenó, poniéndose en marcha y haciendo un ademán para que se situara tras él.

Después de evaluar sus opciones, Tariq decidió seguirle. Algo en su mirada y en el tono de sus palabras lo convenció de que era lo más

conveniente.

Las siguientes horas las pasaron sin apartarse del cauce. En algunos tramos se veían obligados a bajar de las monturas debido al difícil acceso a causa de las piedras y los arbustos. La pendiente cada vez era más pronunciada. Soldán iba abriendo camino, asegurándose de que Tariq no se quedara muy rezagado. Al fin llegaron a una explanada cubierta de hierba donde el agua estaba tranquila, formando una balsa. Soldán hizo una seña y se detuvo.

—Descanso. El sol muy alto y los caballos necesitan agua —dijo saltando con agilidad de su yegua.

Tariq lo imitó, agradeciendo la parada. Sus fuerzas empezaban a flaquear. Además, sus reservas de comida, a pesar de haberlas racionado al máximo, se habían agotado.

—¿Hambre? —preguntó como si le hubiera leído el pensamiento—. Aprovecharemos para comer.

Extrajo el capuchón del ave, le desató las patas y la lanzó al cielo dándole una orden en un lenguaje ininteligible para Tariq. Este vio maravillado cómo la rapaz trazaba círculos sobre el río, caía en picado sobre el agua y reanudaba la ascensión con un gran pez entre las garras. Regresó hasta Soldán, se posó con suavidad en su brazo y liberó a su presa, que cayó a sus pies. Este la recogió, la ensartó en una rama y se dispuso a preparar una pequeña hoguera para cocinarla.

—Soldán, ¿todos en tu pueblo pueden hablar con las águilas? —quiso saber Tariq mientras observaba cómo le susurraba algo al animal antes de colocarse un trozo de carne en el brazo como recompensa.

—No, solo unos pocos —contestó antes de añadir con orgullo tras una breve pausa—: yo *berkutchi*.

—¿*Berkutchi*? —repitió Tariq enarcando las cejas.

—Maestro. Gran honor para mí. *Berkutchi* encargado de llevar pieles y carne a poblado. Esta Yesi, mi águila… ¿la mejor? —dudó. Luego prosiguió —: Tengo otras en casa, pero en largo viaje siempre llevo Yesi. La caza con ella segura.

—Es magnífica. Esta mañana me has dicho que me estabas buscando, no lo entiendo…

—Pertenezco antiguo khanato de Astracán. Muchos años atrás, cuatro formaba parte del gran khanato Horda de Oro. Yo parte roja —concretó mientras apartaba el pescado de la hoguera y se lo ofrecía a Tariq.

—Gracias —dijo extendiendo la mano para agarrar el palo que ensartaba la pieza, luego arrancó una parte e hizo un esfuerzo para no

comenzar antes que él, ignorando el rugido de sus tripas—. He oído hablar alguna vez de tu tierra. Pero no de la parte roja. ¿Es por el color de la arena?

—No, la estepa se divide por colores. El norte, negro; el este, azul; el oeste, blanco; el sur, rojo. El centro, dorado —explicó, acompañándolo con un dibujo trazado en la tierra, que reseguía con un palo.

—¡Ah, por eso las cuatro partes juntas formaban el khanato de Oro! —exclamó.

—Sí. Mucho tiempo de esto, cuando éramos poderosos. Ahora peleas entre nosotros, y eso malo. No fuerza para luchar contra extranjeros —comentó apesadumbrado—. Última reunión de sabios, chamán dijo tener una visión: un guerrero sobre gran caballo llegar de tierras del sur para unir otra vez a los pueblos.

—Pero no soy yo, solo tienes que mirarme bien para darte cuenta. No he recibido nunca clases de lucha, ni he poseído jamás espada o arco. En donde vengo, eso está reservado a los nobles, y yo soy hijo de un alfarero. Lo único que puedo enseñaros es a hacer vasijas —respondió cabizbajo.

—El chamán siempre razón. Si Alá pone en mi camino, es bueno. Es hora de marcha, seguiremos hasta caída del sol —sentenció impasible, sin esperar respuesta, mientras cubría las brasas e iba en busca de los caballos.

15

—Mañana llegaremos al mar de Aral y, por la noche, si los dioses quieren, a mi aldea —anunció Soldán alegre, con mucha más fluidez que el día de su encuentro. Pero al observar el rostro de Tariq, agregó al momento—: En tu mirada leo que has dejado algo o a alguien atrás. Veo tristeza.

—Maté a un hombre. Luchamos y lo golpeé para evitar que me apresara y así escapar de una muerte segura. Su imagen me persigue cada noche, su rostro, sus ojos sin vida clavados en mí.

—¿Por qué apresarte?

—¿De verdad quieres saberlo?

—Me gustan las historias.

—Empezaré por la última noche que compartí con mi padre… —dijo a la vez que iniciaba el relato sobre lo que este le había confesado, con pesar por no haber estado a su lado hasta el final.

—Lo siento. Es duro no decir adiós a los seres queridos cuando inician último viaje.

—Sí, lo es. De alguna manera, siento que le he fallado.

—Entonces ¿tu familia no es de origen mongol? Eso explica tus rasgos físicos, tu sangre mezclada.

—El padre de mi padre, mi abuelo, era un respetado artista en su ciudad, Isfahán. Provenía de una gran estirpe de arquitectos y escultores. Heredó el don de trabajar la piedra con gran maestría, y su hermano menor destacó creando hermosos edificios. Vivían felices en su tierra hasta que el ejército del Imperio mongol, bajo el mandato de Tamerlán, decidió conquistar e invadir su territorio, como hizo con tantos otros. Llegaban, arrasaban, destruían, asesinaban a casi todos los habitantes y se llevaban a los mejores artistas de cada lugar con el propósito de crear una gran ciudad, Samarcanda, que no tuviera rival en el mundo entero.

—¡Isfahán! Oí hablar de ella y de su hermosa arquitectura en alguno de mis viajes.

—Vi brillar los ojos de mi padre mientras me hablaba de ella. De los montes Zagros que la bordean, de sus tierras fértiles para el cultivo, de su suave clima en las cuatro estaciones, de sus gentes…

—¿Por qué te lo ocultó hasta el final?

—Mi tío abuelo era el mejor de los arquitectos. Tamerlán lo tenía

en gran consideración. A pesar de haber llegado en calidad de esclavos, con los años decidió concederles la libertad y consiguieron vivir de forma acomodada. Mi abuelo Orzén se casó con una mujer de origen mongol, tuvieron tres hijos, uno de ellos mi padre, y se instalaron a las afueras de la ciudad. No llegué a conocer a ninguno de ellos, todos perecieron antes de que naciera yo. Su hermano menor, Kumarag, permaneció en Samarcanda y cometió un terrible error. Se enamoró perdidamente de una de las esposas del khan.

Tariq hizo una pausa para beber un poco de agua y Soldán aprovechó para apagar el fuego que habían encendido para calentarse un poco antes de dormir.

—El pobre hombre nunca llegó a confesar a nadie sus sentimientos, y mucho menos a la dama en cuestión —siguió relatando Tariq bajo la atenta mirada de Soldán—. Conocía bien a Tamerlán y sabía que, si daba un paso en falso, acabaría con su suerte. No salió jamás una palabra o un gesto que pudiera hacer sospechar a alguien, pero no supo apresar su imaginación ni sus manos al recordar el rostro de su amada. Así que una noche, casi en penumbra y con los ojos cerrados, comenzó a cincelar un busto, teniendo como modelo la imagen de ella, cada línea de su rostro grabada en la memoria. Y el resultado fue espectacular. Al cabo de unos días, mi abuelo lo descubrió por casualidad al levantar la tela que lo cubría. La reconoció de inmediato, tal era la exactitud con la que había realizado el trabajo. Entró en cólera y le ordenó que la destruyera de inmediato, pues sabía que si alguien más la veía tendrían graves problemas. Pero, a pesar de que al principio estuvo de acuerdo y llegó a coger el martillo para asestarle el golpe que la haría añicos, no fue capaz. Pensó que, aunque solo fuera en piedra, la tenía ahí delante para contemplarla a su antojo tanto rato como quisiera. Parece ser que, además de mi abuelo, alguna otra persona lo descubrió, un criado supongo, y llegó a oídos de Tamerlán. Entonces, como una fuerza huracanada, el gobernante entró en el taller buscando en cada rincón y no paró hasta encontrarse de frente con la fiel imagen de una de sus esposas. La ira se apoderó de él de tal manera que comenzó a dar golpes de espada a diestro y siniestro y no se detuvo hasta que no quedó una pieza entera en todo el lugar. De nada sirvió para atenuar su furia que mi tío abuelo jurase por su fe que no había mantenido contacto alguno con su esposa, que todo estaba en su mente. No tuvo piedad. Lo condenó a morir ahorcado en la plaza de la ciudad, en presencia de toda su familia, amigos y compañeros de trabajo.

—Y tu padre, ¿lo vio también?

—Era muy pequeño, creo que tenía un par de años, a lo sumo. Se

lo explicó su padre cuando la enfermedad le estaba ganando terreno y ya veía el final de su vida. Lo habían silenciado por orden real. Tamerlán no solo mandó ahorcar a Kumarag e hizo que toda su familia lo presenciase como escarmiento, sino que también obligó a mi abuelo a grabar la escena en mármol para que decorase una de las paredes del sarcófago que se encuentra en su mausoleo, en Samarcanda. Después ordenó que toda la familia fuera ignorada. Les arrebataron todos sus privilegios, y no pudieron volver a trabajar en la ciudad como artesanos del imperio. El hermano de mi abuelo se convirtió en el innombrable y lo hizo desaparecer de la faz de la tierra y de la memoria de la gente, incluso de su propia familia. Ese es el motivo por el que nunca antes había oído hablar de él. Y aquí entro yo en el relato. ¿Quieres que siga o el sueño te impide escucharme? —preguntó al ver que Soldán parecía medio dormido.

—¿No sabes que el sonido de las palabras llega más claro si los otros sentidos no se mezclan, muchacho? —repuso sin abrir los ojos—. Continúa el relato si no quieres encontrarte aquí solo cuando salga el sol.

—Está bien. Mi padre me narró toda la historia, que a su vez le había contado el suyo, haciéndome jurar que se la transmitiría a mis hijos para que no cayera en el olvido, tal como le prometió él mismo al suyo. Mi abuelo, Orzén, no volvió a diseñar edificios ni a ejercer como arquitecto. Vivió siempre alejado de la ciudad, ganándose la vida como alfarero, profesión que enseñó a su hijo, mi padre. No te puedes imaginar lo que sentí aquel día. Una rabia inmensa por todo el dolor que Tamerlán había causado a mi familia y también a mi pueblo. Y entonces se me ocurrió una idea.

—Miedo me da preguntar.

—¡Ya ves a qué situación me ha llevado! —reconoció Tariq riendo—. Sé que no fue brillante, pero aun así no me arrepiento de ello… En cierto modo, valió la pena. Ahora debo mencionar a Myrah.

—¿Myrah? —preguntó con sorna al ver el brillo en sus ojos.

—Una buena amiga. —Ambos permanecieron en silencio unos segundos, hasta que Tariq retomó el relato—: Esa tarde, tras explicarle a Myrah la historia de mi familia, le pedí que me ayudara a entrar en el mausoleo para comprobar si de verdad la tumba contenía la escena del ahorcamiento de Kumarag. Aunque mi intención era destruirla.

—¿Le pediste ayuda para profanar tumba y lo hizo? —preguntó asombrado.

Tariq le describió con detalle de qué forma consiguieron entrar en el mausoleo, cómo ella le había convencido de no llevar a cabo su propósito y de qué manera habían vuelto a salir sin ser descubiertos.

También cómo, al acompañarla a su casa, la guardia lo había apresado y encarcelado, y finalmente la forma en que Myrah había organizado su huida.

—¿Una muchacha inventó algo para separar barrotes de una celda y funcionó?

—¡Como que estoy aquí ahora mismo! De otra forma, ya estaría muerto.

—¿Cómo es ella?

Tariq suspiró levantando los ojos al firmamento.

—Su rostro está dominado por unos inmensos ojos verdes que parecen leer en tu interior cada vez que te observan. Es muy especial. No te creerías lo que es capaz de hacer —añadió con media sonrisa—. ¿Sabes que estudia con los hombres en la universidad? Astronomía, física, matemáticas, ¡y es mejor que todos ellos juntos! Es valiente como la que más y generosa y…

—Chico, ¡estás perdido! No creo exista criatura así, solo en tu imaginación. O cuando uno se enamora —sentenció riendo, y le dio un empujoncito.

—¿Enamora? —titubeó Tariq—. Es mi gran amiga, mi compañera de aventuras desde niños. La que está cuando la necesito, la que sabes que no te fallará nunca. Estoy vivo gracias a ella.

—Entonces eres afortunado. ¿Puedo preguntar por qué no vino contigo?

—Es una de las hijas del khan de Samarcanda —respondió encogiéndose de hombros.

—Interesante… —afirmó con un gesto de la cabeza—. Ahora entiendo por qué vas solo, imposible que te siguiera. Su vida es muy diferente a la tuya, Tariq, su destino está marcado. Lo siento, amigo.

—Nunca hubiese permitido que lo hiciera. Sé que no es para mí, pero no puedo olvidarla —confesó mirando las estrellas que cubrían el inmenso cielo.

—Vamos, muchacho, hora de descansar. Mañana nos espera un largo día de camino. No sueñes más con el hombre que mataste. Está escrito que tú debías venir al norte, nadie podía detenerte.

Diciendo esto, se dispusieron a dormir frente a la hoguera que aún humeaba.

Durante la siguiente jornada apenas cruzaron varias frases. Tariq andaba concentrado en sus propios pensamientos. Había pasado por tantas situaciones difíciles durante las últimas semanas que apenas se había parado a pensar qué iba a ser de su vida en el futuro. El descubrimiento de sus orígenes, del lugar al que su familia pertenecía, el conocimiento del grabado en la tumba de Tamerlán, la estúpida

idea de introducirse en el mausoleo para destrozarlo, el contacto de los labios de Myrah con los suyos y los sentimientos que afloraron con ese beso. Su captura tras dejarla a salvo en casa, los días en la prisión convencido de que serían los últimos antes de que lo ejecutaran, su rescate, la huida y el encuentro con Soldán, como caído del cielo en el momento que sus fuerzas flaqueaban y no sabía hacia dónde dirigirse. Le preocupaba la absurda idea que su amigo tenía sobre su persona, era evidente que lo confundía con otro. ¿Qué ocurriría cuando llegasen a su destino y se dieran cuenta? «No lo pienses —se dijo—. Sigue los pasos de tu guía y déjate conducir hacia allí». Tampoco tenía otro sitio adonde ir.

Soldán abría el camino con paso decidido, aumentando el ritmo a medida que el sol caía. Tenía ganas de llegar a casa. Había salido con la misión que le confió el gran chamán: encontrar al viajero que llegaría del sur para ayudar a su pueblo, y a fe que lo había hallado. Para ser sincero, la realidad distaba bastante de la imagen que se había forjado sobre cómo sería. Se había imaginado a un gran guerrero, con conocimientos sobre las armas y las técnicas de lucha. Tariq no poseía ninguna de esas cualidades, pero en el fondo de su mirada había una luz especial, algo que hacía intuir que, aunque ni tan solo él lo supiera, estaba predestinado a grandes gestas. Se sentía ansioso por oír las palabras del maestro cuando lo llevara ante su presencia. De repente, una ráfaga de viento le trajo un agradable olor que le demostraba que ya estaban muy cerca de su hogar. Se le iluminó la cara con una sonrisa y, volviéndose hacia Tariq, llamó su atención con un gesto, tocándose levemente la nariz.

—¿Hueles eso, chico?

—Sí, huelo algo extraño, pero no sé qué es —respondió aspirando con la cabeza en alto, tal como veía hacer a Soldán.

—¡Claro que no! Es tu primera vez. Me das un poco de envidia. Vamos, debemos llegar a la orilla antes de anochecer. Tienes que contemplar el mar de Aral de día, la primera impresión es siempre la que queda. —Diciendo eso, aceleró la marcha a su montura, que parecía, por su respuesta al estímulo, que también deseaba llegar adonde la conducían.

Soldán detuvo su yegua en la playa, a escasos metros de la orilla. Tariq se situó junto a él, mirando embelesado el espectáculo que tenía ante los ojos. El sol estaba ya muy bajo, casi rozando el horizonte, y envolvía el paisaje en tonos anaranjados. Su reflejo sobre el mar hacía que las aguas brillaran en una comunión perfecta con el cielo.

—¡Te juro que no he visto nada tan maravilloso en toda mi vida! Parece que las aguas se extiendan sin fin, surgiendo mil islas entre

ellas para cruzarlas con mayor facilidad —exclamó sin dar crédito a lo que veía.

Eso no se parecía en nada a las pequeñas lagunas que conocía, ni a los ríos que habían atravesado.

—Uno se queda embrujado ante esta visión. Por eso quería llegar antes de que cayera la noche —ratificó mientras contemplaba cómo el astro se ocultaba entre las aguas y la oscuridad ganaba terreno con rapidez—. Ya tendrás tiempo de verlo más de cerca. Y de nadar en él y pescar también.

—¿Hay muchos peces aquí?

—¿Que si hay peces? Ja, ja, este mar alimenta a todas las poblaciones que lo rodean: esturiones, carpas, siluros… Hay tanta pesca que a veces las barcas no pueden con el peso de las redes. Vamos, ya estamos muy cerca.

—Soldán, ¿ya hemos salido de Transoxiana? —preguntó Tariq de pronto.

—La dejamos atrás hace un par de jornadas —confirmó.

—Entonces ya no pueden apresarme —dijo dibujando una sonrisa —. Lo he conseguido.

Soldán le dio una palmada en la espalda a modo de celebración.

—Voy a echar de menos todo esto, Soldán. Nuestras conversaciones alrededor del fuego, las largas caminatas, dormir al raso contemplando las estrellas —reconoció, alzando la mirada hasta perderla en la inmensidad del cielo que los cubría.

16

Un águila inmensa descendió del cielo hasta posarse sobre el brazo de Tariq. En el pico llevaba una nota de Myrah, en la que le explicaba cómo podrían encontrarse de nuevo, y un mapa que le indicaba el camino. Emocionado, fue a compartirlo con Soldán, pero su tienda estaba vacía. Miró a su alrededor y no vio a nadie. Estaba solo en la montaña, completamente perdido. El águila comenzó a picarle en la mano, cada vez con más fuerza, hasta que abrió los ojos para comprobar, aliviado, que alguien tiraba de él con el propósito de despertarle. No tenía ni idea de las horas que había dormido.

Recordó que la noche anterior habían llegado al poblado tras divisar a lo lejos unas luces que los guiaron hasta las primeras casas. De ellas salieron varias personas que saludaron a Soldán con alegría. De pronto, un silbido prolongado rompió el silencio, seguido de dos más breves que lo sobresaltaron. Soldán le confirmó sus sospechas: era un aviso de su llegada. Avanzaron hasta una plaza que en pocos minutos se llenó de gente que se acercaba hasta la montura de Soldán y le daba palmadas o caricias. También lo hicieron después con la de Tariq. Repitiendo los actos de su compañero, descabalgó y entregó las riendas del animal a varios chiquillos que se lo llevaron junto con el de Soldán. Este le hizo un gesto para que se acercase y entonces le anunció, señalándole a una mujer envuelta en una larga túnica que ocultaba su figura y su rostro tras un velo, que ella le acompañaría a su tienda. Era tarde y el gran chamán ya descansaba. Mañana le llevaría ante él. Lo agradeció, y su cuerpo también. A pesar de haber disfrutado las noches durmiendo bajo las estrellas, estaba deseando descansar sobre algo más confortable que el suelo que le había servido de lecho durante las últimas semanas.

Cuando se incorporó, vio que el sol ya estaba alto. Un niño le hizo señas desde la entrada de la tienda, invitándole a seguirle. Tariq se puso una túnica por encima y apartó la cortina que cubría la entrada. Por un instante, la luz lo cegó y lo obligó a entornar los ojos. El niño permanecía allí, moviendo el brazo en una dirección. Tariq fue a su encuentro. Sin mediar palabra, apretó el paso hasta dejar atrás las tiendas que conformaban el núcleo principal de la aldea, y se alejaron hasta toparse, varios minutos después, con una más grande de donde salía un aroma especial que ascendía en una columna de humo por la

abertura que había en el centro de la cubierta. Allí, el niño le hizo un pequeño ademán y, dando media vuelta, se alejó por el mismo camino.

Tariq entró despacio, como esperando a que alguien le invitase a pasar desde el interior. La estampa lo dejó sin habla. Por un momento pensó en pellizcarse para comprobar si seguía soñando, hasta que oyó que alguien decía:

—Adelante, Tariq.

La voz era apenas audible, pero no por ello carente de fuerza, por lo que entró sin pensárselo; dentro ardía una hoguerita sobre la que descansaba un cuenco con un líquido que burbujeaba en su interior. A su alrededor, sentados con las piernas cruzadas, cuatro hombres de edad muy avanzada lo miraban con atención.

—Siéntate con nosotros. —Aunque fuera una invitación, el tono le sonó más bien imperativo. Lo hizo imitando la postura de los demás.

—Buenos días. Antes de nada, quería agradecerles su hospitalidad. Si Soldán no me hubiera encontrado en las montañas, quizá estaría muerto —dijo sin saber si entendían su lengua.

—Tú le encontraste a él. Y sí, estarías muerto —afirmó el que parecía de mayor rango dentro del grupo. Tras una breve pausa, agregó con un gesto—: Son los chamanes de los pueblos más cercanos. Han venido a conocerte. Por fin has llegado.

La voz seguía siendo apenas un susurro, pero su autoridad era innegable.

—Lo siento mucho, ya le expliqué a Soldán que yo no podía ser el hombre al que… —comenzó diciendo con pesar hasta que lo interrumpieron.

—Bebe —ordenó el anciano tendiéndole una taza con el brebaje que acababa de extraer del cuenco.

Tariq bebió sin rechistar, pensando en cómo iba a convencerlos de su error. Al poco rato comprobó que todo lo que había en el interior de la tienda comenzaba a girar y a tener vida propia. Tuvo que recostarse en los cojines para no perder el equilibrio. Las figuras de los chamanes se iban transformando en lobo, en serpiente, en caballo. Al final cerró los ojos y se dejó llevar por las sensaciones mientras caía en un pozo profundo que parecía no tener fin.

Se vio a lomos de su caballo Khumo. Llevaba prendas de guerrero y armas en el cinto y, a su espalda, dos espadas de hoja curva. Iba al frente de una marea de hombres interminable. Cada grupo de soldados lucía un estandarte que lo diferenciaba de los otros, y los ondeaban al viento, llenando el paisaje de colores vivos. De pronto, el eco de una palabra le llegó con nitidez, cada vez con más fuerza, convirtiéndose

en un clamor. Era su nombre, y lo coreaban miles de guerreros.

Perdió la noción del tiempo. Cuando salió de su letargo, no sabía si había pasado segundos u horas en otro lugar, muy lejos de allí.

—Bienvenido, Tariq —musitó el chamán, tocándole el brazo.

—No sé qué contenía esa bebida que me habéis ofrecido, o si es cosa de magia… —contestó aún aturdido por lo que acababa de sentir.

—Las visiones no engañan.

—Insisto en mis pocos conocimientos para… —afirmó aún confuso por la experiencia vivida.

—Mañana empezarás tu entrenamiento.

—¿Entrenamiento?

—Ahora descansa.

—¿Y si os fallo?

—No lo harás.

—¿Cómo está tan seguro? —preguntó.

—Las visiones no engañan —repitió.

Al salir de la gran tienda, reconoció a Soldán, recostado sobre el tronco de un árbol, esperándolo. Este, al verlo, le hizo un ademán para que se acercase.

—Buenos días. Ya has tenido el honor de conocer al gran chamán y de compartir su yurta.

—La verdad es que me ha impresionado mucho. Pero no he podido convencerle de que no soy la persona que cree. He tenido unas visiones muy extrañas.

—¿Tienes acaso algún otro lugar al que ir? ¿Alguien que te espere? —preguntó enarcando las cejas.

—No —musitó con pesar.

—Entonces no perdamos el tiempo. Te dije ayer que te enseñaría el mar a la luz del día. Vamos a ir de pesca, una experiencia que no olvidarás. Sígueme, necesitas otra ropa, una barca y alguien que sepa manejarla. Iré a buscar a mi amigo Gurk, es el mejor —indicó echando a andar hacia las casas donde habían pasado la noche.

Tariq volvió a quedarse embelesado ante el gran mar de Aral. Hizo visera con la mano para evitar la intensa luz dirigida a sus ojos y ver la estampa con mayor claridad. Los rayos del sol incidían sobre la superficie, convirtiéndola en un espejo brillante con reflejos plateados, sin alcanzar a ver dónde terminaban las aguas, como si no tuvieran fin. Observó con curiosidad a dos hombres que manejaban una barca que le había parecido de un tamaño considerable desde tierra firme. En cuanto se echaron a la mar, la percepción cambió, y se sintió muy

vulnerable, pero fue cogiéndole el gusto al movimiento rítmico que imprimían sobre el agua y comenzó a disfrutar del paseo. Soldán no le había engañado en cuanto a la cantidad de peces que habitaban allí. Sin apenas esfuerzo, en pocas horas pescaron suficientes piezas para alimentar a un montón de personas. De vuelta al poblado, a pesar de la sensación de que la tierra bajo sus pies se seguía moviendo, se sintió pletórico.

Esa noche se sirvieron pescados hechos a las brasas de una hoguera mientras todos charlaban y reían explicando anécdotas de todo tipo. Tariq no entendía la mayoría de las palabras, pero seguía los relatos gracias a los expresivos gestos que las acompañaban.

Se acostó con la certeza de que el día siguiente iba a ser uno de los más importantes de su vida. Debía dejar atrás el pasado, por mucho que le pesara, e intentar olvidar a Myrah. Tal vez así el dolor que sentía por la separación fuese, poco a poco, soportable.

17

Toqué la frente de mi pequeño y sentí el calor que emanaba de ella. Había pasado toda la noche entre llantos y lamentos intermitentes. Era la primera vez que le sucedía desde su nacimiento, seis meses atrás. Llevaba casi dos días sin agarrarse al pecho, dolorido y lleno de leche. No podía ni imaginar que algo malo pudiera sucederle a mi hijo. Agotada, me levanté del lecho para ir a llenar el balde de agua, siguiendo las instrucciones de mi amiga.

En ese momento, vi su silueta que destacaba en la abertura de su cuarto.

—Dame, ya lo lleno yo —dijo extendiendo el brazo.

—Está ardiendo… ¿Estás segura de que sumergirlo en agua templada es lo mejor?

—Completamente. Hay que bajarle la temperatura como sea. He visto hacerlo antes con éxito.

—No se morirá, ¿verdad? —supliqué, ya con lágrimas en los ojos.

—Es un niño muy fuerte. Lo superará —respondió con firmeza mientras lo tomaba entre sus brazos.

Poco a poco introdujo en el balde las piernas, luego la cintura y al final todo el torso; solo quedó la cabeza fuera del agua. Me situé a su lado y, con la mano en forma de cuenco, le mojé el pelo, el rostro, intentando que su llanto desgarrado no me paralizase. Al cabo de unos minutos, lo sacamos y lo envolvimos en una sábana de lino. El silencio no tardó en llenar la estancia. Observé a mi hijo y vi que dormía tranquilo. Miré entonces a Yunna y suspiré con un alivio infinito.

—Aprovecha para descansar. Lo peor ha pasado, pero mañana quizá sea un día muy largo —dijo ella saliendo de la habitación.

Me recosté en la cama sin apartar los ojos del pequeño cuerpo que descansaba junto a mí, concentrándome en el movimiento de su pecho que marcaba una respiración acompasada. Durante la noche habían vuelto imágenes de mi pasado que había desterrado, y lo habían hecho con fuerza, aterrándome. Pero en ese instante mi hijo estaba a salvo. Ante la imposibilidad de dormir por la agitación que aún sentía, me volví despacio hacia él y comencé a susurrarle…

—Querido hijo mío, voy a seguir la historia hablando de la difícil relación que el khan Ulugh Beg tuvo siempre con su primogénito y heredero, pues eran como el agua y el aceite, incompatibles y extraños

el uno para el otro, y cómo una decisión tomada en un momento determinado puede desembocar en un terremoto de consecuencias impredecibles.



Cuando el clima lo permitía, Abdal pasaba gran parte del año en campaña, lejos de la ciudad. Pero cada vez que volvía a Samarcanda recababa toda la información posible a través de su red de espías sobre todo lo que había ocurrido en su ausencia: a quién había recibido Ulugh, qué tratados se habían firmado y qué señores habían adquirido más poder. También respecto a todo lo relativo a los movimientos de Myrah. Le habían confirmado que seguía viendo a escondidas a un tal Tariq, hijo de un alfarero, apresado y condenado por ladrón, aunque había conseguido huir de la prisión sin ser atrapado. A Abdal lo asombraban los avances de la joven en la universidad y cómo, según relataban, destacaba por su inteligencia entre los alumnos, que la habían acabado aceptando como a una estudiante más. Y pensó que quizá se acercaba el momento de usar sus cartas.

Una tarde, Ulugh convocó a Abdal.

—Me habéis hecho llamar, y yo también quería hablaros de algo importante —dijo con el semblante serio.

—Siéntate, hijo. Tú y yo no hemos tenido muchas ocasiones de charlar, al menos a solas. No sé nada de ti, excepto lo que me explica tu madre. No sé quién eres. Cómo piensas, qué creencias tienes…

—Nunca le han interesado —lo interrumpió Abdal bruscamente.

—¿Eso crees? Tal vez estés en lo cierto, o quizá, cuando lo he intentado, no te interesaba nada de lo que tu padre pudiera decirte —contestó despacio, mirándolo con cierta tristeza.

—¿Cuál es el motivo de este encuentro? ¿Una reconciliación paternofilial? —lo interrogó con sorna—. Creo que ambos somos lo bastante inteligentes como para saber que nuestra relación, inexistente desde mi infancia, no tiene posibilidad de enmendarse. Somos demasiado diferentes, no tenemos nada en común. ¿Queréis saber quién soy? Os lo diré: soy el capitán de vuestros ejércitos. El que más victorias ha conseguido contra nuestros enemigos. Soy el más temido del reino. ¿Cuáles son mis creencias? Creo en la fuerza y en el poder para conseguir mis objetivos. ¿Mi deseo? Ser el rey de estas tierras para gobernarlas con mano de hierro y reconquistar los reinos que nos fueron arrebatados. Nuestra estirpe volverá a alcanzar la gloria que tuvo con nuestros antepasados.

Acabó su disertación y se incorporó con orgullo mientras miraba desafiante a su padre desde arriba, ya que, a pesar de su juventud, ya lo sobrepasaba en altura, y su cuerpo, formado en luchas constantes, poseía unos músculos desarrollados.

—Debo reconocer que tu madre ha hecho una gran labor contigo. Parece que la estoy oyendo cuando tan solo eras un bebé. Tienes razón —reconoció con pesar—, nada tenemos en común, excepto la sangre que corre por nuestras venas. En cuanto al tema de ser rey, espero que tengas a bien esperar a que ya no me cuente entre los vivos para proclamarte como tal. De hecho, he estado pensando mucho en ello últimamente, y es una de las razones por las que quería verte.

—Mi madre solo es una mujer. Yo soy Abdal, nadie me dice cómo debo comportarme o qué pensar —protestó contrariado.

—Aunque tú, y sé que otros, creáis que no gobierno el país debido al tiempo que dedico a las ciencias, cumplo con todas mis obligaciones. Tengo personas de absoluta confianza que me informan de lo que ocurre en cualquier rincón del reino. Por eso sé que es cierto lo que me cuentas de tus batallas. Pero también sé que los métodos que empleas, sobre todo por lo que se refiere a los derrotados, no siempre son dignos de un príncipe.

—Si tuvierais a vuestro abuelo delante, el gran Tamerlán, no osaríais decirle lo mismo —respondió apretando los puños con rabia.

—Si él estuviese aquí y viera en qué acabaron sus grandes conquistas al no saber consolidarlas, tal vez opinaría como yo. ¿A quién vas a poner como gobernador de cada territorio que conquistes? ¿A alguien ajeno a él, si has acabado con todos? ¿No te parece más inteligente respetar a los más capaces y ganártelos para que te rindan vasallaje? —sentenció con la voz un poco alterada. Segundos después, ya con más calma, añadió—: Abdal, he estado pensando que este reino sería más fuerte con una bicefalia al mando.

—¿Bicefalia? No entiendo a qué os referís.

—Muy simple. Dividir el poder en dos cabezas. Una parte militar y otra política. Dos jefaturas independientes, pero que a la vez tengan que rendir cuentas la una a la otra.

—Para eso ya se creó el consejo.

—El consejo seguirá existiendo para legislar, asesorar y ayudar. Pero las decisiones se tomarían entre las dos jefaturas. De hecho, el consejo no decide, solo valora y luego ejecuta.

—¿Y puedo saber en quién estáis pensando para tales cargos? —preguntó con la sospecha ya incipiente del nombre que pronunciaría.

—Como primogénito, tú serías el mando militar. Cabeza de todos los ejércitos. Para el mando político —hizo una pequeña pausa para

sopesar la reacción de Abdal—, he pensado en Myrah, tu hermanastra. Ya sé que solo tiene quince años, pero cuenta con grandes conocimientos y capacidades. Haríais un tándem perfecto para consolidar el reino. Con tu fuerza y su inteligencia, podríais hacer de este un lugar mucho mejor.

Abdal tuvo que tragar saliva antes de contestar. Al final iba a tener que dar la razón a su madre. Esa mocosa podía arrebatarle la corona. No iba a permitirlo de ninguna manera.

—¿Estáis hablando en serio? ¿Una mujer al mando del reino? —bombardeó, apretando los puños con fuerza.

—No estaría al mando sola, ya te lo he explicado. Lo compartiría contigo. Ella no podría gobernar sin tu consentimiento. Quería que fueses el primero en enterarte antes de comunicarlo a los demás, incluso al consejo.

—¡Pues mucha suerte cuando lo hagáis! No contéis conmigo para ayudaros. No cederé algo que me toca por derecho, aunque sea vuestro deseo. Y os lo advierto, voy a luchar en contra si no cambiáis de parecer —lo retó, traspasándolo con una mirada helada mientras alzaba el índice amenazante contra él.

Salió de la sala volcando una silla a su paso, como si en aquel mismo momento hubiera declarado ya su guerra. Ulugh permaneció sentado, mirando por la ventana desde la que podía contemplar los jardines que rodeaban el palacio y las albercas que refrescaban el ambiente. Hasta él llegó el perfume de las flores que decoraban cada rincón en una proporción perfecta. Más allá divisó la universidad, su segundo hogar. Tal vez su padre se había equivocado al nombrarlo heredero. Hubiese sido más feliz dedicándose exclusivamente al estudio. El peso de gobernar le oprimía. Seguía pensando que era una gran idea dividir el poder. Y más sabiendo cómo actuaba Abdal en ciertas ocasiones. Myrah le podía hacer de contrapeso. Pero no lo iba a tener nada fácil. En ese momento, su propio hijo se había convertido en un enemigo. Lo había visto en sus ojos. Y peor aún, había convertido a Myrah en diana de sus oscuros sentimientos.

Abdal salió del palacio con el rostro contraído por la ira. Ni siquiera había recordado mencionarle a su padre lo que iba a comunicarle respecto a los rebeldes del este y la guerra que había decidido iniciar en esas tierras para sofocarlos. Con paso decidido, se encaminó a las cuadras, donde hizo ensillar su caballo favorito. Era un ejemplar único de las estepas, de pelo reluciente como el azabache. Como todos los de su especie, no destacaba por su gran tamaño, pero su complexión robusta le otorgaba una extraordinaria resistencia. Para Abdal, era su bien más preciado. Montado en él, se creía invencible.

Subió de un saltó y salió disparado hacia las afueras de la ciudad. Una vez la dejó a su espalda, fue reduciendo la marcha hasta detenerse cerca de un arroyo, donde dejó beber al animal. Después prosiguió hasta llegar a una extensión donde un grupo de tiendas conformaban una pequeña aldea. Desmontó con premura y se dirigió con paso firme a una de ellas.

—¡Qaidún! —gritó en tono imperativo mientras cruzaba el umbral.

Una mujer se acercó a la puerta para comunicarle que su marido estaba en el prado de atrás, cuidando del ganado. Abdal se volvió sin mediar palabra y salió hacia allí.

—¡Mi capitán, qué sorpresa! Perdone que no haya salido a recibirlo —exclamó el hombre asombrado al ver llegar a Abdal solo.

—Tengo una misión para ti. Es urgente —respondió con semblante serio.

—Estoy a sus órdenes, señor. Por favor, entre a beber un poco de *airgag* mientras hablamos —contestó.

Una vez allí sentados, la mujer les sirvió leche de yegua con miel y se retiró unos pasos con discreción. Tras el primer sorbo, Abdal comenzó a exponer lo que debía llevar a cabo su anfitrión:

—Lo que te voy a pedir no puede salir de aquí. Esto queda entre nosotros. Es importante que lo entiendas —dijo buscando la aprobación de Qaidún, que hizo un gesto a la mujer para que los dejara solos.

—Que se me trague el Gobi si falto a mi palabra —pronunció, mirándole a los ojos con firmeza.

—Así sea. Tendrás que viajar hasta la frontera del reino, hacia el nordeste, y contactar con la tribu que vive en las montañas, los que odian la luna. Allí buscarás al cabecilla, te presentarás como mi correo y le entregarás esta carta. Él ya sabrá a quién debe hacérsela llegar. Tal vez tengas que esperar la respuesta algunas semanas. No vuelvas aquí sin ella. ¿Lo has entendido?

—Sí, capitán. Si ven a un extraño, ¿no me atacarán? Tengo entendido que no son muy abiertos a recibir a gente desconocida.

—No si enseñas este salvoconducto con mi sello —le aseguró entregándole un papel doblado en cuatro partes.

Después de algunas preguntas más y de explicarle con detalle los pasos a seguir, ambos dieron por concluida la reunión. Se levantaron, salieron de la tienda y, antes de despedirse, Abdal, ya montado en su caballo, se dirigió a él por última vez:

—Si cumples, obtendrás una gran recompensa. —Diciendo esas palabras, azuzó a su montura para emprender el regreso a Samarcanda.

No quería que nadie notara su prolongada ausencia. Su objetivo era llegar antes del anochecer. Mientras cabalgaba, su mente repasaba los detalles del plan que había trazado. Ya no había marcha atrás. Si Ghazam se ponía de su parte, la suerte estaba echada. El destino del reino quedaría en sus manos.

18

Myrah paseaba distraída por el parque que circundaba el nuevo palacio de verano que Ulugh Beg había hecho construir extramuros, más cerca del observatorio. Cuando tenía tiempo libre, le gustaba disfrutar de la naturaleza y de los animales, y dejar volar su imaginación mientras intentaba plasmar sus ideas en papel. Se había fijado en el vuelo de un vencejo y se preguntaba una vez más si el hombre sería capaz algún día de imitar tal perfección, elevarse a las alturas y sobrevolar los campos. Daría lo que fuera por hacerlo una única vez. No se le ocurría experiencia similar a la de planear con las corrientes teniendo el mundo a sus pies. «Debo profundizar en ello más adelante», se dijo dejando el cuaderno a un lado. Sonrió al pensar lo que le hubiese dicho Tariq al respecto. Siempre se burlaba de sus ideas. Aunque suponía que, después de ayudarlo a escapar de la prisión con una de ellas, tal vez sus ironías ya no serían tan ácidas. ¿Qué habría sido de él? A menudo se preguntaba si, además de huir de Samarcanda, habría conseguido abandonar el reino con vida. Y de ser así, adónde habría ido, qué estaría haciendo en ese instante. ¿Se acordaría de ella? No podía olvidar su mirada penetrante la última vez que se vieron a través de los barrotes y la sensación en su piel con el leve roce de sus manos. Aquellos ojos que le decían tantas cosas sin necesidad de pronunciar ni una palabra.

—Hola, hermanita.

Myrah dio un respingo. Al darse la vuelta, se topó con Abdal, que la miraba con su habitual sonrisa torcida. Siempre había pensado que era una pena, puesto que su rostro cetrino y sus rasgados ojos negros, que realzaban una belleza poco común en un hombre, quedaban distorsionados bajo ese rictus.

—Me has asustado —contestó con desgana.

No tenía ninguna intención de enzarzarse en una discusión, aunque era lo que acababan haciendo la mayoría de las veces que se cruzaban. La hostilidad que él siempre le había demostrado se le había acabado contagiando. No soportaba su presencia.

—No es difícil. Siempre andas distraída. ¿Quizá pensando en alguien especial? —preguntó agrandando su forzada sonrisa.

—No creo que te importe mucho a qué o a quién dedico mis pensamientos. ¿Alguna vez piensas en alguien que no seas tú? —

respondió entrando en la provocación.

—No he tenido nunca citas clandestinas con una mujer humilde —dejó caer con suavidad.

Myrah se lo quedó mirando. Quería adivinar qué sabía y por qué se lo decía en ese momento. Abdal no daba nunca un primer paso sin haber previsto de antemano cuál sería el segundo.

—Está bien que por fin tengas algo de imaginación —replicó con sarcasmo.

—Vamos a dejarnos de juegos —aseveró con ganas de zanjar el asunto. Era consciente de que, con las palabras, Myrah siempre le sacaría ventaja—. Como estás más pendiente del cielo que te cubre que de la tierra que pisas, no has advertido que hace tiempo que tengo a alguien siguiendo todos tus pasos.

—¿Espiándome? Pero ¡quién te has creído que eres! ¡No tienes ningún derecho! —exclamó furiosa al tiempo que se preguntaba con cierto temor desde cuándo lo venía haciendo.

—No te hagas la ofendida. No eres la chica inocente que todo el mundo cree, en especial nuestro padre.

Myrah se quedó callada, aguardando. Sabía que no había acabado.

—Sé que estos últimos años has estado viéndote con un chico a escondidas. ¿Te imaginas lo que diría nuestro padre si se hiciera público? ¡Una princesa timúrida con un ladronzuelo! —exclamó con una carcajada.

—Sigo sin saber de qué hablas —respondió levantando la barbilla hacia él.

Hacía ya tres años que Tariq había huido de la ciudad. Myrah pensó, esperanzada, que Abdal no podía tener prueba alguna de ello. Y, por el momento, no había pronunciado su nombre. Tal vez no tenía la certeza de quién era y solo la estaba probando.

—Qué poca memoria tienes —contestó chascando la lengua—. Te la voy a refrescar un poco. Me refiero a tus andanzas con el hijo del alfarero. Creo que se llama Tariq. ¿Lo recuerdas ahora? El mismo ladronzuelo que metieron en prisión cuando intentaba entrar a robar en palacio. Aunque tú y yo sabemos que no era eso lo que estaba haciendo allí, ¿me equivoco?

Myrah empalideció. ¿Cómo era posible que la hubiesen seguido todo ese tiempo sin darse cuenta? ¿Y por qué se lo había guardado hasta ese instante? ¿Sabría también lo de la tumba de Tamerlán? Si era así, estaba perdida. Ni su padre podría salvarla del castigo.

—Veo que, de pronto, la reina de las palabras se ha quedado muda. Supongo que el desgraciado pensaba colarse en tus aposentos y tuvo tan mala suerte que la guardia lo descubrió antes de que lo hiciera.

Que conste que yo hubiese preferido que lo dejaran subir para pillaros a los dos, incluso lo hice azotar por no haberlo hecho. ¡Ah, la cara del gran Ulugh habría sido digna de ver! —sentenció remarcando el nombre de su padre.

Myrah, a pesar de la terrible situación en que se encontraba, suspiró con alivio. Por algún tipo de milagro, aquella noche no los siguieron al mausoleo, ni la vieron entrar por la ventana después de dejar a Tariq. La suposición de Abdal era bastante lógica.

—Hay que reconocer que el pobre diablo fue valiente. Confesó el intento de robo para no implicarte. Debía estar muy enamorado. Y ahora viene lo más interesante de esta historia. La noche antes de ser ejecutado, desapareció misteriosamente. Tú no sabrás nada al respecto, ¿verdad? No sé cómo, ni de qué manera, pero estoy seguro de que tuviste algo que ver —afirmó acercando su rostro para escrutar el de ella.

—Eres libre de pensar lo que se te antoje —respondió Myrah aparentando seguridad—. Es cierto que, de niños, a veces jugábamos juntos. Pero, a partir de ahí, todo lo demás son meras conjeturas. No sé qué importancia puede tener, ahora que han pasado varios años, lo que ocurriera entonces.

—Tendrá la importancia que yo quiera darle. Voy a serte sincero, mi deseo es que abandones el reino. Y lo harás antes de lo que te imaginas.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo vas a conseguirlo? No creo que nuestro padre te apoye en semejante deseo. Sé que tiene otros planes para mí aquí, en Samarcanda.

—¡Pobre viejo! No tendrá más remedio que aceptarlo —exclamó supurando odio por cada poro de su piel—, porque tú se lo rogarás. Dentro de unos meses vendrá una delegación del sultanato del oeste con un gran visir que pedirá tu mano. Es una gran alianza para nuestros pueblos. Es hora de unirnos para sumar fuerzas. Y ahí entras tú, mi querida hermana.

—No pienso casarme con quien tú creas que debo hacerlo, ni siquiera por el bien del país. Mi sitio está aquí, en Samarcanda, junto a mi padre —afirmó ella, temerosa al ver la determinación de Abdal y la seguridad con la que exponía su idea.

—Verás, he olvidado mencionar que el hombre que te seguía te vio entrar en más de una ocasión en el taller de un herrero. He estado atando cabos y las fechas que me dijo coinciden con la desaparición del muchacho. Tengo entendido que está casado y que tiene dos hijos pequeños. No costaría mucho hacerlo hablar. Ni te imaginas lo fácil que es doblegar la voluntad de las personas cuando hay seres queridos

de por medio. Sin olvidar que tu sirvienta, Yunna, esa a la que tienes en gran estima, también podría ser acusada de traición, ya que te acompañó todas las veces. Ya sabes cuál es el castigo en esos casos.

Myrah se quedó horrorizada. Recordó al hombre que con tanta bondad los había ayudado. No podía dejar que nada les ocurriese a él o a su familia por su culpa. Y Yunna, su única amiga, se dejaría matar por ella antes que hablar. Pero, por otra parte, ella era princesa de Samarcanda. «No puedo ceder al chantaje de Abdal ni renunciar a mi vida o a mi futuro en el reino», pensó evaluando sus opciones.

—No te atreverás. Hasta tú debes tener límites. Hablaré con nuestro padre.

—¿De verdad vas a confesarle tus encuentros furtivos? —preguntó con recelo—. ¿Quieres ponerme a prueba? Deberías saber que nada me detiene para obtener mis propósitos.

—A mí tampoco.

Ambos permanecieron retándose con la mirada.

Sin mediar palabra, Abdal se volvió, iracundo, para perderse entre los árboles. Myrah lo siguió con los ojos. En ellos había miedo.

Kaidú intuyó que algo iba mal al oír ajetreo en la calle. Se acercó a la puerta para averiguar qué estaba ocurriendo. En ese momento, la tiraron al suelo. En el umbral aparecieron dos soldados con las espadas desenvainadas. Sin tiempo de reacción, los vio entrar dando golpes a un lado y a otro, gritando su nombre. En ese momento, un par de niños asomaron por la trastienda y una mujer asustada apareció tras ellos intentando sujetarlos. Los soldados se dirigieron hacia allí. Sin pensárselo ni un momento, Kaidú se interpuso entre ellos.

—Yo soy Kaidú —dijo, mirándolos de frente.

—Estás arrestado. Debes venir con nosotros de inmediato por orden del general Abdal —anunció uno de ellos.

—¿De qué se me acusa? —preguntó, sabiendo que el motivo era lo de menos.

Desde que Abdal estaba al frente del ejército, los arrestos arbitrarios eran, por desgracia, bastante habituales.

—Traición —espetó el otro mientras le ponía las esposas y lo empujaba a la calle.

—¡Padre! —exclamó uno de los niños, corriendo hacia él y aferrándose a una de sus piernas.

Kaidú se volvió. Miró a su esposa con intensidad, señalando a su hijo con un leve movimiento de barbilla y dirigió la mirada de nuevo

al frente. Su familia no debía presenciar cómo se lo llevaban, muy probablemente para siempre.

Solo habían transcurrido un par de días desde el último encuentro de Myrah con Abdal cuando uno de los sirvientes se acercó a los aposentos de la princesa con un recado de su parte. Yunna tomó el paquete, que era grande, y la nota que le ofrecía. Su ama lo cogió con recelo. Antes de leer la carta, dejó la caja encima de la mesa. Al hacerlo, comprobó que sus manos estaban manchadas de sangre, al igual que la parte inferior del paquete. La abrió con dedos temblorosos. Un grito ahogado salió de su garganta al enfrentarse al rostro sin vida del herrero. Su estómago se revolvió en el acto y no pudo evitar vaciarlo. Entonces abrió la nota y la leyó con dificultad, debido a las lágrimas que inundaban sus ojos. «Te lo advertí. Esto es el principio. Todavía quedan su mujer, sus dos hijos y tu esclava. Solo tú serás responsable de lo que pueda ocurrirles».

Agachó la cabeza y se encogió de hombros vencida.

Ese mismo día se dirigió a su encuentro con una mezcla de profundo dolor por la muerte del herrero y rabia contenida por la derrota e impotencia que sentía.

—Eres un monstruo —escupió.

—Tú eres la culpable. Hubieras podido evitarlo si no fueras tan orgullosa. ¿Quieres tener alguna muerte más sobre tu conciencia?

—Tú ganas, pero ni se te ocurra tocar a ningún miembro de su familia. Y menos a Yunna. Si les haces algo, te mataré con mis propias manos —lo amenazó con mirada fulminante—. Haré lo que dices. Me casaré con el visir cuando venga a pedir mi mano. La única condición es que el observatorio haya sido inaugurado —propuso mientras pensaba que tal vez se demorase un tiempo y así pudiera encontrar alguna salida a aquella situación.

—De acuerdo. Tú cumple el trato y nada les pasará —masculló.

—¿Cómo pretendes que me fíe de tu palabra?

—No tienes más remedio que hacerlo, hermanita.

—Hablaré con nuestro padre —susurró Myrah.

—No. Yo iré dejando caer la idea cuando hable con él. De momento, esto queda entre nosotros dos.

—Así será —afirmó mientras se disponía a marcharse.

—Myrah, un consejo: no retes a nadie si no eres capaz de cumplir tus amenazas.

—Qué grande ha de ser tu odio y qué pequeña tu autoestima para considerarme un enemigo al que debes abatir. ¿Y qué te hace creer que no sería capaz de matarte? Si algún día tengo que hacerlo, no me temblará el pulso. Lo juro —añadió con determinación.

Abdal le aguantó la mirada hasta que ella se dio la vuelta. El general notó un escalofrío recorriéndole la espalda. No sabía por qué, pero aquella mocosa le infundía más miedo que muchos de los más feroces guerreros. Negó con la cabeza, como si así pudiera apartar la premonición que le habían provocado sus últimas palabras.

Myrah emprendió la vuelta a casa. Mientras caminaba, no podía evitar que las lágrimas fluyesen sin contención. Acababa de renunciar a sus sueños, a su futuro en Samarcanda. ¿Cómo iba a explicárselo a su padre? Tenía la sensación de que aquel día iba a ser el primero de una nueva vida, de una que no deseaba en absoluto. Necesitaría mucha determinación para seguir con el plan de Abdal.

La imagen de Tariq, con esa mirada que le transmitía la seguridad y la fuerza necesarias para afrontar lo que fuera, le volvió a la mente, como tantas otras veces desde su partida. Algunas noches, el recuerdo de su primer y único beso la hacía soñar despierta. En ese momento lo necesitaba más que nunca, y no estaba a su lado. Y lo peor, si ella se marchaba lejos, la esperanza de que algún día el muchacho pudiera volver a la ciudad y se vieran de nuevo se desvanecía por completo.

19

Los trabajos de la primera fase de construcción del observatorio se acabaron en tres años. Se convirtió la terraza superior en un reloj solar gigante. Tenía una forma circular perfecta y, en el centro, se incrustó un pequeño globo de cristal. Desde ahí irradiaban multitud de surcos finamente grabados en el suelo de mármol. La rosa de los vientos se entrecruzaba con las marcas de las horas y los minutos del reloj. Todos los trabajos eran supervisados por al-Khasi, que pasaba gran parte de su tiempo marcando y comprobando las cifras con la ayuda del propio khan, Ulugh Beg.

La construcción del sextante, un gigantesco arco de cuarenta metros de diámetro encajado entre dos paredes que ascendían desde los cimientos hasta la terraza superior, requirió aún más esfuerzo.

Durante las obras, el número de estudiantes, sobre todo los que se decantaban por la astronomía, no dejó de crecer, a pesar de que muchos eran rechazados al realizar un riguroso examen de conocimientos, en especial en matemáticas.

La inauguración del observatorio tuvo lugar la víspera del equinoccio de primavera. Numerosos representantes de países extranjeros fueron invitados, y la delegación china destacó sobre las demás, ya que envió al mismísimo embajador del emperador. Todos quedaron impresionados por la magnitud del proyecto.

Durante tres semanas, Samarcanda se llenó de fiestas, bailes, teatros, fuegos artificiales y banquetes. Los más privilegiados podían disfrutar de alguna observación astronómica desde la terraza del nuevo edificio. Ulugh y al-Khasi no veían el momento de que concluyeran las fiestas para que todos volvieran a sus hogares y ellos pudieran comenzar a trabajar en él.

Myrah, aunque estaba disfrutando de lo que llevaba esperando seis años, deseaba que la ciudad volviera a la normalidad para disponer del tiempo que habitualmente compartía con su padre y reemprender las clases. Fue así hasta que Abdal le notificó que había llegado el momento de exponer al khan su voluntad de desposarse con el príncipe otomano, pues ya había obtenido la respuesta afirmativa del pretendiente. Desde entonces, solo deseaba que las celebraciones se prolongaran más y más, para aplazar aquel terrible trance.

Durante el último año no había pasado un solo día sin que pensara

en cómo zafarse de la promesa hecha a Abdal. Su mente le recordaba quién era y cuál era su propósito desde niña, uno al que no quería renunciar. Pero su corazón le avisaba de las consecuencias. Se acordó de nuevo con pesar de la tarde que convenció a Yunna para que la acompañara hasta el barrio donde vivía la familia del herrero, días después del terrible episodio. Al llamar a la puerta del taller, oyeron murmullos y ruido de pasos al otro lado, y poco después la voz temblorosa de una mujer:

—¿Quién es?

—Señora, no tenéis nada que temer, soy Myrah —dijo, acercando los labios a la puerta para no alzar la voz.

Transcurridos unos segundos que se le hicieron eternos, la puerta se entreabrió unos centímetros. Por ella asomó el rostro demacrado de una mujer donde habían dejado huella la pena y el sufrimiento. La miró a los ojos, y Myrah leyó en ellos odio y resentimiento.

—¿Qué más queréis de nosotros? Mi marido está muerto por vuestra culpa. Le advertí que no se involucrase en algo tan peligroso, pero no quiso escucharme. ¿Cómo voy ahora a alimentar a mis hijos? ¿Quién cuidará de nosotros? —la acusó con desprecio.

Yunna, visiblemente afectada, hizo un gesto a Myrah para salir de allí tirándole de la manga. Pero esta no se movió.

—Lo siento —confesó con pesar—, no era mi intención perjudicaros en nada. Nunca imaginé que algo tan terrible pudiera suceder. Sé que no podrá aliviar la pena por su pérdida, pero déjeme al menos ofrecerle mi ayuda.

Myrah le extendió una bolsa de cuero abultada y, sin darle tiempo a reaccionar, vio que la mujer le escupía antes de sentir algo viscoso resbalando por su mejilla. Sus miradas se cruzaron de nuevo hasta que Myrah, tras la insistencia de Yunna, se dio media vuelta, no sin antes dejar la bolsa en las manos de la mujer.

Si no hubiese acudido allí a pedir ayuda, la mujer aún tendría esposo y los niños, un padre. Iba a tener que lidiar con esa verdad el resto de su vida. Por otra parte, si no lo hubiera hecho, el que estaría muerto sería Tariq.

Se encontraba atrapada en una promesa que la obligaba a renunciar a todo lo que amaba, y no encontraba una salida. Incluso se había planteado huir por el pasadizo secreto oculto bajo el sextante que su padre le había revelado que existía, llevándose a Yunna con ella. Pero lo descartó al poco. Todo eran desventajas, y la familia del herrero seguiría estando expuesta a la fiereza de su hermanastro. Y ya sabía hasta dónde era capaz de llegar.

Al fin llegó el día en que tuvo que enfrentarse a su padre y a sus propios miedos.

Myrah se dirigió a su encuentro con el estómago encogido. Él sonrió abiertamente cuando la vio entrar en el observatorio.

—Hoy te has retrasado —afirmó mientras anotaba algo en el libro que estaba escribiendo con el objetivo de enumerar las estrellas descubiertas y la previsión de los fenómenos celestes, como los eclipses.

—Lo sé, estaba hablando con Abdal —respondió rehuyendo la mirada directa de su padre.

—¿Tu hermano? —dudó enarcando las cejas con asombro—. Nunca han salido de sus labios palabras sabias.

Myrah hizo un tremendo esfuerzo y levantó la mirada para enfrentarse a los ojos de Ulugh. No podía demorarlo más.

—Abdal ha pactado mi matrimonio con un príncipe otomano con el fin de reforzar el reino. Dice que es la mejor opción para servir a mi país.

—¡Tonterías! Hace meses que intenta convencerme de ese enlace. No entiendo el motivo de la urgencia. En estos momentos estamos en paz con ellos.

—Hum…, padre, he aceptado.

Ulugh miró a su hija entre sorprendido e incrédulo. Tras un breve silencio, se acercó clavando sus ojos en ella para buscar la respuesta que sus labios no le querían dar.

—Dime que no es cierto.

Myrah bajó la mirada negando con la cabeza.

—No lo entiendo, hija. ¡Te queda tanto aún por aprender…! No estás preparada para dejar tus estudios. Pensaba que era lo que más te importaba. Además, no te he hecho partícipe todavía de mi última decisión como gobernador de Transoxiana.

—No sueles hacerlo, padre. ¿Por qué iba a ser diferente ahora?

—Porque te atañe. Es algo en lo que llevo pensando mucho tiempo. Quiero dejar dispuesta la sucesión al trono y he decidido que Abdal y tú compartáis esa responsabilidad. Necesitará ayuda, aunque él no lo reconozca. Él sería general de los ejércitos y tú llevarías la parte diplomática, además de los temas relacionados con la educación.

—Pero ¡nunca he tenido responsabilidades de ese tipo, no sabría ni por dónde empezar! —exclamó aturdida ante la noticia.

—Todos comenzamos por el principio ante un nuevo reto. Nadie puede saltarse el aprendizaje, igual que un niño cuando da sus primeros pasos. Se yergue, lo intenta, se cae y, lo más importante, vuelve a levantarse hasta que lo consigue, sin tener en cuenta las

veces que haya fracasado antes. Ese es el único secreto para alcanzar las metas que nos proponemos. —Posó las manos con delicadeza sobre los hombros de su hija y, sin poder contener la emoción, continuó—: Tenía tantas ilusiones puestas en ti… Y hoy vienes, como cualquier otro día, a mi encuentro y me anuncias que has aceptado desposarte, sin molestarte siquiera en solicitar la aprobación de tu padre.

A Myrah le costó sostener la mirada de desazón de Ulugh sin explicarle el verdadero motivo por el que aceptaba. Su deseo hubiera sido abrazarlo, pero era consciente de que, si lo hacía, se derrumbarían sus barreras y acabaría confesando la verdad. Le dolía profundamente verlo sufrir por la decepción que sabía que le estaba causando. Por otra parte, las palabras de su padre sobre la idea de repartir la sucesión con Abdal le habían dado luz sobre el motivo de su hermano para tramar su boda. Esa era la razón, siempre la había sido. Quería todo el poder del reino en sus manos para manejarlo a su antojo, sin intromisiones ni control alguno sobre sus actos. Al fin, tomó fuerzas para responder:

—Sabes que te admiro, te respeto y te quiero más que a nadie en este mundo. No puedo haber tenido mayor privilegio que el que hayas sido mi maestro todos estos años. Pero mi mayor fortuna es que, además, eres mi padre. Sé que me falta mucho por aprender. Pero créeme, esté donde esté, seguiré tus pasos, mis libros vendrán conmigo y tus sabias palabras también.

—Si en verdad me respetaras, habrías venido a pedirme consejo antes de tomar la decisión —sentenció con voz áspera, frunciendo el entrecejo.

Myrah tragó saliva y, sin poder alzar los ojos, siguió argumentando con más determinación.

—Esta vez creo que Abdal tiene razón, sin que ello sirva como precedente —añadió la princesa en un intento de relajar la charla—. El reino se debilita. Crear lazos con otro imperio tan potente es un buen modo de fortalecerlo. Debo hacerlo por Transoxiana, por Samarcanda, por nuestra estirpe, los timúridas.

—¿Y por mí? Te he apoyado y defendido frente al consejo y los maestros… ¿Qué estás dispuesta a hacer por mí? ¿Dejarme ahora solo con nuestro proyecto? —la interrogó alzando la voz llena de ira.

—No estás solo, padre. Tienes a tu lado a los mejores astrónomos del reino —respondió a la defensiva, sorteando su mirada inquisitiva.

—Voy a decirte algo: Abdal no es de fiar. Nada bueno pasa por su mente, que su madre ha ido envenenando desde el mismo día de su nacimiento. Me temo que su único propósito sea alejarte de la ciudad por motivos obvios. Tenías que haber visto su mirada el día que le

notifiqué mi decisión. Por un instante pensé que iba a clavarme la daga en el pecho, pues los dedos se le iban hacia ella sin darse apenas cuenta.

—Abdal tiene una mente retorcida y, desde luego, nunca me ha tratado como a una hermana ni ha velado por mí. A pesar de ello, creo que puede ser buena idea introducirme en otras culturas. Seguiré avanzando en mis estudios.

—Eres una ilusa si crees que en Bursa te lo van a permitir. La educación está reservada para los hombres. Si no hubiera sido por mi empeño y por ser quien soy, ten por seguro que aquí tampoco lo habrías conseguido. Nadie te hubiera dado una oportunidad, por brillante que fueras —afirmó con dureza.

—Encontraré el modo de hacerlo, confía en mí —insistió, herida por las palabras de su padre, al que jamás había oído hablarle de ese modo.

—¿Confiar? Ya lo hice y mira cómo me lo pagas. ¡Dieciséis años y decides tu futuro sin mi consentimiento! Querer instruirte ha sido una pérdida de tiempo.

La tensión crecía entre ellos, y Myrah supo que tenía que zanjar el tema antes de derrumbarse. No iba a aguantar mucho más.

—Padre, como bien dices, tengo dieciséis años. Ya no soy una niña que puedas manipular a tu antojo. He tomado una decisión y voy a seguir adelante, aun sin tu bendición, si es así como lo deseas.

Ulugh permaneció con los labios apretados formando una línea recta en un intento por dominar la ira que le invadía. No encontraba las palabras adecuadas para convencer a su hija del tremendo error que iba a cometer. También sabía, pues la conocía mejor que nadie, que, cuando tomaba una decisión, era harto imposible hacerla desistir. No estaba preparado para separarse de ella, no todavía. Volvió a su memoria el día aciago en que tuvo que despedirse de su amor, Qara, y el horror al comprender que deseaba su muerte para dejar de verla sufrir de aquella manera tan atroz. Las razones eran bien distintas, pero no dejaba de ser el mismo sentimiento: el de ver partir a un ser amado sin poder hacer nada para evitarlo. Ahora se percataba, sorprendido, de que nunca se había planteado la posibilidad de que eso ocurriese. Con gran esfuerzo para no demostrar su abatimiento, la miró largamente.

—Si crees que ese es el camino que debes tomar, no voy a oponerme a ello, a pesar de que desearía con todas mis fuerzas hacerte cambiar de idea. Pero no me pidas que te apoye ni que te comprenda —dijo mientras le daba la espalda. Después de un breve silencio, añadió—: Espero que no te arrepientas. Una vez lo anunciemos, no

habrá marcha atrás.

Myrah no pudo contener más las lágrimas. Hubiera deseado abrazarlo con todas sus fuerzas para transmitirle el amor que sentía y el dolor que le producía la inminente separación. A pesar de los esfuerzos de su padre por ocultarlo, había leído en sus ojos la inmensa tristeza que le producía su decisión y, aún peor, su decepción. Rezó a Alá para que le diera la fuerza necesaria para resistir.

Cuando, ya entrada la noche, Ulugh vio la figura de su hija alejándose del observatorio, le invadió un terrible presentimiento. Tuvo la certeza, en ese momento, de que, cuando Myrah saliera de Samarcanda, jamás volvería a verla.

20

Bursa era la gran capital del Imperio otomano. El sultán Murad II descansaba allí cuando no estaba enzarzado en las batallas contra los cristianos de los Balcanes o contra los turcos de Anatolia, guerras que ya duraban más de veinticinco años. Desde su palacio podía divisar a lo lejos cómo las aguas del mar Negro bañaban las costas del califato. Mientras las contemplaba, se permitió soñar con dejar definitivamente el trono a su hijo Mehmet y retirarse en la ciudad para pasear por sus calles, disfrutar de sus jardines y perderse por los alrededores. Al fin había conseguido el dominio otomano sobre los Balcanes y el sudeste de Asia Menor. Estaba cansado. Por eso, la carta que sujetaba entre las manos le quemaba como el fuego. Había despachado al mensajero diciéndole que le daría una respuesta antes de que el sol se pusiera, debido a su insistencia, pero no era fácil tomar una decisión. La mente le aconsejaba una cosa y el corazón otra. La misiva llegaba desde muy lejos, nada menos que de Samarcanda, y estaba redactada por Abdal, hijo del actual khan Ulugh Beg Tīmūr. La había tenido que leer tres veces para darse cuenta de lo que este le proponía. La primera con incredulidad, la segunda con reticencias y la tercera con la necesidad de tomar partido.

A vuestra alteza real, el gran sultán Murad II:

Mi nombre es Abdal, primogénito del khan Ulugh Beg Tīmūr, señor de Transoxiana. Mi padre es un anciano conocido por su afán constructor y por las clases que imparte en la universidad. ¡Grandes dones para gobernar un país!

No le importan ni la grandeza de su reino ni sus habitantes. Solo tiene ojos para sus alumnos, y cada vez va a peor, me temo. Su última ocurrencia ha sido pretender nombrar como sucesora a mi hermana pequeña y ponerla al frente del gobierno. ¡Una muchacha, y sin ninguna experiencia!

Su propósito es humillarme, ya que todos conocen mis habilidades en el campo de batalla y mis dones como gobernante. He nacido para heredar el trono y seré digno sucesor de mi linaje. Voy a volver a engrandecer a mi país, y ahí es donde entráis vos. Os invito a que pidáis la mano de la princesa Myrah. Es una joven en verdad hermosa. Si lo hacéis, os garantizo que la respuesta será positiva por su parte; me ocuparé personalmente.

Es un trato del que ambos salimos beneficiados. Yo, porque despejo el ascenso

al trono, y vos, porque uniríamos nuestros reinos. Soy un gran admirador vuestro, he seguido el curso de las batallas que habéis llevado a cabo con éxito. Juntos seremos tan fuertes que nadie osará enfrentarse a nosotros.

Espero pronto una respuesta. Mi padre es imprevisible y me temo que pueda hacer alguna locura.

Si mi hermana no responde a vuestras expectativas y es despreciada, sabed que no habrá represalias por nuestra parte. Para entonces, yo ya seré el khan.

No mencionaba la venganza. No hacía falta, quedaba implícita.

Samarcanda. Esas cuatro sílabas tenían un significado especial para él. De niño las había oído a menudo en boca de su abuelo Solimán, que las escupía con rabia cuando le relataba la batalla de Angora contra Tamerlán y lo ocurrido después, al ser vencidos por el Imperio mongol. Le había llegado a detallar hasta tal extremo cómo habían sido hechos prisioneros que incluso había tenido pesadillas durante toda su infancia por si le pudiera ocurrir algo semejante.

Y en ese momento Abdal, hijo de Ulugh, nieto a su vez de Tamerlán, le ponía en bandeja la venganza que tantos años llevaba esperando.

Murad volvió a mirar a través de la ventana hacia el exterior. El día era especialmente claro y la luz del sol invadía la ciudad, haciendo brillar sus cúpulas. Estaba cansado de guerras de poder, de confabulaciones y traiciones. Tampoco ansiaba una nueva esposa. A su edad, se conformaba con disfrutar de Mara, su mujer serbia, a la que respetaba y admiraba, y con la que mantenía un vínculo más allá del sentimental, pues le había ayudado mucho con el tratado húngarootomano. Por eso no le gustaba el tono con el que Abdal hablaba de su hermana y la idea de derrocar al actual khan, su padre. A pesar de todo, la tentación era grande, y el hecho de consolidar una gran alianza como esa debía valorarse.

Al fin, tomó una decisión. Se sentó frente al gran escritorio de madera trabajado con maestría y se dispuso a escribir la respuesta que llegaría a manos de Abdal. Después ordenó a su sirviente que trajese a su presencia a su hijo Mehmet de inmediato y, más tarde, cuando el sol comenzase a declinar, que hiciera volver al mensajero para entregarle en persona el documento rubricado con su sello.

Mehmet tenía en gran estima a su padre y siempre había confiado en su buen criterio. Además, era un joven que soñaba con viajar más allá de sus fronteras. Por todo ello, cuando su padre le propuso desposarse con una princesa timúrida no solo no se opuso a su destino, sino que afirmó que él mismo iría a Samarcanda, pues tanto había oído hablar de esa ciudad que deseaba conocerla en persona.

Una vez acabados los festejos de la boda, cuando el clima lo permitiese, iniciaría el regreso al sultanato con su nueva esposa. Para ello, Murad le prometió una compañía de soldados que le protegerían allá donde fuese.

Esa misma noche, el mensajero, con la carta guardada en una bolsa de cuero que colgaba de su cuello, oculta bajo las ropas, rechazó la invitación de pasar otro día en la ciudad y partió hacia el este, pues tenía órdenes de no demorar la entrega y temía las represalias si ello llegaba a oídos de su señor.

Cuando Abdal recibió la respuesta de Murad, sonrió para sus adentros. Todo marchaba según lo previsto. La carta le anunciaba la llegada del propio Mehmet, hijo de Murad, para desposarse con la hija de Ulugh Beg. Estaba prevista entrada la primavera, si todo iba bien. Por delante del séquito que lo acompañaría, iría una avanzadilla para indicarles el día exacto y que pudieran recibirle con grandes honores, como se merecía el hijo del sultán. «Perfecto —se dijo—, ahora tengo que hacer partícipes de la noticia a mis aliados del norte».

Ulugh tomó de manos de Abdal la misiva del sultán Murad con la propuesta de matrimonio de su hijo primogénito con Myrah. A pesar de esperarla desde que esta le confirmara su decisión, le cogió por sorpresa. Tras estudiarla y recabar la información precisa sobre Mehmet (proporcionada por sus contactos en el Imperio otomano), muy a su pesar tuvo que reconocer que la elección era adecuada. Por lo que le habían asegurado, el gran sultán, después de tantos años de batallas, tenía pensado abdicar en su hijo. Este parecía ser un chico despierto, con ansias de aprender y muy allegado a su padre. Sintió una punzada de envidia. Además, según la carta que él mismo remitió como khan y padre de la novia, el muchacho había decidido viajar en persona hasta Samarcanda, ya que deseaba conocer la preciosa ciudad y ver con sus propios ojos el observatorio del que todos los científicos que llegaban a Bursa hablaban maravillas. También le decía que la unión con la princesa solo podía beneficiar a ambos pueblos. Tal vez se equivocaba respecto a Abdal. Quizá en esa ocasión lo había juzgado mal y el matrimonio de Myrah solo respondiera al bien del país. Tal vez su hija pudiera ser feliz con Mehmet, lejos de Samarcanda. Quizá ese era su destino. «Demasiados “tal vez” y “quizá”», se reprendió. Debía enfrentarse de nuevo a Myrah y enseñarle la carta que tenía en las manos. Y eso le inquietaba. Llevaban días sin hablarse apenas.

También tendría que discutirlo con los responsables de organizar los festejos de la ceremonia. Era mucho trabajo y, sinceramente, ninguno le satisfacía.

Myrah recibió con cierto alivio la noticia. No podía negarse al destino al que estaba siendo conducida, pero, por lo que parecía —pues se fiaba de la información que había conseguido su padre—, su futuro marido era un buen hombre, más bien un buen muchacho, ya que era solo unos años mayor que ella. Los preparativos de la boda casi no le iban a dejar tiempo para continuar sus estudios, lo que la irritaba. Por otro lado, su madrastra, Rukaiya, estaba más insoportable que de costumbre, si es que eso era posible. Parecía vivir en una disyuntiva; por una parte estaba encantada de perderla de vista y alejarla de su padre, y por otra le fastidiaba, sin poder disimularlo, que el futuro marido de la princesa tuviera una posición que fuera a encumbrarla como sultana del Imperio otomano. O eso suponía Myrah, ya que la primera esposa de su padre se comportaba de una manera extraña en su presencia.

La noticia corrió como la pólvora entre la ciudadanía. Hacía demasiado tiempo que no se celebraban festejos de esa envergadura en la ciudad, y todos estaban deseando participar en ellos. Samarcanda se preparaba para el gran acontecimiento.

21

Ghazam salió de la yurta saboreando una manzana. Esa misma mañana había llegado un correo de Abdal anunciando que iba de camino para supervisar las tropas y reunirse con él. Todo transcurría según lo previsto, y la concreción del plan se aproximaba. El general se disculpaba, no había podido ir antes, pero su avanzadilla le adelantó parte de la suma acordada. Desde que lo conoció, había sentido cierta repulsión hacia su persona. No era de fiar, y para Ghazam eso era ley. Él era un mercenario con fama de cruel y desalmado, pero su palabra era sagrada, y exigía lo mismo a los demás. Si Abdal pensaba que podía engañarle, se iba a llevar una desagradable sorpresa. Hizo llamar a su segundo para que organizara a los hombres y recibieran el adelanto por el trabajo que llevarían a cabo en unas semanas. Había notado los últimos días mal humor y agresividad entre sus filas. Eso serviría para calmar los ánimos, al menos de momento. El general también le había prometido que, concluido su objetivo, le ayudaría a conquistar con su ejército el territorio del norte, donde se encontraban en ese momento, reunificando las tribus, y que sería nombrado su gobernador. Ese era su sueño. Ya estaba cansado de guerrear en nombre de otros por dinero, yendo de campamento en campamento, por desiertos y estepas. Los años comenzaban a pesarle y deseaba establecerse. Alguna de las ciudades oasis del valle podría ser su residencia. No le faltaría comida ni comodidades.

Pero su instinto le prevenía contra Abdal. Iba a tener que dejarle muy claro que no se zafaría de ese compromiso. Por ese motivo había enviado de vuelta al correo con la amenaza velada de las consecuencias que tendría el incumplimiento del trato. Dio otro mordisco a la manzana y se dirigió hacia sus hombres para ponerlos al día de los planes trazados.

La cordillera de Tian Shan limitaba al norte con el desierto de Taklamakán, y, al sur, con las ciudades oasis que se incluían en la Ruta de la Seda y que se prolongaban hacia el este, hasta China. Ese khanato había formado parte del Imperio mongol, pero más tarde se independizó, y la población se dispersó entre tribus y clanes

independientes. Tanto sus descendientes como los de Tamerlán, que dominaban el Imperio timúrida, intercalaron guerras sangrientas con épocas de relativa paz. Como esa última, que ya duraba más de diez años gracias al buen hacer de Ulugh Beg. Hasta que Abdal aprovechó el descontento de los clanes para sembrar la semilla del odio contra el actual khan, responsabilizándolo de todas sus desgracias. De esa forma consiguió captar a un grupo muy numeroso de mercenarios comandados por el general Ghazam que, escondidos entre esos montes, esperaban la orden para caer sobre Samarcanda. El invierno había sido muy duro; ellos mientras se entrenaban de forma implacable, soportando las bajas temperaturas y las escasas comodidades del campamento. Por fin se acercaba la primavera y, con ella, el momento de bajar hacia Transoxiana para llevar a cabo su cometido.

Pocos días después de recibir el correo, el vigía anunció la presencia de un grupo de hombres armados. Abdal y su guardia alcanzaron el campamento a la caída del sol. Ghazam no fue a recibirlo. Esperó dentro de su yurta hasta que anunciaron su llegada. Entonces salió.

—Bienvenido a nuestro campamento. Dejad los caballos, ya cuidarán de ellos, y pasad a mi tienda. Aún hace demasiado frío para sentarse en el exterior —dijo señalando el camino hacia la yurta.

Abdal, contrariado por el trato recibido, se mordió la lengua para no iniciar un conflicto que en ese momento no le convenía. Fue tras Ghazam, seguido de su escolta, mirando con desconfianza a los hombres que se cruzaba a su paso. Una vez dentro, les ofrecieron un poco de *airgag* y, siguiendo el ritual, mezclaron la leche de yegua fermentada y se acomodaron.

—Veo que mi correo llegó sin problemas. Tenía que aguardar la respuesta de Murad antes de emprender el camino, además de buscar una excusa creíble para desaparecer unas semanas —dijo sin apartar los ojos de Ghazam.

—Entiendo que la respuesta ha sido positiva, entonces —respondió al leer en su rostro una satisfacción mal disimulada ante el éxito de su plan.

—Sí. Excepto porque yo se lo había propuesto a Murad en persona y él ha declinado en favor de su hijo. Y eso nos causa un pequeño contratiempo —mascculló apurando su *airgag*—. El príncipe ha decidido venir personalmente a Samarcanda en lugar de mandar a por su futura esposa, tal como pensé que haría su padre.

—Así que el primogénito del sultán Murad estará a nuestra merced.

No es mal negocio, aunque eso retrase un poco nuestros planes.

—¿Acaso no conoces su fuerza? Bastante tendremos de momento con enfrentarnos al ejército de mi padre.

—Déjame a mí, sabré encontrar la manera sin entrar en disputa. Llevo haciéndolo desde antes de que nacieras —dijo en tono despectivo.

—Será tu problema, entonces. En cuanto al momento… —añadió, calculando que la comitiva ya debía de estar a medio camino—, creo que será hacia junio, en poco más de un mes.

Había contado el tiempo de las celebraciones y la preparación para la partida de regreso a Bursa. Por otra parte, no se podía demorar mucho, ya que si no los alcanzaría el calor extremo durante el trayecto.

—Bien, nosotros iremos descendiendo, evitaremos pueblos y ciudades. Debemos pactar el lugar exacto y el momento adecuado para llevarlo a cabo.

Desplegaron un mapa de la zona que tenían que recorrer y, tras discutir un par de puntos posibles, llegaron a un acuerdo.

Cuando Abdal se levantó dando por concluida la reunión, extendió la mano para sellar el pacto. Ghazam lo miró fijamente sin extender la suya.

—Parte del trato era la mitad del dinero por adelantado. No es lo que ha llegado. Si quieres nuestro apoyo, tendrás que cumplir tu palabra.

Abdal sintió el frío helado de sus ojos y supo que no podía jugar con él.

—Disculpa. Mi guardia personal lo ha traído consigo. He preferido dividirlo para correr menos riesgos.

Ghazam aguantó la mirada, sabedor de que si él no lo hubiera mencionado, Abdal no habría entregado el resto. Extendió entonces la mano y se la estrechó con fuerza.

Cuando Abdal dejó el campamento al amanecer, se sintió aliviado. No se fiaba de Ghazam ni de las tropas reclutadas que se vendían al mejor postor. Pero de momento tendría que seguir contando con ellas. El desgraciado creía que iba a nombrarlo gobernador de una de sus provincias. ¡Un mercenario sin una gota de sangre real! «Una vez conquistada Samarcanda, cuando sea proclamado khan y gobernador del imperio, ya veremos si tiene agallas para enfrentarse al hombre más poderoso de Transoxiana», se dijo apretando la mandíbula con rabia.

22

Mehmet no dejaba de admirar el paisaje conforme se iban acercando a la capital. Habían dejado atrás la ciudad de Bujará y en ese momento se enfrentaban a una gran llanura de campos sembrados de cereal por la que transcurría un caudaloso río. También distinguió a lo lejos extensos viñedos y campos de algodones. Más adelante, ya en los alrededores de su destino, contempló maravillado un llano repleto de huertas y hermosas casas donde destacaban árboles frutales y numerosas albercas de agua que proporcionaban una agradable frescura.

Una columna de hombres a caballo apareció en lo alto del cerro por el que habían comenzado a ascender. Era la comitiva encargada de recibirlo y escoltarlo hasta las puertas de Samarcanda. Por su porte y vestimenta, Mehmet adivinó dónde destacaba el emblema timúrida y quién debía de ser su jefe, y se dirigió a él.

—Que Alá os guarde. Soy Mehmet, hijo del sultán Murad. Os agradezco vuestro recibimiento y también la hospitalidad en los pueblos donde hemos sido alojados por orden del gran khan desde que pusimos pie en vuestro país —dijo haciendo un gesto con el brazo, a modo de media reverencia.

—Bienvenido a nuestra tierra, Mehmet. Soy Abdal, primogénito del khan Ulugh Beg, quien me ha encomendado venir a vuestro encuentro para acompañaros hasta el palacio donde os alojaréis —manifestó mientras estudiaba al joven que tenía delante con detenimiento.

—Vamos. Me muero de ganas de conocer vuestra ciudad. He oído maravillas de ella. De sus palacios, de sus madrasas y, sobre todo, de su prestigiosa universidad.

—No os decepcionará, os lo aseguro —sentenció mientras tiraba de su montura para volver sobre sus pasos y comenzar el descenso.

La primera imagen de Samarcanda impactó a Mehmet. Aun habiendo visto grandes monumentos en su país, nada era comparable al espectáculo de azules y dorados que dominaba las cúpulas de la ciudad. Accedieron al palacio a través de una larga entrada y unas puertas hermosamente labradas que destacaban por su altura. Sobre ellas había una inscripción que llamó su atención en cuanto se detuvieron: «Si dudas de nuestro poder, admira nuestros edificios». Al cruzarlas, Mehmet observó que a ambos lados había arcos de ladrillo

cubiertos de azulejos, al igual que todo el pavimento. Una fuente, que lanzaba agua hacia el cielo, dominaba la entrada sobre la que destacaba grabada la figura de un león atrapado dentro de un sol, símbolo de los timúridas. Mehmet bajó de su caballo para entregárselo al chico que aguardaba junto a él.

—Esperamos que sea de vuestro agrado. Cuando estéis instalado, vendrán a recogeros para llevaros ante la presencia del rey.

—Estaré aguardando con impaciencia el momento —respondió.

Y sin más dilación, después de un breve saludo, se volvió para cruzar el umbral.

Myrah estaba nerviosa. No paraba de ir de un lugar a otro de la habitación. Se detuvo ante el espejo que dominaba la pared situada frente al ventanal. Este le devolvió la figura de una mujer muy bien vestida en seda rosa, con una larga melena en la que brillaban tonos cobrizos y dos trencillas recogidas con hilos de oro a ambos lados del rostro, en el que destacaban, por su tamaño y vivo color, sus ojos verdes.

—Estáis preciosa, mi señora —aseguró su sirvienta.

—Gracias, Yunna. Es la primera vez que deseo estarlo. Jamás me había importado mi aspecto, pero esta ocasión es diferente. Voy a conocer a mi futuro marido —dijo un tanto preocupada—. Nunca me había planteado el matrimonio, y menos con alguien a quien no conozco.

—¡Se quedará con la boca abierta! Dudo que haya visto nunca antes a una mujer de vuestra belleza —exclamó mientras le acababa de ajustar una cinta carmesí en la cintura.

—¿Estás segura? —dudó Myrah, estudiando su reflejo.

—Nunca miento —protestó, haciéndose la ofendida.

El inicio de sonrisa de Yunna se desvaneció al instante, volviendo a su rostro el deje de preocupación que le rondaba hacía días y que no le había pasado desapercibido a Myrah, pues su complicidad a lo largo de los años había ido en aumento.

—¿Qué te ocurre?

—Nada señora, estoy bien.

—Acabas de decirme que no mientes nunca…, y debe ser por lo mal que lo haces.

La criada la miró mordiéndose el labio inferior y, tras un breve silencio, se decidió a hablar.

—Cuando se casen…

Myrah la interrumpió con un gesto de la mano.

—Tú vendrás donde yo vaya, está decidido. —La miró de frente con una sonrisa en los labios y continuó—: Ya lo he hablado con Rukaiya.

La princesa se preguntaba a menudo qué hubiera sido de ella de no tener cerca a Yunna y de no haber hecho caso a su padre tras aquel percance durante los primeros días que la muchacha pasó a su servicio. Sobre todo desde la partida de Tariq, que le había dejado un inmenso vacío que no podía explicar ni compartir con nadie. La chica la miró con afecto y ambas se fundieron en un abrazo.

—Está bien. Estoy preparada. Diles que bajo ahora —anunció, dirigiéndose hacia la puerta con paso firme.

Ulugh aguardaba la llegada de Myrah junto a su futuro yerno. La primera impresión había sido más que positiva. Su mirada franca y afable había despejado las reticencias que podía tener sobre su persona. Era un chico cultivado, hablaba varios idiomas y poseía una gran empatía. Tal vez llegara a ser digno de su hija. Su mirada estaba puesta en la puerta por donde debía entrar la princesa, pero de soslayo también observaba a Mehmet, pues no deseaba perderse su reacción al ver a su hija por primera vez. Era importante, si no definitivo. De pronto, se oyó un murmullo que anunciaba su llegada.

Myrah, dominando el temblor de sus piernas, entró en el recinto. La sala impresionaba por la riqueza de sus telas, como el zarzahán o el velludo que cubrían las paredes y decoraban las columnas, y por el diseño de sus lámparas y mobiliario. Multitud de personas —nobles y miembros de la familia— tenían los ojos puestos en ella. Clavó la mirada en su padre, que le dio la señal para que avanzara hacia él. No se atrevió a desviarla, a pesar de la enorme curiosidad que sentía hacia su prometido, hasta que se detuvo a escasos pasos de ellos. Entonces, tras hacer las reverencias habituales, levantó la vista y sus ojos se cruzaron.

Mehmet quedó cautivado en el mismo momento en que se encontraron sus miradas. Y aunque sabía que no era lo más correcto, los mantuvo fijos en ella hasta que Ulugh le tocó levemente el hombro.

—Mehmet, permitidme presentaros a mi querida hija Myrah —dijo alargando la mano para tomar la de ella.

—Señor, mucho me han hablado estos días de las bellezas que iba a encontrar al llegar a Samarcanda, pero nadie mencionó que vuestra hija destacaría sobre todas ellas.

Al escuchar estas palabras, Myrah notó que la sangre le subía a las

mejillas. Alzó de nuevo la mirada y se encontró con los ojos de él, que le sonreían. Se le aceleró el pulso y a punto estuvo de dar un traspiés al subir a la tarima. Con rapidez, Mehmet la tomó de la mano para evitarlo y, al roce de su piel, sintió un cosquilleo que le recorrió todo el cuerpo. Al alzar de nuevo los ojos, la princesa pudo detenerlos unos segundos en él. Iba elegantemente vestido, con un traje bordado con hilos de oro en cuello y puños, a conjunto con el fajín. En su cabeza lucía un turbante blanco donde destacaba, por su brillo y tamaño, una esmeralda. Bajo él descubrió a un joven atractivo en cuyo rostro se leía una expresión divertida y una mirada que transmitía confianza.

—Myrah, toma asiento junto a tu futuro esposo —pronunció Ulugh, interrumpiendo su análisis—. A partir de este momento, declaro inaugurada la celebración del enlace de Mehmet, hijo del sultán Murad, con mi hija Myrah. Que nuestros pueblos queden unidos también tras este gran día. Decreto por tanto treinta jornadas de fiesta que darán comienzo esta misma noche.

Durante los siguientes días se habilitaron cientos de tiendas por los alrededores de la ciudad. La noticia había corrido como la pólvora, y llegaba gente de todos los pueblos de Transoxiana. En ellas se servía carne adobada, albóndigas y arroz en cuencos. También fruta, entre la que destacaban los gruesos y grandes melones sobre la uva y los melocotones. En otras servían el vino de las tinajas y tortas de pan con azúcar. Todos los habitantes acogieron las fiestas con gran entusiasmo.

En palacio, la actividad era frenética. La fecha del enlace se acercaba y todo debía salir perfecto. Ese día tendría que ser recordado por las futuras generaciones y los fastos detallados por escrito en poemas o relatos para que no cayeran en el olvido.

23

Ojalá hubieras visto cómo lucía Samarcanda esos días. Intentaré explicártelo, mi pequeño Qasim. El lugar escogido para celebrar el enlace no fue ninguno de los palacios donde se habían venido realizando por tradición las bodas reales. Con el apoyo de mi prometido y el beneplácito de mi padre, tu abuelo, propuse algo novedoso y diferente que plasmé en un dibujo. Se erigió una gran estructura en la extensa explanada que había junto a la ciudad, para que cupieran todos los invitados. Se construyó una gran tienda cuadrada sobre doce árboles gruesos, de una altura de cinco hombres subidos unos a hombros de los otros. De una esquina a otra podían darse al menos un centenar de pasos. El techo imitaba la bóveda celeste, con paños de seda azul que iban de un extremo al otro, sujetos con cuerdas doradas. En el centro, varios mástiles soportaban la estructura. Se cubrió el suelo con hermosas y coloridas alfombras, y sobre ellas se dispuso un mobiliario de exquisito gusto para acomodar a todos los presentes.



Y llegó el día de la ceremonia. Esa mañana, al abrir los ojos, Myrah los entornó emocionada. Le habían pasado volando los días desde que llegara Mehmet. Al contrario de lo que había temido, no le había representado ningún esfuerzo dedicar parte del tiempo a galopar en su compañía por los alrededores o para mostrarle los rincones de su querida ciudad. Era un muchacho alegre con facilidad de palabra que se interesaba por todo cuanto le rodeaba. Eso la esperanzaba respecto a su futuro en Bursa. Aun así, una nube negra permanecía sobre su cabeza, manteniéndola intranquila y en permanente estado de desasosiego por la relación con su padre. La noche en que discutieron, esta se había quebrado. Ya no era lo mismo. Hablaban sin hablarse. Incluso aunque estuvieran uno al lado del otro, la distancia entre ellos era abismal. Andaba absorta en sus pensamientos mientras un grupo de esclavas, dirigidas por Yunna, le daban los últimos retoques.

—Myrah, ¿estás preparada, puedo pasar?

—¿Padre? —dijo sorprendida, volviendo al presente—. ¡Por

supuesto, ya casi estoy!

Ulugh accedió al aposento y se quedó inmóvil en el centro al contemplar a su hija. Por un instante, le pareció ver a su amada Qara mirándole con aquellos ojos verdes que iluminaban la estancia, y su lengua se trabó sin encontrar las palabras.

Llevaba el mismo vestido que lució su madre el día de su boda. Así lo había decidido, a pesar de las quejas de Rukaiya, que lo encontraba anticuado y, además, aseguraba que era de mal agüero no estrenar el suyo propio. Apenas habían tenido que retocarlo, su figura se había amoldado a él como una segunda piel. Era de seda, adornado con abundantes joyas que relucían al recibir la luz del sol que se filtraba por la ventana. Llevaba la larga melena hábilmente enlazada con hilos de oro, formando un curioso recogido en la nuca.

—¿Qué te parece, padre? ¿Crees que voy a gustarle? —preguntó mientras se retocaba los pliegues de la capa de seda que llevaba en los hombros.

—Sería ciego si no viera lo mismo que yo, hija —sentenció con cierta emoción—. Eres mi joya más preciada y hoy brillas como nunca.

Myrah corrió hacia él y se fundieron en un largo abrazo. Ulugh hizo una seña para que los dejaran solos. Entonces la miró con los ojos húmedos, antes de pronunciar unas palabras más:

—¡Te pareces tanto a ella!

—No consigo recordarla —confesó apesadumbrada.

—Mírate en el espejo y verás su imagen reflejada. Estaría muy orgullosa de ti, igual que lo estoy yo, Myrah. Te has convertido en una mujer hermosa por fuera y también por dentro. Quiero que seas feliz, hija mía. Nada deseo con más fuerza. Ya soy mayor, y el tiempo que se me ha regalado para vivir en esta tierra está llegando a su último aliento.

—¡No eres mayor, padre! —exclamó contrariada—. Intentaré ser feliz con él, y seguiré con mis estudios, te lo prometo. Tengo entendido que cuentan con grandes maestros.

—Sí, los tienen, y ya les he escrito. Pero no te será fácil. Ya te avisé de las trabas que encontrarás allí, empezando por tu propio marido. Y no te preocupes por mí, hija. Recuerda mi lema: «Nada nace ni perece…» —comenzó a recitar con media sonrisa.

—«… sino que hay mezcla y separación de todo lo que existe» —concluyó Myrah, abrazándolo de nuevo.

En ese momento oyeron una discusión fuera. Rukaiya llevaba la voz cantante, como de costumbre. Ulugh sonrió con resignación.

—Padre, ¡te voy a echar tanto de menos! Volveré algún día, antes

de que sea insoportable tu ausencia —prometió besándolo con suavidad en la mejilla.

Ulugh la miró forzando una sonrisa y salió de la estancia. Fuera, el griterío iba en aumento.

—¡Por fin! Vamos, todas dentro. Aún faltan los últimos retoques antes de salir. Hay un carruaje esperando en la puerta principal que la llevará hasta el lugar donde la aguarda su prometido.

Muchos de los habitantes de Samarcanda acompañaron a la novia. Lanzaban piropos a la joven y salves a la comitiva real. La entrada en la espectacular carpa fue seguida por un murmullo de admiración. Myrah andaba erguida, orgullosa y consciente de su linaje, hacia el lugar donde Mehmet la esperaba. Se miraron con una mezcla de timidez y emoción contenida. Después la princesa hizo dos inclinaciones de cabeza frente a su padre y también frente a su hermanastro Abdal.

Este había seguido los preparativos y las fiestas con impaciencia, y la relación con su padre se había vuelto hostilmente glacial. A Myrah la asustaba un poco dejar a Ulugh tanto a su merced como a la de Rukaiya, que siempre andaba maquinando a sus espaldas. Suerte que contaba con grandes apoyos y con un merecido reconocimiento por cómo había hecho resurgir el nombre de la ciudad más allá de sus fronteras. Desechó esos pensamientos para centrarse en las palabras que estaba pronunciando el sacerdote. Al finalizar las lecturas, se levantó el velo que le cubría el rostro y unió los labios a los de su esposo.

Después de la ceremonia hubo espectáculos de malabares, equilibristas que trepaban por cuerdas hasta la cúpula y, para deleite de los invitados, un pase de elefantes conducidos por hombres sentados sobre ellos, en cuyos lomos se alzaban castillos de madera pintados de múltiples colores. Al oscurecer, encendieron antorchas para seguir iluminando el espacio hasta el alba.

Myrah estaba asombrosamente tranquila ante la intimidad que compartía en ese momento con Mehmet. Desde el día en que llegó el futuro sultán, solo habían estado a solas en un par de ocasiones. En la primera, hablaron de temas intrascendentes y él solo le había cogido la mano unos segundos. En la segunda, antes de despedirse, la había besado con suavidad. Era el segundo beso que recibía en su vida, y las sensaciones habían sido muy distintas. El beso de Tariq la había

inquietado, ya que, durante los segundos que duró, había sentido que los dos se convertían en uno, como algo natural, predestinados desde siempre a estar juntos. El de Mehmet, le provocó sosiego.

Yunna la había ayudado a desvestirse y a cubrirse con una camisa de dormir bordada con maestría. También le cepilló la melena y se despidió con una sonrisa cómplice antes de salir.

—Eres preciosa —susurró Mehmet a su mujer, acariciándole la mejilla—, y yo soy el hombre más afortunado de la tierra en este momento.

Acto seguido, le retiró los tirantes de la camisa, que cayó a sus pies con la suavidad de una pluma. La contempló admirado, acercándose poco a poco para acariciarla con delicadeza. Las manos de Mehmet recorrieron el cuerpo de su esposa muy despacio, hasta encontrar los pechos, que se entumecieron al contacto. Myrah cerró los ojos sintiendo algo nuevo que no podía describir. Entonces él la condujo hasta la cama, donde siguió con las caricias mientras la besaba largamente en los labios, buscando, para sorpresa de ella, su lengua. Después, poco a poco le separó las piernas para prepararla. Cuando notó su humedad, se introdujo despacio, con cuidado para no dañarla. Sabía que la primera vez para una mujer podía ser dolorosa y no deseaba que Myrah sufriera, sino todo lo contrario; quería que disfrutara con él, que la experiencia fuera placentera. Notó con satisfacción que ella no oponía ninguna resistencia y le devolvía las caricias. Sus cuerpos se fundieron hasta que ella lanzó una exclamación de placer y Mehmet gimió al acabar.

Permanecieron callados largo rato, uno en brazos del otro. Myrah se sentía plena por primera vez en sus dieciséis años de vida, como si hasta ese momento le hubiese faltado alguna pieza que por fin encajaba. Al saber que iba a casarse, otras mujeres se habían ocupado de explicarle con detalle sus experiencias respecto al sexo, pero no recordaba que ninguna le hubiera dicho lo maravilloso que era. Por fin se volvió hacia Mehmet, que dormía tranquilo. Luego se arrebujó entre las sábanas esperando un nuevo amanecer llena de ilusiones.

24

Los días pasaban a una velocidad inusitada debido a la intensa actividad de los preparativos para el regreso a Bursa de Mehmet con su esposa. Rukaiya se encargaba de supervisaba todo lo que al ajuar y a los criados se refería. A Myrah la desconcertaba su actitud y su empeño en controlar hasta el más mínimo detalle. Incluso en alguna ocasión le había parecido percibir algún sentimiento nuevo hacia ella. Aunque la amabilidad no duraba demasiado; más pronto que tarde, volvía a sus sarcasmos y frases lacerantes contra Ulugh o contra ella. Incluso Mehmet se había percatado del trato ofensivo que le profesaba y había estado tentado de enfrentarse a ella hasta que Myrah lo hizo desistir. Ya no valía la pena. En unos días, por fin estaría lejos de su alcance.

Myrah, como princesa de Transoxiana, llevaría una escolta personal que se uniría a la de Mehmet y la protegería durante el viaje hasta entregarla sana y salva en su destino. Por deseo expreso de Abdal, él mismo se ocupó de seleccionar a los soldados que la conformarían, asegurando a su padre que los mejores de su ejército se contarían entre ellos.

Los novios vivían al margen de esa vorágine, enfrascados en conocerse y enamorándose más a cada instante que compartían.

Ese día, Myrah había planeado llevarlo a la atalaya que se erigía sobre una colina situada al norte. La primera vez que su padre la condujo allí, le había mostrado que las líneas que unían los distintos monumentos de Samarcanda formaban la constelación del León, y que el río simulaba la larga cola del Dragón. Toda la arquitectura de la ciudad había sido diseñada para representar el zodiaco al completo.

—¡Quieto! No te muevas hasta que te lo diga —le ordenó Myrah mientras cogía una de sus plumas y comenzaba a trazar rápidas líneas sobre una hoja de papel.

—A sus órdenes, mi señora —contestó con sorna el joven, acomodándose sobre la barandilla de la atalaya que dejaba a su espalda la ciudad de Samarcanda—. ¿Haces lo mismo con todo el mundo o soy tu primer modelo?

—Hum…, sí —mintió Myrah, con algo de nostalgia en la voz.

—Ya… ¿Debo sentirme celoso por esa otra persona? —volvió a preguntar más serio al detectar que le ocultaba algo. No podía

soportar la idea de que otro hombre hubiera tenido algún tipo de intimidad con ella. Desde luego, en el futuro, ningún otro se le acercaría. Ahora era suya, le pertenecía.

—Fue hace varios años. Entonces era una niña… Compartía juegos con un chiquillo —repuso confusa al percatarse de su cambio de actitud—. Ya has comprobado que no tengo grandes amigas de la infancia. Me atraían cosas que a las demás les eran indiferentes, y lo que se suponía que debía gustarme me aburría. Así que un día, casi por accidente, conocí a Tariq. Él me comprendía, al menos no le extrañaban ni mi comportamiento ni mis palabras. Hicimos unas cuantas travesuras juntos —confesó, sonriendo al recordarlo.

—No me lo has presentado todavía. Debería conocerlo, si fue tan importante para ti —insinuó escrutando su mirada.

—¡Me hubiese encantado que os conocierais! Pero es imposible. Tuvo que salir del país hace unos años y no he vuelto a saber nada de él —dijo con tristeza—. No hablemos más de eso, hay cosas que es mejor dejar atrás.

—Está bien —asintió aliviado—, hablemos entonces de lo que haremos cuando se ponga el sol —musitó con picardía.

—Ya está, puedes moverte. Es mi regalo de bodas —declaró sonriendo—, para que nunca olvides dónde me conociste y a lo que tengo que renunciar para seguirte.

Extendió el brazo y le entregó su retrato, donde se veían en segundo plano los diversos monumentos de la ciudad.

—¡Es fantástico, eres toda una artista! —exclamó asombrado—. Lo llevaré siempre conmigo y, cuando lleguemos a nuestro hogar, lo colocaré donde podamos contemplarlo a diario.

—Es solo un entretenimiento. Me gusta.

—Creía que tu gran pasión era la astronomía. Bueno, antes de conocerme a mí, claro —dijo sonriendo.

—¡Eres un engreído! ¡Compararte con las estrellas! —profirió siguiéndole la broma—. Ya ves, me gustan muchas cosas, y no hay tiempo en una vida para tanto, como dice mi padre.

—No te preocupes. Ahora que eres mi esposa, solo tendrás que dedicarte a hacerme feliz. No seguirás con tus estudios, no es propio de una futura sultana —sentenció.

Myrah lo observó con atención, comprobando asombrada que no bromeaba.

—Por supuesto que seguiré con ellos, no puedo dejarlos. Lo deseo, además se lo he prometido a mi padre —replicó contrariada al ver el semblante serio de Mehmet.

—Eres mi esposa y yo decidiré lo que te conviene. No vamos a

discutir ahora por una tontería.

—¡No es ninguna tontería!

—Cuando estemos en casa, te enseñarán cuáles son tus obligaciones como futura sultana. La mujer de mi padre podrá ayudarte —afirmó dando por zanjado el tema—. Regresemos, es hora de cenar.

El sol, cansado tras un largo día, deseaba ocultarse para dar paso a la luna. Ambos comenzaron a descender por la colina. Mehmet la cogió de la mano sonriente, como si nada hubiera sucedido. Myrah observó de nuevo la ciudad y comenzó a preguntarse con preocupación cuál iba a ser su futuro en Bursa. No podía ni imaginar que su marido le prohibiese seguir con sus estudios, ni que decidiese por ella lo que podía hacer o no. No estaba dispuesta a perder la libertad de la que había gozado en su ciudad para relacionarse con científicos, profesores y estudiantes, ni mucho menos a recluirse en un palacio a las órdenes de nadie.

Al llegar, su hermano Abdal los estaba aguardando. Como siempre, Myrah sintió una punzada de temor al contemplar su imagen destacando a la entrada del palacio.

—Por fin aparece la parejita, ajena a lo que ocurre en palacio, como si no tuviera relación con ellos. Tu madre está como loca buscándote. Ha dado por concluido el equipaje que has de llevarte y quería tu aprobación para hacerlo cargar.

—Mi madre murió cuando yo era una niña —dijo con aspereza. Pero luego añadió en un tono más suave—: Ahora iré a supervisarlo.

Un par de días después, Mehmet fue al encuentro de Myrah. Apenas habían intercambiado alguna frase desde su última conversación. Al ser interrogada, Yunna le indicó que había salido a dar un paseo a caballo por los campos, como solía hacer muchas mañanas temprano.

La distinguió a lo lejos, paseando distraídamente junto a la montura, que mantenía sujeta por las bridas, y se acercó sigiloso.

—Buenos días, princesa. ¿Me estás evitando?

Myrah dio un respingo. Sus pensamientos se hallaban muy lejos de aquel lugar. Se volvió y afrontó su mirada, algo inquisitiva.

—Me gusta salir sola a montar al amanecer y apreciar el canto de los pájaros y el discurrir de las aguas del río entre las piedras. Me quedan pocos días para disfrutar de ello antes de dejar mi ciudad —dijo con un halo de tristeza, a la vez que paseaba la mirada por el entorno sin contestar a su pregunta.

En realidad, en cierto modo, era verdad. Le había preocupado su

actitud aquella tarde al hablar de sus estudios y de su futuro en Bursa, y no sabía cómo afrontarlo.

—Puedes estar tranquila. En mi patria hay paisajes tan bellos como estos. Nada te faltará —prometió acercándose a ella—. La otra tarde, en el mirador, me hiciste un regalo. Hoy soy yo quien quiere entregarte uno —añadió cambiando de tema.

—¿Un regalo? —repitió Myrah algo extrañada, puesto que el día de su boda ya le había obsequiado con un hermoso anillo de oro con incrustaciones preciosas.

Mehmet sacó un paquete envuelto en seda color carmesí y se lo ofreció.

Por el peso y el tamaño, Myrah supo al instante que era un libro. Retiró con suavidad la tela y se quedó impresionada al observar la cubierta.

—¡Es una obra de arte! ¡Un ejemplar de *Hazâr afsâna*! —admiró acariciando la tapa.

—¿Lo conoces? *Las mil leyendas* es uno de mis libros favoritos. No sabía si sería de tu agrado de camino a Samarcanda, pero después de conocerte supe que había acertado —confirmó satisfecho al ver su expresión de entusiasmo.

—Es un tesoro. Y cada una de las palabras atrapadas entre estas cubiertas, una joya.

—Que brillará cuando poses tus hermosos ojos en ella —replicó, acariciando su mejilla con suavidad mientras la atraía hacia él.

—Cuando éramos niñas, las mujeres nos explicaban algunos de los cuentos que contiene —comentó sin levantar la vista de las páginas que ojeaba mientras su mente volvía a la tarde en que Tariq y ella descansaban tumbados en el campo tras una larga carrera…

—¡Hoy te he sacado tanta ventaja que pensaba que te habías perdido! —bromeó Tariq jadeando.

—¡Ja! Me ha faltado poco para alcanzarte. La próxima vez, seguro —afirmó.

—Llevas años diciendo lo mismo. Reconócelo, soy más rápido que tú.

—Reconozco que hoy has sido más rápido —dijo sin poder evitar la sonrisa—, así que tú mandas, ¿cuál quieres que te explique?

Tariq la miró e hizo una mueca divertida.

—¿Otra vez? ¡Qué aburrimiento! Déjame que te cuente otro, hay muchos que aún no conoces —rogó con énfasis.

Tariq negó con la cabeza. Myrah, con cara de fastidio, comenzó el

relato. Poco después, andaban hacia la ciudad en silencio hasta que Tariq lo rompió:

—¿No tendrás en palacio alguna lámpara maravillosa para prestarme? —preguntó con sorna.

—¿Y has pensado para qué la utilizarías? —inquirió enarcando las cejas.

—¡Vaya pregunta! Pues para hacerme rico y ser feliz —contestó riendo.

Myrah se detuvo y lo miró de frente.

—Conozco a un montón de gente que vive en palacio y te aseguro que no es feliz. Empezando por Abdal y Rukaiya. En cambio, tú siempre estás alegre, y por eso me gusta pasar tiempo contigo. Deja las lámparas para los genios —sentenció con un guiño.

Tariq le devolvió la mirada y asintió con una sonrisa.

—Así que te gusta pasar tiempo conmigo…

Con los años, y sobre todo después de aquel beso y la huida de Tariq, había caído en la cuenta de que esa historia bien podría ser la de los dos en un mundo de ilusión. Volvió al presente al notar los brazos de Mehmet rodeando su cintura.

—¿Cuál es tu preferido? —le preguntó Myrah alzando los ojos del libro.

—De niño soñaba con recorrer los mares como Simbad. Pero conforme crecía fui enamorándome de Scheherezade. Tú me recuerdas a ella. Yo soy tu sultán y tú, mi princesa —afirmó besándola.

—Espero no tener que relatarte cada noche un cuento para evitar la muerte por la mañana —bromeó Myrah con una sonrisa.

—El sultán daba muerte a sus esposas por infieles —afirmó apretando los labios, sin ganas de unirse a la broma.

El día después del equinoccio de verano fue el acordado por Ulugh y Myrah para la partida, ya que esa noche era la mejor para observar el firmamento desde el observatorio, juntos por última vez. Ambos permanecieron en silencio, con la mirada perdida entre las estrellas que los cubrían. Tenían mucho que decirse, pero ninguno encontraba las palabras adecuadas. Ella deseaba confesarle la verdad sobre su decisión de marcharse de Samarcanda y su creciente preocupación por el carácter dominante de su marido y por la continuidad de sus estudios una vez estuviera en Bursa. Pero no encontró el valor para hacerlo.

Ulugh quería retenerla junto a él, aunque fuera a la fuerza, y abrazarla, pues su corazón le advertía de que esa iba a ser su última oportunidad. El sentimiento de impotencia se lo impidió, y los dos continuaron en silencio hasta el momento de separarse; se hablaban con la mirada, llena de amor y tristeza compartida.

La comitiva era numerosa. Por una parte, los criados y los carros con los víveres para el viaje y la dote compuesta por hermosas sedas, muebles de talla exquisita, joyas y demás regalos. Y, por otra, lo único que Myrah examinó a fondo, los carros con los arcones que llevaban sus libros, escrituras y algunos instrumentos astronómicos. Abría la caravana la guardia personal de Mehmet y la cerraba la escolta de la futura sultana.

Tras el último y sentido abrazo a su hija, Ulugh se dirigió a Mehmet con semblante serio y mirada penetrante.

—Cuídala como se merece. Te llevas una parte de mi corazón.

—Señor, la cuidaré y protegeré con mi propia vida —respondió decidido, desviando levemente la mirada para encontrar la de su esposa.

Myrah subió al carruaje. Su padre retuvo su mano durante unos instantes y le susurró unas palabras. La joven asintió sin poder evitar que las lágrimas brotaran de sus ojos. «Nuestras mentes y nuestras almas se cruzarán cada noche en el firmamento cuando contemplemos las estrellas».

Yunna, que se disponía a acompañar a su ama en la aventura, también hizo la promesa de cuidar de Myrah. Rukaiya le dio un gélido beso de despedida. Había satisfacción y alivio en sus ojos.

Por fin Abdal dio la orden de partida. Los acompañaría personalmente durante un tramo del viaje, hasta la primera posada en la que pudieran abastecerse y descansar. Luego regresaría a Samarcanda.

Segunda parte

25

Me revolví inquieta en la cama. No podía conciliar el sueño. La inesperada visita del padre de mi pequeño me había dejado exhausta.

Los campos habían florecido, llenando de color el paisaje. Después los días se alargaron poco a poco, restando oscuridad a las noches cálidas de verano, y los caminos comenzaron a tapizarse en tonos rojizos y anaranjados. Durante todo ese tiempo no tuve noticias suyas. Al principio me dolió su falta. Ningún niño debería crecer sin la presencia y el amor de un padre, le reprochaba en mi interior. Luego me convencí de que era mejor así. Ya me ocuparía yo de llenar ese hueco. Pero aquel día, tras el asombro inicial al abrir la puerta de casa y encontrarme de frente con él, no supe cómo reaccionar. ¿Saldría la rabia acumulada? ¿Sentiría aún algo si él se acercaba lo suficiente a mí? Me limité a darles paso a la vivienda y rogarles que aguardasen mientras preparaba al pequeño con sus mejores ropas. «Realmente, es un niño hermoso», me dije contemplándolo a placer.

—Tu padre se sentirá muy orgulloso de ti, hijo mío —susurré en tono esperanzado, besándole la frente mientras sus ojos azules me observaban con atención.

La visita había sido fría, breve y de obligado cumplimiento por la presión del abuelo del niño. Para mi decepción, su padre apenas lo había sostenido en brazos unos segundos. Ni una palabra cariñosa, ni una caricia. A mí me dirigió tan solo unas frases, casi rehuyendo mi mirada. Suspiré con alivio cuando abandonaron la casa, aunque la tristeza me atenazara el estómago.

Esa noche, mientras amamantaba a mi hijo, lo acuné en brazos con una dulce melodía que recordaba de la infancia. Después, al comprobar que el peso del sueño le cerraba los párpados, lo dejé con suavidad en la cuna.

—No sufras, mi pequeño. Es él quien más pierde. Nada te faltará mientras yo esté a tu lado. —Y en tono suave, casi susurrante, añadí —: Ahora te seguiré relatando la historia desde donde la dejé…



Myrah se volvió una vez más antes de que la figura de su padre se

desvaneciera en la distancia, con la silueta de Samarcanda a su espalda. Seguía erguido, frente a las puertas de palacio, con la mirada fija en la caravana. Ella nunca podría olvidar esa imagen, porque fue la última vez que vio a su padre y su amada ciudad.

Llevaban varios días de camino. Poner en marcha cada mañana la caravana de carros, animales y personas requería buenas dosis de paciencia y calma, dos virtudes de las que carecía Abdal. A medida que pasaba el tiempo, se volvía más irascible y violento, hasta el punto de que los hombres temían hablar en su presencia. Ya entrada la noche del quinto día, alcanzaron Bujará y se dirigieron a la posada.

—Mañana regreso a Samarcanda. Partiré al amanecer —los informó en tono sombrío, apurando la última copa de vino mientras los demás seguían disfrutando de los cuencos de arroz con carne en la mesa que compartían.

—Que tengas un buen viaje —contestó Mehmet con toda la amabilidad que pudo, pues hacía días que la presencia de Abdal le disgustaba.

—Dile a padre que todo va bien y que…, déjalo, da igual. Dale un abrazo de mi parte —concluyó Myrah, sabiendo de antemano que su mensaje no llegaría a buen puerto.

Abdal se levantó aguantando apenas el equilibrio y, con una leve inclinación de cabeza, dejó la estancia, no sin antes tropezarse con un par de sillas.

—¡Qué atento! —bromeó Mehmet viendo la cara de preocupación de su mujer—. Nunca sé lo que pasa por su cabeza mientras habla, y cuando bebe en exceso se acrecienta su mal carácter.

—Me alegro de que salga de nuestras vidas —suspiró Myrah—. Algún día, cuando estemos lejos de su alcance, te explicaré cosas sobre él que no creerías. No sabes de lo que es capaz para salirse con la suya. Ha tenido una gran maestra en su madre. Si me lo permites, voy a retirarme. No me encuentro muy bien.

—¿Qué te ocurre?

—Me habrá sentado mal la cena, no lo sé. Creo que, con un buen descanso, mañana estaré bien —dijo rozándole la mano y haciendo una seña a Yunna para que la acompañase.

—Buenas noches, princesa, reposa —dijo con preocupación en la voz.

Ya en la habitación, Myrah le confesó a su criada que llevaba varios días con el cuerpo raro. No sabía a qué atribuirlo, quizá a los largos desplazamientos, a la alimentación, tal vez al agua, a los

nervios…

—¿Qué es lo que sentís, señora? —preguntó intentando averiguar cuál podía ser la dolencia, pues había adquirido conocimientos de medicina y sabía utilizar y mezclar las plantas adecuadas para aliviarlas.

—Tengo náuseas a todas horas. He devuelto varias veces durante estos días. Estoy más cansada de lo normal… No sé explicarlo mejor, nunca me había sentido así.

Yunna le palpó el vientre con sumo cuidado. Para sorpresa de Myrah, una incipiente sonrisa se dibujó en su cara.

—Señora, ¿puedo preguntaros cuándo habéis tenido vuestro último sangrado?

Su ama se quedó pensativa, intentando recordar.

—Hum, ahora que lo mencionas, la verdad es que con todo el ajetreo de los preparativos para la boda, las fiestas y la partida… hace un par de meses al menos. Poco antes de que llegara Mehmet a Samarcanda. He oído mencionar a las mujeres que, con estados de inquietud o nerviosismo, se pueden alterar los ciclos.

—Sí, y si se está embarazada se alteran durante nueve meses —concluyó con una mirada traviesa.

—¿Crees que espero un bebé? —preguntó Myrah, enarcando las cejas algo perpleja.

—Es lo más probable, señora. Cuando se tienen relaciones, es una consecuencia de lo más habitual —respondió bromeando.

—¿Y cómo nos aseguramos de que es este el motivo de mi malestar y no otra cosa?

—Dejadme a mí, sé lo que hay que hacer para salir de dudas. Cuando amanezca, poned en ese cuenco vuestra primera orina y haré una prueba que vi llevar a cabo a una curandera.

—Nunca dejas de asombrarme, Yunna. De momento, ni una palabra de esto a nadie, ni siquiera a mi esposo, ¿entendido?

—Mis labios están sellados.

Myrah se acostó intranquila. ¿Sería verdad que estaba encinta? Y si fuera así, ¿soportaría el viaje que tenían por delante, con duras jornadas a caballo o en carro? ¿Qué pensaría Mehmet? Temió que, tal y como él le había anunciado, el hecho de ser madre la apartara definitivamente de sus estudios. No se podía imaginar encerrada en casa limitándose al cuidado de su hijo. Al fin cayó rendida y solo volvió a abrir los ojos cuando el sol ya estaba alto y el ruido del exterior la sobresaltó. Hizo lo que Yunna le había dicho y aguardó a que ella volviera con la respuesta, no sin antes volver a vomitar lo poco que aún le quedaba en el estómago de la noche anterior. Por

fortuna, habían decidido hacer un descanso de un par de jornadas en la ciudad de Bujará, donde se hallaban. No se hubiera visto con ánimos de reemprender la marcha en ese momento.

A media mañana, Yunna apareció en la alcoba. Una sonrisa iluminaba su cara. No hizo falta que pronunciara palabra alguna, solo asintió con la cabeza. Myrah pasó de la inquietud a la alegría en breves segundos. Se incorporó del lecho y se lanzó a los brazos de la sirvienta cómplice. La idea de ser madre la emocionaba, aunque también le provocaba cierta angustia. No sabía si estaba preparada para ello.

—Tengo que comunicárselo a Mehmet de inmediato. Ve en su busca, dile que quiero verlo enseguida. —Antes de que desapareciera por la puerta, añadió—: Nada de sonrisas y ni una palabra que pueda darle una pista de lo que tengo que anunciarle.

Mehmet cruzó la puerta poco después con semblante serio y se acercó a ella con una mueca que pretendía ser una sonrisa.

—¿Cómo te encuentras?

Myrah dio unas palmaditas sobre la cama para que se sentara junto a ella.

Entonces lo tomó de las manos y, mirándolo a los ojos, le dijo con voz dulce:

—Tengo algo importante que comunicarte, esposo mío.

—¿Te ocurre algo?

—Sí, pero no es nada malo, todo lo contrario. Vas a ser padre.

—¿Un hijo? ¿Vas a tener un hijo mío? —exclamó con júbilo.

—O una hija… No lo sabremos hasta que nazca y, según Yunna, faltan poco más de seis meses para ello.

—¡Qué gran noticia! Espera a que se entere mi padre. No tienes ni idea de la ilusión que le hará. Un futuro heredero. Enviaré un correo para que le avancen la buena nueva.

—¿No será un poco precipitado? Dicen que algunas veces hay problemas en los primeros meses, y más con las primerizas.

—No ocurrirá nada. Nuestro hijo crecerá sano y fuerte —añadió con un guiño. Pero al ver la expresión de duda de su mujer, claudicó —. Está bien, sellaré la carta y tú decidirás cuándo es el momento oportuno para enviarla a Bursa.

—Gracias, es mejor así.

—Pues todo arreglado. Te advertí que era una tontería cargar con tus libros —reprendió sonriente, con el índice levantado—. En cuanto lleguemos a casa, entre el niño y tus obligaciones como esposa no tendrás tiempo ni ganas de seguir con ese capricho. Ya que insististe en llevárnoslos, podríamos donarlos a la biblioteca de la ciudad para

que los estudiantes los aprovechen. ¿No te parece una gran idea?

Myrah lo miró inquieta, sin atreverse a decir en voz alta lo que pensaba: nada ni nadie podría apartarla nunca de su objetivo.

No le había confesado a su marido el verdadero motivo por el que consideraba precipitado enviar la buena nueva al sultán Murad. Con la certeza del embarazo, le había vuelto el recuerdo de su madre durante sus últimas semanas de vida. Hacía años que lo había desterrado, ya que la imagen de ella retorciéndose de dolor con su preciosa piel dorada teñida de verde la persiguió muchas noches, sola en su habitación, mientras lloraba su pérdida. Cuando se enteró de que iba a tener un hermanito —pues su padre estaba convencido de que sería un varón—, todo fueron risas y alegrías. Hasta que empezó la pesadilla.

Primero las náuseas, luego los vómitos y después fue extendiéndose el dolor hasta que el nacimiento prematuro de su hijo, ya sin vida, y la muerte de su madre fue un alivio para quienes la querían. La verdad era que estaba aterrorizada por si pudiera pasarle lo mismo que a ella. «Esperaré unas semanas —se prometió— y, si todo va bien, enviaremos el correo».

La estancia en Bujará se alargó una jornada más y, al cuarto día, levantaron el campamento para proseguir la marcha. La siguiente parada en una posada no sería hasta una semana después, así que aprovecharon para hacer acopio de alimentos y agua potable, intercambiar los animales que no estuvieran en condiciones de partir y comprar todo tipo de enseres que creyeran necesarios para seguir la ruta. Yunna se preocupó de recabar las hierbas que conocía para aliviar el malestar de Myrah y hacerle así más llevadero el viaje.

26

Según habían previsto, al séptimo día de viaje desde que dejaran Bujará divisaron la ciudad de Merv. Las dos últimas jornadas habían sido más duras debido a la proximidad del desierto. Myrah estaba deseando poder dormir en algo más confortable que una tienda, por muy bien equipada que estuviese, pues su estado hacía que se sintiera más fatigada de lo normal.

Esa noche, mientras todos permanecían sentados frente a la hoguera, comenzaron a relatar historias: unos, sobre las grandezas del Imperio otomano; otros, sobre las del Imperio mongol. Como era habitual, por esa parte el protagonismo recayó en Gengis Khan, el mayor conquistador de la historia, admirador de Alejandro Magno y unificador de todas las tribus nómadas. A pesar de lo agotada que estaba, aquellas historias eran tan interesantes que Myrah no deseaba dejar de escucharlas. De pronto, notó los ojos de uno de los soldados otomanos clavados en ella. Al cruzar sus miradas, se estremeció. Lo que despedía era un odio visceral. Se revolvió inquieta.

—Querido, me retiro a descansar, estoy exhausta.

Mehmet se levantó y extendió la mano para ayudarla.

—Si te parece bien, me quedaré un rato más junto al fuego —comentó antes de darle un beso en la mejilla.

—Por supuesto. Puedes estar tranquilo, Yunna me acompañará a la tienda.

Una vez sola allí, tan pronto como su cuerpo se relajó sobre la estera, sintió que se le cerraban los ojos, vencidos por el cansancio, pero, antes de conciliar el sueño, oyó un ruido casi imperceptible: un roce de ropa junto a ella. Los abrió de nuevo, pensando que su marido había cambiado de idea. Las pupilas se le dilataron al identificar al hombre cuyas manos ya aferraban su cuello con fuerza.

—Muerte a todos los sucesores de Tamerlán —murmuró mientras aumentaba la presión.

Sintió que le faltaba el aire, y el terror se apoderó de ella. Iba a morir allí, a manos de aquel loco, y, con ella, el hijo que crecía en su vientre.

—Yo, descendiente de Bayezid y de Solimán, acato su proclama. No habrá descanso hasta acabar con el último de los timú…

Myrah, que seguía debatiéndose con las escasas fuerzas que le

quedaban, notó que se le nublaba la vista y que se oscurecía todo a su alrededor. De pronto, la presión de las garras se aflojó y dio paso al aire suficiente para llenar de nuevo sus pulmones. Al incorporarse, vio el cuerpo de su atacante en el suelo, atravesado por una espada. Alzó la mirada, aún borrosa, y distinguió a Mehmet, que se arrodillaba ya junto a ella.

—¡Myrah!

Ella se lanzó a sus brazos, todavía aturdida por el suceso.

—¡No podía respirar! Pensé que iba a morir —farfulló entre sollozos.

—Tranquila, ya ha pasado —dijo estrechándola mientras le acariciaba el cabello—. Menos mal que no puedo estar lejos de ti. Unos minutos más y…

Los soldados, alertados por Mehmet, entraron en la tienda y, a una orden suya, retiraron el cuerpo inerte del asesino.

—¡Averiguad quién es! —exigió antes de que salieran.

—Me fijé en él hace un rato, allí afuera —le explicó Myrah, mientras bebía un poco de agua para aliviar el escozor de la garganta —. Estaba mirándome fijamente, y en sus ojos vi desprecio. No entiendo por qué querría asesinarme.

—Yo tampoco —reconoció, intranquilo—. Los soldados fueron seleccionados por uno de los generales de más confianza de mi padre. Le oí murmurar algo al entrar.

—Sí, algo sobre una proclama de Solimán —afirmó, intentando recordar sus palabras.

—Ya lo entiendo —suspiró cabizbajo—. ¿Has oído hablar de la famosa batalla de Angora, en la que se batieron nuestros antepasados?

—Sí —afirmó intrigada.

—En nuestra nación hay quien todavía vive en el pasado. Existe un grupo de rebeldes que se autoproclaman «seguidores de Solimán» y que creen que todavía deben vengar la muerte de Bayezid. Está claro que uno de ellos consiguió introducirse en nuestro ejército. Si te hubiese pasado algo a ti o a nuestro hijo… —dijo posando la mano aún temblorosa sobre el vientre de Myrah.

—¿Estará bien?

—Seguro que sí. Será un niño muy fuerte. Como su madre.

Ella lo observó esperanzada. Luego volvió a centrarse en el motivo del ataque.

—Entonces ¿habrá más como él entre tu escolta?

—Conozco bien a la mayoría de ellos y sé que darían la vida por protegernos. —Se detuvo al ver la mirada asustada de su esposa—. No te preocupes, haré que los más fieles permanezcan junto a ti en todo

momento y me encargaré personalmente de interrogar a los demás. No correrás peligro alguno.

—Y cuando lleguemos a tu país, ¿cómo podremos saber quiénes forman parte de esa organización secreta?

—Me ocuparé de ello. Estarás en palacio, rodeada de guardaespaldas si es preciso, te lo prometo —aseguró estrechándola entre los brazos.

—¿Y no le incomodará a tu padre que yo sea descendiente de Tamerlán? —preguntó mientras pensaba que la promesa de Mehmet sobre su seguridad parecía que iba a reducirse a tenerla encerrada en una jaula de oro.

—Hace unos años, le hubiese escandalizado la propuesta. Pero no ahora. Me dijo que está cansado de tanto odio y tanta sangre derramada. El pasado, pasado está, y no puede cambiarse. Hay que mirar hacia delante.

—Me va a caer bien tu padre —afirmó ella con una sonrisa.

—Y él va a adorarte, como lo hago yo.

—Estoy cansada de tener que pedir disculpas por quién fue mi bisabuelo y por todas las atrocidades que cometió.

—No escogemos a nuestra familia, Myrah, solo nacemos donde y cuando nos toca —sentenció con un guiño.

—¿Te he dicho ya que eres un gran sabio?

—Puedes repetirlo las veces que quieras, que no me cansaré de escucharlo —repuso besándola con suavidad.

Tendida de nuevo en el lecho, Myrah no podía apartar de su mente los ojos del hombre inyectados en odio y la presión de las manos sobre su cuello. Tampoco la maldición que le había echado. Cada vez estaba más inquieta respecto a su futuro en Bursa. Empezaba a darse cuenta de que iba a distar mucho de lo que se había imaginado en un principio. Le horrorizaba la idea de confinarse en un palacio, aunque fuera por su seguridad. Además de lidiar con las ideas de su marido y las costumbres de su pueblo, también tendría que esquivar a los enemigos de su estirpe. «Solo llevo unas semanas casada y parece que cada día se complica más mi destino», se dijo pensativa.

27

Con el primer despunte del día, levantaron el campamento. Había que aprovechar antes de que el sol cayera a plomo sobre ellos para avanzar lo máximo posible. Se murmuraba que venía un fuerte viento del este y que sería imposible dar un paso si los alcanzaba, ya que iba acompañado de tormentas de arena. La idea era llegar a Merv antes del mediodía.

Myrah iba sentada sobre una carreta junto a Yunna, escoltadas por cuatro hombres de la guardia personal de Mehmet. No le había relatado lo ocurrido para no preocuparla. Mehmet las seguía de cerca a caballo. Desde el episodio de la noche anterior, se había propuesto no perderla de vista. De pronto, el animal alzó la cabeza al olfatear algo extraño en el aire y resopló con fuerza meneando la crin y levantando las patas delanteras, como si quisiera salir al galope. Mehmet lo dominó con esfuerzo ante la atenta mirada de las mujeres, que se dieron cuenta de que a los demás caballos les ocurría lo mismo. Sus jinetes luchaban también por controlarlos.

Mehmet miró inquieto a su alrededor.

—¿Qué ocurre? —preguntó Myrah al ver el rostro de su esposo.

—No estoy seguro. Algo tiene intranquilos a los caballos —respondió, conduciendo su montura junto a la carreta y haciendo una seña a uno de sus soldados para que se situara al otro extremo.

Las dos mujeres se miraron angustiadas. Habían oído hablar de los asaltantes de caravanas, grupos de bandidos que robaban a los viajantes que hacían esa ruta. Asustada, Myrah también barajó la posibilidad de que formaran parte de la secta de Bayezid y fueran a por ella.

Al volver a mirar hacia atrás, distinguieron una nube de polvo que se acercaba al lugar donde se encontraban y, al disiparse, descubrieron a un grupo de guerreros armados hasta los dientes que gritaban enfervorizados sobre sus monturas, embistiendo contra los soldados de Mehmet.

Horrorizada, sin poder reaccionar ni mover un músculo, Myrah vio que uno de ellos, al acercarse para protegerla, era alcanzado por una flecha en el hombro y, antes de caer al suelo, fue rematado con un sable. La cabeza rodó hasta sus pies, que quedaron salpicados de sangre.

Al oír la voz de Mehmet llamándola, salió del trance y buscó a su marido angustiada.

—¡Myrah, salta del carro, corre, escóndete! —gritó con vehemencia mientras se colocaba delante de ella y se enfrentaba al guerrero que iba directo hacia él.

Ella le obedeció y, acompañada por Yunna, alcanzaron unos matorrales cercanos para ocultarse como pudieron. Desde allí, la escena era dantesca: los soldados otomanos habían sido tomados por sorpresa y, aunque muchos se batían con frenesí, los asaltantes se ensañaban con ellos. La carnicería era tremenda. Los cuerpos mutilados caían sin piedad. Myrah se estremeció, y Yunna, abrazada a ella, tan solo era capaz de lanzar miradas furtivas hacia la contienda. Mehmet quedó atrapado entre dos atacantes. Su figura, dando estocadas a un lado y al otro, iba a quedarse grabada en la memoria de su esposa para siempre. Se defendió y luchó con fiereza hasta que una flecha venida de un tercero le atravesó el pecho y lo hizo caer del caballo para estamparse contra el suelo. Sin pensárselo dos veces, Myrah saltó de su escondite para ir a su lado. Corrió sin ver nada más que a Mehmet tendido en el suelo en una posición complicada. Se arrodilló junto a él gritando su nombre, mientras las lágrimas rodaban por sus mejillas y empapaban la mano de él que sujetaba entre las suyas.

—¡Mehmet, Mehmet, estoy aquí! —exclamó para hacerse oír por encima de los gritos y alaridos de los que seguían enzarzados en la contienda.

Él volvió su rostro hacia ella y sonrió levemente, sin poder moverse.

—Nunca me haces caso. Te dije que te escondieras —musitó intentando bromear con gran esfuerzo—. No dejes que mi espada caiga en manos enemigas. Es el símbolo de mi estirpe. Hazle saber a mi padre que la he blandido con orgullo hasta mi último aliento.

—No vas a morir. ¡No puedes dejarme sola! ¡Tienes que ver el rostro de tu hijo! —exclamó, intentando darle fuerzas.

—Te he querido desde el instante en que entraste en aquella sala. Has sido un regalo para mí. Ahora tendrás que ser fuerte. Tu destino…

De pronto oyó un alarido junto a su nuca y, al volverse, vio a un guerrero, puñal en mano, que se dirigía directo hacia ella. Por instinto, desvió los ojos hacia la espada, aun sabiendo que no tendría tiempo para defenderse. Al volver a mirar al hombre, notó aliviada, por sus ojos inexpresivos, que había sido alcanzado. Se apartó de inmediato para evitar que cayera encima de ella. Entonces se volvió de nuevo hacia Mehmet, inclinándose hasta encontrar su boca para

depositar un beso con toda la dulzura que pudo. Al separar sus labios, se dio cuenta de que ya no respiraba. Le cerró los ojos con una caricia y llevó la mano crispada hasta la empuñadura de la espada que descansaba junto al cuerpo de su dueño.

—Te juro por lo que más quiero que llegará a manos de tu padre. Le explicaré que luchaste con más bravura que ningún otro hasta que caíste por una flecha traicionera y cobarde —dijo con la mirada llena de rabia y odio hacia el causante de su muerte.

En ese momento vio acercarse a Yunna. A pesar de sus patadas, dos hombres la sujetaban con fuerza. Myrah se alzó con toda la dignidad que pudo, intentando contener las lágrimas.

—¿Sabéis acaso a quién habéis atacado y a quién habéis dado muerte? —preguntó alzando la barbilla y asiendo la espada.

—Lo sabemos, princesa Myrah de Samarcanda, hija del khan Ulugh Beg —contestó uno con sorna.

Entonces llegó hasta ellos otro hombre a lomos de un corcel. Su figura imponía pavor. Una máscara le cubría parte del rostro. Llevaba el torso descubierto y sobre él se cruzaban dos tiras de cuero que sujetaban sendos yataganes de hoja curvada. Las empuñaduras eran de marfil, y de ellas sobresalían dos protuberancias a modo de orejas, para asirlas con más seguridad. Por su manera de dirigirse a los demás, era el que estaba al mando, pero a pesar de la clara victoria no parecía eufórico. Su voz tronó con fuerza:

—¿Alguno de vosotros no entendió cuáles eran las consignas que debíamos seguir? ¡La orden era no dar muerte al príncipe Mehmet! Tenía que ser capturado con vida. Muerto, no nos sirve de nada —escupió con rabia.

—Señor —se excusó uno de los soldados que habían ido acercándose al lugar—, había acabado con varios de los nuestros y estaba derrotando a otros dos. Pensé que hacia lo correcto al darle muerte.

Paseó la mirada entre los presentes hasta detenerla en el que había reconocido la acción. Se acercó a él y, sin dudarlo un momento, clavó en su vientre la daga que empuñaba hasta que cayó inerte, con los ojos aún abiertos por la sorpresa.

—¡No os pido que penséis al aceptaros bajo mi mando, solo que obedezcáis órdenes! —gritó mientras limpiaba la daga de la sangre que aún goteaba.

—Coged todo lo que sea de valor: comida, animales, telas, joyas… Revisad los carros y los baúles. Separad a los hombres que aún estén con vida de las mujeres. Yo decidiré quiénes son útiles y quiénes no. Vosotros dos —añadió señalando a dos guerreros de talla superior al

resto— os encargaréis de vigilar a estas dos mujeres. Nadie más debe acercarse a ellas, ¿está claro?

Myrah, que había seguido toda la escena con una mezcla de rabia y miedo, no pudo contenerse y dio un paso al frente, a pesar de intuir que era un error enfrentarse al enmascarado y darse cuenta de que Yunna le tiraba de la manga para que no se moviera.

—¿Eres tú el responsable de esta masacre? —preguntó ella desafiante, abarcando con los brazos el panorama desolador que los rodeaba.

—Soy el ejecutor. No sé si eso te sirve —respondió aguantando su mirada—. Yo que tú rebajaría esos humos. Allí donde vas solo te traerán problemas.

—Soy la princesa Myrah. La sangre de los timúridas corre por mis venas. Yo no me rebajo ante nadie. Habéis asesinado a mi marido, hijo del sultán Murad, y aniquilado a su guardia de honor. Lo pagaréis —sentenció con los ojos llenos de odio.

El jinete la observó con cierta admiración, pero al cabo de unos segundos avanzó con su caballo hasta embestirla y hacerla rodar por el suelo.

—Bien, ahora ya estás más abajo. Si no haces estupideces, no sufrirás daño alguno. Como prueba de ello, has de saber que hoy me debes la vida. Uno de tus soldados iba a darte muerte antes de que lo alcanzara una de mis flechas. Tal vez hasta estés más segura bajo mi protección, princesa —añadió con sorna.

Señalando la espada, dio orden de devolvérsela a su dueño, para enterrarla con él y evitar así dejar huellas de su muerte.

—¡Quiero que nos pongamos en marcha lo antes posible! No hay tiempo que perder, todos a trabajar —añadió gritando con fuerza, sin volver a mirar hacia donde yacía Myrah, tendida aún en el suelo.

Empezó el movimiento frenético de agrupar los caballos, pues algunos de ellos, atemorizados, se habían alejado bastante de la contienda. Los camellos eran cargados con los bienes seleccionados y los carros transportaban víveres y baúles con enseres de todo tipo. Myrah observó hastiada cómo los soldados caídos eran despojados de casi todo: botas, armas, ropas. Se percató entonces, asombrada, de que entre ellos no había ninguno de su guardia personal, la que había sido seleccionada por su hermanastro. Dada la velocidad a la que había transcurrido el ataque, no se había fijado en qué posición estaban en el momento del asalto. No recordaba haber visto a ninguno de ellos luchando o intentando protegerla, como era su deber. Una sombra de duda le cruzó la mente. ¿Era posible? Sintió entonces que una fuerza descomunal tiraba de ella hasta levantarla.

—Vamos, debemos buscar un lugar donde acomodaros para el viaje —dijo con burla uno de los gigantes que la sujetaba.

El compañero asía a Yunna por el brazo. A su lado, las dos se veían minúsculas. Myrah supo que no había nada que hacer en esa situación; por mucho que le doliera, solo podían obedecer. Se fijó en que le sangraba un poco el brazo y le molestaba el costado sobre el que había caído. Anduvo con esfuerzo hacia donde las guiaban y miró a Yunna para insuflarle ánimos.

Las subieron a uno de los carros, repleto hasta arriba de fardos, y las obligaron a sentarse entre ellos. Al alejarse del lugar, Myrah observó desolada lo que dejaban atrás. No se habían molestado en enterrar ni cubrir los cadáveres de los caídos. Solo dieron sepultura al de Mehmet, supuso que para intentar ocultar tanto su infamia como las posibles represalias. Grabó en su memoria el lugar exacto donde habían enterrado su cuerpo, cada piedra, cada detalle. Se prometió que algún día volvería a por él y que sería honrado como merecía. Luchó por contener el llanto, aunque, de hecho, ya no le quedaban más lágrimas que derramar.

—¿Adónde nos llevan señora? ¿Qué va a ser de nosotras? —preguntó Yunna con voz temblorosa.

—Parece que seguimos hacia el oeste, alejándonos de nuestra tierra. No sé si pretenden cobrar un rescate o hacer algún tipo de trato con mi padre. Pero sé que, en cuanto se entere, mandará al ejército en nuestra búsqueda. Hasta entonces, tenemos que ser fuertes. Esas fueron las últimas palabras de Mehmet. Nos tenemos la una a la otra, Yunna, eso es lo importante —dijo sujetándole la mano con suavidad.

—Habéis sido muy valerosa enfrentándoos al enmascarado, aunque un poco imprudente… —añadió dubitativa.

—Teníamos todo un futuro por delante y nos lo han arrebatado —musitó apenada.

En ese momento sintió un fuerte pinchazo en el vientre que la obligó a contraerse con una mueca, soltando un gemido.

—¿Estáis bien?

—Habrá sido el golpe que me he dado contra el suelo. Me ha lanzado con fuerza y no he podido frenar la caída.

Otro espasmo la hizo doblarse sobre sí misma y, al hacerlo, vio alarmada que su falda se teñía de rojo. Estaba sangrando.

—¡No, por favor, él no! —suplicó con el rostro desencajado.

Miró a Yunna y, sin poder reprimirlo, lanzó un gritó desgarrador que inundó el lugar de dolor e impotencia. Después cayó sobre el bulto más cercano, perdió la consciencia y, así, se alejó de la insoportable sensación de pérdida que la invadía.

28

Cuando Abdal regresó a Samarcanda, Ulugh lo estaba aguardando con impaciencia.

—Por fin has llegado. ¿Myrah está bien? —preguntó angustiado.

—¿Podrías, aunque solo fuera por mera formalidad, preguntarme cómo me ha ido el viaje?

—Veo que tú estás bien. Y me alegro. El camino hacia Bursa es largo, y ambos sabemos que no faltan peligros en esa ruta —respondió con tono cansado.

—Todo estaba en orden cuando los dejé en Bujará. Se dirigían hacia Merv con el propósito de descansar en la posada. En una semana deberían llegar a su destino.

Ulugh suspiró aliviado. Tal vez su temor fuera por la nostalgia que ya sentía.

—Está bien, esperaremos noticias de los enlaces a medida que vayan avanzando hacia Bursa —suspiró aliviado, iniciando una sonrisa que quedó en el aire al ver hastío en la mirada de su hijo.

—Mi madre me ha mandado llamar. Si no tienes objeción, voy a su encuentro.

—Ve. Últimamente está muy inquieta —dijo pensando que, para su asombro, llevaba la ausencia de Myrah tan mal o peor que él.

Sin una palabra más, Abdal volvió sobre sus pasos y salió de la estancia dejando a Ulugh pensativo y melancólico.

Rukaiya se levantó como un resorte en cuanto vio acercarse a su primogénito. En su rostro, antes bello y femenino, ahora destacaban unas profundas ojeras, y su piel opaca y surcada de arrugas delataba el paso de los años. El rictus de su mal carácter había fijado en sus labios una línea recta. Aun así, su porte seguía siendo orgulloso y altanero.

—Bienvenido, hijo. ¿Cómo ha ido el primer tramo del viaje? ¿Sin incidencias?

Abdal hizo un gesto de irritación. Cada vez le costaba más esfuerzo aguantar los consejos de su madre sobre cualquier tema del reino. Tenía que morderse la lengua para no replicarle que ya había pasado el tiempo de tutelarlo. Por supuesto, no la había hecho partícipe de su

plan; hubiera sido temerario. Había notado ciertos cambios en ella. Olvidaba las cosas, explicaba lo mismo una y otra vez y se había dulcificado, si así podía definirse el no pasarse todo el tiempo regañando y maltratando a los criados.

—Hola, madre, todo en orden. Los dejé camino de Merv; es una ciudad segura.

—Toma asiento. —Se acercó más a él y le susurró—: Tengo que contarte algo importante, algo que ocurrió hace muchos años y que había enterrado en lo más profundo de mi memoria. Pero ahora ella me vigila a todas horas. No me deja descansar de noche, y de día me observa desde los rincones —confesó aferrándose a su brazo.

—¿De qué hablas, madre? —preguntó al observar reflejada en su mirada medio ida una tremenda angustia.

—De Qara. La madre de Myrah. No sé si la recordarás. Eras pequeño cuando murió.

—Pero, madre, si tú misma acabas de reconocer que murió hace años, ¿cómo va a estar vigilándote? —repuso armándose de paciencia.

—Acércate más. Lo que voy a contarte no puede oírlo nadie excepto tú —musitó asiéndole para atraerlo—. Durante muchos años fui la favorita de tu padre. Era la más hermosa y sabía cómo hacerlo feliz, aunque yo no lo fuera. La verdad es que tenía que esforzarme para aparentar siquiera que me gustaba su compañía o que disfrutaba en su lecho. Pero tenía un objetivo claro: darle un hijo varón que heredara el reino y se convirtiera en otro gran khan, como sus antepasados. Naciste tú, y durante unos años todo fue según el plan, hasta el día en que apareció ella. ¡Si hubieras visto cómo la miraba! Él le entregó su corazón y su alma. Pasaba todas las noches con ella, despreciando a sus otras esposas. ¡Despreciándome a mí! Se quedó embarazada y dio a luz a una niña.

—Myrah —murmuró Abdal.

—Ulugh estaba henchido de orgullo, pero no me preocupó. No era un niño, tu posición estaba asegurada. —Hizo una pausa, removiéndose inquieta en el asiento—. Pero al cabo de unos años volvió a quedar encinta. Ulugh estaba convencido de que esperaba un varón, se ufanaba ante todos diciendo lo inteligente, fuerte y valeroso que sería, pues había consultado los astros y le habían dicho que sería un gran rey. Me entró el pánico al verlo tan seguro de sus palabras. Temí por ti y por tu futuro.

Abdal se la quedó mirando unos segundos en silencio.

—¿Qué hiciste, madre?

—¡Lo que debía! —exclamó impetuosa.

—¿Qué hiciste?

—Soborné a la criada que cuidaba de ella para que cada noche, antes de dormir, le llevara un vaso de leche tibia con unas gotas de algo más… Tardó muchos días en morir, los dolores eran espantosos, sus lamentos resonaban por todo el palacio. Pero finalmente se apagaron.

—¿Y nadie sospechó nada? ¿Ni siquiera Ulugh o sus médicos? —preguntó aturdido por lo que acababa de escuchar.

—Lo hice con mucho cuidado, muy despacio —respondió henchida de orgullo—. Al día siguiente encontraron a la criada con una daga clavada en el vientre. Todos concluyeron que no se perdonaba la muerte de su ama. Ulugh estaba tan trastornado por la pérdida que no quería saber nada de nadie.

—¿Por qué me lo cuentas ahora?

—Cuando Ulugh se acercó a Myrah y empezaron a compartir tantos momentos, vi en ella la sombra de su madre. Y después, cuando tu padre me explicó su propósito de repartir el poder del reino entre ella y tú, me di cuenta de que su madre se estaba vengando de mí —dijo pasándose la mano por la frente, perlada de sudor—. Ha vuelto del más allá para hacerme pagar mi crimen. Pensé que la idea de enviar a Myrah lejos de aquí era lo mejor para todos; quizá así Qara me dejara en paz de una vez. Pero ha sido peor desde que se marchó de Samarcanda. Ha intensificado su acoso. Me vigila de día, y por las noches me amenaza con tremendas represalias si algo malo le ocurre a su hija. Me ha asegurado que arderé en el infierno por toda la eternidad —confesó con un estremecimiento, al tiempo que clavaba las uñas en el brazo de su hijo.

—Solo son sueños. Los muertos no conocen el camino de regreso al mundo de los vivos. Me sorprende que temas a una mujer que hace años que está enterrada y que te quite el sueño lo que hiciste con ella —aseveró con media sonrisa.

—¿Cómo puedes ser tan cruel?

—Tiene gracia que me lo preguntes, madre. Tú me enseñaste a serlo.

—¡Ordénale que se vaya, que me deje descansar! —suplicó sin oír sus palabras—. Cuéntale que su hija está a salvo, camino de Bursa con su marido. Tal vez así vaya en su busca y pueda dormir esta noche.

—Está bien. Hablaré con ella. Pondré una guardia en las puertas de tu alcoba y yo mismo velaré tu sueño esta noche. Si se acerca a ti, se lo haré saber —prometió pensando que era la única manera de salir de esa habitación que lo ahogaba.

—¿Lo harás? Gracias, hijo, sabía que podía contar contigo. Serás un gran rey —sentenció con orgullo.

Abdal dejó la estancia aliviado y a su madre perdida entre sus recuerdos, algo más calmada de sus temores. Una sombra de preocupación cruzó su mente. Era curioso que Rukaiya temiera por una hipotética muerte de Myrah. Solo él y los hombres que había pagado para ejecutar su plan sabían qué destino le esperaba a su hermanastra.

29

El cielo, pincelado en gamas de rojos y amarillos, anunciaba el comienzo de un nuevo día. Abdal, acompañado de sus más allegados, había salido en plena noche de Samarcanda para ir al encuentro del grupo de soldados que volvían de su misión. Estaba ansioso por conocer los detalles de la emboscada y tener la certeza de su éxito. Llevaban un par de horas cabalgando cuando al fin los divisaron a lo lejos y dio la orden de acelerar la marcha.

Los guerreros que había escogido como guardia personal de la princesa Myrah para protegerla con su propia vida se detuvieron frente a él.

—¡Decidme! —ordenó con voz grave—. ¿Ha ido todo según lo previsto?

—General —comenzó el capitán del destacamento, haciendo una inclinación de cabeza en señal de respeto—, sí, tal como se planeó.

—¿Visteis con vuestros propios ojos cómo caían? —preguntó con un destello de malicia en la mirada.

—Sí, mi señor. Nos mantuvimos en retaguardia, pero pudimos ver desde allí la masacre —afirmó con semblante impávido, rogando que Abdal no pudiera leer en él la vergüenza que había sentido como soldado.

—Entonces ¿ningún problema?

Un breve silencio cayó sobre ellos hasta que el capitán volvió a tomar la palabra:

—Descubrimos a un hombre a nuestras espaldas, siguiéndonos, quizá un guardia o un correo del khan. Lo vimos cuando nos alejábamos de la escena. Fuimos tras él y lo alcanzamos cuando salió al galope. No causará problemas.

—¿Estáis seguro? —quiso saber, pensando que, en caso de que llegara con vida para relatar los hechos, no podría volver a Samarcanda solo, sino que debería hacerlo ya al frente de su ejército, sin esperar el regreso de Ghazam.

—Completamente —respondió convencido de que con las heridas que le habían infligido era imposible que avanzara mucho más.

—Bien. Regreso a Samarcanda. Dirigíos al encuentro de las tropas que aguardan al pie de las montañas. Decidles en mi nombre que hemos adelantado los planes. Han de emprender la marcha hacia la

ciudad de inmediato —ordenó; no quería asumir riesgos.

Si algo se torcía, no tenía más que dar la señal y caerían sobre ella. Con los mercenarios y la parte del ejército que ya tenía de su lado, la victoria sobre los fieles a su padre estaba garantizada.

Desde lo alto de la atalaya a la que solía subir a contemplar la ciudad en toda su grandeza, Ulugh divisó una nube de polvo que, conforme se fue acercando, identificó como la que levanta un jinete al acercarse a galope tendido. Forzando la vista al máximo, esperó hasta cerciorarse de que llevaba en la grupa el estandarte de la casa real de Transoxiana. Entonces comenzó a bajar las escaleras tan rápido como su edad le permitía para ir a su encuentro. Quizá fuera el correo que había mandado para vigilar, a una distancia prudente para que no lo descubrieran, el viaje de su hija, con la orden expresa de volver a Samarcanda con noticias del avance después de que dejaran Merv. Desde allí, otro lo relevaría hasta Nishapur y, a este, otro en la siguiente gran ciudad que alcanzaran hasta llegar a Bursa, su destino, donde ya estaría segura. Había tejido esa red de vigilantes a espaldas incluso de su hija y, por supuesto, de Abdal. Al llegar a la calle, casi sin aliento por el esfuerzo, observó que el caballo se había detenido a escasos metros, en la plaza del Reguistán, y se encaminó presuroso hacia allí. Una vez junto a la montura, vio alarmado la capa del hombre empapada en sangre y que este, al límite de sus fuerzas, se desplomaba a sus pies.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Os han asaltado por el camino? —interrogó Ulugh mientras se arrodillaba junto al moribundo.

—Lo siento, mi rey, os he fallado. No pude prevenirlos del ataque —musitó bebiendo con avidez el agua que le daba uno de los esclavos que se habían acercado por orden de Ulugh—. Me descubrieron, aunque conseguí escapar. Eran muchos… armados, bien organizados. Cayeron sobre ellos como una manada de fieras salvajes —respondió con gran dificultad.

Ulugh, ya rodeado por un grupo de personas que se habían percatado de la situación, gritó pidiendo un médico, aun a sabiendas de que, por la herida que tenía en el pecho y la sangre que había perdido, ese hombre ya estaba sentenciado.

—¿Y Myrah? —preguntó aterrado ante la posible respuesta.

El soldado susurró algo inaudible. Ulugh acercó la oreja todo lo que pudo a sus labios para intentar descifrar sus palabras, sin obtener ningún sonido más. En ese momento un médico se agachó junto a ellos y, tras un breve examen, negó con la cabeza.

El gobernante se levantó conmocionado. No sabía qué hacer ni a quién acudir. No entendía qué podía haber ocurrido ni tampoco la causa del ataque. ¿Quién osaba atacar a la hija del khan y a su esposo, el hijo del sultán Murad? Quien lo hubiese hecho, sabía que su destino estaba marcado con sangre. Él mismo, con sus propias manos, le daría muerte cuando lo llevaran ante su presencia. Alzó la mirada con un furor en sus ojos que pocos habían visto en alguna ocasión. La presión en el pecho era tan fuerte que tuvo que hacer un esfuerzo para respirar con normalidad. Después, con todo el peso de la terrible pérdida sobre los hombros, se dirigió al interior del palacio para convocar de urgencia al consejo y al mando militar. Tenía que enviar de inmediato al ejército tras ellos, no podía demorarse ni un día.

El murmullo que dominaba la sala donde se había reunido el consejo se silenció en cuanto Ulugh cruzó la puerta. Todas las miradas convergieron en él. No podía mostrar delante de ellos el derrumbe moral que le invadía cuerpo y mente. Eso lo dejaría para cuando cayera la noche y pudiera dar rienda suelta al dolor en sus aposentos privados, sin más presencia que su propia soledad.

—Señores, por desgracia se ha cumplido el augurio que tuve desde que mi hija abandonó Samarcanda.

Ulugh hizo una pausa hasta alcanzar el asiento desde donde presidía el consejo.

—Por las últimas palabras del correo, sabemos que ha sido un ataque premeditado. Eran muchos, bien armados y organizados. Esto descarta a cualquier grupo de bandoleros de la estepa. Quien lo ha hecho sabía lo que hacía y a quién se lo hacía.

Los hombres se miraron, algunos furiosos, otros incrédulos ante la situación. Ninguno se atrevió a intervenir.

—¿Alguna idea de quién puede ser tan temerario? ¿Tenemos en la actualidad algún enfrentamiento abierto con algún país que yo desconozca? ¿Alguno de vosotros sospecha de quiénes pueden ser y cuál es su propósito?

—Señor, tal vez el objetivo no éramos nosotros, sino el hijo y heredero del sultán Murad. Es sabido que tiene muchos enemigos —dijo uno de los presentes.

—Yo he pensado en esa posibilidad —interrumpió otro consejero—, pero es improbable. Le hubieran atacado cuando vino a Samarcanda, pues llevaba menos guardias.

Ulugh asintió. Se percató entonces de que Abdal no se encontraba entre los presentes. Le extrañó, ya que era el general de los ejércitos.

Él mismo había escogido y enviado al destacamento como protección de la caravana, lo que quería decir, según se deducía de las últimas palabras del correo, que habría tenido muchas bajas entre sus soldados, si es que alguno había sobrevivido.

—¿Alguien sabe dónde está el príncipe Abdal? ¿Qué puede haber más importante en este momento que esta reunión?

—Alguien lo ha visto salir antes del alba con un grupo de hombres. Iban en dirección norte, hacia las afueras de la ciudad —comentó un anciano del consejo.

—¿Con qué motivo?

—Lo desconozco, mi rey.

—Tal vez ya sabía lo ocurrido y ha salido a buscar a los agresores —añadió otro de los presentes.

—Eso es imposible, dado que el correo ha llegado con el sol alto —respondió Ulugh casi para sí mismo, sintiendo que una garra le oprimía el estómago—. Cada uno de nosotros debe hacer las averiguaciones que estén a su alcance. Necesitamos toda la información sobre nuestros posibles enemigos, los tratados actuales con otros países, todo lo que nos ayude a descubrir quién hay detrás de esto y hacia dónde debemos dirigir nuestra venganza ante tal atroz ataque fuera de un campo de batalla. También habrá que enviar un correo a Bursa. El sultán Murad debe conocer los hechos lo antes posible. Redactaré ahora mismo una carta para él. Mañana al amanecer volveremos a reunirnos para tomar una decisión.

Ulugh se levantó con toda la dignidad que pudo para salir de la sala. Los murmullos volvieron a iniciarse en cuanto cruzó el umbral. Una sospecha estaba comenzando a cobrar forma en su mente, aunque su corazón deseara descartarla.

Una vez fuera, Ulugh dejó caer los hombros. La distancia hasta sus aposentos se le iba a hacer muy larga. Se llevó una mano al pecho, pues acababa de sentir un pinchazo. Un dolor intenso le bajó por el brazo, haciéndole perder el equilibrio. Uno de sus guardias lo salvó de la caída. Durante unos segundos, se le nubló la vista y sintió distintos los latidos del corazón. Después, poco a poco, fue aflojando el dolor. Miró con agradecimiento al soldado y, con un leve gesto, le indicó que ya podía soltarlo. Se irguió de nuevo y siguió avanzando sin apartar de su mente la idea de que, ya con toda certeza, jamás volvería a abrazar a su pequeña.

30

Tariq vio su figura reflejada en las aguas calmas del mar y de pronto fue consciente de los cambios que se habían producido en su cuerpo. Gracias a ejercitarse a diario en las luchas y a dar las largas caminatas, su musculatura se había desarrollado de forma considerable. El muchacho flacucho que apenas hacía un año se había cruzado con Soldán había dado paso a un hombre de imponente planta. La melena, recogida en la nuca, y la espesa barba le otorgaban un aire de gravedad. Lo único reconocible eran sus ojos, bañados en marrón oscuro, casi negros, llenos de una viveza especial.

El año había sido tan intenso que tenía la sensación de haber vivido muchos más. Se había integrado de forma natural en la comunidad y, gracias a su carácter y a las habilidades que había descubierto que poseía en la lucha, comenzaba a destacar entre los otros jóvenes. La relación con Soldán se había convertido en una gran amistad. Dirigió la mirada al paisaje que lo rodeaba y suspiró. No se cansaba de tanta belleza, aunque su corazón seguía en el pasado, bastante más al sur de donde se hallaba. El trote de unos cascos de caballo lo sacó de su ensimismamiento; reconoció la montura de Soldán y sonrió con alegría.

—¡Hola, hermano! —gritó, agitando la mano.

Soldán descendió del caballo de un salto y se acercó a Tariq para darle un golpe en el hombro como seña de amistad. Meses atrás, eso le hubiera provocado un tambaleo para conservar el equilibrio.

—¿Estás admirando tu cuerpo? —dijo con sorna señalando su reflejo.

—¿Y qué, si lo hago? —confesó encogiendo los hombros—. Hazlo tú, a ver qué descubres.

—¿Estás preparado?

—Lo estoy —afirmó con seguridad.

Soldán asintió. Estaba orgulloso de su amigo. Del recorrido que había hecho desde que lo encontrara medio muerto junto al río. No había otro guerrero que se aplicase más en aprender y mejorar cada día, sin rendirse ante las adversidades. También había desarrollado un don de gentes poco habitual. Cuando hablaba, los demás escuchaban y seguían sus consejos. Por todo ello había sido el escogido para librar su primer combate cuerpo a cuerpo con el jefe del clan que los había

retado. Si ganaban ellos, Tariq escogería el mejor de sus caballos. Si lo hacían los otros, harían lo propio entre los suyos.

La expectación que despertaba el duelo quedaba implícita en la multitud de rostros de hombres y mujeres que rodeaban el espacio donde iba a realizarse. Tariq salió de su tienda y se dirigió al gran chamán. Frente a él, bajó la cabeza unos segundos en señal de respeto, se volvió y miró a su adversario. Le superaba en complexión. Al verlo entrar en el círculo marcado, comprendió cuál era su ventaja. La corpulencia de aquel hombre le restaba agilidad.

—A la señal del gong, comenzará el combate. El primero que consiga postrar la espalda del otro en el terreno será el vencedor —anunció el chamán.

Tariq se encaminó decidido hacia el lugar. Ambos llevaban la misma indumentaria: pantalón corto, botas y una especie de chaleco para poder tirar del adversario. Sus miradas se cruzaron retadoras. Ninguno de los dos estaba dispuesto a perder.

Los gritos que animaban a uno y a otro fueron subiendo de tono a medida que se intercambiaban golpes y la lucha se prolongaba. Tariq era consciente de que, cuanto más largo fuera el combate, más posibilidades tendría de ganar, pues ya notaba que su rival resoplaba por el cansancio. De pronto, tras un golpe esquivado solo en parte, se vio con la rodilla en el suelo. Observó el brillo triunfal en la mirada del otro. Con un veloz movimiento, evitó el siguiente, y de un salto se puso de nuevo en pie, sorprendiendo a su rival. Entonces lo agarró por la ropa y, aprovechando su peso, lo lanzó contra el suelo y se colocó sobre él de inmediato. El rugido de los suyos le indicó que lo habían declarado vencedor.

Se levantó y clavó los ojos en su contrincante, que lo miraba con expresión poco amigable. Había sido humillado ante su pueblo. Le tendió la mano y asintió para reconocer la buena lucha. Después, miró a su alrededor y levantó el puño con fuerza. El círculo se llenó de gente que lo aclamaba y le daba palmaditas de felicitación en la espalda.

Seguido por la multitud, se dirigió hacia los caballos, que comían plácidamente en el prado donde los habían dejado. Durante todo el año, había sido adiestrado por Soldán en todo lo referente a los equinos, no solo en la monta para cazar desde la grupa o para ser más veloz en caso de persecución, sino también en cómo y dónde hallar su valor, ver sus defectos o intuir sus aptitudes. Y lo más importante: cómo comunicarse con ellos. Fue acercándose y, tras examinarlos con sumo cuidado, se detuvo ante un precioso ejemplar. No era un caballo mongol, sino uno más esbelto y ligero. Su pelaje, de un negro

brillante, relucía ante los últimos rayos de sol del día.

—Este —afirmó mirando al jefe del clan.

—Tienes buen ojo. Si hubiéramos estado en la estepa, te habría retado a una carrera montado en él. No habrías tenido ninguna posibilidad. Pero, por contra, los caballos árabes no tienen la misma resistencia que los nuestros.

Tariq le acarició el lomo y el animal se agitó nervioso. Entonces acercó los labios con calma a una de sus orejas y le susurró unas palabras. Después, pasó de nuevo la mano por el cuello hasta el lomo. Tomó las riendas y tiró suavemente de él. Para sorpresa de su anterior dueño, esta vez no opuso resistencia. Con total docilidad, unió sus pasos a los de Tariq.

—Vamos, voy a presentarte a Khumo. Tendrás que portarte bien con él; si no, se pondrá celoso.

Esa noche, junto al fuego, se relató el combate, y todos elogiaron la habilidad de Tariq y cómo había conseguido no solo la victoria en la lucha, sino la amistad y el respeto del clan vecino y la mejor de sus monturas.

Desde el interior de su tienda, el chamán escuchaba con satisfacción. No se había equivocado con él. Sin duda, era el elegido.

Tariq decidió pasar la noche al raso junto a su nuevo caballo. Todavía circulaba por sus venas la adrenalina de la batalla. Estaba eufórico. Miró el firmamento repleto de estrellas y, una vez más, el rostro de Myrah apareció ante él. Sus inmensos ojos, su media sonrisa…

—Myrah, hoy habrías disfrutado aquí. Si hubieras podido verme, te sentirías orgullosa de mí —musitó lanzando las palabras al cielo, como si de esa forma, en algún momento, ella pudiera apresarlas.

31

La agitación corría por los pasillos de palacio. Gritos, llantos y exclamaciones llamaron la atención de Ulugh cuando se dirigía, pesaroso, al ala este, donde estaban sus aposentos. Cambió entonces de idea y se encaminó hacia el lugar de donde provenía el barullo. Su asombro fue grande cuando se encontró frente al aposento de su mujer, Rukaiya, al que hacía una eternidad que no acudía. Al verlo asomar por la puerta, las dos muchachas que estaban delante del ventanal bajaron la mirada, inclinándose en su presencia.

—¿Cuál es el motivo de tanto alboroto? —preguntó en tono seco. Lo último que necesitaba en esos momentos eran problemas domésticos o alguna escena protagonizada por Rukaiya.

—Gran Khan, es la primera dama, la señora Rukaiya —contestó una de las sirvientas sin atreverse a levantar el rostro, pero haciéndose oír por encima de los gritos que provenían del exterior.

—¿Qué ocurre con mi esposa? ¿Dónde está?

Ambas se miraron nerviosas, como decidiendo quién iba a hablar a continuación. Por fin, una tomo la palabra:

—¡Ay, señor! Cuando hemos entrado para ayudarla con su higiene diaria estaba al borde del ventanal, con medio cuerpo fuera. Hemos intentado acercarnos con cuidado para retirarla, pero parecía que no nos escuchaba ni nos veía. Tenía la cabeza vuelta hacia la otra parte de la habitación y parecía hablar con alguien —explicó con una mezcla de temor y pena.

—¿Y había alguien más en su presencia? —preguntó el khan extrañado.

—No, señor, la estancia estaba vacía, aparte de ella y nosotras dos… —susurró asustada, cruzando la mirada con su compañera para pedirle ayuda.

Ulugh fue acercándose al ventanal.

—Ha sido todo muy rápido —inquirió la otra muchacha, retorciéndose las manos—, costaba entenderla… Rogaba que la dejase en paz e insistía en que no tenía ninguna culpa de la muerte de Myrah.

—¿De la muerte de mi hija? —preguntó extrañado—. ¿Dónde está?

—No pudimos alcanzarla antes de que se lanzara al vacío —confesó una, azorada, señalando hacia la ventana.

—Apenas conseguimos rozar sus ropas antes de que cayera —concluyó la otra mirando hacia el exterior con lágrimas en los ojos, atemorizada por si las culpaban.

Ulugh se dirigió allí sabiendo de antemano que lo que iba a ver no sería agradable. Se asomó y la vio en el pavimento, cercada por una gran mancha oscura, sus miembros doblados en una postura imposible en vida. Sintió una punzada de culpabilidad. Él sabía que la mente de Rukaiya estaba perdida entre tinieblas; su cordura, agazapada tras desvaríos. No había hecho nada para prevenir un desenlace como aquel. Mandó retirarse a las criadas, eximiéndolas de toda responsabilidad sobre lo sucedido, y salió tras ellas para dar orden de retirar el cuerpo y prepararlo para los funerales. ¿Por qué Rukaiya se sentiría culpable de la muerte de Myrah? ¿A quién se había imaginado en su habitación para que la llevara a lanzarse al vacío y acabar con su vida? Por desgracia, ya nadie podría darle esas respuestas.

Abdal descabalgó casi sin detener su montura y entró precipitadamente en palacio. Acababa de enterarse de la muerte de su madre y estaba más afectado de lo que quería reconocer. Llevaba en pie desde antes del alba, cuando había salido con su guardia personal al encuentro del destacamento que regresaba de la emboscada. En cuanto llegó, agotado y con ganas de retirarse a descansar, también le habían notificado que el correo que había enviado el khan para vigilar la buena marcha de la caravana, a pesar de haber sido herido, había logrado llegar a la ciudad con vida. Lo suficiente como para hablar con Ulugh antes de morir. Lo que desconocía era cuánta información le había podido pasar. Eso trastocaba un poco sus planes, pero nada que no pudiera solventar en ese instante. Había mandado a sus soldados que acampasen en el límite norte de la ciudad, aguardando la orden para caer sobre ella. Para su disgusto, Ghazam había decidido seguir con lo que quedaba de la caravana hasta medio camino, pero eso tampoco sería un gran problema. Conocía a su lugarteniente, y era más de fiar que su jefe. Todo se había precipitado. Había llegado la hora de perpetrar el golpe de Estado. Esperaba que esas tropas fueran disuasorias para evitar la batalla entre las dos fuerzas. La mayoría de los altos mandos del ejército le habían jurado fidelidad tras su labor de zapa durante esos últimos meses, pero otros seguían siendo leales al rey. Lo que algunos no conocían era que eso iba a implicar algo más que derrocar al actual khan, su padre…

Llegó al fin a la gran sala donde habían depositado el cuerpo de su madre, después de ser cubierto con sus mejores galas y sus atributos

de primera esposa. El maquillaje del rostro no conseguía borrar la mueca de pavor que la llevó a suicidarse. Abdal la observó con atención. Toda su vida la había tenido a su lado, protegiéndolo de todo y de todos. Muchas veces había llegado a exasperarlo por su carácter dominante y su obsesión con el poder, pero tenía que reconocer que sin ella no hubiera llegado a ser quien era. Le rozó la mano, que sintió fría como la nieve en invierno. En ese momento notó una presencia a su espalda y se volvió muy despacio.

—Eres tú —dijo con ojos vidriosos mirando a su padre.

—Abdal, siento lo de tu madre. Ambos sabíamos que últimamente ya no era ella. Ha decidido acabar con su vida de una manera terrible. Consuela el hecho de que, de un modo u otro, había llegado su fin. Su mente ya no pertenecía a su cuerpo.

—¡Tú no sabes nada sobre mi madre! —escupió con rabia—. Ella no te quiso nunca. Desde el primer día, fingió un amor que no sentía.

—Abdal, te aseguro que por hoy ya he tenido bastante sufrimiento. Primero, la noticia del ataque a la comitiva que llevaba a mi hija hacia Bursa, de su muerte y de todos los que la componían. Terrible… —suspiró—. Después, la que fue mi primera esposa, con amor o sin él, compañera de vida y madre de mi primogénito, se lanza por la ventana en un arrebato de locura, huyendo de una imaginaria presencia. Créeme, lo que menos necesito ahora es tu desprecio.

—Me da igual lo que necesites —le espetó entre dientes.

—Mañana a primera hora está convocado el consejo para tomar medidas sobre los que sembraron tanta muerte. Espero que no faltes. Muchos de tus hombres deben contarse entre las víctimas. Habrá que organizar también una partida para intentar recuperar los cuerpos —dijo con un nudo en la garganta, imaginándose por un instante el de su hija.

Abdal se acercó a su padre con el rostro contraído por la ira y el dolor. Sus ojos rasgados se cerraron aún más por la malicia y el odio que despedían, dejando a Ulugh paralizado.

—¿No tienes curiosidad por saber la identidad del fantasma que atormentaba a mi madre, cuál era el motivo de su temor? —musitó con una sonrisa sádica.

—Siento decepcionarte, pero insisto: hoy ya he tenido bastante —contestó aguantando su mirada, pero con el presentimiento de que la conversación no iba a acabar ahí.

—Vas a tener que oírlo, lo quieras o no. ¿Recuerdas a tu esposa Qara, la madre de Myrah?

—Nunca pude olvidarla —se lamentó Ulugh con pesar.

—Pues tienes que saber que mi madre fue la causante de su muerte

y de la del hijo que esperabais. La envenenó lentamente para no dejar huella —dijo alargando sus últimas palabras, casi con deleite.

Ulugh, incrédulo, se agarró al respaldo de la silla al sentir vértigo.

—Era egoísta y dura con las personas inferiores, pero no se hubiera atrevido a hacer algo así a una de mis esposas —siseó, negando con la cabeza.

—Créelo, padre. Me lo confesó porque la imagen de su espíritu, según ella, la perseguía día y noche; apenas descansaba, atormentada por lo que suponía que era su fantasma. También me explicó que, desde la partida de Myrah, la amenazaba con enviarla al infierno y no ver jamás los jardines de Alá si algo malo le ocurría a su hija. Me llegó a pedir que la velara de noche para rogarle que la dejase en paz.

—No lo entiendo —musitó abatido—. ¿Qué motivo iba a tener para acabar con la vida de Qara? Y después de tantos años, ¿qué sentido tiene ahora confesarlo?

—No lo comprendes aún, ¿verdad? Mi madre luchó toda su vida para que yo fuera tu único heredero al trono; esa idea la obsesionaba. Según sus propias palabras, «no podía permitir que nadie se entrometiera en mis planes».

—Tú eres mi primogénito, el primero en rango con derecho a heredar el reino, y así ha sido siempre —dijo mientras su mente intentaba asimilar lo que acababa de descubrir.

¿Era posible algo tan cruel de mano de la mujer con la que había compartido media vida? La imagen de Qara retorciéndose de dolor le volvió con fuerza. El estómago le dio un vuelco.

—Menos cuando decidiste que mi hermanita iba a compartir conmigo el poder —respondió con rabia contenida—. ¿Sabes? Acabo de darme cuenta de que mi madre y yo tenemos más en común de lo que pensaba.

—Ella te educó y moldeó para que así fuera…

—No deja de ser curioso… —dijo Abdal, y con tono jocoso añadió —: Mi madre acabó con la madre de Myrah para asegurar mi herencia, y yo… yo he acabado con su hija por el mismo motivo.

Ulugh reaccionó a estas últimas palabras con un sobresalto y, sin pensarlo, se plantó frente a él observándolo con infinito pesar para descifrar en su mirada hasta qué punto era cierto lo que acababa de confesarle. Al leer la verdad en sus ojos, con un grito de impotencia se abalanzó sobre él, agarrándolo por el cuello, pero Abdal lo superaba en fuerza y tamaño, por lo que, tras un breve forcejeo, quedó a su merced.

—Padre, quiero que sepas antes de morir que esto no ha sido por un arranque de locura. Llevo años urdiendo el plan para destronarte.

Tengo un gran ejército aguardando a las puertas de la ciudad para conquistarla por la fuerza, si es necesario. Yo organicé el asalto a la caravana. Ni tú ni Murad sois dignos rivales para mí.

Ulugh comprobó, aturdido, que las palabras que escupía su propio hijo le herían más que las manos que ya le aferraban el cuello.

—¿Crees que alguno de tus fieles consejeros va a protestar cuando mañana se enteren de que has muerto y de que yo soy el nuevo khan? Todos se doblegarán ante mi poder. Se acabaron las clases de ciencias y ese estúpido observatorio. De hecho, quiero que oigas esto: la primera orden que daré como rey será la destrucción del observatorio y todos tus instrumentos, incluido el famoso sextante. Me ocuparé de que no dejes ninguna huella en este mundo. Samarcanda volverá a ser una ciudad poderosa, reconocida por todos los pueblos por sus conquistas.

A medida que hablaba, apretaba cada vez más las manos en torno al cuello de Ulugh, que se debatía sin éxito para eludir la asfixia, hasta que Abdal notó que dejaba de luchar.

El rey cayó sobre la alfombra que decoraba la estancia sin apenas aire para respirar. Era consciente de que había llegado el momento de reunirse con las mujeres que había amado, y no solo no temía el paso a la otra vida, sino que sentía cierta paz por alcanzar la meta. Se quedó observando a su hijo desde el suelo. Estaba erguido, orgulloso de su hazaña, con la mirada encendida, como un animal salvaje frente a su presa herida.

—Y bien, padre, gran señor de Transoxiana, rey de Samarcanda, ¿tienes algo que decir antes de reunirte con los muertos? —preguntó con una mueca exagerada.

—Cuán errado estás. Voy a dejar huella, pero no por la que he luchado toda mi vida —reconoció con pesar—. Mientras vivas, una parte de mí seguirá existiendo —susurró forzando una sonrisa.

Abdal torció el gesto con desagrado.

—No lo conseguirás nunca, hijo. El poder se alcanza a través del conocimiento, no de la espada —concluyó con orgullo en la mirada.

Abdal se agachó hasta quedar a escasos centímetros de su rostro y, sin apartar los ojos de los suyos, le clavó una daga en el corazón sin piedad hasta que se cercioró de que expiraba su último aliento. Después, lentamente, se incorporó y lo miró sin ningún resquicio de culpa ni de arrepentimiento. Suspiró aliviado. Por fin había acabado el reinado de Ulugh Beg Tīmūr. Ahora sería él quien dirigiría el imperio. Volvería a ser un país respetado y temido por todo el mundo. Tamerlán, desde su tumba, lo bendeciría, y el mismísimo Gengis Khan sonreiría satisfecho allí donde estuviera.

32

Myrah escuchó desde muy lejos la voz de Yunna, conminándola a volver, pero se resistía a hacerlo. En el lugar donde se hallaba no sentía dolor, y sus recuerdos quedaban agazapados entre las telarañas de los sueños. Además, sabía que, si regresaba, la terrible realidad la golpearía con toda su fuerza, y no estaba preparada para soportarlo.

—¡No me dejéis aquí sola, os lo ruego! Tenéis que despertar, por favor… —le rogaba la sirvienta desconsolada.

Habían pasado dos días desde que Myrah perdiera el conocimiento. En un principio, incluso pensó que era una bendición, pues a raíz de la caída provocada por la embestida de Ghazam —el cabecilla de los asaltantes, según había oído—, Myrah había sangrado hasta perder al hijo que esperaba, poniendo en riesgo su propia vida. Yunna la había atendido como había podido. Después de velarla la primera noche, rogando a Alá para que no se la llevara, comenzó a ver alguna mejoría. La segunda, la fiebre había bajado y ya no deliraba. Parecía haber entrado en un sueño profundo que la sirvienta quiso achacar al cansancio y la debilidad. Pero ya empezaba a estar preocupada. La princesa no hacía ningún esfuerzo por despertar; se había quedado atrapada más allá y no parecía tener ganas de volver.

—Myrah, soy Yunna, estoy aquí, a vuestro lado, y os necesito. No podéis abandonarme después de todo lo que hemos pasado juntas. ¡Me lo prometisteis, me dijisteis que nunca me dejaríais sola, fuera donde fuera! —reprochó incapaz de contener las lágrimas.

Sus ruegos iban penetrando en la conciencia de la princesa, pero era como si una barrera intentara evitar su paso. Sin embargo, poco a poco, encontraron el camino y consiguieron ganar la batalla.

—Hum…, siempre has sido una exagerada. ¿Dónde quieres que vaya, si apenas tengo fuerzas ni para abrir los ojos? —musitó levantando ligeramente los párpados.

—Señora, ¡estáis aquí de nuevo!

Gritó con tanto entusiasmo que el guardián de la tienda asomó la cabeza por la puerta sobresaltado.

—¿Qué es tanto griterío? —preguntó con voz grave, mirando a Yunna.

—Una buena noticia. Ve a comunicarle a tu jefe que su prisionera está despierta y fuera de peligro —replicó con determinación sin

separarse del lecho—, y tráeme un poco de agua limpia, si es posible, para hacerle las curas.

—No soy tu criado, mujer.

—Las órdenes de tu superior fueron claras. Quiere viva y sana a mi señora. ¿Vas a ignorarlas?

Con un bufido, el hombre salió de la tienda mientras murmuraba algo que Yunna supuso poco halagüeño para su persona.

—Vaya, vaya, me duermo unas horas y te conviertes en mí.

—Ahora que se ha marchado os confesaré que me aterra su presencia, pero me he dado cuenta de que, si bajas la cabeza, se crecen, pero si la mantienes firme…

—Pueden arrancártela de un sablazo, todo depende del humor en el que estén. ¿Cuánto tiempo he estado inconsciente?

—Más de tres días. Habéis estado coqueteando con la muerte. De hecho, creo que era vuestro deseo…

Asintió, incorporándose un poco sobre un cojín.

—No quería enfrentarme a la realidad —añadió tocándose el vientre.

—No pude hacer nada para evitar la pérdida. Lo siento.

—Primero mi marido y ahora mi hijo.

—Por terrible que os parezca, tal vez sea mejor así, señora. No sabemos adónde nos llevan, ni lo que pretenden hacer con nosotras. Nuestro destino no es el más adecuado para compartirlo con un recién nacido.

Myrah la observó en silencio con los ojos llorosos.

—Sois fuerte, os recuperareis de esto —le aseguró—. Estoy convencida de que encontrareis el modo de volver a Samarcanda, a nuestro hogar, algún día.

—No lo dudes —dijo al fin—, y también vengaré la muerte de Mehmet y de nuestro hijo, sin importar lo que me cueste. Este va a ser mi objetivo a partir de hoy.

La puerta se abrió de nuevo y apareció el mismo hombre con un cuenco de leche y otro con algo de comida.

—El general Ghazam le envía esto para que recupere fuerzas. Mañana al amanecer levantaremos el campamento y emprenderemos la marcha. Cuidarás de ella hasta que pueda mantenerse en pie —ordenó señalando a Yunna.

—¡Pero si aún no está lista para soportar el viaje! —protestó airada.

—Tendrá que estarlo —sentenció sin dar tiempo a réplica mientras volvía al exterior.

Ambas se miraron infundiéndose ánimos. Con la ayuda de Yunna,

Myrah ingirió poco a poco la leche tibia y el arroz que les habían traído. Era consciente de que necesitaría todas sus fuerzas para soportar la marcha. Después se echó de nuevo a descansar.

—Dormid tranquila, princesa, yo velaré por vos.

Myrah asintió, mirándola con gran afecto.

—Yunna.

—¿Sí, señora?

—Te prohíbo que me vuelvas a llamar «señora». Aquí y ahora, tú y yo somos iguales. Eres mi amiga, siempre lo has sido. Solo Myrah, ¿entendido?

—Pero eso no estaría bien, seño… —Al ver la expresión de su ama, Yunna asintió con la cabeza y, con una sonrisa cómplice, contestó—: Así lo haré, Myrah.

Aunque las yurtas fueran fáciles de desmontar, poner en marcha la caravana requería tiempo, ya que había que organizar a los animales de los que se alimentaban (cabras y ovejas) y a los que utilizaban para desplazarse, enganchándolos a los carros o montados sobre ellos (caballos, mulas y camellos). Estos últimos eran muy valiosos, tanto por la carga que podían soportar como por aguantar casi dos semanas sin beber, reservando así el agua para los otros animales y para las personas. Adecuaron uno de los carros para Myrah, y Yunna la acomodó de manera que el zarandeo la molestase lo menos posible. El objetivo era alcanzar el próximo oasis cuanto antes para abastecerse de agua potable y alimentos.

Llevaban varias jornadas de travesía, y Myrah, a pesar de las condiciones en que viajaba, se había recuperado casi por completo gracias a su juventud y fortaleza. Ese día, el séptimo desde que dejaran Merv, iniciaron la marcha con la esperanza de llegar a su meta. No era fácil reconocer el camino correcto, así que, como solían hacer todas las caravanas que seguían la Ruta de la Seda, contaban con guías expertos que se orientaban por algunos puntos señalados, incluso por los huesos de los animales que habían muerto calcinados. Uno de esos guías iba en cabeza, preparado para iniciar la marcha a la señal de Ghazam, que, a lomos de su caballo, pasaba revista a toda la caravana hasta que se detuvo unos segundos junto al carro donde Myrah estaba recostada.

—Veo que te vas recuperando —afirmó satisfecho—. La intención es rodear las ciudades para evitar problemas hasta alcanzar Mashhad,

donde nos alojaremos. El guía insiste en que el viento del nordeste traerá pronto una gran tormenta de arena; sería bueno estar allí para cuando eso ocurra. En caso contrario, supongo que ya sabes cómo tienes que protegerte.

—Estás hablando con una timúrida. Llevo la arena del desierto en las venas. Preocúpate más bien por los animales; nosotras sabremos cuidarnos llegado el caso —respondió con voz queda sin incorporarse, pues no quería mostrar el más mínimo respeto hacia su jerarquía.

—Además de arena, lo que llevas en las venas es una gran dosis de temeridad —replicó con la mirada encendida, aunque también con cierta admiración, como la primera vez que se enfrentaron.

Ghazam no estaba acostumbrado a tener que lidiar con mujeres cuando salía a guerrear, y menos con una princesa con el carácter de Myrah. El trato con Abdal había sido que, además de la suma acordada por disponer de su regimiento para derrocar al actual khan y la promesa de un futuro cargo como gobernador del norte, él se quedaría con los beneficios de la venta de la caravana. Eso incluía objetos, animales y personas. Por esa razón había dado la orden explícita de mantener con vida a los más valiosos; a Mehmet, por el que habría pedido un buen rescate al sultán Murad, y, sobre todo, a Myrah. Cuando llegaran a Gorgán, a orillas del mar Caspio, realizaría la transacción con los mercaderes que traficaban allí y él volvería a Samarcanda, donde le aguardaba la otra mitad del dinero pactado.

Dio la orden de partir, y la vanguardia de la caravana comenzó a desplazarse. El día sería largo. Estaban en agosto, y las temperaturas podían hacer arder el mismo aire que respiraban.

Myrah iba medio dormida, tanto por el traqueteo como por la infusión que Yunna aún la obligaba a tomar, cuando llegaron hasta ellas varias voces que discutían enérgicamente. Al asomarse, vieron que se trataba de dos guías. Uno señalaba hacia un punto con seguridad y el otro indicaba con el índice un lugar distinto. Al final, Ghazam se acercó para averiguar qué pasaba.

—¿Qué ocurre? ¿Algún problema para continuar?

—General, estoy convencido de que el camino para encontrar el oasis de Mashhad está en esa dirección —señaló el primero alargando el brazo hacia una zona concreta mientras dirigía a su compañero una mirada de desprecio.

—Señor, yo creo que se equivoca. Si seguimos sus indicaciones, vamos a ir más al este de lo debido, alargando en varios días el trayecto hasta Mashhad o perdiéndonos, en el peor de los casos —repuso el otro con seguridad.

—¿Cómo es posible que no podáis llegar a un acuerdo de hacia

dónde debemos dirigirnos? —preguntó irritado.

—Las tormentas de arena han cambiado el paisaje, señor.

—Es difícil identificar las señales —se disculparon.

Myrah, que había seguido la discusión desde el principio, cogió su brújula a escondidas, pues no deseaba que nadie se la arrebatase, y, tal como había aprendido gracias a su padre, situó el norte y comprobó que el segundo hombre llevaba razón.

—Carretero, acércate hacia allí. Creo que puedo ayudarlos —dijo mientras ocultaba el colgante entre sus ropajes.

—No pienso meterme entre esos dos —repuso él negando con la cabeza—. Son peligrosos. Vienen de tribus rivales y no se soportan. Además, no creo que el general haga mucho caso a una esclava.

—¿Prefieres morir en el desierto? Como quieras… —afirmó con burla.

El hombre se volvió para enfrentarse con los ojos de Myrah y vio tal determinación en ellos que atizó al caballo para que avanzara. Si había una posibilidad, aunque lo dudaba, de desencallar la situación y llegar al oasis, no iba a ser él quien lo impidiera.

Ghazam miró asombrado la carreta que se dirigía hacia ellos mientras seguía intentando dilucidar a cuál de los dos guías debía hacer caso. La decisión que tomara podía llevarlos al oasis, donde reponer fuerzas y abastecerse, o a perderse varios días, arriesgando la vida de sus hombres.

—Mi general, la prisionera quiere deciros algo —indicó con voz temerosa.

Myrah asomó la cabeza por el borde del carro y Ghazam, a regañadientes, acercó su montura hasta situarse junto a ella.

—¿Qué ocurre ahora? —preguntó con impaciencia, observándola.

—Puedo ayudarte a tomar la decisión correcta, si quieres aceptarla —respondió decidida, con una voz apenas audible, pues era consciente de que frente a sus hombres no sería bien visto que se dejase guiar por el criterio de una mujer, y encima prisionera.

—¿También corre por tus venas el sentido de la orientación en el desierto? —le espetó con sorna.

—Como supongo bien sabes, mi padre es Ulugh Beg, gran astrónomo, geógrafo y matemático, y yo he sido introducida por él mismo en todas estas materias. Tengo plena seguridad de que el oeste está en esa dirección, la que indica el guía cuyo camello lleva las cintas rojas —dijo señalando con un golpe de barbilla al hombre.

—¿Y por qué debo creerte? —preguntó dudoso, aunque sabía que debía hacerlo.

—Porque no tienes a nadie más a quien acudir y porque también

sabes que no deseo morir aquí. Nada ganaría enviándonos a todos a una muerte segura, aunque desee la tuya.

Ghazam la miró con una mezcla de asombro y respeto disimulado. Hizo un ademán al carretero para que volviera a su lugar y después se dirigió adonde aguardaban los guías que seguían enfrascados en una discusión llena de reproches mutuos.

—He tomado una decisión. Seguiremos tus indicaciones —comunicó dirigiéndose al guía que Myrah había señalado—. Si te equivocas, no hará falta que recibas castigo alguno; el desierto te engullirá.

—General, os equivocáis con él, es solo un charlatán —protestó el otro, que se veía desplazado como guía principal.

—Si se equivoca, lo pagaremos todos. Pero si está en lo cierto, recibirás un castigo por tu soberbia —sentenció, mirando con dureza al guía al tiempo que encaminaba su montura hacia el grueso de la expedición.

Se oyeron varios silbidos y, al grito de «¡En marcha!», emprendieron de nuevo el camino con la esperanza de llegar al oasis y al albergue situado junto a él antes de que la oscuridad de la noche les impidiera seguir adelante.

33

La luz del día comenzaba a decaer, pronto oscurecería, y Mashhad seguía sin divisarse. La temperatura iba descendiendo pareja a la caída del sol. Poco a poco, el cielo se tiñó de negro y comenzaron a aparecer los primeros astros centelleantes, siempre conducidos por la gran estrella del norte. Myrah contempló emocionada el manto que cubría el cielo. «No hay mejor lugar para admirar el firmamento que el desierto», se dijo. La Vía Láctea marcaba la senda de millares de puntos que titilaban alegremente, ajenos a lo que sucedía en la tierra.

Sin darse apenas cuenta, los ojos se le llenaron de lágrimas que derramó en silencio. Lo que contemplaba le evocaba tantas cosas… La primera noche que se escabulló de su cuarto para subir a la terraza, tumbarse sobre el pavimento y disfrutar del espectáculo de la bóveda celeste brillando sobre su cabeza. Después, cuando compartió esos momentos robados con Tariq y más tarde con su padre, que se lo había enseñado todo sobre las estrellas y el universo, y la había convertido en una apasionada amante de los astros. Y finalmente con Mehmet, con quien había yacido y a quien había amado con ellas como testigos. A pesar de haber sido tan breve el tiempo que duró su unión, iba a dejarle una huella indeleble. También pensó en su hijo nonato, a quien jamás podría enseñarle las maravillas que rodeaban su mundo, en contraste con la maldad de algunos de sus habitantes. Tampoco todo lo aprendido de sus maestros.

—¡Allí está Mashhad! —exclamó Yunna señalando al frente y arrancándola de sus pensamientos, al tiempo que oían silbar a los que iban en cabeza para avisar al resto de que por fin habían alcanzado el oasis.

—¡Loado sea Alá! —confesó aliviada Myrah, con un deje de agotamiento en la voz.

El último tramo se les hizo mucho menos pesado, pues ya todos estaban seguros de que al final del camino les estaba aguardando agua fresca, alimentos y un lecho donde descansar de verdad. Cuando ya estaban a escasos metros, las dos mujeres vieron que Ghazam se acercaba al guía que había errado su pronóstico. Asombradas, observaron cómo lo conducía frente a su carreta. Una vez allí, lo hizo descabalgar y, sin mediar palabra, lo atravesó con la espada. Entonces, durante un instante, dirigió la vista hacia Myrah y asintió con la

cabeza. Después, siguió impasible para entrar primero en el lugar.

Myrah se tapó los ojos con las manos, en un vano intento de evitar que aquella imagen se quedara grabada en su mente, mientras Yunna la rodeaba con el brazo.

Mashhad apareció ante ellos como si fuera un espejismo. Alrededor del oasis podían distinguirse varias alquerías. Entre ellas discurrían arroyos, y varias norias recogían el agua. El olor de los árboles frutales les llegó como una promesa para saciar su hambre. Por fin detuvieron la caravana y comenzaron a organizar su estancia allí. Yunna y Myrah fueron conducidas y escoltadas hasta una de las habitaciones, donde una mujer las aguardaba en la puerta.

—Sed bienvenidas a nuestro humilde albergue —dijo bajando la mirada y haciéndoles una indicación con el brazo para que entraran —. Os acompañaré a vuestro aposento y os haré traer agua para que os libréis del polvo del camino.

—Os lo agradecemos infinitamente, señora —respondió la sirvienta con una pequeña inclinación.

Con medio cuerpo sumergido en un barreño con agua, Myrah pensó en cómo podía cambiar el valor que se le daba a las cosas según la dificultad que se tuviera para conseguirlas. Después, llevó la mirada hacia su vientre y lo acarició con tristeza.

—No es bueno permanecer tanto rato en remojo, señ…, Myrah. La piel se arruga y las carnes se ablandan —la regañó con dulzura Yunna al advertir el gesto de sus manos.

—Eres una aguafiestas… Es la primera vez que me siento bien desde hace días —reprochó mientras salía del agua y se envolvía en la tela que la muchacha le ofrecía.

Después, se pasó por la cabeza la túnica que tenía al lado y se acomodó en unos cojines mientras Yunna le peinaba la larga melena, intentando desenredarle los nudos causados por el viento, la arena y los días transcurridos desde la última vez que lo hizo.

—¡Ve con más cuidado! —protestó quejosa. Pero al instante se volvió hacia ella y añadió—: Perdona, soy una egoísta. Tú aún no te has bañado. Ya sigo yo mientras lo haces.

—No tienes que disculparte, sigo siendo la misma persona que te ha ayudado desde que eras una cría —añadió con una sonrisa.

—¡Tú también lo eras! —exclamó uniendo su risa a la de Yunna.

Poco después les trajeron una bandeja con dátiles y fruta, y un

cuenco de leche. Aquella noche durmieron como si estuvieran en Samarcanda.

Cuando Myrah abrió los ojos, tardó varios segundos en saber dónde estaba y cuál era su situación. Entre los días que había pasado enferma y medio inconsciente y los del penoso trayecto en el que, gracias al brebaje que Yunna le preparaba, dormitaba la mayor parte del día, no había tenido ocasión de analizar con frialdad a qué se enfrentaban, y menos de asimilar la pérdida de su marido y su hijo. Indudablemente, iban en dirección oeste, en sentido opuesto a Transoxiana y, por ende, a Samarcanda. Desconocía aún los planes que tenían para ellas y para el resto de los prisioneros. Pensó cómo podrían escapar. Era capaz de encontrar el camino guiándose durante el día con la brújula y, al anochecer, gracias a las estrellas. Recordó haber oído hablar a su padre de la zona de Corasmia y de Mashhad, la ciudad en la que se hallaba la mezquita de Ghoshal, que había sufrido la invasión de las hordas mongolas. Una pequeña luz fue abriéndose paso en su mente. Ante la perspectiva, se levantó como impulsada por un resorte.

—¡Yunna! —gritó al ver que no estaba en el cuarto.

Al poco esta apareció por la puerta; traía una bandeja con algo de desayuno.

—¡Buenos días o, mejor dicho, buenas tardes! Ya casi es mediodía. Te ha sentado bien el descanso, tienes mejor aspecto.

—¡Estamos salvadas! He recordado que aquí, en Mashhad, gobierna un timúrida, primo lejano de mi padre. Tenemos que ponernos en contacto con él. Si conseguimos hacerle saber la situación de rehén en que me encuentro, será nuestra salvación. ¿Podrías conseguir algo de papel y tinta? —preguntó con la mirada brillante.

—Puedo intentarlo, pero dudo que lo obtengamos. No creo que sean materiales muy comunes por aquí. Además, he intentado salir para ver el oasis con la luz del día y me ha cerrado el paso uno de nuestros «guardianes», por llamarlo así. No nos está permitido andar con libertad, supongo que para que no podamos hablar con nadie.

—Somos prisioneras —reconoció apesadumbrada, y añadió pensativa—: Pero algo tendremos que hacer, no podemos resignarnos.

Myrah permaneció largo tiempo observando por la ventana el ir y venir de la gente por la plaza central: comerciantes, visitantes, un hombre que reparaba los arreos de los carros, otro que limpiaba y alimentaba a los animales… De pronto se volvió hacia Yunna con expresión triunfal.

—¡Miedo me da esa mirada! La conozco, y no augura nada bueno. —Yunna negó con la cabeza.

—Hum… Si nosotras no podemos salir, haremos entrar a alguien —explicó con un guiño mientras se dirigía hacia el pequeño baúl que les habían permitido mantener después de ser revisado y expoliado por los asaltantes. Abrió la tapa y, sin pensárselo, comenzó a lanzar la ropa y los objetos que aún contenía hasta vaciarlo. Después, introdujo el brazo para accionar un resorte apenas visible situado en un lateral y, tras un leve chasquido, el fondo se abrió dando paso a otro oculto debajo de él.

—¡Parece cosa de magia! —exclamó Yunna sorprendida.

—Eso mismo le dije yo a mi padre la primera vez que me enseñó algo parecido. Este lo construimos juntos —concluyó nostálgica.

La muchacha introdujo la cabeza y observó a Myrah con admiración. En el fondo descansaban varios libros de valor incalculable, según le explicó su propietaria, joyas preciosas y telas de seda de la mejor calidad.

—Mi padre me aconsejó que fuese precavida. Cuando supo que debía hacer el viaje hasta Bursa, insistió en que llevara cosas de valor ocultas a ojos codiciosos. «Nunca se sabe cuándo te va a hacer falta pedir algún favor a alguien si te encuentras en apuros, y los favores se pagan», me aseguró.

—El gran señor Ulugh Beg es un gran sabio —afirmó Yunna.

Myrah, tras estudiar todo el material, escogió una fina pulsera de oro con varias incrustaciones de pequeñas turquesas y una pieza de seda carmesí.

—Esto servirá —dijo convencida—. Baja, por favor, y dile a la dueña que quiero hablar con ella.

Yunna bajó enseguida, contagiada del optimismo de Myrah. Al poco rato subió de nuevo con la cara contrariada.

—Esa mujer es más desagradable que una infusión de cicuta. Cuando le he pedido si podía subir a hablar contigo, me ha mirado como si le hubiera picado una serpiente venenosa y me ha apartado de malos modos, indicando con el dedo la dirección de las escaleras. No creo que suba, lo siento.

—Esperaremos a que anochezca y entonces bajaré yo, si es necesario —sentenció Myrah.

La tarde se les hizo muy larga; su única distracción era mirar la plaza por la ventana. Finalmente, las luces de la ciudad fueron apagándose y todo quedó en penumbra. Entonces oyeron el chirrido de los escalones y, poco después, apareció la posadera en la puerta de su habitación. Al verlas, se puso el dedo índice sobre los labios.

—Mejor ser prudentes, hay oídos por todas partes. El gigante que permanece de guardia en la puerta está dormido, pero no creo que tenga un sueño profundo. Sé que no os está permitido salir de la posada. Me lo comunicaron al llegar: sois prisioneras del mercenario Ghazam.

—¿Lo conocéis? —preguntó Myrah con una mueca de desprecio.

—Lo conoce todo el que comercie en la Ruta de la Seda —respondió encogiéndose de hombros—. Vuestra amiga ha insistido en que queríais hablarme, pero sabed que no puedo hacer nada por vosotras. Me advirtieron sobre ello, y del riesgo que corría si lo hacía. No quiero saber quiénes sois ni cuál es vuestro destino —susurró, llevando la mirada hacia la escalera.

—Os entiendo, y creed que no es nuestra intención perjudicaros —manifestó Myrah.

—No debería haber subido —concluyó con una mirada fría, haciendo un ademán para volverse.

—Somos prisioneras y sabemos que no hay modo de escapar —reconoció Myrah, mientras la sujetaba por el brazo para detenerla—. Pero si consigues lo que voy a pedirte, serás recompensada.

—¿Recompensada? —interrogó, y miró con desconfianza a su alrededor.

—Con esto —respondió la muchacha, extendiendo la mano en la que guardaba la pulsera.

La posadera miró con avaricia el brillo del oro y las piedras, e hizo un ademán para cogerla.

—Aún no. Debes convencer al guardián para que deje subir al comerciante de telas que he visto en la plaza. Necesitamos nuevas túnicas. El viaje que nos espera será largo. Si lo haces, será tuya. Te lo prometo —aseguró esquivando la mano que pretendía atraparla.

—Lo intentaré —asintió sin apartar los ojos de la joya—, pero no os garantizo nada. Veremos si aún conservo mis encantos.

—Y yo os lo agradezco de antemano —musitó Myrah mientras la mujer bajaba con sigilo por las escaleras.

—¿Por qué ese comerciante y no cualquier otro? —preguntó Yunna extrañada en cuanto estuvieron solas—. ¿Y para qué queremos túnicas nuevas?

—Porque parece dispuesto y amable, si no me equivoco desde la distancia a la que estamos —respondió Myrah, dejando a la chica aún más intrigada—. Es hora de dormir. Cuando te levantes, prepara la infusión que me has ido dando estos días, pero mucho más fuerte.

El amanecer encontró a Myrah despierta y pendiente de lo que podía ocurrir ese día. Al poco, comenzó el movimiento en la plaza,

como el día anterior. Asomada a la ventana, dio un respingo cuando reconoció a la posadera junto al comerciante de telas, hablando y señalando en su dirección.

¡Lo había conseguido! No sabía cómo, pero estaba claro que el gigante le había permitido ir a buscarlo. Tras una breve conversación, el hombre la acompañó hasta el albergue. Myrah se retiró de donde estaba para aguardar junto a la escalera y escuchar lo que decían.

—Debo cachearte, no puedes meter ningún arma en la casa —oyó que indicaba el guardián al comerciante, mientras este se quejaba del trato recibido—. Está bien, puedes pasar.

El hombre subió a regañadientes, con el otro pegado a sus espaldas.

—Buenos días, señor, gracias por acceder a desplazaros hasta aquí. He observado los trajes que tenéis expuestos y debo deciros que hacéis un gran trabajo —comenzó Myrah con su tono más dulce, satisfecha al ver corroborada su apreciación.

—Gracias, señora. ¿En qué puedo serviros?

—Querría encargaros algunas prendas para cuando dejemos la ciudad y emprendamos la marcha, tanto para mí como para mi acompañante. Pero antes dejadme, dentro de nuestras escasas posibilidades, demostraros nuestra hospitalidad ofreciéndoos este magnífico té, que nadie como ella sabe preparar —añadió señalando a Yunna, ofreciéndole una taza repleta.

El hombre se llevó el recipiente a los labios, sorbiendo con deleite.

—En verdad es de los mejores que he probado nunca —confesó, apurando hasta la última gota—. Bien, empecemos a trabajar. Debería tomaros las medidas para confeccionar las prendas que me indiquéis.

—Por supuesto. ¿Sería mucho pedir que os retirarais mientras me desvisto? —preguntó enarcando las cejas y dirigiéndose al guardián.

—Estaré abajo, frente a la escalera, vigilando —refunfuñó mientras comenzaba el descenso.

Myrah y Yunna fueron explicando al vendedor lo que precisaban y, entretanto, le sirvieron otra infusión, que se tomó con agrado.

El comerciante descendió por la escalera e hizo un ademán al guardián para que se apartase de la puerta y pudiera salir al exterior. Este lo miró y, mientras el hombre se iba, subió al cuarto de arriba. Yunna le señaló la cama y susurró:

—Ha acabado agotada. Aún no se ha recuperado del todo. La dejaré descansar un rato… Tampoco hay mucho que pueda hacer, ¿no?

—Me quedaré fuera, en la puerta. No más visitas.

Yunna asintió. El corazón le latía con tal fuerza que temió que lo oyera.

La figura del vendedor cruzó la plaza y se dirigió hacia la calle que conducía a palacio. Llevaba la cara cubierta con la tela que cerraba el turbante. Al llegar a la puerta, se detuvo y se dirigió al soldado que protegía la entrada.

—Debo ver al sultán Bayqara. Traigo un mensaje del khan Ulugh Beg de Transoxiana, es urgente. Soy su mensajero.

—¿Y cómo sé que es cierto que eres quien dices ser?

Se llevó la mano al pecho y sacó el medallón con el símbolo que la acreditaba.

El soldado, tras echar un vistazo, reconoció el sello; le ordenó que aguardase allí y desapareció detrás de la puerta. Poco después se abrió y le hizo un ademán para que entrase.

—Seguidme, os recibirá ahora.

Recorrieron un largo pasillo y, al final de este, se detuvieron frente a una gran doble puerta de madera, hermosamente grabada con relieves de figuras de animales. Abrió una de las hojas con un breve toque de nudillos, se apartó y dejó paso al visitante, no sin antes cachearlo por seguridad. Al hacerlo, miró con sorpresa al mensajero.

—¡Adelante! —rugió una voz desde el fondo de la habitación—. ¿Qué noticias traéis de mi primo Ulugh?

Este se adelantó unos pasos hasta situarse frente a él. Entonces, se apartó el velo del rostro y esbozó una incipiente sonrisa.

—Gran señor Bayqara, gobernador de Corasmia, no creo que me reconozcáis, pero tenéis que saber que soy Myrah, princesa de Samarcanda e hija de Ulugh Beg. —Hizo una breve pausa y prosiguió decidida—: Me encuentro en una situación extrema. He sido secuestrada por unos mercenarios y nos dirigimos hacia el oeste. ¡Tenéis que ayudarme! Seguro que disponéis de medios para ello. Liberadme y haced llegar la noticia a mi padre.

—Así que la hija de Ulugh… Os hubiera reconocido aun sin decirlo —confesó para sorpresa de Myrah—. Veo reflejada en ti la belleza de tu madre, Qara.

—¿Conocisteis a mi madre? —preguntó Myrah ilusionada.

—Era la mujer más hermosa que he visto en mi vida. De hecho, tendría que haber sido mi esposa. Pero Ulugh me la arrebató. Las negociaciones estaban muy avanzadas cuando él se interpuso. ¡Siempre creyéndose mejor, superior a todos los demás!

Myrah, al oír esas palabras y el tono en que habían sido lanzadas, supo que su plan había fracasado. No iba a socorrerla… Aun así, hizo un último intento.

—Eso pertenece al pasado, y nunca oí mencionar nada al respecto. Mi padre es una gran persona —aseguró con orgullo en la voz.

—¿Me estás diciendo que miento? —preguntó subiendo el tono—. Y respecto a tu padre… No te has enterado todavía, ¿verdad?

Myrah se quedó paralizada. No podía ser cierto. Sintió que la habitación comenzaba a dar vueltas a su alrededor y que la luz del día daba paso a la penumbra. Lo último que vio fue la sonrisa sádica del gobernador en cuanto se derrumbó, y escuchó con un inmenso dolor el eco de sus palabras.

—Ulugh ha muerto a manos de su propio hijo, así como todo su legado. Samarcanda es ahora una ciudad diferente, gobernada por Abdal, del que espero ser un buen aliado.

Cuando volvió en sí, se dio cuenta de que la habían trasladado. Estaba en un cuarto pequeño, sin apenas luz. Se incorporó lastimosamente tocándose la cabeza; tenía un buen chichón, recuerdo de su desfallecimiento. La ira y la desesperación la invadieron. En ese momento se abrió la puerta y una figura destacó en el umbral. La reconoció de inmediato. Ghazam la miraba con los ojos encendidos.

—¿Pensabas que podrías reírte de mí? Todavía no ha nacido la mujer que pueda engañarme —tronó avanzando hacia ella a grandes pasos.

Myrah alzó la barbilla y lo miró de frente. No había rastro de miedo en sus ojos. Solo determinación.

—Haz conmigo lo que quieras, ya no me importa. Me habéis arrebatado todo lo que quería en el mundo: a mi marido, a mi hijo, y acabo de enterarme de que también a mi padre y todo lo que él representaba. Solo te pido que no hagas sufrir a mi amiga. Ella no tiene la culpa, ni tampoco la posadera ni vuestro guardián. No merecen castigo por mi engaño —confesó, pensando que no podía ocurrir de nuevo. No podría llevar más muertes sobre su conciencia.

Ghazam la estudió con detenimiento. Aguantó la profunda mirada de desolación que emanaba de aquellos increíbles ojos verdes que lo perseguían de noche cuando intentaba dormir.

—Vamos, volverás al albergue, esta vez escoltada —sentenció dándole un empujón para que avanzara hacia la salida.

La entrada en la alquería de dos escoltas, con Myrah entre ellos, vestida con las ropas del comerciante, y Ghazam con cara de pocos

amigos, fue una sorpresa difícil de disimular para el guardián apostado en la entrada y para la posadera, que trajinaba por allí.

—Pero ¿cómo es posible? —preguntó incrédulo el gigante.

Al momento, subió las escaleras de dos en dos y se topó con la mirada temerosa de Yunna. Se dirigió al lecho y apartó la manta con rabia, descubriendo la figura dormida del vendedor. Se dirigió hacia ella y la golpeó con fuerza. Del impacto, cayó al suelo. Su segundo golpe quedó en el aire al oír la voz de su jefe a sus espaldas:

—Retírate, Chagatei, yo me encargo de esto. La prisionera ha confesado que no has tomado parte alguna en este asunto, más que la vergüenza de ser engañado por una mujer. Eso te ha salvado la vida hoy —añadió con mirada incisiva—; al siguiente error, no tendré piedad.

El soldado permaneció unos segundos en silencio, y después, haciendo una pequeña inclinación de cabeza, salió de la estancia a paso rápido.

—¿Hay alguna forma de despertar a este desgraciado? —preguntó Ghazam, señalando hacia la cama.

—Señor, lo que le he dado es inofensivo, solo un inductor del sueño —explicó Yunna levantándose con esfuerzo, asustada ante la figura imponente del general—. Puedo hacerle oler un revulsivo, si lo deseáis.

—¿Y a qué esperas para hacerlo? No voy a perder todo el día aquí.

Yunna miró de soslayo a la princesa, que parecía estar muy lejos de allí. Para su sorpresa, no había reaccionado ante la agresión sufrida. Se dirigió hacia una bolsa de la que extrajo un bote de cristal que destapó y acercó a las fosas nasales del hombre dormido. Este comenzó a moverse y, tras inspirar, abrió los ojos desorientado, mirando a su alrededor. Yunna, que había tomado la iniciativa al comprobar la pasividad de Myrah, la despojó de las ropas del comerciante y, aún preocupada por su mirada vacía, se las acercó al hombre de inmediato.

—¿Qué me ha ocurrido? ¿Qué hago en esta cama sin calzado ni ropa? —preguntó con asombro, mirando a los presentes.

—Debió de sentaros mal la infusión, señor. Solo os hemos acomodado para que descansarais hasta que os repusierais —afirmó Yunna, que desvió los ojos hacia Ghazam como pidiéndole permiso para seguir la comedia.

El hombre se vistió apresuradamente y, tras recoger sus cosas, se dirigió a Myrah:

—Intentaré traerle los trajes acabados lo antes posible, señora.

—Eso va a ser imposible. Cambio de planes. Esta noche

comenzaremos los preparativos para partir por la mañana a primera hora —rectificó Ghazam.

—Pero eso no es…

El comerciante se interrumpió, acobardado al ver el rostro de su interlocutor. Le habían mostrado la pieza de seda con la que pensaban pagarle y no quería renunciar a poseer semejante tesoro.

Yunna siguió su mirada. Decidida, se acercó a la tela y se la dio. Se la había ganado, a pesar de todo.

La princesa permanecía asomada a la ventana, con la mirada perdida, como si nada de lo que hubiera ocurrido allí fuera con ella. Yunna volvió a observarla inquieta.

Ghazam se dirigió a ambas, sabiendo que Myrah no iba a escuchar nada de lo que dijera en ese momento, pues su mente estaba muy lejos. Le preocupó la posibilidad de que intentara quitarse la vida. «Muerta no tiene valor para mí», se dijo intentando convencerse de que ese era el único motivo de su intranquilidad.

—Recoged lo necesario para el viaje. Y no olvidéis poneros ropa de abrigo —aconsejó, pues sabía que se dirigían a los montes Elburz—. Cuida de ella.

Bajó de forma precipitada y salió por la puerta sin escuchar las súplicas de la posadera para que no tomara medidas contra ella por lo sucedido.

Yunna se acercó a su amiga y la abrazó con fuerza. Esta la miró con una pena infinita. Llevó los dedos hacia el labio de Yunna, donde un hilo de sangre era el mudo testigo de la sanción recibida, y solo consiguió hilvanar unas pocas palabras antes de estremecerse e irrumpir en un llanto desconsolado.

—Abdal ha asesinado a mi padre… —explicó con los ojos hinchados—. Ya no me queda nada por lo que luchar.

34

Tariq se despertó sobresaltado al sentir que alguien lo sacudía.

—¿Qué haces, mujer? —preguntó con voz áspera.

—Estabas gritando. Parecías sufrir. Me he asustado… He creído que era mejor hacerte volver de esa pesadilla.

—Perdona… Algo terrible estaba pasando y me sentía impotente para luchar contra ello. Siento haberte hablado así, Qoji —se disculpó, acariciándole la mejilla.

—No pasa nada. Pero ahora que nos hemos desvelado, se me ocurre una idea para que caigas rendido —dijo con mirada pícara mientras se acurrucaba contra su pecho y buscaba sus labios.

Tariq no se resistió y se entregó de lleno al juego de caricias y besos hasta llegar al clímax, que le hizo lanzar un rugido contenido. Al poco, Qoji dormía junto a él plácidamente. La miró con ternura. Era una gran compañera, cariñosa y atenta, y disfrutaba de los placeres de la vida sin pedirle nada a cambio. Lo primero que le llamó la atención al conocerla fue su larga melena —de un color bastante claro, tan poco común en esos parajes— y su risa alegre y contagiosa. Llevaban un tiempo compartiendo tienda y cama, pero hasta ese momento ninguno de los dos se había planteado qué tipo de relación mantenían y hacia dónde los conduciría. Solo se dejaban llevar, día tras día, sin hacer planes para el futuro. Se dispuso a dormir de nuevo, intranquilo por si volvía la pesadilla que no conseguía recordar. Cerró los ojos y, al quedarse dormido, de nuevo aparecieron aquellas terribles imágenes. Esa vez se vio de rodillas en el suelo, gritando desesperado mientras abrazaba el cuerpo inerte de una mujer. Las lágrimas brotaban de sus ojos, y el dolor era profundo, tanto que le costaba respirar, como si con la muerte de ella perdiera a la vez su propia vida. Con una sensación de ahogo angustiosa, se despertó y se incorporó de inmediato para tomar aire con fuerza. Con cuidado de no despertar de nuevo a su compañera, saltó de la cama y salió de la tienda. La luna brillaba con fuerza, compitiendo con las estrellas que la rodeaban. Tariq levantó el rostro hacia el cielo y no tuvo duda de quién era la mujer que yacía sin vida sobre las arenas del desierto. Su rostro se le apareció nítido en el recuerdo, como si la tuviera tan cerca que incluso pudiera rozarla. En realidad, jamás la había borrado de su mente. Sus inmensos ojos le seguían sonriendo y su enigmática sonrisa

era solo para él.

Habían transcurrido tres años desde que tuviera que salir de Samarcanda, huyendo de una muerte segura. Gracias a ella, lo había conseguido. Después tuvo la suerte de cruzar su camino con el de Soldán, su actual gran amigo, que lo había conducido hasta su hogar con la idea descabellada de que era alguien especial que esperaba su tribu desde hacía largo tiempo. En ese momento ya ostentaba el rango de capitán.

Myrah. «El sueño ha sido tan real —se dijo— que estoy seguro de que debe de haber un motivo para que se repita. Al amanecer, iré a ver al gran chamán. Seguro que él sabrá interpretarlo». Observó una vez más el inmenso cielo en toda su grandeza y volvió a pronunciar su nombre, casi como una invocación:

—Myrah.

Tariq avanzó decidido hasta la tienda del chamán. Del orificio central emergía una pequeña columna de humo hacia el exterior que indicaba que algo se estaba cociendo en la hoguera, algún caldo o brebaje de hierbas, a juzgar por el agradable aroma que despertó a su estómago, recordándole que no había ingerido nada desde la noche anterior. Asomó la cabeza. Sentado sobre una pequeña banqueta, el chamán miraba abstraído las brasas mientras canturreaba acompañándose del balanceo suave del cuerpo. Tariq se preguntó una vez más qué edad tendría. Su larga cabellera blanca y las profundas arrugas que le surcaban el rostro denotaban muchos inviernos.

—Pasa, Tariq, te estaba esperando —musitó sin volverse siquiera.

—Gran chamán —comenzó, inclinándose con respeto—, estaba impaciente por explicaros unos sueños raros que he tenido esta noche. No es la primera vez que ocurre, y ya no sé qué pensar.

—Acércate, siéntate junto a mí —dijo señalándole un cojín—. Toma, bebe esto, te sentará bien —añadió al tiempo que le ofrecía un cuenco con caldo—. Las mañanas ya comienzan a traer el frío del invierno que se acerca.

—Gracias, mi cuerpo te lo agradece.

—Vienes por ella, ¿verdad?

—¿Ella? —preguntó extrañado Tariq, que no recordaba haber mencionado nunca a Myrah en su presencia.

—Ella. La otra parte de tu ser. La que te complementa —susurró aún sin mirarlo.

—Sí. En mis sueños la he visto sin vida, entre mis brazos, casi cubierta por las arenas del desierto. Parecía tan real…

—¿Y quién decide lo que es o no real y lo que imaginamos?

—Me gustaría tener la certeza de que está bien.

—Tariq, tu lugar ahora es este. Nosotros somos tu pueblo; nuestras familias son tu familia. Deja el pasado donde está y mira hacia el futuro. No falta mucho para que llegue el día en que debamos actuar, y tú irás al frente, guiando al ejército.

—Lo sé. Y os agradezco cómo me habéis acogido, como a uno más. Pero es difícil controlar la mente y los recuerdos. Muchas veces, aunque mi cuerpo esté aquí, mi espíritu vaga buscándola sin descanso.

—¿Y a qué has venido? ¿Esperas que yo decida por ti lo que debes hacer?

—No lo sé —dijo dubitativo—. Sois el hombre más sabio que he conocido… Pensé que tal vez la hubierais visto también y sabríais, a través de los sueños, si sigue con vida o…

—No tengo nada más que añadir, hijo, debes encontrar tu propio destino. —Diciendo esto, clavó sus pequeños ojos, semicerrados ya por el cansancio que acumulaban, y se incorporó muy despacio, invitándolo a salir de la tienda.

Tariq asintió y se dirigió hacia la salida cabizbajo, con más dudas de las que tenía cuando había entrado.

El gran chamán se quedó pensativo, mirando el espacio por donde había desaparecido, y chascó la lengua. No podía permitir que Tariq los dejara, aun sabiendo que su sueño era en parte real. Ella estaba en peligro, aunque seguía con vida. De eso estaba seguro.

Transcurrieron varios días durante los cuales Tariq rehuyó la compañía de Qoji y la de casi todos los habitantes del poblado. Desaparecía durante horas, que pasaba acercándose a la orilla del gran mar y contemplando sus aguas como si hubiera caído en una hipnosis profunda a través de sus mareas. Había vuelto a tener el mismo sueño y comenzaba a plantearse la posibilidad de volver a Samarcanda, pese a los peligros que entrañaba, para asegurarse de que ella estaba bien. Necesitaba saberlo. Por otra parte, no se veía capaz de defraudar a todas las personas que habían confiado en él durante los últimos años.

De pronto oyó un silbido que reconoció de inmediato. Se le iluminó la cara y alzó el rostro hacia el cielo, protegiéndose los ojos del sol con la mano, para distinguir lo que buscaba. Al cabo de unos segundos entró en su campo de visión, majestuosa como siempre, sobrevolando en círculos sobre su cabeza. Se acercó a su caballo a grandes zancadas y se subió de un salto. Salió disparado al galope en la misma dirección que el ave. Hacía ya dos lunas llenas que Soldán se había marchado en

busca de pieles para pasar el invierno, y esa vez no había podido acompañarlo, como en otras ocasiones. Vislumbró un punto a lo lejos y espoleó al animal para alcanzar a su amigo.

—¡Hola, Tariq! —gritó Soldán, agitando el brazo al ver acercarse al corcel que reconoció como el suyo.

Era un ejemplar único: de sangre árabe, negro como el azabache, más veloz que el mismo viento. Lo había bautizado con el nombre de Tengri, pues realmente parecía el dios del cielo.

—¡Soldán! ¡Qué alegría verte! —exclamó descendiendo del caballo antes de que este se detuviera del todo. Ambos se fundieron en un abrazo.

—¿Qué haces por aquí? ¿Es que también tienes dotes de visionario y sabías que estaba al llegar?

—Nada de eso —respondió riendo—. Solo he venido a contemplar el mar y a pensar. ¿Sabes? Solo me doy cuenta de cuánto te echo de menos cuando vuelvo a verte, aunque a los pocos días ya esté cansado de tu compañía…

—Muy gracioso. Cuéntame las novedades del poblado. ¿Ya has tomado a Qoji por esposa?

—No todavía. Te las contaré al anochecer, mientras cenamos alrededor de la hoguera. Y tú me explicarás todo lo que has visto y oído por esas tierras —prometió emprendiendo ya el regreso al pueblo.

Soldán volvió un poco la cabeza para que Tariq no apreciara la expresión de su cara. No estaba preparado para transmitirle lo que había escuchado más allá del río Amu Daria. Tal vez con un poco de vino fuese más fácil.

Soldán fue recibido con el *khoomii* en cuanto su inseparable rapaz anunció su inminente llegada. La primera vez que Tariq escuchó ese canto gutural que se transmitía oralmente de maestro a alumno entre los pueblos, se sorprendió al ver de dónde procedía. De hecho, el muchacho había intentado emitir ese sonido en varias ocasiones, para diversión de los presentes, pero sin éxito alguno, dada su dificultad. El grupo descargó las abundantes pieles y la caza que traía como provisiones, y todo el poblado se puso en marcha para celebrar el triunfal regreso.

Tariq se sentía alegre y despreocupado, bromeaba con Soldán y los demás del grupo, con los que en muchas ocasiones había compartido aventuras y batidas de caza. Hacía días que nadie lo veía así. Tras la copiosa cena de bienvenida, regada con buenos vinos, comenzaron los bailes alrededor de la hoguera y los cánticos de agradecimiento a la tierra por proveerlos de alimento y abrigo. Soldán rogaba por que su

amigo olvidara, al menos esa noche, la pregunta que había prometido hacerle al reencontrarse, pero sabía de antemano que eso no ocurriría, así que no lo cogió por sorpresa que Tariq se sentara sobre una losa a su lado y se la recordase con una sonrisa para que le detallara los chismorreos que había oído en su trayecto más al sur del mar de Aral.

—Venga, Soldán, no te hagas de rogar. ¿Qué novedades traes de más allá de nuestras fronteras? ¿Tienes noticias de Transoxiana? Seguro que te has cruzado con viajantes y comerciantes de la ruta… Ponme al día.

Soldán supo que no tenía escapatoria. Levantó la mirada y la fijó en Tariq. Este, aunque su amigo aún no había pronunciado ni una palabra, adivinó que no eran gratas las noticias que debía transmitirle. Su cuerpo se tensó para recibirlas.

—Por favor, amigo, dime lo que sabes. La incertidumbre pesa más que la certeza —rogó con mirada suplicante.

—Está bien. Hace unas semanas me crucé con una caravana que venía de Persia por la ruta para comerciar con los países del este. Estaban muy preocupados por una posible guerra entre el sultán Murad y el khan de Transoxiana. Parece ser que lleva tiempo fraguándose.

—¿Una guerra? Me extraña. Ulugh Beg no es en absoluto belicoso, todo lo contrario. No sé qué podría llevarle a tomar semejante decisión.

—El motivo es el asesinato del primogénito de Murad, que se dirigía de vuelta a Bursa con su reciente esposa y su destacamento, acompañados por una caravana con presentes y valiosos objetos para el sultán. Fueron asaltados pasado Bujará por una horda de guerreros que aniquilaron a todos los que formaban parte de la comitiva. Según dicen, fue una carnicería.

—Sigo sin entender qué relación tiene Ulugh Beg con ese terrible episodio.

Soldán esquivó la mirada inquisitoria de Tariq. Había llegado el momento temido.

—La esposa de Mehmet, el hijo de Murad, era Myrah.

Un incómodo silencio siguió al anuncio, que cayó sobre Tariq como un mazazo. Su mente intentaba asimilar el significado de lo que acababa de escuchar. Myrah, casada y de camino al este, lejos de su hogar. Le costaba creerlo. La Myrah que conocía no hubiera estado dispuesta a realizar tal sacrificio, ni siquiera por el bien del reino. Y su padre, dada la relación que los unía, jamás la habría obligado a desposarse con un otomano ni a dejar la ciudad.

—Eso no es todo, Tariq. Ahora ya se sabe que la persona que urdió

el plan fue Abdal, su hermano. Ese hombre es una bestia. Días después asesinó también a su propio padre. Ahora reina en Transoxiana y es temido hasta por sus secuaces. Dicen que está obsesionado con ser la viva imagen de Tamerlán y que pretende alcanzar la grandeza del mismísimo Gengis Khan.

—¡Dios mío! No puede ser verdad —negó con los ojos vidriosos—. Myrah tenía razón. Siempre decía que Abdal la acosaba desde pequeña. Yo fui testigo en alguna ocasión, pero jamás pensé que llegaría tan lejos… Creí que solo eran celos por la relación que mantenía con su padre. ¡Y Ulugh Beg, muerto a manos de su propio hijo! Myrah lo adoraba… —reconoció con pesar—. ¿Qué voy a hacer ahora, Soldán? ¿Qué debo hacer? No puedo creer que esté muerta, que nunca vaya a contemplar de nuevo su rostro ni a escuchar su voz.

Tariq permaneció con la cabeza sobre las piernas, aprisionada entre las manos, como si así pudiera protegerse del dolor que iba penetrando en él. Soldán supo que no debía contestar; la pregunta había sido retórica. Solo Tariq tenía la respuesta. Este se levantó de pronto y salió disparado hacia su caballo, que puso al galope antes de abandonar el centro del poblado, para sorpresa y enojo de algunos que todavía rondaban por ahí, por el polvo que levantó a su paso. Siguió cabalgando para alejarse lo suficiente de todos, hasta alcanzar la cima del monte más cercano. Entonces, descendió del animal y, alzando la vista hacia las estrellas, soltó un fuerte y largo rugido de impotencia y pesar que retumbó a su alrededor haciéndose eco los demás montes y volviendo a él en un lamento que parecía no tener fin.

35

Myrah ya no era la misma mujer que había salido meses atrás de Samarcanda. Por el camino había ido enterrando su alegría, su inocencia y esa actitud siempre atrevida ante la vida. Su mirada había perdido el brillo de antaño, en ese momento cubierta por un velo de tristeza constante. Su rebeldía en el pasado contra las normas y costumbres que consideraba injustas y su constante curiosidad ante todo lo que la rodeaba habían dado paso a la sumisión y a la indiferencia. No prestaba atención a su entorno ni hablaba apenas con nadie, como si nada de lo que ocurriese a su alrededor pudiera afectarla.

Durante varias jornadas —tantas que perdieron finalmente la noción de ellas—, la rutina era levantar el campamento al alba, avanzar hasta que el sol alcanzaba su punto más álgido, descansar las horas en que las temperaturas ascendían al máximo y emprender la marcha de nuevo hasta que la luna, aún tímida, anunciaba el siguiente anochecer.

Las noches comenzaron a ser frías; el verano finalizaba para dar paso a los primeros días de otoño. Había grupos de personas alrededor de las distintas hogueras según su condición. Los prisioneros ocupaban varias de ellas, vigiladas por soldados.

—Myrah, debes comer algo, te estás quedando en los huesos —le advirtió Yunna, preocupada ante el aspecto de su amiga.

—No tengo apetito. Come tú —contestó rechazando el cuenco que le ofrecía.

—¿De qué servirá que mueras de hambre tan lejos de casa? Sé que estás sufriendo, y lo respeto. Yo también apreciaba mucho a tu padre.

—Murió creyendo que lo abandonaba por propia voluntad. Nunca podré explicarle el motivo, ya no…

—Tu padre lo supo antes de morir, no lo dudes. Y yo no deseo acabar mis días aquí, en esta meseta desértica, para que se me coman los buitres —replicó con cierto enfado, buscando una reacción que no llegó.

Unos pasos se acercaron a sus espaldas. Era su guardián, «el gigante», tal como lo habían apodado desde el principio. Se inclinó sobre Yunna y le dijo algo a la vez que señalaba un punto concreto más allá del círculo.

—Myrah, el general Ghazam quiere hablar contigo.

—No tengo nada de qué hablar con esa víbora —respondió con voz queda.

—No creo que le importe si lo deseas o no —la interrumpió el guardián—. Te portaste bien conmigo en Mashhad, no quiero lastimarte, pero tengo orden de llevarte por la fuerza, si es necesario.

Myrah levantó el rostro como si viera a ese hombre por primera vez, y le sorprendió ver cierta mirada de súplica. Poco a poco, se incorporó y, tomando a Yunna del brazo, siguió sus pasos hasta la tienda del jefe.

—General, aquí está la princesa —anunció abriendo la tela de fieltro que cubría el hueco de la entrada para dar paso a las mujeres.

—Retírate, Chagatei —ordenó haciendo un gesto para que aguardara fuera.

Durante unos instantes, se impuso el silencio. Yunna se quedó en segundo plano, cerca de la entrada. Sabía que Ghazam solo deseaba hablar con Myrah. Además, le causaba pavor ese rostro semioculto tras una máscara, que dejaba entrever cicatrices de quemaduras en el cuello, y el frío que emanaba de sus ojos.

—Tengo entendido que no ingieres alimentos, y eso te está debilitando en exceso.

—Lo que yo haga con mi vida es cosa mía y de nadie más.

—Te equivocas. Ahora me perteneces. Tengo que entregarte en las mejores condiciones físicas y, a ser posible, mentales.

—¿Y cómo vas a obligarme? No se me ocurre qué más puedes hacer para lastimarme. Espero que mi querido hermano sea generoso contigo después de tan arduo trabajo —lo increpó con desprecio.

Ghazam se levantó impulsivamente e hizo el gesto de lanzarse contra ella, aunque lo reprimió al instante.

—Así que tu pariente timúrida, esa sangre de la que estás tan orgullosa, te reveló quién fue el verdugo que acabó con la vida de tu padre.

—Sí, y lo hizo con gran placer. El mismo desalmado que trenzó como objetivo en su vida destruir la mía, con el que estáis compinchado para llevar a cabo toda esta barbarie, con el único propósito de obtener grandes beneficios.

—En eso llevas razón. Ha sido generoso, y todavía ha de serlo más. Solo me mueve el dinero. Ya dejé atrás la etapa del honor y la fidelidad a una causa o una persona —respondió con un deje de amargura.

—Pues jugaste mal tus cartas. Mi padre hubiera mejorado el precio por mantener el trono y a su hija a salvo. Y él no se habría manchado

de sangre las manos asesinando a su propio hijo; lo hubiera desterrado.

—Su muerte no formaba parte del plan. Solo su abdicación en favor de Abdal —reconoció con aire contrariado—. Te voy a explicar algo que no sabes aún: tu hermano llevaba años planeando y organizando ese golpe de Estado. Formó un ejército de miles de mercenarios que aguardaban sus órdenes en la frontera nordeste. Quiere convertirse en un gran khan y conquistar los territorios que sus antepasados perdieron en las últimas décadas, crear un gran imperio. Y ahí entro yo de nuevo. Además de la parte económica, seré nombrado gobernador de la provincia del norte.

—¿De verdad te fías de la palabra de un parricida? La ambición es un gran monstruo que lo devora todo, y Abdal está poseído por ella.

—Más le valdrá cumplir su promesa —sentenció con voz profunda—. Sé que no es persona de fiar, pero a veces toca jugar con quien no escogemos.

—Siempre existe la opción de escoger —afirmó Myrah convencida.

—Hubo un tiempo en que pensaba como tú. Hace muchos años, parece que fuera otra vida, incluso.

Myrah lo observó con curiosidad. Había conseguido intrigarla, así que no pudo evitar la pregunta:

—¿Y qué te hizo cambiar tanto?

Ghazam desvío la mirada, dejándola perdida entre sus recuerdos. Después, la llevó de nuevo hacia Myrah y asintió.

—Mi familia pertenecía a una tribu tártara de la cual yo era jefe, a pesar de mi juventud. Éramos domadores y comerciantes de caballos salvajes, así que no nos faltaba el trabajo. Teníamos una manada a la que cuidábamos tanto mejor que a nosotros mismos. Muchos jinetes venían de todas partes a comprar nuestros equinos, pues su fama había cruzado las fronteras: persas, árabes, indios e incluso europeos. Una tarde apareció un grupo de hombres armados y nos exigió que les entregáramos toda la manada. Como jefe, me negué en rotundo. Era nuestra forma de vida; aceptarlo nos habría condenado. Dieron media vuelta y se marcharon después de amenazarnos. Estaba seguro de que volverían, de que eso aún no había acabado, así que hice colocar vigías en los cuatro extremos del campamento y escogí un grupo con los mejores hombres para seguirlos y asegurarnos de que se retiraban. Desde lo alto de la colina, vimos las columnas de humo. Bajamos tan rápido como el terreno nos lo permitió y, al llegar a la explanada, tuvimos que enfrentarnos a una visión terrible… —Hizo una pausa y, tras beber un sorbo de vino de dátiles, prosiguió con la mirada perdida—. Todas nuestras yurtas estaban ardiendo. Me metí entre las

llamas para intentar salvar a mi familia, pero no tuve éxito. El olor a carne quemada era insoportable, todavía hoy lo llevo impregnado en el cuerpo. Aniquilaron a toda la población, a nuestras mujeres e hijos, y robaron todos los caballos. Mis hombres y yo enterramos a nuestras familias allí. Aquel trágico día juré que encontraría a los responsables de aquella masacre y que les haría pagar por cada muerte con la misma moneda.

—¿Lo hiciste?

—No fue fácil ni rápido, pero la venganza no tiene prisa, solo un objetivo. Los encontré y, tal como prometí a nuestros muertos, lo pagaron con creces. Pero, para ello, tuve que cruzar los límites de mi conciencia. Y, una vez hecho eso, ya no hay marcha atrás. Te conviertes en una persona a la que apenas reconoces —concluyó con cierto pesar.

—¿Por qué me explicas ahora tu historia? ¿Acaso pretendes justificar tus actos con ello?

—No te equivoques, no tengo nada que justificar ante ti. Solo lo haré ante Alá el día que decida llamarme. Mi propósito es que entiendas que tienes algo por lo que vivir y luchar. Sabes quién ha sido el instigador y causante de todas tus desgracias. La venganza puede mantenerte en pie por muchas ráfagas de viento en contra que recibas.

Myrah se encontró con sus ojos, penetrantes y fríos, y supo que tenía razón. No podía rendirse, tenía que luchar por Mehmet, por su hijo nonato, por su padre, por Samarcanda. Abdal pagaría por todo ello.

Ghazam alzó la voz para llamar al guardián y, sin cruzar una palabra más, les dio la espalda mientras salían de la tienda.

A partir de ese día, Myrah cambio de actitud. Empezó a alimentarse y a recobrar las fuerzas poco a poco. Intentaba estar ocupada el máximo tiempo posible para no caer de nuevo en la tristeza que la embargaba cada vez que recordaba todo lo que había perdido. Estudiaba los pocos libros que llevaba consigo, escribía sobre lo que veía, oía o pensaba, y, en alguna ocasión, si encontraba cómo hacerlo, dibujaba bocetos del paisaje, de las personas o de la caravana.

El sol comenzaba a esconderse entre las montañas, así que optaron por quedarse en ese lugar y seguir la marcha al amanecer. La noche era tan clara, debido a la redondez de la luna, que se distinguía el mar de dunas como si de olas se tratase, así como el principio del valle, donde comenzaban a entreverse algunos matojos. Myrah admiró el

desierto que dejaban atrás. Había oído decir que pronto alcanzarían los montes Elburz y que, entre ellos, se hallaba la cima más alta de toda la región, donde las nieves cubrían permanentemente sus cumbres. A pesar de su condición de prisionera y de las penalidades del viaje, no dejaba de embargarla cierta curiosidad por ver algo así con sus propios ojos en lugar de hacerlo a través de los libros, como había hecho toda su vida. Si era tan digno de ver como decían, tendría que plasmarlo en papel. Así lo recordaría y podría mostrárselo a… «¿Quién?», se preguntó con pesar.

36

Me había entretenido observando los molinos de aceite y cómo la almazara exprimía las aceitunas. «Es un mecanismo curioso», me dije estudiándolo con detalle. Al mirar distraída por la ventana, vi que la luz del atardecer comenzaba a alargar las sombras de los árboles. Salí a toda prisa del lugar y subí la loma a la carrera.

Entré precipitadamente en la casa, asombrándome del silencio que la envolvía. Entonces me dirigí hacia la cuna donde había recostado a mi hijo y el rostro me mudó al verla vacía. Mil pensamientos pasaron por mi mente en los escasos segundos que permanecí con los ojos fijos en el hueco que había dejado su cuerpecito. Ninguno era bueno. Recordé la mirada fría de su padre el día que estuvo allí con él en brazos. Pensé en los bandidos de la zona, capaces de todo por obtener algún beneficio. Me imaginé a otra mujer, deseosa de ser madre. Mi frente se perló de sudor frío. «No tenía que haberlo dejado solo», me culpé sin saber qué hacer ni a quién acudir.

—¡Aigie!

La voz a mi espalda me devolvió a la realidad. Al volverme, reconocí a mi amiga con el bebé en su regazo.

—¡Por Alá! ¿Sabes el susto que me has dado? He imaginado lo peor —le reproché arrancando al pequeño de sus brazos.

—Cuando he llegado estaba llorando y no te he visto en casa, así que he salido a ver si te encontraba.

—Perdona, hay momentos en que me siento tan encerrada… Pienso que este no es mi sitio, que me estoy perdiendo tanto…

—Aigie, intenta olvidar. No hay ninguna posibilidad de volver al pasado.

—Ese es el problema, que me he quedado atrapada en él, de alguna manera. No hay un solo día en que los recuerdos no inunden mi mente.

—Y eso te hace infeliz.

—No llores, mi pequeño, ya estoy aquí… —La interrumpí al oír su llanto, sintiéndome culpable al ver el rostro de mi bebé húmedo por las lágrimas.

Acerqué el pecho a los labios que lo buscaban con fruición mientras me acomodaba en la mecedora y me aseguraba de que siguiera mamando. Me mordí el labio para sofocar el quejido al sentir

el roce de sus dientecitos.

Cuando Yunna se despidió y el pequeño ya reposaba de nuevo en la cuna, lo besé en la frente y le susurré:

—Ahora voy a seguir relatándote el penoso y largo viaje que Yunna y yo nos vimos forzadas a emprender como esclavas. A pesar de todo lo que había pasado, conseguí sacar fuerzas para seguir adelante con un único objetivo: la venganza. Y para llevarla a cabo sabía que debía continuar con vida, al precio que fuera.



Las distancias engañaban al ojo sobre el vasto paisaje. Lo que días atrás les parecía cercano, a medida que avanzaban seguía sin estar a su alcance y continuaban viéndolo casi a la misma distancia. La caravana era tan numerosa que el trecho que cubrían por jornada resultaba inferior al previsto. Si no aumentaban el ritmo, corrían el riesgo de que los atrapara el invierno y que la nieve cerrase los caminos. Todos conocían la *Canción de las nieves*, escrita por Cen Can muchos siglos atrás, que describía las inclemencias del tiempo. La habían recitado de niños en la escuela; con ella, además de introducirlos en el canto, los aleccionaban sobre los peligros de la naturaleza al desatar su furia sobre los habitantes de la tierra.

De pronto, Myrah se quedó observando un montículo de piedras que había en el camino, claramente colocadas por la mano del hombre. En ellas había insertados jirones de seda azul. Era un *ovoo*. La ruta estaba llena de ellos señalando puntos del camino que se consideraban sagrados. No fue la única a la que le llamó la atención, ya que se oyó un «Alto» que detuvo a la comitiva poco a poco. Vio pasar a Ghazam, esa vez sobre un camello, al que iba atizando con una varita sobre los cuartos traseros. Se detuvo frente al montículo y mandó doblar las patas delanteras a su montura para descender. Entonces, él y dos hombres más se agacharon y escogieron tres piedras de los alrededores que depositaron sobre las demás. Ghazam comenzó a andar despacio y lo rodeó hasta tres veces, dejando siempre su lado derecho más cerca del punto central. A Myrah le sorprendió que un guerrero de su carácter creyera en premoniciones. Una vez finalizado el ritual, se dirigió a pie, guiando su camello con las riendas en la mano, hasta el inicio de la caravana y, después de intercambiar algunas palabras con los guías, dio la orden de hacer noche allí mismo, ya que habían localizado un riachuelo a pocos metros de donde se habían detenido y unas ruinas que indicaban la antigua existencia de una ciudad, a juzgar por sus dimensiones.

Esa noche parecían todos más alegres. Sabían que habían dejado atrás las traicioneras dunas del desierto. El vino de hierbas y dátiles pasaba de una mano a otra entre los guerreros y guardias exentos del turno de vigilancia, pues siempre quedaba gente escoltando el campamento para evitar ser sorprendidos por ladrones o asaltantes de caminos y los posibles intentos de fuga de los prisioneros.

Chagatei se acercó a las dos muchachas y les llevó algo de comida y bebida para cenar. Con el paso de los días y los contratiempos vividos, el trato hacia ellas había pasado de arisco a atento. Procuraba tenerlas informadas sobre el trayecto que recorrerían la siguiente jornada, y no había día que no les proporcionara algún alimento.

—Aquí tenéis algo de arroz con carne. Mañana podremos disfrutar de nuevos sabores. Me han comentado que estamos entrando en el Jar Turán, una zona de gran vegetación donde abundan las gacelas y las cabras salvajes —expuso guiñando un ojo.

—Chagatei, ¿sabes a qué antigua ciudad pertenecen esas ruinas? —preguntó Myrah sin poder controlar su curiosidad.

—He oído a dos conductores que mencionaban Nishapur… Supongo que se referían a eso porque indicaban en esa dirección.

—Explícanos qué más han dicho de ella, Chagatei —lo acució Yunna con ganas de escuchar un buen relato.

—Parece ser que Nishapur fue, en su día, una hermosa ciudad. Destacaba en ella un magnífico palacio, rodeado por cuidados jardines con abundantes plantas y flores.

—En ella nació y murió Omar Jayam, uno de los más grandes sabios, según decía mi padre —añadió Myrah.

—¿Y qué le ocurrió a la ciudad para que ahora tan solo queden estas ruinas de ella?

—A ver si lo adivinas, Yunna —propuso Myrah con una sonrisa burlona—. Seguro que fue saqueada por uno de mis antepasados, como tantas otras ciudades.

—Cierto. Y además después sufrió un terrible terremoto que acabó de destruirla por completo —corroboró Chagatei.

—¿Sería posible acercarnos al río para darnos un baño? —preguntó Myrah cambiando de tema—. Siento el polvo del camino en el cuerpo y daría lo que fuera por sacudírmelo.

—Es peligroso alejarse de las tiendas. Además, algunos hombres han bebido demasiado. No es bueno tentar a la suerte.

—Por favor, no puedo esperar a la siguiente ocasión. ¡Igual tardamos semanas! Solo será entrar y salir, no habrá tiempo de que nadie nos vea. No me alejaré de la orilla —rogó Myrah con su mirada más seductora.

—Yo no pienso meterme en el río de noche, a oscuras, sin ver las aguas ni lo que hay en ellas —confesó Yunna.

—Está bien —consintió Chagatei a regañadientes—. Toma lo que necesites y vamos ahora que no hay nadie cerca. Espero no arrepentirme de esto.

Myrah corrió hacia su tienda y cogió unas ropas y una esponja de mar que le habían regalado en una ocasión unos comerciantes griegos. Tendría que frotar para recuperar el tono de su piel. Se pusieron en marcha para salvar la distancia que los separaba de la orilla. Chagatei se aseguró de que nadie estuviera cerca del lugar escogido y Yunna se colocó a modo de pantalla entre él y el cuerpo de Myrah, ya medio sumergido en las aguas, sujetando la tela en la que se envolvería al salir.

—Yunna, no sabes lo que te pierdes, esto es como renacer —dijo Myrah mientras se limpiaba el cuerpo con esmero.

—No te entretengas en hablar, ve deprisa —contestó ella, oteando alrededor preocupada.

No le hacía ninguna gracia estar sumida en la oscuridad sin ver más allá de su brazo.

—Yunna tiene razón: tiene más cabeza que tú. Se acabó el baño. Nos vamos —ordenó Chagatei.

Myrah hizo un gesto de fastidio, pero no discutió la orden; no quería abusar del buen trato que le dispensaba su guardián, así que se dispuso a salir del agua. En ese momento, un terrible gruñido le heló la sangre y le paralizó el cuerpo. Su mirada se dirigió hacia el lugar de donde provenía. Sus ojos se cruzaron con dos faros amarillos que destacaban en la negrura del entorno, muy cerca de donde se hallaban. Un rugido rompió el silencio. Chagatei se situó delante de Yunna y le hizo una seña con el brazo a Myrah para que se quedase muy quieta. Sabía que las fieras se guiaban por el movimiento para atacar a sus presas. A Myrah le parecieron horas los segundos que estuvo allí, preocupada por la agitación involuntaria de su cuerpo debido a los temblores que el pánico le provocaba. Entonces vio aparecer una figura masculina imponente que se plantó a escasos metros del animal, retándolo y gruñendo más fuerte que él. Este le respondió con otro gruñido, como demostrando que no se achantaba ante nadie. El hombre dio un paso más hacia él con un arma en la mano que brilló en la oscuridad. El felino lanzó un nuevo gruñido, esa vez más tenue, y comenzó a recular hasta volver sobre sus pasos y desaparecer entre la maleza.

Chagatei reaccionó de inmediato y se dirigió a Myrah, instándola a que saliera del agua enseguida, pero esta se había quedado paralizada

y no reaccionó a la llamada hasta que el otro hombre la sacó del agua en volandas. Entonces Yunna se acercó a ella y la cubrió con la tela, envolviéndola alrededor de su cuerpo.

Myrah, al levantar la vista, se encontró con los ojos de Ghazam, que la escrutaban como nunca antes lo habían hecho.

—Gran idea la de bañarse de noche en un paraje desconocido. Te comunico que es tierra de guepardos. Has tenido suerte de que el animal no estuviera demasiado hambriento —hizo saber a la princesa. Luego se volvió a su guardián y le recriminó—: Chagatei, ¿en qué estabas pensando? Ya no puedo fiarme de tu buen criterio.

—Lo siento, señor. Me ha pedido acercarse al río para lavarse y…

—Y te has dejado convencer de nuevo. Creo que voy a tener que relevarte de tu cargo y ponerte a cuidar de los animales. Igual te va mejor… Al menos no podrán enredarte con tanta facilidad.

—No la tomes con él, general. He insistido tanto que…

—No necesita que lo defiendas, sino que no vuelvas a exponer tu vida y la de los demás por un mero capricho de princesa acostumbrada a obtener todo lo que desea.

—¿Lo que deseo? —Myrah avanzó decidida hacia su interlocutor hasta colocarse a escasos centímetros de él—. Deseo no haberos conocido. Deseo estar en mi país, en mi ciudad. Deseo que mi marido esté vivo, conmigo; deseo que nuestro hijo siga creciendo en mi vientre; deseo poder recordar el rostro de mi madre; deseo que mi padre, khan de Samarcanda, gobierne aún allí en lugar de haber muerto a manos de su hijo. ¿Tal vez son demasiados deseos?

Ghazam hizo una seña a Chagatei —que se movía inquieto al presenciar la escena, pues sabía que por mucho menos algunos hombres habían hallado la muerte— para que se dirigiera con Yunna hacia las tiendas. Luego volvió el rostro crispado para enfrentarse al de Myrah. Después de sostenerle la mirada breves segundos, sin mediar palabra, la tomó en brazos y, despojándola de la tela que la envolvía, la dejó en el suelo y se situó encima de ella con tal ímpetu que de nada sirvieron los forcejeos de la muchacha para zafarse. Parecía un volcán liberando toda la fuerza aprisionada en su interior. Repasó cada centímetro de su cuerpo, ávido de él. Luego se detuvo en sus pechos, abundantes y duros, en su vientre liso. Buscó su sexo y la penetró con fuerza, pero cuidando de no dañarla para no devaluar la mercancía. Acabó con un gemido seco y cayó sobre ella, liberándola de sus brazos mientras esta seguía inmóvil. Al poco, Ghazam se incorporó y se colocó las ropas como si nada hubiera pasado. Luego la alzó sin esfuerzo con un brazo, recogió la tela del suelo y se la ofreció para que se cubriera.

—Volvamos a la tienda. Sigue siendo peligroso permanecer lejos de los fuegos mientras hay fieras cerca —ordenó con voz grave.

—Hay otro tipo de animales más peligrosos —respondió Myrah mientras se sujetaba la tela con manos temblorosas y se recomponía el cabello sin dejar de mirarlo llena de furia.

—Todavía no has comprendido tu situación, ¿verdad? Aquí ya no eres la princesa Myrah. Eres solo una mujer conducida hacia el mercado de esclavos para ser vendida como los demás. Es mejor que lo vayas asimilando de una vez. Vamos —añadió, tomándola por el brazo y dirigiéndose hacia su tienda.

Alcanzaron la de las muchachas y Ghazam la empujó con suavidad hacia el interior. Myrah se volvió decidida y, antes de entrar, se dirigió a su agresor con voz firme:

—Asegúrate de que no lleve una daga la próxima vez que oses ponerme la mano encima. No dudaré en hacer uso de ella hasta darte muerte, lo juro por Alá.

—No te hará falta hacerte con un arma para tal propósito. Lo que ha ocurrido hoy no volverá a pasar jamás. De hecho, estoy deseando llegar a Gorgán para entregarte y no volver a saber de ti. Los días que resten hasta alcanzar nuestro destino no cruzaremos palabra alguna ni me acercaré a vuestra posición.

Myrah lo observó expulsando por sus pupilas todo el odio que fue capaz y, sin añadir nada, entró en la tienda.

Ghazam se maldijo mientras atravesaba el campamento. Nunca antes había hecho uso de la fuerza para poseer a una mujer. Pero esa noche, después del enfrentamiento con el guepardo, con la adrenalina corriendo todavía por las venas, en cuanto tomó a Myrah en brazos y notó su desnudez, no pudo contener el deseo. Se había engañado, diciéndose que tan solo le preocupaba hacer un buen negocio con ella, pero la realidad era que hacía días que cada noche, al cerrar los ojos, se imaginaba las curvas de su cuerpo y soñaba con lo que sentiría al acariciarlo y unirse a ella. Pronto alcanzarían Gorgán, a orillas del mar Caspio, y por fin podría entregarla a cambio de una buena suma. La expulsaría de su vida y de sus pensamientos como si se arrancara una espina clavada en el cuerpo. No quería que ninguna mujer tuviera poder sobre él, y Myrah, aun sin saberlo, lo ejercía.

Yunna aguardaba a Myrah impaciente y asustada. Al verla entrar exclamó:

—¡Por fin!

—Yunna… —musitó con la mirada perdida mientras se protegía inconscientemente cruzando las manos sobre el sexo.

—¡Ghazam!

—Juro que a este hombre he de matarlo algún día —murmuró con la mandíbula apretada.

—Myrah… Lo siento, no debería haberte dejado sola con él.

—No estaba en tus manos. Como se ha asegurado de recordarme, somos sus esclavas. Tengo que hacerme con un arma, como sea. Si vuelve a ponerme la mano encima, que se dé por muerto, sean cuales sean las consecuencias —sentenció con lágrimas resbalando por las mejillas.

Yunna la rodeó con los brazos. Después se acercó a su pequeño baúl donde guardaba todas las medicinas y remedios naturales, y le dijo con suavidad:

—Déjame ver si te ha lastimado. También vamos a asegurarnos de que no traiga ninguna sorpresa dentro de unos meses. No podemos permitir que engendres un hijo de esa bestia.

—Yunna, amiga mía, ¿qué haría yo si no estuvieras aquí? —sollozó agarrada a ella con fuerza.

—Lo mismo que yo sin ti. Añadir la soledad a nuestros sufrimientos.

37

El sultán Murad tuvo que interrumpir su retiro en Manisa al enterarse de la revuelta que los jenízaros habían provocado en Adrianópolis. El descanso, tan merecido después de una vida llena de guerras contra sus enemigos, había sido breve. Su abdicación —aunque temporal, en favor de uno de sus hijos, Yusuf, en ausencia de su primogénito, Mehmet—, un fracaso. A pesar de las protestas de su esposa Mara, partieron de nuevo hacia Bursa, y en poco tiempo organizó la marcha contra los rebeldes logrando otro éxito gracias a sus grandes habilidades políticas y militares.

Pero ni con esa victoria pudo volver a su ansiado retiro. A las pocas semanas de su regreso de Adrianópolis, se vio obligado a hacer frente al conflicto abierto con los cristianos de los Balcanes, con los que ya llevaba disputadas varias campañas durante los últimos años. Había enviado de avanzadilla una parte de su ejército, comandado por Mustafá, su propio hermano, mientras él y sus generales trazaban y discutían la mejor estrategia para conseguir la victoria definitiva. A pesar de tener en gran consideración todas las opiniones, la última palabra era siempre la de Murad. Estaban enzarzados en ello cuando un correo irrumpió en la sala, a pesar de las protestas de los guardias que custodiaban la entrada.

—¡Mi señor, mi señor, tengo un correo urgente que entregarle! —exclamó el hombre, que se debatía con fuerza con los dos soldados que intentaban retenerle sin mucha fortuna.

—¿Qué es este escándalo? Hemos dado órdenes precisas de no ser interrumpidos por nadie —aseveró iracundo uno de los generales.

—Traigo noticias del destacamento del príncipe Mehmet que mi señor debe saber —insistió el hombre sin amedrentarse ante la mirada encendida del general.

—¿De mi hijo Mehmet? ¡Dejadle pasar de inmediato! ¿Qué noticias traes de él, dónde se encuentran? ¡Ya deberían estar cerca de nuestras fronteras y los vigías no los han visto todavía! —objetó Murad contrariado, haciendo un gesto apremiante para que permitieran el acceso al correo.

—Señor, me temo que no son buenas noticias las que os traigo —declaró inclinándose a la vez que extendía la mano—. Esta carta me fue entregada de manos de otro correo, que a su vez la recibió de otro

que llegó de Bagdad, con órdenes precisas de no detenerme hasta dársela en persona.

Murad se quedó petrificado, con la carta entre las manos y los ojos clavados en ella, sin hacer gesto alguno para abrirla y sin desear salir de dudas sobre su contenido. Un terrible presentimiento se apoderó de él. Alzó la mirada al notar clavados sobre su persona los ojos de los demás asistentes. Contuvo casi la respiración mientras rompía el sello y rasgaba el sobre. Se acercó a la luz del candil, ya que su vista comenzaba a fallarle, y desplegó la hoja con mucha lentitud, como si con ello pudiera retrasar el dolor que iban a causarle las líneas que bailaban ante sus ojos. Al acabar la lectura, se apoyó levemente contra el muro y respiró hondo.

—Majestad, ¿qué novedades trae el correo? —preguntó el segundo al mando, general de confianza y amigo personal del sultán, Yuder Pachá.

—La peor de las tragedias —declaró Murad, ofreciéndole la carta que había estrujado entre los dedos sin darse apenas cuenta.

—¡Por Alá! ¿Quién puede ser tan osado como para provocar al Imperio otomano? —lanzó Pachá tras leer su contenido.

—¿Mercenarios, comandados por quién? —preguntó airado otro general, situándose junto a Murad al enterarse de lo ocurrido.

—¡Esto es terrible! Muerto Ulugh Beg, es Abdal quien gobierna Transoxiana y, por lo que relata este soldado, es un déspota sanguinario.

—¿Cómo pude confiar en él y en sus envenenadas palabras sobre paz y concordia entre los dos imperios? ¡Tenía que haber sabido que los timúridas nunca cambian! De nuevo se repite la traición —farfulló Murad, hablando consigo mismo, encendido por una ira incontenible.

—No debéis atormentaros por ello, majestad. Ulugh Beg reinó con sabiduría, y las relaciones entre los pueblos eran fluidas. Él, muerto a manos de quien lleva su propia sangre, también ostentaba el linaje timúrida.

—¡Venganza! —voceó Murad alzando el puño—. Juro que no vivirá mucho tiempo el causante de la muerte de mi querido hijo Mehmet.

La sala se llenó de exclamaciones y gritos de apoyo a su soberano. Todos estaban afectados por la muerte del heredero. Había sido preparado desde niño para gobernar el sultanato, y entre los planes de Murad estaba el de abdicar en su favor una vez se instalase en Bursa con su esposa. Y ya no iba a ser posible.

—Señor, sabéis que tenía en gran estima a vuestro hijo. Lo vi crecer desde que apenas podía sostener una caña y lo formé hasta que

alzó con gran destreza la espada de Osmán —declaró Yuder Pachá.

—Lo sé, querido amigo. Recuerdo ese día y cómo se celebró el hecho de que el siguiente heredero de la dinastía osmanlí ya fuera hombre para empuñar la espada del fundador.

—Y por ese motivo me atrevo a exponeros que no es el momento adecuado para marchar sobre Samarcanda y vengar su muerte —prosiguió Pachá—. Tenemos una parte del ejército en los Balcanes y la otra recuperándose del regreso de la guerra en Adrianópolis. No podemos dividir las fuerzas ni abrir más frentes a la vez. Eso nos debilitaría y nos haría vulnerables ante nuestros enemigos.

Murad miró a su general, amigo y compañero en tantas batallas. Estuvo tentado de contradecirle, pero sabía que estaba en lo cierto.

—¡Podemos hacer que retroceda el flanco de los Balcanes y organizar la marcha hacia Transoxiana en pocas semanas, señor! —exclamó otro general al ver que Murad no reaccionaba a las palabras de Pachá.

—No. Como en tantas otras ocasiones, Yuder Pachá no se equivoca —replicó Murad dándole una suave palmada en el hombro a su amigo—. Mi deber como sultán está por encima de mi deseo de venganza inmediata como padre. No debemos dividir las fuerzas. Seguiremos con los planes trazados para acabar con la guerra comenzada. Ya llegará el momento de marchar contra el traidor Abdal. Cuando vuelvan, nos reorganizaremos y caeremos sobre él como un león sobre su presa.

—Hay una tercera opción, si me permitís, señor —puntualizó Pachá.

—¿En qué estás pensando? —preguntó Murad intrigado.

—Podemos enviar un pequeño grupo de soldados camuflados, sin distintivo de nuestro ejército, como comerciantes. Hacerlos llegar a Samarcanda por la Ruta de la Seda y, una vez allí, contactar con algún fiel a Ulugh para que nos dé información sobre Abdal y sus costumbres: cuándo sale y entra de la ciudad, qué compañía lleva, qué mercenarios estarían dispuestos a cambiar de bando…

—¿Con qué objetivo? Será difícil acabar con él… Con la cantidad de enemigos que se ha creado, debe ir siempre escoltado. Nadie se arriesgará a traicionarlo —objetó otro de los presentes en la sala.

—El objetivo debe ser hacerlo prisionero y traerlo a Bursa —sentenció Murad—. Quiero verlo sufrir hasta que ruegue por su propia muerte.

—Esa era la idea, señor. Me ofrezco voluntario para organizar al grupo de soldados e ir al frente de la misión —afirmó Pachá cuadrándose ante el sultán.

—La probabilidad de éxito no es alta. Abdal estará en su terreno y será muy difícil aislarlo para caer sobre él. Las consecuencias, si sois descubiertos, serán terribles, Pachá.

—Para un guerrero no hay batalla fácil, majestad. La consecuencia de una derrota siempre es la muerte. Estoy preparado para recibirla, si es la voluntad de Alá. Pero si tenemos éxito y podemos capturarlo, habremos evitado una guerra y muchas muertes.

Murad se paseó arriba y abajo en silencio. Los demás no añadieron ningún comentario, sabían que no debían interrumpir al sultán mientras mantenía esa actitud. Finalmente, se detuvo ante el general y, poniendo las manos sobre sus hombros, le dio su aprobación.

—Vuelve con vida, amigo. No quiero perderte. Escoge a los hombres que consideres más capaces para esta misión. Deben dominar la lengua tártara y conocer sus costumbres. Diles que serán bien recompensados a su regreso.

—Así lo haré, majestad. Partiremos en cuanto estemos preparados.

Pachá hizo un gesto afirmativo con la cabeza y retrocedió varios pasos sin dar la espalda a su señor. Después se dio la vuelta y salió por la puerta de la sala con decisión. Debían estudiar la ruta y asegurarse aliados en las ciudades donde se detuvieran.

La estancia se llenó de murmullos; unos aprobaban el plan y otros lo veían descabellado. Murad se dirigió a ellos, dando por concluida la reunión. Todos fueron saliendo, y por fin se quedó solo. Poco a poco, fue relajando los hombros hasta dejarlos caer como si soportasen todo el peso del mundo. Solo entonces se permitió derramar las lágrimas que había estado reteniendo por la pérdida de su hijo. Nunca más volvería a escuchar su risa, ni a compartir con él paseos por los jardines de palacio, ni a admirar su porte y gallardía ante la batalla. Abdal pagaría por ello. Si Pachá conseguía su objetivo, vengaría la infamia con la crueldad reservada a sus peores enemigos. Si no lo lograba, tendría más muertes que vengar, y ya encontraría el momento y la manera de llevarla a cabo. Salió de la sala de nuevo erguido, como debía andar un soberano, con el propósito de ir al encuentro de su esposa Mara, la única persona ante la que podía mostrarse vulnerable.

38

Ghazam cumplió su palabra. Durante los tres días y tres noches que tardaron en divisar el caravasar de Gorgán, Myrah no volvió a saber de él. Estaba deseando llegar al lugar para dejar de sentir el traqueteo del carro en el cuerpo. Aunque no había querido reconocerlo delante de Yunna, la aterraba su destino una vez Ghazam realizase la venta de esclavos. ¿En manos de quién caerían? Durante el trayecto desde Merv hasta Gorgán, a pesar de todas las privaciones y la dureza del viaje, habían sido tratadas de una forma diferente al resto de los prisioneros, sobre todo las últimas semanas, por parte de Chagatei. Lo había descubierto mirando a Yunna de un modo especial en más de una ocasión, y sus atenciones excedían las obligaciones de cualquier guardián. Habían establecido una relación curiosa, pues Yunna, a su vez, le proporcionaba remedios cuando tenía alguna dolencia y le preparaba infusiones que él bebía con placer. En cuanto las vendieran, sería bien distinto.

Myrah era consciente de que nada de lo vivido hasta salir de Samarcanda la había preparado para sufrir todas las desgracias de los últimos meses, y menos para enfrentarse al hecho de ser vendida al mejor postor. Quizá la separasen de Yunna; entonces la soledad caería sobre ellas como una losa. Desde que Ghazam le había recordado que tan solo eran mujeres que serían vendidas como mercancía, no podía dejar de dar vueltas a la posibilidad de escaparse. Primero había pensado en intentar comprar su propia libertad mostrando la fortuna que llevaba oculta. Pero de inmediato desechó la idea, ya que una vez realizara el pago, nada les aseguraba su libertad. Dudaba que los comerciantes de esclavos tuvieran muchos principios. Lo más probable era que se quedaran el pago y las vendieran igualmente después. Pensó en ocultarse en alguna otra caravana de regreso a Transoxiana, pero luego recordó que Ghazam haría ese trayecto. Tendría que seguir pensando, algo se le ocurriría. De momento, su primer objetivo era hacerse con un arma, una pequeña daga o un cuchillo afilado. Luego ya vería.

Cuando ya estaban próximos al acceso del caravasar, Ghazam adelantó a la caravana a lomos de su corcel y se dirigió a los dos hombres que guardaban la entrada. Mantuvo con ellos una breve conversación y volvió a ponerse al frente del grupo para indicar a sus

segundos cómo accederían al lugar. La fortaleza tenía un tamaño considerable y estaba dividida en varias más pequeñas. Una de ellas, la más apartada de las otras, estaba reservada para los animales. Era el único modo de alejar de las personas los malos olores y el exceso de moscas. Otras se utilizaban como almacén.

Al entrar, Myrah se quedó sorprendida por las dimensiones del caravasar y por su curiosa construcción. Ante ellos apareció una gran plaza de planta cuadrada; a su alrededor se distribuían, a dos alturas, unas bóvedas de adobe y ladrillo que le recordaron a las dunas del desierto que habían dejado atrás. Tras ellas se encontraban las habitaciones para los viajantes que llegaban allí en busca de alojamiento. En el centro se erguía una fuente de piedra tallada que destacaba por su color blanco. El carro se detuvo y se apearon frente a uno de los arcos. Chagatei se dirigió a ellas:

—Os acompaño a vuestra habitación. Seguidme.

—¿Sería posible bajar el baúl con nuestras ropas? Tal vez podamos lavar las que llevamos… Tienen más polvo que el mismo camino —preguntó Myrah, pensando más en lo que llevaba escondido en el compartimento oculto que en los trajes.

—Lo traeré personalmente cuando os haya dejado allí —aseguró.

La habitación, aun siendo de pequeñas dimensiones, les pareció un palacio: contaba con dos camas y una jofaina con agua para asearse. Al poco rato apareció Chagatei con el baúl.

—Tengo órdenes precisas de no dejaros salir. Cuando anochezca, os traeré algo para cenar. No hagáis ninguna tontería —añadió con los ojos fijos en Myrah—. Se harán turnos de guardia. Esta vez no podrás engañar a nadie, y ni yo mismo podría salvaros del castigo.

—Ve tranquilo, Chagatei —interrumpió Yunna sin dar tiempo a que Myrah le replicase—. Estamos tan agotadas que solo queremos dormir y descansar. Te doy mi palabra.

Una vez solas, se despojaron de sus ropas y se lavaron con esmero todo el cuerpo. Después, mientras Yunna descansaba tumbada en la cama, Myrah se recostó sobre los almohadones pensando en la manera de escapar. No temía las consecuencias de un intento fallido. Nada podía ser peor que ser vendida a un tratante de esclavos. En ese momento, las primeras notas de una melodía la sacaron de sus pensamientos y le arrancaron una sonrisa. Música. Recordó cómo su padre le decía: «La música tiene el poder de transportarte a otros lugares y de cambiar el ánimo de las personas». Se asomó a la ventana y vio que un grupo se había congregado en círculo justo delante de su puerta y cantaba con alegría mientras se repartía comida y bebida. La noche había refrescado el ambiente, y sintió un escalofrío. «Es mejor

dormir. Mañana tendré tiempo de seguir pensando», se dijo.

La despertaron unos golpes en la puerta. Al incorporarse, vio a Yunna abriéndola y a Ghazam entrar precipitadamente, sin mediar palabra.

—Vengo a deciros que la transacción está hecha. El tratante que os ha comprado, junto con el resto de los prisioneros, tiene intención de conduciros a Kaffa para venderos. En cuanto cobre lo pactado, me libraré de vosotras para siempre.

—¿Kaffa? —preguntó Myrah.

Ghazam se abstuvo de mencionar que Kaffa era una colonia genovesa, la más grande en venta de esclavos, y que desde allí se distribuían a varios destinos. En Europa eran muy apreciadas las esclavas que provenían de tierras musulmanas, así que suponía que ese sería el suyo.

—Espero que la venta te haya beneficiado después de todo el trabajo que te hemos dado —espetó la princesa ante su silencio.

—Mañana al amanecer, partiré de nuevo hacia el este —añadió, como si no hubiese oído las últimas palabras de Myrah—. Chagatei vendrá a buscaros dentro de un rato para que hagáis algo de ejercicio.

En cuanto salió de la habitación, Yunna comenzó a sollozar en silencio. Myrah se acercó a ella y la abrazó.

—No tengas miedo, algo se me ocurrirá —le susurró al oído.

—¡No! No quiero que intentes nada. Te matarán, y no podría aguantar esto sin ti. Prométeme que no harás nada.

—Hum…, te lo prometo —contestó, sabiendo que ninguna de las dos creía en esa promesa.

Al anochecer volvieron a oírse cánticos y conversaciones alegres en la plaza. Chagatei apareció con una bandeja en la que llevaba carne, arroz y algo de fruta. Su semblante reflejaba preocupación. Antes de salir, se dirigió a Myrah:

—El general me ha pedido que te conduzca a sus aposentos en cuanto acabéis de cenar. Esperaré fuera —concluyó sin mirarla a los ojos.

Myrah sintió una sacudida. Sabía que era inútil negarse.

Cuando poco después llegó frente a su puerta, se sobrepuso. No podía darle la satisfacción de que viera temor en sus ojos. Llamó con decisión y entró.

—Adelante, acércate —dijo tomándola del brazo.

Myrah tensó todo el cuerpo al sentir el contacto. Él le respondió

con una mueca divertida mientras la atraía por la cintura. Después, puso las manos alrededor de su cuello, casi con delicadeza, y se inclinó sobre ella para besarla. En ese momento notó cómo, a la vez que sus bocas se juntaban, le arrancaba de un tirón el colgante que ella llevaba oculto bajo la ropa. Entonces lo empujó con fuerza hacia atrás.

—¡Devuélveme eso! —gritó con rabia, apretando los puños—. Te lo ruego, Ghazam —suplicó tragándose el orgullo—, es todo lo que me queda de mi padre.

—Tú no lo vas a necesitar, en cambio yo debo enfrentarme de nuevo al desierto y a la estepa, y esto me será de gran utilidad. ¡Es una obra de arte! —afirmó estudiando el objeto por ambas caras.

—¡Maldito seas! Espero que este mismo colgante sea la causa de tu muerte —escupió mirándolo con odio.

—Y yo espero que tengas una agradable travesía. ¡Chagatei! —gritó con fuerza para hacerlo aparecer de inmediato—. Devuélvela a su cuarto y no te separes de la puerta durante la noche.

Myrah salió tras él sin volverse. En su mente solo había una imagen: el cuerpo del general envuelto en sangre.

Las despertó la primera luz del alba; en la plaza había mucho movimiento. La caravana que se dirigía hacia su hogar preparaba su marcha. Los comerciantes apuraban para hacer sus últimas compras. La sensación de impotencia y frustración creció al verlos partir. Ya solo podían esperar para ver quién abriría la puerta para recogerlas. Su sorpresa fue mayúscula al ver entrar a Chagatei, inclinando la cabeza, como siempre, debido a su gran envergadura física.

—¡Chagatei! —exclamó Yunna dando un salto para situarse junto a él—. ¿Qué haces aquí? ¿No debías marchar con Ghazam hacia Samarcanda?

—He tomado la decisión de continuar el viaje con vosotras hasta Kaffa —contestó desviando la mirada hacia Myrah.

—¿Y Ghazam te lo ha permitido? ¡Eres uno de sus mejores hombres! Me extraña que haya renunciado a ti por nosotras —continuó diciendo Yunna incrédula.

—Soy un hombre libre. No estoy obligado a seguir a nadie. Aunque le debo mucho a Ghazam y llevo muchos años guerreando a su lado, ha llegado el momento de separarnos. Os parecerá increíble, pero juraría que, cuando se lo he expuesto esta mañana, he visto en su mirada cierto alivio. Lo conozco muy bien. Voy a seguir protegiéndoos hasta que lleguéis a vuestro destino, en la medida que me sea posible,

dada la situación actual.

—¿Y qué opina de eso nuestro nuevo dueño? —quiso saber Myrah.

—Está encantado de tener a alguien trabajando para él sin que reciba una paga a cambio. Le ha costado entenderlo.

—¿Cómo es? —preguntó Yunna con cierto temor.

—Conocerlo ayer fue lo que me decidió a dar este paso. Es un hombre sin escrúpulos, como la mayoría de los tratantes. Pero no sufráis, no os dejaré a su merced, y solo será hasta que lleguemos a Kaffa.

Se produjo un silencio incómodo al oír el nombre de la colonia de esclavos. Chagatei se acercó a Myrah, extrajo una caja alargada de su túnica y se la ofreció diciendo:

—Me lo ha dado Ghazam para que te lo entregase en cuanto partiera. Me ha dicho que pronunciara estas palabras: «Acepta este presente a cambio». Luego me ha dado una nota —añadió ofreciéndole una hoja de papel doblada—. También me ha asegurado que no ha revelado vuestra identidad al comprador. Os ha vendido como nobles señoras. Ha añadido que el brazo de Abdal es largo, y que así tendríais más opciones de seguir con vida.

Myrah tomó el paquete y la nota sin decir nada. No quería revivir su violación ni darle detalles de sus encuentros a Chagatei. Se dirigió a una esquina del cuarto y abrió la caja con manos temblorosas. Perpleja, se quedó mirando el interior. La hoja reluciente de una preciosa daga con incrustaciones en el mango le arrancó un principio de sonrisa. Entonces desdobló la hoja y leyó en silencio las pocas líneas que la llenaban: «Una noche me dijiste que me asegurara de que no tuvieras una daga si volvía a tocarte. Como ya no estoy a tu alcance, te la ofrezco. Te la has ganado. Lucha por tu venganza, eso te mantendrá con vida». Myrah releyó aquellas palabras, preguntándose cómo podía odiar a alguien tan profundamente y a la vez estar en deuda con él.

39

La siguiente vez que vieron a Chagatei iba acompañado de dos hombres con una actitud poco amistosa. Abrieron la puerta de golpe y, con un gruñido, les indicaron que era el momento de reemprender la marcha. Al pasar junto a ellos, Myrah observó que sus miradas libidinosas las traspasaban. Chagatei cubrió sus espaldas mientras bajaban hasta el lugar donde los aguardaban. Varias carretas repletas de mercancías llenaban la parte sur de la plaza. A ellas se unieron otras que portaban alimentos y agua, en las que algunos esclavos seguían cargando pesados fardos bajo las órdenes de un capataz. Los dos hombres les señalaron adónde debían viajar. Uno de ellos subió al pescante y el otro se dirigió hacia ellas. Sin mediar palabra, tomó una cadena de la que pendía una argolla y la colocó alrededor del tobillo de Yunna, que lanzó un gemido al notar la presión del metal.

—Esto no es necesario —dijo Chagatei, dirigiéndose al hombre—, no van a ir a ninguna parte. Yo me hago responsable de ello, ya lo hablé con tu jefe. Si no me crees, puedes ir a preguntárselo —añadió al ver la mirada escéptica que le dirigía.

La figura de Chagatei era tan imponente que, a su lado, el otro guardián parecía haberse encogido.

—Sería la primera vez que lleváramos esclavos sin encadenar, en cualquier momento pueden intentar huir. Lo hacen incluso atados… —contestó en tono despectivo.

—Cuando el comprador vea las heridas en sus tobillos, no creo que les dé el mismo valor —volvió a intentarlo Chagatei.

—¡No estaré delante cuando eso ocurra! Ahora están a mi cargo; no hay más que hablar.

—Al menos ponlas más flojas para que no les hagan llagas —insistió Chagatei, poniendo a prueba la paciencia del otro, que ya se inclinaba sobre Myrah.

—Las pondré como me dé la gana. No vas a enseñarme a hacer mi trabajo, extranjero —replicó mientras la ajustaba—. ¡Ni que fueran princesas! Ya pueden dar gracias de no ir con todas las demás, no entiendo por qué se les da un trato especial.

Chagatei, con el rostro encendido, se disponía a responder cuando Yunna intervino:

—Apenas la noto. No pasa nada, está bien —dijo al darse cuenta de

que el hombre no daría su brazo a torcer y de que Chagatei no debía enemistarse con su guardián. Su posición allí era muy débil.

«¡En marcha!», resonó a lo lejos. Pasados unos minutos, el carro empezó a moverse. Myrah observó la carreta con atención para ver qué más había. El baúl donde guardaban la ropa estaba cerca de ellas. Alargó el brazo para alcanzarlo, pero no lo consiguió. «Tendré que esperar a que Chagatei aparezca en algún momento», se dijo. Tomó la mano de Yunna y la asió con fuerza. Los ojos de ambas estaban húmedos cuando se encontraron.

Al traspasar la muralla del caravasar, pudieron ver la caravana en su totalidad. Era de grandes dimensiones. Al menos había un centenar de camellos, con sus conductores y la carga que soportaban. También caballos, aunque en menor proporción, y asnos. Una treintena de carros formaban una línea que semejaba una serpiente arrastrándose por el suelo. La mayoría de los esclavos iban a pie, atados por la cintura unos a otros, llevando sobre sus espaldas los bultos mezclados con sus penas. Myrah recordó a los esclavos que tenían en Samarcanda y, con un estremecimiento, se preguntó si habían llegado hasta allí del mismo modo; nunca antes se lo había planteado. Intentaron acomodarse, conscientes de que no había nada que pudieran hacer para aliviar su situación.

A medida que pasaban las horas, sus cuerpos doloridos por el traqueteo y el agarrotamiento de los músculos se hacían notar. Cuando les pareció que no podrían resistir más, oyeron la señal de alto. Myrah abrió los ojos y se percató de que el sol estaba ya muy bajo. Pronto anochecería. Aliviada, vio llegar a Chagatei.

—Haremos noche aquí. Quítales las cadenas, tienen que bajar y andar un poco —dijo dirigiéndose al guardián.

Este, tal vez debido al cansancio o al tono autoritario, no discutió y abrió las argollas dejando al descubierto las heridas ensangrentadas causadas por el roce.

—Respondes con tu vida si intentan huir —aseveró sin mirarlo siquiera.

Bajaron del carromato con dificultad y siguieron a Chagatei hasta una pequeña loma, a escasos metros del camino. Este las obligó a andar en círculos para que la sangre volviera a todas las articulaciones. Después tendió una manta sobre el terreno para que pudieran descansar.

—¿Podrías traer el cofre con mis medicinas? Está en el interior del baúl —rogó Yunna con un hilo de voz.

Al poco volvió con él entre las manos y se lo acercó. Al entregárselo, la mano de Yunna se cerró sobre la suya.

—¿Qué sería de nosotras sin ti, Chagatei? Nunca podremos agradecerte bastante lo que haces por nosotras —confesó mientras rebuscaba entre sus medicinas hasta hallar el ungüento que necesitaban para sanar las heridas.

—Mi deber ahora es protegeros. Voy a por un poco de agua y algo de comida —replicó levantándose como un resorte al contacto de su mano—. Después será mejor que intentéis dormir. Nos esperan duras jornadas a partir de mañana. Dejaremos la planicie y comenzaremos a ascender hasta el desfiladero que sirve como paso entre las montañas. Eso significa frío y nieve en esta época del año. Los próximos días haremos parte del trayecto andando, ya que los animales no podrán avanzar con la carga, y el terreno es inestable.

—¿Conoces la leyenda que habla de los pueblos aislados en los valles, ajenos a los avances de las ciudades, que siguen viviendo como sus antepasados? —preguntó Myrah escrutándolo.

—Algo he oído, pero nunca me he topado con ninguno de ellos —negó—. Sé en qué estás pensando. Quítatelo de la cabeza. Aun en el caso de que los halláramos, nadie nos socorrería. No intentes nada, sería una locura.

—¿Y qué otra opción tenemos? ¿Esperar a que nos vendan en un mercado de esclavos? ¿No es mejor la muerte que eso? —lo interrogó con mirada encendida.

—Solo te digo que ese no será el sitio ni el momento adecuado —musitó, dándoles la espalda al marcharse.

Myrah se quedó pensativa. ¿Eran imaginaciones suyas o le había parecido entrever alguna posibilidad de que Chagatei tuviera un plan de huida?

La noche se cerró portando un viento gélido de las cercanas montañas que las obligó a acurrucarse una junto a la otra para darse calor y protegerse con la única manta que poseían. Sobre ellas, multitud de puntos centelleantes destacaban en la negrura del inmenso cielo.

Tal como había pronosticado Chagatei, las siguientes jornadas fueron muy duras. La pendiente iba en aumento a medida que ascendían, y los animales, agotados y asustados por la estrechez del camino y el abismo que intuían al otro lado, se resistían a seguir avanzando hasta que eran azotados por sus conductores y obligados a continuar la marcha. El agua se racionaba a conciencia. Primero los guardianes, luego los animales y, por último, los cautivos. De vez en cuando alguno de ellos caía al suelo, desmayado o exhausto. En esos casos, el

guardián más próximo descargaba el látigo sobre su cuerpo. Si veía que ya no respondía o que iba a ser una carga para el viaje, lo empujaba hasta que desaparecía en las profundidades del barranco.

Myrah y Yunna se turnaban para ir encima del asno que Chagatei les había conseguido a pesar de las quejas del guardián, y él mismo lo guiaba con mano de hierro para evitar que diera algún traspié con los guijarros sueltos del camino. A pesar de esa ventaja sobre los demás prisioneros, el cansancio había hecho mella en las dos. A partir del sexto día empezaron a divisar algunas placas de nieve que fueron en aumento a medida que seguía el ascenso, hasta acabar cubriendo todo el paisaje. El intenso frío, que cuando el sol se ocultaba era lacerante, se sumaba a todas las demás dificultades para avanzar. Las jornadas parecían eternas.

Por fin creyeron que comenzaba el descenso y, poco a poco, empezaron a destacar algunas manchas verdes que corroboraban el cambio de altitud. Ese día, al detener la caravana para pasar la noche, montaron las tiendas y encendieron hogueras. Una partida de hombres salió de caza para volver al cabo de unas horas con varias piezas que cargaban a sus espaldas. El agradable olor que desprendía el asado hacía la boca agua a los desgraciados que tenían la certeza de que no lo probarían. Por suerte para Myrah y Yunna, uno de los cazadores era Chagatei. Después de descargar la pieza más grande en la hoguera de los guardias, se reservó una más pequeña para él.

Tras las últimas noches al raso, tiritando de frío y con el estómago vacío, esa prometía ser mucho más llevadera. Myrah disfrutó de la carne como no recordaba haber hecho en su vida, hasta dejar los huesos brillantes, y luego decidió ir a descansar a la tienda; necesitaba recuperar fuerzas para seguir adelante. Yunna y Chagatei permanecieron un rato más junto al fuego. La complicidad que tenían en algunas ocasiones hacía que Myrah se sintiera excluida del círculo.

Sintió un enorme bienestar al tumbarse sobre la improvisada cama y cubrirse con la manta. Los ojos se le cerraron sin esfuerzo, y al instante cayó en un sueño profundo. En él estaba con su marido, Mehmet, retozando como acostumbraban. La acariciaba. De pronto, desde el fondo de su conciencia, sintió que las garras que la aferraban con fuerza no correspondían a las suaves manos de su esposo. Abrió los ojos de golpe y se topó con otros de mirada lasciva en el rostro repugnante del hombre que se encontraba encima de ella. Al verla despertar, una de las manazas de su agresor cayó sobre su boca para detener el grito que a punto estuvo de lanzar, mientras con la otra intentaba subir sus ropas, rebuscando sus pechos y su sexo. Una oleada de rabia, asco y odio acumulado durante tanto tiempo surgió

de lo más hondo de su cuerpo y, con una fuerza inusitada para una mujer de su complexión, le pateó el vientre y el hombre cayó hacia atrás. Sin darle tiempo a levantarse, Myrah se abalanzó como un animal sobre él, hundiéndole la daga que guardaba cada noche junto a ella en el pecho tan hondo como pudo, mientras este la miraba con estupor antes de exhalar su último aliento. En ese momento oyó ruidos fuera y se volvió enfurecida, empuñando de nuevo el cuchillo, que todavía goteaba sangre. Yunna se quedó petrificada al ver la escena. No reconocía a Myrah en esa mujer con el rostro contraído por la furia y la figura amenazante seguía acercándose a ella. Inconscientemente, la chica dio un paso atrás.

—¡Myrah, soy yo, Yunna!

—Ve a buscar a Chagatei. Tenemos un problema —ordenó mirándola a los ojos.

Yunna salió de inmediato, asustada por lo que acababa de presenciar. Mientras, Myrah cogió la manta y la colocó sobre el hombre. Después, con sorprendente calma, limpió la daga con mimo hasta enfundarla de nuevo en el cinturón que llevaba oculto.

Chagatei introdujo la cabeza en la tienda y, poniéndose un dedo sobre los labios en señal de silencio, volvió de nuevo al exterior para cerciorarse de que nadie lo veía entrar. Una vez en la tienda, se acercó a Myrah, que le señaló con desprecio el bulto que destacaba a sus pies. Él se agachó y tiró de la manta que lo cubría. A simple vista se dio cuenta de que estaba muerto.

—¿Sabes lo que has hecho? ¡Es el guarda de nuestros carros! En cuanto noten su ausencia, estamos perdidos.

—Este animal pretendía violarme —respondió con voz queda—. Volvería a hacerlo una y mil veces. Dejémonos de lamentaciones. Tenemos que pensar cómo nos deshacemos de él sin que nadie se dé cuenta.

—Eso es imposible. Están continuamente rondando la caravana y vigilando todo lo que se mueve. ¿Cómo pretendes que carguemos ese peso y pasemos desapercibidos? —preguntó angustiado mientras daba vueltas alrededor del cadáver.

—Hum…, pues, entonces —concluyó frunciendo los labios, como era habitual cuando se concentraba—, lo más seguro será no sacarlo fuera. Cavaremos aquí un hoyo donde ocultarlo.

—De todos modos, se darán cuenta de su ausencia cuando amanezca y no esté en su puesto. Seguro que sospecharán de nosotros —añadió Yunna desde la entrada, donde había permanecido todo el tiempo vigilando asustada.

—No hay otra salida —sentenció Myrah.

Comenzaron el arduo trabajo de cavar con los pocos medios de los que disponían, turnándose para no ser sorprendidos. Myrah se dirigió a la abertura e hizo un gesto a Yunna para relevarla. De pronto, su cuerpo se tensó al ver una sombra y una cabeza asomando por ella.

—¿Qué diablos pasa aquí? —rugió el hombre, que dio dos zancadas hasta situarse en el centro de la tienda y miró con pasmo el cuerpo inerte de su compañero.

Un silencio espeso cayó sobre ellos. Chagatei se interpuso entre él y las mujeres.

—Este desgraciado ha entrado a robar. Yo estaba cerca y he oído la pelea. Ha intentado atacarme y, en la lucha, ha caído —relató con la mayor convicción posible.

—¿Robar a unas esclavas? —dijo con sorna, mirando a su alrededor—. ¿Me tomas el pelo?

Myrah salió en ayuda de su amigo.

—Es cierto. Aunque esclavas, aún poseemos algunas cosas de valor. Ahora pueden ser vuestras si no nos delatáis —dijo confiando de nuevo en la avaricia humana.

—Si lo hago también serán mías, y encima obtendré una recompensa —respondió entornando los ojos al considerar la propuesta.

—Si lo hacéis, ambos sabemos que vuestro superior se quedará todo lo que tenga algún valor.

El hombre la estudió con atención. Después miró al gigante que tenía delante y a la otra mujer, asustada como un conejo, que se ocultaba tras él.

—Enséñame qué tienes.

Myrah se arrodilló, dándole la espalda. Segundos después se alzó con algo entre las manos.

—Esto bien vale tu silencio —arguyó mostrándole un anillo con incrustaciones de rubíes y esmeraldas.

—No es suficiente. Me juego el pellejo, si nos descubren.

—Cuando estemos llegando a nuestro destino, recibirás el resto —añadió inflexible.

El hombre tomó el anillo entre los dedos y lo analizó a conciencia. Finalmente, asintió.

—De acuerdo. Tres días, no esperaré más.

Myrah supo que no podía tensar más el trato y asintió.

—No he visto nada. Ni siquiera me he acercado aquí. Si mañana sois descubiertos, no será mi problema —sentenció saliendo de la tienda.

La tensión continuó flotando en el ambiente unos segundos.

Después, Chagatei se volvió hacia ellas para apremiarlas. No podían perder más tiempo.

Siguieron excavando el terreno hasta crear el espacio suficiente para depositar el cuerpo. Antes de empujarlo dentro, Yunna hizo un gesto para que Chagatei se detuviera. Entonces, para sorpresa de sus compañeros, se agachó y rebuscó a conciencia en los bolsillos y entre las ropas del hombre. Con expresión triunfal, se volvió hacia ellos con un saco de monedas en la mano.

—¡Ajá! Estaba segura de que llevaba su paga encima. Estos no se fían ni de su sombra —dijo tendiendo el botín a Myrah.

—Bien pensado, Yunna.

—Si te descubren con eso encima, habrás escrito tu sentencia de muerte —le advirtió Chagatei.

—Ya pensaré dónde ocultarlo. Tal vez con esto más lo que tengo escondido en el baúl podamos comprar nuestra libertad.

—Es un milagro que sigáis conservando vuestro baúl. Dudo que podáis mantenerlo cuando lleguemos a la ciudad, eso si no os lo arrebatan antes.

Una vez cubierto de nuevo el hoyo, lo aplanaron e incluso pusieron placas de hierbas para disimular el movimiento de tierra. Miraron satisfechos el resultado. Tras comprobar una vez más que no había testigos, Chagatei salió de la tienda y se situó cerca de ellas para descansar hasta que la primera luz de la aurora lo despertara. A pesar de la preocupación que le embargaba por la situación en que se podían ver envueltos al día siguiente, le venció el cansancio y se durmió a los pocos segundos de tumbarse sobre su fardo.

Las voces y los silbidos de los líderes de la caravana despertaron a Myrah. Había pasado toda la noche sumida en terribles pesadillas, en las que la figura de su atacante emergía entre las tinieblas mientras una espeluznante carcajada brotaba de su garganta. La daga permanecía hundida en su pecho, aunque parecía no afectarle. Entre vigilia y vigilia, para evitar caer de nuevo en esas imágenes, había aprovechado para trabajar. Se levantó con rapidez para asomarse a ver qué sucedía. Aliviada, comprobó que estaban organizando la marcha. Reunieron sus pocas pertenencias y, después de que Chagatei recogiera la tienda, se dirigieron a su carro. Al acercarse, el conductor les preguntó con cierta preocupación si se habían cruzado con el guardián.

—Me ha parecido verlo esta mañana al inicio de la caravana —respondió Chagatei con aplomo.

El conductor soltó un improperio. Luego les hizo un gesto para que subieran rápido al carro sin acordarse de ponerles las cadenas. La caravana no esperaba a nadie. Poco a poco, fueron avanzando hasta que frente a ellos apareció un desfiladero que los obligó a ir en fila, moderando la marcha. A vista de águila, debían parecer un ejército de hormigas recorriendo un surco entre montículos de piedras. De pronto, se oyó un rumor que fue aumentando de volumen. Myrah volvió el rostro intrigada para descubrir la procedencia de este y se quedó paralizada al ver lo que se les venía encima. Por la ladera, una nube de polvo envolvía multitud de guijarros y piedras que iban sumando a cada giro que daba hasta convertirla en una lluvia de proyectiles que se dirigían hacia ellos en el tramo final de la caravana. Todos se dieron cuenta de la situación. El caos se apoderó del grupo en cuestión de segundos. Algunos, como ellos, corrieron a protegerse bajo los carros, otros huían hacia delante, intentando inútilmente ganar en velocidad a la furia de la montaña. Los menos se dirigieron hacia atrás o se quedaron petrificados, sin reaccionar, viendo venir el desprendimiento sobre sus cabezas. El ruido era ensordecedor. Los impactos de las piedras arrancaban gritos desgarrados y relinchos, también quejidos de algunos carros al romperse en mil pedazos. Después, el silencio.

Con necesidad de tomar algo de aire, Myrah y Yunna salieron con dificultad de su escondite. Al asomarse, comprobaron incrédulas la fortuna que habían tenido. Una de las primeras piedras, aún sin demasiada velocidad en la caída y de un considerable tamaño, se había topado con la carreta y había hecho después de escudo protector para las otras, que se amontonaban a su alrededor. Aunque la había dejado inservible, las había salvado de morir aplastadas. Miraron a su alrededor horrorizadas al comprobar la repercusión del desprendimiento. Carretas volcadas y destrozadas, animales y personas enterrados bajo los escombros, heridos que gemían pidiendo auxilio o rebuscaban aturdidos entre sus pertenencias. Las pérdidas iban a ser considerables.

Chagatei apareció con una brecha en la frente que le sangraba profusamente, cubriendo su rostro. Al verlo, ambas se asustaron. Una vez limpia la herida por las hábiles manos de Yunna, comprobaron que no era nada de qué preocuparse. Su carreta, como tantas otras, había quedado inservible. La carga, dispersa a varios metros de distancia. Pronto empezaron a verse guardianes que recontaban carros, animales y cautivos, y daban órdenes para despejar el camino, recuperar lo servible y apartar lo desechable. Agruparon a los heridos para evaluar la gravedad de su estado. Los leves fueron llevados hacia

el frente, los que no tenían ninguna posibilidad de continuar la marcha eran rematados o abandonados donde se hallaban. Los que yacían enterrados bajo las piedras, como su conductor, nadie se molestó en cerciorarse de si seguían vivos.

Un capataz se dirigió a ellos ordenándoles que caminaran hacia delante y se unieran al resto de la caravana que no había sufrido el derrumbe de la montaña.

—Tú, guardián, preséntate a tu superior. Él te indicara dónde debes ubicarte. Vosotras, uníos a las demás mujeres. ¡Venga, andando, no tenemos tiempo que perder! —gritó girando su montura para volver sobre sus pasos.

Chagatei comenzó a caminar y les hizo un gesto para que lo siguieran. Sus siluetas, cubiertas del polvo levantado por el estruendo, eran fantasmales.

—Vamos. Después de todas las pérdidas, no están de humor. Mejor no hacerlos enfadar —insinuó Chagatei—. No volvamos a tentar a la suerte, que hoy ya ha estado de nuestra parte.

—Ahora sí que será duro. Se acabó lo de ir en carro o sobre una mula. No sé si seré capaz de aguantar el ritmo… Estoy tan cansada que, por gusto, me quedaría aquí sentada, aguardando la muerte —confesó Yunna.

—¡Nada de eso! Miremos el lado bueno de la desgracia de hoy —arguyó Myrah tirando del brazo de su amiga para que se incorporara a la marcha—. Nadie echará en falta al hombre que enterramos. Puede ser uno de los sepultados bajo la avalancha. Yunna, debemos llegar a la ciudad e intentar comprar nuestra libertad. No te rindas ahora después de todo lo que hemos pasado.

—¿Y cómo piensas pagarla? Te recuerdo que hemos perdido el baúl. Solo conservamos lo que llevamos encima —replicó con lágrimas en los ojos.

—Pues justo por eso. ¿Te he comentado que esta noche apenas he dormido? La falta de sueño ha sido de lo más provechosa —dijo guiñándole un ojo.

Yunna la miró incrédula, y Chagatei, que iba dos pasos por delante, se volvió sorprendido.

Entonces Myrah, abriéndose la capa, señaló su cinturón de tela y susurró con picardía:

—Tenías razón al insistir en poner aguja e hilo en el baúl. Y por fin me han servido las aburridas clases de costura que me imponía mi madrastra.

El cinturón, hecho con parte de una camisa, tenía doble tela. Allí había ocultado las monedas y las piedras preciosas de menor tamaño.

En el interior de la túnica, bajo la axila, había cosido un bolsillo para ocultar la daga. Con ella se sentía menos vulnerable y más esperanzada.

—Nunca dejarás de sorprenderme —confesó Yunna con ánimos renovados.

Myrah sonrió y siguió andando. No podía demostrarle la profunda tristeza que sentía por la pérdida de los pocos objetos que aún la ligaban a su pasado. Sobre todo de algunos libros, ejemplares magníficos y únicos de la biblioteca de Samarcanda que su padre había insistido en obsequiarle, y el *Hazâr afsâna*, regalo de Mehmet. Eran de un valor incalculable, y jamás volverían a posarse sobre ellos ojos ávidos de lectura, ya que permanecerían sepultados para siempre en un lugar remoto del desierto.

40

La música comenzó a sonar en la plaza. La gente se agolpaba en círculos, meciéndose alegre a su son. Un murmullo, seguido por vítores y aplausos, anunció su llegada.

La silueta de una mujer destacaba tras las finas cortinas. Entonces, la música se hizo apenas audible durante unos segundos, para crecer de nuevo al ritmo del cuerpo que parecía darle vida. Los sinuosos movimientos que ejecutaba con virtuosismo iban aumentando en velocidad al compás de los acordes, creando una comunión perfecta. Las cortinas se fueron abriendo hasta descubrir la belleza de la bailarina, que irradiaba una luz especial.

Borjin no cabía en sí de gozo. Por fin había llegado el ansiado día. Ya había logrado controlar los nervios vividos las últimas semanas con la preparación de la boda. Le sorprendió lo tranquila que había despertado, mientras su madre y sus hermanas revoloteaban por la casa ultimando todos los detalles y su padre andaba de un lado a otro sin saber dónde detenerse.

Entre los asistentes se fue formando un pasillo a medida que ella avanzaba sin dejar de bailar. Hombres, mujeres y niños la admiraban y la jaleaban lanzándole pétalos de flores y halagos. Ella correspondía girando con gracia a un lado y a otro, a la vez que regalaba sonrisas con los ojos brillantes de felicidad.

Borjin llevó la mirada hacia un lujoso carruaje que se detuvo a escasos metros de ella para volverla de inmediato al frente, hacia el altar, donde Yazid la aguardaba. Recordó su primer encuentro: había chocado literalmente con él al salir de casa. Al encontrarse con sus ojos, se sonrojó sin poder evitarlo, para regocijo del muchacho, que la observaba divertido. Después de aquel día se encontraron en otras ocasiones, pues, cada vez con más asiduidad, Yazid necesitaba alguna de las mercancías que vendía el padre de Borjin.

Semanas más tarde, el chico le declaró su amor. No fue fácil. Al principio, la familia del novio no veía con buenos ojos que su hijo tomara como esposa a una bailarina, aunque fuera la mejor, pero la determinación de Yazid y la entrega de Borjin para ganarse su respeto acabaron con toda reticencia. La boda se había programado para el quinto día del mes de septiembre, y ambos lo esperaban con infinita ilusión desde entonces.

Borjin reconoció la apuesta figura de su prometido a lo lejos, y tuvo que hacer un esfuerzo para no ganar en una carrera la distancia que la apartaba de él. Deseaba que transcurriera la ceremonia y la fiesta con rapidez, y que cayera pronto la noche para poder estar entre sus brazos y yacer junto a él por fin. Ella se había reservado para esa noche, y él había respetado su deseo.

De pronto, unos gritos llenaron el aire interrumpiendo la música. Durante unos segundos lo único que se escuchó fue el silencio, solo roto por preguntas quedas y murmullos. Sin tiempo para averiguar lo que había ocurrido, dos guardias reales entraron en escena y se abalanzaron sobre un hombre que huía del lugar. En una de sus manos aún aferraba un puñal sangrante. Sin mediar palabra ni hacer intento de arrestarlo, le dieron muerte en el acto.

Borjin, que se había quedado paralizada durante ese breve instante, corrió hacia el frente llamando a Yazid; tenía un terrible presentimiento. Al llegar al altar, vio el cuerpo de su amado. El blanco inmaculado de su traje destacaba con crueldad sobre un charco de sangre.

Con la irrupción de la guardia, la gente comenzó a huir despavorida en todas direcciones, empujando a quien se pusiera por delante. Los hombres y las mujeres gritaban; los niños, asustados, lloraban. La fiesta había acabado en tragedia nada más empezar.

Borjin no podía apartar la vista del suelo. Se agachó junto a Yazid y tomó el cuerpo entre sus brazos, acunándolo mientras lloraba sin consuelo su muerte. Perdió la noción del tiempo hasta que oyó una voz a sus espaldas:

—El khan desea daros el pésame personalmente por la pérdida sufrida.

Al volver la cabeza distinguió la figura de un hombre muy bien vestido, escoltado por dos guardias reales. A pesar de que las palabras habían sido dichas con delicadeza, no dejaban duda de la orden que llevaban implícita.

—¿A mí? —preguntó extrañada.

—Ese es su deseo.

Borjin supo que era inútil negarse. Con sumo cuidado, como si temiera despertarlo, depositó el cuerpo de Yazid en el suelo, besándolo en la frente mientras murmuraba unas palabras y peinaba su cabello con las manos. Después miró a los padres de Yazid, retenidos por dos soldados a una distancia del cuerpo de su hijo, para transmitirles todo su dolor.

—No temáis, nos ocuparemos de entregar el cuerpo a su familia para que tenga un entierro digno —añadió el hombre, impaciente al

ver que Borjin no apartaba los ojos de él.

—¿Por qué él? —musitó mientras se levantaba y llevaba la mirada suplicante al otro cuerpo, que yacía a escasos metros.

Observó al hombre, que por sus ropas parecía un mendigo. Su mano seguía aferrada a una daga con incrustaciones de oro en la empuñadura y aún brillaba en ella la sangre de su amado.

Aturdida, se dispuso a seguir al mensajero, intentando asimilar lo sucedido, escoltada por la guardia.

Al cruzar el umbral del palacio, se vio deslumbrada por la belleza que reflejaba el lugar. Fue conducida sin demora hasta las dependencias del propio khan.

—Pasa, por favor —dijo al ver que ella se detenía en el umbral, mientras con un gesto despedía a sus acompañantes.

Borjin estaba confusa. ¿Qué hacía ella allí? No recordaba ni cómo había llegado. Debería estar junto a Yazid, frente al altar, jurándose amor eterno. Yazid… Un estremecimiento la hizo volver a la realidad. Los ojos de Abdal caían sobre su cuerpo como brasas ardientes.

—Siento mucho lo que le ha ocurrido a tu prometido. Debe consolarte que se haya hecho justicia tan rápido —dijo mientras avanzaba hacia ella y le pasaba la palma de la mano por la mejilla.

—Debo volver a su lado —gimió, apartando el cuerpo de los brazos que ya intentaban atraerla.

—¿Así es como me agradeces haber dado la orden de ejecutar a su asesino? Estás en deuda conmigo, y sé cómo puedes pagarla —conminó. Y apresó su cintura y rasgó con fuerza el vestido para dejar su desnudez al descubierto.

A pesar de la turbación, poco a poco fue haciéndose la luz en su mente. No era un secreto, su fama le precedía. El khan Abdal tomaba y abandonaba a su antojo a cualquier mujer de la que se encaprichaba. No se detenía ante nada para saciar sus deseos. Ninguna había osado rechazarle; hubiera sido su sentencia de muerte o algo peor, dado que su crueldad también era conocida en el reino.

Sintió que sus manos la aferraban de los pechos con fuerza y que la boca del khan caía sobre sus labios con avidez. Con un empujón, la lanzó sobre la cama y se deshizo del resto de sus ropas con ojos lujuriosos. Borjin intentó zafarse del cuerpo que la oprimía, pero solo consiguió que la presión sobre ella fuera mayor hasta que empezó a costarle respirar, quedando así inmovilizada a su merced. Haciendo un enorme esfuerzo para no demostrar la repulsión que sentía, no tuvo más remedio que consentir las caricias y entregarse a lo inevitable.

Asomada a la ventana de la habitación, contempló con los ojos bañados en lágrimas los albores que rompían la oscuridad de la noche. ¡Qué diferente a como se había imaginado una y mil veces que sería su primer amanecer junto a su marido desde que conoció a Yazid! Y qué abismo con sus sueños, cuando fantaseaba con su noche de bodas… Eran imágenes llenas de caricias y palabras de amor susurradas entre las sábanas.

Había estado calibrando sus opciones durante todas las horas de vigilia. Después de una boda fallida, y en semejantes circunstancias, ningún otro hombre la pretendería jamás. Además, su dote ya había sido entregada, y sus padres, aunque comerciantes medianamente acomodados, no podrían permitirse otra, ya que tenía más hermanas.

Por otra parte, cuando trascendiese la noche pasada con Abdal, sería un gran deshonor para su familia. No podrían aceptarla de nuevo en su hogar. ¿Qué habrían estado haciendo esas horas? ¿Buscarla entre la multitud, por si también la habían asesinado? Apretó los brazos contra su vientre, angustiada, mientras su cuerpo se balanceaba adelante y atrás, acunando su propio dolor.

Le habían vuelto con fuerza las imágenes de su prometido, tendido en el frío pavimento, y la de su asesino, a poca distancia. Y entonces comprendió algo que el día anterior se le había escapado: ningún mendigo podía poseer una daga de ese valor, a no ser que alguien se la proporcionase para ejecutar una acción por la que ser premiado. La recompensa del pobre diablo había sido una muerte rápida, sin duda a manos de los mismos que lo habían contratado. Había escuchado relatos de los tremendos crímenes que había llegado a cometer Abdal para alcanzar sus caprichos. Ella había sido uno más, y Yazid había pagado con su vida.

Entonces, con gran sacrificio, tomó una decisión. Dada la situación en la que se encontraba, no había otra opción: se convertiría en la mejor de sus amantes, la que querría poseer cada vez que regresara a la ciudad, de la que no se cansaría nunca.

Y mientras tanto, durante sus ausencias, ella idearía el modo de vengarse.

Se lo debía a Yazid.

41

La caravana avanzaba a buen ritmo desde que había dejado atrás el desfiladero. En ese momento, descendía por la ladera que limitaba con el mar Caspio. El cambio de clima de una vertiente a la otra era abismal, como si de pronto hubieran entrado en otra estación del año, pasando de las montañas nevadas a los bosques frondosos coloreados con toda la paleta de verdes posibles. Una variedad increíble de árboles inundaba la vista, desde encinas y avellanos hasta hayas y nogales. Cada vez que se detenían o aminoraban la marcha, Yunna aprovechaba para rebuscar por el terreno y recoger plantas y frutos con los que preparar remedios. La marcha era agotadora, y aunque ya no sufrían el frío de los picos nevados, la intensa humedad de los bosques los calaba hasta los huesos. De repente notaron las primeras gotas de lluvia sobre sus cuerpos; unos pasos más adelante ya arreciaba con fuerza. Aunque el avance era cada vez más dificultoso, no se detuvieron hasta llegar a una planicie en la que montar las tiendas. Pasaron la noche oyendo el repicar del agua sobre la tela, aunque, a pesar de ello, durmieron hasta el amanecer por el cansancio acumulado. Un haz de luz golpeó la cara de Myrah, que se despertó sobresaltada al oír voces cerca de la tienda. Instintivamente, se llevó la mano al bolsillo donde ocultaba la daga.

—¡Hora de ponerse en pie!

Desde que habían sufrido la avalancha, Myrah y Yunna compartían tienda con otras cautivas, muy bien vigiladas por un guardia que hacía recuento cada mañana y cada noche. Las mujeres no eran encadenadas, al contrario que los hombres, pues era impensable cualquier plan de fuga en esos parajes y con aquel clima. Ninguna hubiese llegado muy lejos. Myrah siempre se alejaba del grupo para no tener trato con ninguna de sus compañeras. Por el contrario, Yunna se dedicaba a ayudar cuanto podía, pues así evitaba pensar en su situación. A Chagatei, dada su corpulencia, lo habían mandado a vigilar a los esclavos. De nada había servido que explicara el trato hecho con el vendedor respecto a permanecer cerca de las dos cautivas por propia voluntad, pues no cobraba ninguna paga. Los estragos del desprendimiento también habían incluido bajas entre los guardianes, de modo que lo obligaron a asumir un cargo que no le correspondía.

Myrah salió la primera. Su rostro, casi siempre contraído por el resentimiento, se iluminó al contemplar lo que tenía ante sus ojos.

—¡Yunna, sal a ver esta maravilla! —exclamó entusiasmada.

Frente a ella, un enorme lago, del que no podía intuir el final, emergía entre los últimos árboles, que lo protegían del entorno. Los primeros rayos del sol, reflejados sobre sus aguas, creaba un juego de luces y brillos hipnótico. Jamás había contemplado una masa de agua tan extensa, solo lagunas, y, como todo lo nuevo que veía o conocía, le inspiró una gran emoción y muchas preguntas.

—¡Dios mío! —dijo Yunna de pie junto a ella—. No recuerdo haber visto algo tan hermoso en mi vida. ¿Crees que podremos acercarnos a la orilla?

—Estoy segura. Sería estúpido no aprovechar el agua. De hecho, mira: ese grupo de hombres está pescando, y deben llevar ya un buen rato, a juzgar por lo abultado de los cestos que descansan junto a ellos. Con un poco de suerte, igual probamos nuevas delicias —aventuró mientras se le hacía la boca agua al pensarlo.

Antes de que Yunna pudiera responder, se acercó el guardián para ordenarles que avanzasen hacia allí. Algunos ya se despojaban de sus ropas y se sumergían en el agua con exclamaciones que podían ser de júbilo o por la impresión al notar la temperatura, que por esas fechas debía ser muy baja. Myrah tenía claro que, a pesar de las ganas que tenía de sentirse limpia, no iba a desprenderse de sus ropas, pues sabía lo que ocultaban, así que se acercaron a la orilla para mojarse las manos. El agua estaba helada, aunque no impidió que cogieran un cazo para lavarse con discreción. Yunna se llevó el cucharón a los labios para beber y al momento escupió.

—¡Es agua con sal! —protestó ante la mirada divertida de Myrah.

—No me has dado tiempo de advertirte. Es agua salada, como los grandes mares que no están cerrados por tierras. Su agua no sirve para saciar la sed —dijo mientras Yunna seguía haciendo muecas de asco.

En ese momento levantó la mirada y vio con agrado que Chagatei se dirigía hacia ellas desde otra parte de la orilla. A su espalda cargaba un cesto repleto de peces.

—¡Hola, veo que ya habéis probado las aguas! —bromeó mirando a Yunna.

—¡Qué alegría, amigo! Echamos de menos tus atenciones y tu compañía —respondió acercándose hasta rozarle el brazo.

—Es difícil zafarse de los que dirigen la caravana. Vigilan como perros guardianes a todas sus presas, incluido a mí, aunque ahora me necesiten como guardián.

—¡Pero si eres un hombre libre! —exclamó Myrah.

—Les oí hablando la otra noche. Van a apresarme en cuanto lleguemos al lugar de la venta. Si pueden conseguir un puñado de monedas, no se detendrán ante nada —murmuró con semblante serio.

Con precaución de no ser visto, sacó unos cuantos arenques del cesto para dárselos a Yunna, que los escondió rápidamente envolviéndolos en un trapo que había lavado en el mar.

—Hum…, entonces, hay que ir pensando en cómo librarnos de eso, Chagatei. Debemos idear la forma de huir —propuso Myrah con determinación.

Días después, Chagatei volvió a acercarse a ellas.

—Mañana llegaremos a Tabriz. Dicen que hay un gran bazar —musitó.

—¿Crees que podremos verlo? —preguntó Myrah.

—Casi seguro. Necesitan intercambiar mercancías. Por la tarde hay más gente, sería el mejor momento… Aprovechad para descansar esta noche; quizá mañana no podamos hacerlo.

—Si nos atrapan, nos matarán —interrumpió Yunna con tristeza.

—Ese sería el más piadoso de los castigos. Pero yo no he nacido para ser esclavo de nadie, antes prefiero la muerte —sentenció Chagatei mientras Myrah lo observaba con un punto de admiración que no había sentido hasta ese momento.

—Yo también, Yunna. Estoy harta de que me manden y me maltraten como si fuera un animal.

—Está bien —dijo encogiendo los hombros.

Un largo silbido rasgó el aire. La caravana debía ponerse en marcha. Chagatei corrió hasta su posición antes de que lo reclamasen. Las muchachas se agruparon con las demás bajo la atenta mirada de su guardián, y Myrah sospechó que tal vez hubiera escuchado parte de la conversación. Tendrían que ser precavidas con sus palabras hasta llegar a Tabriz. No podían perder esa oportunidad.

Al recordar lo vivido durante los últimos meses, le pareció que hacía años de su salida de Samarcanda. ¡Qué inocente había sido! Con qué ilusión partió, creyendo que podía tener una buena vida junto a su marido, Mehmet, a pesar de dejar atrás todo lo que amaba. Volvió a ver la expresión de tristeza de su padre mientras se despedían, como si supiera que jamás se abrazarían de nuevo. Tanto dolor, tantas muertes. Le había costado entender que alguien pudiera desear la desgracia de otra persona con tanto desprecio. En aquel momento, ya no. Ese sentimiento comenzó a nacer en ella en Mashhad, cuando juró bajo las estrellas que vengaría la muerte de su padre y la traición. A

cada paso que daba, con cada empujón que recibía, con cada rugir de sus tripas exigiendo alimento, el afán de venganza crecía en ella. A pesar de haber dicho con sinceridad que prefería la muerte a ser una esclava, era un lujo que no podía permitirse. Mientras siguiera viva, mantenía la esperanza de consumar algún día su venganza.

Una vez recogido el campamento y almacenado todo lo recolectado, otro largo silbido indicó que iniciaban la marcha. Un golpe la arrancó de sus pensamientos y la obligó a volver a la realidad. Contuvo el impulso de saltar sobre su atacante y degollarlo allí mismo. Tocaba resistir. «Ya llegará el momento», se dijo bajando la cabeza para que su mirada no la delatara.

42

Había pasado más de un mes desde que salieran de Gorgán cuando divisaron a lo lejos la ciudad de Tabriz. Era uno de los puntos clave para el comercio en la Ruta de la Seda y, aunque en los últimos años había decaído un poco, un siglo atrás había tenido una fuerza especial que aún conservaba. Las historias de su gran bazar se relataban en los libros de viajes.

La caravana aminoró la marcha a medida que se acercaban a sus murallas. Como había ocurrido en otras ciudades por las que habían pasado, se detuvieron antes de acceder a ella para organizar los animales, los carros y a los esclavos. Examinaban a las bestias una a una para comprobar su estado. En caso de que no estuvieran en condiciones de seguir la marcha, las apartaban para cambiarlas en el mercado por otras mejores. La mercancía se dividía según su valor para negociar la venta o la transacción en el gran bazar. Para los esclavos, se habilitaron varias tiendas. En una de ellas improvisaron una enfermería en la que examinaban su estado. Ya estaban cerca del lugar de la venta, y no les interesaba perder más dinero tras el desastre de la avalancha. Los compradores eran exigentes, así que valía la pena invertir tiempo en sanar heridas o enfermedades que fueran curables. La mayoría mostraban síntomas de desnutrición, algunos arrastraban infecciones provocadas por heridas que no se habían curado a tiempo o resfriados que habían derivado en pulmonías. Myrah y Yunna permanecían en la fila, a la espera de la primera criba que decidía si debían ser atendidas o no. Gracias a la ayuda de Chagatei, que cuando podía se acercaba a ellas para llevarles algún alimento extra, y a los conocimientos de Yunna respecto a lo que la misma naturaleza podía ofrecerles, ambas estaban en bastante mejor estado de salud que la mayoría de las mujeres. Así que, para alivio de Myrah, que temía tener que desprenderse de sus ropas, fueron descartadas y enviadas a otra tienda, donde se les permitió descansar. Para cuando el sol comenzó a caer, estaba todo controlado, y el silencio comenzó a reinar en el lugar.

—Quédate aquí, Yunna —susurró Myrah mientras se acercaba a la entrada por si veía a Chagatei.

Yunna la miró inquieta. No le gustaba la idea, pero sabía que nada de lo que pudiera decir la detendría.

Myrah se arrastró hasta la salida de la tienda. Junto a ella, dos guardianes permanecían alerta. Se acurrucó lo más cerca que pudo para comprobar si alguien se acercaba. Con el paso de las horas, los ojos se le fueron cerrando hasta quedarse totalmente dormida, vencida por el cansancio.

Una patada en la espalda la despertó de pronto.

—¿Qué haces aquí? —espetó uno de los hombres.

—Estaba mareada. Me he acercado a la puerta para que me diera un poco el aire y me he quedado aquí dormida.

—Pues se os ha acabado el tiempo de descanso. Id saliendo y se os encomendarán las tareas correspondientes a cada una —ordenó alzando la voz para que todas se despertaran.

Yunna se aproximó hacia allí hasta situarse junto a Myrah.

—¿Qué ha ocurrido, has visto a Chagatei?

—Me he quedado dormida junto a la entrada. No he visto ni oído nada —contestó con pesadumbre.

—Yo también me dormí enseguida.

—De todas formas, seguro que estaremos aquí varios días. Espero que Chagatei esté entre los que accederán a la ciudad —añadió Myrah.

El día transcurrió entre trabajos de costura, preparación de alimentos y limpieza de la ropa en un riachuelo cercano, donde aprovecharon para asearse. Chagatei no apareció en todo el día, lo que no era mala señal, pues indicaba que debía hallarse dentro de las murallas. Al caer la tarde, lo vieron acercarse con el pretexto de recoger las ropas allí tendidas.

—¿Vienes de la ciudad? —preguntó Myrah con impaciencia.

—Sí, he estado dentro. ¡Tiene el bazar más grande que he visto nunca! He ido en calidad de guardaespaldas del negociador de las mercancías de seda y algodón. Hoy han hecho el primer contacto con varios posibles compradores. Supongo que estudiarán los que más les convengan y mañana realizarán las ventas. No he podido separarme del grupo ni un momento. De todas formas, debo deciros que aquello es un laberinto, sin ayuda de alguien que lo conozca, es muy fácil perderse.

—¿Y te has fijado en si alguno de ellos era más avaricioso que los demás? —apuntó Myrah señalando su cintura.

—Uno me lo ha parecido, pero no es gente de fiar.

—¿Se os ocurre alguna otra idea para huir?

—¿Creéis que se rendirán pronto, si lo conseguimos? —interrumpió Yunna.

—Esperemos que no puedan detener la marcha de la caravana por dos esclavas.

—Mañana intentaré quedarme a solas con él —afirmó Chagatei.

—Toma esto —dijo Myrah, poniendo discretamente en su mano una de las joyas—. Preséntalo como prueba de lo que ganará si accede.

—Ve con mucho cuidado, vigila que no haya nadie cerca cuando hables con él —advirtió Yunna mirándolo a los ojos.

—Lo haré —aseguró, devolviéndole la mirada.

En aquel momento vieron acercarse a otras mujeres y se separaron con rapidez.

Esa noche, a Myrah le costó dormir. Los nervios ante la posibilidad, por remota que fuera, de ser libre, la mantenían despierta haciendo planes de futuro. Si conseguían huir y despistar a los guías, tendrían que emprender la marcha de vuelta a casa. Tal vez podrían esperar en Tabriz a alguna caravana que fuera en esa dirección. De momento, solo podían ser pacientes.

Chagatei caminaba varios pasos por detrás de los comerciantes, que discutían acaloradamente sobre el máximo precio que podían obtener y el mínimo en el que debían plantarse. Después, tras llegar a un acuerdo sobre ese punto, se enzarzaron en otra disputa sobre con qué comerciante debían cerrar el trato. Uno se decantaba por el turco que les había hecho la mejor oferta y el otro apostaba por un armenio con el que ya había tenido tratos antes y era de fiar. Ante su insistencia, el primero acabó cediendo.

—Tú ganas. Pero intentemos mejorar la oferta antes de cerrarla.

Se detuvieron frente al comercio y ordenaron a Chagatei que se quedase allí vigilando la mercancía mientras entraban en la trastienda para cerrar el trato. Desde su posición, se dedicó a estudiar los alrededores hasta que su vista se topó con el otro hombre con el que habían estado negociando el día anterior. Lo miraba fijamente. Seguro que lo había reconocido; su corpulenta figura lo delataba. Chagatei desvió la mirada hacia el lugar por donde habían desaparecido los otros dos. El turco se acercó con cara de pocos amigos y se situó junto a él.

—¿Están cerrando el trato con ese? —escupió con desprecio, señalando el lugar donde se encontraban.

—Eso creo. No puedo deciros más, no me incumbe.

—Desgraciados. ¡Así se los trague el desierto!

—Tal vez yo pueda ayudaros —musitó Chagatei mientras vigilaba

la salida por si aparecían los hombres.

—¿Tú? ¿Qué vas a conseguirme, sedas, algodón, armas? —respondió sarcástico.

—Ni sedas, ni algodón, ni armas. Algo así. —Y le mostró una esmeralda del tamaño de una avellana.

Al hombre se le iluminó la cara y Chagatei volvió a guardarla de inmediato.

—¿De dónde la has sacado? ¿La has robado? —interrogó receloso—. ¿Qué pides a cambio?

—Un lugar seguro durante unos días.

El turco lo examinó perspicaz, con un brillo en los ojos fácil de identificar.

—¿Un lugar seguro? ¿Para quién?

—Para ocultarme con dos mujeres. Solo eso. A cambio, te entregaremos esta piedra y algunas más que tenemos. Tú ganas una pequeña fortuna sin apenas esfuerzo, y encima te vengas de esos cretinos que te han dejado sin trato —concluyó Chagatei, aparentando una serenidad que estaba muy lejos de sentir.

—Hum, me lo pensaré. Arriesgo la vida si descubren que oculto a unos fugitivos. Deberías darme esa piedra ahora como adelanto.

—Ni lo sueñes. Esta se vuelve conmigo hasta que tomes tu decisión —resolvió con voz queda.

Los comerciantes salieron de la tienda acompañados de otro hombre. En cuestión de segundos, el turco ya no estaba; había desaparecido entre la multitud.

A Chagatei le costó mantener la calma. Había lanzado el anzuelo, pero no estaba seguro de si la presa picaría o si, simplemente, lo denunciaría por intento de soborno y fuga. La mirada con la que el turco se despidió era impenetrable. Lo que estaba claro era que en ese momento había quedado a su merced. Tenía que confiar en la ambición que brilló en sus ojos al ver la piedra. Mientras cruzaba el bazar, se fijó en las estructuras de ladrillo que conformaban los edificios, intentando buscar puntos de referencia por si, en su hipotética huida, se perdían entre la maraña de callejuelas.

La noche transcurría tranquila mientras Chagatei permanecía alerta a cualquier señal que pudiera indicar que su propuesta había tenido éxito. Había advertido a Myrah y Yunna del posible pacto, así que las muchachas habían decidido hacer turnos por si las avisaba. De pronto, una piedra golpeó a Chagatei en la cabeza, y este se volvió buscando el punto de lanzamiento. Se arrastró hasta allí tras comprobar que nadie lo observaba. Detrás de un matorral, una voz lo detuvo:

—Quédate aquí y mira hacia otro lado mientras te hablo. Hay una

carreta a cien pasos a tu derecha. En la parte de atrás, una gran lona cubre toneles de vino. Hay dos con la tapa semiabierta. Las dos mujeres podrán ocultarse allí y tú, bajo la lona. Tenéis que hacerlo rápido. Antes de que amanezca, debemos estar en lugar seguro. Si veo que os demoráis, no podré esperaros.

—Allí estaremos —musitó encaminándose al lugar donde descansaban las mujeres.

Myrah oyó el sonido acordado y meneó a Yunna con suavidad. Ambas habían preparado sus escasas pertenencias para la huida. Con sumo cuidado, se deslizaron sigilosamente hacia el exterior, pero al comprobar que un hombre que dormitaba guardaba la entrada, retrocedieron para no ser descubiertas. Al poco oyeron ruidos a su izquierda y observaron que el guardián se levantaba y, decidido, se dirigía hacia allí. Entonces aprovecharon y, casi reptando, se escabulleron hasta el punto donde su amigo las aguardaba. Tras una seña, lo siguieron, vigilando dónde ponían los pies para no hacer ruido. Al llegar junto a la carreta, subieron de uno en uno mientras los otros dos vigilaban. Chagatei las ayudó a introducirse en los toneles. Después, cogió la lona y, tras agazaparse, se cubrió con ella. Aguardaron en silencio. Al poco, comenzaron a rodar despacio al inicio y con más garbo minutos después. De repente, se pararon en seco. A Myrah se le detuvo el corazón al oír voces. Alguien preguntaba algo al carretero. Tras una breve conversación, siguieron avanzando hasta detenerse pasados unos minutos que les parecieron eternos. Una mano retiró la lona y golpeó uno de los barriles.

—Ya podéis salir. Despacio y en silencio —siseó la voz.

Los tres cumplieron las instrucciones de inmediato, con ganas de respirar aire puro. Bajaron de la carreta y vieron que se encontraban en un almacén enorme, donde se destilaba el mosto en grandes barricas. Siguieron al hombre que los apremiaba con gestos nerviosos hasta el fondo del lugar. Este se detuvo y, rápidamente, se agachó para retirar unas tablas que ocultaban una trampilla. Al abrirla, unas escaleras mostraban el acceso a una planta inferior. El hombre les ordenó bajar. Primero lo hizo Myrah, luego Yunna y, por último, Chagatei. Una vez allí, vieron aparecer al turco.

—He cumplido mi parte del trato. Ahora cumple tú la tuya —pidió con voz queda, dirigiéndose a Chagatei.

Myrah se desató el cinturón y se lo entregó al hombre. Al hacerlo, añadió:

—Aquí tienes la mitad de lo prometido. La otra está oculta en un lugar que te indicaremos cuando salgamos de este lugar libres.

El hombre la miró con recelo, pero algo en los ojos de la joven lo

convenció para no discutir.

—De acuerdo —indicó abriendo la tela y observando con avidez las piedras—. Permaneceréis aquí hasta que la caravana reanude la marcha y renuncien a seguir buscándoos, ya sean tres días o una semana. Tenéis víveres y agua de sobra. También mantas. No encendáis las velas si no es del todo preciso. —Diciendo esto, desapareció por la escalera antes de retirarla.

Cerró la trampilla. Oyeron que arrastraba algo para colocarlo encima y ocultarla; la oscuridad los envolvió por completo.

—Estamos atrapados. Es como una gran tumba —musitó Yunna estremeciéndose.

—Es lo más libres que hemos sido desde que nos asaltaron en Merv —la contradijo Myrah—. No nos queda otra que esperar a que se rindan más pronto que tarde.

—Ahora ya no hay marcha atrás, Yunna. Lo mejor que podemos hacer es descansar y recuperar fuerzas —añadió Chagatei, preocupado al ver lo nerviosa que estaba.

El espacio no era demasiado grande, pero sí lo suficiente para que los tres pudieran tumbarse sobre las mantas que les habían dejado. En un rincón distinguieron la silueta de una caja con los alimentos. Junto a ella, una jarra y una bandeja rudimentaria con aceite y un par de velas. La altura del sótano no llegaría a la de dos hombres, uno sobre el otro. Las rendijas de la trampilla tendrían que ser suficientes para proporcionarles el aire necesario para sobrevivir. Solo a través de la luz que se filtraba por ellas desde el exterior tomarían conciencia de los días y las noches que pasarían en esa especie de sepulcro.

Myrah había contado tres noches. A pesar de haberse autoimpuesto andar en círculos varias veces al día, tenían las piernas entumecidas por la humedad y la falta de ejercicio. Los alimentos y el agua empezaban a escasear, así que decidieron racionarlos para que les durasen al menos otros tres días. No tendría sentido que perdieran más tiempo buscándolos. A cada pequeño ruido que oían, aunque fuese lejano, los tres saltaban como un resorte hacia la trampilla, rezando para que se abriese.

Al cuarto día, oyeron pasos que caminaban decididos hacia su escondite. Sin embargo, la euforia contenida se truncó de inmediato al oír varias voces; una de ellas la reconocieron como la de su guardián. Se miraron en la penumbra, conteniendo las palabras y el miedo. ¿Los habían descubierto? Solo había una explicación: el turco los había traicionado. Había cogido la mitad del botín y había decidido delatarlos. Yunna se abrazó temblorosa a Chagatei, escondiendo el rostro en su pecho. Los tres sabían que, si los encontraban, el castigo

iba a ser ejemplar, sobre todo para él, que había iniciado el viaje por voluntad propia como hombre libre y podía acabar ejecutado del modo más cruel.

Un crujido sobre sus cabezas les confirmó sus sospechas. Estaban retirando las tablas que protegían la entrada. Instintivamente, se arrinconaron en la parte más alejada del lugar, como si de ese modo fueran a quedar ocultos a las miradas inquisitivas de los hombres que descendían ya por la escalera, apoyada sobre el acceso. El primero portaba una antorcha en la mano que desplazó de un lado a otro recorriendo toda la estancia. Al fin se detuvo frente a tres figuras que permanecían inmóviles contra una de las paredes.

—¡Están aquí, señor! —exclamó satisfecho, sin dejar de alumbrar el rincón.

De inmediato, bajaron dos hombres más que se dirigieron al fondo para tirar bruscamente de ellos hacia la salida. La luz del sol los obligó a entornar los ojos tras varios días en total oscuridad. Al abrirlos, se toparon con la mirada de satisfacción del guardián.

—¿Pensasteis qué podríais burlaros de mí? Pagaréis por hacerme perder varias jornadas de marcha —amenazó con el rostro crispado por la ira—. Seréis azotados en público para disuadir a cualquier esclavo de emular vuestro intento de fuga. ¡Vamos, andando, no perdamos más tiempo aquí!

—Tú, prende fuego a todo esto. Que no quede nada en pie. Así es como tratamos a los perros que nos traicionan —ordenó a uno de sus hombres.

No pudieron evitar mirarse con extrañeza. Entonces, no habían sido delatados por el hombre que los había ocultado. ¿Quién más podía saber dónde se escondían?

Chagatei, en un vano intento de protegerlas, se interpuso entre ellas y los guardias. Los hombres lo rodearon y, sin miramientos, comenzaron a golpearle, ahogando los gritos de Yunna. Tras sujetarles las manos a la espalda y los tobillos entre sí, dejando un espacio mínimo para que pudieran andar, fueron conducidos al exterior a trompicones. Mientras arrastraba los pies, Myrah se lamentó por lo cerca que habían estado de escapar. No tendrían más oportunidades. Había sido la última.

La caravana ya estaba preparada para partir. No podían permitirse perder más tiempo, ni siquiera para escarmientos públicos, así que decidieron aplazarlo hasta la siguiente estación. Maniataron a Chagatei y lo trasladaron con el resto de los esclavos. Incorporaron a Myrah y Yunna a su antiguo lugar junto con las otras mujeres, pero más vigiladas que antes.

Al pasar por delante de la muralla que cerraba la ciudad de Tabriz, una sombra destacaba en el lánguido atardecer, balanceándose en un árbol al son de la brisa. Era el turco, con las cuencas de los ojos vacías y los miembros destrozados. Yunna no pudo evitar una mueca de horror.

—¿Qué le van a hacer a Chagatei? —dijo estremeciéndose.

—Es demasiado valioso, no te preocupes. Pagarán una buena suma por él en el mercado de esclavos al que nos dirigimos. Mutilado no les serviría de nada.

—¿Cómo puedes ser tan fría? ¿Es que no sientes ni siquiera agradecimiento hacia él? —preguntó incrédula.

Myrah la observó con ojos llorosos. Su rostro contraído le respondió.

Un empujón como advertencia las hizo avanzar en silencio el resto del día, hasta que de nuevo surcó el aire el silbido que indicaba el lugar y el momento de detener la caravana.

43

Yuder Pachá, a pesar de proceder del sultanato donde se alzaba orgullosa la gran Santa Sofía, no pudo dejar de admirar Samarcanda, donde los azules y dorados dominaban los palacios y mezquitas. Antes de llegar, en los alrededores de la ciudad, los aguardaba el contacto que debía introducirlos como comerciantes, quien les había puesto al corriente de la situación en Transoxiana. La gente vivía atemorizada, pues Abdal no era precisamente conocido por ser un hombre justo y ecuánime. Cualquier sospechoso de haber apoyado al khan anterior, Ulugh Beg, era ejecutado para escarmiento general. Se había rodeado de una corte de hombres tan ambiciosos como él y habían tejido una red de espías por todo el imperio con el propósito de atajar de raíz cualquier conato de rebelión. Por supuesto, también servía para deshacerse de sus propios enemigos. La sangre derramada en su territorio nunca era suficiente, Abdal parecía insaciable.

—¿Y qué dicen los gobernadores de las otras provincias? ¿Todos se avienen a esta locura? —preguntó Pachá, incrédulo al escuchar los relatos del guía.

—Nadie quiere perder su favor. Ha acumulado demasiado poder. Tiene un ejército muy numeroso, formado en gran parte por mercenarios a los que deja actuar con impunidad cuando arrasan los poblados. El consejo de sabios, que en tiempos del anterior khan legislaba y juzgaba, ha sido disuelto. En su lugar, ha nombrado a varios generales que están a su lado desde el derrocamiento y que hacen y dicen lo que les ordena. No ha pasado ni un año desde que ascendió al poder, y Samarcanda ya no es aquella ciudad que brillaba y era admirada en todo Oriente. Mirad, en esa colina de allá—anunció señalando a lo lejos— Ulugh Beg el Sabio hizo construir el mayor observatorio que ha existido nunca. Durante años trabajó sin descanso para lograrlo, con la ayuda de la princesa Myrah, digna discípula de su padre. Ahora tan solo quedan ruinas… —sentenció con pesar—. Abdal lo hizo destruir, como todo lo que podía ensalzar la memoria de su progenitor.

—Myrah fue la esposa de nuestro príncipe Mehmet. Estamos aquí para vengar su muerte, si la mano de Alá nos guía.

—Vuestra empresa es muy arriesgada. Ya os he dicho que el khan siempre está rodeado por su guardia personal. Se ha creado tantos

enemigos en tan poco tiempo que no debe quedarse solo ni cuando yace con alguna de sus mujeres —alertó con una mueca sarcástica.

—Tu misión es indicarnos cuándo y cómo entrar en la ciudad. Lo demás déjalo en nuestras manos.

—Dentro de tres días, según me han informado, llegará una gran caravana con mercancías del oeste. Os uniréis a ella como parte de sus artesanos. Así no llamarán la atención ni vuestro acento persa ni vuestra fisonomía. Pero deberéis ir con sumo cuidado. Abdal tiene ojos en todas partes, no se le escapa nada. Cualquier pequeño error bastará para que os descubran, y que Alá os ayude si eso ocurre —sentenció.

—Somos conscientes del riesgo que corremos. Nos debemos a nuestro sultán, y no ha nacido hombre que pueda asesinar a nuestro príncipe heredero y quedar impune —contestó Pachá, apretando la mandíbula con rabia contenida—. Esperaremos pues la señal para incorporarnos a la caravana. Tu participación ahí habrá acabado. Podrás olvidarte de nosotros y de estas palabras.

—Suerte. Que Alá os proteja. Justicia para Ulugh Beg —exclamó al despedirse.

—Justicia para el príncipe Mehmet —respondió Pachá, asintiendo y estrechando la mano del hombre.

Pasados tres días divisaron las carretas que atravesaban el último pueblo y proseguían hacia Samarcanda. Tal como les habían indicado, una se quedó algo rezagada respecto a las demás, y entonces los cinco hombres se incorporaron a ella: dos a caballo (uno a cada lado), dos más en la parte de atrás y Pachá sentado en el pescante junto al único hombre que lo ocupaba, que le hizo una breve inclinación de cabeza a modo de saludo. Durante el trayecto memorizaron las mercancías que se suponía que iban a vender, los métodos y precios habituales para llevar a cabo las transacciones y todo lo relacionado con la caravana a la que ya se habían unido.

—Mirad, allí está la entrada principal a la ciudad, que lleva directamente a la plaza del Reguistán. La caravana se detendrá antes, pues los animales y carretas se quedarán en los almacenes previstos para tal fin. Nosotros entraremos para presentar nuestros respetos. Un consejo: evita mirar a los ojos a la guardia del khan. Hay en los tuyos demasiada determinación, y no les pasará desapercibida.

—¿Cuál será mi contacto una vez allí? —preguntó asintiendo a la recomendación anterior.

—No conozco su identidad, es la mejor manera de protegernos

unos a otros. Quien sea ya encontrará la manera de acercarse a vosotros sin llamar la atención. Yo me despido aquí. Mezclaos con los otros comerciantes. Que Alá os proteja —musitó llevándose la mano al pecho, a los labios y a la frente.

—Gracias por vuestra ayuda. Si todo sale según lo deseado, volveremos a vernos.

Al traspasar la entrada de la ciudad quedaron impresionados por la belleza de sus edificios y por los anchos adoquines que cubrían el suelo. Cruzaron el barrio de Asfizar y se detuvieron a comer en una taberna que les habían recomendado. Una música alegre les llegó desde el interior; al entrar, se quedaron embelesados admirando a una mujer que danzaba a su son con maestría. Pachá y sus acompañantes estaban disfrutando de un buen vino y una comida caliente servida en unas escudillas cuando se acercó la mujer con un laúd en las manos y se dispuso a tocar una melodía. Su voz era tan bella como el cuerpo al cual pertenecía, y todos se quedaron deslumbrados oyéndola recitar los versos. Después se alejó hacia otra mesa contorneándose, y a otra más, hasta recorrer toda la estancia. Al fin, volvió a aproximarse a ellos con el instrumento del cual arrancaba sonidos increíbles e, inclinándose, susurró unas palabras al oído de Pachá. Giró con gracia haciendo volar la falda y desapareció por la puerta del fondo. Siguieron comiendo tranquilamente hasta vaciar sus platos y copas, y solo entonces se levantaron todos para salir excepto Pachá, que se había deslizado por la misma puerta por la que había desaparecido la mujer. Al traspasarla, notó algo frío en el cuello.

—Dime tu nombre —masculló una voz en la penumbra.

—¿Quién lo pregunta? —inquirió Pachá sin dejarse amedrentar.

—Osmán —respondió ella.

Era la palabra clave para darse a conocer.

—Soy Yuder Pachá, la persona que esperabas. Creo que ya puedes retirar el cuchillo de mi garganta.

—Tenemos que ir con sumo cuidado. Si alguien se acerca, rodéame con los brazos y bésame.

—Créeme, eso no supondrá sacrificio alguno —confesó admirando la línea de su boca.

—No perdamos más tiempo. Hemos evaluado todas las opciones y las probabilidades de éxito. Pensamos que la única que puede funcionar es la mía.

—¿Hemos? ¿Quiénes? ¿La tuya?

—El khan suele disfrutar de mi compañía cuando está en la ciudad. Siempre lo acompañan dos guardaespaldas que permanecen en la entrada de la alcoba toda la noche. Debemos actuar antes del

amanecer —respondió con voz queda, omitiendo las otras preguntas.

—Eres su amante… —pronunció con cierto desprecio.

—¿Crees que una mujer como yo tiene alguna posibilidad de rechazar a su khan y seguir viviendo? —preguntó con acritud—. Volvamos a los detalles.

Estuvieron murmurando unos minutos más hasta tener claros los pasos que todos debían seguir: el dónde, el cómo y el cuándo. Estaban ya despidiéndose cuando la puerta se entreabrió y unos ojos curiosos vieron a dos amantes, uno en brazos del otro, comiéndose a besos.

—¡Borjin, los clientes te reclaman! —exclamó con cierto enfado.

—¡Ya voy, no puede una descansar ni un momento!

—¿A esto lo llamas «descansar»? Venga, andando… y tú, extranjero —gruñó dirigiéndose a Pachá, que ya le había dado la espalda para ocultar el rostro—, piérdete por otra taberna.

Borjin hizo una mueca y volvió a su puesto. El bullicio creció al verla aparecer.

Hasta que no recibieron noticias de Borjin, Pachá y sus soldados adoptaron a la perfección el rol que esta les había asignado. Al sexto día la vieron aproximarse al bazar de los mercaderes de paños, muy cerca de donde ellos se encontraban. Se detuvo a beber de una de las múltiples fuentes de las que brotaba agua fresca. Era la señal que habían acordado. El día había llegado. La hora la había marcado de forma inapreciable para cualquier persona ajena al plan.

En palacio, como siempre que el khan estaba presente, la fiesta se prolongaba hasta bien entrada la noche. Los cortesanos, temerosos de llamar la atención de su señor, no osaban retirarse mientras él no diera la orden. Las bailarinas danzaban, los magos realizaban todo tipo de trucos para la admiración de los presentes, y la comida, que se servía en grandes bandejas, era más abundante que la que todos los habitantes de Samarcanda podrían devorar durante un día entero. El vino, suministrado en tinajas, tampoco escaseaba, razón por la que todos solían volver a casa en un estado de embriaguez general. Era la manera de honrar a quien se lo ofrecía.

Entre las bailarinas, había una que destacaba por su belleza y por cómo se contorneaba al ritmo de la música. Los ojos de Abdal la seguían en la danza y, como si tuviera un poder hipnótico, ella fue acercándose hasta situarse frente a él para regalarle sus últimos movimientos. Luego se inclinó con una graciosa reverencia y

permaneció así hasta que él se levantó y la tomó de la mano. Poco a poco se fue haciendo el silencio. Había llegado el momento de retirarse, el khan así lo deseaba. Él fue el primero en hacerlo, junto con Borjin y dos de sus soldados, que guardaban sus espaldas al dejar la gran sala para dirigirse a sus aposentos. A una señal de su señor, ambos guardianes entraron en la estancia para inspeccionar cada rincón del lugar, mientras él aguardaba en la puerta. Una vez cerciorados de que estaban solos y que el lugar era seguro, volvieron a la entrada y dieron paso al khan.

—Todo en orden, mi señor.

—Manteneos alerta hasta que amanezca —gruñó.

No hacía falta que les recordara que el que se dormía de guardia no volvía a abrir los ojos nunca más.

Abdal cerró la puerta tras de sí y, al darse la vuelta, vio con agrado que Borjin se despojaba ya de sus ropas. A continuación, se tendió en el lecho, invitándole a unirse a ella. Su cuerpo, del color de la arena del desierto cuando se refleja en ella la luz del sol, tenía las curvas perfectas. Su larga y oscura melena solo dejaba al descubierto parte de su pecho. Era la mujer más deseable que Abdal había poseído. A pesar de hacerlo cada vez que volvía a Samarcanda, no solo no se cansaba de ella, sino que, al regresar, ansiaba yacer con ella de nuevo. Recordó la primera vez que la vio bailando: su sonrisa iluminaba toda la plaza. Se quedó prendado de su belleza al instante y le hizo saber a su visir que quería pasar esa misma noche con ella. Este le explicó, contrariado, que lo que allí se celebraba era una boda, la de la mujer que danzaba al encuentro de su prometido. Abdal lo miró fijamente y volvió a pronunciar la orden. Esa mujer debía ser suya, al precio que fuera.

Borjin había estado esperando una ocasión como esa largo tiempo. Aquella aciaga tarde, que se suponía que debía ser el día más feliz de su vida, se convirtió en la peor de sus pesadillas. Por eso se había unido a la organización clandestina que se formó con el propósito de acabar con Abdal y su reinado del terror. Cada vez eran más los que se sumaban a ella. Muchas veces había estado tentada de matar a Abdal, lo había planeado en su mente de mil formas. Pero ya no estaba sola. Muchas personas dependían de ella. Y el khan se había rodeado de hombres tan despreciables como él. Incluso arrancada la cabeza, la serpiente seguiría envenenando el país. Su venganza personal estaba ligada a la de muchos otros. Había llegado la ocasión esperada, y venía nada menos que del sultanato otomano. Su contacto, Yuder, le había parecido decidido y dispuesto a todo para conseguir su objetivo. Tal vez podría, más adelante, iniciar una nueva vida lejos de su

pasado.

—¿En qué piensas, que te hace fruncir el ceño? ¿Alguien te ha contrariado?

—No, mi señor —respondió sobresaltada al comprobar que había bajado la guardia—, pero estoy agotada. Ha sido un día muy largo. Tengo hambre. ¿Y vos? He hecho traer unos dátiles… ¡Están más dulces que nunca! Dicen que ayudan a conciliar el sueño, y me iría muy bien dormir toda la noche.

—Tomaré uno, pero vas a tener que esperar un poco más antes de descansar —puntualizó, montándose encima de ella de nuevo.

—Seguro que disfrutaré la espera —contestó con mirada pícara mientras abría las piernas para recibirlo.

Minutos después se zafó con cuidado del cuerpo que la cubría. Tomó su mano y la soltó para cerciorarse de que la poción infiltrada en los dátiles había surtido el efecto esperado. Se asomó a la ventana y, tras encender la lámpara de aceite, la balanceó de un lado a otro. Otra luz brilló en la oscuridad. No tuvo que esperar mucho antes de oír pasos frente a la puerta. Al abrirla, observó que solo quedaba en pie uno de los dos guardias. El otro yacía con un puñal clavado en el vientre. Para su asombro, el primero lo introdujo por los pies hasta el centro de la habitación y, después de quitarle el uniforme, lo escondió bajo la cama. Luego miró a Abdal con una mueca de desprecio. En sus ojos se leía el deseo de matarlo ahí mismo. Otro soldado apareció de inmediato y le tocó levemente el brazo al primero. Ambos se miraron durante unos segundos y asintieron al unísono. Vistieron al khan con el uniforme del soldado abatido y lo pusieron en pie, sujetándolo entre los dos.

—Los extranjeros nos esperan fuera, en el lugar acordado. Tu misión ha concluido, mujer.

Comenzaron a andar hacia la salida. Al llegar a la puerta, el otro soldado se volvió y le dijo a Borjin:

—Yo que tú desaparecería una temporada. Entre la guardia hay muchos hombres leales a Abdal que irán a por ti. Has sido la última en estar con él.

—Sabré cuidarme, pero gracias por el consejo.

Mientras los oía andar por el pasillo como si estuvieran ebrios, se cubrió con sus ropas y se deslizó en dirección contraria para salir de palacio antes de que nadie se percatara de lo sucedido.

Cruzó la ciudad cubierta con una capa larga que la ocultaba por completo, evitando a la milicia urbana y los lugares concurridos, hasta llegar a su hogar. Había decidido abandonar la casa paterna hacía ya unos meses, tras la muerte de su madre. Desde entonces había vivido

en la trastienda de la taberna donde trabajaba. Sin embargo, gracias a su relación con el soberano, gozaba de una pequeña fortuna compuesta por los regalos que él le hacía, y una parte la había invertido en comprarse una vivienda alejada de la ciudad, pequeña y humilde, pero solo para ella. Había realizado la transacción a través de varios intermediarios, con el propósito de que nadie conociera la identidad de quien la había adquirido. Al entrar, se despojó de sus ropas y las juntó con el resto, que sacó de un baúl. Preparó un buen fuego en la chimenea y, una a una, las fue quemando hasta reducirlas a cenizas. Después colocó un espejo de bronce bruñido sobre la repisa de la pared y encendió la lámpara de aceite. Con paso decidido, se dirigió a la pequeña cocina y cogió unas tijeras del cajón para volver y enfrentarse de nuevo a la imagen que veía reflejada. Durante unos segundos observó su larga melena con cierto apego. Al instante, meneó la cabeza, desechando las dudas, y, con determinación, tomó un mechón de su cabello y lo cortó hasta la altura de la nuca. Poco a poco, el pelo se fue amontonando a su alrededor a medida que caía como las hojas de los árboles en otoño. Acabada la operación, se estudió de nuevo en el espejo. Ante ella apareció un chiquillo delgaducho, con unos pantalones y una camisa gastada de poca calidad. Había optado por seguir el consejo que le ofreció un hombre sabio tiempo atrás, cuando intentaba esconderse de unos niños que la perseguían: «Si no quieres que te encuentren, no huyas. Quédate delante de ellos de modo que no te vean. Ahí seguro que no buscarán».

Pachá y sus compañeros aguardaban nerviosos la señal. En cuanto la recibieron, salieron montados en la carreta que les habían ofrecido para entrar en la ciudad, dirigiéndose directamente al punto de encuentro. Cuando llegaron, vieron a los tres soldados apoyados sobre una de las paredes de palacio. Se acercaron hasta allí y se detuvieron con sigilo. Entre todos, subieron a uno de ellos, que parecía dormir tras una noche de excesos, a la parte trasera. Los otros dos montaron en sus respectivos caballos y se situaron a ambos lados de la carreta. Tras un breve intercambio de palabras, iniciaron la marcha hacia la salida de la ciudad mientras la luna aún resplandecía en el cielo.

Al cruzar la puerta de la muralla, dos guardias allí apostados les dieron el alto. El soldado de más edad se adelantó y les explicó el motivo por el que salían a esas horas, mientras señalaba sonriendo hacia la parte trasera de la carreta.

Uno de los guardias echó un vistazo rápido y, haciendo una seña al

otro, les dejó vía libre. El corazón de Pachá estaba a punto de explotar. La mano que tenía sobre la empuñadura de la daga se relajó. Lo habían conseguido, o al menos la parte que parecía más difícil, la salida de Samarcanda con Abdal en su poder. Cuando vieron desaparecer la ciudad, aceleraron la marcha al máximo que permitía el estado del camino. Eran conscientes de que, al amanecer el complot sería descubierto, y el poderoso ejército del khan iría en su busca. En el trayecto, los soldados se deshicieron de sus uniformes y se vistieron como simples carreteros. Galoparon sin descanso durante varias horas. Abdal pareció despertarse, pero uno de los otomanos, sin muchas contemplaciones, le golpeó en la cabeza, dejándolo de nuevo inconsciente. Al alcanzar uno de los pozos de agua fresca de la ruta, se detuvieron para dar de beber a sus monturas y rellenar sus botas de cuero. Después de comer algo, siguieron avanzando hasta que cayó la noche y tuvieron que parar al no ver por dónde pisaban. Decidieron hacer turnos de vigilancia para que todos pudieran descansar al menos un par de horas.

Durante el turno de Pachá, Abdal volvió en sí.

—¿Sabéis quién soy y a qué os exponéis cuando os den caza mis hombres? —escupió lleno de cólera.

—Eres Abdal el Asesino, Abdal el Usurpador —respondió Pachá contundente, sin mirarlo siquiera.

Hizo un gesto a uno de sus hombres y este lo amordazó, impidiéndole pronunciar una palabra más. Sus ojos, inyectados en sangre, lo decían todo.

Con los primeros rayos de luz, reemprendieron la marcha. Si conseguían llegar al punto de encuentro marcado con los demás participantes en el secuestro, más allá de la frontera, tendrían muchas posibilidades de llevar a buen puerto la misión. Según los cálculos, antes del anochecer tendrían que toparse con ellos.

Un grito del hombre que cerraba la marcha alertó a Pachá.

—¡Veo una gran polvareda a lo lejos!

—¡Nos han descubierto! ¡Abandonad la carreta! Coged lo imprescindible, subidlo y sujetadlo al otro caballo —ordenó señalando a Abdal, que los miraba con una mueca de satisfacción—. ¡Al galope! Debemos llegar al lugar acordado antes de que nos den alcance.

A pesar de ir todo lo rápido que sus monturas les permitían, la distancia con los perseguidores se iba reduciendo. Divisaron a lo lejos la colina, donde unas luces les indicaban el camino. De todos los jinetes, quedaron algo rezagados Pachá y el hombre que llevaba el caballo de Abdal atado a su montura. A esa distancia aún no lanzarían sus armas contra ellos. No podían distinguir a su khan y la posibilidad

de errar el tiro era alta, pero a cada paso estaban más cerca. Mientras Abdal siguiera en su poder, tendrían la fuerza de su parte. Por fin, Pachá alcanzó la meta; varias carretas habían montado un círculo para protegerse del ataque. Al mirar victorioso hacia atrás, vio que su soldado era alcanzado por una flecha y caía del caballo, y que este, asustado, cambiaba de dirección, y con él, el que llevaba atado a Abdal. Su primer impulso fue ir a por él, pero las flechas silbaban tan cerca que tuvo la certeza de que lo alcanzarían antes de que pudiera alcanzarlo. Con rabia, cruzó la barrera que había improvisado el grupo y saltó de su montura antes de que se detuviera.

—¡Lo hemos perdido! —exclamó lleno de cólera.

—¡Ponte a cubierto, ya los tenemos encima!

Miró a su alrededor, calibrando sus fuerzas. Luego echó la vista al frente. No tenían ninguna posibilidad. Cientos de jinetes los estaban rodeando.

—¡Morir en batalla es un honor para cualquier guerrero! ¡Por nuestro sultán y por Alá! —gritó alzando el brazo para encararse con el primer soldado que cruzó la línea.

La lucha fue encarnizada. El grupo resistió lo suficiente como para diezmar al enemigo, pero la diferencia de número era tal que fueron cayendo uno a uno. El último en quedar en pie fue Pachá, al que varios soldados acorralaron y desarmaron.

—¡Lo quiero vivo! —aulló Abdal.

Pachá y él se miraron unos segundos. Entonces, antes de que nadie pudiera evitarlo, y para sorpresa de todos, se abalanzó sobre uno de los soldados, le arrancó la espada del puño y la lanzó con todas sus fuerzas contra Abdal, atravesándole un hombro. Un segundo después, tomó la daga que llevaba al cinto y se seccionó el cuello. Aún tuvo tiempo de regalarle a Abdal una sonrisa sarcástica, antes de caer muerto sobre su propia sangre.

Se hizo un silencio en torno al khan. Todos esperaban órdenes.

—¡Quemadlo todo, que no quede ni rastro! Quiero al jefe colgado, bien a la vista, como escarmiento, para que lo devoren las aves carroñeras.

—Pero, mi señor, está muerto…

—Nosotros lo sabemos, pero quien lo vea ahí expuesto, no sabrá en qué momento le ha llegado su hora. Nuestros enemigos creerán que ha sufrido en vida.

El olor a carne quemada llegaba hasta el lugar donde acamparon para pasar la noche antes de emprender la vuelta a Samarcanda.

A Abdal lo curó el médico que llevaba siempre que salían de campaña y que por fortuna había cabalgado con sus soldados. La

herida era seria, pero no como para poner su vida en peligro. El único riesgo era que se infectase.

De regreso a la ciudad, Abdal sentía escalofríos y la frente le ardía. Se mantuvo firme hasta cruzar la puerta de palacio; luego se desplomó. Las fiebres lo tuvieron semiinconsciente durante días. Las intrigas para su sucesión comenzaron a tomar forma.

44

Tres largas semanas fueron las que tardaron en recorrer la distancia desde Tabriz hasta que los vigías anunciaron que Trebisonda se atisbaba en la lejanía. Veintidós días de marcha, sin más descanso que el necesario para dar de beber a los animales y el que el sol les proporcionaba al ocultarse, hasta que sus primeros rayos anunciaban un nuevo día. En todo ese tiempo, Myrah y Yunna apenas vieron a Chagatei. Solo en un par de ocasiones y a distancia.

El paisaje que los rodeaba era verde y húmedo. Acababan de dejar atrás un bosque donde los árboles eran tan altos y espesos que dificultaban al alba el camino para filtrarse a través de ellos. Una vía empedrada anunciaba la proximidad de la ciudad Estado. Se advertía entre los carreteros y guardias la satisfacción por haber llegado a su destino. Había sido un viaje con numerosos contratiempos, algunos debidos a la naturaleza y otros causados por accidentes e intentos de huida de los esclavos (entre ellos, el de Myrah, Yunna y Chagatei) que los habían retrasado más de lo previsto.

—Trebisonda —murmuró Yunna, que caminaba triste junto a Myrah—. He oído decir a algunas de las mujeres que no será nuestro destino. Aseguran que el gran comercio de esclavos está más al norte.

—Kaffa… —afirmó Myrah sin poder esconder su tono trémulo.

—¿Qué sabes de ella? —preguntó Yunna asustada.

—Nada bueno, Yunna. Enfermedad y muerte —respondió negando con la cabeza.

Kaffa era una colonia que pertenecía al reino de Génova, uno de los centros más prósperos en el comercio de esclavos. Tiempo atrás, su nombre hacía temblar a quien lo pronunciaba, pues la leyenda decía que, como venganza por llevarse a sus hijos hacia Occidente como esclavos, Oriente los hizo portadores de la peor enfermedad que ha asolado el mundo desde sus inicios: la peste negra. Las fiebres se propagaron por todos los puertos en los que se detuvieron y llegaron al continente europeo de forma tan virulenta que diezmaron su población en muchos millones de personas.

—¡Qué horror! —exclamó estremeciéndose—. ¿Crees que todavía existe esa enfermedad en Kaffa?

—Tranquila, Yunna —añadió al ver la expresión de pavor de su amiga—, eso ocurrió hace muchos años. Se acabó con ella hace

tiempo.

No era del todo cierto, pero Myrah no quería que su amiga se preocupara más de lo debido. Al fin y al cabo, la peste sería lo de menos.

La caravana se detuvo en las cercanías de la ciudad, como solía hacer. Liberaron a los animales de sus cargas, organizaron las mercancías e hicieron un recuento exhaustivo de los esclavos por sexo, edad y origen. Los jefes y parte de la guardia entraron en la ciudad, dejando un retén para controlar el campamento. Se encendieron hogueras y se distribuyó algo de comida. También, de forma controlada, permitieron que los esclavos se acercasen a un riachuelo cercano para beber y asearse. Myrah distinguió la silueta inconfundible de Chagatei bajando hacia el lugar donde se encontraba ella sola, ya que Yunna había preferido quedarse descansando en la tienda. Iba atado y escoltado por un hombre que llevaba una espada cruzada a la espalda y expresión dura en el rostro. Por eso se sorprendió tanto cuando este se dirigió a ella en tono quedo:

—Señora, tenéis un par de minutos para comunicaros con él.

Tras pronunciar esas palabras, se volvió para mirar en dirección contraria, alerta y vigilante.

—¡Chagatei! —exclamó contenta al ver que no habían hecho demasiados estragos en su cuerpo los castigos infligidos.

—Tenemos poco tiempo. Me alegro de que Yunna no esté aquí; será más fácil decirte lo que tengo que comunicarte. Sé cuál será nuestro destino. Lo hablaron anoche los que organizan la venta de esclavos. Este hombre que me acompaña libró batallas a mi lado durante un tiempo, por eso me lo ha contado y ha permitido que me acerque a ti. Escucha, en cuanto lleguemos a Trebisonda, os embarcarán para conduciros a Kaffa y, de ahí, muy probablemente, hacia Génova. La travesía será dura, créeme, sé de lo que hablo. Os daré algunos consejos para sobrevivir.

—¿Y tú? —se interesó.

—A mí me tienen reservado lo peor. Seré conducido a galeras. Ya sabes lo que eso significa: vivir lo que aguante mi cuerpo, encadenado a un banco las veinticuatro horas del día. Creo que alguien tuvo el honor de soportarlo dos meses… —bromeó con una mueca de sarcasmo y, bajando aún más la voz, dijo—: pero no les voy a dar el placer de verme así. En cuanto bajen la guardia, me enfrentaré a ellos. Sé que es una muerte segura, pero más dulce para un guerrero que permanecer atado a unos remos. Moriré matando.

Myrah lo observó con los ojos húmedos y gran respeto. Entonces, sin pensárselo, se llevó la mano al interior de la falda y, después de

comprobar que nadie los miraba, sacó el puñal que llevaba atado y oculto en el interior del muslo.

—Tú lo necesitas más que yo ahora —dijo resuelta, pensando que ya encontraría el modo de hacerse con otro como fuera.

Chagatei la miró con expresión de duda. Sabía lo que significaba para ella deshacerse de lo único que la hacía sentirse segura.

—No puedo aceptarlo —musitó.

—Sí que puedes, y además debes hacerlo. Por nosotras también. Ya es demasiado duro saber que, por nuestra culpa, te encuentras en esta situación. Deja que te ayude al menos a enfrentarte a ellos con alguna posibilidad —insistió mientras se la ocultaba entre sus ropas.

Finalmente, aceptó. Se apretaron la mano con fuerza, transmitiéndose lo que sentían en aquel momento.

—Se acabó el tiempo, no podemos arriesgarnos más —interrumpió de pronto el soldado, que miraba de reojo a ambos lados.

—Myrah…

—Lo haré, descuida —respondió, leyendo en su mirada.

Él ya no podría despedirse de Yunna, ni tampoco seguir protegiéndola.

—Hazle entender el paso que voy a dar.

Chagatei se incorporó y se colocó delante del hombre que, con una leve inclinación de cabeza, comenzó a andar hacia el campamento.

Myrah vio cómo se alejaba; tenía sentimientos encontrados. Por una parte, entendía, incluso compartía, la decisión de morir de pie antes que humillado, pero, por otra, quizá más egoísta, hubiese deseado que siguiera vivo a cualquier precio. Había acabado por apreciarlo de veras, y otra pérdida más era lo que menos necesitaba en ese instante para conservar las fuerzas que requería para seguir resistiendo. No sabía si debía comunicárselo a Yunna o si, por el contrario, era más compasivo que lo desconociera hasta que se produjera el desenlace. Le iba a ahorrar un sufrimiento innecesario, pero por otro lado…

Un grito la arrancó de sus pensamientos; era hora de volver a las tiendas.

Transcurrió una semana más de continuo movimiento: idas y venidas de la ciudad, transacciones de todo tipo que se cerraban dentro y fuera de las murallas. Se construyeron *khivas* de adobe y paja para hornear tortas rellenas de calabaza y carne que se distribuían entre los más afortunados. Y llegó el día de organizar a los esclavos según el destino que les esperaba. Algunos se quedarían en Trebisonda; la gran

mayoría partirían hacia el norte, rumbo a Kaffa, y otros, los hombres más fuertes o los que merecían mayor castigo, serían conducidos hacia el sur para ser embarcados como galeotes.

De pronto, se oyó un alarido que rasgó el aire. Todos se volvieron hacia el lugar de su procedencia. Myrah supo, antes de que su vista alcanzase a distinguirlo, a quién pertenecía aquella voz.

—¡Por Alá y por la libertad! ¡Antes la muerte que la esclavitud!

La voz de Chagatei tronó a todo pulmón mientras se dirigía hacia el guardia que tenía más próximo y, ya libre de ataduras, le hundía el puñal en el pecho. Durante unos instantes, el estupor fue tal que ni siquiera el resto de la guardia reaccionó al ataque. Aprovechando la confusión, se dirigió hacia el siguiente con la daga en alto y, en cuanto estaba a punto de alcanzarlo, dos hombres cayeron sobre él. Un rumor comenzó a crecer entre los esclavos, que seguían encadenados sin posibilidad de unirse al enfrentamiento, hasta convertirse en gritos de guerra y de apoyo al preso. Con una destreza en la que quedaba implícita una vida de luchas continuas, se deshizo de ambos en un abrir y cerrar de ojos. Entonces, al ver que corría hacia él un grupo más numeroso, salió disparado hasta subir de un salto a la grupa de un caballo. Los alaridos de la multitud subieron de nivel al seguir la escena. De pronto, el caballo relinchó con los ojos desorbitados. Había sido alcanzado por una flecha que le atravesaba el cuello. Levantó sus patas delanteras con fuerza y el jinete salió despedido, a pesar de intentar mantenerse sobre él. Se puso en pie de un salto con premura, pero se vio rodeado. Chagatei paseó su mirada retadora, deteniéndose en cada uno de ellos.

—¿Quién desea ser el siguiente? —rugió con rabia.

Durante unos segundos, ninguno de ellos dio el primer paso. Se oyó una orden de su superior que los conminaba a acabar con el rebelde. Al final, uno avanzó decidido hacia él. Chagatei fue a su encuentro, blandiendo el puñal en una mano y la espada que le había arrebatado a uno de los que había dado muerte en la otra, y lo hirió de gravedad en el estómago. Entonces sintió una punzada en la espalda. Otro se había abalanzado sobre él. Se volvió con furia y, de un sablazo, acabó con él. Siguió atacando como si no le afectara la tremenda herida que ya había teñido de rojo su camisa, e hizo retroceder a los guardias, temerosos ante aquella imponente figura. El bullicio de los esclavos iba creciendo, pero su concentración era tal que oyó el siseo de la flecha antes de que le alcanzara. Se volvió y comprobó que había salido del arco del hombre que ostentaba el mando. Este, desde su cabalgadura, lo miró con superioridad. Chagatei le devolvió la mirada, y en ella había orgullo y desprecio a lo que representaba. Supo que

había llegado su hora. Lanzó un alarido de guerra que hizo estremecer a quienes lo rodeaban. Se tambaleó ligeramente, y solo entonces, al verlo mermado, se abalanzaron todos sobre él. Aun así, varios cayeron también. Tal como predijo, moría matando. Al apartarse y dejar expuesto su cuerpo mutilado, los gritos y pataleos de la multitud fueron apagándose. A fuerza de empujones y golpes, los esclavos volvieron cabizbajos a sus posiciones para seguir con el orden establecido. La llama que se había prendido gracias a Chagatei había brillado durante unos minutos, pero se extinguió con su muerte.

Myrah no pudo evitar que Yunna saliera corriendo hacia él al ver su cuerpo tendido en un charco de sangre, pues lo había reconocido de inmediato al oír el primer grito de guerra. Fue tras ella para intentar detenerla.

—¡Chagatei! —exclamó agachándose junto a él, buscando un resquicio de vida en su mirada que no encontró.

Antes de que Yunna pudiera hacer o decir nada más, dos brazos la levantaron con fuerza y la lanzaron al suelo, apartándola del cuerpo ya inerte. Myrah fue hacia ella y la ayudó a levantarse, urgiéndola a obedecerla, pues intuía que no era momento de demostrar mucho apego por quien se había revelado y había matado a varios hombres.

Al pasar junto al cadáver del primer guardia al que Chagatei había dado muerte, Yunna observó algo que le llamó la atención. Apretó la mandíbula y siguió andando, pero se deshizo de los brazos de Myrah que la sujetaban.

Una vez incorporadas al grupo destinado a emprender la marcha hacia Kaffa, Yunna se volvió hacia su amiga con los ojos llenos de lágrimas y rencor.

—He reconocido el puñal. Era el tuyo.

Myrah la observó sin poder responderle. Tenía un nudo en la garganta y el estómago revuelto al haber visto el cuerpo destrozado de su amigo.

—¿Puedo saber cómo fue a parar a sus manos? —preguntó con rabia contenida.

—Yunna, hay algo que debo explicarte —susurró apesadumbrada—: hace unos días pude hablar con Chagatei.

Yunna le clavó una mirada fría que la princesa jamás había visto en sus ojos.

—¿Habló contigo? ¿Y por qué no conmigo? —preguntó dolida.

—Ya has visto cuál era su propósito. Sabía que tú intentarías impedírselo. Me dijo que no pensaba dejarse encadenar a unos remos para morir como esclavo —musitó con lágrimas en los ojos, apoyándole una mano en el brazo.

—Y tú, en lugar de persuadirle de semejante locura, le proporcionaste el arma para hacerlo —afirmó rechazando el contacto.

—Fue su decisión, Yunna. Lo único que hice fue proporcionarle el puñal para que tuviera una oportunidad, por mínima que fuera. Siento no habértelo contado antes. No quería hacerte sufrir y…

—Nunca te lo perdonaré. Hubiera encontrado la manera de convencerle… y ahora estaría vivo.

—Tienes razón, debería habértelo dicho —reconoció apesadumbrada, aun sabiendo cuál habría sido el precio que hubiera pagado Chagatei de haberlo hecho: ser consciente de que iba a estar encadenado a un banco las veinticuatro horas del día, remando hasta que su cuerpo se rompiera, con la certeza de que solo le esperaba una muerte lenta y dolorosa. ¿Era mejor que verlo atacar y defenderse como un guerrero, muriendo con orgullo y honor?

Yunna la miró con los ojos bañados en lágrimas y, sin pronunciar una palabra más, dio varios pasos para separarse de ella.

Llegaron al puerto de Trebisonda. Los barcos amarrados que debían conducirlos a Kaffa estaban ya preparados para recibir su carga. Junto al puerto se hallaban los bazares, donde se comerciaba con los productos que iban a ser exportados. El vino era muy apreciado, ya que poseían grandes extensiones de parras de las que se extraían caldos de gran calidad.

A pesar del sentimiento de profunda soledad que invadía a Myrah desde que Yunna la apartara de su lado, no pudo dejar de admirar la vida que emergía del lugar, mezcla de culturas e idiomas. Aunque ahí la lengua común era el griego, que ella no dominaba, comprobó que también se comerciaba en árabe, en turco y en algunos dialectos que no comprendía.

El agua estaba en calma, por lo que había oído, algo habitual en el mar Negro, así que supuso que la travesía sería tranquila. Las pasarelas situadas para subir a bordo de la nao se fueron llenando de esclavos que miraban de soslayo hacia atrás, conscientes de que dejaban una tierra que no volverían a pisar. Después de llenar las bodegas con toda la carga posible, desmontaron las rampas, acabando con cualquier esperanza de los esclavos de volver sobre sus pasos. A un grito del capitán, comenzó el trabajo frenético del contramaestre y los marineros para salir del puerto y zarpar a mar abierto, rumbo a Kaffa.

Observé, emocionada, cómo mi pequeño conseguía dar sus primeros pasos. Llevaba varios días en el empeño, con caídas y múltiples golpes que habían dejado huella en su frente. Pero nada lo había amedrentado, al contrario. La obstinación consiguió arrancarme una sonrisa de orgullo. Aquella tarde aplaudí con alegría cuando por fin llegó a mi lado y me miró triunfal, como si hubiera cruzado la estepa evitando todos sus peligros. Sentí una vez más esa punzada de rabia porque su padre no estuviera presente en un momento tan especial. Y temí que la falta de una figura paterna pudiera perjudicarle en el futuro. Lo tomé en brazos y lo alcé hacia el cielo, mimetizando su sonrisa al tiempo que giraba sobre mis pies. Después lo senté en mi regazo.

—Me gustaría que hubieras conocido a Chagatei, hijo mío. Te hubiera enseñado muchas cosas. Era un gran guerrero y un buen hombre. Lloré la pérdida de un amigo. Y Yunna…, para ella fue un golpe tremendo del que le costó recuperarse. Aun así, su imagen luchando con valentía por su libertad permanecerá siempre en la memoria de los que lo presenciamos.



La suave brisa del atardecer mecía las olas que envolvían la nave cuando divisaron a lo lejos la ciudad de Kaffa, coronada por unas torres que emergían de una fortaleza situada sobre un promontorio. La travesía había sido plácida gracias a la calma de las aguas del llamado mar Negro, o Karadeniz, según los turco-otomanos.

Al subir a cubierta, Myrah intentó retener la geografía que la rodeaba, recordando los mapas que había estudiado con su maestro. Le impresionó la extensión de agua del gran mar y cómo el sol reflejaba sus rayos matinales sobre ella, convirtiéndola en un espejo donde brillaban lo que parecían ser estrellas caídas del cielo. Pensó con tristeza en lo maravilloso que hubiese sido viajar con su padre tan lejos de su hogar. La nave se acercó a la costa al voceo del capitán, que no dejaba de dar órdenes a sus subordinados para que se preparaban para amarrar. Desde donde se encontraba, podía divisar el

gran flujo de personas que circulaba por el puerto de un lado a otro y la cantidad de barcos ya amarrados que llenaban los pantalanes, desde pequeños veleros hasta enormes embarcaciones. Mientras tanto, los esclavistas organizaban su carga al ritmo de golpes y empujones. Las mujeres y los niños en una fila. Los hombres en otra.

Myrah levantó la cabeza al notar el contacto, y retuvo el impulso de enfrentarse una vez más. Si de algo le habían servido todos aquellos meses de esclavitud, desconocía cuántos, era para saber que había que escoger las batallas en las que luchar. Llevó la mirada al frente para observar la ciudad que, desde esa posición elevada, podía adivinarse en su conjunto. Las murallas, que emergían del mar, subían serpenteando sobre una colina rocosa hasta alcanzar la cima. Intercaladas entre cada centenar de metros del muro, se alzaban unas torres cuadradas. La parte superior almenada se recortaba sobre el cielo azul como los dientes de un gran dragón. Las casas, apiñadas, descendían por la ladera formando una lengua hasta alcanzar el mar. Recordó los grabados que había visto de Kaffa, que hacían referencia al asedio de los tártaros y a las terribles consecuencias de tal acción. En poco menos de cuarenta años, la ciudad había pasado de ser reconocida como una gran colonia a convertirse en el mayor foco de peste negra que se exportaría al resto de Asia y Europa a bordo de los barcos que partían de su puerto. Por lo que le había explicado Chagatei, sus habitantes eran la mayoría de origen genovés, y seguía siendo uno de los mayores centros de comercio de esclavos.

Chagatei… No podía apartar de la mente la imagen de su cuerpo mutilado. Desde aquel terrible episodio, se había preguntado infinidad de veces si había obrado bien al facilitarle el arma. Tal vez Yunna tenía razón al culparla de su muerte. Quizá debería haber intentado disuadirle… «Mientras hay vida, hay esperanza», se dice, y en ese momento él ya no tenía ninguna de las dos. Otro golpe la devolvió a la realidad, así que avanzó en fila, como los demás, hacia la rampa que habían colocado para salvar la distancia hasta tierra firme. El ruido de los látigos restallando sobre cubierta aceleraba el paso de los cautivos, incluso en el caso de los hombres que, por considerarse más peligrosos, portaban cadenas atadas a sus pies.

En cuanto desembarcaron, fueron conducidos hasta una gran explanada, donde los detuvieron. Myrah buscó a Yunna, pues había perdido el contacto con ella al subir al barco. Al fin la localizó y la miró intensamente, deseando que su fuerza la obligara a darse la vuelta. La decepción se dibujó en su rostro al comprobar que no surtía efecto. Yunna parecía hallarse muy lejos de la arena que pisaba. Se preocupó al verla cabizbaja, balanceándose para cargar su peso en un

pie, luego en el otro, como si hubiera perdido la cordura. «Nunca te lo perdonaré» fueron las últimas palabras que le dirigió. Sintió un nudo en la boca del estómago, el demoledor peso de la soledad, como los grilletes que le aprisionaban las muñecas. Todo el horror que habían vivido desde aquel aciago día de camino a Merv había sido más soportable con ella al lado, apoyándose mutuamente.… No sabía cómo iba a afrontar el resto de su vida, en esclavitud y sola.

Intentó alejar esos pensamientos; no podía dejarse vencer por la desesperación. Tenía que sobrevivir, al precio que fuera. Algún día, en algún momento, hallaría la manera de volver a su hogar y vengarse por todo el sufrimiento que le habían infligido tanto a ella como a los suyos. Sintió cómo crecía de nuevo ese fuego en su interior que la mantenía con fuerzas para seguir adelante. Volvió a buscar a Yunna, y esa vez su amiga le devolvió una mirada opaca, apagada, sin luz. Esbozó una sonrisa para transmitirle ánimos, sin obtener respuesta por su parte.

Los jefes distribuyeron sus bienes en grupos, estudiando las posibilidades de cada ejemplar para la venta. El sol comenzaba a ocultarse tras las rocas, buscando las aguas del mar para sumergirse en él y dejar de presenciar aquel dantesco espectáculo.

Una vez acabado el trabajo, condujeron al grupo de mujeres de Myrah hasta una especie de establo, donde las dejaron tumbarse sobre la paja que cubría el suelo. Al cabo de un rato, entró una mujer y depositó en el piso un barreño con agua y otro con patatas cocidas. A continuación, se situó detrás, a cierta distancia. Aunque el cuerpo de Myrah le pedía a gritos que no moviera un músculo, los zarpazos de su estómago la obligaron a levantarse. Se dirigió hacia la comida y, a base de empujones, se situó en la cola para obtener su ración. Después volvió a su esquina. Observó con recelo a una mujer que no le había quitado los ojos de encima mientras comía y que se le había acercado con mirada suplicante. Extendió la palma de la mano, desesperadamente vacía, hacia ella. Myrah le dio la espalda para engullir hasta el último gramo de alimento. Después se tumbó de nuevo, encogiéndose para evitar el frío de la noche que comenzaba a penetrar bajo su piel hasta morderle los huesos. Volvió los ojos hacia la mujer. Se había tendido tan cerca de ella que hasta podía sentir sus temblores y oír sus quejidos. Intentó separarse un poco más, instándola a callar. El agotamiento y el lecho de paja, que agradeció como el mejor colchón, hicieron que se durmiera al poco rato.

Unas voces, acompañadas de algún golpe, las despertaron con las primeras luces del alba. Myrah abrió los ojos, saliendo de un sueño en el que hubiese deseado quedarse, pues en él paseaba con libertad por

las calles de Samarcanda, admirando la belleza de sus plazas y fuentes, de las que bebía a placer. Se levantó alarmada al darse cuenta de que uno de los hombres se acercaba con impaciencia hacia su rincón. Sintió la frialdad del cuerpo tendido junto a ella y se separó cuanto pudo asustada. El guardia se detuvo junto a la mujer que permanecía echada. Sin miramientos, la golpeó en la espalda con el pie. No se movió. Luego le dio otra patada más fuerte, acompañada de palabras amenazantes. Nada. Entonces, de mala gana, se agachó para obligarla a volverse. Al hacerlo, unos ojos sin vida se clavaron en los suyos. Lanzó un improperio y llamó a otro hombre. Se levantó y comenzó a dar órdenes para que las demás salieran. No volvió la vista hacia el cuerpo tendido.

A pesar de que, por desgracia, durante los últimos meses había contemplado gran cantidad de cuerpos sin vida, el hecho de despertarse junto a uno la había llevado de nuevo a su infancia. Recordó entonces una mano vacía extendida hacia ella, unos lastimosos quejidos que emitía un cuerpo que temblaba. Y se vio a sí misma dándole la espalda y exigiendo su silencio. Un escalofrío recorrió su espalda. ¿En quién se había convertido? ¿Era esa crueldad el legado de sus antepasados? Volvió a pensar en la mujer y sintió náuseas. Había muerto en un lugar remoto, donde nadie la lloraría ni ningún ser querido la honraría. Todos allí, sin excepción, habían perdido la categoría de personas y se habían convertido en objetos, cuyo valor lo determinaban los mercaderes.

Salió del establo para llenar los pulmones de aire fresco y enfrentarse a un nuevo día; esa mañana su destino quedaría marcado. Al menos mientras ella no pudiera cambiarlo.

La plaza tenía unas dimensiones considerables. Era cuadrada, y en el centro se alzaba una hermosa fuente. Habían accedido a ella a través de unas callejuelas que iban en ascenso desde la explanada donde habían pasado la noche. Estaba flanqueada por la muralla, y cuatro torres guardaban sus esquinas. En ellas se distinguían unas pequeñas oberturas verticales.

Las transacciones habían comenzado. Los comerciantes se acercaban a los lotes para estudiar la mercancía de cerca y a placer. Myrah se había autoimpuesto docilidad absoluta. No quería ser azotada como había visto en alguna ocasión, o desnudada en público como escarnio, todavía más frecuente. Así que, al recibir la orden, levantó la mirada vacía. Abrió la boca y sacó la lengua para que la examinasen. La apartaron, junto con otras mujeres. Yunna no estaba entre ellas. La había perdido de vista desde el día anterior.

Caía la tarde cuando dieron la orden de partir hacia el puerto a

algunos de los grupos que aguardaban allí. Atravesaron un bazar dispuesto en los accesos de las atarazanas, donde se mezclaban los aromas de varias especias con el salitre del mar.

Los barcos, imponentes desde tierra, esperaban su carga. Primero llenaron parte de las bodegas con alimentos para el viaje. Luego, subieron las balas con las mercancías que pretendían vender o intercambiar al llegar a su destino y, finalmente, a los esclavos, atados de dos en dos, parejas de almas llenas de desesperanza y resignación. El grupo de Myrah, de más de un centenar de personas entre hombres y mujeres, fue conducido hasta un puente que conectaba con la carraca, la nave más grande que jamás hubiera visto. Al alcanzar la pasarela para subir a bordo, volvió la cabeza desesperada, buscando la figura de su amiga. A punto ya de darse por vencida, la distinguió en las últimas posiciones; formaba parte de su grupo. Sintió un inmenso alivio. Como mínimo, iban a compartir su próximo destino, con casi total probabilidad Génova, como le había dicho Chagatei. De haber perdido su pista ahí, las posibilidades de reencontrarse hubieran sido nulas.

Mientras los iban distribuyendo por el interior del barco o, dicho con más acierto, empujando hacia sus tripas, oyó entre los marineros que harían una parada breve en Constantinopla antes de emprender la gran travesía. Ojalá tuviera la ocasión de subir a cubierta para contemplarla.

La oscuridad los envolvió por completo al cerrarse el tambucho que conectaba las bodegas con la cubierta. Se hizo un espeso silencio en el lugar que compartía con los demás cautivos. Cuando comenzaron a acostumbrar sus ojos a la oscuridad, comprobaron el poco espacio del que iba a disponer cada uno. Empezaron los lamentos, quejidos y movimientos para acomodarse en alguna parte. Myrah intentó descubrir a Yunna entre la masa de sombras que la rodeaba sin éxito. Entonces, se dirigió al rincón más cercano y se agachó hasta tantear un bulto sobre el que se recostó. Recordó entonces aquella noche en que también se vio apresada en el mausoleo de Tamerlán, y el pánico que sintió al pensar que quizá los descubriesen. Un miedo muy diferente al que sentía en ese momento. Además, en aquella ocasión no estaba sola. Tenía a Tariq a su lado, y él poseía la virtud de hacerla sentir segura. Ojalá estuviera allí. «Es inútil perder el tiempo con lamentaciones», se dijo para convencerse. Lo más provechoso era intentar descansar, guardar fuerzas y esperar al siguiente día. Tal vez podría acercarse a Yunna.

El suave balanceo de las olas del puerto mecía la carraca al son de los trinquetes y aparejos que el viento hacía chocar y crujir como si

fueran el eco de los lamentos de su carga. Permanecerían amarrados hasta que despuntase el alba. Entonces comenzarían a alejarse de la costa de Kaffa en dirección a Constantinopla, donde harían escala para acabar de llenar la nave de mercancías y alimentos para emprender, ya sí, la travesía.

46

Tariq iba al frente del grupo montado en Khumo. Soldán cabalgaba junto a él, con Yesi descansando en su brazo. El sol del mediodía caía sobre ellos haciendo que sus largas sombras se proyectaran sobre el terreno que pisaban. Había llegado el momento de presentarse ante todos pueblos que se distribuían por las montañas y valles cercanos. Esas habían sido las palabras del chamán días atrás, cuando lo mandó llamar a su yurta. Le había asegurado que estaba preparado para asumir el liderato.

—Mira, Tariq —dijo Soldán señalando un punto negro en el horizonte—, vienen hacia nosotros.

El muchacho dio orden de seguir avanzando sin desenvainar arma alguna. En su montura ondeaba una bandera que había hecho tejer con una idea en la cabeza; sobre un fondo verde, destacaba una mancha azul claro con la silueta del mar de Aral. Un punto marrón indicaba la ubicación de su propio pueblo.

El perfil de los jinetes y sus monturas fue perfilándose ante ellos. Formaban una hilera que cubría casi todo el terreno de lado a lado. Un centenar de pasos los separaban. Tariq avanzó solo, haciendo un gesto a los suyos para que se detuvieran. Tomó la bandera en la mano derecha y se dirigió hacia el de mayor rango.

—¿Qué se os ha perdido tan lejos de vuestras tierras? —inquirió este, mirándolo con hostilidad.

—Señor, venimos a solicitar una reunión. Ya veis que no lucimos armaduras de guerra. Es importante que hablemos, por el bien de nuestros pueblos. El gran chamán me envía hasta vosotros con un mensaje.

El hombre observó la bandera con cierta curiosidad. Después volvió sus ojos rasgados a quien la sujetaba. En su mirada no encontró temor ni ira. Se acercó unos pasos más hasta situarse junto a él. El silencio se prolongó durante unos instantes, solo roto por el piafar de algunos caballos. La figura del gran chamán era respetada más allá de sus fronteras. «Si tiene un mensaje para nosotros y ha escogido a este hombre como emisario, debo escucharlo», se dijo el hombre que examinaba a Tariq curioso.

—Seguidnos —ordenó, tirando de las riendas para hacer que su caballo volviera sobre sus pasos—. Seréis bien recibidos en nuestro

pueblo.

Tariq asintió. Se volvió hacia sus hombres y les hizo un gesto para que avanzaran.

Al caer la tarde, tras cruzar un desfiladero, divisaron el poblado. Hacía rato que se sentían observados. De hecho, Soldán había señalado a más de un vigía con algo de preocupación. Podían ser una trampa mortal. Cuando entraron en la aldea detrás de los guerreros, se vieron hostigados por sus habitantes, que les escupían y los insultaban, pues no estaban acostumbrados a recibir a extraños, hasta que alcanzaron la plaza central, donde los aguardaba el jefe del clan. Era una figura imponente por su tamaño y vestimenta, en la que destacaba un tocado de piel de serpiente con su cabeza a modo de adorno. En cuanto alzó el cayado que agarraba, se hizo el más absoluto silencio. Tariq desmontó con mucha calma y dio unas suaves palmadas al lomo de su montura, susurrándole algo al oído para sosegarlo. Entonces avanzó unos pasos hasta situarse frente al jefe. Se tocó levemente el pecho, los labios y la frente, e inclinó la cabeza.

—Mi nombre es Tariq —pronunció despacio, pues desconocía si usaban la misma lengua tan al norte.

—Hablemos —respondió escueto, mirándolo a los ojos e invitándolo con el brazo extendido a entrar en su tienda.

Tariq dio por sentado que alguno de los soldados se había adelantado para notificar su llegada y el motivo de la visita. Se volvió hacia Soldán, haciendo una seña para que lo acompañara, y otra a los demás para que aguardaran allí.

A una indicación del jefe, tras haberse acomodado y bebido algo de leche, Tariq comenzó a hablar:

—Gran señor, es hora de dejar atrás las luchas entre nuestros pueblos. Durante muchos años, lo único que hemos conseguido ha sido debilitarnos mutuamente. Ahora hay un enemigo mayor que debemos batir y, para poder hacerlo, hemos de unir todas las tribus del territorio.

—¿Y quién es ese enemigo tan poderoso? —preguntó enarcando una ceja.

—Supongo que sabréis que el khan Ulugh Beg fue asesinado por su hijo y que este se proclamó rey el mismo día. Es un hombre cuya avaricia y deseos de poder no conocen límites. Tiene a sus órdenes a miles de mercenarios, además de a su propio ejército. Se ha propuesto emular a su antepasado, al mismísimo Tamerlán, sembrando de nuevo el terror entre los pueblos para conquistarlos. Debemos estar preparados para cuando decidan atacarnos. Por separado, no tenemos ninguna posibilidad. Unidos, sí.

—La Horda de Oro se desintegró, lanzando a los pueblos hacia sus propios destinos —pronunció con cierta nostalgia.

—Ahora ha llegado el momento. Debemos aprender unos de otros. Tomar lo mejor de cada pueblo, sin que ninguno se imponga sobre los demás —dijo transmitiendo su propósito—. Conozco uno donde sus hombres saben lanzar las flechas más veloces y a mayor distancia de la que se pueda imaginar. Otro que ha domesticado las águilas y las utilizan también para la guerra. Incluso sé de otro en el que funden las espadas y las moldean de forma que rasgan la más fina de las telas. ¿Puede imaginarse la unión de todas esas virtudes, y muchas otras por descubrir, cabalgando juntas?

—¿Y cómo pretendes hacerlo? Siempre habrá recelos y deseos de venganza por el pasado —preguntó escéptico, escrutando un rostro en el que leyó determinación.

—Dando el primer paso, luego el segundo y los que hagan falta hasta alcanzar el objetivo. Tengo absoluta fe en mi misión —aseguró con énfasis.

Dos días y dos noches fue el tiempo que transcurrió hasta que se despidieron de sus nuevos aliados. Al partir, en la bandera que ondeaba al viento podían distinguirse dos puntos marrones.

Veinticuatro eran las tribus distribuidas por el territorio, y la intención de Tariq era visitarlas una a una. El objetivo, volver a su pueblo con veinticuatro puntos tejidos en la misma bandera. Un territorio unido ante un enemigo común.

A pesar de la ardua misión que le habían encomendado y su firme propósito de llevarla a cabo, una fuerza en su interior le seguía diciendo que tenía pendiente otra mucho más dolorosa: vengar la muerte de Myrah.

47

Ahí estaba, delante de ella, en todo su esplendor. Acariciada por la brisa que llegaba del mar, primero llamada Bizancio; después, Constantinopla. La favorita de emperadores que dejaron su huella y la que sería la envidia del mundo entero por su belleza. Comenzaba a anochecer sobre la ciudad, privándola poco a poco de la imagen de las mezquitas con sus minaretes a modo de guardianes orgullosos, y de la torre Gálata, arrogante, en la otra orilla. Más allá del puente podía adivinar el trajín en el inmenso bazar, laberinto de callejuelas donde perderse a cualquier hora del día. El Cuerno de Oro, que bañaba la ciudad, reflejaba en sus aguas la silueta de Santa Sofía con su enorme cúpula, protegida por otras menores.

Myrah estaba en cubierta, pensando en todo lo que había leído y oído de sus maestros, donde debían aguardar mientras cargaban la nueva mercancía y reorganizaban el espacio en las bodegas, pues llevaban un exceso de carga, dados los problemas que tenían para colocar todos los fardos. Debían aprovechar la travesía para sacar el máximo beneficio del viaje, costoso en vidas y dinero.

Un griterío la devolvió a la realidad. Como acto reflejo, miró en dirección a su procedencia, ya que se había acostumbrado tanto a los gritos que ya le era indiferente lo que pudiera ocurrir a su alrededor. Dos marineros intentaban deshacer el nudo que uno de los esclavos había hecho con su propia cadena alrededor del cuello de un tercero, que se debatía sin éxito para zafarse del abrazo. La lividez del rostro de este anunciaba una muerte segura cuando la presión se redujo. El capitán había acudido veloz desde la pasarela al oír el estruendo que se había organizado entre los esclavos: «¡Mátalo! ¡Acaba con él!». En cuatro zancadas se situó allí y, con precisión, clavó una daga en la espalda del rebelde. Después se dirigió al hombre que intentaba recuperar el aire y le señaló la pasarela.

—Te has dejado sorprender por un esclavo desarmado y eso podría haber tenido consecuencias para mis hombres. No puedes seguir bajo mis órdenes. Recoge tus cosas y desembarca.

—Pero, capitán, no puedo quedarme aquí. He sido contratado para hacer la travesía hasta Génova… Mi familia está allí —protestó aún desde el suelo mientras se frotaba el cuello.

—Si lo prefieres, puedes permanecer a bordo, pero no como

marinero, sino como mozo de limpieza de las bodegas. Trabajo no te faltará —gruñó dando el tema por zanjado.

Después se volvió hacia el esclavo y, al comprobar que seguía vivo a pesar de haber perdido mucha sangre, dio otra orden.

Myrah salió de su indiferencia al ver cómo lo izaban por los pies y lo descolgaban por la borda hasta hundirlo en el mar. La operación se repitió varias veces. «Es imposible que siga con vida», se dijo. Entonces el capitán se volvió hacia los esclavos de modo desafiante y señaló al cautivo ahogado con el dedo índice. Sabía que sería inútil cualquier discurso para amedrentarlos, pues la mayoría no entenderían su lengua. Era más disuasoria una imagen. El cadáver del hombre pendía de la cuerda, balanceándose al son de la carraca como testimonio del final que le esperaba a cualquier otro que osara rebelarse.

Ya era noche cerrada cuando de nuevo los hicieron bajar a las entrañas del barco. Mientras Myrah descendía por las empinadas escaleras, le pareció intuir una figura familiar en un rincón y se dirigió hacia allí, abriéndose paso entre los esclavos. Se agachó y rozó levemente el hombro de la mujer que se mantenía con la cabeza medio oculta entre las piernas. La mirada a la que se enfrentó cuando Yunna reaccionó al contacto, la dejó helada. Unos ojos sin vida la traspasaban como si fuera etérea, para perderse en la nada. Myrah tragó saliva y respiró hondo para no venirse abajo. No dijo nada, se limitó a acurrucarse junto a ella y le pasó el brazo alrededor de los hombros para atraerla hasta que su cabeza descansó sobre su pecho. Entonces, con suavidad, inició un pequeño movimiento rítmico al tiempo que le susurraba palabras al oído. La aterraba pensar que también podía perderla a ella.

Durante su cautiverio, Myrah había aprendido mucho sobre sí misma: tanto la pérdida de su madre como el abandono de su padre la habían afectado sobremanera. La sensación de soledad y el dolor que encerró en su pequeño cuerpo la obligaron a construirse una barrera que nadie podría atravesar. Nunca más volverían a herirla. Se convenció de que no necesitaría a nadie para seguir adelante. Sin embargo, la coraza comenzó a sufrir fisuras, primero con la amistad de Yunna y la de Tariq, y después con la muerte de sus seres queridos. Pero lo que la había abierto en canal había sido aquella mirada de su amiga. Tomó conciencia entonces de cuánto la necesitaba y de que, de las dos, quizá Yunna fuera la más fuerte. Ya había perdido la noción del tiempo cuando sintió que el barco comenzaba a surcar las aguas para dejar Constantinopla, rumbo al mar Mediterráneo.

Durante los siguientes días, sin apenas distinguir cuándo amanecía o anochecía, Myrah solo se separó de Yunna con el objetivo de conseguir algo de comida y bebida. Para ello tenía que emplear todas sus mermadas fuerzas y luchar por atrapar lo que deslizaban con unas correas desde cubierta en unas canastas. Por supuesto, no enviaban la suficiente cantidad para cubrir las necesidades de todos los esclavos, así que los últimos en llegar, o los que por debilidad no podían acercarse a la trampilla, no se llevaban nada al estómago, a no ser que algún otro se lo proporcionase, como era su caso.

—Come, Yunna. Tienes que recobrar fuerzas —dijo Myrah dándole un mendrugo de pan.

—¿Y tú? —musitó observando sus manos vacías.

—Ya he comido mientras te traía tu parte —aseguró Myrah.

A pesar de intuir que su amiga la estaba engañando, su estómago no resistió la tentación y se llevó el pan a la boca para masticarlo muy despacio. Después compartieron una escudilla de agua dando pequeños sorbos. Al acabar, se tumbaron de nuevo; nada más podían hacer para aliviar su situación.

Una luz más fuerte de lo habitual despertó a Myrah. Habían abierto el tambucho del todo. Por él asomó la figura de un hombre al que identificó por las marcas de las cadenas en el cuello.

—¡Atención, id saliendo de uno en uno, sin empujones y con las manos por delante! —gritó en farsi.

Los que no entendían el idioma imitaron a los demás al ver lo que estos hacían.

Myrah sacudió suavemente a Yunna para despertarla.

—Vamos, hoy estamos de suerte. No sé por qué ni me importa, pero nos hacen salir a cubierta. ¡Podremos respirar un poco de aire puro! Hay que apresurarse, no vaya a ser que cambien de idea —anunció, obligando a su amiga a ponerse en pie e iniciando el camino hacia la salida.

Al poco empezaron a amontonarse, sin poder avanzar, pero a base de mantener la posición, agarrando del brazo a Yunna para no perderla, consiguieron llegar a la abertura desde la que sintieron la brisa marina en el rostro. Peldaño a peldaño, ascendieron hasta cubierta. La luz cegadora del sol, después de haber estado privada de ella durante días, las obligo a entornar los ojos hasta que se adaptaron. El mar permanecía en calma, y el barco, casi parado, se balanceaba a su son.

—¡Venga, andando, no tenemos todo el día! —rugió de nuevo la misma voz.

Los esclavos se fueron agrupando por zonas, según les ordenaban,

hasta que ya no salieron más cabezas por la abertura.

—¡Contramaestre, compruebe si ha quedado en el interior algún rezagado y comiencen el recuento!

—¡A la orden, mi capitán! ¡Mozo, baje a inspeccionar!

El hombre al que le había tocado la indigna tarea, el mismo que se había asomado para dar la primera orden, miró horrorizado a su superior. Bajó un escalón y se volvió hacia él suplicante. El hedor era insoportable. Ante el gesto de urgencia que le dirigió el capataz, el pobre desgraciado se ató un pañuelo alrededor de la cara, tapándose la boca y la nariz, y descendió unos peldaños más. Al hacerlo, distinguió entre la penumbra varios cuerpos inmóviles. Volvió sobre sus pasos con rapidez para comunicarlo, mientras se sujetaba el vientre para evitar las arcadas.

El contramaestre transmitió la información al capitán y volvió a dirigirse al mozo con la orden de escoger a tres esclavos en condiciones para que lo ayudaran a retirar los cuerpos y lanzarlos por la borda antes de que se extendiera la podredumbre.

El hombre estudió a los esclavos y señaló a los de más envergadura, que aún parecían conservar las fuerzas. Después les dio las instrucciones para bajar a recuperar los cadáveres de la bodega. Una vez en el exterior, fueron arrojados al mar sin tocar siquiera la cubierta.

Myrah contemplaba la escena. Contó hasta doce cuerpos. Yunna la miró con ese velo de tristeza que cubría sus ojos de forma permanente.

Siguiendo las órdenes del capitán, hicieron bajar a varios esclavos y les mandaron llenar unos cubos con los deshechos acumulados. El fuerte olor al subirlos a cubierta hizo que varios marineros vaciaran el contenido de su estómago por la borda. Acto seguido, se formó una cadena. Los marineros de cubierta hacían descender los cubos hasta sumergirlos en el agua y después los izaban llenos. Entonces la cadena seguía hasta el tambucho, donde los esclavos tomaban el relevo para lanzarlos al interior de la bodega. Los que permanecían abajo se aseguraban de que el agua corriera por todos los rincones. Acabada la operación, que llevó su tiempo, otra orden hizo que los siguientes cubos de agua limpia fueran arrojados a los esclavos que aguardaban en cubierta.

Myrah agradeció el gesto. En cuanto tuvo un balde a su alcance, hundió las manos en él y cogió agua suficiente para lavarse el rostro. Antes de que se lo llevasen, repitió la operación: mojó también un trozo de su túnica, que había rasgado para convertirla en un trapo, y lo utilizó para frotarse el cuello y los brazos.

El capitán no se sentía satisfecho; perder a tantos esclavos en pocos días era un mal negocio. Reunió a sus hombres con el propósito de organizar las tareas para evitar el máximo de muertes durante las semanas que les quedaban de travesía. Así, se estableció que cada día deberían subir grupos controlados de veinte esclavos por turnos, para que hicieran algo de ejercicio en cubierta y se refrescasen con agua de mar. También se prestaría más atención al reparto de alimentos. El recuento se realizaría a diario y, si se producía alguna baja, se retiraría de inmediato «Para dar de comer a los peces», según las palabras del capitán.

Fue en la tercera jornada cuando les tocó el turno a ellas. La luz del atardecer sobre el inmenso mar, cubriéndolo con un manto dorado, dejó sin palabras a Myrah, mientras que a Yunna se le humedecieron los ojos.

—¿Es posible tanta belleza en medio de tanto horror? —musitó esta, interrogando a su amiga.

Myrah solo intentaba retener en la retina esa imagen para cuando tuvieran que descender de nuevo al infierno. Un leve empujón las obligó a andar. La orden era dar varias vueltas alrededor del espacio habilitado para los esclavos en cubierta. Pronto se ocultó totalmente el sol y las estrellas comenzaron a emerger. Para distraer un poco a Yunna, Myrah comenzó a enumerarlas, empezando por la estrella del norte, a la vez que detallaba la constelación a la que pertenecía cada una. No se percató de que el marinero degradado estaba muy cerca de ellas.

—¿En qué idioma habláis? No he entendido ni una palabra, aunque presiento que te refieres a las estrellas.

—Tártaro —contestó Myrah seca.

—¿Entiendes mi lengua?

Ella ignoró la pregunta. El marinero se encogió de hombros y clavó los ojos en el firmamento.

—Nunca me canso de contemplarlas…

Myrah lo observó con curiosidad y vio nostalgia en su mirada. El silencio se prolongó unos segundos más.

—Esa de ahí —dijo Myrah, señalando en una dirección— es la estrella del norte, de la constelación de la Osa Menor. Permanece en una posición fija durante toda la noche, lo que la hace muy útil como guía, tanto en tierra como aquí, en alta mar. Es la estrella más brillante del cielo. Aquella de allá…

El hombre contempló a Myrah fascinado mientras seguía

nombrándole las otras constelaciones, y se sintió agradecido.

—¿Y cómo sabe tanto sobre el firmamento una esclava? —preguntó intrigado.

—La mayoría de los hombres y las mujeres no nacen esclavos —respondió bajando la cabeza, pues no quería llamar la atención ni parecer soberbia ante los guardianes.

El hombre la estudió con cierto interés y añadió:

—A mí siempre me ha fascinado la ciencia de las estrellas. Por ese motivo me alisté como marinero, después, claro está, del más importante: dar de comer a mi familia. En ningún lugar del mundo deben verse las estrellas con tanta intensidad como en alta mar, alejados de cualquier ciudad.

—En el desierto —respondió Myrah, casi sin poder evitarlo—. En donde yo vengo, la Vía Láctea se dibuja como un lienzo sobre el firmamento.

Una orden del contramaestre interrumpió su conversación. Se había acabado el tiempo. Debían volver a bajar. Myrah inspiró hondo, como si así pudiera llevarse algo de aire puro hasta las tripas del barco. Hizo un leve movimiento de cabeza hacia el marinero y comenzaron a andar.

La siguiente vez que subieron a cubierta, el mozo las buscó y se acercó a ellas, ansioso de más conocimiento, pues no eran muchas las ocasiones que tenía de hablar sobre los astros. Señaló hacia el cielo.

—¿Es ese el motivo de que nos toque de nuevo la caída de la tarde para subir a cubierta?

—Organizo los turnos, sí. Por cierto, mi nombre es Giovanni —respondió esquivando su mirada y dando por contestada la pregunta—. ¿Qué puedes decirme de los eclipses? ¿Son mensajes del cielo, tal como se dice?

Myrah hizo un amago de sonrisa al recordar una conversación con su padre respecto a ese tema. Cuando le preguntó asombrada por qué en Basora, al divisarse una luna roja muy grande, la gente había entrado en pánico, provocando disturbios, pillaje y decenas de muertos, él le respondió con tono burlón: «La gente cree que los eclipses lunares traen un mensaje del cielo. Estaban convencidos de que anunciaba el fin de los tiempos o la llegada de mi abuelo, que más o menos venía a ser lo mismo».

—No lo son, aunque haya esa creencia en muchos pueblos.

—¿Y qué los provoca, pues?

—Durante los eclipses de Sol, el día se convierte en noche,

aparecen las estrellas y todo toma una apariencia misteriosa. Eso ocurre cuando el movimiento de la Luna, en algún momento, oculta el Sol. —Myrah hizo una pausa al ver la atención con la que el hombre escuchaba sus palabras y añadió—: Hum… ¿Qué gano yo perdiendo el escaso tiempo que tengo al aire libre dándote una lección sobre los cuerpos celestes?

El mozo se alejó de ellas.

—Myrah, ve con cuidado, más vale tener a esta gente de buenas que en contra —advirtió Yunna.

Minutos después volvió Giovanni y, con suma precaución, depositó algo en las manos de Myrah. Esta asintió al ver una pieza de fruta y un mendrugo de pan, que ocultó con rapidez.

—También existen los eclipses de Luna. Son más frecuentes que los de Sol y pueden observarse desde más puntos de la Tierra.

—De niño tuve la ocasión de ver uno, fue impresionante. ¿Por qué se producen?

—Sucede cuando la luz del Sol no la alcanza directamente, ya que la Luna penetra en la sombra que arroja la Tierra. Es decir —añadió al ver el ceño fruncido de Giovanni—, la Tierra se interpone entre el Sol y la Luna.

Un pitido sonoro les anunció que se acababa el tiempo y debían volver a las entrañas del barco. Myrah y Yunna comenzaron a andar hacia el lugar, pero antes de alejarse demasiado, oyeron al hombre a sus espaldas:

—Gracias, seríais una gran maestra.

El balanceo del casco iba en aumento. En el pantoque, la parte más baja de la bodega, la sensación era aún mayor, y provocaba que los esclavos fueran dando tumbos, intentando aferrarse a algo, sin poder evitar las convulsiones y las arcadas, aunque sin nada en el estómago que poder vomitar. Se oían, más que nunca, oraciones llenas de desesperanza tanto en árabe como en lenguas cristianas.

Cuando el guardián asomó la cabeza anunciando qué grupo debía subir, no hubo empujones ni prisas para colocarse los primeros y olvidar por unos minutos el hedor a muerte, putrefacción, excrementos y sudor que impregnaba el lugar. Myrah se enderezó con dificultad. Cuando se volvió hacia Yunna, esta se negó con un movimiento de cabeza.

—No soy capaz de dar un paso, ni siquiera de ponerme en pie. Dile a tu amigo que estoy enferma —concluyó con el semblante verde.

—Te ayudaré, dame la mano —ofreció, extendiéndola hacia ella.

—No, me quedo aquí —afirmó resuelta.

—No quiero dejarte sola —dijo preocupada al ver su estado.

Yunna hizo un gesto con la mano, conminándola a que se marchara, mientras giraba el cuerpo como respuesta a una arcada.

—Ve tranquila… y ten mucho cuidado ahí arriba —apuntó con esfuerzo.

—Lo tendré —prometió—. Intenta tumbarte y dormir. En nada estoy de vuelta.

Yunna no fue la única que se vio incapaz de salir. En cubierta, costaba mantenerse en pie debido a la fuerza del viento que arremetía contra la carraca y todo lo que se encontraba en ella. Los hicieron avanzar hasta situarlos en la parte reservada para los esclavos. Esa vez no los obligaron a moverse ni tampoco hubo cubos de agua para que se lavaran. Al verlos, el contramaestre se encaró con el guardián:

—¿Pero a quién se le ocurre subir a bordo a los esclavos en esta situación? ¡Solo nos falta eso! ¡Como si no tuviéramos nada mejor que hacer! Necesitamos todos los brazos disponibles —rugió.

El movimiento a bordo era frenético. El palo mayor y el trinquete crujían, y varios marineros luchaban por arriar las velas; al intentarlo, los cabos les dejaban las manos en carne viva. El voceo del capitán dando órdenes a pleno pulmón se imponía sobre los lamentos del

pasaje, atrapado y sin posibilidad alguna de escapar de lo que, intuía, iba a ser su tumba. Myrah se estremeció al ver el mar creando montañas de espuma que cabalgaban sobre las olas como espectros fantasmales que intentaban engullirlos. El crujido de las maderas de cubierta anunciaba una lucha encarnizada por mantener el envite.

—¡Esto va a ir a más! —oyó que le gritaba Giovanni, que se había acercado a ella—. Vamos directos hacia la tormenta, no deberías haber subido. En estos casos, la bodega es la parte más segura.

—¿Y perderme semejante espectáculo? ¡Prefiero mil veces ver a qué nos enfrentamos que estar a ciegas esperando el desenlace!

El hombre la miró afirmando levemente mientras amarraba un fardo que se había soltado.

—¿Por qué será que no me sorprende?

Un grito dirigido a él lo llevó a moverse. Tras dar unos pasos, hizo bocina con las manos y exclamó:

—¡Sujétate fuerte y no te muevas de ahí!

Myrah asintió. De hecho, ya había estudiado sus posibilidades. Recordó las recomendaciones que le hizo Chagatei cuando supo qué travesía iban a emprender; conocía a algunos hombres que la habían realizado y sus relatos no eran alentadores. Un terrible estruendo la sobresaltó. Miró al cielo y observó cúmulos de nubes espesas y grises que se estaban formando sobre el mar. Las olas rompían con fuerza sobre el casco, barriendo la cubierta hasta expulsar por la borda aparejos y útiles que no se habían sujetado, para estallar luego contra las velas, que aún seguían izadas. Una de ellas, la de la mesana, comenzó a rasgarse.

—¡Desarbolad esa vela! —tronó el capitán desde el castillo de proa, donde su figura destacaba contra el oleaje como la de un domador de fieras.

Myrah no pudo dejar de admirar su bravura al enfrentarse a semejante tormenta y su seguridad al dar las órdenes para doblegar el temporal.

Tal como le había anunciado Giovanni, la situación fue a peor. Las nubes, cada vez más amenazantes, se mezclaban con la oscuridad que los envolvía, solo interrumpida por algún rayo que dejaba ver brevemente la terrible situación en que se encontraban. Myrah no esperó más. Se arrastró hacia el rincón donde había divisado un cabo enrollado. Lo atrapó y se dirigió hasta un anclaje próximo fijado a cubierta. Comenzó a tirar de él hasta darse varias vueltas alrededor del mismo y se sentó, anudando la cuerda al extremo lo mejor que supo. No podía hacer más, solo rogar para que aguantara la sujeción. Si el mar ganaba la batalla, se hundiría con el barco. A lo lejos, seguía

oyendo al capitán, que conminaba a sus hombres a no desfallecer. Una enorme ola la cubrió y la obligó a agacharse para no tragar demasiada agua. Cuando se levantó, vio con horror que uno de los marineros salía despedido y era engullido por la negrura del piélago. El agua dulce de la lluvia se fundía con la salada del mar, como si se hubiesen confabulado para hallar un objetivo al que batir. Otro trueno retumbó arrancando quejidos a los mástiles del barco. Segundos después, un rayo se dibujó en el cielo. Aprovechando su esplendor, Myrah descubrió asombrada que navegaban muy cerca de la costa, tanto que distinguió claramente ríos de fuego serpenteando por la ladera de una montaña. De nuevo, la oscuridad lo invadió todo. Sus peores miedos, la oscuridad y la tormenta, la atenazaron dejándola sumida en el terror. Estaba al límite de sus fuerzas, era consciente de ello. Con el cuerpo dolorido, el estómago rugiendo por el hambre y la mente perdida en aquella cubierta, tuvo la tentación de dejarse llevar por el abatimiento y la resignación. Un grito desgarrador salió de sus entrañas para perderse entre los aullidos del mistral: «¡Tariq!». ¡Cuánto echaba de menos esa mirada que le transmitía fuerza para enfrentarse a todo! «Si él estuviera aquí…», se lamentó. Cerró los ojos y se acurrucó tanto como le permitieron sus ataduras. De pronto, ocurrió algo inesperado: vio a su padre. Sus nobles rasgos distendidos por una sonrisa cálida la llamaban para que acudiera a su lado. A su alrededor había luz y paz. Distinguió su hermosa ciudad, Samarcanda, brillando más que nunca bajo los rayos dorados del sol. Olió el perfume de sus flores anunciando la llegada de la primavera.

—¡Ya voy, padre, espérame! —dijo al ver que este emprendía la marcha—. ¡No me dejes, por favor, quiero ir contigo! —rogó con el rostro lleno de lágrimas.

—Aún no es el momento, hija. Tienes mucho que dar y hacer aquí.

—No puedo más… La lucha es demasiado dura y no tiene fin.

—Confía en mí, pequeña. Eres mucho más fuerte de lo que crees. Eres una timúrida. Llevas la sangre de tus antepasados en las venas, no tienes derecho a rendirte. Mantente firme. El final de tu sufrimiento está más cerca de lo que crees. Te quiero más que a nada en este mundo, pero no es tiempo de que nos reunamos aún. Te esperaré.

—¡No, no, por favor! —gritó desesperada.

Una sacudida la despertó. Le costó darse cuenta de dónde se hallaba.

—¡Capitán, aquí hay una esclava, creo que está viva!

Con esfuerzo, muy lentamente, fue abriendo los ojos. La luz cegadora del sol la obligó a entornarlos de nuevo. Tenía la lengua

hinchada y tan pegada al paladar que no pudo emitir ningún sonido. Giovanni estaba a su lado, luchando por desenredar los cabos que todavía la mantenían sujeta.

—¡Chica lista! —afirmó al ver los nudos.

Myrah lo observó. Tampoco tenía muy buen aspecto. Varias heridas teñían de sangre su maltrecha ropa, pero una sonrisa le iluminaba la cara.

—Marinero, ocúpese de mantenerla con vida, ya hemos perdido demasiados hombres —ordenó el contramaestre.

—Así lo haré, señor.

El día era plácido. Las aguas calmas hacían creer que lo ocurrido la pasada noche había sido una pesadilla, si no se prestaba atención al estado del barco y al de los hombres, que trabajaban con ahínco para ponerlo en condiciones de seguir surcando el mar. Gracias a la negativa de Giovanni de volver a bajar a Myrah con el resto de los esclavos, la habían dejado en una zona de cubierta; su protector defendía la orden del contramaestre de cuidarla. Le había lavado las heridas que tenía a la vista y le había proporcionado agua dulce y algo de comida. Al caer la noche, volvió a su lado para comprobar su estado.

—¿Duermes? —susurró.

—Anoche estuve tentada de hacerlo para no despertar jamás.

El hombre la miró con cierta tristeza y asintió.

—Mira allí, ¿ves esa luz? —preguntó señalando la proa.

—¿Qué es?

—Es la torre de Mesina. Un faro que arde de noche para señalar a los navíos la entrada del estrecho. Así no se estrellan contra la costa.

—Sicilia…

—Correcto, maestra —afirmó con una sonrisa.

Myrah lo observó con respeto. Hacía mucho tiempo que nadie se dirigía a ella en ese tono.

—Entonces, el volcán que vi en erupción era el Etna Djebel —aseguró utilizando su nombre árabe.

—Exacto. Todavía no sé tu nombre… —dijo admirando una vez más su sabiduría.

—My… —se interrumpió al recordar su anonimato—. Puedes llamarme Aigieruc.

—¿Aigieruc? ¡Extraño nombre! ¿Es mongol?

—Tártaro —respondió, recordando con nostalgia la tarde que Tariq la llamó así por primera vez, tras explicarle la leyenda y la razón por

la que merecía ese nombre.

—Encantado, Aigieruc —dijo rescatando a Myrah de sus recuerdos —. Yo soy de Génova, allí tengo a mi familia, pero paso más tiempo enrolado que en tierra.

—Lo sé desde el primer día, cuando casi perdiste la vida a manos de un esclavo. Conozco tu idioma, ¿recuerdas? Lo estudié de niña —se sinceró Myrah.

—Te dije en serio que serías una buena maestra —dijo pensativo—. Lo sé. No puedo hacer nada para cambiar tu condición. Lo siento.

Diciendo esto, se levantó y le aconsejó que descansara durante la noche.

Myrah lo vio marcharse y recordó el sueño en que su padre le había prometido que su sufrimiento estaba cerca del fin. Aunque ella no conseguía verlo.

49

Los días que siguieron a la tempestad fueron de una gran calma, como si el mismo mar quisiera compensarlos por los daños causados. El balance final fue de varios marineros muertos o desaparecidos y otros tantos heridos de poca gravedad. Entre los esclavos, izaron con cuerdas a los fallecidos para lanzar sus cuerpos por la borda. En cuanto a la carraca, a pesar del castigo infligido al casco, no peligraba su capacidad para seguir surcando las aguas y los destrozos iban siendo reparados por los carpinteros de a bordo. No volvieron a subir a cubierta hasta que el vigía anunció la proximidad del puerto de Génova. Entonces, el capitán ordenó que, en grupos de treinta, fueran saliendo a intervalos de una hora. El objetivo: desembarcar la carga en las mejores condiciones posibles. Todos fueron obligados a lavarse con agua de mar para intentar arrancar de sus cuerpos la mugre que los cubría y evitar el hedor que desprendían.

Al entrar en el puerto, desde la bodega los esclavos oyeron el movimiento frenético de los marineros que cumplían las órdenes de sus superiores con el propósito de hacer un atraque perfecto en el muelle, lo que tenía su dificultad debido al gran calado del casco, pensado para fondear cerca de las costas. Por fin se detuvo, prolongándose un ligero balanceo, como si las aguas quietas acunaran la carraca.

Las dos amigas se miraron ansiosas. Durante la tempestad y el tiempo que transcurrió hasta que Myrah volvió a la bodega, Yunna se temió lo peor, sobre todo cuando llegó la calma y seguía sin aparecer. La dio por muerta, engullida por la mar brava, y se dijo que ya no tenía sentido seguir con vida. No le quedaban más lágrimas cuando sintió una mano en el hombro. Al verla frente a ella, sin heridas y con una media sonrisa, pensó que estaba soñando, hasta que se sentó a su lado y, en susurros, le explicó lo sucedido. Después, asegurándose de no ser vista, le pasó algo de comida. Cuando Yunna le confesó que sin ella no se sentía capaz de continuar, Myrah se sinceró también. La soledad les provocaba el mismo pavor.

Por fin habían llegado a su destino. Todos aquellos meses en cautividad, atravesando desiertos, montañas y mares, habían llegado a su fin. Les aterraba la idea de lo que las esperaba ahí afuera. Estaban a merced de sus dueños, y ellos venderían la mercancía al mejor postor.

Eran conscientes de que iba a ser harto difícil seguir juntas, por no decir imposible.

La escotilla se abrió con un crujido y la luz penetró hasta el pantoque.

—¡Todos a cubierta! —gritaron desde arriba—. ¡Venga, venga, que no tenemos todo el día!

—Id haciendo una fila hacia allí —indicaron señalando la popa—. Hombres a la derecha, mujeres a la izquierda.

El puerto estaba blindado por colinas y montañas de gran altura. El colorido de las casas, situadas detrás de los muelles, aportaba una luz especial al lugar. El faro, conocido como la torre de la Linterna, actuaba como testigo silencioso.

Varios marineros se afanaban en colocar las pasarelas para descender a tierra firme. Primero lo hizo el capitán, acompañado por su contramaestre, y se dirigió hacia los hombres uniformados que los esperaban. Después de una breve charla y de intercambiar algunos documentos, obtuvieron permiso para descargar la carraca. La tarea llevó toda la mañana y parte de la tarde. Los hombres acarreaban los fardos a la espalda e iban depositándolos en el muelle, junto al barco. Los últimos en bajar fueron los esclavos. Para entonces, la mercancía ya se había cargado en carros, una vez minuciosamente anotadas las entradas en el registro, y había sido distribuida entre los mercados de especias, telas y demás comercios.

Myrah caminaba delante de Yunna mientras descendían por la pasarela. De nuevo, su curiosidad pudo con la desazón que la invadía. Levantó la mirada para observar la ciudad. La ligera brisa le trajo olores desconocidos. Un verde intenso dominaba las laderas de la colina que tenía frente a ella. A lo lejos, distinguió las franjas de mármol blanco y negro que dominaban la fachada de una iglesia. No tenía la más mínima similitud con las espléndidas mezquitas de su ciudad, pero aun así la encontró hermosa.

Al iniciar la caminata bajo las órdenes de los guardianes, se volvió para despedirse de Giovanni. No tuvo éxito; la fila de esclavos que iba tras ella se lo impedía. Los marineros, alegres e impacientes, se desperdigaron por los muelles en busca de tabernas y mujeres donde gastar su paga y dar rienda suelta a sus pasiones.

Al fin llegaron al lugar escogido para realizar las transacciones, una gran plaza con un podio central al que se subía por un lado, salvando cinco escalones de una altura considerable. Sobre él, los esclavos se colocaban en grupos de cuatro y se los obligaba a darse la vuelta con el fin de ser estudiados por los interesados que llenaban el lugar. Un tratante se encargaba de señalar las cualidades de cada uno y su valor

de salida. Los que eran adquiridos tras un obligado regateo y posterior acuerdo se retiraban; los demás se apartaban hasta un lugar cerrado, donde quedaban bajo custodia.

Myrah alzó la vista al cielo rogando ayuda antes de comenzar a subir los peldaños. Se había cubierto parte del rostro con la misma tela que le caía sobre la cabeza hasta que el tratante se la retiró de un tirón. En sus ojos vio indiferencia, como si lo que allí se expusiera fueran muebles o alimentos, y lo peor fue que por unos instantes consiguió que se sintiera así. ¿Podía haber algo más humillante? Entonces recordó que ella también había poseído esclavos y nunca se había cuestionado de dónde venían ni qué sentían. Se avergonzó de ello.

El miedo a lo que estaba por venir la estremeció. Intentó pensar en otras cosas, llevar su mente a otro lugar, a otro momento. Alejarse de allí… Al hacerlo comprendió todo lo que había perdido, pero también recordó lo que tenía pendiente. Entonces se irguió y paseó la mirada entre los hombres que ocupaban la plaza. Sus ojos se toparon de pronto con los de un conocido que la señalaba, Giovanni, que hablaba con un hombre de aspecto curioso. A pesar de la penosa apariencia que debía lucir la muchacha tras tantas penurias, la belleza de sus facciones y su porte llamaron la atención a más de un comprador. El acompañante de Giovanni levantó el brazo para la puja inicial. Otro hombre la superó de inmediato. Myrah lo observó y se le heló la sangre: a pesar de que debía tener ya una edad considerable, su mirada lasciva no dejaba lugar a dudas sobre sus intenciones. Las cejas se le juntaban demasiado, parecían una sola, y entre ellas y el principio del cabello cano, la frente era casi inexistente. La sonrisa triunfal de su enorme boca dejaba entrever una dentadura escasa. Cada vez que otro interesado cubría la oferta, él la superaba retándolo con la mirada. Tras varios intentos, todos se fueron retirando. Solo quedaban el amigo de Giovanni y él. Myrah rezó a Alá para que no ganase. Por último, el hombre cejijunto también se rindió, no sin antes lanzar miradas airadas al nuevo propietario de la joven. Myrah respiró aliviada. Al descender por el otro extremo, el tratante ya estaba cobrando a la persona que la había adquirido. Había pasado a ser de su propiedad. Le pertenecía. Recibió un último y breve empujón de despedida para indicarle que fuera con su nuevo amo.

—Aigieruc —dijo Giovanni intentando llamar su atención.

Myrah tenía los ojos fijos en el pedestal que estaba a sus espaldas. Sobre él se hallaba Yunna, cabizbaja y desvalida, junto a otras tres esclavas. Al verla, se le llenaron los ojos de lágrimas. Oyó su nombre, no se dio por aludida; su mente estaba con su amiga, intentando

hacerle llegar su apoyo. Notó una mano sobre el hombro y se sobresaltó.

—Soy el señor Soncino. Este cabezota, aprovechando que venía a comprar papel y tinta recién llegada de Oriente, me ha arrastrado hasta el mercado de esclavos bajo el pretexto de que había hallado a la mejor maestra para mis tres hijas. ¿He sido acaso engañado? —preguntó mientras la observaba con detenimiento.

—Perdonad, mi señor —respondió en la misma lengua, y bajó los ojos anegados en lágrimas—. Una de las mujeres que están ahí expuestas es mi amiga. Hemos vivido juntas el mismo calvario durante muchos meses, y me temo que hoy sea la última vez que vayamos a vernos.

—Lo siento, muchacha, no puedo hacer nada por ella. Tu puja ha subido más de lo que esperaba —respondió mirando hacia el lugar donde seguía la venta.

—Señor, no se arrepentirá, estoy convencido de ello —interrumpió Giovanni.

Y dirigiéndose después a Myrah, añadió:

—Aigieruc, doy fe de que la casa a la que vas es un buen lugar. Mi propia hermana trabaja allí. Ahora debo irme, mi familia me espera. Volveremos a vernos algún día y seguirás hablándome de las estrellas —prometió con una sonrisa. Al ver el velo de tristeza que cubría sus ojos, añadió—: Intentaré averiguar quién la compra, no puedo hacer otra cosa.

—Es más de lo que ha hecho nadie por mí desde hace mucho tiempo, amigo —le agradeció, afirmando con la cabeza—. Disfruta de tu familia.

Tras despedirse de Giovanni, el señor Soncino agitó el brazo hacia un carruaje que aguardaba a la salida de la plaza y este se acercó hasta donde se encontraban. Cuando se detuvo, hizo un gesto a Myrah para que subiera y luego lo hizo él, acomodándose en un asiento y señalando el de enfrente para que ella hiciera lo propio. Una sola palabra fue suficiente para que el conductor arrancase y el equino emprendiera la marcha. Myrah lanzó una última mirada hacia atrás buscando a Yunna entre la multitud, hasta que tomaron una curva y perdió la plaza de vista. Estaba sola. Totalmente sola por primera vez en su vida, y ese sentimiento le provocó ansiedad.

El hombre que tenía delante sacó unos papeles de la cartera y se dispuso a leerlos a pesar del traqueteo. Ella aprovechó para estudiarlo. Era de estatura media. Su composición no era robusta, al contrario, aunque adivinó en él una gran fortaleza. Por la edad, podría ser su padre. Las grandes entradas en el cabello, que marcaban una M

perfecta sobre su frente, le daban un aspecto intelectual. El resto de la cabeza la llevaba cubierta por un singular tocado. Sus ojos, pequeños y vivarachos, semiocultos bajo unos anteojos que se había colocado sobre la punta de su prominente nariz, se deslizaban sin descanso por la superficie de las hojas escritas. Su tez no era tan dorada como la suya, pero tampoco tenía el tono claro de Giovanni. Por último, se fijó en sus manos, huesudas y firmes.

—¿Y bien? ¿Ya has acabado tu examen? —preguntó sin levantar la vista de los papeles.

—Os pido disculpas, señor. Siempre me ha superado la curiosidad. Sin darme cuenta, observo y estudio todo lo que me rodea —dijo temiendo que, a pesar del tono socarrón de sus palabras, pudiera haberlo ofendido.

—Extiende las manos —ordenó al tiempo que sacaba una pequeña daga de debajo de su capa, ante la mirada asustada de ella—. No es un defecto, muchacha, es una virtud. Nunca te disculpes por ello.

Sus ojos se cruzaron mientras le cortaba las ataduras. Se observaron unos segundos y él volvió a coger los documentos y se sumergió de nuevo en la lectura, dejando a Myrah envuelta en un mar de confusiones.

El carruaje siguió su marcha hasta alejarse de la ciudad para tomar un sendero de tierra bordeado de campos que se perdían en la distancia. Un agradable aroma a plantas silvestres se extendía por toda la campiña. A pesar de los tumbos que daban al topar con las piedras del camino, Myrah no pudo evitar que sus ojos se fueran cerrando, vencida por el cansancio.

Un griterío la despertó. Al abrir los ojos, vio delante de ella una gran casa de piedra en tono amarillo grisáceo a la que se accedía a través de un cuidado jardín, limitado por un murete de piedra escoltado por altos cipreses. De las escaleras unidas a la fachada bajaban corriendo y lanzando saludos de alegría tres niñas, que se abalanzaron sobre su padre en cuanto puso los pies en el suelo.

—¡Qué nos has traído esta vez, papá! —decían girando a su alrededor mientras daban saltos y palmadas.

El señor Soncino saludó a una mujer que aguardaba en silencio tras las niñas con una amplia sonrisa en su agradable rostro. Al verla, Myrah reconoció sus facciones. Tenía que ser la hermana de Giovanni.

—Antonia, esta es… ¿Cuál era tu nombre? —dijo volviéndose hacia Myrah—. No lo recuerdo.

—Aigieruc, señor.

—Bien. Antonia, tu hermano ha sido tan insistente que no he podido negarme a comprarla en el mercado. Casi me ha arrastrado

hasta allí desde donde había ido a buscar material de escritura. Ya sabes cómo es cuando algo se le pone entre ceja y ceja. Por favor, llévala a la habitación de la antigua maestra. Ocúpate de quemar toda la ropa que lleva y… ya sabes —concluyó haciendo un giro con la mano sobre su figura, desde la cabeza hasta los pies.

—¿Giovanni está en la ciudad? —preguntó incrédula.

—Ha llegado a bordo de la carraca que ha atracado esta misma mañana. Por lo que he oído, han tenido una última etapa de travesía muy movida. Según Giovanni, están aquí gracias a la pericia del capitán.

—Mira que es terco, no sé por qué ha de seguir navegando de una a otra punta del mundo. Su sitio está aquí, con su mujer y sus hijos, ya no es un chiquillo… —protestó enérgicamente.

—Lleva el mar en el alma, eso resulta difícil de dejar atrás. Y tienes razón, es tozudo como una mula —respondió meneando la cabeza.

—Vamos a ver, pequeñas, ¿os habéis portado bien durante mi ausencia o le habéis hecho la vida imposible a Antonia? —siguió al tiempo que cogía unos paquetes y se dirigía a las niñas, que tiraban sin cesar de sus ropas para llamar su atención mientras caminaban hacia la entrada de la casa.

—Sígueme —mandó Antonia a Myrah.

Obediente, echó a andar hacia la parte trasera del edificio, donde distinguió otras viviendas menores adosadas a la principal formando una L.

Myrah la siguió, prestando atención a cuanto la rodeaba. Nunca había visto una edificación como aquella, con gruesos muros y ventanas estrechas cubiertas por un material que desconocía, pero que apenas dejaba pasar la luz. Los árboles y las flores eran también muy distintos a los de su hogar. Entraron en una de las casas anexas y se detuvieron frente a una puerta de madera. Por un orificio, Antonia introdujo un objeto de metal curvo que asía por el mango; al girarlo, se oyó el sonido del pasador interior al liberarse. Luego se dirigió hacia la pequeña ventana protegida por unos barrotes de hierro y desplazó las contraventanas exteriores de madera, llenando la estancia de luz. No era muy amplia, pero estaba limpia. Había una cama, un armario de dos puertas y un sencillo aparador donde descansaban un espejo, un peine, útiles de aseo y una jofaina. También descubrió una pequeña mesa y una silla en un rincón. Su aspecto era sobrio pero funcional y agradable.

—Esta será tu habitación a partir de ahora. Estamos en la zona del servicio. La mía está unas puertas más allá. El señor Soncino me ha ordenado que me deshaga de tus ropas y que te des un buen baño

para… ¿Comprendes lo que te digo? —preguntó de repente, mirándola.

—Sí, hablo tu idioma.

—Bien, así nos entenderemos mejor. Voy a por agua. En el armario hay una toalla para que te seques cuando acabes y ropa limpia para después. Creo que te irá bien. La maestra anterior tenía unas medidas parecidas a las tuyas —concluyó repasando su fisonomía.

Myrah se arrodilló en el balde que le habían proporcionado. Con la pastilla de jabón, se restregó todo el cuerpo con furia, como si de ese modo pudiera borrar la huella de lo vivido. La larga y enmarañada melena le dio más trabajo del que había previsto. Sentada ya frente al espejito, tomó mechón por mechón para intentar deshacer aquellos enredos imposibles. Le vino a la memoria las veces que Yunna la había peinado con paciencia infinita y, sin poder evitarlo, las lágrimas comenzaron a brotar de sus ojos al pensar en la suerte que habría corrido su amiga y en el frágil aspecto que ofrecía en la tarima, cabizbaja y temblorosa, la última vez que la vio. Estudió su rostro sin apenas reconocerse: las mejillas hundidas, las pronunciadas ojeras, la piel castigada, el cabello sin brillo alguno y la mirada inexpresiva. ¿En quién se había convertido? ¿Alguna vez recuperaría su aspecto anterior?

Se dio por satisfecha en cuanto pudo pasarse el peine con cierta facilidad. Entonces se vistió con una túnica de dormir que había hallado en el armario; se disponía a tumbarse en la cama cuando oyó entrar a Antonia tras llamar a la puerta.

—El señor me ha enviado para traerte algo de comida. Debes estar hambrienta. También para decirte que mañana te presentará a sus hijas, así que mejor descansa esta noche —recomendó con un gesto gracioso mientras se dirigía a la puerta.

—Antonia.

—¿Sí?

—Tu hermano es una gran persona. Estoy en deuda con él.

Antonia examinó a Myrah con curiosidad.

—Es la primera vez que Giovanni recomienda a alguien —respondió dibujando una sonrisa antes de cerrar la puerta.

Después de dar buena cuenta del pan, el queso y la fruta que le había dejado sobre la mesa como si fuera el mejor manjar que hubiera comido en la vida, Myrah se echó en la cama y escuchó a cada músculo de su cuerpo clamando por un descanso. No le dio tiempo ni a darse la vuelta; cayó en un sueño profundo.

Tercera parte

50

Una vez más regresaba aquella pesadilla, dejándola exhausta. Se llevó la mano al cuello para sujetar el colgante, pues solo con él conseguía calmar el miedo. Al no encontrarlo, se incorporó y fue consciente de dónde se hallaba. La habitación estaba helada y sumida en una total oscuridad. Se arrebujó de nuevo entre las sábanas y volvió a quedarse dormida.

Un crujido junto a ella hizo que abriera los ojos despacio. Esa vez, la luz inundaba el cuarto. El sonido de unos pasos la hicieron darse la vuelta en dirección a la ventana, donde vio a Antonia acabando de asegurar las contraventanas. Su figura pequeña y de cierta redondez se volvió con esa sonrisa en la cara que la embellecía.

—Buenos días, muchacha. Debías estar muy cansada… ¡Has dormido más de un día entero!

Myrah se sentó con rapidez y sacó los pies de la cama para levantarse. Al hacerlo, la cabeza comenzó a darle vueltas y tuvo que tomar asiento de nuevo.

—Despacio, estás muy débil. Aquí tienes un vaso de leche y algo de comida. Cuando te vistas, te conduciré hasta la casa principal. El señor te espera en su despacho —anunció mientras dejaba la habitación.

Poco rato después, Myrah abrió la puerta y vio a Antonia en el acceso del edificio, esperándola. El sol reflejaba su brillo en los campos que se interponían hasta la finca, resaltando el color de las plantas silvestres y los tallos dorados de los cultivos. Aspiró cerrando los ojos para sentir cómo penetraba en sus pulmones el aire puro y el aroma de todo el conjunto. Antonia estaba agachada recogiendo unas flores para formar un ramo, y se dirigió hacia allí.

—Estoy lista.

—Veo que las ropas y el calzado son de tu talla —dijo satisfecha—. Bien, vamos. Vas a tener que armarte de paciencia. En el fondo son buenas niñas, el problema es que su padre las mima demasiado —comentó mientras andaban hacia el edificio principal.

—¿Mima? —preguntó extrañada.

—Las consiente. Desde que perdieron a su madre hace un par de años —aclaró frunciendo los labios—. Para suplir su falta, el señor les da todo lo que desean, pero eso no ayuda… Cada vez son más rebeldes. Es difícil conseguir que atiendan a nada de lo que se les

manda. Durante este tiempo, han pasado unas cuantas maestras por aquí, pues ninguna aguanta demasiado. Bueno, ya las irás conociendo. Me alegro de que hayas venido; así podré dedicarme a mi trabajo.

—¿Y cuál es tu trabajo? Si puedo preguntártelo…

—Soy cocinera, y muy buena, por cierto —dijo con un guiño.

Atravesaron un amplio recibidor con dos grandes puertas abiertas y se adentraron en un patio interior encuadrado por un pasillo pavimentado. El resto del suelo estaba tapizado de verde, y en él se habían dispuesto plantas y flores para adornarlo. En el centro destacaba una fuente labrada en piedra de donde brotaba agua. Varias columnas dispuestas alrededor del patio sustentaban una galería superior rematada por una barandilla de madera. Myrah siguió a Antonia y avanzaron hacia tres escalones de piedra que daban acceso a la planta baja. Una vez en el interior, observó una sala con suelo de ladrillo que daba paso a una serie de habitaciones. En una de las paredes distinguió una escalera que ascendía hasta la planta superior.

—Aquí es —añadió, llamando con los nudillos a una gran puerta de madera labrada.

—¡Adelante! Gracias, Antonia. ¿Puedes ir a buscar a mis hijas, por favor?

—Por supuesto, señor.

—Entra —ordenó dirigiéndose a Myrah, y le hizo un gesto con la mano para que se acercara.

Una enorme mesa dominaba la estancia. En ella se amontonaban muchísimos papeles. En un montón, hojas en blanco; en otro, algunas escritas; otro tenía pilas de ellas ligadas con cuerdas, formando grupos. El agradable olor le trajo recuerdos de la madrasa.

—Espero que hayas descansado —dijo sin esperar respuesta—. No sé todavía qué materias conoces y puedes enseñar a mis hijas. Giovanni tan solo me dijo que tenías grandes conocimientos sobre las estrellas y que hablabas varios idiomas. Quiero que mis hijas adquieran una cultura general, tienen que aprender a pensar por sí mismas. Sé que puede parecer extraño que un padre se preocupe de que sus hijas obtengan conocimientos, pero no tengo hijos, así que ellas deberán seguir con mis negocios, o al menos tener el suficiente criterio para que nadie las engañe.

—Señor, nunca antes he ejercido de maestra. Hasta hace poco más de un año, yo era la alumna.

—Hum. Lo imaginaba, no tienes edad para ello. Pero una buena alumna acaba superando a sus maestros, ¿no crees? —preguntó enarcando sus pobladas cejas.

—No sé si diría lo mismo si hubiera tenido el honor de conocer a

alguno de los míos, señor —repuso con orgullo al recordar a Koubai y a su propio padre. Se arrepintió en cuando vio la cara de sorpresa de su amo ante la respuesta—. He estudiado matemáticas, trigonometría y álgebra. También, como le comentó Giovanni, tengo grandes conocimientos de astronomía. Se me da bien el dibujo y me gusta experimentar. En cuanto a idiomas, domino el farsi, el mongol, el mandarín y me defiendo con el italiano, el latín y un poco con el griego.

—Veo que has aprovechado bien los años que tienes. Lo que me pregunto es por qué una mujer tan culta acaba siendo una esclava. ¿De dónde eres?

—Es una larga historia, señor, y no pretendo aburrirle. Nací y crecí en Samarcanda —contestó intentando esquivar la respuesta— y, si me lo permitís…, a mí no me parece extraño el deseo de inculcar enseñanzas a vuestras hijas. Mi padre hizo lo mismo conmigo, y le estaré siempre agradecida por ello.

El señor Soncino la miró con cierta sorpresa y carraspeó.

—Verás que en esta casa no hay más esclavos que tú y serás tratada como una más del personal. En los campos tengo algunos, pero creo que es una práctica que debería abolirse en este país —comentó frunciendo el ceño—. ¡Samarcanda! He oído decir que es una bella ciudad donde se imparten grandes conocimientos. Algún día encontraremos tiempo para esa larga historia, y estoy convencido de que no tiene nada de aburrida. Bien, ahora conocerás a mis hijas. Aunque soy su padre, debo advertirte de que no sienten ningún interés por aprender. ¡Se pasan el día jugando! Quizá sea culpa mía, por no ser más duro con ellas.

En ese momento, irrumpieron en el despacho sus tres hijas. Dos de ellas estaban peleándose por algo que llevaban en las manos; la tercera, la más pequeña, las observaba divertida desde atrás.

—Hijas, acercaos. Os presento a vuestra nueva maestra. Viene desde muy lejos para enseñaros muchas cosas interesantes. Espero que os portéis bien con ella —aseveró mirándolas de una en una.

—¿Cuál es tu nombre? —preguntó la mayor, que debía rondar los diez años, estudiándola con descaro.

—Aigieruc.

—Demasiado largo y complicado. Te llamaremos Aigie —resolvió la mediana sin prestarle mucha atención.

—Estás muy delgada, ¿no? —inquirió de nuevo la mayor.

—Me gusta el color de tus ojos y cómo llevas trenzado el cabello —dijo la pequeña mirándola de cerca.

—Venga, venga, chicas, dejadla respirar. Raquel, id hacia el cuarto

de estudio y enseñadle dónde guardamos el material. Angela, Sara, acompañad a vuestra hermana. Bien, organizad los horarios y las materias. Ya os iréis conociendo poco a poco —concluyó, casi sacándolas de la habitación con un gesto de las manos.

Myrah siguió a las niñas con paso decidido. Era importante que no se dieran cuenta de lo insegura que se sentía. Desde el primer momento tuvo claro que la mayor llevaba la voz cantante, que la mediana la admiraba y que la pequeña solo las seguía.

Una vez en el cuarto de estudio, primero repasó los libros que tenían y los cuadernos que habían realizado con la última maestra, mientras las niñas reían y cuchicheaban sobre ella.

—No vais muy avanzadas para vuestras respectivas edades —sentenció resoplando ligeramente.

—¿Y qué más da? ¿Para qué nos servirá cuando nos casemos? —protestó Raquel, buscando la complicidad de sus hermanas.

—Tal vez el hombre con el que vayas a casarte sea culto y desee una esposa con la que poder hablar de algo más que del tiempo —respondió aguantando la mirada altiva de la mayor—. De acuerdo —añadió tras un breve silencio—, veo que os gusta jugar, así que mañana empezaremos la clase con un juego.

Las niñas se miraron con sorpresa.

—Hoy quiero que seáis vosotras las que habléis. Me gustaría saber la edad que tenéis, qué os gusta y qué detestáis —continuó con media sonrisa—. También qué aptitudes creéis tener. Raquel, empieza tú. Además de esposa y madre, ¿quién quieres ser de mayor? Tú, como persona.

—Yo ya soy mayor —afirmó con una mueca de fastidio, y se volvió hacia sus hermanas para darle la espalda.

—Si lo fueras, no actuarías como una cría, ¿no crees? —respondió Myrah sin esperar respuesta—. Angela…

—Tengo ocho años —dijo sonrojándose. Al ver la mirada directa de su maestra, rectificó—: Aún tengo siete, pero cumplo los ocho el mes que viene. Me gusta pasear, encontrar insectos o bichos raros y jugar con mis hermanas. Odio las tormentas.

—A mí tampoco me gustan nada —reconoció Myrah guiñándole un ojo—. ¿Y tú, Sara? Ya veo que también eres mayor, al menos tendrás cuatro años, ¿no? —preguntó enarcando las cejas.

La pequeña se puso en pie, casi de puntillas, y con una sonrisa negó con la cabeza.

—Solo tengo *tges*… Me gusta *dibujag* y *cogeg*. Y lo que más me *gustaguía* es *seg mayog* —declaró decidida.

Myrah retrocedió en el tiempo hasta cuando ella tenía la edad de

Sara. Entonces murió su madre y se sintió perdida. Después recordó cuando a los siete se reencontró con su padre y cómo lo vivió. Por último, se vio a los diez. Era una chiquilla que no había tenido infancia y que se creía una adulta con responsabilidades. Paseó la mirada de nuevo entre sus alumnas y sintió que comprendía lo que pasaba por sus mentes. Tenía que encontrar el camino para llegar hasta cada una de ellas.

—Muy bien, chicas. Hace un día precioso. Creo que deberíamos salir al jardín. A veces, observar la naturaleza puede enseñarnos tanto como un libro —anunció para asombro de las niñas—. Coged un cuaderno cada una y unas plumas para dibujar.

—¿Y mirando se aprende? —preguntó Angela dudosa.

—¡No sabes cuánto! Se trata de observar los detalles de lo que vemos para encontrar lo que se oculta bajo la superficie —respondió dando un halo de misterio a sus palabras—. No todo el mundo sabe hacerlo. Yo os enseñaré.

Por la tarde, una vez acabadas las clases, cuando iba hacia su habitación se encontró con Antonia.

—Perdona, ¿sabes cómo podría conseguir algún listón de madera? —le preguntó.

—¿Un qué? —quiso saber la cocinera arrugando la nariz.

—Una madera de este ancho —aclaró uniendo dos dedos—. Es para las clases.

—Junto al último edificio hay una caseta donde el jardinero guarda el material para los arreglos de la casa. Tal vez encuentres algo que pueda servirte ¡Apenas se puede entrar de lo llena que está! Te acompaño, no creo que esté cerrada con llave.

Myrah observó a su alrededor. Era una estancia pequeña y oscura donde solo se filtraba algo de luz a través de una ventana diminuta. El caos reinaba en el lugar. Empezó a rebuscar bajo la atenta mirada de Antonia. Al final dio con algo que podía servirle. Satisfecha, se volvió hacia ella.

—También necesitaré algunas herramientas —dijo señalando una mesa con varios utensilios desperdigados encima de ella.

—No sé…; creo que deberías pedir permiso al señor.

—Sí, tienes razón, sería lo más adecuado —asintió.

Poco rato después, volvieron al lugar. El jardinero estaba esperándola con cara de pocos amigos por orden del señor Soncino. Siguiendo las instrucciones de Myrah, cortó el listón en piezas a la medida que ella le indicaba. Después hizo las marcas donde le había

ido señalando. El hombre resoplaba, murmurando. Myrah supuso que lo que brotaba de sus labios no era nada agradable hacia su persona. Un par de horas después, cuando salieron de allí, la tarde ya comenzaba a caer. Myrah le agradeció el trabajo, halagando su destreza, lo que acabó por arrancar una ligera sonrisa al hombre.

A la mañana siguiente, cuando las niñas entraron en el cuarto, Myrah las esperaba con una bolsa abultada entre las manos.

—Bien, niñas. Os prometí que hoy jugaríamos en clase. Y yo siempre cumplo mis promesas —pronunció con una sonrisa incipiente.

Abrió la bolsa y dejó caer las piezas sobre la mesa.

—Acercad las sillas. Nos colocaremos una a cada lado. Sara, ¿sabes contar hasta seis?

La pequeña asintió con fuerza, casi ofendida. Angela sonrió y Raquel observó las fichas con curiosidad.

—¿Qué es esto y para qué sirve? —preguntó tomando una entre los dedos.

—Es un juego muy antiguo. Me enseñó a jugar mi padre. Se trata de colocarlas boca abajo y tomar siete fichas cada una sin que las otras las vean. La que tenga esta —dijo señalando una con doce puntos grabados, separados por una marca, seis a cada lado— comienza. La que está a su derecha continúa si tiene alguna con los seis mismos puntos, luego… Mejor hacemos una partida de prueba. O dos. Cuando dominéis el juego, introduciremos un detalle más: Sara, cuando tires, tendrás que contar cuántos puntos hay en tu ficha. Raquel y Angela tendrán que sumarlas o restarlas a las de la ficha anterior.

La primera semana fue todo un reto para Myrah. Tal como le había adelantado Antonia, las niñas no tenían ninguna disciplina, y ella no estaba acostumbrada a tratar con chiquillas. Aun así, después de lo que había sufrido durante los casi dos últimos años, su situación actual le parecía un privilegio que no estaba dispuesta a perder, y más cuando le volvía a la mente el rostro del postor a quien pertenecería si Giovanni y el señor Soncino no hubieran intervenido. Por ese motivo se esforzó al máximo en hacer atractivas sus enseñanzas, recordando a sus propios maestros y sus clases, e introduciendo todo tipo de juegos a los que pudiera aplicarse alguna lección. A medida que avanzaban los días, consiguió llamar poco a poco su atención a base de explicar historias relacionadas con las materias que daban, y gran parte de ellas las realizaban paseando por el exterior, ya que la agradable temperatura lo permitía. La más difícil fue Raquel. Con ella tuvo que

emplearse a fondo. En algunos aspectos le recordaba a sí misma, así que recuperó lo que le había llamado la atención a su edad y lo puso en práctica.

Las clases de dibujo eran más amenas. Las tres observaban fascinadas la facilidad con la que ella hacía trazos sobre el papel, copiando lo que veía o plasmando lo que le pedían. Pasadas varias semanas, había derribado toda reticencia hacia su persona y empezaba a sentirse cómoda con las niñas. Había descubierto, no sin asombro, que le gustaba enseñar y que sus alumnas habían progresado mucho con sus métodos. Su cuerpo había empezado también a agradecer los cambios que el descanso y la buena alimentación le aportaban.

Una tarde se encontraban en el jardín, sentadas en el suelo, y de pronto Myrah alzó los ojos al ver un ave que volaba muy cerca de ellas. Se quedó absorta al observar cómo planeaba aprovechando las corrientes, descendía y remontaba el vuelo a su antojo.

—¿Te gustan los pájaros, Aigie? —preguntó la pequeña Sara siguiendo su mirada.

—Me gusta observar su vuelo, cómo despliegan las alas, dominan los giros y utilizan la cola… Me pregunto qué deben sentir al ver la tierra desde allí arriba.

—¡Los pájaros no sienten! —repuso Angela riendo.

—Te equivocas, todos los seres vivos lo hacen de un modo u otro. En mi tierra se venera a los caballos, se cree que tienen alma, por lo que jinete y animal se funden para entenderse. Hay culturas que honran a otros animales desde tiempos muy remotos. Las personas solo somos una parte de un todo en la naturaleza que compartimos.

—Nunca nos explicas nada de tu país… ¿Está muy lejos? ¿Cómo es? —quiso saber Raquel, curiosa, al oírla mencionar por primera vez algo de su tierra.

Myrah no respondió. Era demasiado doloroso abrir la puerta a esos recuerdos que tenía encerrados bajo llave. No estaba preparada aún para ello.

—Hora de comer, chicas. Antonia debe estar pensando que hoy no tenéis hambre —dijo dando una palmada mientras se ponía en pie.

Echaron a andar hacia la casa. Raquel y Angela iban delante, corriendo y jugando al pillapilla. Sara se colocó junto a Myrah y la cogió de la mano. Era, de las tres, con la que mantenía una relación más estrecha, tal vez por ser la pequeña o porque la maestra sabía qué se sentía cuando perdías a tu madre a esa edad.

—Aigie, yo *cgeo* que deben *sentigse* muy bien. Debe *seg* bonito *veg*

los campos desde allí *aguiba*.

Myrah la observó con cariño y le apretó la mano.

—Hum…, sí, yo también lo creo, Sara. Me encantaría volar como las aves. Algún día quizá alguien lo consiga —concluyó ante el asombro de la niña.

El señor Soncino pasaba largas jornadas fuera del hogar. Por ello, cada vez que regresaba de alguno de sus viajes, sus hijas lo recibían con una inmensa alegría. Aquella vez había ido a Alemania para conocer a un colega que estaba haciendo grandes avances en su profesión. Su entusiasmo al contarlo recordó a Myrah a su padre cuando hablaba del observatorio.

Estaban en el despacho, ya que el señor quería saber de primera mano cómo iba la educación de sus hijas, aunque Antonia ya le hubiera informado de sus grandes avances. La cocinera estaba muy sorprendida y entusiasmada por cómo la esclava se había ganado a las niñas.

—Bien, Aigie, debo reconocer que he encontrado a mis hijas más felices que nunca, pero ¿cómo va el ritmo de las clases? ¿Tienen interés en aprender o solo quieren jugar a todas horas?

—Señor, sus hijas muestran un gran interés y progresan en todas las materias que impartimos. Han avanzado mucho en matemáticas y lectura. Traigo sus cuadernos, por si quiere comprobarlo —dijo depositándolos sobre el escritorio con suavidad.

—Les echaré un vistazo. ¿Hay algo que necesites para sus clases? Puedo proporcionarte más papel, tinta…

—Ya que lo menciona, señor, con el debido respeto, ¿sería posible conseguir algún libro más? Temo que ya se han aburrido de los de su cuarto, los hemos leído todos —solicitó bajando la voz al pronunciar las últimas palabras.

—¿Libros? ¡Claro, qué estúpido! ¡Cómo no se me ha ocurrido antes! Tengo una biblioteca de la que puedes disponer. Acompáñame, por favor —pidió mientras salía de la habitación.

Cruzaron la sala principal y caminaron por un largo pasillo hasta que llegaron frente a una doble puerta que el padre abrió con determinación.

Myrah nunca había estado en esa parte de la casa, ya que estaba prohibida al servicio excepto para realizar la limpieza, y le asombraron sus dimensiones.

—Libros, aquí los tienes. Puedes escoger los que estimes oportunos para las lecturas —anunció volviéndose hacia Myrah, que

contemplaba embelesada las paredes con estantes repletos de ejemplares.

—¡Por Alá, qué maravilla! —exclamó sin poder contenerse, sonrojándose al ver el asombro de su amo—. Lo siento, señor, no he podido evitarlo, no pretendía ofenderos.

—No me ofende que tengas tus propias creencias. Soy judío de origen alemán. Alá, Jesucristo, Yahvé, Buda…, ¡qué más da! Lo importante no es a quién se reza, sino el contenido de las oraciones —dijo encogiéndose de hombros.

—Hacía tiempo que no veía tantos libros juntos, señor. Tiene una magnífica colección —repuso paseando su mirada anhelante entre ellos, sin atreverse a rozarlos.

—Es bastante lógico, dado mi oficio —sonrió—. Me dedico al arte tipográfico, a grabar libros, no sé si te lo había comentado. Precisamente acabo de conocer a un hombre que va por delante de todos los demás, un orfebre que vive en Maguncia. He quedado tan impresionado por su trabajo que estoy pensando en pasar allí una larga temporada para aprender sus métodos y traerlos a Italia.

Myrah tomó un ejemplar y, al abrirlo, contempló admirada la primera página.

—Es lo único que se hace a mano hoy día. La letra capital y su colorido —indicó el señor Soncino, acercándose.

—Precioso, sí. Había visto algunos en Samarcanda. Allí teníamos una gran biblioteca también. La más grande de Oriente —suspiró al evocarla—. Hace años que en China ya trabajaban de forma parecida.

—Tú y yo tenemos una conversación pendiente, muchacha, no lo olvides —recordó mirándola con creciente curiosidad.

Myrah asintió bajando los ojos. Esos últimos meses, había asumido tanto su rol de Aigie que su vida anterior le parecía lejana, casi irreal. No sabía siquiera si deseaba recuperarla. Tal vez algún día.



La llegada a aquella casa fue un regalo después de todo lo sufrido. Aunque esclava, el trato que recibí desde el primer momento por parte de mi amo me devolvió la categoría de persona. Y eso, mi niño, es algo que nunca debería perderse.

Ahora ya sabes quién soy. Aquí me llaman Aigie, pero mi verdadero nombre es Myrah, hija del khan Ulugh Beg Tīmūr, princesa de Samarcanda. Y tú eres mi hijo, aunque nunca te oiré llamarme «madre». Perteneces a la saga de los timúridas, llevas la sangre de nuestros antepasados en las venas. Nuestro vínculo es demasiado

fuerte para que nos separen. De un modo u otro, estaremos siempre conectados, como yo lo estoy con mi querido padre.

51

La luna, en su cuarto menguante, envolvía de oscuridad el bosque. El silencio que los rodeaba solo se vio enturbiado por el crujido de unas ramas. El chico se detuvo de inmediato, hizo una seña a los que iban tras él para que lo emulasen e inclinó un poco la cabeza, intentando captar el más leve sonido. Al no oír nada más, dio la orden de seguir avanzando con la máxima precaución. Llegaron finalmente a un pequeño claro. Anduvo decidido hacia una pared rocosa semioculta tras unos espesos árboles. Una vez allí, hizo bocina con las manos y comenzó a ulular, imitando el sonido del búho. A los pocos segundos, algunas ramas se movieron frente a ellos, dando paso a un hombre corpulento que llevaba el rostro oculto bajo un pañuelo que solo dejaba entrever sus ojos. Al reconocer al muchacho, hizo un gesto apremiante con el brazo para que lo siguieran. Bordearon el árbol y vieron cómo desaparecía tras una hendidura creada en la roca por la naturaleza. Al adentrarse en ella, comprobaron que se ensanchaba hasta convertirse en un enorme espacio; era una cueva de un tamaño colosal. La estancia en la que se hallaban se dividía en otras más alejadas. En algunas paredes podían distinguirse trazos formando dibujos de animales y escenas de caza. El espacio central estaba iluminado por antorchas colocadas cada varios metros. Las piezas secundarias se intuían ocultas en la oscuridad. Se impuso el silencio entre las pocas personas que se hallaban allí.

—Hemos llegado —dijo el muchacho volviéndose hacia los que llevaba detrás. Iba cubierto con una larga capa y una capucha excesivamente grande para su menuda complexión—. No os descubráis el rostro. Aquí nadie conoce a nadie. Ninguno tiene nombre. Él os detallara vuestra misión. No podéis hablar con nadie sobre esto, ni siquiera con vuestras familias. Todos los que pertenecemos a este grupo somos conscientes de que nuestras vidas no tienen demasiado valor. Lo único que importa es alcanzar el objetivo, y para ello nos preparamos.

Los tres hombres asintieron. Todos tenían sobrados motivos para estar en aquel lugar, a pesar del riesgo que corrían. También habían asumido que, en caso de ser descubiertos, deberían quitarse la vida antes de que los hicieran hablar.

El muchacho los dejó a cargo del hombre y, tras unas breves

palabras con él, se adentró solo en una de las reducidas estancias que estaban en penumbra. Desde allí, siguió por un pasillo por el que solo pasarían dos personas hombro con hombro, cuya altura acababa una cabeza por encima de la suya. Una tenue luz indicaba el final. En cuanto cruzó, el espacio aumentó hasta alcanzar una forma semicircular de considerable amplitud, también iluminado con antorchas. En el centro, sobre su cabeza, una pequeña abertura permitía adivinar un pedazo de cielo.

—Veo que has conseguido llegar sin problemas —comentó el hombre que se encontraba sentado junto a una fogata sobre la que hervía algo que desprendía un agradable olor.

—Ha sido bastante fácil esta vez —suspiró, acercándose al calor y tomando asiento junto a él.

Después el chico se echó la capucha hacia atrás y se deshizo de la máscara. Solo lo hacía en su presencia, era el único que conocía su identidad. Hacía más de un año que los dos habían comenzado a planear, y a organizar después, la resistencia al poder absoluto de Abdal. En ese momento ya eran más de un centenar, y el número seguía creciendo a diario. Escogían a los aspirantes con la máxima prudencia. Antes de contactar con ellos, los vigilaban durante días, y había resultado un acierto, ya que en más de una ocasión el seguimiento los llevaba a ser testigos de algún contacto con la red de espías del gobierno. Sabían que ellos solos no podrían llevar a cabo ningún plan para derrocar el régimen de terror en Transoxiana, pero sí poner a salvo a muchos de los que estaban en el punto de mira por rebeldía y prepararse para cuando eso fuera posible. Para ello, se entrenaban sin descanso en el cuerpo a cuerpo, en luchas con espadas o en lanzamiento de puñales. Estudiaban cada milímetro de la ciudad y sus alrededores, buscando los puntos más débiles para una futura rebelión.

Tuvieron la fortuna de su parte al encontrar el escondite perfecto por pura casualidad, tras un ligero movimiento de tierras, mientras se adentraban en el bosque huyendo de las tropas de Abdal. El lugar había sido invisible durante miles de años, pero la grieta se había ensanchado lo suficiente para dejar pasar un cuerpo. Eso los llevó a entrar para ocultarse. Permanecieron allí largo rato, alerta y en tensión, hasta cerciorarse de que nadie los había seguido. Entonces, por mera curiosidad, decidieron arriesgarse y seguir adentrándose para averiguar dónde acababa. El asombro fue mayúsculo al descubrir que de pronto se abría y daba paso a una red de cuevas intercomunicadas, espaciosas y con algunos puntos de ventilación. Era el lugar perfecto para su propósito. Desde entonces, llevaban allí a las

personas que debían desaparecer para salvarles la vida. También volvían a la ciudad muchos otros que serían útiles llegado el caso.

—¿Traes alguna novedad de Samarcanda?

—Ninguna, Jebe. El ejército sigue campando a sus anchas. Entran donde y cuando quieren, se llevan a los sospechosos bajo cualquier pretexto. La mayoría de ellos no vuelven.

—Te arriesgas demasiado. No quiero que vayas en una temporada. Abdal está obsesionado con darte caza.

Borjin lo miró con afecto. Jebe, nombre que le había asignado tras verlo correr como una flecha el día que se conocieron, era como un hermano mayor para ella. El único al que le había explicado su historia y descubierto su identidad el día en que dejo atrás a la bailarina para convertirse en un muchacho. Solo con él se sentía a salvo. Tenían mucho en común. El tirano se había encaprichado de su esposa, y esta acabó quitándose la vida en cuanto pudo. Formaban un buen tándem.

—Aún no se ha rendido después de tres años, sigue removiendo cielo y tierra para dar conmigo. No lleva bien que alguien se burle de él —afirmó sonriendo.

—No bromees con eso —dijo preocupado—, sabes que nunca lo dejará estar. Si cayeras en sus manos…

—No ocurrirá. Te haré caso. Me alejaré un tiempo de la ciudad. Me quedaré aquí —aseguró cogiéndole la mano y presionándosela con fuerza.

Jebe asintió y le devolvió el apretón. Ella se había convertido en toda su familia, y no quería imaginarse que pudiera volver a perderla.

Los meses se convirtieron en años en espera de alguna ocasión para atacar al ejército de Abdal y acabar con su reinado. Ninguno de sus enemigos era lo bastante poderoso para enfrentarse a sus tropas y salir triunfante. Pero Borjin y Jebe no se rendían, y no dejaba de crecer el número de personas que se sumaban a la causa. Ya llegaría el día, había que saber esperar.

52

—¿Cómo van mis artistas preferidas?

Myrah estaba apoyada en el muro que rodeaba el jardín, dibujando el hermoso paisaje que veía más allá, mientras sus alumnas intentaban imitarla con mayor o menor fortuna.

—Tengo claro que el dibujo no es lo mío —sentenció Raquel, resoplando y enrollando la hoja para ocultarlo.

De pronto, la maestra divisó a lo lejos un carruaje que se acercaba por el sendero. El polvo que levantaba a su paso enturbió la imagen que pretendía plasmar, así que, contrariada, se volvió hacia las niñas.

—¡Mira el de Sara! —comentó riendo Angela—. ¿Qué se supone que son esas manchas?

—¡Son *ágboles*! —respondió ofendida la pequeña.

—Alguien muy sabio me dijo una vez que lo meritorio no es hacer algo bien, sino el empeño que pones en conseguirlo —intervino Myrah, observando divertida el dibujo. Le acarició la melena y añadió —: Sara, serás una gran artista, has aprendido a ver más allá de lo que observas.

El carruaje aminoró la marcha y pasó junto a ellas hasta detenerse en el portal de la vivienda. Todas dirigieron la mirada hacia él. No recibían muchas visitas, excepto el correo y el envío semanal de víveres. Se apeó de él un hombre elegantemente vestido que se volvió al verlas e hizo un leve saludo con el sombrero. Después, subió los escalones con agilidad para acceder al interior.

—¿Quién será ese hombre? Parece importante… —dijo Raquel.

—¿Para qué habrá venido? —añadió Angela.

—Tal vez sea un amigo de vuestro padre o un compañero de profesión. Ya es hora de que entremos. Hay que asearse antes de comer —repuso Myrah, ocultando la curiosidad que también sentía.

Al pasar frente al despacho para subir al cuarto de las niñas, la maestra escuchó unas palabras que el hombre dirigía al señor Soncino:

—No se preocupe, caballero, quedará complacido con nuestra profesionalidad. Llevamos muchos años dedicándonos a ello. De hecho, me enorgullezco de ser la tercera generación.

—Por eso he acudido a ustedes a pesar de que tengan las oficinas en otra ciudad. Quiero dejarlo todo bien atado. Es una decisión importante la que estoy tomando.

Myrah no pudo detenerse a escuchar más. Siguió su camino a paso rápido hacia las escaleras, sin dejar de dar vueltas a la conversación de la que había sido testigo sin pretenderlo.

Después de la comida, cuando las niñas se retiraron a descansar, Myrah aprovechó para tomar un ejemplar de la biblioteca, salir con él al jardín y disfrutar de la lectura bajo la sombra de un roble centenario. Esa vez había escogido un tratado árabe de astronomía bellamente encuadernado. Tan absorta estaba admirando sus páginas que no se percató de que no estaba sola hasta que un leve carraspeo le hizo levantar la vista sobresaltada.

—Buenas tardes. Ya veo que el mejor árbol para protegerse del sol está ocupado… Se me ha adelantado usted —dijo el hombre, descubriéndose a modo de saludo.

Myrah se quedó paralizada unos segundos ante los intensos ojos azules que la estudiaban divertidos. Después se incorporó de inmediato, arreglándose las faldas. Por muy bueno que fuera el trato que en la casa se le dispensaba, no dejaba de ser una esclava.

—Lo siento, señor, me retiraré a leer a otro lugar —contestó bajando los ojos para no seguir aguantando aquella mirada que parecía querer atravesarla.

—No, no, de ningún modo. ¿Qué está leyendo? —dijo tomando con descaro el libro de manos de la muchacha—. ¿Entiende usted algo de lo que aquí está escrito?

—Señor, si no lo entendiera, ¿qué sentido tendría leerlo? —repuso alzando el rostro hacia él.

—Es poco común que una mujer tenga esos conocimientos, pero ya veo que todo en usted es muy singular —prosiguió, devolviéndoselo y rozándole la mano con intención.

Ella la retiró como si la hubiera acercado a una llama. Notó, confundida, que las mejillas le ardían. Y entonces, sin pensarlo, dio un paso atrás.

—A pesar de ser solo una esclava, tengo permiso del amo para leerlo. Y si me disculpa, debo retirarme —anunció, iniciando la marcha.

El hombre se quedó callado unos instantes, aunque su rostro expresaba un asombro difícil de disimular.

—¿Esclava? ¿Del señor Soncino? —inquirió con escepticismo a la vez que la sujetaba por el brazo—. Es extraño, tenía entendido que defendía la abolición. Vaya, vaya…

—Mi amo es un buen hombre, y sus razones para tenerme como esclava no son de su incumbencia —sentenció dolida, sabiendo que se había propasado dada su condición.

—Discúlpeme, mi intención no era ofender a su amo, sino halagarle el gusto —dijo acercándose de nuevo hasta que Myrah interpuso las manos entre los dos—. ¿Cómo te llamas?

—Aigie.

—Curioso nombre. ¿Tienes idea de lo hermosa que eres, Aigie? —musitó ya tuteándola mientras le pasaba el dedo por el arco de la mejilla—. No he visto nunca unos ojos como los tuyos, de ese verde esmeralda tan intenso, en los que uno desea perderse, ni unos labios más tentadores.

Myrah se sintió atrapada entre el cuerpo de aquel hombre y el tronco del árbol. El descaro del personaje la había cogido por sorpresa. Sin poder evitarlo, su mente volvió a la noche en que Ghazam la había forzado, así que su cuerpo se tensó, presto a defenderse.

—Yo soy Francesco. Vivo en Florencia, y por Dios que no voy a volver allí sin ti —susurró intentando besarla.

—Por favor… —musitó escuchando asombrada el sonido de su propia voz mientras conseguía zafarse.

Francesco se separó levemente, mirándola con una sonrisa pícara.

—Está bien. Esperaré a que seas de mi propiedad. Ahora mismo voy a hablar con el señor Soncino. Parece que nuestros negocios no han acabado todavía —aseguró con un guiño.

—Soy la maestra de sus hijas, y me tiene en gran estima —confirmó ofendida al darse cuenta de que volvían a tratarla como pura mercancía.

Durante su estancia en la casa, había conseguido olvidar su condición, pues el señor Soncino no la había tratado nunca como tal.

—No podrá rechazar la oferta. Lo conozco, es ante todo un buen negociante. Además, no creo que le interese llevarte con ellos hasta Maguncia.

—¿Maguncia? ¿Quién se va a Maguncia? ¿Y dónde está eso? —preguntó al recordar la conversación y tomar forma las palabras.

—La familia Soncino. Maguncia forma parte del Sacro Imperio Romano Germánico. Me ha encargado que compre una casa allí para él y sus hijas. Desea trasladarse a vivir unos años, por lo que dice, hasta que aprenda las nuevas técnicas que está desarrollando un colega suyo. Esta vivienda la dejará en arriendo, junto con los campos, para que alguien los trabaje durante su ausencia.

La noticia la entristeció profundamente. En ese lugar había hallado algo de paz y conseguido alejar sus recuerdos y la promesa de venganza que le hiciera a su padre. No deseaba dejar a las niñas, pues les había cogido mucho cariño, y dudaba de que en otra casa la fueran

a tratar igual que allí.

—Yo cuidaré de ti a partir de ahora —dijo con seguridad al observar su ceño fruncido, dando por hecho que iba a salirse con la suya.

Myrah vio alejarse su esbelta figura hacia la casa con un andar resuelto y elegante. Sería imposible concentrarse en el libro. ¿Cómo podía cambiar tanto todo de repente? ¿Qué había ocurrido desde que había salido el sol esa mañana para que su vida diera un vuelco antes de que se pusiera? Si era cierto lo que Francesco le había explicado, quizá el señor Soncino no se opondría a la transacción. Le angustiaba su futuro, pero no podía engañarse. De nuevo, nada estaba en sus manos.

—Aigie, entra, por favor —indicó el señor Soncino cuando ella asomó la cabeza en el despacho al haber sido requerida su presencia.

Myrah, a un gesto, cerró la puerta. Se sentía inquieta. Desde el encuentro con Francesco, había pasado todo el tiempo procurando analizar los acontecimientos. Había intentado besarla, así, sin más, y encima pretendía comprarla, lo que demostraba lo caprichoso de su carácter y lo acostumbrado que debía estar a conseguir todo lo que se proponía.

Por otra parte, se había dado cuenta de lo mucho que disfrutaba enseñando a las niñas. Entonces comprendió a su padre y su pasión por la enseñanza. Siempre repetía que no había nada más fascinante que abrir la mente de una persona hacia el saber.

—Tengo algo que decirte. ¿Recuerdas que te comenté, después de mi último viaje, que había conocido a un colega de profesión que me dejó impresionado?

Myrah asintió silenciosa.

—Me he estado carteando con él y me ha ofrecido trabajar juntos para desarrollar un nuevo método de impresión. No puedo dejar pasar esta oportunidad. Será algo grandioso, un avance impresionante —explicó con brillo en los ojos, emocionado por la ilusión—. En fin, eso me lleva a tomar la decisión de tener que abandonar Génova durante una larga temporada para trasladarme allí. La distancia es considerable y, como será durante un tiempo tan prolongado, he decidido que mis hijas vengan conmigo. Les irá bien conocer otra cultura y otro idioma.

—¿Y yo, señor? ¿Me marcharé también con las niñas? —preguntó

con un hilo de voz.

—He estado pensando al respecto. Mi primera intención era que nos acompañaras, ya que no sabía con quién dejarte. Pero hete aquí que, sin haberlo previsto, un buen cliente, con el que ahora tengo otros tratos, me ha comunicado su intención de comprarte. Es una familia acomodada, muy reconocida en Florencia.

Myrah tragó saliva. Se le había secado la boca y no encontraba las palabras.

—Sé que mis hijas te echarán mucho de menos y que pierden a una gran maestra. Si algún día regresamos, te buscaré y, si es tu deseo, volverás con nosotros —repuso incómodo al ver que ella no decía nada y le esquivaba la mirada.

—Yo también las echaré en falta, sobre todo a la pequeña Sara. Desearía no tener que separarme de ellas, señor.

—El joven Francesco ha quedado muy impresionado contigo. Me ha pedido que lo acompañes mañana a su regreso. Podrás despedirte de mis hijas esta noche.

—¿Esta noche? —repitió angustiada—. ¿No cabría la posibilidad de que los acompañara en su viaje, señor? Podría ayudarle a acomodarse y a encontrar a alguien que me sustituya allí, al menos durante un tiempo, hasta que las niñas se acostumbren al cambio.

—No es mala idea, pero ya le he dado mi palabra. Si accediera a posponer el trato, por mí no habría inconveniente. Hablaré con él, pero no te prometo nada. Aigie, antes de retirarte, un par de cosas. La primera, me gustaría obsequiarte con uno de mis libros. He visto que tienes una preferencia. Es tuyo, si es el que deseas —dijo tendiéndole un bello ejemplar.

—¡Señor, no puedo aceptar semejante regalo! —exclamó con emoción sosteniéndolo entre las manos y acariciándole el lomo.

Lo había reconocido de inmediato. Era uno de los trece volúmenes del *Islah al-Majistí*, del gran Ptolomeo, escrito en griego. En la biblioteca de Samarcanda había tenido el privilegio de estudiarlos, pues guardaban una copia completa en árabe.

—No podría estar en mejores manos. Y segunda, a cambio me gustaría saber cuál es tu verdadero nombre. Sé que has estado rehuyendo el tema desde el primer día, y respetaré tu decisión si decides no revelármelo por el motivo que sea.

Myrah clavó los ojos en los del señor Soncino. En ellos no vio curiosidad insana, sino necesidad de saber con quién había compartido esos meses de su vida. Suspiró.

—El motivo por el que no deseo dar a conocer mi nombre es por mi propia seguridad. Mi hermano me traicionó. Nos asaltaron cuando

viajaba con mi esposo hacia su hogar. Él murió, como muchos otros. Me secuestraron y me hicieron prisionera con el único propósito de alejarme de mi destino. Si llega a sus oídos que estoy aquí, es capaz de mandarme matar.

El señor Soncino la miró con afecto y asintió.

—Por tu porte y tu educación, no me sorprende que tu origen sea noble. Las intrigas entre hermanos por el poder son más comunes de lo que crees. La historia está llena de ejemplos. Tranquila, no te encontrará por mí. Ve a dar la noticia del viaje a mis hijas. Te haré saber la decisión del señor Francesco respecto a posponer la… transacción —dijo algo incómodo.

Myrah asintió, cruzó la estancia y se dirigió a la puerta. Ya con el pomo en la mano, se dio la vuelta despacio.

—Myrah. Myrah, princesa de Samarcanda, hija del gran khan Ulugh Beg Tīmūr —pronunció alzando la barbilla con orgullo y lágrimas en los ojos.

—No he oído nada, Aigie —dijo con voz queda, dejando asomar a sus palabras el pesar que sentía.

En cuanto se quedó solo, se recostó en el respaldo. La vida era a veces cruel e injusta para muchas personas. También lo había sido con él, al privarle de su esposa, y con sus hijas, al dejarlas sin madre. Pensó en ellas y en el cambio que se había producido en su educación, así como en sus vidas desde que Aigie había entrado en la casa. Cuando llegaran a Maguncia, sabía a ciencia cierta que iba a entregarse al trabajo más que nunca y que sus hijas deberían quedarse de nuevo con desconocidos, en un país extraño, sin saber el idioma. Se irguió de pronto. Había cometido un error. Se había precipitado. Se levantó y se dirigió decidido al encuentro de Francesco.

Myrah contemplaba la caída de la tarde tras los campos, intentando quedarse con esa imagen grabada en la memoria. La primavera se alejaba, dando paso a un verano que prometía ser caluroso. La noticia del próximo viaje había caído como un jarro de agua fría sobre las tres niñas. No entendían por qué no podían aguardar a su padre en casa, como habían hecho hasta ese momento. De nada sirvieron sus esfuerzos para animarlas al hablarles de la emoción que producen los cambios. Y, cuando supieron que seguramente Myrah no podría acompañarlas, todo empeoró. «Hemos decidido encerrarnos en la habitación a modo de protesta», le dijeron muy enfadadas cuando ella salió por la puerta intentando evitar las lágrimas. De pronto, una ligera tos la devolvió al presente.

—Buenas tardes, Aigie. He estado hablando con el señor Soncino respecto a ti —dijo Francesco acercándose hasta colocarse delante de ella.

Tras un breve silencio, al ver que no obtenía respuesta, siguió con su discurso:

—Esta mañana estaba dispuesto a realizar la venta hoy mismo, y así me lo dio a entender. Pero parece ser que sus hijas le han hecho cambiar de opinión —añadió con un gesto de fastidio—. ¡Un hombre de su edad manipulado por tres chiquillas! Debería darle vergüenza. En fin, la transacción se ha realizado, pero pospondremos tu venida a Florencia durante un tiempo. Es un buen cliente, y no deseo enemistarme con él.

Myrah lo observó atenta, intentando no reflejar el inmenso alivio que sentía.

—¿No tienes nada que decir? Durante un tiempo te irás a Maguncia con la familia. La ventaja es que yo también tendré que ir allí dentro de un par de meses para cerrar unos negocios. Así que aprovecharé el viaje y volverás conmigo.

—Maguncia… —musitó sin prestar atención a la última frase.

Francesco la rodeó con los brazos, buscando de nuevo su boca. Ella se volvió ligeramente y esquivó el contacto, hasta que le retuvo la cabeza entre las manos y la besó.

—Me va a costar mucho aguantar tanto tiempo, Aigie. No podrás huir de mí siempre —anunció con una sonrisa llena de determinación.

53

Todos andaban nerviosos, de un lado a otro de la casa, empaquetando, revisando y vigilando que no se olvidaran nada. Finalmente habían encontrado un arrendador para el domicilio familiar que se encargaría también del campo y los cultivos. El acuerdo incluía el mobiliario y a la mayoría de los trabajadores, para alivio de estos. Al señor Soncino le pareció conveniente, ya que la idea era volver en el plazo máximo de dos años. Aun así, el equipaje era considerable. Entre libros, menaje, ropa y utensilios, llenaron varios baúles de gran tamaño. Se había organizado la carga para repartirla en dos carruajes, donde también viajarían los cuatro miembros de la familia, Aigie y otra sirvienta que había estado conforme en compartir aquella aventura con ellos.

Myrah estaba en su habitación, nerviosa, recogiendo sus pertenencias. El señor había insistido en que toda la ropa y los objetos que estaban allí le pertenecían y debía llevárselos. También el material que empleaban para los estudios. Con todo ello, llenó un pequeño baúl. Cuando estaba a punto de cerrarlo, lo miró y no pudo seguir adelante. Las lágrimas le nublaron la vista. Se sentó en la cama y dio rienda suelta a su tristeza. El hecho de preparar el equipaje para ir a otra ciudad le devolvió otras imágenes. Se vio con Yunna, ultimando los detalles para su ajuar, en su querida ciudad, Samarcanda. Y la nostalgia se apoderó de nuevo de ella. Durante unos meses, aunque hubiera sido de modo inconsciente, por mera supervivencia, había escondido sus recuerdos, tapiados para no derrumbarse. Había intentado no evocar su vida allí, sus estudios, el observatorio, la universidad. Ni tampoco a las personas que había perdido por el camino: su padre, Mehmet, su hijo nonato, Chagatei. Demasiadas. Más difícil era todavía no pensar en las que deseaba de todo corazón que siguieran con vida, con la esperanza de volver a verlas algún día: Tariq, al que no conseguía olvidar pese al tiempo que había transcurrido desde aquel último día en que se despidieron a través de una reja, con un ligero roce de las manos y tanta renuncia en sus miradas, y su amiga, su hermana, Yunna. La imagen de su cuerpo, débil y encogido sobre aquella tarima, la perseguía de noche cuando cerraba los ojos. No había tenido noticias de ella desde entonces. Giovanni había vuelto a embarcarse, según le había comentado

Antonia, así que sus intenciones de averiguar algo sobre su paradero deberían esperar. Unos golpes la devolvieron a la realidad.

—¿Estás preparada? —dijeron desde el otro lado de la puerta—. Partimos dentro de poco.

Reconoció la voz de Angela, que había pasado del enfado por dejar Génova a la emoción de viajar fuera del país en pocos días.

—¡Voy de inmediato! —respondió, y se levantó y cerró por fin el baúl. Echó una mirada a su alrededor con pesar y se dirigió a la puerta.

El sol comenzaba a asomar tras los campos. Los carruajes estaban cargados y dispuestos. En la puerta, los miembros del servicio esperaban para despedirse. Antonia no podía reprimir el llanto.

—Os voy a echar mucho de menos, chicas —dijo abrazándolas.

Sara se sacó un papel enrollado del bolsillo, atado con una cinta carmesí, y se lo tendió.

—Es para que no nos olvides, Antonia.

Antonia lo miró y rompió a llorar de nuevo. Myrah se acercó para despedirse. Se había portado muy bien con ella desde el día en que llegó a la casa.

—Gracias, Antonia, por todo. Cuando veas a tu hermano, dale recuerdos de mi parte y dile…, ya sabes.

Antonia la abrazó, asintiendo.

Al alejarse de allí, Myrah volvió la cabeza por última vez, consciente de que cerraba otra etapa y que, con esa nueva vida, se alejaba más de su hogar y de la remota posibilidad de volver algún día.

Durante tres jornadas avanzaron desde la salida del sol, con un descanso a mediodía para comer, hasta el ocaso, puesto que los caminos eran inseguros cuando la oscuridad caía como un manto sobre ellos. Al tercer día hicieron una excepción, pues por motivos de trabajo el señor Soncino debía detenerse unas horas en Milán. La fortuna les sonrió las siguientes jornadas, cinco según las cuentas de Myrah: las carreteras se encontraban en buen estado y el clima era agradable. Al noveno día desde que salieran de Génova, el tiempo cambió. Comenzó a llover con fuerza, lo que convirtió los caminos en lodazales. El avance era cada vez más lento. Cuando al siguiente amanecer el señor Soncino comprobó que no arreciaban las lluvias, tomó una decisión. Según su plan de viaje, al anochecer debían llegar a la ciudad de Basilea, y había oído que las rutas marítimas a través del Rin eran comunes para comerciantes y viajeros.

Las niñas estaban agotadas y hambrientas cuando entraron en la posada tras un penoso trayecto. Habían tenido que bajar del carruaje porque una rueda se había quedado trabada en el espeso lodo que cubría el camino. Al abrir la puerta de la venta, su aspecto era desolador, con las ropas empapadas y los bajos de las faldas cubiertos de barro.

—¡Tengo todo el cuerpo molido! —se quejó Raquel.

—¡Yo igual, me duelen todos los huesos, y no sé si seré capaz de sentarme mañana de nuevo en el carruaje! —protestó Angela llevando una mano a sus nalgas.

Sara se había dormido en brazos de Angie, rendida al cansancio.

—No será necesario, Angela. Voy a hacer unas gestiones para cambiar de ruta a partir de mañana. Ahora subid a asearos y descansad. Haré que os lleven algo de cena —anunció el señor Soncino, sintiéndose culpable por haberlas arrastrado hasta allí bajo la lluvia.

A la mañana siguiente, el sol dejó entrever su cara más amable a través de algunas nubes rebeldes. Al abrir la ventana del cuarto, las sorprendió la belleza de la ciudad, lo que las animó a asearse y vestirse sin protestas, bajar cuanto antes y salir a pasear por las calles. Estaban desayunando cuando apareció su padre con una sonrisa que le iluminaba el rostro.

—¿Qué tal habéis descansado? Tenéis mejor cara —afirmó tomando asiento—. Bien, ya está todo arreglado. Tengo una buena noticia para vosotras: seguiremos nuestra ruta en barco.

A Myrah se le cambió el semblante. La última palabra hizo que su estómago se encogiera.

—*¿Bagco?* —preguntó Sara enarcando las cejas—. ¿Dónde está el *mag*?

—Son unos barcos que navegan por el río. Este se llama Rin —respondió sonriendo—. Desde Basilea llegaremos a Maguncia. Podremos llevar todo nuestro equipaje sin problemas. Ya he vendido los carruajes, y la carga está a bordo. Partiremos a mediodía.

—Pero en los ríos que yo he visto no cabe un barco —dijo Angela encogiendo los hombros con cara de asombro.

—En este sí, te lo aseguro. Es muy caudaloso. Quiero decir que es muy ancho y muy hondo —aclaró al verla fruncir el ceño—. Las embarcaciones llevan muchos años navegando por él. Os encantará, estoy seguro. Y será más descansado.

Myrah se mantuvo en silencio. Un río. No había imaginado nunca

que pudieran existir ríos capaces de transportar barcos y personas como hacían los grandes mares. Se estremeció al recordar las aguas bravas sobrevolando la cubierta. «Pero algo tan novedoso quiero verlo», se dijo con curiosidad.

Los últimos rayos del sol caían sobre las aguas calmadas. Apoyada en la barandilla de cubierta, mientras las niñas jugaban al pillapilla a su alrededor, admiró el paisaje. Al ritmo de la corriente, las montañas parecían cobrar vida en cada recodo del río, acompañadas por una suave brisa. En ambas riberas se distinguían curiosas aldeas de pescadores y comerciantes. Durante los días que estuvieron a bordo, contempló asombrada algunas construcciones muy sólidas que llamaban «castillos feudales». El señor Soncino le había explicado que sus murallas, que alcanzaban hasta los tres metros de espesor, demostraban la riqueza de sus propietarios, nobles que cobraban impuestos a las embarcaciones que navegaban por delante de ellos. El negocio era floreciente. Para disuadir a los que intentaban eludir el pago, contaban con una guardia armada. Eran los encargados de subir a bordo, revisar la carga del pasaje y determinar la cuota que debía pagar cada uno. Aún había algo de luz cuando apareció frente a ellas Maguncia, bañada por el Rin. En el horizonte, por encima de las demás edificaciones, destacaba la torre con forma de octógono de la catedral, teñida de rojo oscuro.

Habían pasado varios días desde que llegaran a la ciudad. Instalada en su nueva casa, la familia intentaba recuperar sus rutinas y costumbres. El señor Soncino desaparecía cada mañana después del desayuno y volvía una vez había anochecido. Estaba tan entusiasmado con su nuevo colega y sus novedosas ideas que no dejaba de comentarlas en toda ocasión, lo cual interesaba mucho a Aigie, pero aburría del mismo modo a las niñas.

Les había sorprendido gratamente darse cuenta de que más o menos podían comunicarse con las gentes de la ciudad, ya que allí se hablaban varias lenguas, entre ellas el latín y el italiano. Ese día, durante el paseo, las casas con entramados de madera en las fachadas llamaron la atención de las chiquillas. Al fin desembocaron en una plaza de mercado, donde se exponían productos de lo más variado en diversos tenderetes.

—Bien, chicas, como sabéis, vuestro padre me ha pedido que os acompañe esta mañana al taller donde trabaja. Quiere enseñaros cómo

funciona una imprenta.

—¡Vaya rollo! ¿No podríamos quedarnos paseando por aquí y comprar algunas cosas? —propuso Raquel.

—Es un privilegio y una suerte inmensa que podáis ser testigos de algo así. Muy pocas personas lo han visto —dijo bajando la voz, como si fuera un secreto entre ellas.

—Creo que no me va a gustar nada. Son cosas de mayores, no de niñas —repuso Angela cruzándose de brazos.

—Lo mejor es que juzguéis después de la visita, no antes —respondió Myrah resolutiva, encaminando sus pasos hacia donde le había indicado el padre de las chicas.

Aigie estaba encantada escuchando y observando lo que el señor Soncino les explicaba delante de la prensa de madera, parecida a las que ya se utilizaban, pero amoldada para crear la plancha de impresión. La gran novedad consistía en emplear tipos móviles metálicos. Se hacían moldes de madera de cada una de las letras del abecedario y luego se rellenaban con plomo. Así evitaban el desgaste y podían emplearse muchas más veces. Luego se unían las letras con un ingenioso soporte.

—¿Veis? Así pueden hacerse muchas copias de la misma página, y son tan perfectas que no se diferencian del original —concluyó volviéndose hacia las niñas lleno de orgullo.

—¿Y para qué quieres tantas hojas que digan lo mismo? —preguntó Raquel.

—Porque así conseguiremos publicar libros en grandes cantidades, y eso, querida mía, es la base para difundir el conocimiento por toda Europa —respondió una voz profunda a sus espaldas.

Todas se volvieron. Un hombre de rostro alargado y nariz prominente se acercó a ellas. El curioso bigote le caía por las comisuras de los labios, mezclándose con una espesa y larga barba separada en dos mitades. Sus ojos, inteligentes y algo inquisidores, estaban clavados en ellas. Las niñas, impresionadas, retrocedieron y se ocultaron detrás de Myrah.

—¿Tenéis alguna pregunta más? —quiso saber con voz ronca, enarcando las cejas.

Myrah dudó unos segundos antes de hablar. Al ver que su amo asentía, se decidió a hacerlo.

—Señor, ante todo deseo felicitaros por vuestro invento —dijo con emoción, pensando en lo mucho que hubiera disfrutado su padre en aquel lugar—. ¿Cuántas copias tiene previstas para este ejemplar?

—Mi intención es hacer ciento ochenta copias de esta biblia —aseguró tomando una de las páginas entre las manos para examinarla.

—¿Y cuánto tardará? —se decidió a preguntar Raquel.

—No puedo establecer el tiempo exacto, pero sí asegurarte que será en menos de la mitad de lo que tardaría el más rápido de los monjes copistas amanuenses. Y ahora, si me disculpan, tengo mucho trabajo y no hay tiempo que perder —se despidió en tono preocupado, dándoles la espalda para alejarse.

Aigie y las niñas, por orden de su padre, volvieron a la casa. Mientras caminaba tras ellas, la maestra no dejaba de pensar en lo que acababa de ver. Había sido testigo de algo impresionante. El hecho de que los libros pudieran llegar a estar a disposición de todas las personas que desearan leer, y no solo al alcance de los pocos que se pudieran permitir su coste y la larga espera, iba a cambiar la sociedad.

Pasaron la tarde callejeando alegremente por la ciudad, aprovechando la agradable temperatura que les regalaban los últimos días de mayo. Entraron en la casa inundándola de risas, pero al cruzar el recibidor y acceder a la sala, se hizo el silencio de golpe. Sentado en el sofá, con una taza de té en las manos, se encontraba Francesco. Al verlas, se levantó de inmediato.

—Buenas tardes —saludó con una leve inclinación de cabeza.

Myrah se había quedado petrificada en la puerta. A pesar de saber que eso iba a ocurrir en cualquier momento, pues habían sido advertidos de su llegada, le cogió por sorpresa. Las niñas se apretujaron contra sus faldas.

—Buenas tardes, señor —respondió la maestra, devolviéndole el saludo del mismo modo.

—He llegado esta mañana y acabo de volver del taller. El señor Soncino me ha pedido que me adelantara. No tardará en venir —explicó con algo de incomodidad por el prolongado silencio y la reacción de las chiquillas.

—Disculpe, voy a acompañar a las niñas. Es la hora de su cena —se excusó Myrah retrocediendo unos pasos.

—Está bien. Esperaré aquí.

El señor Soncino aguardaba a Myrah en el despacho. Deseaba hablar a solas con ella.

—Aigie, quiero agradecerte tu trabajo con mis hijas —dijo haciendo un gesto con la palma de la mano para evitar que ella le respondiera—. Les has hecho apreciar el valor del conocimiento, la mejor enseñanza de todas. No te olvidarán nunca, y yo tampoco…

Myrah se mantuvo en silencio. El nudo que se le había formado en la garganta le impedía pronunciar palabra alguna.

—Quizá regresemos a Génova antes de lo esperado y podamos vernos de nuevo. Mi colega se encuentra en apuros —confesó pesaroso.

—¿Problemas con su invento? —preguntó extrañada.

—No exactamente. Tuvo que pedir prestado mucho dinero para poner en marcha su idea, y se le acaba el tiempo para llevarla a buen término. Su socio se niega a adelantarle más, y le ha amenazado con quedarse con todo para saldar la deuda. El proyecto lo seguirá su yerno, que ha sido el aprendiz del maestro.

—¡Pero eso no es justo! La idea fue suya —exclamó contrariada.

—Quizá no, pero en el mundo de los negocios a veces las cosas son así —concluyó encogiéndose de hombros—. Si no vuelven a cruzarse nuestros caminos, quiero que sepas que has conseguido mi respeto y mi admiración. Y no temas, tu secreto está a salvo conmigo…, Myrah —añadió en un susurro cuando ya salía del cuarto.

54

A medida que dejaban atrás la casa, la ansiedad de Myrah iba en aumento. Se volvió una vez más y agitó la mano para despedirse de nuevo de las niñas, que habían corrido un trecho detrás del carruaje gritando su nombre.

El momento de comunicarles que se alejaba de sus vidas probablemente para siempre había sido tan duro como sospechó. Las lágrimas de las cuatro se mezclaron al abrazarse.

—No entiendo por qué tienes que irte a Florencia con ese hombre. ¿Es que ya no te importamos? —preguntó Raquel dolida.

—Por supuesto que me importáis. Os quiero mucho a las tres. Habéis sido un regalo para mí inesperado, os lo aseguro —dijo sin poder evitar la emoción.

—¿Por qué no puedes quedarte con nosotras aquí? ¿Es qué papá no quiere? —replicó Angela.

—Vuestro padre ha tomado una decisión que respeto. Vosotras deberíais hacer lo mismo.

—¿Quién *segá nuestga maestga ahoga*? —repuso Sara abrazándola con fuerza.

—Tendréis una mejor que yo. Con más experiencia. Seguro que aprenderéis un montón de cosas nuevas.

—*Nosotgas* te *queguemos* a ti —protestó Sara con un mohín.

—Ninguna será mejor que tú —aseguró Raquel cogiéndole la mano.

—Aigie, ¿podremos ir a visitarte cuando volvamos a Génova? —añadió Angela cuando ya salía de la habitación.

—Nada me hará más feliz. Estaré aguardando el momento —dijo volviendo la cara para ocultar las lágrimas.

Sentada en el carruaje, con el cuerpo tenso por la proximidad de su acompañante, no podía apartar de su mente la mirada de las pequeñas. No había mentido al decirles que habían sido un regalo inesperado, un oasis en medio del devastador desierto al que volvía. De nuevo un destino que no había elegido y que no podía cambiar. Lo único positivo era que acortaba el camino de retorno a su hogar y que tendría más cerca a Yunna, allí donde estuviera. Tragó saliva al notar el roce de la mano de Francesco estrechando la suya. Sintió sus ojos clavados en ella y le devolvió la mirada con una inmensa tristeza

reflejada en ella.

Las jornadas habían transcurrido muy despacio desde que abandonaron Maguncia y llegaron a Génova. Entre ellos solo hubo breves conversaciones y poco contacto físico. Francesco se pasó la mayor parte del trayecto leyendo papeles y haciendo anotaciones. Por las noches, en los albergues, pedía dos habitaciones, para alivio de Myrah. Estaba bastante sorprendida por el trato que le dispensaba, pues cuando lo conoció en casa del señor Soncino le pareció que era un hombre impulsivo, caprichoso y poco dado a los detalles. Debía reconocer que tal vez su percepción no había sido del todo correcta. Tras dejar atrás Génova, donde habían parado unas horas, y antes de iniciar el camino hacia Florencia, Francesco había dado orden de detenerse en el puerto, pues debía recoger una mercancía. Al volver a ver los barcos y captar aquellos olores, Myrah revivió el día en que la carraca atracó en aquel lugar y se estremeció, lo que no pasó desapercibido a su acompañante.

—¿Está todo bien? —preguntó, observando su rostro contraído.

—Malos recuerdos —respondió bajando la cabeza.

—¿Puedo hacer algo para alejarlos? —repuso con aire decidido.

Myrah negó con la cabeza. Pero al momento una idea se coló en su mente.

—Tal vez —insinuó mirándolo a los ojos—. ¿Podría averiguar si un marinero llamado Giovanni está en tierra o sigue embarcado?

—¿Y cuál es tu interés por ese marinero? —dijo en tono áspero.

—Me prometió averiguar dónde está mi hermana Yunna —explicó creyendo que su demanda tendría más fuerza si decía que era su hermana en vez de su amiga—. Llegamos juntas a Génova.

Francesco la miró aún con dudas.

—¿Tu hermana?

—No sé qué fue de ella, si está viva o en qué condiciones se encuentra —dijo al tiempo que se le rompía la voz.

—Preguntaré por ahí, a ver si alguien lo conoce. ¿Cuál es el nombre de tu hermana, por cierto?

—Yunna —dijo esperanzada, esbozando una sonrisa.

Francesco volvió al carruaje poco después con un hombre tras él, cargado con varios bultos. Al sentarse, ella lo interrogó ansiosa con la mirada.

—Lo siento, no he encontrado a nadie que sepa de él. Pero he dejado mis señas y he pedido que se pongan en contacto conmigo si reciben noticias.

Myrah asintió.

Cuando iniciaron el camino hacia Florencia, Francesco le describió la ciudad con la intención de distraerla y aliviar la sensación de pérdida que, entendía, estaba sintiendo. Al ver que le escuchaba con atención, le habló también de los tratados comerciales que tenían sobre la seda, la lana y el vino con gran parte del mundo. Sin embargo, lo que más llamó la atención de Myrah fue el hecho de que se considerase, según palabras de Francesco, la capital del sistema bancario europeo. Eso era gracias a una familia cuyo apellido estaba ligado a Florencia como la sal al agua del mar, y a sus tratos preferenciales con el papa de la Iglesia católica, de quien eran banqueros. Durante décadas, habían mantenido muchas luchas por el poder, siguió relatándole, pero en la actualidad los Medici volvían a ser los amos de Florencia. El propio Cosimo, gran duque de la Toscana, era mecenas de grandes artistas, y con su capital costeaba las obras que embellecían la ciudad.

—¿Conoce a ese hombre? —preguntó algo sorprendida.

—Mi padre sí, yo solo lo he saludado en alguna ocasión. Haremos un alto aquí, cerca de Rapallo. Debemos estirar un poco las piernas. Buscaremos una taberna donde comer y emprenderemos la marcha hasta que caiga la noche. Entonces nos detendremos a dormir en alguna posada —comentó, pensando que no era necesario arriesgarse, dado que la oscuridad hacía aflorar lo peor de los hombres.

—¿A qué distancia queda Florencia?

—Si seguimos a este ritmo y no sufrimos ningún percance, llegaremos pasado mañana. Pero no nos dirigimos a Florencia, sino a un pueblo que está en el valle del Orcia, de donde es mi familia, a una jornada de la capital. En verano nos mudamos al campo. En Florencia, el calor es insoportable.

—¿Su familia?

—Sí, mi familia es originaria de allí —repuso algo incómodo—. Es un lugar tranquilo, no tan bullicioso como Florencia. Te gustará.

Llegaron a la posada cuando la noche empezaba a apagar los campos. El conductor y su acompañante, con quien se había ido turnando para descansar, bajaron del carruaje para ayudarlos a descender. Después se encargaron de desenganchar los caballos y llevarlos al establo para alimentarse. Habían cubierto una distancia considerable en un solo día. Myrah se sentía exhausta. Aunque los caminos estaban empedrados en su mayor parte, le dolía todo el cuerpo. Además, no dejaba de dar vueltas a su nueva situación, y eso la preocupaba y la mantenía en tensión, a pesar de los esfuerzos de Francesco por distraerla. Solo deseaba tumbarse y olvidarse de todo

por unas horas, y así se lo dio a entender con delicadeza. Tenía muy presente que le pertenecía. Francesco no puso ninguna objeción al respecto, solo la besó y le deseó un buen descanso.

Emprendieron la marcha al amanecer, dejando el extenso mar a su derecha durante toda la jornada, y solo hicieron un par de paradas breves hasta que cayó la noche. Entonces se detuvieron a descansar en otra posada. Con la salida del sol, siguieron su camino, esa vez en dirección al interior, dejando el mar a sus espaldas. A medida que se adentraban por la campiña, Myrah se sentía cada vez más embelesada por lo que los rodeaba. Francesco había llamado a la zona «la Toscana». Emanaba de ella una luz especial que parecía cubrir con un velo dorado los campos. Observó cómo se filtraba por unos cipreses que formaban una línea serpenteante hasta alcanzar la cima de un pequeño altozano. Tenía algo mágico.

—¡Mira, Aigie, aquello es el valle del Orcia! —anunció Francesco señalando con el brazo a lo lejos.

En lo alto de una colina se divisaba un pueblo. Era un lugar resguardado y a la vez estratégico. Al ir aproximándose, a pesar de que ya empezaba a oscurecer, Myrah distinguió un grupo de casas en torno a unas torres.

—¿Qué son esos dos edificios?

—Uno es la torre del castillo y el otro, la de la iglesia. Mañana, con la luz del día, te lo mostraré todo —respondió Francesco, que había ido mudando el semblante a medida que se acercaban, como si algo le preocupase. Myrah lo observó inquieta.

—¿Le ocurre algo?

—No pasa nada. Solo que serás una sorpresa. Nadie esperaba que volviera acompañado —dijo riendo entre dientes.

—De una esclava…

—Puedo tomar mis propias decisiones. No van a tener más remedio que aceptarlo. No pienso renunciar a ti —sentenció rozándole la mejilla y frunciendo los labios.

Por fin se detuvieron. Habían llegado al hogar de Francesco, donde vivía con su familia. La casa le recordó a la del señor Soncino. La disposición era similar, aunque de mayores proporciones: un edificio principal y otros adyacentes más pequeños. Al cruzar el arco que enmarcaba la propiedad, divisó el patio interior con arcadas y el suelo adoquinado que formaba dibujos. La fachada de piedra estaba medio cubierta por unas ramas de hiedra que parecían envolverla. Francesco se mostraba nervioso, no irradiaba la seguridad que había pretendido con ella. Al bajar del carruaje, Myrah vio que un par de sirvientes acudían raudos para descargar el equipaje y los bultos con los

materiales que habían recogido en el puerto de Génova. Tras ellos apareció un hombre maduro, de rostro afable, que se acercaba con los brazos abiertos para recibir a su hijo.

—¡Francesco, bienvenido a casa! No te esperábamos hoy. ¡Has viajado rápido! —aseguró dándole unas palmaditas en la espalda.

De pronto, su mirada se detuvo en Myrah, que permanecía quieta detrás de Francesco.

—Padre, déjame presentarte a Aigie —dijo cogiéndola por el codo para que se acercase.

Myrah alzó los ojos con aparente serenidad. Las pupilas del hombre se dilataron durante unos breves segundos.

—Bienvenida a nuestro hogar, muchacha. Ellos te indicarán el camino a tus dependencias —manifestó señalando a sus criados y mirando con cierta desaprobación a su hijo—. Vamos dentro, tu madre tiene ganas de verte.

Francesco hizo un gesto para detener a Myrah.

—Ella viene conmigo —declaró con decisión ante la perplejidad de su padre.

El rostro de la mujer que aguardaba en el interior de la casa reflejaba su duro carácter. Se levantó y, con poco entusiasmo, le ofreció la mejilla a su hijo para que le diera un beso.

Myrah permaneció en la entrada de la sala de estar sin atreverse a dar un paso más. Francesco se volvió hacia ella y le hizo una seña con el brazo para que avanzara.

—Madre, esta es Aigie —dijo mirándola a la cara, como si la retase —. Era la maestra de las hijas del señor Soncino. Como sabéis, dejó Génova para irse a vivir a Maguncia hace unos meses y permanecerá allí una larga temporada. Aigie ha regresado conmigo desde allí. Decidí comprarla cuando la conocí en Génova. Vivirá conmigo —sentenció.

Hubo un silencio espeso e incómodo hasta que el padre lo rompió:

—Estaréis agotados por el viaje y ya es tarde. Vamos a descansar. Francesco, mañana me explicarás con detalle los encargos que traes y los tratos que has cerrado.

—Por supuesto, serán muy beneficiosos para nosotros. Nos retiramos, pues.

Francesco tomó a Aigie del brazo, y ambos se dirigían a la salida cuando las palabras de su madre los detuvieron.

—Me pregunto cuánto habrás pagado por ella. ¿Qué va a hacer una maestra en el campo? ¿En qué se supone que va a trabajar? ¡Tiene aires de marquesa!

Francesco se volvió taladrando a su madre con la mirada. Sin

mediar una palabra más, salieron de la sala, pero no pudieron esquivar el final de la conversación entre los padres.

—Otro capricho de tu impulsivo hijo. Se lo consientes todo, Lorenzo —reprochó.

—Conociendo a Soncino, y después de observarla atentamente, habrá pagado un alto precio por ella, seguro. Pero no recuerdo haber visto a Francesco mirar así a otra mujer. Déjale que sea feliz mientras le dure el capricho —aconsejó, bajando la voz en las últimas palabras.

Francesco apretó con fuerza la mandíbula y ambos salieron de la estancia. Myrah tenía un nudo en la garganta que la ahogaba. Estaba claro que Francesco la había utilizado para ofender a sus padres. Se había sentido más humillada en pocos minutos en aquella casa que en todos los meses vividos con la familia Soncino.

Al otro lado de la puerta, descubrieron a un muchacho que escuchaba la conversación.

—¡Andrea! ¿Qué se supone que haces espiando a tus padres y a tu hermano mayor? —recriminó Francesco con el semblante serio.

—¡Bienvenido a casa, hermanito! Yo también me alegro de verte —contestó sarcástico. Y desviando los ojos hacia Myrah, añadió—: Soy Andrea. ¡Eres en verdad muy hermosa! Ten cuidado con mi hermano, puede ser un poco arisco si no consigue lo que quiere.

Myrah sonrió cortés ante la fulminante mirada que Francesco dejó caer sobre él mientras se alejaba de ellos riendo.

—Bueno, ya has conocido a mi familia. Andrea es un incordio. No hay forma de que se tome nada en serio. Se queda ensimismado hasta con el vuelo de una mosca.

Salieron de la casa principal y enfilaron el jardín hasta detenerse frente otra más pequeña adosada a la primera. Más allá continuaba la edificación con varias viviendas de un tamaño inferior. Francesco hizo un ademán con la cabeza explicándole que eran las de los arrendatarios que trabajaban en los campos y pagaban sus rentas en especie: aceite, trigo, vino, fruta y varios productos más a los que Myrah no prestó atención. Estaba tensa por la escena que acababa de presenciar y por lo que imaginaba que no tardaría en ocurrir cuando estuvieran a solas.

—Ya hemos llegado —anunció frente a una puerta de madera trabajada, y tiró del pasador para darle paso.

La estancia era amplia. El suelo de barro cocido y las vigas de castaño que adornaban el techo le aportaban calidez. Las paredes estaban encaladas; en una de ellas destacaba una gran chimenea de piedra. Era de una sola planta; aparte de la sala de estar y la cocina, tenía tres habitaciones. A través de una de las pequeñas ventanas,

Myrah divisó un porche exterior en la parte trasera de la casa.

—Aquí estaremos a salvo de mi madre —bromeó riendo—. No te preocupes por ella. Ladra, pero no muerde. Este es mi lugar de trabajo cuando quiero estar tranquilo —comentó señalando una de las habitaciones—. Y este, mi dormitorio —indicó atrayéndola hacia él.

—Me gusta su casa, es muy cálida —dijo Myrah en voz baja, intentando evitar el contacto una vez más. Su cuerpo rechazaba cualquier caricia, como si la quemaran.

Francesco se acercó decidido y, sujetándole la barbilla, la besó. Luego la alzó al vuelo y la depositó sobre la cama. Sus dedos se afanaban en desabrochar el vestido mientras la besaba con pasión. No recordaba haber deseado a ninguna mujer con aquella intensidad. Por ella había recorrido media Europa y se había enfrentado a sus padres. Cuando se despidieron en Génova, pensó que tal vez se le pasaría con la distancia y el tiempo. Incluso se dijo que, llegado el caso, volvería a hablar con el señor Soncino respecto a la compra. Pero sucedió todo lo contrario. Su obsesión por conseguirla no dejó de crecer. Había aguantado todo el viaje sin tocarla, alargando el deseo. No buscaba pasar una noche con ella, sino una tras otra, para saciar sus ganas de poseerla. Y por fin la tenía. Notó la tensión de su cuerpo y el intento de zafarse. No quería lastimarla, pero tampoco iba a permitir que lo rechazase. Acabaría por rendirse.

Myrah, tras un forcejeo, supo que no tenía sentido resistirse. Era su esclava, le pertenecía; al menos su cuerpo. «Mi mente nadie la apresará», se dijo para resistir la humillación. De hecho, le había extrañado que no lo hubiera intentado durante el viaje. Sintió las manos de Francesco acariciando su cuerpo desnudo y deseó que fueran otras. Notó la boca de él sobre la suya y recordó otros labios pronunciando su nombre como nadie lo había hecho, mientras la besaban por primera vez. Percibió cómo la penetraba y cerró los ojos para liberar su imaginación y huir del presente. Cuando poco después se dio cuenta, por la respiración calmada, de que Francesco dormía, se dio la vuelta y se acurrucó en la cama buscando una protección que no halló. Mientras se limpiaba las lágrimas con el dorso de la mano, se dio cuenta de que sus pensamientos habían estado con Tariq. Era a él a quien hubiera querido tener a su lado. Y se sintió entonces culpable por no elegir a su difunto esposo.

55

Durante las siguientes semanas, las jornadas transcurrieron apacibles para Myrah. De día daba largos paseos por los campos de olivos, visitaba las cuadras para cepillar y susurrar a los caballos, ayudaba en las tareas del jardín, cocinaba y, si le quedaba tiempo, se entregaba a la lectura de alguno de los libros que Francesco le había proporcionado. Con la caída del sol, se sentaba en el porche emparrado para disfrutar del paisaje en su extensa gama de verdes y dorados, tentada de plasmar semejante belleza en un lienzo. Noche tras noche, Francesco la buscaba al acostarse. Era cariñoso, atento y muy paciente con ella. Se había propuesto conseguir que sintiera placer a su lado. Los ratos que pasaban juntos eran agradables, y ella se sentía cada vez menos incómoda en su compañía. Aun así, no podía ocultar las nubes que emborronaban el presente al recordar su pasado, a su padre, su promesa de venganza y también a Yunna, de la que aún no había conseguido información.

—Un florín de oro por tus pensamientos —susurró Francesco a su oído, acariciando la larga melena que caía revuelta sobre el cuerpo desnudo.

—Hum…, mucho dinero para tan tristes recuerdos —repuso Myrah —. Me estaba acordando de mi hermana Yunna. La mencioné en Génova, ¿lo recuerda? De algún modo, me siento culpable. No sé nada de ella. Tal vez está sufriendo, sola, mientras yo estoy aquí… ¿No ha recibido aún noticias del puerto?

—De momento no. Pero no te rindas. Por cierto, creo que ya va siendo hora de que me tutees, ¿no crees? —añadió con media sonrisa.

Myrah asintió. Se recostó de lado y cerró los ojos hasta que se quedó adormitada. Francesco la contempló pensativo. Ella no le había contado nada de su pasado, pero le había hablado de su hermana, con la que había cruzado medio mundo hasta llegar a Génova. Era una espina clavada que le impedía disfrutar del presente como a él le gustaría. Sentía algo muy especial por esa mujer. Había tenido muchos romances antes de aquel, para pesar de su madre, que siempre le recriminaba su frívola conducta y sus pocas ganas de sentar la cabeza y formar una familia. Pero ella era diferente. Tal vez contribuía ese halo de misterio que la envolvía y la hacía inaccesible, a pesar de poseerla. La verdad era que no había hecho ningún esfuerzo por

averiguar el paradero de su hermana. «Me he escudado en que el tal Giovanni no estaba en el puerto, pero podría haber indagado por mi cuenta», se dijo pesaroso. Tenía que hacer algo al respecto, ella se lo merecía.

Había llegado el mes de agosto y, con él, las altas temperaturas que caían a plomo sobre los campos. Myrah había entrado en la casa buscando un poco de sombra y algo de agua para refrescarse. Hacía varios días que Francesco se había marchado por trabajo a Florencia. Lo hacía a menudo, aunque por lo general solo pasaba fuera una noche. Al principio pensó que iba a poder disfrutar de su soledad, pero nada más lejos de la realidad. Con la ausencia del hijo, la madre la había hecho llamar para que ayudase en la casa principal. Cuando acababa una tarea, otra la esperaba. No había aceptado todavía que Francesco la comprase ni tampoco que viviera bajo el mismo techo que él, pues era una esclava, y así se lo demostraba cada vez que tenía ocasión. Esto hizo que echara en falta la compañía de su amo y que contara los días para su regreso. Lo único que aliviaba el tedio, aparte del cuidado de los caballos, que la sosegaba, era la presencia de Andrea, con quien había forjado una buena relación, ya que el muchacho le contagiaba su buen humor. Se recostó en el sillón abanicándose mientras abría uno de sus libros. Estaba tan concentrada en la lectura que unos ruidos en la entrada de la casa la sobresaltaron. Al levantar la mirada e incorporarse para ver qué sucedía, se encontró con Francesco, que entraba en la estancia llamándola.

—¡Ya has vuelto! —dijo acercándose a él—. ¿Qué ocurre?

—¿Me has echado de menos? —preguntó halagado, cogiéndola por la cintura para atraerla hasta alcanzar sus labios.

—Un poco —musitó.

No quería explicarle el calvario que su madre le había hecho pasar para evitarle una discusión más de las múltiples que tenían.

—Sabes que mi mayor deseo es hacerte feliz —declaró hundiendo las manos en su espesa melena y mirándola a los ojos.

Ella lo observó extrañada al detectar un brillo especial.

—Dime qué pasa, Francesco, me estás asustando.

—Te he traído una sorpresa muy especial —confesó intentando mantener la calma a pesar de las ganas que tenía de ver la reacción de Aigie.

—¿Un regalo? ¿Para mí? No necesito nada más de lo que tengo —reprochó suavemente, mirando con curiosidad a su espalda e intentando adivinar qué le había traído.

—Espera aquí un momento. No te muevas. Quiero que cierres los ojos y que no los abras hasta que te avise —dijo de un modo casi pueril.

Francesco volvió sobre sus pasos en dirección a la puerta de entrada, que había quedado entreabierta, e hizo una seña.

Una mujer, cubierta por una tela que le ocultaba el rostro, avanzó hasta colocarse frente a ella. El muchacho instó a su amada a abrir los ojos. Al momento, a Myrah le dio un vuelco el corazón. Esa figura… Avanzó unos pasos hacia ella y retiró el velo con delicadeza. Sintió un vahído que la hizo apoyarse en la pared. Luego, muy despacio, extendió la mano temblorosa hasta rozar su mejilla para cerciorarse de que era real. Entonces, las lágrimas comenzaron a brotar sin contención.

—Dime que no es otro de mis sueños —susurró atemorizada—. ¿Eres tú de verdad, Yunna?

No necesitó respuesta. Las muchachas se abrazaron riendo y llorando a la vez, comenzando frases que no acababan, separándose de tanto en tanto para cerciorarse de que era auténtico lo que estaban viviendo. Francesco se retiró con una sonrisa en los labios. Sabía que en esos instantes era invisible para las dos.

—¡Qué alegría más grande! Tienes que explicarme dónde has estado. ¿Te han tratado bien? Estás muy delgada… —dijo Myrah atropelladamente, sin soltar las manos que permanecían entrelazadas y que notó ásperas y callosas.

—No has cambiado nada. Sigues siendo igual de impaciente que siempre —repuso ella riendo—. Déjame respirar y sentarme, por favor. Ya tendremos tiempo de ponernos al día. Ahora lo más importante es que me expliques un par de cosas. Una, ¿de dónde ha salido este apuesto joven que está loco por ti? Oí en el mercado que te había comprado un tal señor Soncino y que vivías en Génova.

—Han pasado muchas cosas, es un poco largo de contar… Mejor empieza tú.

—Me compró un gran terrateniente y he estado trabajando en el campo. No tengo ganas de hablar de ello —dijo negando con la cabeza —. Me quedé de piedra cuando mi dueño me hizo llamar para decirme que un hombre había venido expresamente para comprarme. Y cuando llegó a recogerme, no paraba de hablarme de la sorpresa que le iba a dar a Aigie, y yo no tenía ni idea de quién era Aigie. Y dos — siguió, poniendo un dedo sobre los labios de Myrah, que tenía intención de hablar—, ¿por qué todos te llaman Aigie?

—Este apuesto joven, como dices, pertenece a una reputada familia de Florencia. Fue por trabajo a Génova, a casa del señor Soncino y,

cuando nos vimos por primera vez, ya me informó de que pensaba comprarme —relató evocando la escena—. Luego me trasladé con la familia Soncino a Maguncia, una ciudad que está mucho más al norte. Resumiendo, que este joven vino a buscarme. Lo demás es evidente. Me compró y me trajo a vivir aquí. Al principio ni siquiera soportaba que me tocara. No podía apartar de mi mente a Ghazam, ya me comprendes. Pero con el paso de las semanas se ha convertido en una relación… confortable. Y ahora le debo gratitud eterna, ya que ha conseguido encontrarte y traerte a mi lado. ¡Hay días en que incluso consigo olvidar nuestro pasado!

—No te sientas mal por ello, My… Aigie. No sé si me acostumbraré a llamarte así —anunció bajando la voz—. No podemos hacer nada para cambiar el pasado.

—Eso intento decirme, pero hay una voz en mi interior que no para de recordarme quién soy en realidad y cuál es mi sitio. Por no hablar de la promesa que le hice a mi padre de volver algún día y restaurar su memoria —dijo con pesar.

—No te martirices, princesa —susurró—. Cuando llegue el momento, lo sabrás. Ahora disfruta de este presente como un regalo merecido.

—Ay, Yunna, ¡cuánto extrañaba tu compañía! —aseguró, estrechándola de nuevo entre los brazos.

Unos días después, Francesco se dirigía hacia los establos cuando oyó que su madre lo llamaba desde la salita de estar que tenía para uso propio, donde no entraba nadie sin su consentimiento.

—Entra y cierra la puerta, por favor.

El joven descubrió sorprendido la figura de su padre, de pie, apoyado sobre l el respaldo del sillón. Su madre lo aguardaba erguida, en mitad de la estancia. Le indicó con un gesto que tomara asiento y ella hizo lo propio.

—Madre, si vas a regañarme por la compra de esta nueva esclava, debes saber primero que su coste ha sido ajustado y que está muy cualificada para trabajar el campo, que es lo que estaba haciendo en la finca donde vivía —sentenció esquivando su mirada penetrante.

Desde pequeño le costaba aguantar esa mirada y se odiaba por ello, pues lo hacía sentirse débil y vulnerable.

—No es ese el motivo por el que te he llamado. Pero me alegro de que esta compra, al menos, sea rentable —aseveró con un leve reproche, impidiendo con un gesto seco que su hijo le replicase.

—Tú dirás, pues.

—Como bien sabes, tu padre ya tiene una edad y debería comenzar a pensar en ir dejando el trabajo en tus manos. Eres un hombre, y ha llegado la hora de que cojas las riendas del negocio, sientes la cabeza y formes una familia.

—Estoy muy bien así, madre, no necesito tus consejos —replicó irguiéndose.

—No es un consejo, Francesco, es una orden —sentenció alzando la mirada.

—Tu madre tiene razón, hijo mío. Tanto viaje y ese ritmo de trabajo está empezando a pasarme factura. Necesito que te centres al cien por cien en el negocio. Yo seguiré como cabeza de familia y estaré a tu lado aconsejándote siempre que me necesites. En cuanto a lo de formar una familia —prosiguió aclarándose la garganta tras un leve carraspeo—, hemos pensado que sería óptimo para el negocio que tomaras por esposa a la hija del comerciante De Luca. Tengo entendido que es una muchacha muy agraciada. He hablado con él y está encantado con la idea.

—«Óptimo para el negocio» —repitió como un eco.

Un silencio incómodo llenó la estancia. Francesco paseó la mirada de uno a otro apretando los labios. Luego se encaminó hacia la puerta sin pronunciar una palabra más. Una vez allí, apoyó la mano sobre el picaporte, dándoles la espalda, como si esperara que lo detuvieran antes de conseguir escapar.

—Dime que lo pensarás, al menos. Aunque ahora no lo creas, será bueno para ti y para toda la familia —aseguró su padre en tono conciliador.

Se dio la vuelta y los observó unos segundos antes de salir. Su mirada no auguraba un desenlace cómodo para aquella situación.

Francesco llevaba varios días inquieto. Se alteraba por cualquier nimiedad y evitaba a sus padres de manera descarada. Myrah no sabía si estaba relacionado con la llegada de Yunna y con el hecho de que pasaran juntas todo el tiempo que los quehaceres les permitían. La verdad era que tenían mucho que contarse; en cierto modo se sentían como si, de alguna forma, estuvieran más cerca de su hogar, aunque solo fuera por hablar en su lengua nativa y recordar anécdotas de Samarcanda y de los días felices que pasaron allí. Habían decidido de mutuo acuerdo no volver a revivir su cautiverio ni las penurias sufridas durante ese periodo. Querían olvidar.

Myrah se fue a dormir antes que de costumbre. Sentía malestar general y mucho cansancio. Francesco se quedó leyendo unos

documentos con la promesa de seguirla en breve. De pronto, se sobresaltó al oírla gritar pidiendo auxilio. Se levantó de inmediato para ver qué ocurría. La estampa lo sobrecogió. Myrah se retorcía gimiendo y volteándose de un lado a otro de la cama. Al acercar la lámpara de aceite, vio que las lágrimas habían empapado la almohada. Se debatía en sueños, y no era la primera vez que le sucedía, pero nunca con esa intensidad. La sacudió con cuidado para despertarla y dio un respingo al ver que ella se incorporaba, como si alguien hubiese accionado un resorte.

—¡Tariq! —gritó con un desgarro en la voz.

Entonces abrió los ojos y se encontró con los de Francesco, que la miraba confuso.

—¿Tariq? —interrogó con recelo.

—Era un buen amigo de mi infancia —confesó aún perdida entre las brumas de la pesadilla.

—Debió ser algo más que un amigo, a juzgar por la intensidad con la que lo llamabas.

Myrah volvió a recostarse sin responderle, pero dándole las gracias por haberla rescatado de aquel horrible sueño.

—De nada. Descansa. Mañana saldremos a dar un paseo a caballo —concluyó besándole la frente.

Sentía cierto remordimiento por el abandono de los últimos días, ya que había estado más pendiente del trabajo, y también por la última conversación con sus padres respecto a su futuro, de la que no la había hecho partícipe todavía. No hallaba el valor necesario para ello.

A la mañana siguiente, Myrah seguía con malestar, y no se vio con ánimos de salir. Francesco, al ver su estado, mandó llamar a Yunna para que le hiciese compañía. No quería dejarla sola. Cuando esta entró en la vivienda, la halló en penumbra, tumbada en la cama. Acudió en cuanto pudo librarse del trabajo. Estaba preocupada por su amiga; quedarse encerrada no era propio de ella. Pensó entonces en los rumores que había oído días atrás entre las trabajadoras de la casa grande sobre Francesco. ¿Y si eran verdad y ese era el motivo del malestar de Myrah?

—Yunna —susurró Myrah con alivio al verla entrar—, creo que estoy enferma o que algo me ha sentado fatal. No tendrás alguna de tus hierbas milagrosas, ¿verdad?

La muchacha la hizo tenderse en la cama del todo y le palpó el vientre con sumo cuidado. Sin poder evitarlo, Myrah se retorció en una convulsión, vomitando lo poco que le quedaba en el estómago.

—Lo siento, no puedo parar, llevo así varios días, y va a más —

confesó casi sin fuerzas.
—Tranquila, no pasa nada —dijo al tiempo que se levantaba para ir a buscar algo con lo que limpiar sus ropas y las sábanas—. Intenta descansar. Voy a buscarte algo que te aliviará.
Myrah asintió cerrando los ojos agradecida.
Minutos después volvía con una infusión en las manos.
—Bébetela despacio, a sorbos. Te prepararé más y vendré cada día a traértela. Al menos durante unas semanas —comentó mirándola de forma pícara.
—¿Qué estás queriendo decirme con esa sonrisa burlona? —preguntó intuyendo su respuesta.
—Cada embarazo es diferente, Myrah. Este parece que va a dar guerra. Según relataba mi madre, en el pueblo de donde ella provenía eso significaba que el bebé que estaba en camino iba a ser alguien importante que destacaría sobre los demás.
—¡Estoy embarazada! —exclamó aliviada—. No estoy enferma. He de confesarte que estaba aterrada. Ya sabes cómo me trata la madre de Francesco. A veces creo que quiere eliminarme de alguna forma.
—¡Qué exagerada eres! —dijo sonriendo—. Es dura, pero no me la imagino envenenándote, la verdad.
—¿Qué dirá Francesco cuando lo sepa? ¡Y sus padres! Estoy asustada. No les hará gracia, de eso estoy segura.
—Francesco estará encantado, lo sé —aseguró eludiendo la segunda pregunta—. Ahora duerme, esto te ayudará a relajarte. Me quedaré un rato contigo.
Myrah asintió, recostándose de nuevo. «Embarazada», pensó sin saber aún qué sentir al respecto. Los recuerdos del primer embarazo, con la ilusión de Mehmet por ser padre y la pérdida después de su muerte, la angustiaban. Pero, por otra parte, la posibilidad de tener un hijo, sangre de su sangre, la ilusionaba. Tenía que hablar con él cuanto antes, aunque le parecía que últimamente la había estado evitando. La incertidumbre de no saber cómo reaccionaría le producía desazón.
Cuando Francesco entró en la casa ya bien entrada la noche, Myrah lo estaba aguardando en la sala de estar.
—¡Me has asustado, sentada aquí casi a oscuras! —exclamó enarcando las cejas al verla recostada en el sillón.
—Te estaba esperando, no quería dormirme antes de verte. Tenemos que hablar.
Él se puso tenso. «¿Se habrá enterado? ¿O tal vez me dirá que está enferma?», se preguntó preocupado al ver su palidez. Se sentó junto a ella y la miró por fin fijamente.

—¿De qué quieres hablar?

—Estoy embarazada —dijo sin eludir sus ojos, leyendo en su rostro primero sorpresa y más tarde contrariedad mal disimulada.

—¿Embarazada? ¿Estás segura? —insistió incrédulo.

—Completamente. Nacerá en primavera, según Yunna —comentó pensando que no era esa la primera reacción que esperaba de él.

Francesco se mantuvo en silencio, con el semblante serio. Después se levantó y comenzó a dar pasos de un extremo a otro de la estancia. Al final se plantó delante de ella.

—No es un buen momento para que tengamos un hijo. Mis padres me están presionando mucho y precisamente están organizando…

—No me importa lo que piensen ellos, sino lo que quieras tú —interrumpió dolida.

—Aigie, tienes que entender que mi familia es importante. Es respetada y admirada. Ya sé que mi madre puede parecer insensible a veces y que mi padre quiere llevar siempre la voz cantante, pero son mis padres y les debo todo lo que poseo.

—¿Incluida yo? —musitó apenada.

—Hablaré con ellos —dijo sin responder a la pregunta—. Ahora voy a acostarme, estoy rendido —añadió dirigiéndose al dormitorio.

Antes de cerrar la puerta tras él, oyó la pregunta:

—Francesco, ¿qué es lo que están organizando? —quiso saber Myrah al recordar de pronto la frase anterior interrumpida.

Francesco esquivó los ojos de Myrah al responder:

—Mi boda.

El elevado tono de voz obligaba a escuchar lo que en teoría debía quedarse entre las cuatro paredes del despacho.

—¡Lo que faltaba! Ahora vas y dejas preñada a la esclava. Seguro que lo ha hecho a propósito al saber que ibas a casarte. ¿Cómo se lo tomará tu futura mujer? ¿Qué crees que pensarán sus padres al respecto? —espetó su madre.

—Mujer, no hables así. Al fin y al cabo, aunque sea una esclava, es un Rinaldi el que ha de venir al mundo, llevará nuestra sangre —corrigió Lorenzo.

—Sí, mezclada con otras muchas de no sabemos dónde —increpó encendida.

—Lo tendrá, está decidida —repuso Francesco.

El señor Rinaldi miró a su hijo y después a su mujer. Nunca había entendido por qué la relación entre ambos era tan tormentosa. Curiosamente, con su otro hijo, que había llegado años después como una bendición, era bien distinta. Una vez más, habló como cabeza de familia:

—Basta de discusiones. Hay que organizar una salida honrosa para esta situación. Francesco, la muchacha ha de irse de esta casa y de tu vida. Tienes que comenzar una nueva con tu esposa, que será la madre de tus hijos legítimos. —Levantó la mano para acallar la réplica de su hijo—. Por otro lado, lo que lleva en sus entrañas también forma parte de nuestra familia, nos guste o no, así que la mejor solución es buscarle un marido adecuado a su rango, darle una pequeña dote para convencerlo y proporcionarles una vivienda donde pueda crecer tu hijo sin que sepa que su madre era una esclava hasta antes de que naciera. Yo me comprometo a costear y seguir su educación de cerca y a hacer de él un buen hombre que pueda ganarse la vida.

—¿Y si es una niña? ¿Qué planes tendrás para ella? —inquirió su mujer.

Al no obtener respuesta, Francesco intervino:

—Buena idea, padre. Si lo he entendido bien, pretendes que ella renuncie a su hijo para que sea un Rinaldi, pero de segunda categoría —resumió sarcástico.

—No es malo para ella. Recuperará su libertad, y su situación al casarse será honrosa.

Francesco lo miró impotente. Luego fijó los ojos en su madre, que permanecía con el rostro severo sin mostrar la más mínima sensibilidad.

—De acuerdo, hablaré con ella —concluyó Francesco vencido.

Se dirigió a la puerta con los hombros caídos. «Tengo que encontrar las fuerzas para hacerlo, no hay otro camino», se convenció.

Myrah no podía apartar los ojos de la ventana. Comenzaba a intuirse el final del verano. Los días se acortaban, regalando horas a las noches que refrescaban el ambiente. Por muchas veces que los hubiera observado, le seguían fascinando los atardeceres en la Toscana, cuando la luz caía sobre la tierra alargando la sombra de los cipreses y conseguía que todo cobrara un aspecto mágico. Sentía la mirada de Francesco clavada en la nuca. Por fin respiró hondo y se volvió para enfrentarse a él.

—¿Me estás diciendo que pretendéis quedaros con mi hijo cuando nazca? —inquirió con voz pausada y los ojos entornados.

—Tú sola no podrás sacarlo adelante. Mis padres te ofrecen la libertad, una vivienda en el campo y un marido para que puedas vivir de forma respetable.

—¡Qué suerte, un marido! Un poco tarde para que os preocupéis por mi honra, ¿no crees? —explotó al no poder contenerse más.

—Es la mejor solución para todos —insistió desviando la mirada—. Mi padre se ha comprometido a costear su educación como si fuera un Rinaldi. Incluso dice que la supervisará personalmente.

—Como si fuera… ¡Es que es un Rinaldi! ¿Y tú, qué harás tú por él?

Durante unos segundos, solo se oyó la ligera brisa del exterior acariciando las ramas de los árboles cercanos. Francesco se movía inquieto por la habitación, como un animal acorralado.

—Como sabes, me caso en unos meses. Me deberé a mi esposa y a los hijos legítimos que me dé —dijo interrumpiendo su argumento al sentir el peso de su mirada—. Intentaré saber de él, te lo prometo.

—Tus promesas se las lleva el viento, como la arena del desierto.

—Dime al menos que lo pensarás —pidió con voz cansada.

El incómodo silencio cayó sobre ellos dejando oír su respiración agitada. Francesco se retiró hacia la salida, odiándose por no tener las fuerzas necesarias para luchar por lo que en realidad quería. La había amado de verdad, más que a ninguna otra mujer, pero iba a alejarla de él para siempre. Hubiera deseado mantener esa relación una vez casado. Conocía a muchos hombres de su círculo que lo hacían.

Myrah siguió observando al hombre que salía de la casa y de su vida al mismo tiempo. La decepción, aun esperada, había sido dolorosa. Supo, desde el primer momento en que pisaron el hogar familiar, que él no tendría carácter para enfrentarse a los deseos de sus padres si algún día le hacían escoger. Y ese día había llegado. Le sorprendía la frialdad con la que él había expuesto la situación, tan distante, tan diferente del hombre que durante tantas noches había compartido cama y sueños con ella. No lo reconocía. Suspiró. Como decía su querido padre, dentro de cada persona hay muchas diferentes. Ya había visto varias de Francesco, y la mayoría no le habían gustado. Tenía que pensar y tomar una decisión. Deseaba con toda su alma a la criatura que se estaba formando en su vientre. Ya había perdido a su primer hijo en circunstancias horribles. No se veía con fuerzas para renunciar a un segundo. Esa vez no. Pero tampoco podía engañarse. Sabía que Francesco tenía razón al decir que ella sola no podría sacarlo adelante. ¿Qué opciones tenía? ¿Qué vida podría ofrecerle? Ser hijo de una esclava. Miseria, hambre. Sin futuro.

La noche había sido larga. No pudo conciliar el sueño en ningún momento, estudiando los pros y contras de cada posibilidad. Se levantó al alba y, una vez aseada y vestida, salió de la casa. Miró al cielo, agradeciendo al sol que su luz le permitiese disfrutar de ese azul tan inmaculado. Había tomado una decisión. Sin más demora, se encaminó hacia la casa principal y pidió ser recibida por los señores Rinaldi.

—¡Adelante! —oyó que ordenaban desde el interior de la sala.

—Buenos días. Supongo que imaginan el motivo de mi presencia —dijo intentando que su voz pareciese firme.

—Nuestro hijo no está en casa ahora. Si lo prefieres, podemos hablar de tu situación cuando esté presente —propuso el señor en tono conciliador.

—¿Con qué propósito? Todos sabemos que él no tomará una decisión por sí mismo —contestó la muchacha hiriente.

—¿Has pensado en la propuesta que estamos dispuestos a ofrecerte? —preguntó la madre, mirándola con dureza al sentirse aludida.

—No he hecho nada más durante todas las horas transcurridas entre el anochecer y el amanecer. Renunciar a un hijo es el sacrificio más duro que puede pedírsele a una madre, aun siendo una esclava. Ustedes lo han hecho. Pero, como bien me dio a entender su hijo, no tengo más opción. Por el bien de la criatura, y solo por ella, estoy

dispuesta a hacerlo.

Los señores Rinaldi se miraron aliviados hasta que Myrah siguió hablando:

—Pero voy a poner dos condiciones. La primera, que mi hermana Yunna venga conmigo a donde sea que me envíen y que también le otorguen la carta de libertad. Y segunda, aun aceptando no desvelar que soy su madre, quiero estar cerca de él, como mínimo hasta que cumpla los ocho años. Después, si es lo que debo hacer, me alejaré de su lado para siempre.

Transcurrieron unos segundos que a Myrah le parecieron horas hasta que el señor, tras un asentimiento casi imperceptible de su mujer, rompió el silencio:

—De acuerdo. Te trasladarás a una pequeña propiedad que tenemos no muy lejos de aquí, en el campo, a un día de camino. Cuando se disponga, te casarás y así podrán mantenerte. Me ha dicho Francesco que no eres católica. Por supuesto, deberás recibir los sacramentos antes para que puedas contraer matrimonio por la Iglesia.

Myrah asintió. Después lanzó una última y larga mirada a ambos, se irguió y salió de la estancia con toda la dignidad que sus piernas temblorosas le permitieron. Se dirigió a su habitación, dispuesta a recoger sus objetos personales para abandonar la casa para siempre. Una vez allí, se tumbó en la cama y dio rienda suelta a toda la rabia y la pena que la corroía. Cuando sintió que ya no le quedaban más lágrimas, se levantó para mirar de nuevo por la ventana. Alzó los ojos al cielo y juró decidida:

—Padre, por la sangre timúrida que corre por mis venas, por la memoria y la gloria de nuestros antepasados, por el amor que te profeso, te aseguro que mi hijo, tu nieto, recibirá todas las enseñanzas que me diste. Le transmitiré toda tu sabiduría. Y estarás orgulloso de él. Lo juro.

57

Myrah contempló con cierta nostalgia el hogar de los Rinaldi antes de subir a la carreta que iba a conducirlas, a Yunna y a ella, hasta la granja donde vivirían. En ella llevaba las pocas pertenencias que había acumulado desde que llegara a Génova. Francesco había desaparecido el día anterior debido a un trabajo que requería su presencia urgente en Florencia, según le dejó escrito en una carta. «¡Qué fácil es despedirse con unas líneas!», pensó. Era improbable que volviera a verlo. No había sido capaz de estar presente en el momento de su marcha. Una decepción más. Yunna la ayudó a subir. Esta sabía lo que pasaba por la mente de su amiga y la miró compasiva.

—No sufras por mí, ya se me pasará —dijo al ver pena en sus ojos.

Llevaban un rato de marcha a través del camino empedrado cuando oyeron un grito y el ruido inconfundible de cascos de caballo a sus espaldas. Ambas se giraron para ver qué ocurría. Al acercarse a su posición, Myrah reconoció el rostro juvenil de Andrea, que agitaba el brazo para que se detuvieran. El animal resopló al situarse junto a ellas, una vez el carretero dio la orden al caballo que tiraba de la carreta.

—¡Aigie, te has ido sin despedirte! —reprobó descabalgando.

—No era prudente recorrer las estancias de la casa y los rincones del jardín para buscarte —contestó bromeando.

Andrea la cogió de las manos y la miró con franqueza.

—Siento mucho lo que ha pasado. Mi familia puede ser muy difícil a veces, lo sé por experiencia. Y Francesco…, te lo advertí el día que te conocí, ¿recuerdas? ¡Es un cobarde! —recalcó con énfasis—. Nunca ha tenido lo que hace falta para enfrentarse a mis padres.

—No te preocupes, Andrea, estaremos bien —aseguró, tocándose el vientre con una sonrisa al ver la expresión airada del chico.

—Iré a visitaros, si te parece bien. Y cuando nazca el bebé, os ayudaré a protegerlo, hasta de mi propia familia —prometió con solemnidad.

—Gracias por haberme apoyado desde el principio, has sido como un soplo de aire fresco. No permitas que te cambien —dijo posando sus labios en la frente del chico, que se sonrojó al sentir el roce—. Serás bienvenido siempre que quieras.

Una vez se despidieron, retomaron el camino. Pasaron junto a un

río, donde crecían los mimbres, y al atardecer divisaron un molino de aceite. Al poco, se detuvieron a la entrada de una pequeña casa. Habían llegado a su nuevo hogar. Yunna no dejaba de sonreír. Para ella, haber obtenido la libertad y poder vivir junto a su amiga en un lugar donde nadie les diera órdenes ni las golpeara era un sueño. Por duro que fuese el trabajo del campo, bienvenido sería poder hacerlo allí.

La casa de piedra tenía un par de edificaciones menores adjuntas. A simple vista, se notaba que necesitaba algunas reparaciones. Para ello, el señor Rinaldi había dispuesto que uno de sus trabajadores se encargara los próximos días. El jardín que la rodeaba estaba descuidado, pero era amplio y lo cercaba un murete de piedra. En uno de los extremos destacaba un pozo. Yunna miró a su alrededor y suspiró. Por el contrario, Myrah, por una vez, no prestaba atención al entorno. Estaba inmersa en sus pensamientos.

Esa noche, una vez acomodadas, se sentaron a charlar en los escalones que se habían construido para acceder a la casa.

—No hace falta que disimules tu entusiasmo ante este cambio de situación. Te conozco muy bien —dijo empujándola levemente hombro contra hombro.

—Soy egoísta, lo sé. Estás pasando un trago amargo y yo… El hombre al que amas te ha dejado y estás esperando un bebé al que no podrás tratar como a un hijo. Después de todo lo que has pasado…

—El hombre al que amo… Creo que nunca fue amor, sino una relación que empezó mal y fue a mejor conforme pasaba el tiempo. Supongo que me engañé para intentar olvidar. No tenía ningún futuro, pero quizá debía ocurrir para que él viniera —añadió bajando el rostro hasta su vientre.

—Él o ella… —remarcó Yunna, apretando su mano con fuerza.

—Sé con certeza que es un niño. Lo noto. Y te aseguro que me las arreglaré para estar presente en su vida y para dejarle mi legado.

Yunna asintió. Estaba convencida de que lo conseguiría.

—¿Sabes con quién soñé de nuevo la otra noche? —prosiguió de modo más alegre, al sentir que a ambas las invadía la melancolía.

—¿Con tu padre, tal vez?

—Con Tariq. ¿Lo recuerdas? El chico con el que solía escaparme de palacio para hacer travesuras, te he hablado de él alguna vez.

—Lo recuerdo, y también que su última aventura casi le cuesta la vida.

—Pero logró escapar —afirmó emocionada al recordarlo—. Yo lo

ayude a escapar. Nunca te lo he confesado, pero ese día fue muy especial. Entramos en el interior del mausoleo de Tamerlán y cuando Tariq empezó a trepar para salir, oímos voces fuera. Nos quedamos inmóviles hasta que se fueron apagando. Pasé mucho miedo. Nos sentamos esperando a que se alejaran y, sin darnos cuenta, entrelazamos nuestras manos. Él me dio fuerzas y me transmitió calma, yo estaba paralizada.

—¡Qué locura! Si llegan a descubriros…

—Teníamos una conexión especial, ¿sabes? Esa última noche, antes de que la guardia cayera sobre él y yo trepara a mi habitación, estuvimos hablando largo rato y al final nos besamos. Fue mi primer beso. No puedo olvidarlo.

—¡Pues sí que lo llevabas en secreto! Una princesa y un muchacho de clase humilde —bromeó sonriendo—. Ahora entiendo por qué lo cogieron desprevenido y por qué mintió al confesar que había ido a robar. Y también el motivo por el que arriesgaste tanto para salvarlo de la horca.

—La princesa se convirtió en una esclava, y él…, ni siquiera sé si sigue con vida. Éramos muy jóvenes, yo tenía apenas catorce años, pero te aseguro que sentí algo muy especial con él, algo que no sentí después con Mehmet, ni desde luego con Francesco.

—Dicen que el primer amor nunca se olvida. Los sueños son eso, sueños. No les busques explicación. Y hablando de eso, me muero por una cama. Estoy agotada, y mañana tenemos mucho trabajo —dijo bostezando antes de ponerle una mano en el hombro y tenderle la otra para ayudarla a levantarse.

Había comenzado ya el frío mes de febrero y la escarcha cubría los campos al amanecer. Un día llegó un hombre joven que se presentó como Marcello de Luca y que dijo traer una carta de parte del señor Rinaldi. Yunna abrió la puerta y le hizo un gesto para que accediera al interior. La sala de estar y la cocina se mantenían calientes gracias a la gran chimenea que había en una de sus esquinas.

—Adelante, acérquese al fuego. Hace mucho frío ahí fuera.

—Gracias, muy amable —respondió mirándola detenidamente.

Yunna se sonrojó al sentir aquellos ojos que estudiaban su cuerpo; aunque menudo, desprendía una sensualidad involuntaria.

—Supongo que es a Aigie, mi amiga, a quien debe entregarle esta carta, si viene de la familia Rinaldi —dijo observándolo de soslayo.

Era un hombre bastante apuesto y corpulento. Su rostro reflejaba timidez, y parecía algo incómodo ante la presencia femenina. Para su

sorpresa, le pareció leer decepción en sus ojos al oír sus palabras.

—¿No eres Aigie?

—Aigie soy yo —oyó a sus espaldas.

El hombre se volvió de inmediato y se acercó a ella.

—Creo que esperaba esta carta desde hace tiempo —dijo él mirándole su abultado vientre.

Myrah asintió, tomó el papel entre las manos y rasgó el sello de inmediato para leer lo que contenía. Sus ojos repasaron con rapidez el texto. Después observó al hombre que aguardaba de pie frente a ella, que seguía con los ojos fijos en su calzado. Miró a su futuro marido con aire resignado.

—Tal como se me indica, la boda está prevista para el próximo mes de junio, después del nacimiento de mi hijo y de mi bautismo. Veo que han pensado hasta en mi nombre, Isabella. Nada que me extrañe a estas alturas —repuso, pero añadió al observar la incomodidad del hombre—: Si lo desea, puede venir a visitarnos cuando guste. Así podremos conocernos mejor antes de…

—Me parece una buena idea —interrumpió levantando por fin una mirada franca—. Bien, ahora he de regresar antes de que empiece a llover y los caminos se vuelvan intransitables —dijo tomando su capa y dirigiéndose hacia la salida.

Antes de desaparecer, volvió la cabeza y, mirando a Yunna, añadió:

—Perdone, no me ha dicho su nombre.

—Yunna —respondió, bajando la cabeza.

—Hasta pronto pues…, Yunna.

Myrah buscó los ojos de Yunna, que tenían un brillo especial. En su rostro permanecía una dulce sonrisa.

—¿Me lo parece a mí, o aquí acaba de pasar algo entre ese hombre y tú? —comentó cómplice.

—¿Qué quieres que haya pasado en tan poco tiempo? —se azoró, acercándose hasta el hogar para atizar el fuego.

—He visto cómo te miraba y cómo te sonrojabas al darte cuenta —concluyó con una mirada pícara.

—Es un hombre de buena planta, y parece agradable.

—Pues, sinceramente, a mí no me hace ninguna ilusión tenerlo como marido. No me veo aquí trabajando el campo y dándole hijos. Nada más lejos de mis aspiraciones, que pasan por un futuro muy distante de aquí.

—Creí que habías renunciado a la idea de volver a Samarcanda algún día —comentó preocupada—. Allí solo encontrarás una muerte segura o algo peor. Recuerda quién gobierna el país.

—No tengo derecho a renunciar a eso. Es mi deber y mi destino. Ya

me he engañado durante demasiado tiempo. Quiero tener libertad para regresar cuando se me presente la ocasión. Estoy convencida de que llegará algún día. Un marido será entonces un lastre —dijo con fastidio ante la mirada sorprendida de Yunna.

Marcello se tomó la invitación de las visitas muy en serio. Solo habían transcurrido unos días cuando volvió a aparecer por la casa. Y, después, cada semana se presentaba allí, una vez con víveres, otra con algunas semillas. Myrah se reafirmó en su primera sensación a cada hora que convivía con ellas: se habían enamorado. Él seguía embobado con la mirada cada movimiento que Yunna hacía por la casa, y esta seguía ruborizándose cada vez que se dirigía a ella. Myrah tenía la sensación de que sobraba, razón por la que a veces aprovechaba para retirarse a descansar y dejarlos solos. En uno de esos descansos, una idea comenzó a tomar forma en su mente, y fue madurándola poco a poco hasta tenerla definida. Entonces esperó la ocasión para planteársela a Yunna.

Caía la tarde, y los tonos rojizos comenzaban a teñir el cielo con trazos naranjas y dorados. Myrah salió al pequeño porche que habían construido junto a la fachada, como solía hacer a esas horas.

—Yunna, ven conmigo aquí fuera. No te pierdas este espectáculo. Parece que hayan pintado el paisaje.

Esta se acercó y se sentó junto a ella con gesto cansado. Llevaba unos días un poco alicaída.

—Hum… se me ha ocurrido la idea perfecta para solucionar el problema —comentó observando a su amiga con una expresión triunfal.

Yunna la miró sin comprender.

—¿Qué problema? —preguntó dubitativa.

—Sabes a qué me refiero. No estoy ciega, ¿eh?

Yunna se tapó la cara con las manos, negando con la cabeza.

—¡Lo siento tanto! He intentado evitarlo, te lo prometo.

—¿Por qué te disculpas? Lo que se me ha ocurrido nos beneficiará a todos.

—Eso es imposible —aseveró cubriendo de nuevo el rostro con las manos para estallar en sollozos.

Cuando pocos días después Myrah vio acercarse por el camino al señor De Luca, se las apañó para mandar a Yunna a recoger unas hortalizas para la cena y lo esperó sentada en la salita. Iba a exponerle su idea, y no quería hacerlo con ella delante. Era un poco arriesgada, lo sabía. Si no había calculado bien la intensidad de los sentimientos de aquel hombre hacia su amiga, o si su lealtad hacia los Rinaldi era muy sólida, estaba perdida.

Cuando entró en la casa tras llamar con la argolla, la barrió con la mirada buscando a Yunna. Esto le dio fuerzas a Myrah para invitarlo a sentarse y comenzar a hablar. En su rostro fue leyendo primero sorpresa, luego incredulidad y, finalmente, esperanza.

No la decepcionó. Se sumó al plan con gran entusiasmo. Solo quedaba esperar y tomar ciertas medidas para que no hubiera trabas que impidieran llevarlo a cabo.

El mes de abril hizo explotar la primavera. Las flores inundaban los campos, y el verde que se perdía en el horizonte contrastaba con los cielos inmaculados de un azul luminoso que llenaba el aire de fragancias. Myrah ya se sentía muy pesada. El bebé había crecido hasta formar un gran bulto en su vientre. Se cansaba al caminar por el jardín, y el diámetro de sus tobillos habían doblado su tamaño habitual. El señor Rinaldi había enviado semanas atrás a un doctor para que la examinara. Según sus cálculos, que coincidían con los de Yunna —de los que se fiaba más—, la criatura nacería a mediados de mes. Myrah aún abrigaba la esperanza de que se adelantara y naciera el mismo día de su decimonoveno cumpleaños, el seis. Todo estaba planeado, y aunque ella había insistido en que con la ayuda de Yunna tenía suficiente, ellos habían decidido enviarle a una comadrona para conducir el parto.

Y llegó el día.

58

Mi pequeño Qasim, naciste según lo previsto, el 11 de abril. Fue un día muy largo. Parecía que quisieras atrasar la llegada a este mundo, como si ya intuyeras que desde ese mismo momento empezaba la cuenta atrás… Pero todo el sufrimiento de esas horas se evaporó en el instante en que te pusieron en mi regazo. Era un sentimiento nuevo y desconocido para mí, un amor puro, incondicional, un deseo de protección ante cualquier mal que pudiera acecharte en el futuro. Y, a la vez, una sensación de paz y plenitud.

El relato sobre mi pasado llega a su fin, hijo mío, pero tal como te prometí, te lo repetiré cuantas veces haga falta hasta que se abra paso en tu memoria.

A partir de ahora viviremos el presente sin saber que nos deparará el mañana. Me he propuesto escribir mi historia, que es también la tuya, y los acontecimientos de los próximos años, los que disfrutemos juntos y también los que nos obliguen a caminar por sendas diferentes, por si algún día nuestros destinos volvieran a cruzarse y desearas saber de mí. Estás llamado a destacar entre los hombres. Recuerda que lo he visto escrito en las estrellas, y ellas nunca mienten.

El señor Rinaldi, tu abuelo, hizo redactar al notario tu nacimiento. Había sido un martes, después de la puesta de sol. También organizó el bautizo al día siguiente, en la parroquia del pueblo. Fuiste bautizado con el nombre de Marco y, a pesar de ser ilegítimo, con el apellido Rinaldi. La ceremonia fue pública, con varios padrinos, entre ellos, algunos de nuestros vecinos. Por supuesto, yo no acudí.

Las primeras semanas se me hicieron muy duras. Demandabas atención constante, llorabas sin cesar, y eso me provocaba un cansancio físico y mental que me volvió irascible y me impedía disfrutar de ti. Yunna hacía todo lo posible por ayudarme, y también Marcello, que cada vez nos visitaba con mayor asiduidad, pues, a pesar de poseer su propio campo, se ocupaba de que el trabajo de la granja no quedara desatendido. Poco a poco, la situación se fue normalizando. Comenzaste a saciarte y a digerir mejor. Eso consiguió que estuvieras más calmado y, consecuentemente, que durmieras más horas. El merecido descanso hizo que cambiara mi actitud, volviéndome más receptiva a la compañía y más alegre en mis quehaceres cotidianos. Parecía que por fin había hallado algo de paz

conmigo misma, algo que, según decían, se reflejaba en mi rostro cada vez que te contemplaba.

Los tres estaban nerviosos. Habían acordado que sería una ceremonia íntima, oficiada por el párroco del pueblo. No habría más invitados que los testigos, el herrero y el carpintero, ambos amigos del novio. Yunna se quedaría en casa para hacerse cargo del bebé.

El señor De Luca aguardaba impaciente, junto al pequeño altar, la llegada de su futura esposa. Tenía la cabeza inclinada hacia abajo, observando el movimiento involuntario de su pierna. Alzó la vista al oír un murmullo y la vio entrar. La luz del mediodía la enmarcaba en la puerta como si fuera un ángel. Un tupido velo le cubría el rostro. Avanzó despacio hacia él. Al detenerse, hizo una leve genuflexión frente al párroco mostrando su respeto.

—Hija, antes de tomar los votos, debo bautizarte para que formes parte de la familia católica y puedas casarte con la bendición de Dios. ¿Es tu deseo?

—Lo es, padre —aseguró.

El hombre, de edad bastante avanzada y aspecto frágil, comenzó entonces una breve ceremonia de bautismo que finalizó mojando levemente la cabeza de la novia.

—Yo te bautizo con el nombre de Isabella, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén —dijo con una voz casi inaudible mientras hacía la señal de la cruz.

Acto seguido, se dirigió a los novios y comenzó los esponsales. Su tono apagado y la velocidad a la que pronunciaba las palabras hacía sospechar que deseaba acabar cuanto antes con la ceremonia. A una seña del párroco, que tenía los ojos fijos en sus manos temblorosas, Isabella se retiró el velo por un instante para tomar la hostia sagrada y, más tarde, lo levantó un poco para besar al que era ya su esposo. Después volvió a cubrirse para salir de la parroquia hasta llegar a su hogar.

Cuando entraron en casa, me lancé a los brazos de mi amiga. Lo habíamos conseguido. El matrimonio ya había sido oficiado, y las leyes eclesiásticas no permitían deshacerlo.

—¡Felicidades, Yunna! ¿O debo llamarte Isabella? —exclamé con entusiasmo abrazándola—. Felicidades también para ti, Marcello. ¿Crees que alguien se habrá dado cuenta?

—No creo. Todo ha salido según lo planeado. Nadie ha prestado

atención —respondió él con alivio.

—La gente solo ve lo que espera ver —aseguré.

—¿Y si los señores Rinaldi lo descubren? —preguntó inquieta Yunna.

—No te preocupes por ellos. No creo que nos hagan muchas visitas. Además, tengo entendido que Francesco contrae matrimonio a finales de año, y eso los mantendrá ocupados. Nuestro hijo no tendrá ni ocho meses… No ha esperado mucho para formar una nueva familia —dije con amargura.

—No te tortures —comentó Yunna acariciándome la mano.

—No es por mí, no espero nada de él. Es por su hijo —confesé señalándote mientras dormías plácidamente en la cuna—. Me temo que será un padre ausente y todo niño necesita uno que lo vea crecer.

—Me tendrá a mí —prometió Marcello acercándose a ti.

Tus dos primeros años se me pasaron volando entre el trabajo de la granja y tus pequeños avances, que celebrábamos como si fueran excepcionales, ya fuera gatear, mantenerte en pie o tus primeras palabras, que acabaron formando frases.

Entretanto, Yunna había dado a luz a su primera hija, para regocijo de todos, sobre todo para ti, que la consideraste desde el primer día una hermana. Llevábamos una vida modesta en el campo, apartados de todo. Una de las pocas visitas que recibíamos era la de Francesco; fiel a su palabra, se preocupaba de que nada nos faltase y siempre nos llenaba de alegría.

El día de tu cuarto cumpleaños tu tío apareció con un pequeño poni.

—¡Tío Andrea! ¿Es para mí? —preguntaste entusiasmado ante el regalo, observando al animal con fascinación mientras lo acariciabas.

Este desvió la mirada buscando mi aprobación y, al hallarla en una leve sonrisa, asintió.

—Es para ti, Marco, mi sobrino favorito, que no para de crecer —respondió enredando tu pelo en un gesto cariñoso y subiéndote a horcajadas.

—¡Gracias! —exclamaste dándole una palmadita en el lomo.

Bajo la atenta mirada de los dos, el animal comenzó a caminar, y al poco parecía que ambos formabais una sola figura. Os entendíais a la perfección.

—¿Has visto cómo monta? ¡Parece que lleva haciéndolo desde la cuna! —comentó asombrado Andrea.

—A ti quizá te sorprenda, pero a mí no. Lleva en las venas sangre

mongol. Yo comencé a montar a su edad también —confesé orgullosa.

—Eres una caja de sorpresas, Aigie —dijo mirándome con cariño—. Si te parece bien, me lo llevaré a dar un paseo.

—De acuerdo, pero os quiero de vuelta antes de que anochezca — accedí con un gesto amenazador.

A la mañana siguiente, al despertarte, me contaste entusiasmado que habías soñado que cabalgabas sobre tu poni a través de campos y montañas hasta tierras muy lejanas, donde te recibía una multitud que te saludaba con gran alegría.

Era muy estricta con tu educación, hijo. Sabía que disponía de poco tiempo para enseñarte muchas cosas. Tal como habían acordado, a partir de los ocho años tu abuelo paterno tomaría las riendas de tu escolarización. Por ese motivo, solo te permitía descansar de tus lecciones los domingos. El resto de la semana seguía a rajatabla los horarios dispuestos en una hoja de papel. La verdad es que tomabas las lecciones con agrado y no solías quejarte ante las tareas. Pero Yunna no estaba de acuerdo y me lo reprochaba de vez en cuando.

—Myrah, ¿no crees que le estás exigiendo demasiado? —me preguntó—. ¡Es solo un crío! Le iría bien jugar con otros niños.

—No se queja, le gusta estudiar. Como me ocurría a mí, siente una gran curiosidad por todo lo que le rodea. Es en realidad insaciable. Me tiene asombrada con los progresos que hace a diario. Incluso me ha dicho que quiere tocar un instrumento. No lo veo muy apurado…

—Creo que no deberíamos consentirle todo lo que pide, ni hacer caso a sus caprichos ni excentricidades. La otra noche se empeñó en que solo quería cenar verdura y fruta, y eso no es un buen ejemplo para mi hija —repuso contrariada.

—Lo sé, a mí también me lo dijo —añadí sonriendo—. Volvíamos de dar un paseo desde el molino de aceite y habíamos estado dibujando algunos animales. Me confesó que los quería tanto que no soportaba verlos en cautividad.

—Razón de más para que salga a jugar por ahí. Me parece fuera de lo corriente que se interese más a su edad por las matemáticas que por los juegos —insistió mientras peinaba a su pequeña, tal como solía hacer años atrás conmigo.

—Ahí está la cuestión. Él no es, ni será nunca, un niño corriente. Es especial, muy especial. Recuerda que lo vi…

—Escrito en las estrellas —enunció en tono cansino, acabando la frase.

—En su carta astral —afirmé convencida, visualizando lo que había

descubierto al hacerla.

Esa noche, mientras contemplaba por la ventana la enorme luna que permitía distinguir el paisaje, llevé mis recuerdos hasta mi infancia y me vi en Samarcanda, aquel primer día en que mi padre me descubrió en el terrado contemplando el firmamento. Años después, entrando por primera vez en la universidad de su mano. Por mucho que lo intentase, no dejaba de evocar esas imágenes. Pero lo que más me inquietaba era que algunas comenzaban a desdibujarse: el rostro de mi padre, los colores de mi ciudad en primavera, cuando los jardines se inundaban de fragancias que apenas recordaba. Y aun así, lo echaba de menos. Era mi tierra, y parecía llamarme, reclamando mi vuelta.

59

Tariq cabalgaba al galope sobre su magnífica yegua. Iba esquivando ramas y troncos, sin perder de vista la flecha que le indicaba el camino que debía seguir. El sudor por el esfuerzo le empapaba las ropas, y el temor que sentía por no alcanzarla le hacía azuzar al animal para acelerar el ritmo. De pronto, la vegetación se fue abriendo lo suficiente hasta descubrir un *ovoo* a escasos pasos de donde se encontraba. Se detuvo en seco. La torre de piedras, que indicaba un lugar sagrado, estaba coronada por una cinta de color carmesí anudada a una estaca. La luz del sol incidía sobre un objeto que pendía de ella, lanzando destellos que lo obligaron a entornar los ojos. Al acercarse más, descubrió asombrado que era el colgante de Myrah, regalo de su padre, del que había jurado no desprenderse nunca. Alargó el brazo y lo tomó entre las manos. Entonces, una sombra cayó sobre él y lo obligó a alzar la vista hasta descubrir una enorme águila real que lo sobrevolaba y que, sin tiempo para evitarlo, se lanzaba en picado hacia su mano, arrebatándole la joya. Después siguió trazando círculos por encima de su cabeza. Parecía que se alejaba y al poco volvía, como si examinara la situación. Al final, se posó a su lado. Tariq admiró el tamaño del animal, que se asemejaba casi al de un caballo, y sintió que el águila lo invitaba a subir sobre ella. Lo hizo, se agarró con fuerza y al momento comenzó a elevarse hasta alcanzar una altura que empequeñecía los árboles y los campos. Sentía el viento en el rostro por la velocidad a la que volaban. Sonrió recordando las veces que Myrah le había asegurado que algún día el hombre podría volar. ¡Él lo estaba haciendo, y era fantástico! Se dirigían hacia el oeste y tuvo la certeza de que al final del trayecto hallaría a Myrah, esperándole.

Cuando abrió los ojos supo que, más que un sueño, había sido una señal inequívoca de que estaba viva. Intentó dormir de nuevo, sin éxito. Con cuidado de no despertar a su amigo Soldán, salió de la tienda. La oscuridad aún dominaba el paisaje. Sentado sobre un peñasco, frente al valle que lo separaba de las montañas, sostuvo en la mano la brújula que Myrah le había regalado. La observó con intensidad, como pidiéndole ayuda, a la vez que con la otra mano

acariciaba la suave textura de la tela con la que había sido cuidadosamente envuelta. La acercó a su rostro y aspiró con empeño, cerrando los ojos para sentir su presencia.

Aquel lejano día que huyó de Samarcanda tuvo la certeza de que jamás volvería a verla ni a oír su franca risa, ni sus disertaciones sobre cualquier materia que estudiaba en la universidad y que él oía sin escuchar, con el único propósito de estar a su lado y contemplarla a placer. Aquellos enormes ojos verde esmeralda con chispas de fuego que podían desnudar el alma lo perseguían cada vez que cerraba los suyos para intentar conciliar el sueño.

El duro invierno se había adelantado, irrumpiendo con toda su crudeza en las montañas. Soldán le había rogado a su amigo que lo acompañara en su última salida, para proveerse de pieles y alimentos antes de resguardarse en el poblado y pasar allí la estación de las nieves. Estaba preocupado por él, ya que cada vez con más asiduidad se quedaba absorto mirando al más allá, ajeno a todo lo que ocurría a su alrededor. Qoji, con la que había compartido yurta el último año, había acabado por abandonar su lecho, convencida de que no se quedaba encinta debido a las pesadillas que lo perturbaban durante las noches, y que probablemente conllevarían algún tipo de maldición. Por eso Soldán había decidido que un cambio de aires le iría bien. Durante unas semanas, se desprendería de las ropas de guerrero y se convertiría en cazador, solo pendiente de cualquier sonido o movimiento que delatase la presencia de alguna presa. Pero el plan se había torcido porque el invierno tuvo prisa por atraparlos y los enviaba a casa antes de lo previsto.

En las horas de luz, cuando se desplazaban sigilosos y atentos, con la tensión propia del cazador, Tariq dejaba atrás sus ensoñaciones y volvía a ser el de antes. Pero, en cuanto descendía el sol, parecía caer con él para perderse en las sombras que inundaban la noche. Observó a su alrededor con nostalgia. Las cúpulas azules de su ciudad, sus calles, plazas, bazares y gentes, quedaban muy al sur de donde se encontraba. Y aun estando agradecido a Soldán por haberlo llevado a su poblado, por enseñarle a sobrevivir en las montañas y hacer de él un auténtico guerrero, no podía dejar de sentir añoranza. Muy de tanto en tanto, llegaba alguna noticia de allí. Desde que Abdal mandara matar a Myrah y al séquito que la acompañaba, y asesinara a su padre, se había erigido como khan, haciéndose coronar en una pomposa ceremonia. Después de la destrucción que había llevado a cabo, Samarcanda se había sumido en las tinieblas. La población, atemorizada ante los soldados que patrullaban las calles, cumplía el toque de queda, y nadie osaba rebelarse contra el tirano. También

habían oído una historia en la que se relataba que un grupo de extranjeros, apoyados por algunos valientes fieles a Ulugh Beg, habían conseguido secuestrar a Abdal y arrastrarlo hasta las afueras de la ciudad, pero, por desgracia, su ejército los atrapó y les infligieron el final más horrible para ellos. Desde aquel episodio, cierto o no, la protección del khan era absoluta, lo que había hecho renunciar a cualquier intento de golpe de Estado.

El sol comenzó a desperezarse tras las montañas, tiñendo el cielo de naranja y amarillo a su alrededor y dejando entrever una mancha azul semioculta entre las nubes. Tariq echó un último vistazo a las cumbres antes de volver a la yurta que habían montado para protegerse de las heladas nocturnas. Soldán ya estaba despierto cuando accedió al interior de la tienda.

—Toma, un poco de leche te irá bien para entrar en calor. Te he dejado algo de comida en el fuego.

—Gracias, he estado demasiado tiempo fuera contemplando el paisaje y pensando —confesó mientras tomaba el cuenco entre las manos para apurarlo con fruición.

—Tariq, solo son sueños… No vas a abandonar tu nueva vida, tu hogar, por un simple sueño —dijo adivinando la causa de su desvelo.

—¡Está viva! Era tan real… Estoy seguro de que es un presagio. Ella me está llamando. ¿No lo entiendes? Necesita mi ayuda.

—Solemos confundir los deseos con la realidad, eso es lo que entiendo, amigo. Come, nos espera una dura jornada.

El silencio se impuso entre ellos hasta que oyeron voces en el exterior. Ambos se levantaron alertados. Podían ser enemigos, ladrones de pieles, tal vez. «Nos han cogido desprevenidos», se inquietó Tariq buscando su arma, hasta que oyeron sus nombres en boca de uno de ellos. Entonces salieron de la tienda precipitadamente.

—¿Qué ocurre? —preguntó Tariq con preocupación al ver la seriedad en sus rostros.

—Los vigías han detectado una horda de guerreros que se dirigen a nuestro pueblo. Hemos venido a buscaros. Hay que organizar la lucha antes de que caigan sobre nosotros. Ha sido una suerte que ya hubierais comenzado el regreso.

—No perdamos más tiempo hablando, pues. Nuestra gente está en peligro —dijo Tariq mientras entraba en la tienda para recoger sus pertenencias y desmontarla tan presto como fueron capaces.

Poco después emprendieron la marcha a toda la velocidad que les permitía el terreno escabroso donde se encontraban. Tariq supo que sus planes de ir hacia el oeste en busca de Myrah, decididos la noche anterior, tendrían que posponerse. Debía la vida a Soldán y su pueblo,

no podía plantearse abandonarlos hasta que su seguridad no fuera completa.

No pararon a descansar ni un momento hasta que la noche hizo imposible seguir avanzando sin peligro. Al primer indicio del amanecer, reiniciaron la marcha y continuaron sin tregua hasta alcanzar el poblado. La actividad en él era frenética. Al verlos llegar y reconocer a Tariq, todos fueron a su encuentro.

—¡Gracias a Alá que habéis llegado a tiempo! —exclamó uno de sus capitanes.

—Dadme toda la información que tengáis sobre el destacamento: cuántos son, a qué distancia están, armas… —pidió desmontando y dirigiendo sus pasos hacia la gran yurta donde estaban reunidos los demás jefes.

—Están a un día de camino, si siguen la marcha de los dos últimos.

—Son bastantes, pero podremos con ellos —añadió otro con determinación.

—Eso no me sirve. Para vencerlos, hay que saber a quién nos enfrentamos. ¿Algún estandarte, bandera, colores dominantes en las monturas?

En ese momento entró un joven que se detuvo tímidamente al ver al grupo de hombres rodeando una piel con el mapa de la zona dibujado con toda precisión.

—Tariq, este es el vigía que los descubrió.

—Acércate, necesito que me des detalles de todo lo que puedas recordar. Por insignificante que te parezca, todo ayuda.

—Sí, señor. Es un grupo numeroso. Unos cuatrocientos hombres. Van armados con espadas, hachas y arcos a sus espaldas. Llevan una avanzadilla que estudia el terreno y les sirve de guía. Buenos caballos. No he distinguido ninguna bandera, aunque me ha parecido reconocer el escudo timúrida. Sospecho que la mayoría son mercenarios sin tierra por la que luchar.

—¿Cuál es tu nombre, muchacho?

—Me llaman Halcón, porque mi vista es tan precisa como la suya —expuso orgulloso—, pero mi nombre es Jamuk.

—Bien, Jamuk, has hecho una gran exposición. Te acabas de ganar el puesto.

—¿Qué puesto, señor?

—Serás mis ojos, vendrás con nosotros a la cabeza del ejército hasta que entremos en combate. Entonces, te desplegarás a retaguardia. Te nombro guía oficial.

—Es un honor, señor, cabalgar junto a vos —afirmó mirando a Tariq con admiración—, pero yo también puedo luchar, no tengo

miedo.

—Estoy convencido de ello, Jamuk. Pero un don como el tuyo no puede perderse en una batalla.

El joven asintió y salió de la yurta tras inclinarse levemente ante los otros guerreros. Volvieron a centrarse en el mapa y Tariq, después de consensuar el plan con sus capitanes, repartió órdenes a medida que salían de la tienda para organizar la partida e iniciar la defensa del poblado. Para lograrlo, dividieron las fuerzas. Unos trescientos hombres marcharían al encuentro del adversario y otros cincuenta permanecerían apostados alrededor de la aldea, cubriendo todos los flancos. Al salir al exterior, la multitud los aguardaba. Tariq echó a andar decidido. Después se subió a una roca situada en el centro y se dirigió a ellos:

—Compañeros, amigos, nuestro pueblo está en peligro. Una horda de guerreros viene hacia nosotros con la intención de invadirnos y robarnos nuestros caballos y todo lo que poseemos. —Hizo una pausa para pasear la mirada entre los que lo rodeaban—. Pero no saben a quiénes se enfrentan. Estamos preparados. Todos y cada uno de nosotros, centinelas, pastores, mujeres y soldados, tenemos una misión: proteger y defender lo que nos pertenece, lo que nos hemos ganado trabajando duro, ¡y nadie va a arrebatárnoslo! Cuando todo un pueblo se une con un mismo objetivo, es invencible. Todos a vuestros puestos, ha llegado la hora de demostrar al invasor nuestra fuerza y determinación.

Las miradas se llenaron de orgullo hacia su general. Con él al frente, estaban dispuestos a ir donde fuera. Los gritos de apoyo y ánimo resonaron por todo el lugar. Tariq descendió y se dirigió hacia la tienda del chamán.

—Entra, Tariq, te estaba aguardando —anunció antes de que el chico hiciera ademán de acceder.

—Gran chamán —pronunció, haciendo una breve inclinación de cabeza—, nos disponemos a partir.

—Siéntate, no te retrasaré mucho, sé que estáis impacientes por luchar. Tariq, ¿recuerdas nuestro primer encuentro?

—¿Cómo podría haberlo olvidado?

—Has cumplido tu promesa, no nos has decepcionado. Has sabido reunir a todos los pequeños pueblos para formar un gran ejército y defendernos así de los invasores. Llegaste a nosotros como un muchacho y te has convertido en un hombre con un gran espíritu, querido y admirado por todos. Esta será una gran batalla, la última que lucharás con nosotros —hizo un gesto para silenciar las protestas que Tariq había iniciado—, pero no la definitiva para ti. La gran

guerra, la que visualizaste en esta misma tienda cuando aún entrabas sin agachar la cabeza, llegará más tarde. Esta primera te conducirá a la otra. Bebe conmigo, te dará la fuerza y la determinación que necesitas.

—Regresaré y te relataré la batalla mientras nos tomamos un buen caldo junto al fuego. Y entonces me explicarás lo que ahora aún no entiendo.

El chamán permaneció sentado e hizo un gesto afirmativo, dando por terminada la reunión, para volver a concentrarse en sus pensamientos con los ojos cerrados.

Al salir de allí confuso por las premoniciones del chamán, se acercó a su tienda, donde se vistió para el combate y revisó todas sus armas. Después, se dirigió al punto de encuentro a lomos de su viejo amigo Khumo, que resoplaba inquieto al intuir que no iba a ser un agradable paseo lo que le esperaba.

No había tiempo que perder. Iniciaron la marcha siendo despedidos por los hombres que se quedaban como retaguardia de defensa, por las mujeres y los niños, con arengas y exclamaciones de ánimo. Antes de que cayera la noche, se habrían enfrentado al enemigo.

60

Jamuk el Halcón divisó las líneas enemigas cuando la luz rasante del sol anunciaba el crepúsculo. Los vigías habían sido detectados una hora antes y degollados para evitar que dieran la alarma. La tensión entre los hombres que aguardaban era palpable. Los caballos, a su vez, retenidos por sus jinetes, piafaban y agitaban inquietos sus grupas. Tariq desplegó a sus hombres. El lugar era perfecto para entrar en combate: un valle abierto cuyos árboles y arbustos podían ocultar a los arqueros que habían sido dispuestos a derecha e izquierda del espacio central, más despejado. La otra facción del ejército aguardaba oculta en retaguardia para cerrar el paso al adversario en caso de huida, o para acudir a la llamada acordada como refuerzo de la primera línea. El plan de Tariq era atraerlos hacia su posición y hacerlos caer en la trampa.

Por fin fueron descubiertos por el enemigo, que con grandes gritos de guerra se lanzó hacia ellos, espoleando a sus caballos. Al frente, en primera línea de ataque, Tariq distinguió a un guerrero de figura imponente. Montaba un alazán fantástico y llevaba el rostro cubierto con una curiosa máscara. Por el modo en que se dirigía a sus compañeros de armas, era sin duda el cabecilla.

Se volvió e hizo una señal a los cetreros para que soltaran las rapaces. El mismo Gengis Khan había utilizado ese ardid en una gran batalla con buen resultado. Las inmensas águilas surcaron el aire, lanzándose en picado contra los hombres de la primera línea para luego seguir un vuelo rasante y regresar en dirección contraria hacia los brazos extendidos de sus dueños. Finalmente volvieron a la carga. Los soldados, aterrados ante ese ataque inesperado, se dispersaron desatendiendo las órdenes de su jefe, que se desgañitaba para que se reagrupasen. Esos minutos de desconcierto fueron suficientes para dar la siguiente orden. Inmediatamente, una lluvia de flechas surcó el aire y cayó sobre ellos, cogiéndolos desprevenidos. Entonces, Tariq salió a campo abierto con su grupo para enfrentarse cuerpo a cuerpo con el enemigo, ya diezmado.

A pesar de la ventaja con la que habían contado, se dio cuenta enseguida de que la victoria no sería fácil, ni la batalla breve. Delante tenían a hombres muy preparados, de los que entregaban su vida a la guerra, bien armados y organizados bajo el mando de su superior.

Tariq comprendió que, para derrotarlos, tendría que acabar primero con el enmascarado. Una flecha le pasó tan cerca de la cara que pudo oír cómo hendía el aire, y al seguir su trayectoria vio que atravesaba el cuello de uno de sus soldados.

Era el momento de que entrasen en juego los hombres que aguardaban su orden y así sorprender de nuevo al adversario. Tariq silbó con todas sus fuerzas, dando la señal al guerrero que llevaba un cuerno. Al llevárselo a la boca y soplar por él, emitió un agudo sonido que alcanzó una gran distancia, capaz de sobresalir por encima del tremendo ruido de espadas, gritos de rabia y alaridos de dolor. Instantes después aparecieron los soldados de retaguardia para abalanzarse sobre el enemigo.

Tariq se dirigió entonces al encuentro del cabecilla de los mercenarios, que luchaba con la fuerza de dos hombres, aún a lomos de su caballo, con la espada en una mano y un hacha en la otra. De camino, varios rivales se enfrentaron a él mientras reducía la distancia que los separaba. Al entrar en su campo de visión, el enmascarado lo miró de frente y se dirigió hacia él. También había intuido que ese hombre que se aproximaba a su posición y que había observado que luchaba como un gran guerrero era el jefe del ejército al que se enfrentaba. Iba a ser un digno rival. Por fin se encontraron cara a cara, armas en mano. Sin mediar palabra, el hombre de la máscara descargó toda su fuerza sobre Tariq que, rápido como un rayo, esquivó el golpe agachándose, a la vez que con su daga segaba la cincha del caballo enemigo, evitando herirlo lo menos posible. El jinete cayó a tierra con agilidad y al instante se incorporó enfurecido para enfrentarse a su adversario de nuevo, empuñando la espada. Tariq desmontó de un salto de Khumo y se plantó frente a él con la mirada encendida. Ambos se estudiaron durante unos segundos y volvió a empezar el intercambio de ataques. Tariq contaba con un magnífico sable que blandía con destreza ante el enmascarado, quien esquivaba sus golpes e intentaba alcanzarlo en cuanto bajaba la guardia. Tras un largo duelo, Tariq fue alcanzado en el brazo derecho, y aunque no fue herido de gravedad, sí lo suficiente para tener que soltar el acero. En ese momento, el rival, confiado al verlo desarmado, se abalanzó sobre él con un grito de triunfo. Cuando ya estaba a escasos centímetros, Tariq, con una velocidad inusitada, sacó de su manga una daga que clavó en el pecho de su rival con ímpetu, ante el estupor que asomó a los ojos del guerrero antes de caer.

Al ver a su jefe en tierra, abatido, los hombres que estaban a sus órdenes empezaron a replegarse. Tariq se acercó, aún desconfiado, hacia su oponente. Si algo le habían enseñado era a permanecer alerta

hasta que el adversario hubiese emitido su último aliento. El hombre aún respiraba, y aunque la herida era mortal, podía ser larga la agonía. Apartó con el pie la espada que aún aferraba su mano y se situó junto a él.

—Has luchado con valentía y destreza. Me gustaría conocer tu nombre y ver tu rostro para nombrarlo cuando relatemos la batalla.

—Ghazam —respondió con esfuerzo.

Tariq asintió y alargó el brazo para retirarle la máscara, pero, antes de alcanzarla, una mano de hierro se aferró a su muñeca, intentando impedírselo. En el pequeño forcejeo se abrió su coraza de cuero y algo brilló en la incipiente oscuridad que ya los envolvía. Entonces, como un acto reflejo, su mano se cerró sobre el objeto que pendía de su cuello. Tariq solo lo había visto un par de segundos y en penumbra, pero algo se removió en su interior. Se volvió y ordenó a uno de sus hombres que le acercara una antorcha. A la luz de esta, observó el objeto y, con gran esfuerzo, consiguió separar los dedos de Ghazam, que luchaba por evitarlo. Empezó a sentir palpitaciones en las sienes, como tambores. No podía ser. De un tirón, arrancó el colgante del cuello del moribundo y, tras darle la vuelta, lo miró con incredulidad. Entonces se volvió hacia Ghazam y, arrancándole la máscara, le espetó:

—¿Dónde lo has robado? ¿Cómo lo conseguiste?

—¿Por qué habría de contestarte? —respondió desafiándolo.

—Porque puedo hacerte interminable el tiempo que te queda de vida. O puedo abreviarte el sufrimiento. Tú eliges —amenazó Tariq, presionándole la herida.

—Lo llevaba una de mis esclavas, todo lo suyo me pertenecía. No lo robé —musitó conteniendo un quejido.

Tariq aguardó unos segundos para asimilar la información antes de volver a preguntar:

—¿Esclava? ¿Dónde? ¿Cuándo?

—Gorgán. Allí vendí la carga hace años.

—¿Hacia dónde se dirigían?

Tariq vio aterrado cómo Ghazam cerraba los ojos. No podía morirse aún. Necesitaba saber más. Lo sacudió con fuerza.

—¡Contesta! ¿Dónde?

—Kaffa —musitó con esfuerzo.

—¡Myrah está viva! ¡Lo sabía! —exclamó eufórico.

—Ese era su nombre —dijo con un hilo de voz antes de exhalar su último aliento.

Tariq se irguió aferrando el colgante entre los dedos. A su alrededor, sus soldados lanzaban proclamas y vítores al ver que se

alejaba el ejército enemigo.

La batalla había sido dura. Las bajas, considerables, aunque el enemigo había salido bastante peor parado. A la luz de las antorchas se adivinaban los cuerpos inertes de los guerreros caídos dispersados por todo el valle. Tariq dio la orden de repasarlos para dar sepultura a los muertos, tras recoger sus pertenencias para entregárselas a sus familiares, y ayudar a los que no podían valerse por sí mismos. También ordenó agrupar a los caballos y darles comida y agua. Montaron varias yurtas en un abrir y cerrar de ojos. En algunas de ellas colocaron a los heridos y las otras se utilizaron para el descanso de los que habían salido indemnes del combate. Tariq fue hacia la primera, pues quería valorar el estado de sus hombres y cuántos pasarían la primera noche y disfrutarían del siguiente amanecer.

Se acercó a todos y cada uno de ellos para darles ánimos o bien palabras de fuerza o de consuelo. Sabía que su presencia era importante para ellos. Varios hombres, a las órdenes del médico del poblado, limpiaban y vendaban heridas a la luz de unas lámparas de aceite improvisadas. Tariq se detuvo ante un muchacho.

—¡Jamuk, tenías órdenes de quedarte detrás de las líneas! ¿Cómo te han alcanzado?

—Vi que uno de nuestros guerreros caía de su caballo. El animal iba a ser atravesado por la misma espada. No podía permitir que lo mataran —respondió con vehemencia.

—Tu herida no es grave. ¿Y la del hombre a quien te enfrentaste? —concluyó señalándose el corte de la pierna.

—No volverá a sentir el sol en su rostro, señor.

—Bien. Un animal como ese es valioso, Jamuk, pero tu vida lo es mucho más, no lo olvides.

—Sí, señor, pero mis padres me enseñaron que un caballo es mucho más que un animal. Un hombre sin él no está completo. Donde me crie creemos que tienen alma, como las personas —replicó bajando la mirada.

—Tal vez, y algunos de ellos más inteligencia que muchos hombres que he conocido. Te has ganado el caballo, Jamuk. Como buen mongol, sé que cuidaras de él mejor que ningún otro. Pero si quieres estar bajo mi mando, no vuelvas a desobedecer una orden —añadió mientras ya se alejaba.

En ese momento, Tariq notó que la tienda daba vueltas a su alrededor cada vez más rápido. Después, sin poder evitarlo, cayó al suelo. Enseguida se acercaron a él y vieron que su manga y su mano estaban empapadas en sangre.

Tariq se despertó de forma paulatina. Durante unos instantes, no supo dónde se encontraba ni lo que le había ocurrido. Después observó su brazo vendado y, al intentar moverlo, sintió cómo se le clavaban mil agujas en él.

—No hagáis esfuerzos, señor. La herida era más profunda de lo que parecía. Conserváis el brazo de milagro. Unos centímetros más y… La he cosido como he podido.

—Gracias. ¿Recuperaré la movilidad?

—Dada vuestra fortaleza, no tengo ninguna duda, pero debéis ir con prudencia. Tenemos que evitar que se infecte.

Tariq se incorporó y paseó la mirada entre los heridos.

—Necesito un informe del estado de mis hombres y cuántos van a requerir ayuda para desplazarse. No podemos quedarnos aquí más tiempo, el enemigo podría aprovechar la situación y atacarnos de nuevo.

Salió de la yurta y se dirigió hacia las otras para empezar a organizar el regreso al pueblo. También escogió a un pequeño grupo entre los jinetes más avezados para que se adelantaran, anunciaran a su gente la victoria y volvieran con carros para trasladar a los heridos graves con más facilidad.

Unas horas después, cuando el sol calentaba la tierra, iniciaron la marcha. Atrás dejaban a muchos hombres que habían dado su vida para proteger a su gente y que yacerían allí para siempre.

Las carretas los encontraron a medio camino y, gracias a ello, al iniciarse el ocaso, cruzaron la entrada del pueblo, donde fueron recibidos como héroes por la multitud que los rodeaba, dándoles palmadas y vitoreándolos. Tariq, montado sobre Khumo, saludaba a todo el mundo con emoción y miraba con tristeza a los familiares que se afanaban buscando entre los guerreros a los suyos, sin hallarlos. Incluso el chamán salió de su yurta al oír el griterío que anunciaba el regreso de los hombres. Acercándose a ellos, los purificó para alejar todos los malos espíritus que pudieran traer del enemigo caído. Después hizo una seña a Tariq para que lo siguiera hasta su tienda. Una vez allí, se sentó cruzando las piernas con la flexibilidad de un chiquillo. Nadie sabía la edad que tenía, pero muchos decían que ya estaba en el poblado, con ese mismo aspecto, cuando sus abuelos eran unos niños. Tariq lo imitó y se sentó frente a él emitiendo un leve quejido al notar la herida. Entre ambos ardía un fuego donde descansaba una pequeña olla.

—Te prometí que volvería para contarte la batalla con todo detalle.

—Siempre cumples tus promesas. Pero eso ya lo harás más adelante. Solo dime, ¿has hallado la respuesta a lo que buscabas?

Tariq nunca dejaba de asombrarse de los poderes que emanaban de ese hombre, que poseía un cuerpo tan frágil y una mente tan poderosa. Se llevó las manos al cuello, extrajo el colgante de Myrah rescatado de las manos de Ghazam y se lo acercó.

—Sí, gran chamán, la tengo. Este objeto pertenece a la mujer a la que amo.

—Espera al deshielo para emprender el camino —dijo devolviéndole el colgante.

Tariq asintió. No hacían falta más palabras. Luego se incorporó y, con una breve inclinación de cabeza, salió del lugar.

61

Tariq supo que había llegado el momento de partir. No podía demorarlo más. El deshielo ya había comenzado, y los caminos volvían a ser transitables. Tras despedirse del gran chamán y de su pueblo, partió hacia el sur con su amigo Soldán, que había insistido en acompañarle el primer trecho del viaje con un grupo reducido de guerreros. Había estudiado la ruta hacia Kaffa: bajarían bordeando el río Oxus hasta Nishapur, desde donde seguiría solo su camino. Rodearía el mar Caspio hasta cruzar en su mejor vía hacia al mar Negro, en cuya ribera norte estaba la colonia donde Myrah había sido llevada para su venta.

Soldán cabalgaba junto a Tariq en silencio. Al día siguiente alcanzarían la ciudad donde debían separarse, aunque un presentimiento le decía que no era buena idea que viajara solo hasta Kaffa. Los peligros eran muchos, y las garantías de llegar a buen puerto, escasas. Pero él había insistido en que era su misión, no la de su pueblo. Aun así, Soldán había acordado con dos de los guerreros que lo acompañarían al menos hasta alcanzar el mar Negro.

La marcha era lenta. Los tres camellos luchaban por avanzar desafiando la tormenta de arena que se les venía encima. La intención era llegar al oasis antes de que los engullera. Una ráfaga los envolvió por completo, impidiéndoles seguir adelante ni ver más allá de sus propios pasos. Tariq descendió del animal sin soltar las bridas ni un momento. Lo obligó a sentarse para protegerse contra su cuerpo mientras se cubría con la capa. Se le hizo eterno el tiempo que permaneció allí solo, agazapado, rezando para que acabara cuanto antes. Pensó entonces en Myrah y en las circunstancias a las que debió enfrentarse en su travesía. La seguridad que aparentó frente a Soldán respecto a que ella había llegado con vida a Kaffa comenzaba a resquebrajarse. ¿Y si ellos también se habían topado con una tormenta? Él estaba al límite de sus fuerzas, y sus circunstancias eran bien distintas.

Oyó los aullidos amenazadores del viento sobre su cabeza y sintió clavarse como agujas los granos de arena que conseguían atravesar sus prendas. Finalmente, el silencio. Poco a poco, se levantó para sacudir sus ropas. Comprobó que el camello estaba en perfectas condiciones. Echó mano de la bolsa de piel que contenía el agua y dio un pequeño

sorbo para escupirlo después. El segundo lo tragó con avidez. Miro desolado a su alrededor. No había ningún rastro de sus dos acompañantes. Se llevó las manos a la boca para lanzar una señal. Al cabo de unos segundos, otro sonido le llegó desde lejos. Avanzó en esa dirección hasta distinguir una figura que se movía hacia él. El hombre iba solo, no había conseguido retener a su montura. El segundo guerrero no apareció. Después de buscar y gritar su nombre, tuvieron que rendirse a la evidencia: o había avanzado en otra dirección y se había extraviado o había sido sepultado por la tormenta. Gracias a la brújula que Tariq llevaba consigo, consiguieron orientarse para avanzar hacia el oeste. Hicieron turnos para ir sobre el animal, racionando al máximo las reservas de agua y comida. Cuando el sol estaba en su zenit, hacían un alto, para continuar después hasta su caída. Entonces se ataban al camello y descansaban aguardando las primeras luces.

Al distinguir unas palmeras a lo lejos, Tariq pensó que era otra de sus visiones. Le habían advertido sobre ellas. Pero, al irse aproximando, percibieron que el aroma que les llegaba era real, la promesa de agua y la garantía de su supervivencia.

Hicieron noche en el oasis y, después de rellenar sus bolsas de agua, al amanecer partieron rumbo a Trebisonda. Iban a transcurrir todavía varias jornadas hasta que divisaran la ciudad.

Tariq calculó que había visto tres lunas llenas desde que saliera del mar de Aral hasta alcanzar el mar Negro. Se despidió de su compañero y le entregó el camello. Esperaría allí hasta que alguna caravana avanzara hacia Oriente para volver a su hogar. Se hospedó en una pensión, junto al puerto, aguardando la primera nave que partiera hacia su destino.

Desembarcó en Kaffa. No podía dejar de pensar en Myrah y en lo que debió de sufrir durante su cautiverio. Se la imaginó bajando encadenada por la misma pasarela por la que él descendía y se le encogió el estómago. El puerto tenía un tamaño considerable, y el tráfico de mercancías y embarcaciones era intenso. Estudió el lugar para decidir en qué dirección debía moverse. Su propósito consistía en recabar toda la información posible sobre el comercio de esclavos, cualquier pista que pudiera ayudarle a descubrir el paradero de Myrah. No tardó mucho en darse cuenta de que la tarea no iba a ser fácil. La primera barrera era el idioma. Muchas de las personas a las que se dirigía negaban con la cabeza y seguían su camino. El segundo, el tiempo que había transcurrido. Cuando ya caía la tarde, decidió

acercarse a una carraca que había visto atracada en un pantalán. Le habían informado de que esta todavía traficaba con esclavos procedentes de Oriente. Se dirigió al hombre que custodiaba la nave, haciendo un esfuerzo por utilizar su tono más neutro y no dejar que aflorase la repugnancia que le provocaba su oficio. El hombre lo miró sin pestañear y le hizo una seña para alejarlo. Su rostro impertérrito y sus brazos cruzados no daban mucho margen a la negociación. Pero Tariq sabía que no tendría otra oportunidad, así que volvió a la carga:

—Solo busco información, nada más.

—Márchate —respondió imperativo.

—No es mucho pedir. Solo necesito saber cuáles son los destinos más habituales desde aquí para las mujeres traídas de Oriente —insistió encogiéndose de hombros.

El hombre hizo una mueca de hastío. A pesar de que Tariq tenía complexión de guerrero, al acercarse a él pudo comprobar que le pasaba una cabeza, y sus manos, que ya le habían cogido un brazo para retorcérselo a la espalda, eran como garras.

—¡Fuera! —gritó con rabia, empujándolo sin miramientos.

Tariq evitó la caída en el último momento. Volvió la cabeza hacia el energúmeno y se contuvo para no soltar las palabras que ya tenía en la boca. Ese era un camino infranqueable. Agotado y hambriento, se alejó para sentarse en un rincón. Sacó los restos de comida que le quedaban y se acomodó lo mejor que pudo sobre su fardo para descansar. Iba a tener que dormir con un ojo medio abierto, a juzgar por el tipo de personas que merodeaban por allí.

Se despertó antes del amanecer con los ruidos que provocaba el trajín del puerto. Al levantarse, sintió en su cuerpo la falta de un buen descanso. No sabía por dónde seguir. Después de pasarse todo el día deambulando y preguntando sin éxito, al ver que comenzaba a anochecer, optó por entrar en una taberna repleta de marineros. El volumen de las conversaciones era tan alto que tuvo que gritar para hacerse oír por el encargado. Pidió una pinta y tomó asiento en el único lugar libre del local. La mezcla de idiomas que resonaba a su alrededor le sorprendió. Era la primera vez que estaba tan lejos de su tierra. Prestó atención a todos ellos, buscando a la persona indicada a la que dirigirse y con la que tener la posibilidad de entenderse. De pronto, se desató una pelea entre varios hombres que acabó con dos de ellos en el suelo y una mesa hecha pedazos. Uno se levantó blandiendo una botella rota por la mitad y amenazó al otro. El tabernero no esperó más. Con un tono más que disuasorio y un barrote en la mano, se enfrentó a ellos, conminándolos a abandonar el lugar. Los tres que estaban en pie lo miraron desafiantes y se

acercaron a él, rodeándolo. Tariq vio allí su oportunidad y, sin pensárselo, se levantó para situarse junto al dueño. Su cuerpo, curtido en tantas batallas, delataba fortaleza y habilidad para la lucha. Su mirada, oscura y penetrante, no dejaba duda de su determinación. Los alborotadores, acobardados al ver que ya no se enfrentaban solo a un hombre entrado en años, se fueron retirando hasta salir de la taberna, no sin echar miradas encendidas a Tariq.

—¡Estos marineros cada vez dan más problemas! Gracias, te debo una. Invita la casa —dijo señalando la barra para que se dirigiera allí. A Tariq le sorprendió que hablara tártaro.

—De nada. Hablas mi idioma. ¿Cómo has sabido…?

Señaló sus ropas antes de dejarle acabar la frase.

—Llevo aquí los suficientes años como para distinguir de dónde vienen mis clientes.

—Me alegro —suspiró aliviado—. Por cierto, ¿no sabrás de un lugar donde dormir esta noche? Llegué ayer, y no creo que resista otra tirado en los muelles.

—Dispongo de una habitación en la parte trasera, puedes alojarte allí. ¿Te quedarás muchos días?

—No creo. Depende de lo que tarde en encontrar lo que busco —dijo lanzando el anzuelo y confiando en la curiosidad de su interlocutor.

—¿Y qué es lo que buscas?

—Información —respondió pausadamente—. Necesito encontrar a quien maneja el comercio de esclavos.

—No es gente de fiar, vendería a su madre por unas monedas —afirmó estudiando el rostro impenetrable de Tariq.

—Lo sé. Intenté obtenerla del hombre que custodia la carraca. Me habían indicado que seguían comerciando con esclavos —confesó con un resoplo.

—No son muy sociables —respondió con una sonrisa torcida—. En estos tiempos ha decaído mucho el comercio, se utilizan otras rutas, más al sur. El negocio no va tan bien como años atrás.

—La persona a la que busco fue vendida hace unos nueve años. Venía del este.

Chascó la lengua, negando con la cabeza.

—Preguntaré a algunas personas que quizá recuerden algo. Será difícil, ha pasado mucho tiempo…

—Lo sé. Por eso no puedo perder más.

El hombre asintió y fue a atender a otros clientes que lo reclamaban.

Los días se le hicieron eternos. El posadero le había enseñado las palabras justas para buscar información. Se pasaba todas las horas del día entre tenderos, porteadores y comerciantes, pero nadie sabía nada, no querían hablar o deseaban olvidar. Cuando oscurecía volvía a la taberna, cenaba y se iba a dormir desanimado. Al cerrar los ojos, se le aparecía la imagen de Myrah y entonces, cada noche, le hacía la misma promesa: «Te encontraré».

Una mañana, Tariq salía al amanecer de la taberna cuando se le acercó un hombre que cojeaba ostensiblemente, cubierto con prendas sucias y desgastadas.

—¿Eres el extranjero que busca información? —musitó echándole un aliento al cogote que hubiera levantado a un muerto.

—¿Quién lo pregunta? —contestó tomando distancia.

—Me han dicho que buscas información sobre los esclavistas y sus rutas —añadió entornando los ojos para estudiar a Tariq.

—Es cierto. ¿Puedes decirme algo sobre ello?

—Sé que es valiosa para ti, así que deberías pagar por ella.

Tariq se llevó la mano a la cintura, señalando una pequeña bolsa, y luego miró con cara de pocos amigos al mendigo.

—Si la información es fiable, te recompensaré. Si tu intención es robarme y hacerme perder el tiempo, te mataré con mis propias manos.

—Invítame de momento a una comida regada con buen vino y te relataré lo que recuerdo. Si crees entonces que puede serte útil, me recompensarás.

—Está bien, vamos —dijo dirigiendo sus pasos hacia la taberna.

Una vez situados en un rincón del local, lo más lejos posible del resto de los clientes, y tras dar buena cuenta de su plato y saciarse con dos jarras de vino con avidez, miró a Tariq, que observaba entre impaciente y asqueado la escena.

—Hubo un tiempo en que yo no era muy diferente de ti ahora —comenzó a decir el hombre, dejándose caer en el respaldo de la silla—, así que no me mires con esos aires de superioridad. Trabajé en el comercio de esclavos. Los traían del este para llevarlos a Occidente y viceversa. En ambos lugares secuestraban a hombres y mujeres libres para venderlos por un buen precio en el otro, donde los valoraban como botín enemigo.

—Continúa.

—Una vez llegaban a Kaffa, eran distribuidos según su valía. Ese era mi trabajo: valorar la mercancía y decidir, aunque en ocasiones me venía impuesto por mis jefes o por los tratantes.

—¿Según qué criterio?

—Cualquier cosa. A veces como castigo si algún esclavo había dado problemas, venganza, celos…

—¿Cuándo empezaste a dedicarte a eso? —preguntó Tariq con una mueca que indicaba su repulsa, pero esperanzado al comprobar que podía estar frente a alguien que supiera cuál había sido el destino de Myrah.

—Muchos años atrás. Yo era joven y ambicioso, y vi la oportunidad de enriquecerme con facilidad, aunque te cueste creerlo al verme hoy con este aspecto.

—No he venido hasta aquí para que me cuentes tu vida. Me interesa la ruta que venía del este. La persona que busco fue secuestrada hace unos nueve años y conducida hasta aquí. Tengo que saber cuál fue su destino.

—Desde aquí se repartían en tres direcciones: hacia el norte, por tierra; hacia el sur, para galeras, y hacia el oeste, en barcos —explicó mientras hacía una seña al tabernero pidiendo otra jarra.

—Descartemos las galeras. Es una mujer —concretó Tariq impaciente.

—Una mujer. Supongo que joven y bella, ¿me equivoco?

—De unos dieciséis años —afirmó con la cabeza.

—Entonces es casi seguro que fue embarcada para cruzar el gran mar hasta la patria.

—¿La patria?

—Esto es colonia genovesa, muchacho. La mayoría de los que vivimos aquí somos descendientes de allí.

—¡Génova! ¡Está en Génova! —exclamó eufórico tirando la silla al levantarse.

—Probablemente salió de aquí rumbo a Génova. Que llegara con vida es otro asunto. Las travesías son muy duras, y las condiciones…

—Está viva, de eso no me cabe duda. Te has ganado tu recompensa —determinó sacando unas monedas de la bolsa y dejándolas encima de la mesa—. No te lo gastes todo en vino —aconsejó Tariq, sabiendo de antemano que ese iba a ser el destino de su pago.

Dio media vuelta y salió a grandes pasos de allí. Su mente ya estaba organizando cómo viajar rumbo a Génova lo antes posible.

—¿Génova? —preguntó el tabernero enarcando las cejas.

—Sí. Debo embarcarme en la primera nave que parta hacia allí.

—Mal momento, muchacho —comentó negando con la cabeza.

Le explicó que, desde la caída de Constantinopla varios años atrás, el poder otomano y su flota marina dominaban el Mediterráneo.

Habían cerrado el paso de los Dardanelos a los navíos cristianos, dejando aislada a Génova de sus colonias en el mar Negro, y la habían obligado a abandonar su escuadrón genovés, sin forma de regresar a casa. Con ello también sufrió enormes pérdidas en almacenes repletos de mercancía y en barcos construidos por la república, que permanecían en tierra sin posibilidad de echarse a la mar.

—Pero podría embarcar en una nave otomana, ¿no?

—Es tu única posibilidad, pero no te será fácil. Demasiada gente quiere irse de aquí.

Tariq se encaminaba hacia el muelle, como cada mañana, al acecho de cualquier barco que partiera rumbo a Génova. De pronto, vio frente a él a un hombre con claro aspecto de buscar pelea. Sin ganas de bronca, intentó seguirlo. Otros dos se sumaron al primero y se plantaron frente a él, desafiantes. Reconoció a uno de ellos como el que había iniciado el altercado en la taberna. Tal como le explicó el dueño, pertenecían al escuadrón genovés que estaba atrapado allí. Su impotencia los había vuelto violentos y vengativos con cualquiera que creyeran otomano, y Tariq, por su aspecto, podría pasar por uno de ellos. Supo que no iba a poder esquivar la pelea, así que se plantó frente a ellos, arrepintiéndose de no llevar un arma consigo. Apretó los puños y frunció los labios. Devolvió muchos golpes, pero no pudo con los tres. En el suelo, recibió patadas, aunque intentó proteger las partes de su cuerpo más vulnerables. Vio venir la bota contra su cara y, antes de perder el conocimiento, oyó voces gritando para detenerlos que evitaron que lo matasen.

Una tenue luz le indicó que seguía vivo. Al intentar incorporarse, un quejido salió de sus labios. Miró a su alrededor. Estaba tendido en un jergón. Por la pequeña y única ventana de la austera estancia, comprobó que comenzaba a anochecer. ¿Cuántas horas había estado inconsciente? Oyó crujir la puerta y volvió el rostro para ver quién era.

—Veo que ya has vuelto, chico. Has tenido suerte de que pasara por allí. Unos minutos más y no lo cuentas.

Tariq intentó incorporarse de nuevo, aguantando el dolor.

—Gracias. Te debo la vida, pues —dijo aún aturdido mirando al hombre que tenía delante. Iba uniformado. Su cabello negro, tez morena y nariz prominente delataban su procedencia—. ¿Dónde estoy?

—En mi barco. Aquí estás a salvo de esa chusma.

—¿Barco? —preguntó Tariq, despejándose poco a poco—. ¿En el mar?

—Ja, ja, sí, suelen estar en el mar. Estamos en el puerto, cargando

mercancías. Podrás quedarte aquí hasta que zarpemos. Será suficiente para que te recuperes.

—¿Cuál es vuestro destino?

—Constantinopla.

Tariq se sentó del todo, mirando con intensidad al hombre.

—Iré con vosotros. Haré lo que sea para ganarme el pasaje. En condiciones normales, soy fuerte —aseguró consciente de que no llevaba nada de valor encima.

El hombre lo observó con atención. Después de una pausa, asintió con la cabeza.

—Te incorporarás como marinero. Descontaré el pasaje de tu paga cuando lleguemos.

En cuanto se quedó solo, Tariq volvió a tumbarse. Por fin la suerte estaba de su lado. Constantinopla. Desde allí sería mucho más fácil encontrar algún barco que lo condujera hasta Génova.

Al día siguiente, cuando despertó con unos golpes en la puerta, vio entrar a un marinero con un bulto en las manos.

—Vístete. Hora de subir a cubierta.

Con un pantalón de mezclilla y una camisa abombada en los brazos, poco después salió al exterior. Aún tenía el cuerpo entumecido y la visión mermada por la hinchazón del ojo derecho. Al ver al capitán, se acercó.

—Señor, ¿podría darme permiso para acercarme al lugar donde me alojaba? He dejado allí lo poco que poseo, y además querría despedirme de alguien.

El capitán escrutó su rostro. Su mirada era noble.

—El barco no espera. Si no estás aquí cuando icemos la pasarela…

—Volveré a tiempo —aseguró.

Andaba todo lo rápido que el dolor de las costillas le permitía. Se encaminó a la taberna y llamó a la puerta al comprobar que aún estaba cerrada. Al poco vio aparecer al dueño. En cuanto se dio cuenta de quién llamaba, apresuró el paso.

—¡Muchacho, me temía lo peor! —exclamó abriéndole. Al ver su aspecto, añadió—: ¡Dios! ¿Qué te ha ocurrido? ¡Vaya pinta llevas!

Después de explicarle lo sucedido, le anunció su marcha.

—Voy a echarte de menos, hijo. Aquí hay pocos hombres con los que hablar de algo más que del piélago. Antes de volver al barco, siéntate conmigo a desayunar. Tardarás días en volver a comer bien —invitó guiñándole un ojo.

—Hecho.

Un par de horas más tarde, tras despedirse del tabernero, recogió sus pertenencias y se aseguró de no olvidarse nada. Estaba en deuda

con él. Aparte de haberlo acogido, le debía el rudimentario genovés que había conseguido aprender durante las semanas que había permanecido a su lado. Si no hubiese podido volver a la cantina, lo que más le hubiese preocupado habría sido el colgante de Myrah, que había mantenido oculto bajo el colchón. Tomó una daga y se la colocó al cinto. No volverían a cogerle desprevenido.

62

Las jornadas de travesía pasaron rápido entre las horas de intenso trabajo y las que dormía para recuperarse. La camaradería entre los marineros hacía menos duras las tareas, y el capitán tenía un trato correcto con ellos. Las heridas de Tariq ya habían cicatrizado cuando divisaron los perfiles de Constantinopla, que lo sorprendieron por su grandiosidad y belleza. Con su paga en la mano y una carta sellada del capitán para enrolarse en alguna galera que partiera hacia Génova, bajó la pasarela lleno de esperanza.

No le costó mucho encontrar un barco que buscara marineros, y menos con su recomendación. Pero todo lo calmado que había sido el trayecto de Kaffa a Constantinopla, dejó de serlo al entrar en las aguas del mar Mediterráneo.

El permanente balanceo de la nave le impedía retener algo de comida en el estómago. Pero lo peor fue la marejada que encontraron al acercarse a Italia, que le hizo temer por su vida al contemplar la rabia con la que las olas arremetían contra el casco. Más adelante, al ir bordeando la costa, las aguas se calmaron a la par que sus ánimos. Por fin, una mañana oyó a uno de los marineros anunciar a viva voz que habían llegado al puerto de Génova. «Lo he conseguido», se dijo sintiendo un latigazo por todo el cuerpo.

El lugar bullía de actividad. La entrada y salida de embarcaciones era constante. En los muelles, competían galeras y bergantines, galeotes y también falucas, más ligeras. En una zona del puerto se encontraba el arsenal genovés, donde atracaban las galeras y se reparaban o se construían otras nuevas. Mas allá se hallaba el barrio de pescadores, con sus pintorescas casas. En los puestos situados en las atarazanas, la mercancía cambiaba de manos sin pausa. Los comerciantes gritaban al viento sus ofertas mientras los transeúntes calibraban lo expuesto con ojo crítico. En caso de ser de su interés, comenzaba el regateo, que era casi como un ritual.

En cuanto desembarcó y contempló el lugar, Tariq se dio cuenta de que allí sería más complicado encontrar a alguien que pudiera darle información sobre el paradero de Myrah.

No se equivocó. Llevaba varios días recorriendo el denso entramado

de calles y callejuelas en las que apenas entraba el sol, y también plazas y mercados, preguntando a unos y otros sin obtener respuesta. Indagó en tiendas, talleres y almacenes con el mismo resultado. Parecía que nadie prestaba demasiada atención a lo que ocurría a su alrededor, y menos a lo sucedido años atrás. Incluso acudió a la oficina de aduanas, pensando que tal vez allí llevaran algún registro de la venta de esclavos, pero sin ningún éxito. Tampoco supieron darle dirección alguna donde poder hallarla, ni siquiera un nombre. Cabizbajo y abatido, caminó sin rumbo hasta que sintió el rugido de sus tripas reclamando comida. Levantó la cabeza al llegarle un agradable olor a guiso, y lo siguió hasta detenerse frente a una cantina de aspecto pulcro y ambiente sereno. Entró y tomó asiento en un rincón aislado. No tenía el cuerpo para conversaciones triviales. Entre la clientela y la encargada, que iba de una mesa a otra repartiendo platos y sonrisas, se respiraba cierta tranquilidad que agradeció. Comió con avidez sin levantar apenas la vista del plato, pensando en cómo podría hallar alguna pista para proseguir su búsqueda. ¿Tendría que recorrer todas las viviendas de Génova, una por una, hasta dar con ella? ¿Y si la habían trasladado a otro punto del país? «¡Tardaré meses, o años!», se dijo con desánimo. Al acabar de comer, con ganas de dormir un rato, se acercó a la barra para pagar. Una mujer joven y risueña se dirigió a él:

—Buenas noches, caballero. ¿Ha comido bien?

—Sí, gracias —respondió lacónico.

A Tariq le costaba entender el idioma, y todavía más expresarse, a pesar de las nociones que le había enseñado el tabernero y de haber tenido la fortuna de compartir la travesía con un genovés que, a cambio de alguna ración de comida extra, le había dado lecciones durante las horas de descanso, con el propósito de que pudiera comunicarse mínimamente al llegar a su destino.

—Buenas noches —musitó, disponiéndose a salir del lugar. Al mirarla, le llamó la atención la pared que tenía detrás, pues estaba repleta de dibujos que observó con curiosidad.

—Son de mis clientes, o de sus hijos. Me gusta colgarlos. Hay algunos muy buenos. Estos de aquí están a la venta, por si le interesa alguno —detalló señalando una pared más allá de la barra con lo expuesto.

Tariq se disculpó negando con la cabeza y, con un ligero saludo, salió de allí. Todo aquel tiempo desde que se despidió de Soldán meses atrás hasta llegar a Génova había contenido su temor y angustia ante la posibilidad de fracasar. «¿Y si no consiguió llegar con vida?», se dijo con desazón. Comenzó a andar calle abajo sin saber por dónde

avanzar al día siguiente. «¿Y ahora qué?», se preguntó al darse cuenta de que en ningún instante había previsto qué haría en caso de no hallarla.

Esa noche, ante la imposibilidad de conciliar el sueño, volvió a recordar los momentos que había pasado junto a Myrah desde que se conocieron, incluso sus peleas o pequeñas discusiones, en las que él siempre acababa pidiendo disculpas sin saber siquiera por qué. Siguió dando vueltas en la cama, algo lo mantenía inquieto. De pronto, una pequeña luz fue encendiéndose en su mente. ¿Era posible? Agitado e impaciente, se dispuso a esperar al nuevo día para averiguarlo.

A primera hora, sus pasos decididos se encaminaron de nuevo a la cantina en la que había cenado la noche anterior. Era una posibilidad remota, casi absurda a la luz del día. «Las noches de insomnio suelen jugar malas pasadas —se dijo—, como un espejismo en el desierto».

Al sonar la campanilla, la mujer lo reconoció asombrada.

—Veo que cenó bien ayer —afirmó con una sonrisa.

—No, bueno…, sí —respondió confuso—. Perdone que la moleste de nuevo, solo quería pedirle un favor. ¿Podría acercarme ahí para ver ese dibujo?

—¿Ese? No tiene ningún valor y no está a la venta. Es un regalo —dijo volviéndose extrañada al ver que le interesaba algo tan simple—. Los que están disponibles son los de allí.

Pero Tariq no había escuchado la última frase. Se había acercado decidido a contemplarlo, concentrándose solo en él.

—Perdón, señor, ya le he dicho que este, en concreto, no se vende —repitió la muchacha con impaciencia.

Tariq seguía con los ojos clavados en el dibujo, donde alguien había intentado plasmar una familia con un trazo infantil. Cada miembro llevaba su nombre en la parte inferior, escrito con letras grandes e irregulares. El rostro le mudó. Allí estaba. Frente a él. El día anterior ya lo había visto, aunque no se dio cuenta, y por eso había estado inquieto toda la noche, intuyendo que algo se le escapaba.

—¿Se encuentra bien? Tome asiento, por favor —sugirió la mujer, preocupada al ver que el rostro del hombre había perdido todo el color.

—Perdone —se disculpó al tiempo que cogía aire con dificultad y se apoyaba en la barra—. ¿Podría hacerle una pregunta?

Al ver la mirada extrañada y recelosa de la mujer, continuó:

—¿No conocerá por casualidad a las personas que están ahí dibujadas? —preguntó tragando saliva.

La mujer se acercó hasta situarse junto a él. Tras contemplar el dibujo, una sonrisa le iluminó la cara.

—Sí, por supuesto. La pequeña Sara me lo regaló antes de partir. Tuve el privilegio de trabajar para su familia durante unos años —dijo hinchando el pecho con orgullo.

—¿Familia? ¿Partir? ¿Adónde? —preguntó, como si le hubiesen echado un jarro de agua fría.

—A Maguncia. El señor Soncino y sus hijas se trasladaron a vivir allí por un asunto de trabajo. Es una ciudad que está muy al norte, en el Sacro Imperio Romano Germánico —recitó recordando con una sonrisa cuántas veces se lo habían tenido que repetir las niñas para que lo recordara.

Tariq volvió a mirar el dibujo.

—Maguncia… —musitó pesaroso—. ¿Y la mujer? —añadió señalando con un hilo de voz.

—¡Aigie! La recuerdo muy bien. La pequeña Sara, la artista, consiguió plasmar muy bien a la chica. Tenía esos enormes ojos verdes y unas hermosas facciones, poco comunes —comentó observando con mirada crítica el papel—. Era su maestra. Las niñas la adoraban.

—Maestra… Aigie —repitió, iniciando una sonrisa—. Aigieruc.

—¡Exacto! Ese es su nombre. Las niñas decidieron abreviárselo, y Sara intentó escribirlo completo. ¿La conoce? No creo que ese nombre sea muy común…

—Creo que es la mujer que estoy buscando. Estoy seguro —recalcó volviendo a fijarse en el dibujo.

—Me lo regaló con la condición de que se lo entregase a ella si volvía a verla.

—¿Volver? ¿No se marchó con ellos?

—Se fue con ellos. Pero ya había sido comprada por otro hombre, que fue a buscarla meses después. Las niñas ya lo sabían cuando partieron de aquí. La verdad es que fue una despedida muy triste —confesó recordando la escena.

—No sé si atreverme a pregúntaselo —comenzó respirando hondo, sin poder apartar de la mente las palabras de la mujer sobre la venta de Myrah—. ¿Tiene idea de dónde podría estar ahora, de adónde la llevaron?

—Lo siento —dijo negando con la cabeza—. Lo último que supe de ella, hace ya varios años, fue quién la había comprado —suspiró—. La familia Rinaldi, de Florencia. No sé si aún estará con ellos. Ha pasado mucho tiempo.

Tariq tuvo que sentarse un momento al darse cuenta de que flaqueaban las piernas. Florencia. Su búsqueda estaba llegando a su fin. Lo presentía.

—Es una buena chica. Si hubiera visto en qué condiciones llegó la

pobre a la casa… Era todo piel y huesos. Y esa mirada, siempre buscando más allá, perdida. Pero consiguió reponerse. Es una mujer de una determinación poco común.

—Lo es —aseguró asintiendo con la cabeza en un intento por deshacer el nudo que tenía en la garganta—. No sé cómo agradecerle la ayuda que me ha prestado. No sabe lo importante que es para mí. —Tariq estaba al borde de las lágrimas por la emoción.

—Siempre supe que no era una esclava como las demás. Tenía algo especial, una elegancia innata. Si la encuentra, dele recuerdos de Antonia, la hermana de Giovanni.

—Se los daré —afirmó, disponiéndose a salir.

—¡Tenga! —exclamó Antonia corriendo tras él—. Llévese esto. Le hará ilusión tenerlo para acordarse de las niñas.

Tariq salió de la cantina con alas en los pies. Estaba tan cerca que ya podía sentirla. Por fin sabía hacia dónde dirigirse.

Florencia.

«Aigieruc —se dijo sonriendo—, ese nombre es una señal». Era la pista que ella le había dejado para que la encontrara. Solo él podía entenderla.

—Myrah —susurró.

63

El sol se ponía sobre el río Arno, alineado a la perfección con el puente Vecchio, donde se comerciaba con carne y otros alimentos. Tariq frunció la nariz ante el desagradable olor que enturbiaba la magia que teñía de oro las fachadas de las casas y tiendas que lo delimitaban a ambos lados, y observó con curiosidad que estaban apoyadas en unos soportes que sobresalían del agua. Había llegado a Florencia al mediodía y, mientras bajaba por una de las colinas que caían hasta la ciudad, la visión lo sobrecogió. La cúpula de uno de los palacios le impresionó por su tamaño, y le recordó de algún modo a Samarcanda. Había pasado la tarde preguntando por todas partes hasta averiguar que la familia Rinaldi poseía una casa en Florencia, aunque la mayor parte del año lo pasaba en otra que tenía en el campo, junto a una localidad que llevaba su mismo nombre, donde le aseguraron que se encontraba en ese momento. Aun así, se había acercado hasta los alrededores de la propiedad. Al ver movimiento en la entrada, optó por preguntar a la mujer que salía si los señores se encontraban en la casa. Esta le confirmó que estaban en el campo. Cuando Tariq le pidió indicaciones para llegar hasta allí, ella le informó que se hallaba a una jornada de camino y le aconsejó que alquilase un carro o una montura. Debería esperar al día siguiente, la noche empezaba a caer sobre la ciudad.

Cruzó el puente y se mezcló con las gentes del lugar, cuyos atuendos le llamaban la atención. Las mujeres vestían largas capas que caían hasta arrastrarse por el suelo, recogiendo a su paso la tierra que debían llevarse luego a sus casas, y los hombres exhibían el rostro afeitado, pero se dejaban el cabello largo y cubierto por unos sombreros cónicos. Los tenderos ya comenzaban a cerrar los puestos para volver a sus hogares, así que Tariq se propuso emprender el rumbo hacia su destino a primera hora de la mañana.

Oyó que las campanas de una pequeña iglesia, situada en lo alto de un cerro donde se adivinaba el pueblo, repicaban hasta siete veces. Estaba nervioso. Durante meses, siguiendo un impulso y arrastrado por la necesidad casi obsesiva de encontrar a Myrah, había cruzado medio mundo y atravesado desiertos y mares en su busca. Su

intención era comprarla, pues había conseguido una suma considerable con ese propósito, y regresar a su hogar juntos. Sin embargo, en ese instante que lo veía tan cerca, no estaba seguro de lo que sentiría al verla de nuevo, y menos aún cuál sería la reacción de ella. ¿Y si era feliz en su nueva vida y él iba a importunarla? ¿Y si no le recordaba o no había pensado más en aquel chico humilde con el que correteaba para eludir a sus tutores? ¿Se habría olvidado de sus caricias, de aquel primer beso? Sintió náuseas. «Ya no hay marcha atrás —se dijo—, debo enfrentarme a lo que tenga que suceder».

Detuvo la montura frente a la casa que le habían indicado como la propiedad de la familia Rinaldi. Un pequeño y cuidado jardín la circundaba. Golpeó con fuerza contenida la aldaba. Un andar sin prisas sonó al otro lado.

—Buenas tardes. ¿Podría hablar con el señor Rinaldi, por favor?

—Los señores no están en casa. Partieron ayer de viaje y no volverán hasta finales de mes —sentenció un hombre de avanzada edad sin ningún derroche de cortesía.

Tariq lo miró con desánimo cuando vio que comenzaba a cerrar la puerta.

—Tal vez pueda ayudarme. En realidad, estoy buscando a una mujer. Tengo entendido que la compraron hace unos años en Génova a un tal señor Soncino —dijo con su tono más amable, esperando abrir una brecha en la armadura del criado.

Antes de que este pudiese replicar, una voz masculina ordenó al sirviente que lo dejase pasar. Tariq avanzó tras él sin dejar de observar a derecha e izquierda el mobiliario y las paredes artesonadas, de las que colgaban cuadros y tapices, hasta que se detuvieron frente una puerta entreabierta de lo que parecía ser un despacho.

—¡Adelante! —resonó desde el interior.

Tariq la abrió y vio a un hombre joven sentando en un escritorio. Iba impecablemente vestido. Su rostro seguía inclinado sobre los papeles que tenía delante y su mano aferraba una exquisita pluma que emitía unos leves quejidos al deslizarse por la hoja. Aguardó.

—Mi nombre es Francesco —se presentó, poniéndose de pie. Le tendió la mano y añadió—: También señor Rinaldi.

—Es muy amable al recibirme —dijo un poco incómodo al sentirse escrutado por los ojos azules de su anfitrión.

—He oído tus palabras y, la verdad, siento curiosidad. Siéntate.

Tariq decidió permanecer de pie.

—¿Puede decirme algo de ella? —preguntó sin dilación.

—Supongo que buscas a Aigie —apreció con una mueca.

—¿Sabe dónde puedo encontrarla? —insistió viendo en la mirada

del otro recelo y algo más oscuro que no supo definir.

—Por tu aspecto, debes venir del mismo lugar de donde ella procedía.

—Cierto. ¿Está en esta casa? —inquirió impaciente, intentando controlar el temblor de la voz.

—No. Hace años que ya no vive aquí —aseguró satisfecho al observar la decepción en el rostro del extranjero.

Tariq hundió los hombros. La búsqueda aún no había acabado.

—Bien, gracias. Si no puede decirme nada más… —dijo con intención de marcharse al leer la expresión de aquel hombre. ¿Era rencor, fastidio?

Se detuvo en seco al escuchar la voz de Francesco a sus espaldas:

—Sí que puedo decirte algo más. Fui yo el que la compró en Génova al señor Soncino. Después fui a recogerla a Maguncia y la traje aquí, a Florencia. Mantuvimos una relación muy estrecha durante un tiempo, tú ya me entiendes —concretó guiñándole un ojo—, pero todos los caprichos pasan. Al final tuve que tomarme en serio mi posición y desposarme con alguien de mi clase social. Mis padres decidieron casarla con un campesino, pues era la mejor solución para todos.

Tariq comprendió que el hombre le estaba provocando, así que mantuvo el control, apretando los puños con fuerza, para no caer en la tentación de borrar esa estúpida sonrisa de su boca y acabar con aquellos aires de superioridad. Parecía disfrutar con el juego. Abrió la puerta y, sin pronunciar palabra, salió sin mirar atrás. Le hervía la sangre de rabia. Se mordió la lengua para no gritarle que ni reencarnándose cien veces llegaría a merecer a Myrah, y menos estar al nivel de la princesa de Samarcanda. Oyó una leve carcajada de fondo, que le sonó más a amargura que a regodeo. Otra puerta cerrada. No conseguiría allí más información. Y la tenía, de eso estaba seguro. Intentó asimilar la que había recibido. Casada. Myrah tenía marido.

Decidió volver al pueblo. Era pequeño, de modo que encontraría a alguien que supiera de ella. Tan enfrascado iba en sus pensamientos que no devolvió el saludo a otro jinete que se cruzó por el camino.

Su decepción fue grande al comprobar que nadie recordaba a una mujer llamada Myrah. Probó también con Aigieruc, sin ningún éxito. ¿Cómo era posible? Parecía que se la hubiera tragado la tierra. Cansado y abatido, pensó que tal vez en Florencia alguien la recordaría. Volvería allí, no podía rendirse. Por un instante, pasó por su mente la idea de volver a la casa, enfrentarse a Francesco y sonsacarle a la fuerza. Conocía métodos para hacerle hablar.

—Buenas noches —oyó a sus espaldas.

Se volvió y vio a un joven que se dirigía hacia él.

—Disculpa, ¿nos conocemos?

—Todavía no. Soy Andrea —dijo afable, extendiendo la mano.

Tariq permanecía con el rostro contraído por la ira y la impotencia, pero al ver el semblante risueño del muchacho, aceptó la mano que le tendía con una leve inclinación de cabeza.

—Creo que te las has visto con mi hermano Francesco. Puede ser muy desagradable a veces —afirmó con una mueca de hastío.

—¿Tu hermano?

—Sí —concluyó con una sonrisa.

Tariq lo estudió con detalle. Su rostro era franco y la mirada, limpia. Su instinto le dijo que podía confiar en él.

—Parece ser que he ido a pedir información a la persona menos indicada.

—Sé que es difícil de entender. Mi hermano está atrapado en una vida que no ha elegido, y eso hace que cada vez esté más irritable. No pretendo disculparlo. Me he cruzado contigo esta mañana cuando venía hacia el pueblo —añadió—. Tu expresión te delataba. Tengo entendido que has ido a preguntar por alguien.

—Por una mujer que vivió aquí hace años, Aigie.

El joven lo tomó del brazo para invitarle a avanzar hasta el camino. Cuando se apartaron, se detuvo y lo miró de frente.

—¿Eres amigo de Aigie? —preguntó entornando los ojos, como si lo evaluara.

—Sí —afirmó con voz ronca.

—Si vienes a hacerle daño, te las verás conmigo —lo retó muy serio.

—He viajado desde muy lejos para encontrarla y llevarla de nuevo a su hogar —confesó emocionado al ver un atisbo de esperanza.

Andrea lo observó con atención unos segundos y asintió.

—Te llevaré donde vive ahora. Sígueme.

—¿Está cerca?

—Llegaremos antes del anochecer.

—¿Por qué? —preguntó Tariq intrigado. Ladeó ligeramente la cabeza.

—¿Por qué, qué?

—¿Por qué motivo tu hermano se ha negado a ayudarme y tú vas a llevarme hasta ella?

—Es complicado —contestó encogiéndose de hombros—. Francesco tiene esposa, hijos y una posición envidiable, pero en el fondo una parte de él desearía vivir de otra forma, aunque nunca se atreverá a

reconocerlo. No le habrá gustado el fuego de tu mirada cuando pronuncias su nombre —justificó con media sonrisa—. Aprecio mucho a Aigie. He ido a visitarla a menudo, a ella y al pequeño Marco. Es mi sobrino, aunque a veces parece que mi familia pretenda ignorarlo.

Tariq se quedó helado. En ningún momento se había planteado que Myrah pudiera estar casada, como le había dicho Francesco, y mucho menos que fuera madre. ¡Qué tonto, qué ingenuo!

El joven le apoyó la mano en el hombro con suavidad.

—Seguro que estará feliz de verte.

El sol comenzaba a dar indicios de desear ocultarse tras las colinas cuando Andrea señaló en una dirección, donde se divisaba una pequeña granja rodeada por campos cultivados. Tariq, nervioso, espoleó a su montura hasta detenerla frente al lugar. El pequeño Rinaldi desmontó también con agilidad y se dispuso a llamar a la puerta. En ese instante vieron una sombra que se acercaba por el camino. Tariq se volvió hacia allí. Su corazón latía con una fuerza inusitada. La reconoció al instante. La muchacha se había convertido en una mujer, pero sus andares y su figura no llevaban a engaño. Dio varios pasos hacia ella y se quedó clavado, sin poder avanzar más.

Había salido, como solía hacer a menudo, a contemplar la puesta de sol desde el campo. Era mi momento favorito del día. Allí, sola, podía evadirme del presente y dar rienda suelta a mis recuerdos y a mis sueños. Allí volvía a reencontrarme con la Myrah que había sido, y me olvidaba de Aigie y de todo lo que entrañaba ese nombre.

La vida que llevaba en la granja me ahogaba cada vez más. La monotonía cotidiana, sin perspectivas de cambio alguno, me iba hundiendo en la frustración. Habían transcurrido ya años desde que saliera de mi hogar, pero la llamada de mi tierra, en lugar de apagarse, aumentaba a cada día que pasaba. Lo único que me retenía eras tú. Habías cumplido ya los ocho años y tu abuelo, tal como habían acordado cuando naciste, te había inscrito en la escuela, donde comenzarías pasado el verano, lo que te emocionaba. Tus ansías de aprender me recordaban las mías a tu edad, pero, por otra parte, dudaba de que el nivel de tus maestros fuera a estar a la altura de lo que requerías. Me sorprendías a menudo por tu capacidad de análisis y la facilidad con la que emprendías cada nueva lección, sin dejar de investigar. Admiraba tu don para plasmar en el papel lo que observabas y tu afán por imaginar todo tipo de artefactos que mejoraran el día a día. Eras insaciable.

Durante esos primeros años de tu vida, te instruí en todas las materias que dominaba gracias a la ayuda inestimable de tu tío Andrea, que me consiguió el material y todos los libros que le solicitaba. Tu formación, en lo que a mi respectaba, había terminado. El alumno, una vez más, iba a superar a su maestro y, créeme, no hay nada que pueda causar más orgullo a una madre que la de verse superada por su propio hijo.

Por difícil de creer que parezca, durante todos esos años jamás me planteé seriamente qué iba a hacer cuando llegase el día de tu marcha, a pesar de saber desde el principio que era algo inexorable. Siempre posponía la decisión, como si tuviera la esperanza de que algo cambiara. Y el momento se iba acercando.

Suspiré con resignación y eché una última mirada al cielo rasgado a pinceladas en rojos y dorados. Después, decidí volver a casa. Yunna (nunca me acostumbré a llamarla Isabella) ya estaría preparando la cena, y no le gustaba que estuviera en el exterior, sola, al anochecer.

Se había convertido en una madre ejemplar. No solo para sus hijos, sino también para ti, e incluso para mí.

Al acercarme, me sorprendió ver a esas horas un par de caballos sujetos a la cerca. Enseguida reconocí aliviada a Andrea. Junto a él distinguí a otro hombre. Su alta figura destacaba por la luz que surgía por la puerta entreabierta de la casa. El cabello azabache le caía rebelde sobre los hombros. Su rostro cetrino, medio oculto tras una incipiente barba, dejaba adivinar unas facciones que parecían esculpidas. Los ojos, de un negro brillante, se habían posado sobre mí con una intensidad inquietante.

Me detuve en seco a varios pasos de él. Mis manos dejaron caer las flores que había recogido por el camino. Todo lo que había a mi alrededor se fue difuminando hasta concentrar mi mirada solo en él. Esos ojos, esa mirada. ¿Era posible o tan solo era fruto de mi imaginación? ¿Podía ser él?

—Myrah… —oí que susurraba Tariq.

Nadie pronunciaba mi nombre como él. Sin decir una palabra más, se acercó con cuidado hasta casi rozarme.

Alcé la vista para enfrentarme a esos ojos humedecidos y centelleantes que me quemaban como ascuas y, sin darme cuenta, extendí la mano hasta rozarle la mejilla.

—¿Eres tú de verdad?

Tariq posó la palma de su mano sobre la mía. Después, ya sin poder contenerse, se inclinó hacia mí y me besó. Cerré los ojos, recordando el sabor del primer beso.

—Tariq —susurré abriendo los ojos de nuevo para cerciorarme de que era real—, has venido…

—Siento no haberlo hecho antes. Decían que habías muerto, aunque mi corazón me aseguraba lo contrario —confesó mientras me estrechaba entre los brazos con suavidad, como si temiera romper la magia.

Luego, haciendo un esfuerzo, se separó para contemplarme a placer de nuevo.

—No puedo creer que por fin te haya encontrado —musitó con un nudo en la garganta, abrazándome con fuerza.

—Sabía que lo harías. Lo vi en mis sueños —afirmé sin reprimir las lágrimas de emoción que corrían por mis mejillas.

—Los mismos que me han conducido hasta ti —susurró—. Nunca más dejaré que nadie te aparte de mí.

—¡Han pasado tantos años desde aquella noche en que nos despedimos con la ilusión de vernos al día siguiente! Y han sucedido tantas cosas…

—Aquella noche me di cuenta por primera vez de cuánto te amaba. Y al besarnos supe que nuestro destino era estar juntos.

—Yo también lo sentí, y mientras trepaba hacia mi alcoba solo deseaba que llegara pronto el amanecer para volver a verte. ¡Qué miedo pasé al saber que te habían apresado! —confesé recordando el momento.

—Creí que moriría. Y, por extraño que parezca, estaba preparado. Había valido la pena. Y cuando ya en la prisión te vi aparecer tras el carcelero, hubiera derribado las rejas para abrazarte y besarte de nuevo.

—Estuve tentada de acompañarte, ¿sabes? Pero solo habría conseguido que te atraparan, y no estaba preparada para abandonar a mi padre —manifesté mordiéndome el labio inferior, algo avergonzada—. Años después, cuando ocurrió lo peor, durante mi esclavitud, muchas noches me preguntaba qué habría ocurrido si lo hubiera hecho.

—No te hubiera permitido que renunciaras a tu vida —le aseguró con voz queda y profunda. Luego, haciendo un gesto con la mano, como si apartara algo molesto, añadió—: No vale la pena pensar en ello. Ahora estamos aquí, juntos de nuevo.

Levanté la mirada, ofreciéndole de nuevo los labios. Después, nos adentramos en el campo buscando intimidad al darnos cuenta de que varios pares de ojos observaban la escena con sorpresa y vacilación.

Tariq no podía dejar de mirarme mientras me acariciaba, como si temiese que fuera a desvanecerme.

—Francesco Rinaldi me ha dicho que te habías casado. Y Andrea me ha contado que tienes un hijo —comentó con preocupación.

—Así que has conocido a los Rinaldi… No estoy casada, aunque ellos crean que sí. Es un poco complicado de explicar. Pero sí tengo un hijo, de Francesco. Él y yo… —Hice una pausa, sin ganas de seguir hablando de esa relación—. Todavía no me has contado nada sobre ti. ¿Hacia dónde huiste? ¿Con quién has vivido todos estos años? ¿Cómo has dado conmigo? —murmuré cambiando de tema y acurrucándome entre sus brazos.

—El destino fue mi aliado. He pensado sobre ello y no encuentro otra explicación —aseguró—. Sé que no vas a creerme. Al principio te veía siempre en mis sueños. Luego, cuando me aseguraron que habías muerto, por un tiempo dejé de hacerlo. Pero una noche soñé de nuevo contigo. Y esa vez oí tu llamada, sentí que estabas viva y vi cómo un águila real me indicaba la dirección para hallarte.

—¿Un águila? ¿Y te mostró que estaba en Florencia? —pregunté incrédula.

—Señaló al oeste —concretó con una sonrisa ante mi mirada burlona—. Me desperté con el ruido de mis hombres, que venían a avisarme de un inminente ataque. Un numeroso grupo de guerreros se dirigía hacia nuestro pueblo.

—No sé nada de lo que has hecho durante el tiempo que hemos estado separados, cómo conseguiste sobrevivir ni dónde has estado… —quise saber levantando los hombros con cierta nostalgia mezclada con curiosidad—. ¿Te avisaron tus hombres?

—Era el elegido. Es una larga historia —dijo evitando entrar en detalles—. No te aburriré con la batalla, solo te diré cómo acabó. Intuí quién comandaba al enemigo y fui a su encuentro. Mantuvimos una lucha feroz, pues era un gran guerrero. Cuando cayó, quise conocer su nombre y descubrir el rostro de quien tanto esfuerzo me había costado doblegar. Y entonces lo vi.

—¿El rostro?

—No, esto —respondió llevándose las manos al cuello—. Es tuyo. Vuelve a tus manos, de donde nunca debió salir.

Me quedé conmocionada al reconocer el colgante con la brújula que mi padre me había regalado para mi decimocuarto cumpleaños. Muy despacio, casi con miedo a que volviera a desaparecer, alargué los dedos hasta asirlo. Me lo llevé luego a los labios y lo besé con dulzura. Después alcé la vista hasta encontrar los ojos del hombre que me había devuelto no solo mi bien más preciado, sino también la memoria y la esperanza.

—Ghazam —susurré con un escalofrío, desviando la mirada para perderla más allá—. El guerrero al que venciste era él.

Tariq afirmó con la cabeza. Al notar la reacción de mi cuerpo, me atrajo de nuevo hacia él y volvimos a fundirnos uno en brazos del otro. Intuí que no quería preguntarme nada. Sabía que con ello solo me causaría dolor, y pensé que él tampoco estaba preparado para escuchar el relato de mi cautiverio.

—¿Pero cómo diste conmigo? Ghazam no sabía que había sido de mí —insistí alzando la mirada.

—¡Casi se me olvida! —exclamó Tariq llevando su mano a un bolsillo interior del que extrajo una hoja de papel doblada—. Como te he dicho, el destino fue mi aliado. Me encontré con una mujer que te conocía y me dio esto para ti con sus mejores deseos.

Mis ojos se posaron sobre el dibujo que sujetaba con manos temblorosas por la emoción que sentía al reconocer a la autora del mismo. Comencé a llorar sin poder evitarlo. Pero está vez mis lágrimas eran de alegría.

Cuarta parte

65

Yunna estaba encantada de verme feliz. Decía que de mi rostro emanaba una luz especial desde el día que apareció Tariq, y que solo había que observarnos juntos para darse cuenta de lo que sentíamos el uno por el otro. Pero también le preocupaba lo que nos depararía el futuro. Nos había oído la otra noche haciendo planes sobre nuestro regreso a Transoxiana. Su angustia no era solo porque mi marcha implicaría nuestra separación definitiva, sino también por el temor de lo que podría ocurrirnos allí. Por ese motivo, su trato con Tariq era distante.

—Yunna, tenemos que hablar —dije aprovechando que los niños ya descansaban y que Marcello había salido hacia el establo a revisar a los animales acompañado por Tariq.

—Sí, tienes razón —admitió pesarosa.

—¿Qué es lo que te ocurre?

—¿No te lo imaginas? —preguntó mirándome a los ojos mientras me cogía las manos.

—Tú mejor que nadie sabes por todo lo que he pasado. Tariq ha cruzado medio mundo para venir en mi busca. Es el destino quien nos ha unido de nuevo, y no vamos a volver a separarnos nunca.

—Y me siento feliz por ti, de verdad. Pero estoy asustada.

—Mi deber es volver a Samarcanda, derrocar al tirano y recuperar el trono.

—Ese es mi temor —confesó cabizbaja—. Si te marchas, sé que no volveré a verte jamás. Además, si Abdal sigue en el poder, os hará matar en cuanto tenga conocimiento de vuestro regreso.

La estreché entre mis brazos. Habíamos pasado tantas penurias juntas y tantos buenos momentos también que era mucho más que una hermana para mí. De alguna manera, formábamos parte la una de la otra.

—Te aseguro que he pensado en todo lo que representa volver allí. Dejarte a ti y abandonar a mi hijo…, no sabes cómo duele solo pensarlo.

—No puedo ni imaginármelo —dijo en voz baja al pensar en sus hijos mientras negaba con la cabeza.

—Sé que su abuelo se hará cargo de su educación y que hice la promesa de alejarme llegado el momento, pero cuesta tanto…

—Marcello y yo cuidaremos de él como si fuera nuestro propio hijo. Y Andrea también estará.

—Lo sé —asentí.

En ese momento entraron los hombres, que se sorprendieron al vernos abrazadas y llorando. Tariq se imaginó la situación. Acercándose a mí, me rodeó la espalda con el brazo y me condujo al exterior.

—Has hablado con ella.

—Sí, lo he hecho. No podía demorarlo más. La situación comenzaba a ser incómoda. Está asustada, Tariq, y preocupada por lo que pueda sucederme.

—Es comprensible —susurró abrazándome—. ¿Estás segura? Es mucho a lo que has de renunciar.

—Me obligaron a renunciar a él antes de que naciera —musité con los ojos llorosos—. Debería estar preparada para ello. He tenido ocho años para hacerlo. Pero me ha sucedido lo contrario: cada minuto que paso a su lado hace más difícil la separación. ¡Me olvidará!

—Seguro que no lo hará —dijo besándome en la frente con ternura.

Tariq me tomó de la mano para conducirme hasta el lugar donde la primera noche habíamos hecho el amor bajo las estrellas. Nuestros cuerpos se habían acoplado a la perfección, como si hubieran sido moldeados para tal propósito. Ambos estábamos hambrientos de esas caricias soñadas y pospuestas durante tanto tiempo. Y mientras eso ocurría de nuevo, conseguimos olvidarnos de todo lo demás, aislarnos del mundo, ascender hasta el firmamento sin pensar en mi renuncia ni en la misión ingente que teníamos por delante. Nos sentíamos unidos y en paz.

—Te quiero, y te juro que algún día serás mi esposa —susurró mientras recorría mi rostro con los labios.

—Creo que yo te he querido desde aquel día en que me ayudaste a levantarme del suelo —confesé esbozando una sonrisa al recordarlo—. Y luego, cuando temí perderte…

—Estuve cerca, pero tú me salvaste con tu ingenio y valentía.

—Hum… Ha habido otras mujeres, supongo —dije con un punto celoso mirándolo a los ojos.

—Las hubo —respondió con una sonrisa, susurrando cuánto había echado de menos esa expresión que me hacía fruncir los labios—. Todo forma parte del pasado, Myrah. Ahora estamos solos, tú y yo, y así será para siempre. Te lo prometo —afirmó, pensando también en los hombres que habrían pasado por mi vida, ninguno de ellos por elección mía.

Entorné los ojos reflejando en ellos todo mi amor. Volvía a sentirme segura y fuerte a su lado. Con él podía quitarme ese caparazón labrado durante tantos años para que no me atravesase el dolor o la decepción. Le devolví los besos que recibía con pasión hasta fundirnos de nuevo como si fuéramos uno.

Habían transcurrido varias semanas desde que Tariq llegara a la granja. Durante el día, ayudaba en los trabajos del campo. Al anochecer, nos reuníamos y, juntos, trazábamos planes para regresar a Samarcanda. Debíamos definir la ruta que seguiríamos, comprar pasajes para cruzar el gran mar y, una vez allí, hacernos con carros para dirigirnos al este o unirnos a alguna caravana que llevara nuestro mismo destino.

—Buscaremos una nave que nos lleve a Constantinopla —decidí una noche mirando el mapa que habíamos dibujado.

—¿Constantinopla? Estuve allí. Esos territorios los dominan los otomanos. ¿No nos causarán problemas?

—No creo. Si tenemos suerte y la familia de Mehmet sigue en el poder, podré convencerlos para que nos ayuden —aseguré con la mirada clavada en el papel, sintiendo despertar de nuevo en mí la sed de venganza.

Y llegó el día de la partida, no por esperado, menos doloroso. Había dispuesto pasar el día contigo, a solas los dos. Deseaba disfrutar por última vez de una de las excursiones que acostumbrábamos a hacer. ¿Recuerdas?

Tú estabas algo alicaído. Desde que Tariq había llegado a nuestras vidas, nada era lo mismo. Isabella andaba distraída y más propensa a enfadarse que nunca por cualquier nimiedad. Sé que la habías sorprendido llorando en varias ocasiones. Por el contrario, a mí me veías feliz, aunque de vez en cuando cayera en momentos de tristeza o melancolía. Habíamos pasado la mañana contentos, observando y dibujando todo tipo de animales, y después habíamos disfrutado de un largo paseo a caballo. Al volver hacia casa nos detuvimos en el riachuelo que discurría junto al molino de aceite. Llevábamos varios minutos en silencio, contemplando las aguas que descendían alocadamente entre las piedras que intentaban desviarla, sin éxito. No encontraba las palabras.

—Tengo algo que decirte, Marco. Quiero que prestes atención. Ya te he explicado alguna vez que nací en una ciudad que se encuentra

muy muy lejos de aquí.

—Lo recuerdo. Una ciudad tan bella como la misma Florencia, según me dijiste.

—Tienen en común muchas cosas, aunque las costumbres y las religiones de sus gentes sean muy distintas. Tariq y yo nos conocimos allí de niños. Luego nuestros caminos se separaron, hasta hace unas semanas, que volvieron a cruzarse. Él ha venido a buscarme. Es hora de regresar a mi hogar —añadí con un nudo en la boca del estómago.

Permaneciste en silencio, sin apartar la vista del río.

—¿Entiendes lo que te quiero decir? Regresaré a mi tierra, y está muy lejos. No es probable que vuelva por aquí —dije reteniendo las lágrimas y rodeándote con el brazo para acercarte a mí.

—¿Por qué tienes que hacerlo? ¿Por qué no vuelve él solo? —preguntaste con un deje de rabia.

—Tengo que hacerlo porque es mi deber. He de cumplir la promesa que le hice a mi padre.

—Las promesas hay que cumplirlas —afirmaste, apretando tus finos labios.

—Sí. Y quiero que ahora tú me hagas una, Marco. Escucha bien: no dejes que nadie te aparte de tu rumbo. Sé que te llevarán a la escuela para que aprendas un oficio. La intención de tu abuelo es buena, pero tú no has nacido para eso. Déjate llevar por tu instinto, por tu curiosidad ante todo lo que te rodea. Recuerda lo que te he enseñado durante estos años y aplícalo. No te conformes con menos de lo que puedes llegar a ser.

—He aprendido mucho contigo. Me gusta cómo enseñas y me encantaría que siguieras haciéndolo —apuntaste con una expresión triste que me removió el alma.

—Tú lo haces fácil —respondí escondiendo mi rostro al abrazarte.

—Pero me dijiste que me enseñarías a escribir como tú, con esas letras extrañas que son como un acertijo y van de derecha a izquierda, y aún no lo has hecho —me reprochaste, recordando la carta que me habías visto escribir días atrás.

No pude responderte, la sequedad de mi garganta me impedía emitir sonido alguno. Sentí el ritmo de tu corazón junto al mío y recé a Alá para que no dejara de latir nunca.

—Pronto iré a la escuela y tendré otros maestros, pero seguro que ninguno sabrá tanto como tú —añadiste también con voz temblorosa, intentando evitar el llanto.

—Me temo que ni tanto como tú. Has avanzado mucho, ya casi no me queda nada que enseñarte —afirmé, esforzándome por sonreír al mirarte—. No dejes nunca de querer aprender, Marco, no te detengas

ante los obstáculos, pues vencerlos es lo que te hará más fuerte.

—¿Cómo puedes estar tan convencida de ello?

—Porque lo vi en las estrellas el día de tu nacimiento. Algún día oiré hablar de ti y me sentiré muy orgullosa.

—¿Podrás oírlo desde tan lejos? —preguntaste, asombrado, con tu delicada voz.

—No habrá distancia que pueda evitarlo.

—Lo prometo, Aigie. Y también que no te olvidaré nunca. —Y me abrazaste con fuerza mientras yo sentía que la perdía.

—Para ayudarte a que eso no ocurra, deseo regalarte esto. Mi padre me lo regaló a mí. Es muy especial —murmuré, sacándome el colgante del cuello para prendértelo.

—Me había fijado en él y tenía curiosidad por saber qué era.

—Ábrelo. ¿Ves? Es una brújula. Te repetiré las mismas palabras que me dijo mi padre: sirve para orientarse cuando uno está confuso. Ella te indicará el norte y nunca te sentirás perdido.

—¡Me encanta! —exclamaste emocionado, estudiándola con tus penetrantes ojos azules, tan vivos como el cielo de un día de primavera—. Gracias, Aigie. ¿Estás segura? Si es un regalo de tu padre…

—No podría dejarla en mejores manos. Y tal vez, algún día, puedas devolvérmela.

Comenzamos el regreso hacia la granja, de nuevo en silencio, cada uno con nuestros propios pensamientos. De pronto, ambos alzamos la vista hacia el cielo al oír un silbido fino que nos llevó a distinguir un águila real sobrevolándonos.

—¡Mira! ¡Es magnífica! ¿Has visto cómo utiliza las alas para planear? ¿Y con qué facilidad cambia de dirección y asciende o desciende a placer? —dijiste a la vez que sacabas con entusiasmo tu cuaderno y garabateabas con una de las tizas que Andrea te había traído como novedad.

Observé con admiración cómo los ágiles y largos dedos de tu mano izquierda daban forma al dibujo en segundos. Yo te había iniciado en ese arte, pero aquel día tuve la certeza de que tenías un don.

—Es un hermoso ejemplar —reconocí con orgullo, pasándote la mano por tu espeso y ondulado cabello.

—¡Me gustaría poder volar como ella! Me pregunto qué las mantiene allí arriba, aun sin mover las alas. ¿Te imaginas lo que debe sentirse surcando las corrientes de aire, planeando? ¡Qué sensación de libertad! ¿Crees que algún día el hombre aprenderá a volar como las aves?

—Hum… No tengo la menor duda de ello —asentí satisfecha al

comprobar que tu curiosidad no tenía límites.

Llegamos a la granja y condujimos los caballos al establo.

Tuve que hacer un gran esfuerzo para no desmoronarme allí mismo, ante tu intensa mirada, cuando te ayudé a descabalgar. ¿Sabías lo que estaba sufriendo por tener que alejarme de ti? Creo que sí.

Después, con las manos entrelazadas, la lentitud de nuestras huellas se acompasó hasta llegar junto a la entrada de la casa. Como si no quisiéramos alcanzarla. Como si ambos fuéramos conscientes de que esa distancia iba a ser la última que recorreríamos juntos a lo largo de nuestras vidas.

66

Yunna se quedó mirando el punto del horizonte por donde habían desaparecido Myrah y Tariq. No se veía capaz de dar la espalda a esa última imagen. Permaneció allí de pie largo tiempo, hasta que sintió una pequeña mano que buscaba la suya. Miró hacia abajo y vio a Marco, que la observaba con un velo de tristeza en el rostro.

—Voy a echarla mucho de menos. Siempre contaba historias increíbles, ¿sabes? Me encantaba escucharlas. La de Aladino, la de Alí Babá, la de Simbad. Algunas veces sueño que formo parte de ellas… Y conoce la naturaleza mejor que nadie. ¡Disfrutábamos tanto de nuestras excursiones por el campo! Ahora no sé con quién lo haré —dijo encogiéndose de hombros—. Era divertido aprender con ella. No sé si volveré a tener una maestra igual.

Yunna sonrió.

—Ciertamente, será difícil que, por muchos años que vivas, encuentres algún maestro que pueda hacerle sombra.

—Mira qué me ha regalado, Isabella —musitó emocionado, abriéndose la camisa.

—Debes estar orgulloso. Es un tesoro para ella, y significa mucho que te lo haya confiado. Deberás cuidarlo y no perderlo jamás.

Marco asintió y cerró los dedos sobre él con fuerza.

Me pasé la mayor parte del trayecto de aquel primer día derramando lágrimas por mi querida amiga, a la que sabía que no volvería a ver jamás, y por la separación de un hijo de cuyos labios nunca había salido la palabra «madre». Aquella última noche, la última que dormiríamos bajo el mismo techo, me deslicé hasta tu habitación tras asegurarme de que todos dormían y, con sumo cuidado, me tumbé junto a ti en el jergón. Con lágrimas en los ojos y un dolor en el pecho que me impedía incluso respirar, volví a relatarle entre susurros mi historia. La misma que te relaté el día de tu nacimiento, Marco, Qasim Ulugh Tīmūr para mí, siempre.

Tariq decidió dejarme expulsar toda la pena sin intervenir en mi duelo. Era mejor así, aunque su rostro reflejaba el sufrimiento por verme en ese estado.

Al llegar a Génova, nos dirigimos al puerto, el mismo que pisé por

primera vez tras bajar encadenada por la pasarela de la carraca, el mismo que visité con Francesco años después. Los amargos recuerdos volvieron a mí con fuerza hasta que me obligué a descartarlos. Preguntamos por alguien que tuviera información sobre la entrada y salida de los barcos que se dirigían hacia el este. Tal como recordaba, el tráfico de embarcaciones era considerable. En cuanto llegamos, nos topamos con un comerciante que estaba aguardando una nave para enviar su mercancía hacia allí.

—Según me han asegurado, en pocos días llegará un barco procedente de Constantinopla. Lo han visto cruzar ya el estrecho de Mesina —afirmó con seguridad.

—Nosotros buscamos algún navío que lleve ese destino.

—Por lo general, el mismo que llega aquí hace después el camino de vuelta.

—¿Y cuánto suelen tardar en volver a zarpar? —pregunté impaciente.

—Nunca se sabe. Depende de lo que se demoren en cargar sus bodegas y del estado del barco. También de su tripulación —respondió encogiéndose de hombros.

Tariq asintió. No teníamos más remedio que esperar.

Tres semanas después salíamos del puerto de Génova a bordo de una nao que desplegaba orgullosa sus velas rumbo al este. No podía evitar que el vello se me erizase cada vez que recordaba la tempestad que habíamos sufrido a la altura de Sicilia. «Pero ahora no estoy sola —me decía— ni voy como esclava». Tariq se hallaba allí, aunque me había confesado que él, a pesar de la enorme diferencia de las circunstancias en que había viajado, también lo había pasado muy mal. Reconoció que el mar no le convencía, que se sentía más seguro a lomos de un caballo cruzando el desierto. Todo eso hizo que la travesía hasta Constantinopla fuera mucho más llevadera. Eso y el hecho de que esa vez las aguas del mar decidieran darnos una tregua y mantenerse en calma.

La ciudad había crecido mucho en los últimos años y se había convertido en uno de los principales focos del comercio. El puerto, el zoco y las calles bullían de vida. Nos movimos por ellos buscando información. Finalmente, en una de las tiendas de sedas donde me detuve a admirar la calidad del tejido, conseguimos sonsacar algo al dueño a cambio de una buena compra.

—Cuando estuve en la ciudad hace años, oí que gobernaba el sultán Murad y que lo hacía con gran sabiduría. No sé si aún sigue…

—inicié esperando que el tendero acabara la frase.

—¿De dónde venís, que no tenéis conocimiento alguno sobre el gran conquistador de Constantinopla? —inquirió mirándolos con cierto desprecio—. Ahora es la capital del Imperio otomano. Desde la muerte de su padre, el gran sultán Murad, que Alá tenga en su gloria, Fatih gobierna con sabiduría. Gracias a él, el imperio vuelve a ser poderoso y respetado en todo el mundo.

Eché una mirada esperanzada a Tariq. Puesto que Murad había sido el padre de Mehmet, Fatih debía ser su hermano.

—Es una ciudad maravillosa. Muchas gracias por todo —dijo Tariq con su mejor sonrisa, poniendo las monedas en la palma de su mano mientras tomaba la mercancía—. Por cierto, ¿no sabrá adónde deberíamos dirigirnos para pedir una audiencia con el sultán?

—Reside en Bursa. Pero, sinceramente, no creo que consigan hablar con él.

Para cruzar el mar de Mármara, que separa Constantinopla de Bursa, alquilamos una embarcación de vela y pagamos a su dueño para que la tripulara. Este nos indicó el lugar en que la distancia entre ambas orillas era menor y, por lo tanto, el idóneo para hacer la travesía. También nos explicó que las fortalezas que se alzaban en las colinas de sus riberas, una en la provincia europea de Rumelia y la otra en la asiática de Anatolia, habían sido construidas por orden del sultán, el gran conquistador. Mientras navegábamos, la visión de las aguas separadas por dos largas franjas de tierra y la ciudad entre ellas, con sus cúpulas destacando sobre el cielo azul, era mágica. Ambos la contemplamos en silencio, empapándonos de esa belleza y observando atentos cómo el sol caía poco a poco hasta sumergirse en el mar.

Habíamos tardado varias horas en alcanzar la orilla opuesta. Cuando atracamos era noche cerrada, así que el capitán nos permitió dormir en el barco.

Al amanecer nos dirigimos a la ciudad. Bursa había sido el núcleo de poder otomano hasta que se trasladó la capital. Las cúpulas de la mezquita Ulu Cami nos guiaron hasta el centro. A su alrededor se distribuía un gran bazar con su amalgama de aromas de té, piel curtida y comidas especiadas, sobre los que destacaban los gritos de los vendedores y compradores. Nos detuvimos en una tienda de prendas de ropa donde adquirimos las adecuadas para presentarnos ante el sultán. Me contemplé al espejo, viendo en él reflejada la imagen de la princesa que una vez fui.

—Estás magnífica. El sultán caerá rendido a tus pies —me halagó

Tariq con tono burlón mientras me abrazaba por la espalda y me besaba en el nacimiento del cuello.

Él también estaba muy cambiado. Nunca lo había visto tan elegante. Habría podido pasar por un príncipe. Me di la vuelta y le devolví el beso.

Atravesamos el barrio de Tophane, donde contemplamos la venerada tumba de Osmar, fundador de la dinastía, para dirigirnos a palacio.

Tras una larga y tediosa espera en una sala repleta de gente que también aguardaba audiencia, por fin fuimos llamados a su presencia. Me esforcé por ocultar ante Tariq mi inseguridad respecto al objetivo que nos habíamos marcado. Al fin y al cabo, el padre de Mehmet había muerto hacía años, y su hermano tal vez no sintiera el menor deseo de venganza por algo que había ocurrido tiempo atrás, pues eso había permitido que él subiera al trono. Recorrimos la inmensa sala, donde se reflejaba toda la riqueza del imperio, hasta situarnos frente a él. Estaba sentado en un trono magníficamente tallado con adornos en oro, en un plano superior al nuestro. Aguardó en silencio sin levantar la vista ni hacer ningún gesto para recibirnos. Su expresión era de hastío.

—Majestad —comenzó Tariq, inclinando su cuerpo en señal de respeto—, me gustaría presentaros a la princesa Myrah de Samarcanda, hija del gran khan Ulugh Beg Tīmūr.

Fatih reaccionó a aquellas palabras alzando la cabeza e incorporándose despacio, sin dejar de observarme. Sentía sus ojos clavados en mí. Yo la mantuve agachada, como marcaba el protocolo. Pasados unos segundos, levanté la mirada y la mantuve fija en él un tiempo que me pareció eterno, hasta que hizo un gesto para que tomáramos asiento. Aguardamos en silencio a que él iniciara la conversación.

—Myrah de Samarcanda. Todos creíamos que habías muerto. Mi padre me relató lo que le sucedió a mi hermano y a toda la caravana que viajaba con él, incluida su joven y bella esposa. ¿Dónde has estado todos estos años, y por qué acudes a mí ahora? —me preguntó entornando los ojos.

Suspiré y comencé a narrarle la llegada de Mehmet a Samarcanda, la ceremonia y la ruta que iniciamos hacia Bursa hasta que caímos en una emboscada. Me costó contener las lágrimas al relatar la felicidad que sintió Mehmet al saber que esperaba un hijo y cuánto deseaba darle la noticia a su padre, y después al detallar cómo había caído su hermano en batalla con bravura y honor. Luego le hice un breve resumen de mi vida como esclava, omitiendo el nacimiento de mi hijo,

hasta la llegada de Tariq y nuestra decisión de volver a la patria para vengarnos de mi hermanastro Abdal, causante de tantas muertes y tanto dolor. Fatih escuchó sin interrumpirme. Su rostro era impenetrable. Después permaneció callado largo rato. El silencio de la sala me permitía oír mis propios latidos. «¿Y si resulta ser un aliado de Abdal?», me pregunté de pronto con cierta angustia. Miré de soslayo a Tariq, buscando la fuerza que necesitaba.

—Yo apenas tenía doce años cuando ocurrió lo que has relatado. Mi padre sufrió mucho por la pérdida de su primogénito y, después, por no haber tomado represalias. Lo vivió como una humillación. En aquel tiempo vivía inmerso en varias guerras abiertas, y eso le impidió dirigir un ejército lo suficientemente numeroso como para enfrentarse a Abdal y a sus aliados. Enviaron un pequeño destacamento, dirigido por su más fiel general, Pachá, con la intención de traerlo hasta aquí, pero fueron derrotados y aniquilados. Mi padre se llevó a la tumba el pesar de haber dejado el asesinato de su hijo sin venganza y el haber conducido a su amigo a una muerte segura.

Tariq y yo nos miramos esperanzados.

—Pero a pesar de todo ello —continuó, cambiando de tono—, si vuestra intención al venir aquí es que envíe un ejército a Samarcanda para apoyaros, debo deciros que no es el momento. Estamos iniciando una campaña en Tebas de suma importancia para consolidar el imperio.

—Han pasado más de diez años. No podemos perder más tiempo esperando el momento oportuno —respondí decepcionada, sin medir mis palabras.

—Majestad, tal vez podríais ofrecernos un pequeño destacamento. Cuento en la frontera con un ejército del que puedo disponer. Así protegeríais a la viuda de vuestro hermano hasta llegar allí —propuso Tariq, moderando el tono al observar el ceño fruncido del sultán.

Fatih lo miró y luego volvió los ojos hacia mí, sopesando su decisión. Entonces decidí jugar nuestra última baza.

—Señor, puedo conduciros hasta el lugar donde yace el cuerpo de vuestro hermano, príncipe otomano, hijo del gran Murad. Fue al único que dieron sepultura con el fin de ocultar su muerte.

Estudié el rostro de Fatih. Estaba midiendo mis palabras. Leí en él una sombra de duda. Era el momento de decantar la balanza a mi favor.

—Quizá os interese saber que vi cómo enterraban su espada con él, la espada de Osmán, símbolo de vuestra dinastía desde que su fundador la empuñara por primera vez. Con su último aliento, Mehmet me rogó que la protegiera hasta que regresara adonde

pertenecía.

Los ojos del sultán se encendieron de pronto.

—¡La espada de Osmán! Yo, el sultán Fatih, soy quien debe poseerla como ostentación del poder del imperio. Pero, como bien has dicho, han pasado muchos años. ¿Estás segura de que puedes recordar el lugar exacto y que aún permanecerá allí? —me preguntó con mirada penetrante, estudiando mi reacción.

—No tengo duda alguna, no podría olvidarlo aunque lo intentase —dije con énfasis—. En cuanto a si durante este largo periodo de tiempo, alguien ha podido hallarla, sería deshonesto garantizaros lo contrario, puesto que es imposible saberlo hasta llegar allí.

De nuevo otro largo silencio se impuso entre nosotros. Al fin, Fatih se levantó y tocó una campana que hizo entrar a su guardia de inmediato.

—Sed bienvenidos a palacio. Permaneceréis aquí como nuestros huéspedes hasta que hayamos organizado el destacamento que deberá acompañaros a vuestro destino. Reuniré al consejo de inmediato. Nuestro príncipe Mehmet debe ser vengado y nuestro símbolo, recuperado. Si eso ocurre, el imperio os estará eternamente agradecido.

Dicho esto, salió de la estancia a paso lento. Tariq y yo nos miramos aliviados y nos retiramos poco después, escoltados por dos soldados que nos condujeron a nuestras dependencias. Una vez allí, Tariq me hizo la pregunta que venía reprimiendo desde hacía rato.

—¿Es verdad que recuerdas el lugar donde sucedió? Con todo lo que sufriste y el golpe de ver a Mehmet asesinado, me cuesta creer que puedas hacerlo tras casi diez años.

—Grabé en mi memoria cada roca, cada árbol, cada accidente del terreno con tal propósito. Me juré que algún día descansaría donde le corresponde. No puedo asegurarlo al cien por cien, por supuesto, pero tenía que darle una razón imposible de rechazar para contar con su apoyo. Sin él, dudo que lleguemos cerca de Transoxiana con vida.

67

La imagen de las tropas otomanas al avanzar en formación, alfombrando a su paso el camino con el colorido de sus emblemas, impresionaba.

Finalmente, tras llevarlo al consejo, Fatih el Conquistador había dispuesto dos destacamentos para marchar hacia Transoxiana. Él mismo comandaría uno. El otro estaría formado por los jenízaros, su cuerpo de élite. Su principal objetivo era devolver la espada de Osmán al lugar que le correspondía, para ser empuñada de nuevo por el sultán del Imperio otomano, como símbolo de su legitimidad y respeto al fundador de su dinastía. En cuanto la tuviera en su poder, tornaría a Bursa con los restos de su hermano para darle digna sepultura, tal como merecía alguien de su rango. No tenía ninguna intención de emprender una guerra tan lejos de su imperio, y menos por la muerte de Mehmet, ocurrida años antes de la conquista de Constantinopla. Gracias a ella, gozaba del respeto de sus súbditos y también de su temor, pues su fama de hombre cruel era bien merecida.

Habían decidido que la ruta pasaría por Damasco, Bagdad e Isfahán (más al sur de la que hiciera yo como esclava años antes, en sentido contrario), y que desde allí subiríamos hacia Merv. Algunas de esas ciudades formaban parte del Imperio otomano y en otras poseían aliados que les serían de gran utilidad para darles apoyo, alojamiento y caballos o carros de repuesto en caso de ser necesarios. Estaba segura de que su mente retorcida no dejaba de dar vueltas a la posibilidad de que, tras esa lucha fratricida, cayera el Imperio timúrida, para dar más alas al otomano.

A pesar de que viajábamos con las máximas comodidades y éramos tratados con deferencia por los soldados de Fatih y por los sirvientes que nos acompañaban, las tres semanas que tardamos en alcanzar Damasco se me hicieron muy largas. Una parte de mi mente se había quedado en Génova. Por ese motivo, cada noche, al cerrar los ojos, evocaba la imagen de nuestra vida allí. Echaba de menos a mi amiga, pero sobre todo me dolía el alma por la distancia que, día a día, me separaba más de ti.

Damasco había perdido la grandeza de antaño, pero aún conservaba su prestigio cultural. Permanecimos allí tres días para reponer fuerzas, intercambiar monturas y recabar alimentos para la

siguiente etapa. Fatih aprovechó para enviar mensajeros y vigías con la orden de preparar el terreno y avistar posibles contratiempos para la buena marcha de las tropas. Teníamos poco contacto con él, pero en el fondo eso nos aliviaba.

Al cuarto día dejamos Damasco en dirección a Bagdad, que alcanzamos dos semanas después, y allí volvimos a reposar tres días más. Tuvimos la ocasión de pasear por sus calles y pudimos comprobar el declive de tan bella ciudad, tras epidemias y luchas de poder. Debo confesarte que nuestros antepasados tuvieron parte de culpa. Me guardé mucho de explicar a nadie que por mis venas corría su sangre. Salimos de Bagdad con el propósito de arribar a Isfahán en doce días. Fatih estaba cada vez más impaciente por llegar a su destino y emprender el regreso a Bursa.

Tariq se mostraba melancólico, nos acercábamos al lugar de donde procedía su familia. Una mezcla de sentimientos bullía en él.

—¿En qué piensas? —le pregunté la noche antes de alcanzar Isfahán, al ver que se removía inquieto y no podía conciliar el sueño.

—En mi padre. Desearía que aún estuviera con nosotros para explicarle que he visitado la ciudad de donde fue arrancada nuestra familia. Tal vez todavía me quede algún pariente por allí. Creo que mi abuelo tenía más hermanos, no sé…

Permanecí en silencio. No quise decirle que era improbable que diera con pistas sobre alguno de ellos en las pocas horas que íbamos a estar allí. Tan solo me acurruqué junto a él y lo abracé con fuerza.

Habían transcurrido varias jornadas desde que dejáramos atrás la bella ciudad de Isfahán, y nos acercábamos a Mashhad cuando uno de los vigías alcanzó al galope la cabecera de las tropas, ocupada por Fatih, sus primeros mandos, Tariq y yo. Había insistido en cabalgar junto a ellos en lugar de hacer el trayecto de manera más acomodada, tal como me habían ofrecido en varias ocasiones.

—Mi señor, se acerca un mensajero a caballo. Enarbola la bandera de parlamento.

—¿Un solo hombre? —preguntó Fatih algo sorprendido.

—No. Lleva una pequeña escolta. He contado hasta seis.

—Veamos qué tiene que decirnos. Dejadlo llegar a mi presencia. Solo a él. Retendréis a sus acompañantes bajo vigilancia a unos metros de aquí.

Detuvimos la marcha, sin descabalgar, alertas a la llegada del mensajero, que apareció escoltado por dos soldados otomanos previamente despojados de sus armas.

—Sed bienvenidos a nuestra tierra, sultán Fatih —comenzó, haciendo una reverencia—. Me envía mi general para haceros una

oferta.

—¿Y quién es vuestro general, que cree poseer esta tierra? ¿Y qué puede ofrecerme que sea de mi interés? —replicó con altivez.

—Primero desea cerciorarse de si es cierto que viaja con vuestro destacamento la hija del khan Ulugh Beg, como ha llegado a sus oídos.

—¿Quién desea saberlo? —exigí dejándome ver y temiendo a la vez que mi hermano Abdal pudiese estar tramando que me entregaran a cambio de alguna recompensa.

—El príncipe Mirza, un timúrida que aspira al trono que ahora ocupa vuestro hermano Abdal —respondió intuyendo que hablaba con la mujer que había ido a buscar.

Navegué entre mis recuerdos y, al fin, una pequeña luz fue abriéndose paso hasta visualizar a un muchacho, algunos años mayor que yo, hijo de uno de mis tíos paternos. Lo había visto por primera vez el día de la coronación de mi padre como khan, y recordaba haber oído que, pese a su juventud, había pretendido también el trono. En los años siguientes, coincidimos en dos ocasiones, durante la inauguración del observatorio y el día de mi boda con Mehmet. En esa última celebración habíamos intercambiado algunas palabras, las suficientes para darme cuenta de que mi primo se había convertido en un hombre de principios y que podríamos contar con su lealtad hacia mi padre, el khan, al que admiraba por su sabiduría y por lo que había conseguido hacer de la ciudad de Samarcanda.

—Mirza Abul-Qasim —pronuncié alto y claro para que me oyeran todos—, lo recuerdo. Dile a tu señor que su prima, la princesa Myrah de Samarcanda, ha regresado y que desea conversar con él.

—Montaremos el campamento junto al río que está a medio día de aquí. Nos reuniremos allí antes de que anochezca —anunció Fatih, asesorado por sus guías.

El mensajero asintió y partió junto con su escolta.

—Myrah —me advirtió Tariq con preocupación—, ¿estás segura de que puedes confiar en él? No sabemos si está aliado con Abdal o si lo único que pretende es eliminarte para allanar su camino.

—Tendremos que correr el riesgo.

—Lo cierto es que, con los hombres que contamos ahora, no tenemos ninguna posibilidad frente a las tropas de Abdal. Habrá que negociar y buscar aliados si queremos derrocar al tirano —afirmó Tariq con determinación.

El cielo comenzaba a anunciar el ocaso del día cuando un sonido de corneta alertó de la llegada de Mirza y los soldados que lo acompañaban. Llevaba rato paseando de un lado a otro de la tienda, concentrada en mis pensamientos.

Habíamos apostado un guardia en la entrada por exigencia de Tariq, que desconfiaba de la buena voluntad de cualquier aspirante a un trono. Él permanecería dentro, junto a mí, en todo momento como escolta personal. Al oír pasos frente a la tienda, se tensó y apoyó la mano en la empuñadura de la espada.

—¡El príncipe Mirza! —anunció uno de los hombres.

—Adelante —dije con voz serena y firme mientras avanzaba hasta situarme en el centro, delante de la entrada.

Un hombre de mediana estatura, cuyos ojos rasgados me escrutaban, se situó frente a mí e inició una leve sonrisa bajo el fino bigote que le caía sobre las comisuras de los labios.

—Princesa Myrah, me alegro de que los rumores sobre vuestra muerte fueran falsos. Lástima que vuestro padre partiera a los jardines de Alá con esa certeza.

—Bienvenido a mi tienda, primo —respondí con un nudo en la garganta al oír la referencia a la muerte de mi padre.

—¿Puedo preguntaros dónde os habéis ocultado todos estos años? Nadie ha oído rumor alguno sobre vos —dijo mientras tomaba asiento al ser requerido para ello por mí como anfitriona.

—Es una larga historia, y ahora no hay tiempo para ella. Solo debéis saber que, gracias a este hombre —indiqué señalando a Tariq —, regreso a mi tierra para ocupar el lugar que me pertenece por derecho. Es mi intención vengar la muerte de mi padre y restaurar su memoria, tal como merece.

Mirza mantuvo la mirada clavada en mi rostro. En la dureza de mis facciones estaba escrito el sufrimiento vivido desde la última vez que me había visto como una joven risueña y feliz. La determinación que asomaba a mis ojos, encendidos por el fuego de la venganza, le obligó a creer en mis palabras. Luego observó al guerrero que, sin mirarme siquiera, controlaba todos mis movimientos.

—Supongo que sabes que Abdal posee un gran ejército y que maneja el reino con mano de hierro. La ciudad es infranqueable.

—No hay nada infranqueable. Solo hay que estudiar cómo, buscar por dónde y encontrar el momento adecuado. Lo conseguiremos.

—Puedes contar con mis hombres. Tengo reunidos a miles de ellos esperando el momento de acabar con el tirano. Muchos son desertores de sus propias tropas y otros se han ido uniendo con los años al descartar la posibilidad de cualquier cambio de gobierno sin forzar una guerra. Pero esa ayuda tendrá un precio —añadió Mirza recostándose en los almohadones.

—¿Qué es lo que deseas a cambio? —pregunté, aun imaginando la respuesta de antemano.

—Compartir el trono contigo. Sé por uno de los consejeros de Ulugh que ese era su deseo respecto a sus hijos, Abdal y tú. Que formarais un gobierno bicéfalo. Te propongo cumplir su deseo, pero conmigo, otro timúrida y, por tanto, legítimo heredero también.

Me quedé pensativa durante largos minutos, estudiando su proposición. Después, me levanté y tendí la mano hacia mi primo.

—Que así sea. Entraremos en los detalles del acuerdo cuando hayamos derrotado al enemigo. Tienes mi palabra.

—Y tú la mía, princesa —respondió estrechándola e inclinando la cabeza en señal de respeto.

—En cuanto a tus hombres, no deseo ofenderte, pero aunque estoy segura de que gozan de tu total aprobación, no así de la mía. La experiencia me ha enseñado que las espinas más peligrosas no son aquellas que están a la vista, sino las ocultas bajo el manto de la confianza. Te ruego que, al entrar en combate, una facción sea capitaneada por Tariq, a la que me uniré yo —anuncié con un tono que sonaba más bien a exigencia.

Mirza paseó la mirada desde mi posición hasta detenerla en el guerrero que me escoltaba. Tariq la aguantó, inmutable, sin desviarla.

—De acuerdo. Tu seguridad es muy importante para alcanzar nuestro éxito —dijo tendiendo la mano a Tariq con firmeza—. Por cierto, yo no me fiaría mucho de vuestro acompañante, el sultán Fatih. Aunque se dice que tiene grandes dotes para la política, también es conocida su fama de hombre cruel y avaricioso. Os aconsejo que no bajéis la guardia.

—Gracias, sabré cuidarme.

—¡Que Alá nos ayude! —dijo al salir de la tienda.

Las tropas siguieron avanzando a buen ritmo hasta llegar al oasis de Mashhad, donde nos esperaba parte del ejército organizado por Mirza para unirse a nosotros. Me quedé asombrada de lo numeroso que era. La explanada junto a las alquerías quedó cubierta de hombres, animales y carros. Esa noche, mientras degustábamos una variedad de frutas después de la cena, uno de los guías que habían mandado de avanzada regresó con noticias.

—Mi general, hemos divisado tropas enemigas apostadas cerca de Merv. Deben tener noticias de nuestro avance.

—Bien. En ocasiones, las palabras vuelan más rápido que las aves. Tengo algunas facciones apostadas al norte, al este y al sur de Samarcanda para cuando llegue el momento —anunció Mirza dirigiéndose a Tariq y a mí—. Están esperando mi señal para atacar.

Parece que Abdal prefiere comenzar la lucha en campo abierto. Debe pensar que nos va a conducir ya mermados hasta Samarcanda cuando lo sigamos. Le hemos hecho creer que lo que han visto sus vigías es el grueso de nuestras fuerzas. Esto nos da una oportunidad si llegamos hasta la capital.

El ritmo iba acelerándose a medida que avanzábamos, como si todos deseáramos enfrentarnos al enemigo cuanto antes. Tras cuatro días de marcha divisamos Merv a lo lejos. La inquietud se iba apoderando de mí a cada paso que me acercaba al lugar donde se había llevado a cabo la emboscada y la terrible masacre. Las imágenes volvían con fuerza, crueles en sus detalles, sin omitir nada de lo sucedido. El sultán Fatih, que durante todo el trayecto desde Bursa había mantenido un perfil más que discreto, se situó junto a mi montura.

—Según lo que relataste, nos estamos acercando a la zona en la que debería encontrarse el cuerpo de mi hermano. Sé cuál es el objetivo y vuestras prioridades en estos momentos, pero confío en tu promesa. Tendremos que emplear el tiempo necesario para hallar su tumba.

—Os di mi palabra y así será. No queda mucha distancia para alcanzar el lugar. Permaneced a mi lado si preferís hasta que reconozca el punto exacto.

Las siguientes horas pasaron muy despacio. Yo iba en cabeza, estudiando el paisaje y sus alteraciones a cada metro que avanzábamos. De pronto, detuve el camello sobre el que montaba y toqué con la vara su muslo trasero para ordenarle que se postrara. Salté con agilidad y me dirigí a un grupo de árboles bajo la atenta mirada de Fatih y seguida de cerca por Tariq, que se había convertido en mi sombra. Me quedé al fin junto a uno de ellos y pasé la mano por el tronco hasta sentir bajo los dedos un grabado. Miré al sultán y afirmé con la cabeza. No hicieron falta palabras, mis ojos húmedos hablaban por sí mismos.

Varios hombres se acercaron al lugar que había señalado y comenzaron a cavar siguiendo las órdenes del sultán. No tardaron en descubrir la fosa donde yacían los huesos del príncipe otomano. Entonces Fatih, que se había mantenido a cierta distancia, se aproximó al borde y asomó la cabeza. Allí estaba. Sobre el esqueleto intacto descansaba, aguardando a ser rescatada, la espada de Osmán. Tras un gesto, uno de los hombres descendió para volver a subir con el acero y un pequeño bulto. No tuve valor para ver a mi difunto esposo reducido a una montaña de huesos. Prefería recordarlo lleno de vida. Por eso había permanecido algo alejada de ellos, con una mano sobre

el estómago, intentando no vaciar su contenido. Una sombra se acercó a mí, rozándome el hombro.

—Tariq —murmuré abrazándome a él con fuerza, mientras veía avanzar a Fatih hacia nosotros.

—Princesa, hemos encontrado esto junto a los restos. Debía guardarlo oculto bajo la ropa. Creo que os pertenece —anunció extendiendo el brazo para entregarme un cuaderno de piel.

Lo tomé con manos temblorosas y lo abrí. Dentro hallé una carta sellada dirigida al sultán Murad cuyo contenido conocía muy bien. Al ver lo que había tras ella, una incipiente sonrisa asomó a mi rostro. Frente a mis ojos estaba Mehmet, sonriendo lleno de felicidad y, tras él, la hermosa ciudad que recordaba. Era el dibujo que le había hecho desde la atalaya situada sobre la colina, al norte de la ciudad. Fatih lo observó con atención.

—Es él. Así lo recuerdo. Un retrato magnífico. Deseo que lo conservéis. Él lo habría querido así. Trasladaremos sus restos hasta Bursa y allí celebraremos un funeral digno de un príncipe. Mis destacamentos pasarán la noche aquí. Mañana, con la primera luz del alba, uno de ellos, conmigo en cabeza, partirá de regreso a la capital para poner a salvo nuestro símbolo, no puede caer en manos enemigas. El otro, el de mis jenízaros, que os aseguro son una fuerza de choque formidable, os acompañará en la cruzada contra el hombre que mandó asesinar a mi hermano. Mi padre descansará al fin en paz.

68

Abdal dejaba vagar su mente mientras permanecía recostado en una camilla, disfrutando de las expertas manos de la masajista —una esclava oriental que, aunque era de constitución menuda, poseía una nada despreciable fuerza en los dedos— y del agradable olor que desprendían los aceites que utilizaba. Las múltiples batallas y las heridas recibidas a lo largo de los años habían pasado factura a sus músculos, antes imponentes. Los dolores que le causaba una de ellas, en la parte baja de la espalda, le impedían dormir algunas noches.

—Debe relajarse, mi señor, hoy está muy tenso —dijo la mujer mientras llevaba las manos a la nuca del hombre, para deslizarlas después con destreza hacia los hombros y la espalda.

En la habitación, un par de soldados custodiaban la puerta. Esa medida, aunque extrema, la había tomado tras el intento de asesinato a manos del anterior masajista. En cuanto vio a su señor desarmado y solo, el hombre sacó una daga con el propósito de acabar con su vida. La casualidad quiso que un guardia entrara en el momento preciso para entregarle un mensaje urgente y llegara a tiempo de desviar la estocada, que acabó rozando su costado. No había sido el único atentado contra el khan, pero sí el que había estado más cerca de alcanzar el éxito. Abdal siguió las recomendaciones de la mujer y cerró los ojos. A punto estaba de dormirse cuando oyó voces que discutían acaloradamente al otro lado de la puerta. Se incorporó de mal humor.

—¿Qué es tan importante que no me permite descansar ni un momento? —gritó encolerizado.

Se oyeron unos pasos y dos golpes en la puerta.

—Permiso para entrar, mi señor. Es un correo urgente.

Abdal resopló y, haciendo un gesto a la esclava para que se retirara, se enrolló una toalla y dio paso al soldado.

—Señor, traigo un mensaje de las tropas que guardan la frontera oeste. Han divisado a un grupo numeroso de soldados que se encaminan hacia Samarcanda.

—¿Un grupo numeroso? Quiero cifras. ¿De cuántos hombres estamos hablando?

—Miles, mi señor —dijo temiendo la reacción a su respuesta.

—¿Y de dónde vienen, qué estandarte lucen sus cabalgaduras? —

preguntó impaciente mientras se vestía.

—Solo han podido identificar uno, el del Imperio otomano, gran khan.

Abdal recibió la noticia con sorpresa. Durante muchos años había esperado un ataque por parte de Murad II para vengar la muerte de su hijo Mehmet y la del general Pachá, tras el fallido intento de secuestro. Pero no había sucedido, y luego le comunicaron la muerte del sultán, que se había producido años atrás. Entonces ¿quién enviaba a sus tropas contra él? ¿Y por qué en ese momento? No tenía ningún sentido.

—Hay también muchos otros soldados que marchan bajo las órdenes de un timúrida. Según dicen, sobrino del anterior khan —dijo sin atreverse a pronunciar un nombre que estaba prohibido.

—¡Mirza! Ese desgraciado sigue creyendo que tiene derecho al reino y alguna posibilidad de destronarme —escupió con mirada encendida—. Nunca será lo bastante hombre. ¡Avisa a mis generales! Los quiero reunidos en la sala grande de inmediato. No podemos perder tiempo, hay que ir a su encuentro antes de que se les unan más tropas. Hay grupos de desertores dispersos por el reino que estarían encantados con la idea de verme muerto o desterrado —reconoció con una sonrisa sarcástica.

Mientras se dirigía con paso firme hacia la sala, Abdal recordó la última premonición de su madre: «Un día llegarán hasta las puertas de la ciudad miles de guerreros venidos de tierras lejanas, a los que se unirán muchos otros por el camino, con el objetivo de derrocarte. Extrema las precauciones, hijo, los augurios no son buenos». En aquel momento no le dio ninguna importancia. Su madre llevaba algún tiempo perdida entre sueños y visiones, a los que ella otorgaba la categoría de certezas. Aun así, en aquella ocasión le había turbado el rostro contraído y el grito de terror al visualizar la escena. No consiguió que dijera una palabra más antes de salir despavorida.

Se recompuso y entró en la sala sabiendo que saldría de allí con una declaración de guerra. Al fin y al cabo, era él quien lo decidiría.

Las tropas rebeldes seguían sumando fuerzas. Numerosos grupos de hombres se incorporaban a las filas para ponerse al mando de Mirza. Sabían que el enemigo estaba sobre aviso de su llegada y por ello se habían dividido en varios flancos para cubrir más terreno.

Tariq había insistido para que me pusiera a salvo, pues intuía que sería el objetivo en cuanto Abdal supiera de mi presencia. Pero me había negado en rotundo. Nadie me iba a impedir luchar por lo que era mío, y menos privarme de acabar con el asesino de mi padre. Durante todas las semanas que habían transcurrido desde que

saliéramos de Bursa, que fueron al menos diez, no había momento libre que no lo dedicara a intensificar mi destreza en el manejo de las armas, que había reiniciado con la llegada de Tariq a Florencia. Mi venganza, perseguida durante tanto tiempo, había pasado a convertirse en una obsesión, lo cual preocupaba a Tariq.

—Tómate un respiro. Si no te alimentas bien y no descansas lo suficiente, de nada te servirá aprender a desenvainar una espada o a lanzar un puñal —me advirtió acercándose al lugar donde me ejercitaba.

—Debo estar preparada —respondí sin apenas mirarlo.

—Por mucho que aprendas, él siempre será más diestro que tú. Lleva toda la vida librando batallas, y ambos sabemos que en un enfrentamiento cuerpo a cuerpo no tienes ninguna posibilidad —insistió con pesar.

—Ya lo hemos discutido. Mi decisión es firme —respondí retando su mirada con determinación.

—¿Qué decisión? ¿La de morir bajo su espada como hizo tu padre? ¡No pienso permitir que lo hagas!

—¿Y cómo vas a impedírmelo?

Tariq bajó los hombros impotente. No le gustaba lo que veía en mis ojos cuando hablaba así. Entendía lo que me había llevado a sentir ese odio, comprendía que me había transformado en otra mujer. Aun así, hizo un último intento.

—Eres mucho más inteligente que él. Busca el modo de ganarlo en tu terreno, porque, si vas al suyo, el físico, estarás perdida. Y no podré seguir viviendo si te pierdo de nuevo —reconoció acariciándome la mejilla.

Lo miré a los ojos y, poco a poco, mis facciones se fueron suavizando hasta esbozar una sonrisa. Me alcé de puntillas y lo besé largamente.

—Tú eres mi verdadera brújula. Pensaré en lo que has dicho. Te lo prometo.

Tariq me alzó en sus brazos para conducirme más allá de las miradas de los hombres, donde pudiéramos disfrutar de nuestra intimidad. Me depositó con la máxima dulzura sobre la hierba y ambos nos poseímos como si no hubiera un mañana.

Habíamos cruzado Bujará, donde reorganizamos las fuerzas, cuando el guía anunció la presencia del enemigo. Mirza y Tariq se reunieron con sus generales para plantear la batalla en campo abierto. El choque entre esos dos grandes ejércitos sería costoso en número de muertos y

heridos. Tariq era un gran estratega y Mirza, un guerrero más que experimentado, pero ambos sabían que delante tenían a un hombre que había hecho de la batalla su vida. No sería una victoria fácil. Seguimos avanzando hasta que los vimos acercarse. A vista de pájaro, debía impresionar la cantidad de guerreros por ambas partes, tapizando la estepa con el colorido de sus monturas, estandartes y uniformes.

Situé mi montura junto a la de mi primo Mirza y le entregué un objeto de forma cónica, hecho con corteza de árbol. La noche anterior le había explicado la idea que había tenido para que sus palabras se oyeran a una distancia jamás pensada.

—¿Estás segura de que este artilugio funcionará? —preguntó con aire algo burlón.

—Lo hará. Años atrás lo comprobé con uno de tamaño inferior, pues la distancia era más reducida, y funcionó —aseguré recordando cómo llamaba a mis alumnas cuando estas se alejaban colina arriba—. Ahora escoge bien las palabras para que sean escuchadas.

Mirza tomó el cono con las manos y acercó la boca al extremo angosto. Entonces, a través del silencio que dejaba percibir el quejido del viento entre ambos bandos, se oyó una potente voz que llegó hasta el frente opuesto del valle: «Soldados, vuestro general es un magnicida y un traidor. El trono que ocupa fue usurpado al khan Ulugh Beg, a quien dio muerte de forma cobarde. Yo soy su sobrino, Mirza. Nuestras tropas son muy numerosas. El sultán del Imperio otomano, Fatih el Conquistador, se ha unido a nosotros con sus jenízaros, y también muchos más hombres desde todos los puntos del país. Quien decida engrosar nuestras filas para ver la próxima puesta de sol a este lado del valle será bien recibido. Os doy mi palabra».

Asentí tras cruzar mi mirada con la de Mirza. Le había pedido que no mencionara mi nombre, ya que el factor sorpresa, si me enfrentaba a Abdal, podía decantar la balanza a mi favor. Habían sido palabras sabias. Sembrar la duda y el temor entre las filas enemigas era un acierto. Mirza me sonrió, señalando el artilugio.

—No sé cómo se te ha ocurrido semejante invento, pero eres digna hija de tu padre. ¡Y ha funcionado!

—Física acústica, mi señor. Potenciar la voz y dirigirla en la dirección adecuada, sin que se disperse.

—No pretendía entenderlo, solo alabarlo —concluyó dirigiéndose a sus tropas para enardecerlos ante la inminente batalla. A un grito de furia, contestaron miles de ellos y, espoleando a sus monturas, se lanzaron ladera abajo.

Tal como le había prometido a Tariq, me quedé en retaguardia con

una pequeña escolta. Desde allí tenía una visión privilegiada de lo que ocurría en el valle. Miles de hombres marchaban guardando la posición, los de infantería, los de caballería y los arqueros. Pude observar que algunos hombres de Abdal intentaban desertar de sus filas y cómo eran abatidos en la mayoría de los casos. Por fin llegaron al cuerpo a cuerpo. El ruido ensordecedor del choque de tropas y el intercambio de golpes llegaba hasta mí, mientras la sangre derramada teñía ya partes del valle. Decidí apartar los ojos. No podía soportar la idea de que Tariq cayese. Aunque confiaba en su destreza, una sombra de duda ante un desenlace fatal me hacía temblar. Tras unos minutos, me obligué de nuevo a observar con un nudo en el estómago.

Cayó la tarde, y la bruma se extendió por la llanura, dificultando la visión. Comencé a oír aullidos y vítores que se aproximaban. Intenté identificar a Tariq entre los guerreros que aparecían, sin conseguirlo. Avancé hacia ellos, mirando a derecha e izquierda, preguntando por él. Descabalgué y seguí andando entre hombres heridos y caballos sin montura. Me agaché para acercarme a algunos cuerpos caídos, rezando para que no fueran el suyo. Me levanté chillando su nombre una y otra vez, y entonces lo vi. «¡Está ileso!», me repetí, sintiendo que mi corazón iba a estallar por el pánico.

—¡Tariq! —grité dirigiéndome hacia él tan rápido como pude. Al ver su ropa empapada en sangre, volví a alertarme—. ¡Estás herido!

—Solo es un rasguño —añadió señalando la parte alta del muslo derecho—, nada que me impida seguir luchando al despuntar el alba.

Me lancé a sus brazos con fuerza, provocándole un suave gruñido.

En ese momento, Mirza se nos acercó. En su rostro se adivinaba una euforia contenida.

—Has luchado con bravura, Tariq —afirmó con un punto de admiración—. Hemos mermado sus fuerzas, mañana acabaremos con ellos.

Los heridos fueron atendidos por los galenos que nos acompañaban, o enterrados, si la gravedad de sus heridas les negaba el goce de un nuevo amanecer.

El silencio se fue imponiendo a los murmullos y charlas que sobrevolaban el campamento para otorgar un descanso merecido a los guerreros.

69

Apenas unas horas después comenzó a desperezarse la mañana, y con ella los soldados que volvían a cubrirse con sus ropas de batalla y a ajustarse las armas para enfrentarse de nuevo al enemigo. Un murmullo de fondo fue creciendo hasta convertirse en vítores aislados de euforia.

—¡Señor, señor! —exclamó un soldado acercándose a la tienda donde nos encontrábamos Mirza con sus generales, Tariq y yo, alrededor de un plano trazado en piel de cordero, prestos a organizar el segundo asalto de la contienda.

—¿Qué es todo este alboroto? Los hombres deberían estar formando para la batalla —intentó averiguar Mirza, contrariado.

—Señores, señora —añadió tomando aire, haciéndome una leve reverencia al ver que me acercaba—, ¡el enemigo se ha retirado!

—¿Cómo? —preguntó Mirza sin acabar de creérselo.

—En la llanura lo único que quedan son cientos de cadáveres a merced de las bestias carroñeras. No hay ni rastro de las tropas enemigas.

—¿No será un ardid? Me cuesta creer que abandone tan pronto el campo de batalla —dudó Tariq, dirigiéndose a los demás.

—Podría ser, pero lo más probable es que sus estrategas le hayan recomendado retirarse hasta la ciudad que tiene fortificada y reforzada con el resto de sus tropas. Nos esperarán allí.

—Pues no hay tiempo que perder. Les hemos dado unas cuantas horas de ventaja para que organicen sus defensas. Será una plaza difícil de batir —apremió Tariq.

—Podríamos sitiar la ciudad —insinuó otro de los generales.

—Eso es impensable. Oí que Gengis Khan consiguió penetrar en Samarcanda de esa forma, tras cinco días de asedio y después de envenenar el agua. Pero nuestros hombres no están preparados para ese tipo de contienda. Además, la población no merece sufrir más —repuso Mirza.

Permanecí callada, enfrascada en mis pensamientos, sin perderme una sola palabra de lo que se decía. Al final, alcé la vista al notar los ojos de Tariq fijos en mí. Sabía que algo me rondaba por la cabeza.

—Myrah, tú conoces la ciudad mejor que ninguno de nosotros. ¿Se te ocurre algún modo de burlar a la guardia para acceder al interior?

—Hum…, pues acabo de recordar que puede haber una —afirmé entornando los ojos y paseando la mirada entre los presentes—. Pero es un pasadizo estrecho y podríamos caer fácilmente como en una ratonera si hay alguien al otro lado.

—¿Un pasadizo? ¿Dónde? —preguntó asombrado Mirza.

—El día que salí de Samarcanda solo teníamos conocimiento de él unas pocas personas: mi padre, su ingeniero, los constructores (que se sometieron a un juramento de silencio) y yo. Se hizo mientras se levantaba el observatorio. Es un pasadizo secreto que transcurre por debajo de él, y la entrada se encuentra bajo el sextante. Ya sabéis que se edificó en un cerro, a las afueras de la ciudad, y por él podía irse del observatorio al interior de la muralla sin salir al exterior. Pero, si es cierto que Abdal hizo derruir toda la obra de mi padre, es posible que esté inservible.

El silencio dominó la reunión ante las pocas probabilidades de éxito. Íbamos a enfrentarnos al enemigo en su campo, fortificado y aguardando un ataque esperado. Necesitábamos abrir una brecha para tener alguna oportunidad. La reunión se prolongó durante casi una hora más. Al fin, todos salieron hacia sus destacamentos para dar las órdenes acordadas, mientras yo me quedaba en la tienda pensando en todo lo hablado y deseando tener la posibilidad de llevar a cabo nuestro plan.

En un tiempo récord, el campamento se levantó y emprendimos la marcha hacia Samarcanda. Si no había imprevistos, en pocas jornadas alcanzaríamos el objetivo.

A nuestro paso, cada día se sumaban más y más hombres provenientes de cualquier rincón del país, haciendo crecer en gran número las fuerzas de ataque. Cabalgando en cabeza, era imposible alcanzar con la vista dónde acababa el mar de corazas y monturas que se extendía como una mancha de aceite por el terreno. Pero lo más impresionante era ver con qué disciplina se ponían a las órdenes de Mirza, de Tariq o de sus capitanes, que iban a su vez organizando los destacamentos. Parecíamos una marabunta de hormigas avanzando en bloque hacia nuestro objetivo.

Frente a mí, a lo lejos, se erguía entre la bruma del amanecer, aún orgullosa, la ciudad de Samarcanda, mi hogar. Sentí una opresión en el pecho que me impedía respirar. Un leve temblor se apoderó de mi cuerpo, como si no tuviera dueño. Tantos años soñando con ese momento y por fin se había hecho realidad. Tariq me observó algo preocupado, luego pasó un brazo alrededor de mis hombros y me

acercó a su pecho.

—Has vuelto a Samarcanda, tal como juraste. Aún nos queda por librar una dura batalla, pero lo conseguiremos, tú y yo juntos, estoy seguro.

—Nunca había sentido algo así —aseguré, intentando acompasar la respiración a mis latidos desbocados—, a pesar de todo lo vivido estos últimos años. Tal vez es porque ahora veo el final cerca, sea cual sea…

—Será su final, no lo dudes —prometió besándome suavemente en los labios.

Mucho más tranquila, como siempre me ocurría tras sincerarme con Tariq, entré de nuevo en la tienda para vestirme. Había llegado el día esperado. Antes de que el sol se ocultase, me enfrentaría a mi hermano y uno de los dos caería.

Una voz desde fuera nos llamó la atención.

—Princesa, hay una persona que desea veros —comunicó un guardia.

—¿Quién es? —pregunté sorprendida.

—Alguien que insiste en que quiere hablar solo con vos. Ya le he cacheado y no lleva armas.

—Está bien. Dile que le recibiré ahora mismo —accedí tras un asentimiento de Tariq, que se había apostado junto a la entrada.

Por la abertura asomó una cabeza envuelta en un turbante que tapaba su rostro con uno de los extremos, dejando solo los ojos al descubierto. El cuerpo, ágil pero de constitución menuda, hacía adivinar el de un muchacho.

—Soy Myrah de Samarcanda. ¿Quién eres tú, qué sabes de mi presencia aquí? —pregunté con voz grave.

Entonces el chico se descubrió el rostro y lo miré primero con duda y luego con asombro.

—Princesa Myrah, mi nombre es Borjin. Hace ya tantos años que voy vestida así —dijo señalando su atuendo masculino— que casi no recuerdo lo que se siente con ropas de mujer.

Con un gesto, la hice tomar asiento en los cojines mientras yo hacía lo propio. Había conseguido despertar mi curiosidad.

—Y bien, Borjin, ¿qué deseas de mí? —pregunté estudiando las finas facciones que dibujaban un rostro que hubiera sido casi perfecto si no lo enturbiara una fea cicatriz en la barbilla.

—Ayudaros a vencer a Abdal, señora. Hace años que estamos organizando la resistencia a su gobierno, gracias a nuestra red he tenido conocimiento de vuestro regreso. Empezamos unos pocos, pero ahora ya somos muchos, y lo bueno para vuestras tropas es que estamos dentro de la ciudad, introducidos entre su personal de

confianza, su guardia y sus proveedores habituales. Hemos aguardado largo tiempo a que se presentase una oportunidad como esta.

—¿Y qué motivo tenéis para haber tejido este complot durante tantos años?

—Todo comenzó el día que tenía que ser el más feliz de mi vida, el de mi boda, con el hombre al que amaba —comenzó relatando casi en un susurro.

Borjin narró sin omitir detalle todo cuanto aconteció aquel lejano día, pasando luego a su conversión como espía y a cómo habían estado a punto de acabar con Abdal con ayuda de los otomanos al mando de Pachá, tras conseguir secuestrarlo.

—¡Pachá! El general de Murad. Me enteré de eso hace poco a través del sultán Fatih, su hijo. Entre nuestras filas se encuentra también un destacamento otomano formado por sus jenízaros. El mismo sultán nos acompañó hasta Merv, dejando a estos hombres para luchar a nuestro lado.

—Pachá era un hombre honorable. Cuando fracasó el intento, tuve que desaparecer. Mi apoyo a la causa se había descubierto.

—Y supongo que fue entonces cuando desapareció la joven Borjin y nació el muchacho. Has sido muy valiente, Abdal no hubiera tenido piedad de ti. Bien, Borjin, vamos a planear el ataque a la ciudad hasta el último detalle. Voy a hacer llamar a mis aliados. Nada has de temer de ellos.

—Antes de retirarme, debéis saber algo más, señora —dijo mirándome con tristeza—. He traído conmigo a uno de los sirvientes de vuestro padre. Está fuera, esperando.

—¿De mi padre, un sirviente? —pregunté sin comprender.

—Estuvo en palacio el día de su muerte. Desea hablar con vos.

—¡Traedlo a mi presencia de inmediato! —exclamé, impaciente por oír lo que tenía que decirme.

Un hombre de mediana edad entró en la tienda y miró nervioso a su alrededor, hasta situar a Borjin junto a mí.

—Princesa —dijo hincando una rodilla en el suelo y bajando la mirada.

—Levántate —ordené con cariño—. Según me han dicho, estuviste en palacio el día que mi padre perdió la vida a manos de Abdal.

—Sí, princesa. Yo serví al gran khan durante años, lo respetaba y amaba. Siempre se portó bien conmigo y con mi familia —comentó con los ojos húmedos.

—Me resultas familiar… Creo que te recuerdo.

—Yo sí que me acuerdo de vos. Vuestro padre os nombraba a menudo con orgullo —dijo haciendo una pequeña pausa—. Esa

terrible tarde, salía de la sala tras haber servido a mi señor cuando recibí un empujón de vuestro hermano Abdal, que entraba furioso. Llevaba tal expresión de ira en los ojos que me atemorizó. Tal vez por ello, en lugar de retirarme como era mi deber, me mantuve al otro lado de la puerta. Oí que discutían y que Abdal le revelaba un oscuro secreto a vuestro padre. No me atreví a mover un músculo por temor a delatarme. Después escuché un gemido y al gran khan murmurar sus últimas palabras antes de partir hacia el paraíso de Alá.

Había escuchado el relato con un nudo en la garganta. Me imaginé la escena y sentí una terrible impotencia al no haber podido ayudar a mi padre ni haber estado junto a él en el momento de su muerte.

—¿Has dicho «un oscuro secreto»? —pregunté recordando sus palabras.

—Siento una gran pena, pues sé que lo que os voy a decir os herirá profundamente, pero creo que es mi deber.

—No sufras por mí. Habla —lo animé con tanto miedo como curiosidad.

—No recuerdo las palabras exactas, pero se refería a lo que la madre de Abdal le había confesado a su hijo poco antes de su muerte.

—¿Rukaiya? —pregunté asombrada.

—Sí, señora —asintió—. La muerte de vuestra madre, la princesa Qara, no fue a causa de ninguna enfermedad.

Me relató entonces cómo mi madrastra había urdido el asesinato de mi madre. Sentí cómo la sangre abandonaba mi rostro y los latidos de mi corazón golpeaban con furia mi pecho. Haciendo un esfuerzo por tomar el control, me dirigí de nuevo al hombre:

—Te agradezco tu valentía y tu sinceridad. Serás bienvenido en palacio cuando restauremos el gobierno legítimo. Estoy en deuda contigo.

—Será un honor volver a serviros. Aquel mismo día, hui a las montañas. Me dije que no volvería a Samarcanda mientras gobernase el asesino de mi señor.

—Pronto dejará de hacerlo. Puedes retirarte. Me aseguraré de que te den protección y alimento. —Antes de que saliera, añadí con la voz quebrada—: Gracias a tus palabras, también la muerte de mi madre será vengada, y ambos descansarán en paz.

Una vez a solas, Tariq se acercó y me rodeó con los brazos. Solo entonces me dejé ir y comencé a derramar lágrimas de amargura e impotencia sobre su hombro.

No dejaban de sumarse soldados que habían desertado o grupos de

hombres armados con la intención de incorporarse a nuestro ejército. El mensaje había llegado hasta el último rincón del reino. Abdal había sembrado tanto odio y terror entre los habitantes que estaba siendo recogido con la esperanza de acabar con su mandato.

Tariq iba en cabeza, tras ganarse el respeto de Mirza. Yo cabalgaba entre ellos. De pronto, alzó la mirada y una gran sonrisa le iluminó la cara al distinguir un águila real que se acercaba hacia su montura y descendía en círculos hasta posarse en su brazo extendido, para el asombro de sus acompañantes.

—¡Yesi, qué alegría verte! —exclamó acariciando su plumaje—. ¿Dónde está el sinvergüenza de tu dueño?

El ave volvió a emprender el vuelo, majestuosa. Tariq siguió con la mirada la dirección que había tomado y vio a un numeroso grupo de hombres a caballo. Sin pensárselo dos veces, espoleó a su montura y salió disparado hacia el lugar con un grito gutural agudo. Lo entendí al momento. Me había hablado en muchas ocasiones de su amigo Soldán y de sus rapaces. Tras explicarles la situación a nuestros aliados, que se habían quedado confusos ante la visión del ave y la reacción de Tariq, seguimos avanzando en la misma dirección que él había tomado.

—¡Tariq, Tariq! —gritó Soldán cada vez desde más cerca.

Una figura llamativa por su atuendo extravagante galopó al encuentro de Tariq.

—¡Soldán, compañero! ¡Cuánto me alegro de verte! ¿Qué haces aquí? —preguntó contento mientras acercaba el caballo hasta descansar la mano sobre el hombro de su amigo.

—¡Vaya pregunta! Venir a tu encuentro. Hace días que te esperábamos.

—¿Tanto tiempo hace que sabes de mi regreso? —dijo extrañado.

—El gran chamán te envía sus respetos —contestó guiñándole un ojo.

Respondió con una sonrisa.

—Hace unas semanas me llamó a su tienda. Me confirmó que estabas muy cerca y que su visión se había cumplido, pues ibas al frente de un gran ejército. Es impresionante —confesó, llevando la mirada hacia la gran extensión por donde aparecía el grueso de las tropas, más allá de lo que la vista podía abarcar.

—Lo es. Empezamos Myrah y yo solos en Florencia. Hicimos una parada en Bursa, donde reclutamos a los otomanos. Después se nos unió Mirza, un sobrino de Ulugh Beg, con sus tropas. ¡Y no hacen más que unirse grupos de hombres a cada jornada que pasa! —explicó con euforia.

—Te he echado de menos, amigo —confesó dándole un empujón con el puño—. Pero…, espera un momento, ¿has dicho Myrah? ¿La has encontrado? ¡No me lo puedo creer! ¡Por fin voy a conocerla!

Tariq desvío la mirada al oír un relincho conocido.

—¿Khumo? ¡Has traído a Khumo! —dijo incrédulo, saltando de su montura para ir al encuentro del animal, que piafaba nervioso al oler a su dueño. Una vez de nuevo junto a su amigo, Tariq lo miró con una expresión de gratitud.

—He creído que merecía acompañarte en esta batalla —explicó dándole una palmada.

Soldán desvió la mirada hacia el grupo de jinetes que se acercaba a su posición. Entre ellos distinguió la figura de una mujer. Reconoció sus ojos verdes, de los que tanto le había hablado su amigo.

—Soldán, supongo —dije, manteniendo mi mirada fija en el personaje y en el águila que llevaba atada a la muñeca.

—Te presento a la princesa Myrah de Samarcanda —dijo Tariq, que seguía acariciando el lomo de su caballo mientras le susurraba palabras al oído.

—Me alegra conoceros al fin, princesa. Hubo algún momento en que creí que erais fruto de la imaginación de mi amigo, o parte de sus sueños.

—Yo también me alegro de conocerte. Estoy en deuda contigo. Sé que salvaste la vida de Tariq cuando tuvo que huir —agradecí con una sonrisa que suavizó mi tenso rostro.

—Estamos en paz. Vos lo hicisteis primero —respondió inclinando levemente la cabeza.

—Deberíamos seguir avanzando. No tardará en anochecer —interrumpió Mirza, impaciente ante la demora.

—No nos hagamos esperar más —asintió Tariq iniciando de nuevo la marcha, esta vez a lomos de Khumo.

Al volverse con su montura, distinguió una bandera que ondeaba a lo lejos, seguida por una gran cantidad de guerreros. Reconoció el emblema del mar de Aral rodeado por multitud de puntos que representaban a los pueblos unidos. Le dirigió una mirada a Soldán emocionado.

—Todos querían estar hoy aquí, Tariq.

A su paso, fue saludando a sus antiguos soldados, que habían ido a mostrarle su adhesión a la causa y su disposición para luchar de nuevo bajo su mando, lo que sorprendió gratamente a Mirza.

70

Recorrí con la mirada a las tropas invasoras que formábamos un anillo a lo largo de las colinas que rodeaban Samarcanda. Los últimos rayos de sol incidían sobre espadas y cimitarras en alto, lanzando destellos como una señal del poder que reunían.

Borjin se había adelantado para entrar de nuevo en la ciudad y alertar a los suyos. Iban a ser una pieza clave en el asalto. Tenía la esperanza de que el pasadizo secreto no hubiera sido descubierto y que permaneciese intacto bajo el observatorio convertido en ruinas. Vestida también con ropas masculinas, y acompañada por un pequeño grupo de hombres escogidos, íbamos a introducirnos por él con la intención de llegar a palacio mientras los asaltantes distraían a las fuerzas enemigas. A la salida, Borjin nos estaría esperando con algunos compañeros para ayudarnos. Sería la oportunidad de enfrentarse a Abdal. El factor sorpresa estaba de nuestra parte.

Tariq y Mirza habían dividido las tropas con la intención de iniciar un ataque sincronizado desde varios puntos, sin dejar ningún espacio por cubrir, abortando así la posible retirada del oponente.

Todo estaba coordinado. Solo había que esperar la señal que nos daría la resistencia desde dentro para abrirnos un corredor.

Tariq y yo nos miramos un tanto asustados. Ambos sabíamos que podía ser la última vez que eso ocurriese. La noche anterior habíamos permanecido abrazados sin conseguir conciliar el sueño. No habían hecho falta palabras; cada uno leía los pensamientos del otro como los suyos propios. Justo antes de separarnos para salir de la tienda, acerqué los labios a su oído para susurrarle:

—Mantente con vida. Si no, la mía no tendrá sentido.

Tariq apretó la mandíbula con fuerza. Sabía que estaba aterrado, no por la lucha que le esperaba, por encarnizada que fuera, sino por la visión del enfrentamiento que yo iba a llevar a cabo contra Abdal.

—Lo haré, te doy mi palabra. Haz tú lo mismo por mí —me rogó al tiempo que me daba un beso en la mano que mantenía atrapada entre las suyas.

Abdal estaba furioso con sus generales. Le habían convencido para replegarse hasta la ciudad, con el fin de mantenerlo a salvo. En campo

abierto, la posibilidad de victoria era reducida debido a la gran diferencia en el número de guerreros, que se había multiplicado desde la primera alerta, según le habían anunciado.

Los centinelas le comunicaron que un numeroso ejército rodeaba la ciudad. Cientos de miles de soldados aguardaban para caer sobre ellos. Se sentía atrapado en una jaula, por inexpugnable que fuera. Durante todos los años en los que había emprendido batalla tras batalla, jamás había sentido miedo a la muerte, como si supiese que su destino estaba marcado y que no era el momento de ir a su encuentro. En cambio, en ese instante, la inquietud le atenazaba el estómago.

—Gran khan, los soldados han cubierto todos los flancos, tal como habéis ordenado. No podría entrar ni una rata sin que nos diéramos cuenta. Vuestra guardia personal custodia el palacio.

—¡Ratas es lo que son! ¿Se creen que van a poder derrocarme? ¿A mí, descendiente y sucesor del mismísimo Tamerlán el Terrible? —inquirió irguiéndose orgulloso.

Durante los últimos meses, cada vez en más ocasiones, Abdal se comportaba como si estuviese poseído. Afirmaba que el mismísimo Gengis Khan lo visitaba en sueños para ofrecerle su apoyo y reconocerlo como digno sucesor. Los que lo rodeaban, atemorizados por las muertes horribles que había causado por mucho menos, no se atrevían a llevarle la contraria ni a dudar de sus palabras. Había incluso quien afirmaba en círculos de confianza que el espíritu enfermo de su madre había penetrado en él para devorarlo poco a poco.

—Puedes retirarte, general. Hay que combatir al enemigo desde las murallas, con todas las armas, tal como se ha dispuesto. Y recordad, no se hacen prisioneros. Quiero la cabeza del traidor Mirza sobre la mesa, y también la del general otomano —gritó con rabia, y ya en un susurro añadió con una mueca sádica— que ha osado unirse a mis enemigos por orden de su sultán, tan cobarde que ha huido a Bursa por miedo a enfrentarse a mí. Como su padre.

Borjin había entrado en la ciudad y llevaba toda la tarde pasando la consigna entre sus compañeros, organizándolos. Había que extremar las precauciones, pues el mismo gobierno seguía tejiendo su red de espías para acabar con los rebeldes. Dejó para el final a Jebe, su lugarteniente, con quien había comenzado, y ambos se encaminaron al punto que Myrah les había indicado como la salida del pasadizo secreto. Se detuvieron ante un muro de dos metros de altura que formaba parte de la muralla que fortificaba la ciudad, casi todo

cubierto por las ramas de los árboles que crecían a su libre albedrío. Para encontrar el lugar exacto, se habían dirigido primero al mercado de las pimientas y, desde ahí, tomaron las callejuelas hasta llegar a la explanada situada frente a la muralla, donde antiguamente se ubicaba un caravasar. Permanecieron ocultos al ver pasar a la milicia urbana, reconocible por sus gorros de fieltro, que realizaba la ronda para asegurarse de que se cumplía el toque de queda. Habían comprobado que todas las fuerzas de Abdal estaban alerta, en sus puestos, aguardando la embestida de las tropas de ataque. La actividad durante la jornada había sido febril: unos prepararon las máquinas que lanzaban piedras, los ballesteros se apostaron en las murallas, otros acumularon flechas incendiarias para repeler al invasor… La población, aterrada por la desgracia que podía caer sobre ellos, se había refugiado en sus casas. Borjin sintió un escalofrío al tener la certeza de la cantidad de vidas que iban a perderse antes del siguiente amanecer. Cuando vieron el lugar despejado, salvaron la distancia hasta el muro lo más rápido que sus piernas les permitieron. Una vez allí, golpearon con una maza tres veces la piedra señalada.

Acompañada por una docena de jenízaros y otra de soldados escogidos por Tariq para la misión, llegamos frente al lugar donde antaño se había alzado, soberbio, el observatorio de Ulugh Beg. Una montaña de ruinas era el único indicio de que allí se había erguido alguna edificación. Tuve que hacer un inmenso esfuerzo para no echarme a llorar. Me vino a la memoria el día que, junto a mi padre y la comitiva de científicos, hincamos la primera pala, señalando dónde se construiría. Luego recordé su gran inauguración y las fiestas que siguieron. Al fin, vi el rostro de mi padre henchido de orgullo ante aquella proeza. Me invadió la rabia ante tanta barbarie. Volví a concentrarme en el momento. Iba la primera, buscando la ubicación del pasadizo, fijándome en las pocas piedras que habían resistido el envite. Me detuve y señalé con el índice el lugar. Los hombres se pusieron de inmediato a retirar los escombros que tapaban la losa indicada. Una vez descubierta, me agaché y palpé los extremos. Pedí una palanca y la introduje en una muesca. Después tiré hacia un lado y, para el asombro de quienes me rodeaban, la losa comenzó a desplazarse con un leve crujido hasta dejar al descubierto una escalera de piedra que descendía hacia el corazón de la tierra. Tomando unas antorchas, comenzamos a bajar por ella. Contamos hasta veinte escalones antes de alcanzar un rellano. Alumbrándome con la luz que me había facilitado uno de sus soldados, me dirigí hacia la pared que

quedaba a mi derecha y hundí una de las piedras, donde había grabado un dibujo geométrico. Todos alzaron la vista al sentir de nuevo el quejido de la losa volviendo a su lugar. La oscuridad nos rodeó, excepto por los pequeños círculos que alumbraban nuestros pasos. Tomé de nuevo la tea y con ella prendí una lámpara de aceite, introducida en un aro de hierro forjado que estaba clavado a la pared, que iluminó una distancia considerable. Cada treinta metros, fuimos repitiendo esa operación. El pasadizo descendía en una pendiente bastante pronunciada, y la humedad y el frío nos hacían tiritar, ya que veníamos de las altas temperaturas del exterior. Tras media hora de avanzar a paso lento, llegamos al final. Un muro se alzaba frente a nosotros. Los hombres se miraron inquietos. Según habíamos acordado con Borjin, debíamos esperar la señal del otro lado que indicaría que podíamos salir sin peligro. Impacientes, aguardamos sentados, unos apoyados en la pared, todos en absoluto silencio.

Pasado lo que nos pareció una eternidad, oímos tres golpes. Entonces, volví a coger la antorcha y, acercándola al extremo izquierdo del muro, lo examiné hasta que di con lo que buscaba. Con una sonrisa triunfal, tiré de una palanca. Como por arte de magia, el muro comenzó a desplazarse hacia un lateral, dejando entrar un soplo de aire fresco que fue bendecido por todos. La luna, en cuarto menguante, se había aliado con nosotros para protegernos, envolviéndonos de oscuridad. Fuimos saliendo uno a uno por la abertura. Cuando lo hizo el último, siguiendo mis órdenes, volvieron a tirar de la palanca. La salida debía quedar sellada. Si fracasábamos, podía ser una vía de escape para algunos.

Tanto Mirza como Tariq, que llevaban reteniendo a sus tropas largo rato a la espera de la señal, oyeron con alivio el sonido de los cuernos hasta tres veces. Entonces, con un grito de guerra estremecedor, se lanzaron al ataque. Los caballos descendieron por la ladera en dirección a la muralla. Iban parapetados tras escudos protectores para esquivar las flechas y piedras lanzadas desde el adarve. A pesar de ello, muchos eran alcanzados antes de llegar al pie del objetivo, pero otros, sorteando los proyectiles inflamados de las catapultas, comenzaron a trepar por el muro.

La resistencia se había organizado como un engranaje perfecto. Los que pertenecían a la milicia, infiltrados entre ellos, ayudaron a los atacantes acabando con los soldados que protegían uno de los baluartes de la muralla. Había sido elegido por su ubicación, ya que quedaba oculto a la vista del resto, para dar la entrada a las tropas.

Los infiltrados entre la guardia personal del khan, en palacio, fueron eliminando a la guardia que lo custodiaba desde el exterior.

Borjin oyó un chirrido seco al otro lado del muro y después comprobó, maravillada, que parte de la pared desaparecía hasta dejar una abertura por la que cabía una persona, por corpulenta que fuera. La primera figura que asomó fue la de un soldado que mantenía firme una espada desenvainada; al reconocer a Borjin, relajó la tensión del cuerpo. Tras él iba yo, cubierta con un turbante y una capa, como un hombre más. Borjin apremió al resto. Cada minuto que pasaba nos exponíamos a ser descubiertos. Al salir los doce primeros, Borjin hizo una seña a su compañero. Ella iniciaría el camino hacia palacio con el primer grupo. Era más seguro separarse. Habían trazado un recorrido hasta allí, ayudados por algunos miembros de la resistencia que se ocuparían de avisar si había peligro o, en caso necesario, se encargarían de silenciarlos antes de que dieran la voz de alarma. El segundo grupo, el de los jenízaros, tenía la misión de ayudar a formar el corredor para facilitar la entrada a las tropas de Tariq. Su furia en el ataque era reconocida, pues cada uno de ellos valía por diez soldados, y su entrega a la causa, siguiendo las órdenes del sultán, por quien todos estaban dispuestos a dar la vida, innegable.

Oía los latidos acelerados de mi corazón por encima del amenazador silencio que me rodeaba. Por fin llegamos frente al palacio, donde se refugiaban Abdal y su séquito de consejeros aduladores y políticos avariciosos. En un ala más alejada, estarían en el gineceo las mujeres de su harén, protegidas por eunucos. La guardia del exterior había sido eliminada y suplantada por miembros rebeldes. Al reconocer a Borjin, nos dieron paso y se mantuvieron en sus puestos para controlar la posible entrada de soldados afines a Abdal. Avanzamos con precaución hasta llegar al primer piso. Allí fuimos descubiertos por uno de los guardias personales del khan que, tras el primer momento de sorpresa al ver aparecer de la nada a un grupo de hombres armados, alzó la espada alertando a los demás con sus gritos.

Borjin y yo íbamos protegidas por nuestros defensores, que luchaban cuerpo a cuerpo contra los soldados de Abdal. Seguimos avanzando a medida que caían los oponentes hacia las dependencias, donde intuía, pues conocía el palacio, que debía ocultarse mi hermanastro. Para mi sorpresa, me di cuenta de que no sentía miedo. Tenía la mente fría y el cuerpo en tensión. Solo una imagen persistía en mi retina: la figura de Abdal. Dejamos a algunos hombres guardándonos las espaldas y continuamos hasta descubrir a dos

soldados custodiando unas grandes puertas. Tras ellas se encontraba la sala del consejo, donde se tomaban las decisiones importantes del reino. Los cuatro guerreros que aún nos acompañaban se abalanzaron sobre ellos con gritos de furia. Entonces aparecieron varios oponentes más llegados desde el otro extremo de la galería y nos vimos superados en número. Borjin desenvainó la espada para ayudarlos, pues era tan diestra como cualquier combatiente. Yo también me preparé para el combate, a pesar de que la idea principal era protegerme a toda costa, pues, si yo caía, los planes de la sucesión al trono podían verse en peligro.

—Princesa —dijo uno de los soldados haciéndome un gesto—, detrás de mí. Vamos hacia las puertas. Sus custodios están entretenidos defendiendo sus vidas.

Hice una señal a Borjin para que se nos uniera. Varios contrincantes habían caído, y los soldados que quedaban en pie podían arreglárselas solos.

Frente a la puerta de la sala, puse la mano en el pomo y abrí.

En la parte opuesta, un grupo de hombres se apiñaban intentando ganar distancia respecto a los atacantes. En fracciones de segundo, reconocí, por sus ropas y su aspecto, a los políticos y consejeros del reino. Barrí con la mirada toda la sala en busca de Abdal, sin dar con él.

—¿Dónde está el que se hace llamar khan? —pregunté agravando la voz para no delatarme.

El silencio sobrevoló la estancia. Solo se oían en el exterior los ruidos de sables chocando y gritos de guerreros por el esfuerzo.

—No está entre nosotros, como podéis comprobar.

Me volví furiosa. Mis ojos encendidos traspasaron a la persona que había hablado y, en dos zancadas, me situé frente a él.

—Habla, si quieres seguir viviendo —amenacé colocándole la daga en el cuello.

—Está en la otra sala, donde se recibe a los embajadores extranjeros —musitó cabizbajo, con voz temblorosa.

—¡Vamos! —ordené a Borjin y a los dos soldados que acababan de entrar en la estancia.

La otra sala se encontraba en el lado opuesto de la galería. A paso rápido, pero con precaución para no caer en alguna trampa, avanzamos hasta ella. Sentía la sangre corriendo desbocada por las venas. Borjin iba a mi lado, también con el cuerpo en tensión. Su deseo de venganza crecía a cada paso que daba hacia el hombre que había arruinado su vida. Al fin, nos detuvimos frente a la puerta. Extrañamente, nadie custodiaba la entrada. El primero de los soldados

se quedó haciéndolo, el otro me apartó cuando ya me disponía a entrar y se colocó delante para acceder primero al recinto. Abrió la puerta con cautela y dio un paso hacia el interior. En ese mismo momento, un silbido cruzó la estancia. Mi vista no fue tan rápida como la flecha que atravesó al hombre, ensartándolo contra la puerta.

Alcé la mirada y mis ojos se cruzaron con otros que semejaban carbones incandescentes. Lo reconocí de inmediato. Apenas había cambiado. Más mayor y con el cuerpo más castigado, pero su rictus era el mismo de siempre. Esa expresión de furia contenida, como un volcán a punto de estallar; ese desprecio en su mirada. Los segundos que me detuve a estudiarlo fueron suficientes para que Borjin entrara en la sala por delante de mí, con un escudo protegiéndose el cuerpo. Se aproximó a Abdal, espada en mano.

Este, al ver el tamaño de su oponente, sonrió con condescendencia y desenvainó. La lucha se prolongó más de lo que había previsto. Su rival era bueno en el manejo del acero. Una estocada le pasó rozando la mejilla, haciéndole brotar un hilo de sangre. Agarré con fuerza mi daga. No había previsto que Borjin intentaría adelantarse para arrebatarme el placer de dar muerte al traidor. Seguí cada movimiento con suma atención, alerta ante cualquier desenlace. De pronto, la espada de Borjin saltó por los aires y quedó a merced de Abdal, que apuntó con la suya al corazón de la muchacha.

—Si queréis salvar la vida a vuestro compañero, será mejor que ordenéis la retirada de los soldados. Él será mi salvoconducto para salir de palacio —dijo con una mueca cruel, mirándome.

Antes de que ninguno pudiera reaccionar, Borjin avanzó con rabia hasta sentir el filo de la hoja arañándole el pecho y, retándolo con la mirada, dijo:

—Mi vida no vale tanto como para salvar la tuya.

Abdal, con un grito de rabia, saltó sobre ella y la atravesó sin piedad. Al retirar la espada, el cuerpo sin vida cayó a sus pies.

—¡Borjin! —exclamé sin poder evitar que aquel grito de angustia saliera de mi garganta.

Abdal la observó extrañado unos segundos y después bajó la mirada hasta la figura que destacaba cruelmente sobre una mancha de sangre que se extendía, y que en su caída había perdido el turbante que la ocultaba. Una luz fue abriéndose paso en el brillo acerado de sus ojos, a la vez que reconocía a la mujer que años atrás había ocupado su cama y su mente, casi de forma obsesiva, y que, tras su fallido secuestro, pareció que se la hubiese tragado la tierra. Su orden de intensa búsqueda hasta en el último rincón del reino había sido estéril.

—¡Borjin! —escupió con desprecio sobre su cadáver—. Aunque tarde, has recibido tu paga, ramera.

Durante este pequeño lapso de tiempo, ya recuperada de la impresión de ver caer a mi compañera, me había situado fuera del campo de visión de Abdal para acercarme sin que se percatara.

—¿Estás preparado para enfrentarte a la muerte? —susurré a escasos pasos de él.

Abdal se volvió sorprendido y miró al chiquillo flacucho que tenía delante.

—¿Pretendes ser tú quien me reúna con ella? —repuso en tono burlón—. Antes de que puedas siquiera rozarme con tu daga, te habré atravesado con mi espada.

Todavía estaba pronunciando la última palabra cuando, con un movimiento veloz, la daga salió disparada de mi mano hasta clavarse en el pecho de Abdal. Al no esperar que la lanzara, no tuvo tiempo de esquivarla.

—No creerías que sería tan estúpida como para darte ventaja en un cuerpo a cuerpo, ¿no? —pregunté en tono triunfal.

—Y tú no debes creer en serio que esta herida de daga en las costillas vaya a detenerme, ¿verdad? —respondió al tiempo que se la arrancaba emitiendo un gruñido.

Supe que era el momento que había esperado desde hacía casi diez años. Me retiré el turbante y el velo que me cubría el rostro. Una incipiente sonrisa se dibujó en mis labios al ver la mirada de incredulidad de mi hermanastro.

—¡Myrah! —musitó mientras su frente se empapaba de gotas de sudor.

—Sí, soy tu hermana. La misma a la que mandaste atacar y secuestrar por esclavistas para asegurarme un horrible final. Y la que el día que se enteró de que habías asesinado a nuestro padre juró darte muerte para vengarlo. Eso es lo que me ha mantenido con vida —añadí atravesándolo con una fría y dura mirada.

—Pues aún no lo has conseguido, hermanita. Tendrás que venir a por mí —repuso empuñando su espada con fuerza.

—Te equivocas. La daga ya ha hecho su trabajo. Llevas la muerte circulando por tu sangre.

Abdal me observó con temor, sin reconocer en la severa expresión de esa mujer a la joven que recordaba. En verdad, comenzaba a sentir un dolor terrible en el estómago, y las manos le temblaban.

—Mi intención era batirme contigo, pero un hombre muy sabio me aconsejó luchar con mis armas.

—¿Tus armas? —preguntó ya cayendo de rodillas, con las manos

sujetándose el estómago y el rostro contraído por el dolor.

—Mataste a nuestro padre con una daga y tu madre asesinó a la mía con veneno. Así será, pues, tu muerte. Esta es mi venganza —seguí detallando mientras me acercaba y observaba cómo le cambiaba el color de la tez, que tomaba un tono verdusco.

—Mi madre tenía razón, ella me lo advirtió… Vosotras, tú y tu madre, erais un peligro —murmuró con la mirada ida, llena aún de odio.

—Dale recuerdos de nuestra parte cuando te reúnas con ella.

En un último esfuerzo desesperado, Abdal intentó atrapar mi cuello entre sus manos, pero sus miembros ya no le respondían. Me levanté y continué observando cómo se retorcía de dolor, mientras su boca expulsaba un líquido amarillento.

—Llévate también contigo la certeza de que nadie llorará tu muerte, y que tu sueño de pasar a la historia como un gran conquistador es, más que absurdo, grotesco. Lo único que se recordará de ti será tu vileza y tu locura —le susurré al oído.

En ese momento oí voces a mi espalda y me volví presta a saltar con la daga de nuevo en la mano y la mirada fría. La sangre seguía agolpándose en mi corazón, haciéndolo latir desbocado, y mi mente aún permanecía perdida en la escena anterior; no podía apartar los ojos de Abdal. Un grupo de guerreros, con Jebe a la cabeza, irrumpieron en la sala con gran estruendo. Al verme ahí plantada, en tensión, con la daga en la mano, Jebe se acercó a mí. Después, miró al cuerpo ya sin vida que tenía a mis pies. En su rostro permanecía un rictus de dolor, y los ojos, desorbitados, aún irradiaban un profundo desprecio mezclado con un tremendo pavor. Barrió la estancia con mirada ansiosa hasta dar con quien había ido a buscar. Un grito de dolor salió de su garganta mientras se acercaba a ella.

—¡Borjin! —exclamó arrodillado a su lado.

Al oír de nuevo su nombre, reaccioné. Me situé tras él y le puse una mano en el hombro.

—Ha sido la primera en enfrentarse a él. Al entrar y ver a Abdal, se me ha adelantado sin darme tiempo a detenerla. Lo siento.

—Así era ella —musitó alzando los ojos hacia mí, mostrándome el profundo pesar que sentía. Después, pasó con suavidad la palma de la mano por el rostro de Borjin y le cerró así los ojos para siempre—. Descansa en paz, amiga mía.

Guardé silencio mientras susurraba lo que me pareció una oración. Sentí lástima por ella, y también por él. Entonces me vino a la mente Tariq y el temor a que hubiera caído me heló la sangre. Jebe se levantó y, señalando a Abdal, dio una orden a los hombres que le

habían seguido.

—Tienes razón, Jebe —asentí al ver cómo alzaban su cuerpo—, su ejército debe saber que el traidor ha caído. Tienen que deponer las armas. No hay por qué derramar más sangre.

—Princesa, nosotros os protegeremos —dijo, y haciendo que dos hombres se colocaran a derecha e izquierda, y también delante y detrás de mí, salimos del salón.

La imagen era estremecedora. Los cuerpos mutilados y ensangrentados de soldados de ambos bandos cubrían las calles. El ruido de sables y los alaridos de guerra, rabia y dolor inundaban el aire impregnado de olor a muerte. Yo intentaba distinguir a Tariq entre la multitud con un nudo en el estómago y un oscuro presentimiento. Jebe alzó el cuerpo de Abdal mientras anunciaba su muerte y sus hombres la gritaban a los cuatro vientos. Poco a poco, la noticia fue llegando a todos los rincones, hasta alcanzar a los altos mandos de su ejército, que acabaron deponiendo las armas.

La batalla había acabado y, aunque había durado tan solo una noche y un día, las bajas iban a contarse por miles. Los vencedores comenzaron a entonar vítores y gritos de alegría, abrazándose entre ellos. Yo me escabullí de mis protectores para lanzarme a buscar a Tariq de forma desesperada. Paseé entre muertos y heridos sin dar con él. Vi a lo lejos a mi primo Mirza dirigiéndose a los soldados desde su montura. Llegué hasta la muralla gritando el nombre de mi amado, pero solo obtuve el eco de mi voz a modo de respuesta. De pronto, oí que me llamaban y me volví en esa dirección. A través de la bruma, vi aparecer la curiosa figura de Soldán y corrí a su encuentro.

—¿Tariq? —pregunté en forma de súplica para no tener que oír lo que me negaba a creer.

—Está herido, Myrah. Me ha enviado a buscarte —señaló con voz grave.

Volvió a mi mente el estado de los cuerpos que había visto. De sus heridas. Y me estremecí. Miré a Soldán con temor y afirmé con la cabeza, dispuesta a ir tras él. A cada paso que daba, más se me encogía el estómago. Al fin llegamos al lugar donde yacía. Al verlo allí tendido, corrí a su lado y me arrodillé junto a él. La sangre cubría su pecho y su tez había perdido su color para dar paso al de la muerte. Me miró y esbozó una sonrisa antes de desvanecerse. Sentí en mi interior una furia incontenible. No podía ser. No iba a permitirlo. Otra vez no. Alcé la vista hasta Soldán.

—Hazte con una camilla y varios hombres. Debemos llevarlo a palacio. De inmediato.

—Myrah, no creo…

—Me da igual lo que creas. No voy a permitir que muera. ¡Hazlo! —ordené mientras apretaba contra la herida la tela que acababa de rasgar de mi camisa.

Regresó enseguida. Con sumo cuidado, lo izaron y lo depositaron en la camilla. Después me siguieron hasta que lo hice traspasar a un lecho. Empecé a dar órdenes sin dejar de apretar, intentando recordar todo lo que había aprendido de Yunna y lo que había leído en los libros de medicina. Hice hervir agua, buscar hilo y aguja y paños limpios. Mandé colocar lámparas para iluminar su cuerpo. No sé cuánto tiempo pasó hasta que conseguí contener la hemorragia, cerrar la herida y vendarla. Me miré las manos, llenas de su sangre, como si pertenecieran a otra persona. De pronto, oí una voz a mi espalda:

—Myrah, debes descansar, ya no puedes hacer nada más por él.

Soldán me sujetó del brazo para levantarme. Cuando él salió del cuarto, recuerdo vagamente que una mujer me lavó las manos y me ayudó a cambiarme de ropa, pues la mía estaba empapada. Me negué a salir. Entonces colocaron un colchón junto a la cama donde descansaba Tariq y dejé que me tumbasen allí con la condición de que velaran por él y me despertaran si había algún cambio.

Tuve que esperar toda esa noche y dos días más para ver cómo Tariq abría los ojos y los clavaba en mí. Por fin, tanto la fiebre como el peligro de infección empezaron a remitir. Lo había conseguido. Alá esa vez había escuchado mi plegaria.

71

Una de las condiciones que había impuesto para apoyar el nombramiento de mi primo Mirza como nuevo khan era prohibir el saqueo y la violación de los habitantes de Samarcanda por parte de las tropas vencedoras. El objetivo era conservar lo que quedaba de la ciudad y hacer entender a sus habitantes que, bajo su mandato, ellos gozarían de protección. El castigo, si algún soldado incumplía la orden, era la expulsión inmediata del ejército con deshonor y el destierro.

Otro de los requisitos fue que los soldados de las tropas vencidas que desearan incorporarse al nuevo ejército deberían pasar un periodo de prueba para su evaluación, que sería supervisada por el nuevo general, Tariq.

El tercero, que se destinaran una parte de los impuestos recaudados a la reconstrucción de los edificios emblemáticos de la ciudad, como la madrasa, la universidad y el observatorio. Y lo más importante, que se restaurase el honor del anterior khan, Ulugh Beg Tīmūr, y que se construyera un mausoleo en su memoria.

Se propuso también un homenaje a los soldados caídos en combate, con especial mención a Borjin, sin cuya ayuda al mando de la resistencia habría sido imposible la derrota del régimen anterior.

El pueblo celebró nuestra victoria con gran entusiasmo, ya que el reinado de Abdal, basado en el terror y la imposición, había dejado a la ciudadanía exhausta. Las caravanas pasaban de largo, imposibilitando el comercio; los estudiantes, al haber derruido la universidad, ya no tenían razón para venir; los sabios y científicos, más perseguidos que protegidos, habían emigrado a otros territorios donde se los valorara. Al paso del nuevo khan, Mirza Abul-Qasim, y al mío como princesa de Samarcanda en cabeza de los destacamentos, las gentes salieron de sus casas para aclamarnos. La esperanza había vuelto a la ciudad con el propósito de convertirla de nuevo en la que había llegado a ser bajo el reinado de Ulugh Beg.

Tomé posesión del palacio diseñado por mi padre a las afueras de la ciudad, pues prefería estar más cerca de la naturaleza y de la futura reconstrucción del observatorio. Mirza se instaló en el otro, más antiguo, dentro de las murallas, desde donde habían gobernado los anteriores khanes. Ambos teníamos por delante una ardua tarea si

queríamos alcanzar el objetivo que nos habíamos marcado. Lo primero era rodearnos de los mejores hombres para componer un nuevo consejo, del cual yo formaría parte también. Del antiguo, creado por Ulugh durante su mandato, hice llamar a mi presencia a todos los hombres, sin excepción. Estaba decidida a averiguar quiénes habían traicionado a mi padre y acabar con ellos. Mi sed de venganza todavía no estaba colmada.

—Myrah, ¿estás segura de que es la decisión correcta? —me preguntó Tariq, que seguía recuperándose de sus heridas.

—¿Y qué tengo que hacer, olvidar su traición, pasarla por alto? —repuse frunciendo el ceño.

—No. Pero deberías estudiar cada caso con detalle antes de decidir. Solo digo que no te precipites.

Tras meditarlo esa noche, me di cuenta de que tenía razón. No necesitaba derramar más sangre sin motivo. Hablaría con ellos, uno a uno, y tomaría la decisión pertinente en cada caso. Recordé aquel lejano día en que le pregunté a mi padre cómo sabría castigar o perdonar justamente en cada ocasión si algún día tenía que hacerlo, y él me había respondido que yo misma lo sabría llegado el momento. Era la hora, y estaba preparada. No me temblaría el pulso para condenar a muerte a aquellos que hubieran urdido la traición, pero tampoco me sentiría más débil por perdonar a los que no habían tomado parte.

Tariq, a medida que recobraba fuerzas, invertía la mayor parte del día en conocer a sus soldados para asignar a cada uno la posición que merecía según su adiestramiento, su formación y sus aptitudes. También había tenido en cuenta su comportamiento en la batalla, ascendiendo a los más valerosos o degradando a los que habían mostrado menos entusiasmo. Aquellos que habían formado parte de las tropas de Abdal fueron divididos entre los mercenarios venidos de otras tierras —que fueron expulsados del imperio— y los soldados de profesión, algunos formados en tiempos de Ulugh y otros reclutados después por Abdal. Estos últimos eran vigilados de cerca por los capitanes que Tariq había nombrado.

Los supervivientes del destacamento otomano, compuesto por los jenízaros, retornaron a su país con una carta sellada para el sultán Fatih, escrita por mí y avalada por el nuevo khan, donde se agradecía su colaboración para recuperar el trono y se le anunciaba el deseo de firmar un tratado para prolongar la paz entre nuestros imperios.

Soldán, después de permanecer un tiempo en Samarcanda vigilando de cerca el estado de Tariq, al llegar la primavera decidió que era el momento de marchar de nuevo hacia el norte, llevándose

con él a los hombres que se le habían unido para ayudar a Tariq en la gran batalla. Al ser parte del ejército que había capitaneado cuando vivía entre ellos, se constituyeron como aliados para defender la frontera del norte.

—Soldán, hermano, te echaré de menos —dijo Tariq juntando sus frentes en señal de fraternidad.

—Y yo a ti, y también todo esto —respondió, abarcando con el brazo lo que los rodeaba.

—Tariq me ha hablado maravillas del mar de Aral, de su abundante pesca y de los paisajes que lo rodean —intervine al tiempo que enlazaba la mano con la de Tariq—. Iremos a visitaros la próxima primavera, si el deber nos lo permite.

—¡Me parece una idea estupenda! Así también podré presentarte al gran chamán. Estoy seguro de que se alegrará de conocerte y de ver de nuevo a Tariq. Cuida de él, es el mejor hombre junto al que he cabalgado —me susurró con emoción al oído antes de montar sobre su yegua.

Nos quedamos ahí, observando cómo se alejaban de la ciudad. Sabía cuánto le dolía a Tariq su marcha, así que le cogí la mano con fuerza mientras dirigíamos nuestros pasos, en silencio, hacia palacio.

Tariq aguardaba la audiencia que había solicitado con el nuevo khan con nerviosismo creciente. Paseaba en círculos por la sala, bajo la paciente mirada del soldado que custodiaba las puertas. Había sido reconocido por haber posibilitado la vuelta de la princesa Myrah a Samarcanda. Era querido y respetado por sus soldados, a los que durante meses había formado y organizado como un gran ejército. Pero no estaba seguro de que todo ello fuera suficiente para que el khan le concediera su petición. Al fin, las puertas se abrieron y su nombre resonó entre las paredes. Con decisión, dirigió sus pasos hacia la sala.

—Adelante, general. ¿Qué noticias traes? —preguntó Mirza, levantándose para acercarse a él, pues se había ganado su respeto y amistad.

—Mi señor, no es nada referente a mi cargo lo que me trae hoy a su presencia —aclaró carraspeando ligeramente.

—Dime pues, estoy intrigado —reconoció, haciendo un ademán para que tomara asiento junto a él.

—Se trata de la princesa Myrah. No es ningún secreto lo que siento por ella, ya lo sabéis. Le juré hace tiempo que un día sería mi esposa. Ese es mi mayor deseo, aunque sé que no soy digno de ella —confesó

bajando la mirada.

El silencio cubrió la sala y, con él, aumentó el desasosiego de Tariq.

—Es cierto que no es ningún secreto el amor que le profesas, solo hay que observarte cuando la miras —dijo alzando la mano para evitar que le interrumpiera—. Tampoco lo es que ella siente lo mismo por ti. Por otra parte, ella es una princesa, una timúrida, y tú, aunque general de mis ejércitos, eres de origen humilde.

—Lo sé, señor —asintió con tristeza.

—El hecho es que, como khan y gobernador de Transoxiana, puedo tomar ciertas decisiones, aunque no siempre cumplan con la ley vigente.

Tariq alzó la vista para enfrentar la mirada de Mirza, que parecía disfrutar con su sufrimiento.

—Pero la ley es la ley —añadió el general inquieto.

—Las leyes las hacen los hombres. No son sagradas. Pueden cambiarse por una razón que lo justifique. Y en verdad esta es una de ellas —sentenció con un inicio de sonrisa en el rostro.

—¿Estáis diciendo que…? —preguntó con un hilo de voz.

—Así es, general Tariq.

Tariq permaneció sin reaccionar unos segundos, intentando asimilar lo que acababa de escuchar de labios del khan. ¿Era posible que le hubieran dado el beneplácito para convertirla en su esposa?

—Ve a comunicárselo. Ambos sabemos que la paciencia no es una de sus virtudes. Dile que os doy mi bendición. Puedes retirarte —añadió levantándose e invitándole a dejar la sala.

—Señor, nunca podré agradeceros lo suficiente el honor que me hacéis —contestó abrumado por la situación e inclinando la cabeza en señal de respeto antes de abandonar el lugar.

Al cruzar las puertas del palacio, tuvo que controlarse para no estallar en gritos de júbilo. Salió corriendo hacia el lugar donde habían acordado encontrarse, el mirador donde tantas veces habían estado de chiquillos. Al acercarse, la vio ensimismada, contemplando las vistas. Se detuvo un instante para observarla a placer. Era la mujer más hermosa que había visto jamás. Myrah lo oyó llegar y se volvió con presteza. Cuando sus ojos se cruzaron, su cara se iluminó al instante y salió disparada hacia sus brazos.

—¿Puedes creerlo? ¡Mirza me ha concedido tu mano! —exclamó mientras me besaba.

—Una noche me hiciste esa promesa —contesté con emoción—, y

siempre supe que la cumplirías.

Había fantaseado con ese momento durante mucho tiempo. Desde aquella noche en que me besó, cuando éramos una princesa y un chico del pueblo. Más tarde, una esclava conducida a otro continente y un condenado a muerte, huido sin saber adónde. Ahora, yo de nuevo princesa de Samarcanda, heredera del khan Ulugh Beg, y él general de mis ejércitos. A Tariq le había costado dar el paso de pedir mi mano. Decía que prefería seguir con la esperanza de un sí a tener la certeza de una negativa. Incluso había hecho planes para una posible huida juntos llegado el caso, a pesar de saber que jamás volvería a abandonar mi ciudad. Pero insistí, asegurándole que había hecho méritos más que suficientes para ser mi esposo y jurándole que ningún otro estaría jamás a su altura ni ocuparía un lugar en mi corazón. Le prometí que nada iba a hacerme sentir más orgullosa que ir a su encuentro hacia el altar. Y finalmente cedió a mis súplicas. Nunca le confesé que, en aquella primera reunión con mi primo Mirza, una de las condiciones para apoyar su subida al trono había sido mi futuro enlace con él. No podía dejar nuestra felicidad a merced de ninguna decisión ajena a nosotros, ni siquiera de la del futuro khan.

La ceremonia se celebró dos meses después, el tiempo que necesitamos para organizar las fiestas que seguirían al enlace y que se prolongarían hasta siete días, para regocijo de los habitantes de Samarcanda y de los venidos desde todos los lugares de Transoxiana, deseosos de dejar atrás la época oscura y de volver a la ciudad para disfrutar de tan importante acontecimiento.

Aquella noche, las estrellas brillaban en el cielo con un fulgor especial. Me detuve junto a Tariq y levanté el rostro hacia él. Entonces, enlacé mi mano con la suya y la deposité en mi vientre con suavidad.

El día que Tariq volvió a mi vida, después de aquella primera noche, hablé con Yunna. No podía quedarme encinta. Teníamos por delante el duro camino de regreso a casa y después la probable guerra contra el poder establecido, así que no estaba preparada para volver a ser madre. En dos ocasiones, y por motivos muy diferentes, había perdido a mis hijos. No podía enfrentarme a la idea de volver a tener que pasar por algo semejante. Así que Yunna me dio los consejos pertinentes, aparte de algunos remedios, para evitarlo hasta que lo considerara oportuno.

Y una noche, tras yacer con Tariq y sentir una vez más todo su

amor, supe que ese momento había llegado.

Cuando recordábamos el día en que se lo comuniqué llena de felicidad, me confesó:

—No hicieron falta palabras, entendí al instante lo que querías anunciarme, pues tus ojos se encendieron con esa chispa que indicaba algún secreto, mientras tus labios esbozaban una sonrisa.

Epílogo

Samarcanda, 1494

La estancia se hallaba en penumbra. Había hecho correr las cortinas para que el brillante sol de julio no incidiera sobre el lecho donde descansaba Tariq. Permanecía sentada junto a él, en silencio, sin apartar la mirada de ese cuerpo enfermo que apenas reconocía. Mi rostro, sumido en una profunda tristeza, estaba humedecido por las lágrimas que se deslizaban por él. Había hecho salir a todo el personal, incluso a nuestra hija Qara (a pesar de sus protestas) y a nuestros tres nietos. Quería estar a solas con él por última vez. Un leve movimiento de su mano hizo que me inclinara para tomarla entre las mías. Sus oscuros ojos, donde aún destacaba ese fulgor que se resistía a abandonarlos, se abrieron para cruzarse con los míos, reflejando un amor infinito. Sus labios dibujaron una tímida sonrisa y, con enorme esfuerzo, consiguió hilvanar unas palabras:

—Sigues siendo la mujer más bella, y te he querido con locura toda mi vida. Me llevo conmigo la felicidad que hemos compartido.

—¿Cómo voy a seguir adelante sin ti? —susurré depositando un beso en su frente, que ardía—. Ya nada me liga a esta tierra. He hecho todo lo que debía. Quiero irme contigo. No me dejes sola, por favor —rogué sollozando.

—Te equivocas, Myrah. Tienes algo pendiente que ahora debes concluir —contestó, mirándome con ternura—. Debes volver allí y comprobar en qué hombre se ha convertido.

Lo observé con un velo de desesperación al constatar que su pecho ya no tenía movimiento alguno. Con mucha suavidad, llevé la mano hasta sus ojos y los cerré para siempre. Nunca más volvería a sentirlos sobre mí como una cálida caricia. Deposité un último beso sobre aquellos labios que jamás volverían a buscar los míos ni pronunciarían mi nombre como solo él lo hacía. Después, sin poder contenerme más, me eché sobre él empapando las sábanas con un llanto desgarrado, dejando aflorar el terrible dolor que me embargaba.

Tras varias semanas de luto en las que fui deambulando por palacio

sin saber qué hacer ni adónde ir, y sin querer apenas probar alimento alguno, mi hija Qara decidió que no podía seguir así, o iba a perderme también a mí.

—Madre, es hora de que pienses un poco en ti. Padre no querría verte en este estado —dijo acercándose a mí, rodeándome la espalda con el brazo para atraerme.

—No me veo con fuerzas para vivir sin él, Qara. A mi edad, ya no me queda nada por hacer. Desearía estar a su lado, allí donde se encuentre —confesé con los ojos anegados.

—Me tienes a mí, a tus nietos que te adoran y esperan tus historias con impaciencia cada anochecer, y también la universidad, donde hace apenas unos meses seguías impartiendo clases.

Contemplé a nuestra hija con afecto. Tenía mis mismos ojos, pero todo lo demás, incluido su carácter y sus preferencias por el ejercicio físico antes que el estudio de las ciencias, era de su padre. A pesar de intentarlo, no había conseguido introducirla en ninguna de las materias que me habían apasionado de pequeña y que había compartido con mi padre, el gran Ulugh Beg. Durante años, había impartido clases en la universidad sobre todas ellas, y algunos alumnos habían destacado sobre otros, pero ninguno había cubierto las enormes expectativas que me había impuesto. Poco a poco, una pequeña luz se fue haciendo en mi mente, y las últimas palabras de Tariq me volvieron a la memoria, desde el lugar donde las había apresado: «Debes volver y comprobar en qué hombre se ha convertido».

—Hum…, tienes razón, hija. Es hora de dejar que tu padre descanse en paz —asumí con resignación—. Tengo que explicarte algo que ocurrió hace muchos años y que he intentado enterrar por lo doloroso que es el recuerdo. Ven, siéntate junto a mí y presta atención.

Por tercera vez en mi vida, emprendí la marcha a tierras lejanas, atravesando países, desiertos y montañas. Noté el paso de los años sobre mi cuerpo al iniciar tal aventura, a pesar de hacerlo en buenas condiciones y a que la mayor parte de los caminos que tomábamos habían mejorado ostensiblemente respecto al último viaje. También por tercera vez, crucé de nuevo el Mediterráneo. Las embarcaciones habían evolucionado durante todos esos años, pero el mar continuaba tan bravo como siempre, sin dejarse amedrentar por los cuerpos extraños que lo surcaban. El oleaje restallaba contra el casco y barría la cubierta con fiereza. A pesar de ello, no sentí miedo. Una fuerza

interior me susurraba que ese no podía ser mi final. Aún no.

Al llegar a Florencia, esa vez acompañada por un pequeño séquito, nos dirigimos hacia las afueras, hasta el pueblo donde viví unos años de mi vida. Hacía mucho tiempo que no recibía noticias de allí, pero mantenía viva la esperanza de ver de nuevo a mi gran amiga. Al divisar la pequeña colina, con la granja destacando sobre un cielo añil, sentí que el estómago se me encogía. Los recuerdos se agolparon de pronto, los buenos y los malos. Tragué saliva y di la orden de detener el carruaje frente a la entrada de la casa. Dirigí los pasos hasta la puerta y, tras una breve pausa para tomar aire, llamé con decisión. Unas risas me llegaron desde el otro lado antes de que esta se abriera.

—Buenas tardes. ¿En qué puedo ayudarla, señora? —dijo una amable joven que cargaba un bebé en su regazo.

La estudié con atención hasta reconocer en su rostro alguna sombra de los rasgos de mi amiga. Entonces, con una amplia sonrisa, me presenté:

—Buenas tardes. Tú debes ser Maria o Gabriella, ¿no? Vengo a ver a tu madre. Soy Myrah —respondí con emoción contenida.

—¿Myrah? Qué extraño, mi madre nunca la ha mencionado, pero se empeñó en llamar así a mi hija, en lugar de Maria, que es su nombre de bautismo.

Tardé en asimilar el significado de tales palabras. Me mudó el semblante y temí la respuesta a mi siguiente pregunta.

—¿Se encuentra en casa?

—Lo siento, no está en condiciones de recibir visitas.

—Tal vez me nombró como Aigie —añadí esperanzada al oír su negativa, recordando de pronto.

—¿Aigie? ¡Claro! Pasa, por favor, perdona por no haberte reconocido —dijo señalando mi atuendo algo azorada—. Era muy pequeña cuando te vi por última vez.

A través de la fina pared que separaba la habitación donde se encontraba, Yunna tensó el cuerpo y aguzó el oído. Ese timbre de voz le llegaba desde una bruma lejana que no alcanzaba a disipar, pero algo se removió en su interior. Siguió prestando atención, luchando por desvelar lo que su mente le negaba.

Ya en el interior, paseé la mirada por la estancia. Casi todo permanecía tal como lo recordaba. El griterío de los pequeños se detuvo en seco para contemplarme con curiosidad.

—Niños, salid a jugar fuera. Vigila a tus hermanos —ordenó a la mayor.

Una vez solas, Gabriella me ofreció asiento.

—Aigie, siento decirte que mi madre está muy mal. Pocos meses después de morir mi padre, empezó a decaer. Fue perdiendo la memoria poco a poco, primero con pequeños detalles que se agravaron con el tiempo. Ahora ni siquiera reconoce a sus hijas ni a sus nietos. Por eso vinimos a vivir aquí con mi esposo y mis hijos. No podía estar sola —suspiró—. Durante los últimos días, cuando aún tenía momentos de lucidez, hablaba mucho de vuestro país. A ratos lo hacía en una lengua que nadie podía entender, como si hubiera vuelto a la niñez.

El golpe fue tremendo. No fui consciente de cuánto la añoraba ni de la necesidad que tenía de estar con ella hasta que oí esas palabras.

—Lo siento mucho. Aun así, me gustaría verla una última vez —rogué con los ojos bañados en lágrimas.

Gabriella me miró con pesar. Tras unos segundos, se levantó y me hizo un gesto para que la siguiera hasta la habitación donde se encontraba su madre.

Yunna oyó unos pasos acercándose a su puerta y vio que esta se abría con suavidad. El miedo le atenazó el cuerpo. ¿Qué quería aquella mujer de ella? ¿Venía a buscarla para llevársela a otro lugar? Volvió la cabeza para evitar su mirada, como si con ello pudiera hacerse invisible.

Entré despacio, preparándome para la imagen, pero al verla allí sentada, con el cuerpo encogido y la mirada perdida en el horizonte, como si se buscara a ella misma entre la niebla, me sentí morir. Tragué saliva y, con miedo a enfrentarme a esa realidad, me acerqué hasta situarme a su lado. Me arrodillé frente a ella y tomé sus manos entre las mías. Ella dirigió su mirada ausente hacia mí. Entonces comencé a hablarle con suavidad en tártaro, como habíamos hecho siempre desde niñas. La llamé por su nombre, Yunna, y le repetí el mío varias veces. Le detallé dónde y cómo nos conocimos, y me pareció ver una chispa de luz en sus pupilas. Así que seguí relatando vivencias comunes, evitando las dolorosas para no angustiarla. Le describí nuestra preciosa ciudad, sus cúpulas azules, la gran plaza, el bazar… No sé cuánto rato permanecí allí hasta que vi entrar a su hija, que me rogó con la mirada que la dejara descansar. Con esfuerzo, me

incorporé y, muy despacio, fui soltando sus manos, consciente de que sería nuestro último contacto. Ya a punto de salir, sentí que me las retenía con fuerza. Entonces levantó la barbilla hacia mí y me miró.

Yunna observó a la mujer que tenía delante. Al penetrar en su mirada, el temor que sentía se disipó, dando paso a una paz tanto tiempo buscada. El tono, sus palabras, abrieron una ventana fugaz entre las telarañas de su memoria. Cuando se levantó, apresó durante unos segundos sus manos.

—Que Alá te proteja —musitó en tártaro.

Quise creer que me había reconocido. Salí del cuarto furiosa con el destino. No podía existir nada más cruel que privar a alguien de sus recuerdos cuando, al final de una vida, es todo lo que deseas retener.

Permanecí en la casa hasta que anocheció, escuchando y a la vez respondiendo a las múltiples preguntas que su hija me hacía sobre un pasado de su madre que desconocía. Finalmente, llegó la hora de partir.

—¿Ha sido feliz, Gabriella? —susurré ya con la mano en el pomo de la puerta.

—Fue una madre maravillosa. Y una buena esposa, según mi padre —añadió con una sonrisa pícara—. Sí, fue feliz, estoy segura.

—Una última pregunta: ¿sabes por casualidad dónde puedo encontrar a Marco Rinaldi? ¿Sigue en Florencia?

—Creo que montó allí su propio taller y que tiene a varios aprendices trabajando para él. Compartimos nuestros años de infancia en el campo, pero luego se fue distanciando. Hace mucho tiempo que no sé de él. Si lo encuentras, dale recuerdos de mi parte. Dicen que se ha convertido en un gran artista.

Me detuve frente al taller. Sentí un vahído que me obligó a apoyarme en el muro colindante. Estaba muy cerca, pero en ese momento no supe si había hecho lo correcto yendo. ¿Qué iba a decirte? Te había dejado siendo un niño y ya eras un hombre. Seguramente ni te acordarías de mí. Di media vuelta para deshacer el camino, pero a cada paso que daba alejándome mi corazón se atenazaba más. Me detuve en seco. No podía huir. Yo era Myrah, princesa de Samarcanda, de la saga de los timúridas. Había sobrevivido al cautiverio y a la

esclavitud. Había gobernado un país junto con mi primo, con sabiduría y determinación. No podía permitir que el miedo me dominara en ese momento. Me volví de nuevo y apreté el paso, esa vez decidido, hacia la entrada del taller.

—Buscó al señor Marco Rinaldi —pronuncié con seguridad mientras paseaba la mirada fascinada por las obras que se estaban llevando a cabo allí. Conté hasta seis jóvenes entregados a su trabajo, unos volcados en lienzos, otros en bloques de mármol de los que, como por arte de magia, emergían figuras perfectas en proporciones y detalles. La luz del mediodía incidía en las ventanas, creando una atmósfera casi de ensueño. Sentí un cosquilleo en los dedos, llamándome a coger un carboncillo y dar rienda suelta a mi mano para plasmar la escena.

—Maese Rinaldi está muy ocupado, señora. Me temo que no querrá recibir visitas —respondió uno de los aprendices, observando con curiosidad a la anciana vestida de forma algo extravagante, con prendas poco comunes en aquella ciudad.

—Debo verlo. Si tengo que esperar, lo haré —repuse con decisión, sin dejar lugar a dudas.

—Le anunciaré su visita, pero no le garantizo que deje el pincel por vos. ¿Quién le digo que desea verle?

Permanecí en silencio unos segundos mientras decidía cómo presentarme para que sintieras la suficiente curiosidad. Si utilizaba el nombre por el que me habías conocido, Aigie, me arriesgaba a que no me recordaras y rechazaras la visita.

—Dile que la princesa Myrah de Samarcanda ha cruzado medio mundo para conocerle —anuncié elevando la barbilla para dar un aire más solemne a mis palabras.

Mientras aguardaba, merodeé por la estancia, estudiando cada pieza. Después, me acerqué a una gran mesa sobre la que descansaban, algo amontonados, una serie de dibujos. Tomé uno en el que un caballo parecía cobrar vida, y admirada, lo devolví con cuidado a su lugar.

—Solo es un boceto —oí a mis espaldas.

Noté que se me erizaba el vello de la nuca. Entonces, lentamente, me di la vuelta. Lo primero que me llamó la atención fue el brillo del colgante que llevabas prendido al cuello. Después alcé mi mirada para encontrar los ojos azules del hombre que me observaba con curiosidad, y entreví un fugaz destello de luz en tus pupilas. Estudié con detenimiento tu rostro, reconociendo en él las facciones de mi querido padre, y leí en tu mirada la misma sabiduría. Sonreí llena de orgullo y me dirigí a ti.

—Hum… ¿Le gustan las historias, maese Rinaldi?

Agradecimientos

A Roca Editorial, por darme la oportunidad de ver publicado mi libro.

A la Escola d'Escriptura de l'Ateneu Barcelonès; a mis profesores, Pau, Albert, por darme las herramientas necesarias para construir la novela que tenía en mente, y a mis compañeros, que han seguido toda la trayectoria y me han apoyado siempre.

A mis amigas y amigos por ilusionarse conmigo ante este reto.

A Paula, por traducirme del francés algunos textos para documentarme.

A mis primeros lectores, por darme su sabia opinión: Enrique, Tere, Inés, Angels, Montse y en especial mi hijo Albert, que se volcó en leer mi manuscrito, ofrecerme buenos consejos y abrirme el camino en esta nueva etapa.

A mi hija Sara, por creer en mí siempre y darme ánimos cuando no veía la luz.

A mis nietos, Dani, Chloé y Olivia, que me hacen soñar con un buen futuro que compartir.

Y, finalmente, gracias a mis padres por educarme en el amor a los libros y en un hogar lleno de ellos. Ojalá hubiera podido compartir este regalo con vosotros.

Apuntes sobre historia

Aunque, tal como recalco en la introducción, no pretende ser una novela histórica, sí aparecen en ella varios personajes reales que creo merecen unas líneas.

ULUGH BEG TĪMŪR (1394-1449). Gobernó Samarcanda desde los diecisiete años. A la muerte de su padre, Shahruj (cuarto hijo de Tamerlán), subió al trono. Reinó dos años. Fue asesinado por su hijo Abdul-Latif. No fue hábil en política ni en la gestión del poder, pero mantuvo una intensa actividad intelectual. Contribuyó a la trigonometría y la geometría, y elaboró el mejor y más completo catálogo estelar. Recalcó con extraordinaria precisión la inclinación de la elíptica y la duración del año sidéreo. Construyó un gran observatorio que dotó de moderna instrumentación. Enseñaba en la gran madrasa. Un personaje fascinante, por desgracia desconocido en Occidente.

Las religiones se disipan como la bruma de la mañana. Los imperios se desmantelan como las dunas por el viento, pero el trabajo de los estudiosos permanece para la eternidad.

ULUGH BEG

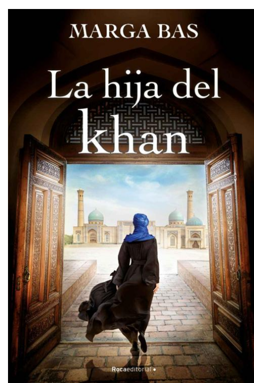
TAMERLÁN (1336-1405). Conocido también como Tīmūr el Cojo. Líder militar de origen turco-mongol. Fue el último conquistador nómada, emulando a Gengis Khan. Llegó a dominar ocho millones de kilómetros cuadrados de Eurasia, arrasando a su paso gran parte del terreno conquistado. Gran estratega, pero al no saber delegar, a su muerte las luchas por el poder acabaron prácticamente con la dinastía.

MURAD II (1404-1451). Sultán de la dinastía osmanlí. Subió al trono a los dieciséis años. Se pasó la mayor parte de su vida guerreando contra los cristianos de los Balcanes y contra los emiratos turcos en Anatolia.

Fatih o Mehmet II (1431-1481). Sultán, sucesor de Murad II, conocido como Fatih el Conquistador. Tomó Constantinopla, propiciando la caída del Imperio romano.

El orfebre alemán al que hago referencia es, como sin duda habrán adivinado los lectores, Johannes Gutenberg (c. 1400-1468), inventor de la imprenta con tipos móviles.

Una novela histórica sobre una joven que partió de Samarcanda siendo princesa y se convirtió en esclava.



Myrah es una niña muy especial que lucha para estudiar y alcanzar los conocimientos de su padre, Ulugh Beg, khan de Samarcanda, un reconocido astrónomo y matemático nieto de Tamerlán el Grande. La primera esposa del khan, Rukaiya, y su primogénito, Abdal, se opondrán ferozmente y asesinarán a Ulugh Beg. Además, Myrah es secuestrada y entregada como esclava por orden de Abdal, que, influenciado por su madre, teme perder el trono. A lo largo de la ruta, intentará escapar en varias ocasiones, pero la férrea vigilancia de Ghazam, jefe de los mercenarios, lo impedirá.Ella se jura soportar todas las penurias y seguir con vida con un solo propósito: volver a su ciudad y vengar la muerte de su padre.

Una mujer que cruzó el mundo y que conoció el amor para perderlo después.

Marga Bas (Barcelona, 1957) se formó en interiorismo en Barcelona. Amante de la historia y de los viajes que propicien conocer otras culturas, su pasión por escribir la llevó a estudiar escritura creativa. De allí nació *La hija del khan*, su primera novela.



Primera edición: enero de 2024

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
Mapas: Nacho García Benavente

Diseño de la cubierta: © Leo Flores
Imagen de la cubierta: © Shutterstock y © iStock

ISBN: 978-84-19965-67-7

Compuesto en: www.acatia.es

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



Penguinlibros.club



Penguin
Random House
Grupo Editorial

 Penguinlibros

Índice